CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO
03

Tormenta de espadas
I

GEORGE R. R. MARTIN

GIGAMESH

Título original:
A Storm of Swords
Primera edición: mayo del 2005

Mapas: James Sinclair
Símbolos heráldicos: Virginia Norey
Traducción del inglés:

Ilustración de cubierta:

Ediciones Gigamesh
C/. Ausias March, 26, desp. 44
08010 Barcelona
Fotomecánica e impresión:
INO Reproducciones, S.A.
Ctra. de Castellón, km. 3,8
Polígono Miguel Servet Nave 13
50013 Zaragoza
ISBN: 84-96208-24-9
ISBN obra completa: 84-96208-08-7
Depósito legal: Z-911-2005
Printed on acid-free paper
Impreso en papel libre de ácido
Printed in Spain
Impreso en España

ADVERTENCIA

Este archivo es una versión corregida a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **debes saber** que **no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente…

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que **un libro es siempre el mejor de los regalos**. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

y la siguiente…

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

PRESENTACIÓN

Para desgracia de muchos, no hay mejor veredicto para un libro que el respaldo masivo de los lectores, ya sean presentes o futuros. Si son presentes, el libro será un triunfo del marketing *o del boca a boca. Si son futuros, un clásico.*

George R.R. Martin pertenece a la estirpe más noble de novelista: el que cuenta grandes historias que son, al mismo tiempo, historias grandes. En estas últimas décadas post-heroicas, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la intelligentsia *literaria no simpatiza con la épica ni con los personajes de ánimo expansivo, sino con la lírica y la introspección, por lo que las grandes historias/historias grandes han quedado relegadas a la cajonera del tiempo u —horror de los horrores— a las estanterías de los* best-sellers. *El paisaje interior desolado, yermo, sustituyó años ha a las grandiosas llanuras del* western *o a las montañas y valles y los mares infinitos de la aventura. Pero la situación está cambiando.*

Los libros de Martin han recibido hasta el momento el doble veredicto de los lectores pasados y presentes, que eran los presentes y futuros hace años. Muerte de la luz, *un potente condensado de narrativa desgarrada y aventura en bruto, es un clásico desde hace años, mientras que* Una canción para Lya *o* Sueño del Fevre *son referentes difícilmente eludibles de esta nueva primavera de la literatura de géneros (fantasía, terror) que vivimos en la actualidad. Frutos de la pluma de un escritor tan dotado para la estructura como poco proclive a veleidades de estilo juguetonas o gratuitas.*

Y es que en la obra de Martin todo es estructura, más que pasión, de la que también anda sobrado. De ahí que tarde tanto en completar cada tomo de esta saga Canción de hielo y fuego, *para irritación de lectores que calman su hambre en enrevesadas discusiones en foros y listas de correo en Internet. A pesar de que cada libro ronda las mil páginas, ninguna de ellas parece estar de más y, si bien es cierto que Martin se recrea en las peripecias como gancho principal para el lector, no lo es menos que sería difícil prescindir de alguna de ellas sin que el conjunto se resintiese.*

Leí el primer tomo de Canción de hielo y fuego *llevado por la curiosidad y por el entusiasmo de Luis G. Prado (de Bibliópolis), Alejo Cuervo y Álex Vidal (de Gigamesh). Ninguno de ellos simpatiza con las sagas de fantasía de corte seudomedieval que inundan las librerías de todo el mundo, así que era más que probable que aquellos tomos de aspecto imponente (¿quién tiene ánimo hoy en día para comenzar una historia que, previsiblemente, superará las siete mil páginas de extensión?) escondiesen algo muy valioso. Y vaya si lo escondían.*

¿Cuál es la clave del éxito de Martin? Es difícil de explicar. Creo que se basa en primer lugar en su habilidad para aplicar a la fantasía las reglas del folletín más desprejuiciado y mejor construido, ese tipo de narración que agarra al lector del cuello y le corta la respiración, lo hace partícipe de un mundo tridimensional y multicolor y

espolea su complicidad con los imposibles que salpican la trama. Además, al haber optado por la sucesión de puntos de vista para hacer avanzar la acción, Martin permite la identificación de los lectores con alguno de sus múltiples personajes protagonistas. Un recurso no por populista menos eficaz.

Pero Canción de hielo y fuego *no es sólo un folletín sino también, y esto es fundamental, una novela histórica de aventuras situada (paradojas) en un universo imaginario. Es difícil expresar la alegría que sentí cuando el propio Martin recomendó en su página web la lectura de la también monumental saga sobre la Roma republicana de Colleen McCullough, cuya inicial y magnífica entrega es* El primer hombre de Roma. *Y es que ése fue el primer referente claro que se me vino a la cabeza cuando sólo llevaba unas cincuenta páginas de* Juego de tronos*, que da inicio a la llegada del invierno a Poniente. El segundo fue Bernard Cornwell (la serie de* El Señor de la guerra *en particular) y, en general, la nueva hornada de escritores de novela histórica, que comparten con* Canción de hielo y fuego *el gusto por la brutalidad y la absoluta falta de escrúpulos a la hora de eliminar personajes a priori fundamentales para el desarrollo de la historia. Por supuesto, al cóctel hay que añadir algunos elementos del mundo real, como la inspiración más o menos directa en la guerra de las Dos Rosas, que enfrentó a los Lancaster y los York por la hegemonía en la muy compleja Inglaterra del siglo XV (la propia casa de Lancaster había sufrido un enfrentamiento interno entre facciones rivales años antes del estallido de ese conflicto). Combinación ganadora, pues.*

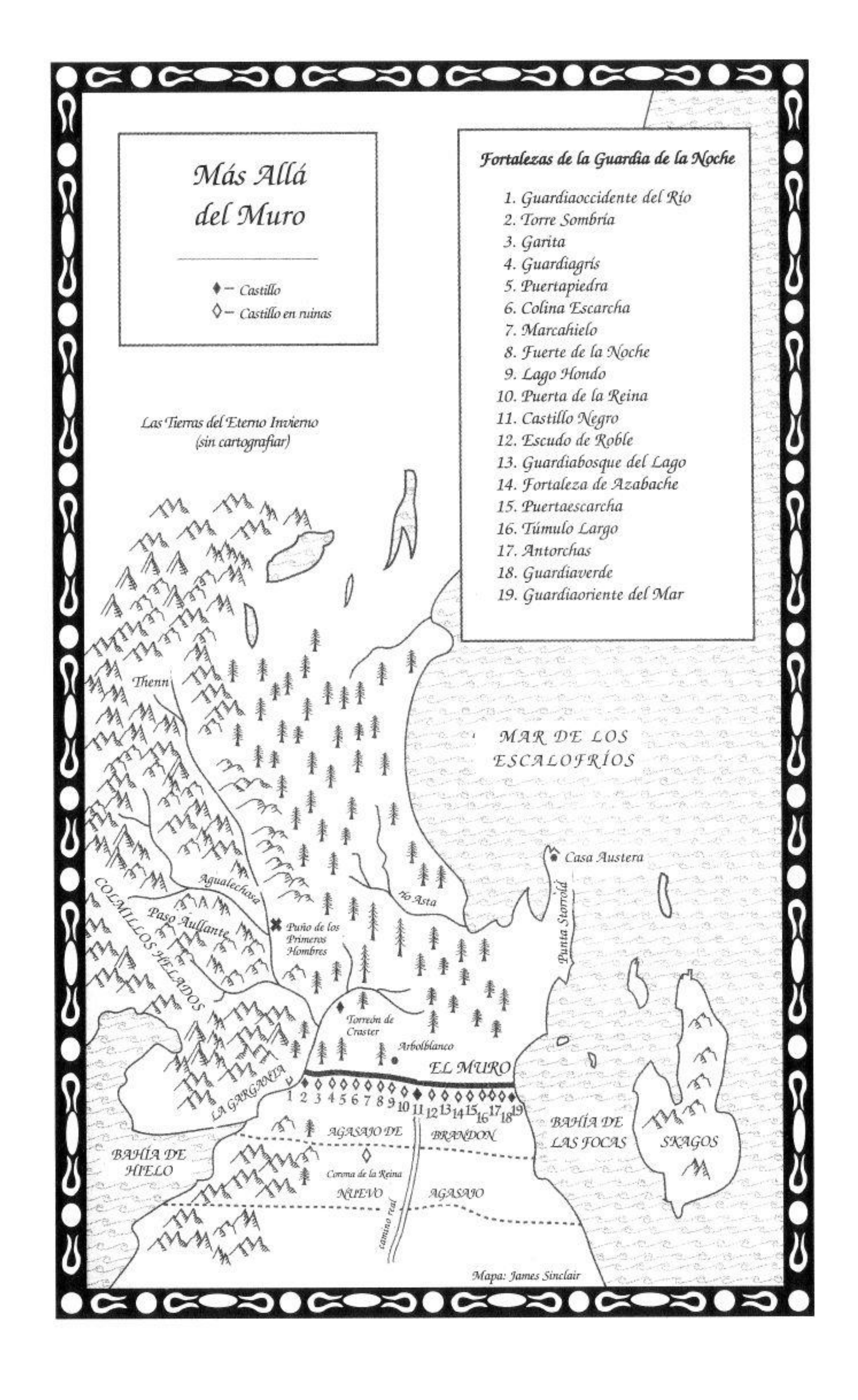
Intriga política, aventura, personajes ambiguos guiados por ambiciones y pasiones incontroladas, un poco más de magia en cada volumen (lo que parece vaticinar una explosión pirotécnica hacia el final de la serie), grandes batallas, duelos y muertes impredecibles. El invierno que se acerca y la presencia creciente de una amenaza ante la que la única defensa es la gigantesca muralla en el Norte, custodiada por un diminuto contingente de soldados monje... ¿Quién puede pedir más? Yo no, desde luego. Soy súbdito de Poniente desde hace años.

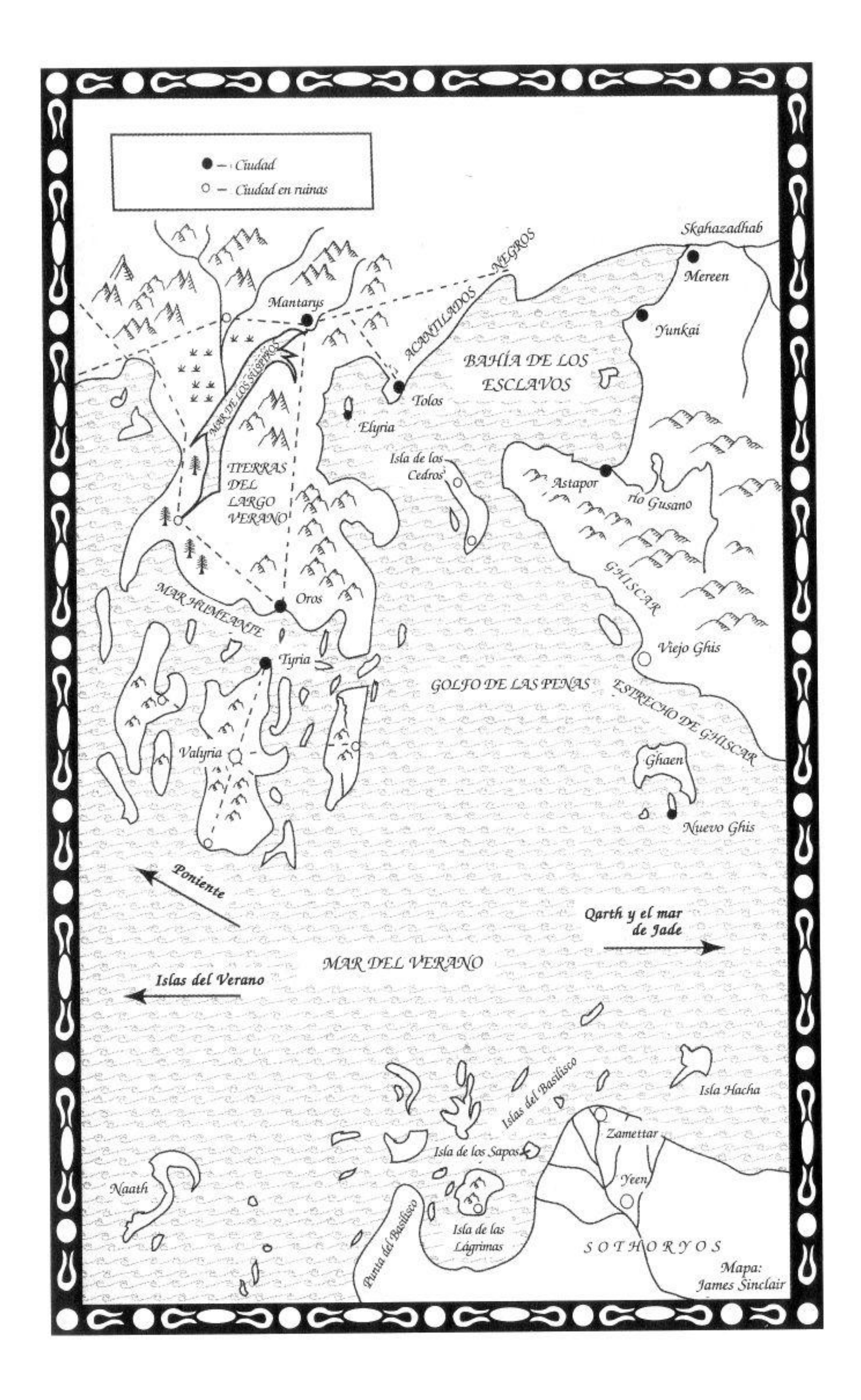
ALBERTO CAIRO

Para Phyllis,
que me hizo meter los dragones.


El Norte
COSTA HELADA
Colmillos Helados
El Bosque Encantado
EL MURO
Torre Sombría
Castillo Negro
Guardiaoriente del Mar
BAHÍA de las FOCAS
Skagos
BAHÍA de HIELO
Isla del Oso
Río Último
Punta Dragón Marino
Bosquespeso
Bosque de los lobos
Karhold
Fuerte Terror
N
Invernalia
Ciudadela de Torrhen
camino real
Cuchillo Blanco
Costa Pedregosa
LOS RIACHUELOS
LOS TÚMULOS
Puerto Blanco
Atalaya de la Viuda
LANZA DE SAL
Foso Cailin
BAHÍA AGUARRESPLANDECIENTE
EL CUELLO
Dedo de Pedernal
MORDISCO
Cabo Kraken
Acantilados de Pedernal
Atalaya de Aguasgrises
Tres Hermanas
Los Dedos
Los Gemelos
Islas del Hierro
Viejo Wyk
Cabo de Águilas
Varamar
BAHÍA DEL HIERRO
El Nido de Águilas
Forca Verde
Puerta de la Sangre
Pyke
Forca Azul
Gran Wyk
VALLE DE ARRYN
Mapa: James Sinclair
Aguasdulces
Forca Roja


El Sur
Tres Hermanas
Los Dedos
camino real
Islas del Hierro
Viejo Wyk
Cabo de Águilas
Forca Verde
Varamar
VALLE DE ARRYN
BAHÍA DEL HIERRO
El Nido de Águilas
Forca Azul
El Tridente
Puerta de la Sangre
Gran Wyk
Pyke
Puerto Gaviota
Forca Roja
BAHÍA DE LOS CANGREJOS
Piedra Caída
Aguasdulces
Isla Bella
Forca Roja
Harrenhal
Colmillo Dorado
Isla de los Rostros
Pozo de la Doncella
Punta Zarpa Rota
camino real
Rocadragón
Ojo de Dioses
Roca Casterly
Valle Penumbroso
EL GAZNATE
Lannisport
camino dorado
Rosby
Garfio de Massey
Desembarco del Rey
Río Aguasnegras
EL DOMINIO
Bosque Real
Rodeo
N
camino de las rosas
Tarth
Puenteamargo
camino del mar
Mander
Bastión de Tormentas
BAHÍA DE LOS NAUFRAGIOS
Vado Ceniza
Altojardín
Marcas de Dorne
La Selva
Cabo de la Ira
MAR DE DORNE
Antigua
Campoestrella
DORNE
El Brazo Roto
Lanza del Sol
El Rejo
Mapa: James Sinclair


Más Allá
del Muro
Castillo
Castillo en ruinas
Fortalezas de la Guardia de la Noche
1. Guardiaoccidente del Río
2. Torre Sombría
3. Garita
4. Guardiagrís
5. Puertapiedra
6. Colina Escarcha
7. Marcahielo
8. Fuerte de la Noche
9. Lago Hondo
10. Puerta de la Reina
11. Castillo Negro
12. Escudo de Roble
13. Guardiabosque del Lago
14. Fortaleza de Azabache
15. Puertaescarcha
16. Túmulo Largo
17. Antorchas
18. Guardiaverde
19. Guardiaoriente del Mar
Las Tierras del Eterno Invierno
(sin cartografiar)
Thenn
MAR DE LOS
ESCALOFRÍOS
Casa Austera
Punta Storrold
Agualechosa
río Asta
Paso Aullante
Puño de los Primeros Hombres
COLMILLOS HELADOS
Torreón de Craster
Arbolblanco
EL MURO
LA GARGANTA
AGASAJO DE
BRANDON
BAHÍA DE LAS FOCAS
SKAGOS
BAHÍA DE HIELO
Corona de la Reina
NUEVO
AGASAJO
camino real
Mapa: James Sinclair



Ciudad
Ciudad en ruinas
Skahazadhab
Mereen
Yunkai
Mantarys
ACANTILADOS NEGROS
MAR DE LOS SUSPIROS
BAHÍA DE LOS ESCLAVOS
Tolos
Elyria
Isla de los Cedros
Astapor
río Gusano
TIERRAS DEL LARGO VERANO
GHISCAR
MAR HUMEANTE
Oros
Tyria
Viejo Ghis
GOLFO DE LAS PENAS
ESTRECHO DE GHISCAR
Valyria
Ghaen
Nuevo Ghis
Poniente
Qarth y el mar de Jade
MAR DEL VERANO
Islas del Verano
Isla Hacha
Islas del Basilisco
Zamettar
Isla de los Sapos
Yeen
Naath
Isla de las Lágrimas
Punta del Basilisco
SOTHORYOS
Mapa: James Sinclair

Si los ladrillos no están bien hechos, las paredes se caen.

Lo que estoy construyendo aquí es una pared enorme, por lo que necesito montones de ladrillos. Por suerte conozco a muchos que los fabrican, así como a toda clase de personas útiles.

Una vez más, mi agradecimiento para esos buenos amigos que con tanta gentileza pusieron a mi disposición sus conocimientos (y en algunos casos hasta sus libros) para que mis ladrillos fueran sólidos y de buena calidad: a mi Archimaestre Sage Walker, al Capitán de los Constructores Carl Keim y a Melinda Snodgrass, mi caballeriza mayor.

Y como siempre, a Parris.

NOTA SOBRE LA CRONOLOGÍA

Canción de hielo y fuego se cuenta a través de los ojos de personajes que se encuentran a veces separados por centenares o quizá miles de leguas. Algunos capítulos abarcan un día; otros, nada más que una hora; y los hay que se prolongan durante una quincena, un mes o medio año. Con semejante estructura, la narración no puede ser estrictamente secuencial; a veces ocurren cosas importantes simultáneamente, a miles de leguas de distancia.

En el caso del volumen que tiene ahora en sus manos, el lector debe tener en cuenta que los capítulos iniciales de *Tormenta de espadas* no son exactamente la continuación de los finales de *Choque de reyes*, sino más bien se superponen a ellos. Comienzo con la narración de algunos de los hechos que ocurrían en el Puño de los Primeros Hombres, en Aguasdulces, en Harrenhal y en el Tridente, mientras tenía lugar la batalla del Aguasnegras en Desembarco del Rey y durante los días inmediatamente posteriores...

GEORGE R. R. MARTIN

PRÓLOGO

El día era gris; hacía un frío glacial, y los perros se negaban a seguir el rastro.

La enorme perra negra había olfateado una vez las huellas del oso, había retrocedido y había trotado de vuelta a la jauría con el rabo entre las patas. Los perros se apiñaban en la ribera del río con gesto triste mientras el viento los sacudía. El propio Chett notaba cómo el viento le atravesaba varias capas de lana negra y cuero endurecido. Hacía demasiado frío, tanto para los hombres como para las bestias, pero allí estaban. Torció la boca y casi pudo notar cómo enrojecían de rabia los forúnculos que le cubrían las mejillas y el cuello.

«Tendría que estar a salvo en el Muro, cuidando de los condenados cuervos y encendiendo hogueras para el viejo maestre Aemon.» El bastardo Jon Nieve era quien le había quitado todo aquello; él y su amigo, el gordo de Sam Tarly. Por culpa de ellos estaba congelándose las pelotas con una jauría de sabuesos en lo más profundo del Bosque Encantado.

—Por los siete infiernos. —Dio un feroz tirón a la traílla para que los perros le prestaran atención—. Buscad, cabrones. Esa huella es de un oso. ¿Queréis carne o no? ¡Encontradlo!

Pero los perros gimotearon y se limitaron a estrechar filas. Chett hizo chasquear el látigo corto sobre las cabezas de los animales, y la perra negra le enseñó los dientes.

—La carne de perro sabe tan bien como la de oso —la amenazó; el aliento se le congelaba a cada palabra.

Lark de las Hermanas estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos metidas bajo las axilas. Llevaba guantes negros de lana, pero siempre se quejaba de que se le congelaban los dedos.

—Hace demasiado frío para cazar —dijo—. Que le den por culo a ese oso, no vale la pena que nos helemos por él.

—No podemos volver con las manos vacías, Lark —gruñó Paul *el Pequeño* a través del bigote color castaño que le cubría casi toda la cara—. Al Lord Comandante no le va a hacer ninguna gracia.

Bajo la aplastada nariz de dogo del hombretón había hielo, allí donde se le congelaban los mocos. Una mano enorme, dentro de un grueso guante de piel, agarraba firmemente el asta de una lanza.

—Que le den por culo al Viejo Oso también —dijo el de las Hermanas, un hombre flaco de cara huesuda y ojos nerviosos—. Mormont estará muerto antes de que amanezca, ¿no lo recordáis? ¿A quién le importa lo que le haga gracia o se la deje de hacer?

Paul *el Pequeño* parpadeó con sus ojillos negros.

«Puede que se le haya olvidado», pensó Chett; era tan estúpido como para olvidarse de casi cualquier cosa.

—¿Por qué tenemos que matar al Viejo Oso? ¿Por qué no nos limitamos a irnos y lo dejamos en paz?

—¿Crees que él nos dejaría en paz? —preguntó Lark—. Nos daría caza. ¿Quieres que te den caza, cabeza de chorlito?

—No —dijo Paul *el Pequeño*—. No, eso no. No.

—Entonces, ¿lo matarás? —preguntó Lark.

—Sí. —El hombretón clavó el extremo del asta de la lanza en la orilla congelada—. Lo mataré. No nos tiene que dar caza.

—Yo insisto en que tenemos que matar a todos los oficiales —dijo el de las Hermanas volviéndose hacia Chett y sacando las manos de las axilas.

—Ya lo hemos discutido —replicó Chett, que estaba harto de aquello—. El Viejo Oso tiene que morir, así como Blane de la Torre Sombría. Grubbs y Aethan, también; mala suerte que les haya tocado el turno de guardia; Dywen y Bannen, para que no nos persigan, y Ser Cerdi, para que no envíe cuervos. Eso es todo. Los mataremos en silencio mientras duermen. Un solo grito y seremos pasto para los gusanos, todos y cada uno de nosotros. —Tenía los forúnculos rojos de ira—. Cumplid vuestra parte y ocupaos de que vuestros primos cumplan la suya. Y, Paul, a ver si se te mete en la cabeza: es la tercera guardia, no la segunda, no te olvides.

—La tercera guardia —dijo el hombretón a través del bigote y el moco congelado—. Piesligeros y yo. Me acuerdo, Chett.

Aquella noche no habría luna, y habían organizado las guardias para que ocho de sus cómplices estuvieran de centinelas, mientras otros dos custodiaban los caballos. Las circunstancias no podían ser mejores. Además, los salvajes iban a caerles encima cualquier día. Y antes de que llegara ese momento, Chett tenía toda la intención de estar bien lejos de allí. Tenía la intención de vivir.

Trescientos hermanos juramentados de la Guardia de la Noche habían cabalgado hacia el norte, doscientos del Castillo Negro y ciento más de la Torre Sombría. Era la mayor expedición que se recordaba, casi la tercera parte de los efectivos de la Guardia. Su objetivo era encontrar a Ben Stark, a Ser Waymar Royce y a los demás exploradores que habían desaparecido, y descubrir el motivo por el que los salvajes estaban abandonando sus asentamientos. Y no se encontraban más cerca de Stark y Royce que cuando dejaron atrás el Muro, pero habían averiguado adónde se habían ido todos los salvajes: bien arriba, a las gélidas alturas de los Colmillos Helados, aquellas montañas dejadas de la mano de los dioses. Por Chett, se podían quedar allí hasta el final de los tiempos, que no se le reventaría ni un forúnculo.

Pero no. Habían iniciado el descenso. Por el curso del Agualechosa.

Chett levantó la vista y lo vio. Las orillas rocosas del río estaban cubiertas de hielo y sus aguas blancuzcas fluían inagotables desde los Colmillos Helados.

Y Mance Rayder y sus salvajes seguían el mismo cauce. Thoren Smallwood había vuelto tres días atrás a galope tendido. Mientras informaba al Viejo Oso de lo que habían visto sus exploradores, uno de sus hombres, Kedge Ojoblanco, se lo contó a los demás.

—Están todavía en lo alto de las laderas —dijo Kedge mientras se calentaba las manos al fuego—, pero vienen. Harma *Cabeza de Perro*, esa ramera con la cara picada de viruelas, encabeza la vanguardia. Goady se acercó sigilosamente a su campamento y la vio junto a una hoguera. El tonto de Tumberjon quería abatirla de un flechazo, pero Smallwood tuvo más sentido común.

—¿Cuántos crees tú que son? —dijo Chett al tiempo que escupía en el suelo.

—Muchos, muchísimos. Veinte, treinta mil; te puedes imaginar que no nos quedamos allí para contarlos. Harma tenía unos quinientos en la vanguardia, todos a caballo.

Los hombres sentados en torno a la hoguera intercambiaron miradas de preocupación. Ya era muy raro encontrar a una docena de salvajes a caballo, así que a quinientos...

—Smallwood nos mandó a Bannen y a mí a rodear a la vanguardia para echar un vistazo al grueso de las fuerzas —prosiguió Kedge—. No tenían fin. Se mueven despacio, como un glaciar, una o dos leguas por día, y no parece que quieran regresar a sus aldeas. Más de la mitad eran mujeres y niños, y llevaban su ganado por delante: cabras, ovejas y hasta uros que tiran de trineos. Van cargados con pacas de pieles y tiras de carne, jaulas de pollos, mantequeras y ruecas para hilar, todas sus malditas pertenencias. Las mulas y los pequeños caballos de tiro llevan tanta carga encima que parece se les va a partir el espinazo; igual que a las mujeres.

—¿Y siguen el curso del Agualechosa? —preguntó Lark de las Hermanas.

—¿No te lo he dicho ya?

El Agualechosa los llevaría a las proximidades del Puño de los Primeros Hombres, el antiquísimo fuerte circular donde la Guardia de la Noche había montado su campamento. Cualquier persona con una pizca de sentido común se daría cuenta de que había llegado el momento de abandonar la misión y regresar al Muro. El Viejo Oso había reforzado el Puño con estacas, zanjas y espinos, pero aquello no serviría de nada contra semejante ejército. Si se quedaban allí, los engullirían y arrollarían.

Y Thoren Smallwood quería atacar. Donnel Hill *el Suave* era el escudero de Ser Mallador Locke, y la noche anterior, Smallwood había visitado la tienda de campaña de Locke. Ser Mallador opinaba lo mismo que el anciano Ser Ottyn Wythers e instaba a regresar al Muro, pero Smallwood quería convencerlo de lo contrario.

—Ese Rey-más-allá-del-Muro no nos buscará nunca tan al norte. —Eso había dicho, según el relato de Donnel *el Suave*—. Y ese enorme ejército suyo no es más que una horda que se arrastra, llena de bocas inútiles que no saben por

qué extremo se coge una espada. Sólo con un golpe se les acabarían las ganas de pelear y huirían aullando a sus guaridas para quedarse allí los próximos cincuenta años.

«Trescientos contra treinta mil.» Para Chett, aquello era, sencillamente, una locura, y el hecho de que Ser Mallador se dejara convencer era una locura incluso mayor, y los dos juntos estaban a punto de convencer al Viejo Oso.

—Si esperamos demasiado, podemos perder esta oportunidad; quizá no se nos vuelva a presentar —le decía Smallwood a todo el que quisiera oírlo.

—Somos el escudo que protege los reinos de los hombres —objetaba Ser Ottyn Wythers —. No se tira el escudo sin una buena razón.

—En un combate a espada —replicaba Thoren Smallwood—, la mejor defensa es la estocada rápida que aniquila al enemigo; no encogerse tras un escudo.

Sin embargo, el mando no estaba en manos de Smallwood ni de Wythers. El comandante era Lord Mormont, que esperaba a sus otros exploradores: a Jarman Buckwell y los hombres que habían ascendido por la Escalera del Gigante, y a Qhorin Mediamano y Jon Nieve, que habían ido a tantear el Paso Aullante. Sin embargo, Buckwell y el Mediamano tardaban en regresar.

«Lo más probable es que estén muertos. —Chett se imaginó a Jon Nieve tirado en la cima de una montaña, azul y congelado, con la lanza de un salvaje clavada en su culo de bastardo. La idea lo hizo sonreír—. Espero que también hayan matado a su lobo de mierda.»

—Ahí no hay ningún oso —decidió, de forma repentina—. Es una huella vieja, nada más. Volvemos al Puño.

Se giró con presteza para regresar y los perros estuvieron a punto de hacerlo caer. Quizá creían que les iban a dar de comer. Chett no pudo contener la risa. Durante tres días no los había alimentado, para que estuvieran hambrientos y feroces. Aquella noche, antes de escaparse al abrigo de la oscuridad, los dejaría sueltos entre los caballos, después de que Donnel *el Suave* y Karl *el Patizambo* cortaran las riendas.

«Habrá perros enfurecidos y caballos aterrorizados por todo el Puño; correrán entre las hogueras, saltarán la muralla circular y derribarán las tiendas de campaña.» Con toda aquella confusión, pasarían horas antes de que alguien se diera cuenta de que faltaban catorce hermanos.

Lark habría querido llevarse al doble, pero ¿qué se podía esperar de un estúpido con un aliento que apestaba a pescado, como el de las Hermanas? Una palabra en el oído equivocado, y antes de que uno se dé cuenta ha perdido la cabeza. No, catorce era un buen número, suficientes para lo que tenía que hacer, pero no tantos como para que no pudieran guardar el secreto. Chett había reclutado personalmente a casi todos. Paul *el Pequeño* era uno de ellos, el hombre más fuerte del Muro, aunque fuera también más lento que un caracol muerto. En cierta ocasión le había partido la espalda a un salvaje de un abrazo. También tenían con ellos al Daga, a quien apodaban así por su arma preferida,

y al hombrecito gris al que los hermanos llamaban Piesligeros, quien en su juventud había violado a un centenar de mujeres y se jactaba de que ninguna lo había visto ni oído antes de que se la metiera hasta el fondo.

Chett había preparado el plan. Él era el listo; había sido el mayordomo del viejo maestre Aemon durante cuatro años, hasta que el bastardo de Jon Nieve lo desplazó para que su puesto lo ocupara el cerdo grasiento de su amiguito. Cuando aquella noche diera muerte a Sam Tarly, tenía planeado susurrarle al oído: «Dale recuerdos de mi parte a Lord Nieve». Lo haría un instante antes de cortarle la garganta para que la sangre saliera a borbotones entre todas aquellas capas de sebo. Chett conocía a los cuervos, por lo que no tendría el menor problema con ellos, no más que con Tarly. Un toque con el cuchillo y aquel miserable se mearía en los calzones y se pondría a implorar por su vida. «Que implore, no le servirá de nada.» Tras rajarle la garganta, abriría las jaulas y espantaría a los pájaros para que no llegara ningún mensaje al Muro. Piesligeros y Paul *el Pequeño* matarían al Viejo Oso; el Daga se ocuparía de Blane, y Lark y sus primos silenciarían a Bannen y al viejo Dywen, para que no pudieran seguirles el rastro. Llevaban dos semanas acumulando alimentos, y Donnel *el Suave*, junto con Karl *el Patizambo*, tendrían listos los caballos. Una vez muerto Mormont, el mando pasaría a manos de Ser Ottyn Wythers, un hombre viejo, agotado y con problemas de salud. «Antes de que se ponga el sol estará huyendo en dirección al Muro y no mandará a nadie en nuestra persecución.»

Los perros tiraron de él mientras se abrían camino entre los árboles. Chett divisó el Puño, que asomaba allá arriba, entre la vegetación. El día era tan oscuro que el Viejo Oso había ordenado encender las antorchas. Ardían sobre la muralla circular formando una enorme circunferencia que coronaba la cima de la abrupta colina rocosa. Los tres hombres cruzaron un arroyuelo. El agua estaba espantosamente fría, y en la superficie flotaban placas de hielo.

—Iré hacia la costa —les confió Lark de las Hermanas—. Con mis primos. Nos haremos una nave y pondremos proa de regreso a las Hermanas.

«Y allí sabrán que sois desertores y os cortarán vuestras estúpidas cabezas», pensó Chett. Una vez pronunciado el juramento, no había manera de abandonar la Guardia de la Noche. En cualquier rincón de los Siete Reinos lo atrapaban a uno y lo mataban.

Ollo Lophand hablaba de regresar navegando a Tyrosh donde, según aseguraba, los hombres no perdían las manos por cometer algún robo honrado, ni los enviaban a congelarse de por vida a tierras lejanas si los encontraban en el lecho con la esposa de algún caballero. Chett había valorado la posibilidad de ir con él, pero no conocía la lengua apocada y afeminada de aquel lugar. Y ¿qué haría él en Tyrosh? No se podía decir que tuviera ningún oficio, pues había crecido en Pantano de la Bruja. Su padre se había pasado la vida escarbando en campos ajenos y recogiendo sanguijuelas. Se desnudaba hasta quedar con sólo un grueso taparrabos de cuero y vadeaba las aguas turbias. Cuando salía, estaba totalmente cubierto de bichos, desde las tetillas hasta los tobillos. A veces

hacía que Chett lo ayudara a arrancarse las sanguijuelas. En una ocasión, una de las sabandijas se le pegó a la palma de la mano y él, asqueado, la reventó contra un muro. Su padre le pegó hasta hacerle sangre. Los maestres compraban las sanguijuelas a penique la docena.

Lark podía volver a su casa si quería, igual que el jodido tyroshi, pero Chett, no. Ya había visto demasiadas veces el maldito Pantano de la Bruja, no necesitaba volver a verlo jamás. Le había gustado el aspecto del Torreón de Craster. Craster vivía allí arriba, como un señor; ¿por qué no podía él hacer lo mismo? Eso sí que estaría bien. Chett, el hijo del de las sanguijuelas, convertido en un señor con un torreón. Su blasón podía ser una docena de sanguijuelas sobre campo rosa. ¿Y por qué contentarse con ser un señor? Quizá debiera erigirse en rey.

«Mance Rayder comenzó siendo cuervo. Yo podría ser rey, igual que él, y tener varias esposas.» Craster tenía diecinueve, sin contar las jóvenes, las hijas que todavía no se había llevado al lecho. La mitad de esas esposas eran tan viejas y feas como Craster, pero eso no le importaba. Chett pondría a las más viejas a trabajar para él: a cocinar, limpiar, recoger zanahorias y cebar cerdos, mientras las más jóvenes le calentaban la cama y le parían hijos. Craster no pondría la menor objeción, sobre todo después de que Paul *el Pequeño* le diera un abrazo.

Las únicas mujeres que Chett había conocido eran las putas a quienes había pagado en Villa Topo. Cuando era más joven, a las chicas del pueblo les bastaba echar una mirada a su rostro lleno de forúnculos y espinillas para volver la cara con asco. La peor era aquella guarra de Bessa. Se abría de piernas para todos los chicos del Pantano de la Bruja, por lo que había pensado que por qué no lo iba a hacer también para él. Hasta se pasó una mañana recogiendo flores silvestres, pues había oído decir que le gustaban, pero ella se le había reído en la cara y le había dicho que antes se metería en la cama con las sanguijuelas de su padre que con él. Dejó de reírse cuando le clavó el cuchillo. La expresión de su rostro le gustó, por lo que sacó la hoja afilada y se la volvió a clavar. Cuando lo atraparon cerca de Sietecauces, el viejo Lord Walder Frey ni siquiera se molestó en asistir personalmente al juicio. Envió a uno de sus bastardos, a Walder Ríos, y lo siguiente que supo Chett era que iba de camino hacia el Muro con aquel demonio hediondo de Yoren. Como pago por un momento de placer, le habían quitado la vida entera.

Pero estaba decidido a recuperarla y, de paso, a quedarse con las mujeres de Craster.

«Ese viejo salvaje tenía razón. Si quieres que una mujer sea tu esposa, tómala, nada de darle flores silvestres para que no te mire los granos.» Chett no tenía la intención de cometer por segunda vez el mismo error.

Todo iba a salir bien, se prometió por enésima vez. «Siempre que podamos escapar sin contratiempos. —Ser Ottyn se dirigiría al sur, a la Torre Sombría, el camino más corto hacia el Muro—. No se ocupará de nosotros, no sería propio

de Wythers, lo único que quiere es regresar sano y salvo. —Seguro que Thoren Smallwood insistiría en atacar, pero Ser Ottyn era extremadamente cauteloso y estaría al mando—. De todos modos, eso no importa. Cuando nos hayamos largado, Smallwood puede atacar a quien le plazca. ¿Qué más da? Si ninguno de ellos regresa al Muro, nadie vendrá en nuestra búsqueda; pensarán que hemos muerto con los demás.» No se le había ocurrido antes esa idea y, por un momento, lo tentó. Pero tendrían que matar a Ser Ottyn y también a Ser Mallador Locke para que Smallwood asumiera el mando, y esos dos estaban siempre bien protegidos, de día y de noche... No, el riesgo era excesivo.

—Chett, ¿qué pasa con el pájaro? —preguntó Paul *el Pequeño* mientras avanzaban por un sendero rocoso entre centinelas y pinos soldado.

—¿De qué pájaro de mierda hablas? —Lo que menos necesitaba en aquel momento era un cabeza de chorlito preocupado por un pájaro.

—Del cuervo del Viejo Oso —dijo Paul *el Pequeño*—. Si lo matamos, ¿quién va a darle de comer a su pájaro?

—¿Y a quién coño le importa? Si quieres, mata también al pájaro.

—No quiero hacer daño a ningún pájaro —dijo el hombretón—. Pero es un pájaro que habla. ¿Y si cuenta lo que hicimos?

Lark de las Hermanas se echó a reír.

—Paul *el Pequeño*, tienes la mollera más dura que la muralla de un castillo —se burló.

—Cállate, no digas eso —dijo Paul, amenazador.

—Paul —intervino Chett antes de que el hombretón se enfadara del todo—, cuando encuentren al anciano tirado en un charco de sangre con la garganta abierta, no les hará falta ningún pájaro para saber que alguien lo mató.

—Eso es verdad —aceptó Paul *el Pequeño* tras meditar aquello un instante—. ¿Puedo quedarme con el pájaro? Me gusta mucho ese pájaro.

—Todo tuyo —dijo Chett, sólo para hacerlo callar.

—Si nos entra hambre, siempre nos lo podemos comer —sugirió Lark.

—Más vale que no se te ocurra comerte a mi pájaro, Lark —dijo Paul *el Pequeño*, cabreado de nuevo—. Más te vale.

Chett alcanzó a oír voces entre los árboles.

—Cerrad el pico de una puta vez. Ya estamos casi en el Puño.

Salieron muy cerca de la ladera oeste de la colina y la rodearon hacia el sur, donde la cuesta era menos empinada. Cerca del linde del bosque, una docena de hombres se entrenaba con los arcos. Habían tallado figuras en los troncos de los árboles y les disparaban flechas.

—Mirad —dijo Lark—, un cerdo con un arco.

El arquero más cercano era Ser Cerdi en persona, el gordo que le había quitado su puesto junto al maestre Aemon. Le bastó ver a Samwell Tarly para enfurecerse. La mejor vida que había conocido fue cuando trabajó como mayordomo del maestre Aemon. El anciano ciego no era muy exigente; además, Clydas se ocupaba de la mayor parte de sus necesidades. Los deberes de Chett

eran sencillos: limpiar la pajarera, encender las chimeneas, preparar alguna comida... Y Aemon no le había pegado nunca.

«Se cree que puede llegar y echarme porque es de noble cuna y sabe leer. Pues a lo mejor le digo que me lea el cuchillo antes de que le abra la garganta con él.»

—Vosotros, seguid —les dijo a los demás—. Yo quiero ver esto.

Los perros tiraban, ansiosos por irse con ellos en busca de la comida que creían que los esperaba en la cima. Chett le dio un puntapié a la perra, y eso los tranquilizó hasta cierto punto.

Observó desde los árboles cómo el gordo luchaba con un arco largo, tan alto como él, con la cara de bollo fruncida por la concentración. Clavadas en la tierra, frente a él, había tres flechas. Tarly colocó una en la cuerda, tensó el arco, mantuvo la tensión un instante mientras trataba de apuntar y soltó. La flecha desapareció entre la vegetación. Chett soltó una carcajada, entre complacido y asqueado.

—No habrá quien encuentre esa flecha, y me echarán la culpa a mí —dijo Edd Tollett, el sombrío escudero de pelo gris al que todos llamaban Edd *el Penas*—. Siempre que se pierde algo me miran a mí, desde aquella vez que perdí mi caballo. Como si hubiera podido evitarlo. Era blanco y estaba nevando, ¿qué querían?

—El viento le ha desviado la flecha —dijo Grenn, otro de los amigos de Lord Nieve—. Trata de mantener firme el arco, Sam.

—Pesa mucho —se quejó el chico obeso, pero disparó la segunda flecha de la misma manera. Pasó muy alta, atravesando las ramas a unos tres metros por encima del blanco.

—Creo que has acertado a una hoja de ese árbol —dijo Edd *el Penas*—. El otoño ya llega a toda velocidad; no hace falta que lo ayudes. —Suspiró—. Y todos sabemos qué viene después del otoño. Dioses, qué frío tengo. Dispara tu última flecha, Samwell; creo que se me está congelando la lengua y se me pega al paladar.

Ser Cerdi bajó el arco, y Chett pensó que iba a ponerse a berrear.

—Es muy difícil.

—Coloca la flecha, tensa y dispara —dijo Grenn—. ¡Venga!

Obediente, el chico obeso cogió de la tierra su última flecha, la colocó en el arco largo, tensó y disparó. Lo hizo con celeridad, sin bizquear al apuntar, como había hecho las dos ocasiones anteriores. La flecha se clavó en la parte inferior del pecho de la silueta del árbol y se quedó allí, oscilando.

—Le he dado. —Ser Cerdi parecía asombrado—. Grenn, ¿has visto? ¡Mira, Edd, le he dado!

—Yo diría que entre las costillas —anunció Grenn.

—¿Lo he matado?

—Quizá le habrías pinchado un pulmón, si lo tuviera. Pero, como norma general, los árboles no tienen pulmones —concluyó Tollett al tiempo que se

encogía de hombros. Retiró el arco de manos de Sam y añadió—: He visto tiros peores. Míos, inclusive.

Ser Cerdi estaba radiante. Al mirarlo, cualquiera habría dicho que había hecho algo importante. Pero cuando vio a Chett con los perros, la sonrisa se le desvaneció de la cara.

—Le has dado a un árbol —dijo Chett—. Veremos cómo disparas cuando se trate de los hombres de Mance Rayder. No van a quedarse ahí con los brazos abiertos y las hojas susurrando, de eso nada. Irán hacia ti y te gritarán en la cara, y estoy seguro de que te mearás en los calzones. Uno de ellos te clavará un hacha entre esos ojitos de cerdo. Lo último que oirás será el ruido sordo que hará al entrarte en el cráneo.

El chico obeso estaba temblando. Edd *el Penas* le puso una mano en el hombro.

—Hermano —dijo con solemnidad—, sólo porque a ti te haya pasado eso no quiere decir que a Sam le vaya a suceder lo mismo.

—¿A qué te refieres, Tollett?

—Lo del hacha que te clavaron en el cráneo. ¿Es verdad que la mitad de los sesos se te quedaron esparcidos por el suelo y tus perros se los comieron?

Grenn, un patán corpulento, se echó a reír, y hasta Samwell Tarly sonrió débilmente. Chett dio una patada al perro más cercano, tiró de las traíllas y comenzó a ascender la colina.

«Sonríe todo lo que quieras, Ser Cerdi. Veremos quién ríe esta noche. —Su único deseo era tener tiempo para matar también a Tollett—. Un idiota agorero con cara de caballo, eso es lo que es.»

El ascenso era abrupto hasta en aquella ladera del Puño, la que tenía menos pendiente. A medio camino, los perros comenzaron a ladrar y tirar de él, creyendo que pronto comerían. En lugar de eso, les hizo probar sus botas, y un chasquido del látigo fue la respuesta al animal enorme y feo que le lanzó un mordisco. Tan pronto como los ató fue a presentar su informe.

—Había huellas, como dijo Gigante —informó a Mormont delante de su gran tienda negra—, pero los perros no pudieron encontrar el rastro. Era río abajo; quizá se tratara de huellas antiguas.

—Qué lástima. —El Lord Comandante Mormont tenía la cabeza calva y una gran barba gris y enmarañada, y su voz denotaba el mismo cansancio que su aspecto—. Nos hubiera venido bien un buen trozo de carne fresca.

—*Carne... carne... carne* —repitió el cuervo de su hombro, ladeando la cabeza.

«Podríamos hacer un guiso con los condenados perros —pensó Chett, pero mantuvo la boca cerrada hasta que el Viejo Oso le dio permiso para retirarse—. Y ésta ha sido la última vez que he tenido que inclinar la cabeza ante ése», se dijo para sus adentros con satisfacción. Le parecía que hacía cada vez más frío, aunque hubiera jurado que era imposible. Los perros se acurrucaron, lastimeros, sobre el duro cieno congelado, y Chett se sintió tentado de meterse

entre ellos. Se limitó a cubrirse la parte inferior del rostro con una bufanda negra de lana, dejando libre un pequeño espacio para la boca. Descubrió que si se movía entraba un poco en calor, por lo que hizo un lento recorrido por el perímetro con un mazo de hojamarga, compartiendo una o dos mascadas con los hermanos negros que estaban de guardia, mientras escuchaba lo que le contaban. Ninguno de los hombres del turno de día entraba en sus planes; de todos modos, creyó que no le iría mal tener cierta idea de lo que pensaban.

Lo que pensaban, básicamente, era que hacía un frío de mil demonios.

A medida que las sombras se alargaban, se levantaba el viento. Cuando pasaba entre las piedras de la muralla circular, emitía un sonido agudo y débil.

—Odio ese sonido —dijo el pequeño Gigante—, es como un bebé en el bosque que gime pidiendo leche.

Cuando terminó el recorrido y volvió donde estaban los perros, vio a Lark que lo esperaba.

—Los oficiales están otra vez en la tienda del Viejo Oso discutiendo algo con mucho interés.

—A eso se dedican, sí —dijo Chett—. Todos son de noble cuna, todos menos Blane, y se emborrachan con palabras en lugar de con vino.

—El imbécil descerebrado sigue hablando del pájaro —lo alertó Lark; se le había acercado y miraba en torno suyo para cerciorarse de que no había nadie cerca—. Ahora pregunta si hemos guardado algo de grano para el maldito bicho.

—Es un cuervo —replicó Chett—. Come cadáveres.

—¿El suyo quizá? —preguntó Lark con una mueca.

«O el tuyo.» A Chett le parecía que necesitaban más al hombrón que a Lark.

—Deja de preocuparte por Paul *el Pequeño*. Haz tu parte; él hará la suya.

Cuando logró liberarse del de las Hermanas, el crepúsculo avanzaba entre los árboles, y se sentó a afilar su espada. Con los guantes puestos era un trabajo durísimo, pero no tenía la menor intención de quitárselos. Hacía tanto frío que el tonto que tocara acero con las manos desnudas perdería un trozo de piel.

Los perros gimotearon cuando el sol se puso. Les echó agua y maldiciones.

—Falta media noche para que podáis disfrutar de vuestro festín.

Ya le llegaba el olor de la cena.

Dywen estaba delante del fuego donde cocinaban cuando Chett recibió un pedazo de pan y una escudilla de sopa de tocino y judías de manos de Hake, el cocinero.

—El bosque está demasiado silencioso —decía el viejo forestal—. No hay ranas junto a ese río, ni búhos en la noche. No había oído nunca un bosque más muerto que éste.

—Esos dientes tuyos suenan bastante muertos —dijo Hake.

Dywen entrechocó los dientes de madera.

—Tampoco hay lobos. Antes había, pero han desaparecido. ¿Adónde creéis que se habrán ido?

—A algún sitio cálido —dijo Chett.

De los más de una docena de hermanos que estaban sentados en torno al fuego, cuatro eran de los suyos. Mientras comía, dedicó a cada uno una mirada torva e inquisitiva, para ver si alguno mostraba señales de vacilación. El Daga parecía bastante tranquilo allí sentado, afilando el arma como lo hacía todas las noches. Y Donnel Hill *el Suave* era todo anécdotas jocosas y chistes. Tenía los dientes blancos, los labios rojos y gruesos, y unos cabellos rubios ondulados que le caían sobre los hombros formando una hermosa cascada, y aseguraba ser hijo bastardo de un Lannister. Quizá lo fuera. Chett no tenía la menor necesidad de chicos guapos ni tampoco de bastardos, pero Donnel *el Suave* parecía bastante competente.

No estaba tan seguro respecto al guardabosques a quien los hermanos llamaban Serrucho, más por sus ronquidos que por algo que tuviera que ver con los árboles. En aquel mismo momento, parecía tan inquieto que quizá no volviera a roncar en la vida. Y Maslyn estaba peor. Chett veía cómo le corría el sudor por la cara, a pesar del viento helado. Las gotas de humedad brillaban a la luz de la hoguera, como pequeños diamantes mojados. Maslyn ni siquiera comía; se limitaba a contemplar la sopa como si su olor estuviera a punto de hacerlo vomitar.

«Tendré que vigilarlo», pensó Chett.

—¡A formar! —El grito repentino surgió de una docena de gargantas y se difundió con rapidez por todos los rincones del campamento, en la cima de la colina—. ¡Hombres de la Guardia de la Noche! ¡A formar junto a la hoguera central!

Con el ceño fruncido, Chett terminó su ración de sopa y siguió a los demás.

El Viejo Oso estaba delante del fuego junto con Smallwood, Locke, Wythers y Blane, que formaban una fila detrás de él. Mormont llevaba una capa de gruesa piel negra, y el cuervo, posado sobre su hombro, se limpiaba las negras plumas.

«Esto no augura nada bueno.» Chett se metió entre Bernarr *el Moreno* y unos hombres de la Torre Sombría. Cuando todos estuvieron reunidos, menos los vigilantes del bosque y los que hacían guardia en la muralla circular, Mormont se aclaró la garganta y escupió. La saliva se congeló antes de tocar el suelo.

—¡Hermanos! —dijo—. ¡Hombres de la Guardia de la Noche!

—*¡Hombres!* —gritó su cuervo—. *¡Hombres! ¡Hombres!*

—Los salvajes están bajando de las montañas, siguen el curso del Agualechosa. Thoren considera que su vanguardia estará sobre nosotros de aquí a diez días. Sus exploradores más experimentados van con Harma *Cabeza de Perro* en esa vanguardia. Los demás, o bien forman una fuerza de retaguardia, o avanzan muy cerca del propio Mance Rayder. Sus combatientes se extienden por toda la línea de avance en pequeños grupos. Tienen bueyes, mulas, caballos... pero pocos. La mayoría van a pie, apenas van armados y no

están entrenados. Las armas que llevan son más bien de hueso y piedra que de acero. Transportan consigo la impedimenta: mujeres, niños, rebaños de cabras y ovejas, además de todas sus posesiones. En pocas palabras, aunque son numerosos, son vulnerables... y no saben que estamos aquí. O, al menos, debemos rezar para que no lo sepan.

«Lo saben —pensó Chett—. Puñetero viejo, montón de carroña, lo saben, tan cierto como que hay noche y día. Qhorin Mediamano no ha regresado, ¿verdad? Ni Jarman Buckwell. Si han capturado a alguno, sabes muy bien que los salvajes ya deben haberlos hecho cantar una o dos tonadas.»

—Mance Rayder tiene la intención de cruzar el Muro y llevar una guerra sangrienta a los Siete Reinos —dijo Smallwood dando un paso adelante—. Bien, a eso también sabemos jugar nosotros. Mañana le llevaremos la guerra.

—Al romper la aurora partiremos todos —dijo el Viejo Oso, mientras un murmullo recorría la formación—. Iremos hacia el norte y daremos un rodeo hacia el oeste. La vanguardia de Harma habrá dejado bien atrás el Puño cuando cambiemos de dirección. Las estribaciones de los Colmillos Helados están llenas de valles estrechos y sinuosos, ideales para emboscadas. Su columna se estirará a lo largo de varias leguas. Caeremos sobre ellos en varios puntos a la vez y haremos que juren que éramos tres mil, no trescientos.

—Los golpearemos con toda dureza y nos retiraremos antes de que sus jinetes puedan formar para enfrentarse a nosotros —dijo Thoren Smallwood—. Si nos persiguen, los obligaremos a que nos den caza largo rato, y después giraremos y volveremos a golpear la columna en un punto más lejano. Quemaremos sus carros, dispersaremos sus rebaños y mataremos a tantos de ellos como podamos. Hasta al mismísimo Mance Rayder, si nos tropezamos con él. Si se dispersan y vuelven a sus guaridas, habremos ganado. Si no, los hostigaremos todo el camino hasta el Muro y nos aseguraremos de que dejen un rastro de cadáveres tras ellos.

—Son miles —gritó alguien a espaldas de Chett.

—Todos moriremos. —Era la voz de Maslyn, que estaba verde de miedo.

—*Moriremos* —graznó el cuervo de Mormont, batiendo las alas negras—, *moriremos, moriremos.*

—Sí, muchos de nosotros —dijo el Viejo Oso—. Quizá todos nosotros. Pero, como dijo otro Lord Comandante hace mil años, ése es el motivo por el que nos visten de negro. Recordad vuestro juramento, hermanos. Porque somos las espadas en la oscuridad, los vigilantes del muro...

—El fuego que arde contra el frío. —Ser Mallador Locke desenvainó su espada larga.

—La luz que trae el amanecer —respondieron otros, y muchas más espadas salieron de sus fundas.

Y de pronto, todos desenvainaban, y había trescientas espadas en el aire y la misma cantidad de voces.

—¡El cuerno que despierta a los durmientes! —gritaban—. ¡El escudo que

protege los reinos de los hombres!

Chett no tuvo más remedio que unir su voz a las de los demás. El aliento de los hombres llenaba el aire de vaho, y la luz de las hogueras se reflejaba en el acero. Le complació ver que Lark, Piesligeros y Donnel Hill *el Suave* se unían a los gritos como si fueran tan idiotas como los demás. Eso estaba bien. No tenía sentido llamar la atención cuando faltaba tan poco para que llegara su hora.

Cuando los gritos cesaron, volvió a oír el sonido del viento que azotaba la muralla circular. Las llamas temblaban y se arremolinaban, como si también tuvieran frío y, en el súbito silencio, el cuervo de Viejo Oso volvió a graznar.

—*Moriremos* —dijo una vez más.

«Listo, el pájaro», pensó Chett mientras los oficiales los dispersaban, advirtiéndoles a todos que tomaran una buena cena y descansaran bien aquella noche. Chett se metió bajo sus pieles, junto a los perros, y le dio vueltas mentalmente a todo lo que podía ir mal. ¿Y si aquel maldito juramento hacía que alguno cambiara de opinión? ¿O si a Paul *el Pequeño* se le olvidaba e intentaba matar a Mormont durante la segunda guardia, y no durante la tercera? ¿Y si Maslyn se acobardaba, alguien los delataba o...?

Se descubrió prestando atención a los sonidos de la noche. Era verdad, el viento sonaba como los gemidos de un bebé, y de vez en cuando oía voces humanas, el relincho de un caballo, un tronco que chisporroteaba en la hoguera... Pero nada más.

«Demasiada quietud.»

Visualizó el rostro de Bessa flotando delante de él.

«No era el cuchillo lo que quería meterte —quiso decirle—. Recogí flores para ti, rosas silvestres, atanasias, tulipanes dorados... Me llevó toda la mañana. —El corazón le latía como un tambor, tan alto que temía despertar al campamento. El hielo le endurecía la barba alrededor de la boca—. ¿Por qué pasó aquello con Bessa?» Antes, cada vez que pensaba en ella era únicamente para recordar el aspecto que tenía al morir. ¿Qué le estaba sucediendo? Apenas podía respirar. ¿Se había dormido? Se incorporó sobre las rodillas, y algo húmedo y frío le tocó la nariz. Chett miró hacia arriba.

Nevaba.

«No es justo —habría querido gritar. Sintió cómo las lágrimas se le congelaban en las mejillas. La nieve echaría a perder todo aquello por lo que había trabajado, sus minuciosos planes. Era una nevada copiosa; gruesos copos caían a su alrededor. ¿Cómo hallarían sus depósitos de alimentos bajo la nieve o el sendero de cazadores que pretendían seguir hacia el este?—. Si huimos por la nieve recién caída, no necesitarán a Dywen ni a Bannen para darnos caza. —Y la nieve ocultaba el relieve del terreno, sobre todo de noche. Un caballo podía tropezar en una raíz o partirse una pata en una roca—. Estamos acabados —comprendió—. Acabados antes de empezar. Estamos perdidos. —No habría vida señorial para el hijo del de las sanguijuelas; no habría un torreón que pudiera llamar suyo, ni esposas ni coronas. Sólo la espada de un salvaje clavada

en las tripas, y después una tumba sin nombre—. La nieve me lo ha quitado todo... la maldita nieve...»

Nieve: eso era lo que lo había arruinado en una ocasión. Nieve y su amigo el cerdito.

Chett se levantó. Tenía las piernas rígidas, y los copos de nieve habían transformado las hogueras distantes en un vago resplandor anaranjado. Se sentía como si lo estuviera atacando una nube de insectos pálidos y fríos. Se le asentaban sobre los hombros y la cabeza, se le metían en la nariz y los ojos... Con una maldición se los sacudió.

«Samwell Tarly —recordó—. Al menos puedo ocuparme de Ser Cerdi.» Se cubrió el rostro con la bufanda, se colocó el capuchón y comenzó a cruzar el campamento hacia el sitio donde dormía el cobarde.

La nieve caía con tal intensidad que se perdió entre las tiendas, pero finalmente dio con el pequeño refugio contra el viento que el chico obeso se había construido entre una roca y las jaulas de los cuervos. Tarly estaba enterrado bajo un montículo de frazadas de lana negra y gruesas pieles. La nieve estaba a punto de cubrirlo. Tenía el aspecto de una montaña de suaves redondeces. El acero susurró sobre el cuero con la levedad de la esperanza cuando Chett desenfundó la daga. Uno de los cuervos graznó.

—*Nieve* —masculló otro, mirando a través de los barrotes con sus ojos negros.

—*Nieve* —añadió el primero.

Pasó junto a ellos, colocando cada pie con cuidado. Cubriría con la mano izquierda la boca del gordo para ahogar sus gritos y...

Uuuuuuuuuuuooooooooo.

Se detuvo con un pie en alto y ahogó una maldición cuando el sonido del cuerno vibró a través del campamento, lejano y débil, pero inconfundible.

«Ahora, no. ¡Malditos sean los dioses, ahora no! —El Viejo Oso había apostado observadores a cierta distancia, en un anillo de árboles en torno al Puño, para que dieran la alarma si se acercaba el enemigo—. Jarman Buckwell está de vuelta de la Escalera del Gigante —supuso Chett—, o será Qhorin Mediamano, que regresa del Paso Aullante.» Un toque del cuerno significaba el regreso de hermanos. Si se trataba de Mediamano, Jon Nieve estaría con él, vivo.

Sam Tarly se sentó, con los ojos hinchados, y miró confuso la nieve. Los cuervos graznaban muy alto; aun así, Chett alcanzaba a oír los gemidos de sus perros.

«La mitad del campamento de mierda se ha despertado.» Cerró los dedos, enfundados en el guante, en torno a la empuñadura de la daga mientras esperaba a que el sonido se apagara. Pero apenas se había silenciado, cuando volvió a oírse, más alto y más largo.

Uuuuuuuuuuuuuuuooooooooooooooo.

—Dioses —oyó gimotear a Sam Tarly.

El chico obeso se arrodilló, con los pies enredados en la capa y las frazadas. Las apartó de una patada y extendió la mano en busca de una cota de mallas que había colgado de una roca cercana. Cuando metió la cabeza y se retorció hasta ponérsela, notó la presencia de Chett, que estaba allí de pie.

—¿Ha sonado dos veces? —preguntó—. He soñado que oía dos toques.

—No ha sido un sueño —dijo Chett—. Dos toques para convocar la Guardia a las armas. Dos toques que significan enemigo que se aproxima. Allá afuera hay un hacha con la palabra «Cerdi» escrita en ella, gordo. Dos toques quieren decir salvajes. —El terror de aquella enorme cara de bollo hizo que sintiera ganas de reír—. Que se vayan todos a los siete infiernos. Que le den por culo a Harma. Que le den por culo a Mance Rayder. Que le den por culo a Smallwood; dijo que no llegarían aquí antes de...

Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuoooooooooooooooooooooo.

El sonido siguió y siguió, hasta parecer que no iba a terminar nunca. Los cuervos aleteaban, graznaban, revoloteaban dentro de sus jaulas y chocaban contra los barrotes, y por todo el campamento se levantaban los hermanos de la Guardia de la Noche, se ponían las armaduras, se ceñían los cinturones de los que colgaban las espadas y echaban mano a los arcos y hachas de batalla. Samwell Tarly estaba de pie, temblando, con el rostro del mismo color de la nieve que se arremolinaba en torno a ellos.

—Tres —chilló, dirigiéndose a Chett—, han sido tres, he oído tres. No han tocado tres nunca. Jamás, en miles y miles de años. Tres significa...

—Los Otros.

Chett emitió un sonido a medio camino entre una risa y un sollozo, y de repente, la ropa interior se le mojó; sintió cómo la orina le corría piernas abajo y vio el vapor que subía de la parte delantera de sus calzones.

JAIME

Un soplo de viento del este, tan suave y que olía tan bien como los dedos de Cersei, le revolvió el cabello enmarañado. Oía el canto de los pájaros y veía el río que fluía bajo la nave mientras el impulso de los remos los llevaba hacia la pálida aurora rosada. Después de tanto tiempo en la oscuridad, el mundo era tan hermoso que Jaime Lannister se sintió mareado.

«Estoy vivo y ebrio de luz del sol.» Una carcajada se le escapó de los labios, súbita como una codorniz espantada de su escondite.

—Silencio —refunfuñó la mujer, con el ceño fruncido.

Ese gesto era más propio de su rostro ancho y basto que la sonrisa, aunque Jaime no la había visto sonreír nunca. Se entretuvo imaginándosela con una de las túnicas de seda de Cersei, en lugar de su justillo de cuero acolchado. «Sería lo mismo vestir de seda a una vaca que a esta mujer.»

Pero la vaca remaba bien. Bajo sus calzones pardos de tela basta había pantorrillas como troncos, y los largos músculos de los brazos se le flexionaban y tensaban con cada movimiento de los remos. Incluso después de pasar remando la mitad de la noche, la moza no mostraba síntomas de cansancio, cosa que no podía decirse de Ser Cleos, su sobrino, que llevaba el otro remo. «Tiene el aspecto de una moza campesina, aunque habla como si fuera de noble cuna y lleva espada larga y una daga. Pero... ¿sabrá usarlas?» Jaime tenía la intención de aclarar ese punto tan pronto como pudiera liberarse de aquellos grilletes.

Llevaba esposas de hierro en las muñecas, y grilletes en los tobillos, unidos por una pesada cadena de un par de palmos de largo.

—Cualquiera diría que no os basta mi palabra de Lannister —bromeó mientras lo encadenaban.

En aquel momento estaba muy borracho gracias a Catelyn Stark. Sólo recordaba fragmentos sueltos de su huida de Aguasdulces. Habían tenido algunos problemas con el carcelero, pero la moza se había impuesto. Después, habían subido por una escalera interminable, dando vueltas y más vueltas. Jaime sentía las piernas tan endebles como la hierba, y tropezó dos o tres veces antes de que la moza le ofreciera el brazo como apoyo. En un momento dado le pusieron una capa de viaje y lo echaron al fondo de un esquife. Recordó oír cómo Lady Catelyn le ordenaba a alguien que levantara la rejilla de la Puerta del Agua. Declaró, en tono que no admitía discusiones, que enviaba a Ser Cleos Frey de vuelta a Desembarco del Rey con nuevas condiciones para la Reina.

En aquel momento debió de quedarse dormido. El vino le había dado sueño, y era una delicia estirarse, un lujo que las cadenas del calabozo no le habían permitido. Hacía mucho tiempo que Jaime había aprendido a echar una

cabezada sobre la silla de montar durante la marcha; aquello no resultaba más duro.

«Tyrion se va morir de risa cuando le cuente cómo me quedé dormido durante mi propia fuga.» Pero ya estaba despierto y los grilletes le resultaban un poco molestos.

—Mi señora —dijo en voz alta—, si me quitáis estas cadenas, haré vuestro turno con los remos.

Ella frunció de nuevo aquel rostro, todo dientes de caballo y suspicacia.

—Llevaréis las cadenas, Matarreyes.

—¿Creéis que vais a poder remar todo el trayecto hasta Desembarco del Rey, moza?

—Me llamaréis Brienne. No moza.

—Y yo me llamo Ser Jaime. No Matarreyes.

—¿Negáis que habéis matado a un rey?

—No. ¿Negáis vuestro sexo? Si es así, quitaos los calzones y demostrádmelo. —Le dedicó una sonrisa inocente—. Os pediría que os abrierais la blusa, pero a juzgar por vuestro aspecto, eso no demostraría gran cosa.

—Primo, sé más cortés —lo increpó Ser Cleos, mirándolo molesto.

«Éste tiene poca sangre Lannister.» Cleos era hijo de su tía Genna y de aquel idiota de Emmon Frey, que había vivido aterrorizado por Lord Tywin Lannister desde el día en que se casó con su hermana. Cuando Lord Walder Frey llevó a Los Gemelos a la guerra en el bando de Aguasdulces, Ser Emmon había preferido mantenerse fiel a su esposa antes que a su padre. «Roca Casterly se quedó con la peor parte en aquel trato», reflexionó Jaime. Ser Cleos parecía una comadreja, combatía como un ganso y tenía el coraje de una oveja particularmente valiente. Lady Stark había prometido liberarlo si entregaba aquel mensaje a Tyrion, y Ser Cleos había jurado con toda solemnidad que lo haría.

Todos habían negociado en aquella celda y habían hecho juramentos, Jaime más que nadie. Aquél era el precio que ponía Lady Catelyn para liberarlo. Le puso en el cuello la punta de la espada larga de la moza.

—Jura —exigió— que nunca más empuñarás las armas contra los Stark o los Tully. Jura que obligarás a tu hermano a honrar su juramento de devolverme a mis hijas sanas y salvas. Júralo por tu honor de caballero, por tu honor de Lannister, por tu honor como Hermano Juramentado de la Guardia Real. Júralo por la vida de tu hermana, la de tu padre, la de tu hijo, por los dioses antiguos y los nuevos, y te mandaré de vuelta con tu hermana. Niégate, y veré manar tu sangre.

Recordó el pinchazo del acero a través de los harapos cuando ella hizo girar la punta de la espada.

«Me pregunto qué opinará el Septon Supremo sobre la inviolabilidad de los juramentos hechos cuando uno está totalmente borracho, encadenado a una pared y con una espada en el pecho.» No se trataba de que Jaime se preocupara

de veras por aquel fraude flagrante ni por los dioses a los que decía adorar. Recordaba el balde que Lady Catelyn había pateado en su celda. Extraña mujer, que confiaba sus hijas a un hombre cuyo honor era pura mierda. Aunque, en realidad, no depositaba mucha confianza en él. «Pone todas sus esperanzas en Tyrion, no en mí.»

—Quizá no sea tan estúpida al fin y al cabo —dijo en voz alta.

Su celadora lo entendió mal.

—No soy estúpida. Ni sorda.

Fue cortés; burlarse de ella en esas circunstancias era tan fácil que no suponía ninguna diversión.

—Hablaba para mis adentros y no estaba pensando en vos. Es un hábito que se adquiere con facilidad en una celda.

Ella lo miró con el ceño fruncido, mientras llevaba los remos adelante y atrás, y de nuevo adelante, sin decir nada.

«Tiene tanta facilidad de palabra como belleza en el rostro.»

—Por tu forma de hablar, colijo que eres de noble cuna.

—Mi padre es Selwyn de Tarth, señor del Castillo del Ocaso por la gracia de los dioses.

Hasta aquella respuesta le fue dada de mala gana.

—Tarth —dijo Jaime—. Una enorme roca lúgubre en el mar Angosto, si mal no recuerdo. Y ha jurado fidelidad a Bastión de Tormentas. ¿Por qué sirves a Robb de Invernalia?

—A quien sirvo es a Lady Catelyn. Y ella me dio la orden de llevaros sano y salvo a Desembarco del Rey con vuestro hermano Tyrion, no de gastar palabras con vos. Manteneos en silencio.

—He tenido un hartazgo de silencio, mujer.

—Hablad entonces con Ser Cleos. No desperdicio palabras con monstruos.

—¿Hay monstruos por aquí? —Jaime soltó una carcajada estrepitosa—. ¿Se esconden quizá bajo las aguas? ¿O entre esos sauces? ¡Y yo sin mi espada!

—Un hombre que viola a su hermana, asesina a su rey y empuja a la muerte a un niño inocente no se merece otro nombre.

«¿Inocente? El crío del demonio nos estaba espiando.» Todo lo que Jaime había deseado era una hora a solas con Cersei. El viaje de ambos al norte había sido un tormento prolongado; la veía todos los días sin posibilidad de tocarla y sabía que Robert caía borracho en la cama de ella cada noche, dentro de aquella chirriante casa con ruedas. Tyrion había hecho todo lo posible para mantenerlo de buen humor, pero no había bastado.

—Tendréis que ser más cortés en lo que respecta a Cersei, moza —le advirtió.

—Me llamo Brienne, no moza.

—¿Y qué os importa cómo os llame un monstruo?

—Me llamo Brienne —repitió ella, terca como una mula.

—¿Lady Brienne? —La moza hizo tal mueca de incomodidad que Jaime

percibió un punto débil—. ¿O tal vez os gustaría más que os llamara Ser Brienne? —Se echó a reír—. No, me temo que no. Se puede equipar una vaca lechera con ataharre, capizana y testera, y cubrirla con un manto de seda, pero eso no significa que se pueda montar para ir a la batalla.

—Primo Jaime, por favor, no debes hablar con tanta rudeza. —Bajo la capa, Ser Cleos llevaba un chaleco con los torreones gemelos de la Casa Frey y el león dorado de los Lannister—. Tenemos un largo viaje por delante; no debemos pelear entre nosotros.

—Cuando yo peleo, lo hago con una espada, primo. Estaba conversando con la dama. Decidme, moza, ¿todas las mujeres de Tarth son tan bastas como vos? Si es así, siento lástima por los hombres. Quizá no sepan cómo es una mujer de verdad, pues viven en una montaña lúgubre en el mar.

—Tarth es hermoso —gruñó la mujer, entre golpes de remo—. La llaman la Isla Zafiro. Callad de una vez, monstruo, a no ser que queráis que os amordace.

—¿A ella no le dices que sea más cortés, primo? —preguntó Jaime a Ser Cleos—. Aunque la verdad es que tiene mucho valor, de eso no cabe duda. No son muchos los hombres que se atreven a llamarme monstruo a la cara.

«Aunque a mis espaldas hablan con toda libertad, eso no lo dudo.»

Ser Cleos soltó una tosecita nerviosa.

—Lady Brienne ha oído todas esas mentiras de boca de Catelyn Stark, sin duda. Los Stark no pueden derrotarte con la espada, y por eso ahora hacen la guerra con palabras ponzoñosas.

«Ya me han derrotado con la espada, cretino sin carácter. —Jaime le dedicó una sonrisa cómplice. Los hombres leen cualquier cosa en una sonrisa de complicidad, siempre que el otro se lo permita—. ¿Se habrá tragado el primo Cleos todo este montón de mierda, o está intentando congraciarse? ¿Qué tenemos aquí, un cabeza de chorlito sincero o un lameculos?»

—Cualquiera que crea —seguía Ser Cleos con su cháchara sin sentido— que un Hermano Juramentado de la Guardia Real haría daño a un niño, no sabe qué es el honor.

«Lameculos.» A decir verdad, Jaime había llegado a lamentar el haber arrojado a Brandon Stark por aquella ventana. Más tarde, cuando el niño se había negado a morir, Cersei no había dejado de reprochárselo.

—Tenía siete años, Jaime —le echaba en cara—. Aunque hubiera entendido lo que vio, lo hubiéramos podido asustar para que se callara.

—No pensé que quisieras...

—Tú nunca piensas. Si el niño despierta y le dice a su padre lo que vio...

—Si, si, si... —La había hecho sentarse en su regazo—. Si despierta, diremos que estaba soñando o que es un mentiroso, y en el peor de los casos, mataré a Ned Stark.

—¿Y qué crees que haría Robert?

—Que Robert haga lo que quiera. Si es necesario, iré a la guerra contra él. Los bardos la llamarán «La guerra por el coño de Cersei».

—Suéltame, Jaime. —Enojada, se debatió para ponerse en pie.

En lugar de soltarla, la había besado. Ella se resistió un momento, pero a continuación entreabrió la boca bajo la presión. Él recordaba el sabor de su lengua, a vino y clavo de olor. Ella tembló. La mano de él bajó a la blusa y, de un tirón, rasgó la seda hasta liberarle los pechos, y durante un rato se olvidaron del niño de los Stark.

¿Se habría preocupado Cersei por lo del niño con posterioridad y habría pagado al hombre del que hablara Lady Catelyn para asegurarse de que no despertara nunca?

«Si lo hubiera querido ver muerto, me habría enviado a mí. Y no es propio de ella contratar a un matón que convirtió un asesinato en un desastre de primera.»

Río abajo, el sol naciente hacía brillar la superficie del agua azotada por el viento. La ribera sur era de arcilla roja, lisa como un camino. Pequeños torrentes alimentaban la corriente principal, y los troncos podridos de árboles hundidos parecían aferrarse a las orillas. La ribera norte era más agreste. Altos acantilados de roca se elevaban diez varas por encima de sus cabezas, coronados por hayas, robles y castaños. Jaime distinguió una atalaya en los cerros que tenían por delante y que crecían a cada golpe de remo. Mucho antes de que llegaran a su altura comprendió que estaba abandonada, con las gastadas piedras cubiertas por rosales trepadores.

Cuando el viento cambió de dirección, Ser Cleos ayudó a la moza a izar la vela, un triángulo rígido de lona a rayas rojas y azules. Los colores de Tully; seguro que tendrían contratiempos si se tropezaban en el río con fuerzas de los Lannister, pero era la única vela con la que contaban. Brienne agarró el timón. Jaime echó fuera la orza de deriva mientras sus cadenas tintineaban con cada uno de sus movimientos. Al momento, la velocidad de la nave aumentó, pues el viento y la corriente favorecían su avance.

—Podríamos ahorrarnos buena parte del viaje si me llevarais con mi padre en lugar de con mi hermano —apuntó.

—Las hijas de Lady Catelyn están en Desembarco del Rey. Volveré con las niñas o no volveré.

—Primo, préstame tu cuchillo —dijo Jaime al tiempo que se volvía hacia Ser Cleos.

—No. —La mujer se puso tensa—. No permitiré que tengáis un arma. —Su voz era tan inconmovible como la roca.

«Me teme, aunque lleve grilletes.»

—Cleos, me parece que tendré que pedirte que me afeites. Déjame la barba, pero rápame la cabeza.

—¿Te afeito la cabeza? —preguntó Cleos Frey.

—En el reino se conoce a Jaime Lannister como un caballero sin barba, de melena dorada. Un hombre calvo con barba amarilla sucia no llamará la atención de nadie. Prefiero que no me reconozcan cuando llevo cadenas.

La daga no estaba tan afilada como habría sido conveniente. Cleos se abrió paso a tajos valientemente por la maraña de pelo. Los rizos dorados que tiraba por la borda flotaban sobre la superficie del agua y se quedaban cada vez más a popa. Cuando los mechones desaparecieron, un piojo comenzó a descenderle por el cuello. Jaime lo atrapó y lo aplastó contra la uña del pulgar. Ser Cleos le retiró algunos más del cuero cabelludo y los lanzó al agua. Jaime se remojó la cabeza e hizo que Ser Cleos afilara la hoja antes de permitirle afeitar los últimos restos de pelo. Cuando terminó, hizo que le recortara la barba.

El reflejo en el agua era el de un hombre al que no conocía. No sólo estaba calvo, sino que además parecía haber envejecido cinco años en aquella mazmorra; tenía el rostro más afilado, con los ojos muy hundidos y arrugas que no recordaba.

«Así no me parezco tanto a Cersei. No le va a hacer ninguna gracia.»

Hacia mediodía, Ser Cleos se quedó dormido. Sus ronquidos sonaban como la llamada de los patos en celo. Jaime se estiró para ver cómo el mundo fluía a su alrededor; después de la oscura celda, cada roca y cada árbol eran una maravilla.

Vio pasar varias chozas pequeñas, erigidas sobre altos troncos que les daban aspecto de grullas. No había ni rastro de la gente que vivía en ellas. Los pájaros volaban por encima de sus cabezas o piaban desde los árboles que crecían a lo largo de la ribera, y Jaime distinguió un pez plateado que cortaba el agua.

«La trucha de los Tully, mal presagio», pensó, hasta que vio algo peor: uno de los troncos flotantes que pasaba por su lado resultó ser un hombre muerto, hinchado y desangrado, con ropas del inconfundible carmesí de los Lannister. Se preguntó si el cadáver sería el de alguien a quien hubiera conocido.

Las forcas del Tridente eran la vía más fácil para transportar mercancías o personas por las tierras ribereñas. En tiempos de paz se hubieran tropezado con pescadores en sus esquifes, barcazas de grano impulsadas con pértigas que iban corriente abajo, mercaderes que vendían agujas y retales desde sus tiendas flotantes, quizá incluso una barca de actores, pintada de colores vivos, con velas multicolores, siempre río arriba, de aldea en aldea y de castillo en castillo.

Pero la guerra se había cobrado un alto precio. Dejaron atrás aldeas, pero no vieron aldeanos. Una red vacía, cortada y hecha jirones, colgaba de unos árboles como único indicio de que hubiera habido pescadores. Una chica joven que abrevaba a su caballo desapareció a toda prisa tan pronto divisó su vela. Más tarde pasaron ante una docena de campesinos que cavaban en un campo al pie de los restos de una torre calcinada. Los hombres los miraron con ojos apagados y retornaron a sus labores cuando llegaron a la conclusión de que el esquife no era una amenaza.

El Forca Roja era ancho y lento, un río sinuoso lleno de curvas y meandros, con isletas cubiertas de vegetación, interrumpido a menudo por bancos de arena y con tocones que asomaban apenas de la superficie del agua. Sin

embargo, Brienne parecía tener una vista muy aguda para los obstáculos, y siempre encontraba un paso. Cuando Jaime le dedicó un cumplido por su conocimiento del río, ella lo miró con suspicacia.

—No conozco el río —dijo—. Tarth es una isla, y aprendí a manejar los remos y las velas antes que a montar a caballo.

—Dioses, me duelen los brazos —se quejó Ser Cleos mientras se sentaba y se frotaba los ojos—. Espero que el viento dure bastante. —Olfateó el aire—. Huelo a lluvia.

A Jaime le apetecía un buen chaparrón. Las mazmorras de Aguasdulces no eran el lugar más pulcro de los Siete Reinos. En aquel momento debía de oler a queso podrido.

—Humo —dijo Cleos mirando río abajo con los ojos entrecerrados.

Una delgada columna gris se retorcía en la distancia. Se elevaba al sur, a varias leguas, en la ribera izquierda, girando y oscilando. Conforme se acercaron, Jaime pudo distinguir en su base los restos aún ardientes de una gran edificación y un roble lleno de mujeres muertas.

Los cuervos apenas habían comenzado a picotear los cadáveres. Las cuerdas finas se clavaban profundamente en la carne blanda de las gargantas, y cuando soplaba el viento, los cuerpos giraban y se balanceaban.

—Esto es una villanía —dijo Brienne cuando estuvieron suficientemente cerca para verlo todo con claridad—. Ningún auténtico caballero hubiera aprobado esa carnicería.

—Los auténticos caballeros ven cosas peores cada vez que van a la guerra, moza —dijo Jaime—. Y hacen cosas peores, ya lo creo.

Brienne hizo girar la embarcación hacia la orilla.

—No dejaré que ningún inocente sea pasto de los cuervos.

—Sois una moza desalmada. Los cuervos también tienen que comer. Regresa al río y deja en paz a los muertos, mujer.

Atracaron un poco más adelante de donde el gran roble se inclinaba sobre las aguas. Mientras Brienne arriaba la vela, Jaime salió del esquife, moviéndose con dificultad a causa de las cadenas. El agua del Forca Roja le llenaba las botas y lo empapaba a través de los calzones harapientos. Entre risas, cayó de rodillas, sumergió la cabeza en el agua y se levantó, empapado y chorreando. Tenía las manos sucísimas, y cuando se las frotó en la corriente hasta dejarlas limpias, las vio más delgadas y pálidas de lo que recordaba. Cuando se incorporó, sintió las piernas rígidas e inestables.

«He pasado demasiado tiempo en la maldita mazmorra de Hoster Tully.»

Brienne y Cleos arrastraron el esquife hasta la orilla. Los cuerpos colgaban por encima de sus cabezas como fruta podrida que la muerte había madurado en exceso.

—Uno de nosotros tendrá que cortar las cuerdas —dijo la moza.

—Yo subiré. —Jaime salió a la orilla, tintineando—. Quitadme las cadenas.

La moza miraba hacia arriba, a una de las mujeres muertas. Jaime se le

acercó, a pasitos cortos, los únicos que permitía aquella cadena de un par de palmos. Cuando vio el tosco letrero que colgaba del cuello del cadáver más alto, sonrió.

«Se acuestan con leones», leyó para sí.

—Es bien cierto, mujer, no ha sido una acción nada caballeresca... Pero la ha protagonizado vuestro bando, no el mío. Me pregunto quiénes serían estas mujeres.

—Mozas de taberna —dijo Ser Cleos Frey—. Esto era una posada, ahora me acuerdo. Varios hombres de mi escolta pasaron la noche aquí la última vez que fuimos a Aguasdulces.

Del edificio sólo quedaban los cimientos de piedra y un caos de vigas caídas, totalmente carbonizadas. De las cenizas todavía salía humo.

Jaime dejaba los burdeles y las putas para su hermano Tyrion. Cersei era la única mujer que había deseado en su vida.

—Al parecer, las chicas complacieron a algunos soldados de mi señor padre. Quizá les dieron de comer y de beber. Así se ganaron su collar de traidoras: con un beso y una jarra de cerveza. —Examinó el río, arriba y abajo, para cerciorarse de que estaban solos—. Estas tierras son de los Bracken. Lord Jonos debe de haber dado la orden de que las mataran. Mi padre quemó su castillo: me temo que no nos tendrá mucho cariño.

—Debe de ser un trabajito de Marq Piper —dijo Ser Cleos—. O de Beric Dondarrion, ese bandido del bosque, aunque he oído que sólo mata a soldados. ¿No sería una banda de norteños de Roose Bolton?

—Mi padre derrotó a Bolton en el Forca Verde.

—Pero no lo eliminó —dijo Ser Cleos—. Regresó al sur cuando Lord Tywin marchó contra los vados. En Aguasdulces se contaba que le había arrebatado Harrenhal a Ser Amory Lorch.

A Jaime no terminaba de gustarle el cariz que estaba tomando aquello.

—Brienne —dijo, apelando a la cortesía del nombre con la esperanza de que lo escuchara—, si Lord Bolton domina Harrenhal, lo más probable es que el Tridente y el camino Real estén vigilados.

Creyó ver un atisbo de vacilación en los enormes ojos azules de la moza.

—Estáis bajo mi protección. Tendrán que matarme.

—No creo que eso les suponga un problema de conciencia.

—Peleo tan bien como vos —dijo ella, a la defensiva—. Yo estaba entre los siete elegidos del rey Renly. Me puso personalmente la seda a rayas de la Guardia Arcoiris.

—¿La Guardia Arcoiris? Vos y otras seis chicas, ¿no? Un bardo dijo en cierta ocasión que todas las chicas parecen bellas cuando se visten de seda... pero no os conocía, ¿verdad?

El rostro de la mujer enrojeció.

—Tenemos tumbas que cavar. —Caminó hacia el roble y comenzó a trepar.

Las ramas más bajas del árbol eran lo bastante grandes para que pudiera

ponerse de pie sobre ellas mientras se abrazaba al tronco. Caminó entre las hojas con la daga en la mano mientras liberaba los cadáveres. Los cuerpos cayeron, rodeados por enjambres de moscas; con cada uno que dejaba caer, el hedor aumentaba.

—Es tomarse demasiado trabajo por unas putas —se quejó Ser Cleos—. ¿Con qué se supone que vamos a cavar? No tenemos palas, y no pienso usar mi espada ni...

Brienne lanzó un grito. En lugar de bajar por el tronco, se dejó caer.

—Al bote. Deprisa. He visto una vela.

Se apresuraron todo lo que les fue posible, aunque Jaime apenas podía correr, y su primo tuvo que tirar de él para meterlo en el esquife. Brienne se impulsó con un remo e izó la vela a toda velocidad.

—Ser Cleos, necesito que reméis conmigo.

Hizo lo que le ordenaban. El esquife comenzó a cortar el agua con más celeridad; la corriente, el viento y los remos trabajaban en su favor. Jaime permanecía sentado y encadenado mirando río arriba. Lo único que se divisaba era el extremo superior de la otra vela. Según las curvas del Forca Roja, parecía estar más allá de los campos, moviéndose hacia el norte tras una muralla de árboles, mientras ellos iban hacia el sur, pero sabía que se trataba de una sensación engañosa. Levantó ambas manos para protegerse los ojos.

—Rojo cieno y azul aguado —anunció.

Brienne abría y cerraba la enorme boca sin emitir sonido alguno, lo que le daba el aspecto de una vaca rumiando el pasto.

—Más deprisa, Ser.

La posada desapareció pronto a sus espaldas y también perdieron de vista la punta de la vela, pero eso no quería decir nada. Cuando los perseguidores dieran la vuelta al recodo, se harían visibles de nuevo.

—Es de esperar que los caballerosos Tully se detengan a enterrar a las putas muertas.

A Jaime, la perspectiva de volver a su celda no le resultaba atractiva.

«Seguro que a Tyrion se le ocurriría algo genial en este momento, pero a mí lo único que se me ocurre es atacarlos con una espada.»

Durante casi una hora jugaron al escondite con los perseguidores, mientras se deslizaban por los recodos o entre isletas frondosas. Y cuando comenzaban a tener esperanzas de que, de alguna manera, habían logrado eludir la persecución, la vela distante volvió a hacerse visible. Ser Cleos dejó de remar.

—Que los Otros se los lleven —dijo, secándose el sudor de la frente.

—¡Remad! —ordenó Brienne.

—Lo que nos persigue es una galera fluvial —anunció Jaime después de escudriñar un rato. A cada golpe de remo parecía hacerse más grande—. Nueve remos a cada lado, lo que quiere decir dieciocho hombres. Más, si llevan soldados además de remeros. Y su vela es más grande que la nuestra. No podemos escapar.

—¿Has dicho dieciocho? —preguntó Ser Cleos; se había quedado paralizado con el remo en la mano.

—Seis para cada uno de nosotros. Yo me encargaría de ocho, pero estos brazaletes me molestan un poco. —Jaime levantó las muñecas—. A no ser que Lady Brienne tenga la bondad de quitármelos.

Ella no le prestó atención y puso todo su esfuerzo en bogar.

—Teníamos media noche de ventaja sobre ellos —dijo Jaime—. Han estado remando desde el amanecer, dejando descansar dos remos por turno. Deben de estar agotados. En este momento, la vista de nuestra vela les ha dado nuevos ánimos, pero no les durarán. No tendremos problemas para matar a muchos de ellos.

—Pero... —Ser Cleos tragó en seco—. Son dieciocho.

—Por lo menos. Lo más probable es que sean veinte o veinticinco.

—No podemos derrotar a dieciocho —gimió Ser Cleos.

—¿Acaso dije que los derrotaríamos? Lo mejor que nos puede pasar es morir con la espada en la mano.

Era totalmente sincero. Jaime Lannister no había temido nunca a la muerte.

Brienne dejó de remar. El sudor le había pegado en la frente algunos mechones color lino, y con la cara que ponía estaba más fea que nunca.

—Estáis bajo mi protección —dijo, con la voz tan iracunda que era casi un rugido.

Ante tanta ferocidad Jaime no tuvo más remedio que echarse a reír.

«Es como un mastín con tetas —pensó—. O lo sería, de tener tetas.»

—Entonces protegedme, moza. O liberadme para que pueda protegerme a mí mismo.

La galera, una gran libélula de madera, se deslizaba a toda velocidad río abajo. El agua en torno a ella se tornaba blanca ante la furia de los remos. Acortaba distancias de manera visible y, a medida que se aproximaba, los hombres se agrupaban en la cubierta de proa. En las manos se les veían destellos metálicos, y Jaime alcanzó a distinguir los arcos.

«Arqueros.» Detestaba a los arqueros.

En la proa de la galera se hallaba de pie un hombre robusto de cabeza calva, cejas muy pobladas y brazos musculosos. Sobre la cota llevaba un jubón blanco manchado, con un sauce llorón bordado en verde pálido, pero se sujetaba la capa con un broche en forma de trucha plateada.

«El capitán de la guardia de Aguasdulces.» En su día, Ser Robin Ryger había sido un luchador de notable tenacidad, pero su tiempo había pasado: tenía la misma edad que Hoster Tully y había envejecido junto a su señor.

Cuando los botes estaban a cuarenta varas de distancia, Jaime ahuecó las manos en torno a la boca para que se le oyera mejor.

—¿Venís a desearme buenos vientos, Ser Robin?

—Vengo a llevarte de vuelta, Matarreyes —vociferó a su vez Ser Robin Ryger—. ¿Cómo has perdido tu cabellera dorada?

—Espero cegar a mis enemigos con el brillo de mi calva. Con vos ha funcionado bastante bien.

Ser Robin no parecía divertido. La distancia entre el esquife y la galera disminuyó a cuarenta varas.

—Soltad los remos y tirad vuestras armas al río, y nadie resultará herido.

—Jaime, dile que nos ha liberado Lady Catelyn... —dijo Ser Cleos volviéndose—. Un intercambio de prisioneros, algo permitido por la ley...

Jaime lo dijo, pero no sirvió de nada.

—Catelyn Stark no manda en Aguasdulces —gritó Ser Robin en respuesta. Cuatro arqueros formaron a cada uno de sus lados, dos de pie y dos de rodillas—. Tirad vuestras espadas al agua.

—No tengo espada —replicó Jaime—, pero si la tuviera, te la clavaría en las tripas y les rebanaría las pelotas a esos cuatro cobardes.

Le respondieron con varios flechazos. Uno se clavó en el mástil, otros dos atravesaron la vela y el cuarto pasó a un palmo de Jaime.

Otro de los anchos recodos del Forca Roja apareció delante de ellos. Brienne ladeó el esquife en la curva. La verga osciló cuando giraron, y la vela chasqueó al llenarse de viento. Había una isla grande en mitad de la corriente; el canal principal iba por su derecha. A la izquierda había un atajo que pasaba entre la isla y los altos acantilados de la ribera norte. Brienne movió el timón y el esquife viró a la izquierda, con la vela tremolando. Jaime le observó los ojos.

«Ojos bonitos y serenos —pensó. Sabía interpretar la mirada de una persona, y sabía qué aspecto tenía el miedo—. Está llena de decisión, no de desesperación.»

A unas treinta varas por detrás de ellos, la galera entraba en el recodo.

—Ser Cleos, tomad el timón —ordenó la moza—. Matarreyes, coged un remo y mantenednos lejos de las rocas.

—Como ordene mi señora.

Un remo no era una espada, pero la pala podía romperle la cara a un hombre si el golpe llevaba suficiente impulso, y la caña serviría para detener una estocada.

Ser Cleos puso el remo en la mano de Jaime y se trasladó a popa. Cruzaron la punta de la isla y giraron bruscamente hacia el atajo, salpicando la pared del risco cuando el bote se inclinó. La isla estaba cubierta por un denso bosque, una maraña de sauces, robles y altos pinos cuyas sombras oscuras se proyectaban sobre la corriente y escondían los escollos y los troncos podridos de árboles hundidos. A babor, el risco se alzaba abrupto y rocoso, y al pie del mismo el río cubría con una espuma blanca los peñones y trozos de roca que habían caído al agua.

Pasaron de la luz solar a la sombra, escondidos de la vista de la galera por el muro de vegetación que formaban los árboles y el peñón color pardo grisáceo.

«Un respiro momentáneo ante las flechas», pensó Jaime, empujando para

apartarse de una roca casi sumergida.

El esquife se sacudió. Oyó algo que caía al río, y cuando miró a su alrededor, Brienne no estaba. Un instante después la vio salir del agua en la base del peñasco. Atravesó un charco poco profundo, trepó por algunas rocas y comenzó a ascender. Ser Cleos, boquiabierto, la miraba con los ojos como platos.

«Idiota», pensó Jaime.

—Olvídate de la moza —le dijo a su primo—. Ocúpate del timón.

Podían ver la vela que se movía al otro lado de los árboles. La galera fluvial apareció a la entrada del atajo, a unas veinticinco varas por detrás de ellos. Su proa osciló bruscamente cuando la nave giró, y volaron cinco o seis flechas, pero todas cayeron lejos. El movimiento de las dos naves causaba dificultades a los arqueros, pero Jaime era consciente de que muy pronto aprenderían a compensarlo. Brienne estaba a medio camino en la cara del acantilado, subía de asidero en asidero.

«Seguro que Ryger la verá y hará que los arqueros la derriben.»

—Ser Robin, ¡escuchadme un momento! —gritó Jaime; había decidido ver si el orgullo del anciano lo hacía quedar como un imbécil.

Ser Robin levantó una mano y sus arqueros bajaron los arcos.

—Di lo que quieras, Matarreyes, pero dilo deprisa.

El esquife pasó por encima de varios trozos de piedra en el momento en que Jaime respondía.

—Sé de una forma mejor para resolver esto: un combate singular. Vos contra mí.

—No nací ayer, Lannister.

—No, pero lo más probable es que muráis esta tarde. —Jaime levantó las manos, para que el otro pudiera ver las cadenas—. Pelearé contra vos encadenado. ¿De qué tenéis miedo?

—De ti, no. Si de mí dependiera, eso es lo que más me gustaría, pero he recibido la orden de llevarte de vuelta, vivo si es posible. Arqueros —ordenó—. Colocad. Tensad. Dis...

El blanco estaba a menos de veinte varas. Difícilmente hubieran errado, pero cuando levantaban los arcos largos, una lluvia de piedras se abatió en torno a ellos. Cayeron piedras pequeñas que rebotaban en cubierta, les golpeaban los yelmos y salpicaban al caer al agua a ambos lados de la proa. Los más listos levantaron la vista en el momento en que una roca del tamaño de una vaca se separó de la cima del peñón. Ser Robin lanzó un grito de desesperación. La piedra se precipitó por el aire, golpeó la cara del peñón, se partió en dos y les cayó encima. El trozo mayor partió el mástil, rajó la vela, echó a dos arqueros al río y destrozó la pierna de un remero cuando se inclinaba sobre su remo. La rapidez con que la galera comenzó a hacer agua hacía pensar que el trozo más pequeño había atravesado el casco directamente. Los gritos de los remeros despertaban ecos en el peñón mientras los arqueros manoteaban como locos en

el agua; por la manera en que se movían, era obvio que ninguno de ellos sabía nadar. Jaime se echó a reír.

Cuando salieron del atajo, la galera se iba a pique entre remolinos y escollos, y Jaime Lannister llegó a la conclusión de que los dioses eran bondadosos. A Ser Robin y a sus tres veces malditos arqueros los aguardaba una larga caminata, mojados, de regreso a Aguasdulces, y él se había librado de la fea moza.

«Yo mismo no lo habría planeado mejor. Cuando me libre de estos grilletes...»

Ser Cleos soltó un grito. Cuando Jaime levantó la vista, Brienne avanzaba por la cima del acantilado, muy por delante del esquife, tras atajar por un saliente mientras ellos seguían el recodo del río. Saltó desde la roca y casi resultó elegante al zambullirse. Habría sido poco caballeroso esperar que se destrozara la cabeza contra una piedra. Ser Cleos viró el esquife hacia ella. Por suerte, Jaime aún tenía el remo.

«Un buen golpe cuando intente subir a bordo y me libraré de ella.»

Pero, en vez de eso, lo que hizo fue tenderle el remo por encima del agua. Brienne lo agarró y Jaime tiró de ella y la ayudó a subir al esquife. El pelo le chorreaba agua, al igual que la ropa, y formaba un charco en la embarcación.

«Mojada es más fea todavía. ¿Quién lo hubiera creído posible?»

—Sois una moza de lo más estúpida —le dijo—. Podríamos habernos ido sin vos. Supongo que esperáis que os dé las gracias.

—No necesito tu gratitud, Matarreyes. Juré que te llevaría sano y salvo a Desembarco del Rey.

—¿Y de veras pretendéis cumplir ese juramento? —Jaime le dedicó su más luminosa sonrisa—. Eso sí que es un milagro.

CATELYN

Ser Desmond Grell había servido a la Casa Tully durante toda su vida. Cuando Catelyn nació, era escudero; cuando ella aprendía a caminar, a montar y a nadar, era caballero; y el día en que se casó, era maestro de armas. Había visto a la pequeña Cat de Lord Hoster convertirse en una joven, en la dama de un gran señor, en la madre de un rey...

«Y ahora también me ha visto convertirme en una traidora.»

Cuando se fue a la guerra, su hermano Edmure había nombrado a Ser Desmond castellano de Aguasdulces, por lo que le correspondía a él castigar su crimen. Para aliviar su incomodidad, había llevado consigo al mayordomo de Lord Hoster, el adusto Utherydes Wayn. Los dos hombres, de pie, la miraban; Ser Desmond, fornido, ruborizado y avergonzado; Utherydes, esquelético, adusto y melancólico. Cada cual esperaba que el otro comenzara a hablar.

«Han consagrado sus vidas al servicio de mi padre y se lo he pagado con la deshonra», pensó Catelyn con fatiga.

—Vuestros hijos... —dijo por fin Ser Desmond—. El maestre Vyman nos lo ha contado. Los pobres. Es espantoso, espantoso. Pero...

—Compartimos vuestra pena, mi señora —dijo Utherydes Wayn—. Todo Aguasdulces está de luto con vos, pero...

—Las noticias deben de haberos vuelto loca —intervino Ser Desmond—, la locura del dolor, la locura de una madre. Los hombres lo entenderán. Vos no sabíais...

—Lo sabía —dijo Catelyn con firmeza—. Entendía qué estaba haciendo y sabía que era traición. Si no me castigáis, los hombres creerán que hemos estado en connivencia para liberar a Jaime Lannister. Soy la única responsable de este acto, y sólo yo debo responder por él. Ponedme los grilletes que ha dejado libres el Matarreyes y los llevaré con orgullo, si así es como debe ser.

—¿Grilletes? —El mero sonido de la palabra bastaba para estremecer al pobre Ser Desmond—. ¿A la madre del Rey, a la hija de mi señor? Imposible.

—Pudiera ser —intervino el mayordomo Utherydes Wayn— que mi señora consienta en quedar confinada a sus habitaciones hasta el regreso de Ser Edmure. Un tiempo a solas para rezar por sus hijos asesinados.

—Confinada, sí —dijo Ser Desmond—. Confinada en una celda en la torre, con eso bastará.

—Si he de estar confinada, que sea en los aposentos de mi padre, para que pueda confortarlo en sus últimos días.

—Muy bien —aceptó Ser Desmond tras meditarlo un instante—. No careceréis de comodidades y se os tratará con cortesía, pero se os prohíbe

recorrer el castillo. Visitad el sept cuando queráis, pero el resto del tiempo permaneced en los aposentos de Lord Hoster, hasta el regreso de Lord Edmure.

—Como tengáis a bien. —Su hermano no era el señor mientras viviera su padre, pero Catelyn no lo corrigió—. Ponedme un guardia si es vuestra obligación, pero os doy mi palabra de que no intentaré escapar.

Ser Desmond asintió, satisfecho por haber terminado aquella desagradable tarea, pero Utherydes Wayn, con ojos tristes, vaciló un momento después de que el castellano se marchara.

—Habéis hecho algo muy grave, mi señora, pero en vano. Ser Desmond ha mandado a Ser Robin Ryger en su busca para traer de vuelta al Matarreyes o, en su defecto, su cabeza.

Catelyn no había esperado menos.

«Que el Guerrero dé fuerzas a tu espada, Brienne», imploró. Había hecho todo lo que había podido; lo único que le quedaba era la esperanza.

Trasladaron sus pertenencias al dormitorio de su padre, dominado por la gran cama con dosel en la que ella había nacido, la que tenía las columnas talladas con la forma de una trucha saltarina. Habían llevado a su padre medio piso más abajo, y habían situado el lecho del moribundo frente al balcón triangular que se abría hacia sus propiedades y desde donde podía ver los ríos que siempre había amado.

Lord Hoster dormía cuando Catelyn entró, así que salió al balcón y se quedó allí de pie, con una mano sobre la balaustrada de piedra áspera. Más allá del castillo, el rápido Piedra Caída confluía con el plácido Forca Roja, y se divisaba un gran tramo río abajo.

«Si viene una vela a rayas desde el este, será Ser Robin que regresa.» Por el momento, la superficie del agua estaba desierta. Dio gracias a los dioses por ello y volvió dentro para sentarse con su padre.

Catelyn no sabía si Lord Hoster se daba cuenta de que ella estaba allí ni si su presencia lo aliviaba, pero a ella la confortaba estar con él.

«¿Qué dirías si conocieras mi crimen, Padre? —se preguntó—. ¿Habrías hecho lo mismo si Lysa y yo estuviéramos en manos de nuestros enemigos? ¿O también me condenarías y lo llamarías la locura de una madre?»

En aquella habitación olía a muerte; era un olor denso, dulzón, infecto y pegajoso. Le recordaba a los hijos que había perdido, a su dulce Bran y a su pequeño Rickon, asesinados a manos de Theon Greyjoy, que había sido pupilo de Ned. Todavía guardaba luto por Ned, siempre guardaría luto por Ned, pero que le quitaran también a sus pequeños...

—Perder a un hijo es cruel y monstruoso —susurró muy quedo, más para sí que para su padre.

Lord Hoster abrió los ojos.

—Atanasia —susurró con voz llena de sufrimiento.

«No me reconoce.» Catelyn se había habituado a que la confundiera con su madre o su hermana Lysa, pero Atanasia era un nombre que le resultaba

desconocido.

—Soy Catelyn —dijo—. Soy Cat, Padre.

—Perdóname... La sangre... Por favor... Atanasia...

¿Habría existido otra mujer en la vida de su padre? ¿Quizá alguna doncella aldeana a la que habría perjudicado cuando era joven?

«¿Habrá hallado consuelo entre los brazos de alguna moza de servicio después de morir mi madre?» Era una idea extraña, inquietante. De repente, se sintió como si no conociera en absoluto a su padre.

—¿Quién es Atanasia, mi señor? ¿Quieres que la haga venir, Padre? ¿Dónde puedo encontrarla? ¿Está viva todavía?

—Muerta —dijo Lord Hoster con un gemido. Su mano buscó la de ella—. Tendrás otros... bebés preciosos y legítimos.

«¿Otros? —pensó Catelyn—. ¿Habrá olvidado que Ned ha muerto? ¿Aún habla con Atanasia, o ahora es conmigo, o con Lysa, o con mi madre?»

Cuando el anciano tosió, sus esputos eran sanguinolentos. Se aferró a los dedos de su hija.

—Sé una buena esposa y los dioses te bendecirán... Hijos, hijos legítimos... Aaah.

El súbito espasmo de dolor hizo que la mano de Lord Hoster se cerrara con más fuerza. Sus uñas se clavaron en la mano de Catelyn, que dejó escapar un grito sordo.

El maestre Vyman acudió enseguida para preparar otra dosis de leche de la amapola y ayudar a su señor a beberla. Al poco tiempo, Lord Hoster Tully volvió a sumirse en un sueño profundo.

—Ha preguntado por una mujer —dijo Catelyn—. Atanasia.

—¿Atanasia? —El maestre la miró con ojos ausentes.

—¿No conocéis a nadie con ese nombre? ¿Una chica de la servidumbre, una mujer de alguna aldea cercana? ¿Quizá alguien de hace años? —Catelyn había estado mucho tiempo fuera de Aguasdulces.

—No, mi señora. Si queréis, puedo indagar. Sin duda, Utherydes Wayn sabrá si una persona con ese nombre ha servido en Aguasdulces. ¿Habéis dicho Atanasia? Con frecuencia la gente del pueblo pone a sus hijas nombres de flores y plantas. —El maestre quedó pensativo un instante—. Había una viuda... Recuerdo que solía venir al castillo en busca de zapatos viejos que necesitaran suelas nuevas. Se llamaba Atanasia, ahora que lo pienso. ¿O sería Anastasia? Era algo así. Pero hace muchos años que no viene...

—Se llamaba Violeta —dijo Catelyn, que recordaba perfectamente a la anciana.

—¿De veras? —El maestre pareció abochornado—. Os pido perdón, Lady Catelyn, pero no puedo quedarme. Ser Desmond ha ordenado que sólo hablemos con vos cuando lo exijan nuestros deberes.

—En ese caso, cumplid sus órdenes.

Catelyn no podía desaprobar la actitud de Ser Desmond; le había dado

pocas razones para confiar en ella, y sin duda temía que tratara de aprovechar la lealtad que muchas personas en Aguasdulces sentirían aún hacia la hija de su señor para llevar a cabo otra calamidad.

«Al menos, me he librado de la guerra —se dijo para sus adentros—, aunque sea por poco tiempo.»

Tras la marcha del maestre, se puso una capa de lana y volvió a salir al balcón. La luz del sol se reflejaba en los ríos y doraba la superficie de las aguas que corrían más allá del castillo. Catelyn se protegió los ojos del resplandor y buscó una vela distante con miedo a divisarla. Pero no había nada, y eso significaba que aún podía albergar esperanzas.

Estuvo todo el día vigilando hasta bien entrada la noche cuando las piernas comenzaron a dolerle por permanecer de pie. A últimas horas de la tarde llegó un cuervo al castillo, agitando sus enormes alas negras hasta posarse en la pajarera. «Alas negras, palabras negras», pensó, recordando el último pájaro que había llegado y el horror que había traído consigo.

El maestre Vyman regresó a la puesta del sol para atender a Lord Tully y llevarle a Catelyn una cena parca: pan, queso y carne cocida con rábano picante.

—He hablado con Utherydes Wayn, mi señora. Está completamente seguro de que ninguna mujer llamada Atanasia ha trabajado en Aguasdulces durante su servicio.

—Hoy ha llegado un cuervo, lo he visto. ¿Han atrapado de nuevo a Jaime?

«¿O lo han matado? No lo quieran los dioses.»

—No, mi señora, no hemos tenido noticia alguna del Matarreyes.

—¿Se trata entonces de otra batalla? ¿Está Edmure en aprietos? ¿O Robb? Por favor, tened misericordia, calmad mis temores.

—Mi señora, no debo... —Vyman miró a su alrededor como para cerciorarse de que no había nadie más en la recámara—. Lord Tywin ha abandonado las tierras de los ríos. Todo está tranquilo en los vados.

—Entonces, ¿de dónde vino el cuervo?

—Del oeste —respondió, ocupado con la ropa de cama de Lord Hoster y evitando mirarla a los ojos.

—¿Eran noticias de Robb?

—Sí, mi señora —dijo, tras una vacilación.

—Algo anda mal. —Catelyn lo sabía por la actitud del hombre; era evidente que le ocultaba algo—. Decídmelo. ¿Se trata de Robb? ¿Está herido?

«Muerto no, sed benévolos, dioses, que no me diga que ha muerto.»

—Hirieron a Su Alteza en el asalto al Risco —dijo el maestre Vyman, aún evasivo—, pero escribe que no es motivo de preocupación y que espera regresar pronto.

—¿Herido? ¿Cómo? ¿Es grave?

—Ha escrito que no es motivo de preocupación.

—Toda herida me preocupa. ¿Lo están cuidando?

—Estoy seguro. El maestre del Risco lo atenderá, no me cabe la menor

duda.

—¿Dónde lo hirieron?

—Mi señora, tengo órdenes de no hablar con vos. Lo siento.

Vyman recogió sus pociones y salió presuroso, y una vez más, Catelyn quedó a solas con su padre. La leche de la amapola había surtido efecto, y Lord Hoster dormía profundamente. De la comisura de los labios le manaba un hilillo de saliva que descendía hasta humedecer la almohada. Catelyn tomó un paño de lino y lo secó con delicadeza. Al sentir el roce, Ser Hoster gimió.

—Perdóname —dijo, con voz tan queda que apenas si pudo distinguir las palabras—, Atanasia... sangre... la sangre... que los dioses sean misericordiosos...

Sus palabras la perturbaron más de lo que podía expresar, aunque no entendía nada.

«Sangre —pensó—. ¿Es que al final todo se reduce a sangre? Padre, ¿quién era esta mujer y qué le hiciste que tanto necesitas su perdón?»

Aquella noche, Catelyn durmió muy mal, acosada por sueños imprecisos sobre sus hijos, los perdidos y los muertos. Mucho antes de la aurora se despertó con las palabras de su padre resonándole en los oídos. «Bebés preciosos y legítimos...» Por qué iba a decir eso, a no ser... ¿Acaso era padre de un bastardo de esa mujer, de Atanasia? No podía creerlo. De su hermano Edmure, sí; no le habría sorprendido saber que Edmure tenía una docena de hijos naturales. Pero su padre, no; Lord Hoster Tully, no, nunca.

«¿Podría ser que llamara a Lysa con ese nombre, Atanasia, de la misma manera que a mí me llamaba Cat?» En ocasiones anteriores, Lord Hoster la había confundido con su hermana. «Tendrás otros —había dicho—. Bebés preciosos y legítimos.» Lysa había abortado en cinco ocasiones, dos en el Nido de Águilas y tres en Desembarco del Rey... pero ninguna en Aguasdulces, donde Lord Hoster hubiera estado cerca de ella para consolarla.

«Ninguna. A no ser... a no ser que aquella primera vez estuviera embarazada...»

Ella y su hermana se habían casado el mismo día y quedaron al cuidado de su padre cuando sus maridos recién estrenados se marcharon a unirse a la rebelión de Robert. Posteriormente, cuando no tuvieron el período en el momento adecuado, Lysa había hablado con alegría de los niños que seguramente llevaban en el vientre.

—Tu hijo será el heredero de Invernalia, y el mío, de Nido de Águilas. Qué maravilla, serán los mejores amigos del mundo, como tu Ned y Lord Robert. De verdad, serán más hermanos que primos, estoy segura.

«Estaba tan contenta...»

Pero la sangre de Lysa había fluido poco tiempo después, y toda su alegría se desvaneció. Catelyn siempre pensó que Lysa sólo había tenido un pequeño retraso, pero si hubiera estado embarazada...

Recordó la primera vez que había puesto a Robb en los brazos de su

hermana. Pequeño, con la cara roja y llorón, pero fuerte y lleno de vida. Tan pronto Catelyn dejó al bebé en los brazos de Lysa, el rostro de su hermana se llenó de lágrimas. Súbitamente, devolvió el bebé a Catelyn y se marchó corriendo.

«Si hubiera perdido un hijo antes, eso podría explicar las palabras de mi padre y muchas otras cosas...» El matrimonio de su hermana con Lord Arryn había sido acordado a toda prisa, y por aquel entonces Jon era ya mayor, más viejo que su padre. «Un hombre viejo sin herederos.» Sus dos primeras esposas no le habían dado hijos; su sobrino había sido asesinado junto a Brandon Stark en Desembarco del Rey, y su galante primo había caído en la batalla de las Campanas. Necesitaba una esposa joven si quería que la Casa Arryn perdurara... «Una esposa joven, que se supiera que era fértil.»

Catelyn se levantó, se puso una túnica y bajó los peldaños hasta el balcón a oscuras para detenerse ante su padre. La embargaba una sensación de terror sin paliativos.

—Padre —dijo—, Padre, sé lo que hiciste.

Ya no era una novia inocente con la cabeza llena de sueños. Era viuda, traidora, madre doliente y sabia; había vivido mucho.

—Lo obligaste a casarse con ella —susurró—. Lysa era el precio que Jon Arryn tuvo que pagar por las espadas y lanzas de la Casa Tully.

No era de extrañar que el matrimonio de su hermana hubiera carecido de amor. Los Arryn eran orgullosos, muy celosos de su honor. Lord Jon podía casarse con Lysa para vincular a los Tully a la causa de la rebelión y con la esperanza de tener un hijo, pero para él debió de ser duro amar a una mujer que llegaba a su lecho deshonrada y de mala gana. Habría sido bondadoso, sin duda; cumplidor, sí; pero Lysa necesitaba calor.

Al día siguiente, después de desayunar, Catelyn pidió papel y pluma, y comenzó a redactar una carta para su hermana que estaba en el Valle de Arryn. Habló a Lysa sobre Bran y Rickon, aunque le costó mucho encontrar las palabras, pero más que nada le habló de su padre.

Piensa constantemente en el mal que te hizo, ahora que se le acaba el tiempo. El maestre Vyman dice que no se atreve a preparar la leche de la amapola más fuerte. Ya es hora de que nuestro padre dé reposo a su espada y su escudo. Es hora de que descanse. Pero él sigue peleando sin rendirse; no cederá. Creo que es por ti. Necesita tu perdón. La guerra ha hecho que sea peligroso viajar por tierra desde el Nido de Águilas hasta Aguasdulces, lo sé, pero seguramente un gran destacamento de caballeros podría traerte sana y salva por las Montañas de la Luna, ¿no crees? ¿Cien hombres o tal vez mil? Y si no puedes venir, ¿no podrías escribirle al menos? Unas pocas palabras de amor, para que pueda morir en paz. Escribe lo que quieras, y yo se lo leeré, para hacerle más fácil la partida.

Incluso mientras dejaba la pluma a un lado y pedía cera para sellar la carta, Catelyn se daba cuenta de que la misiva no era gran cosa y de que, posiblemente, llegaría tarde. El maestre Vyman no creía que Lord Hoster

aguantara el tiempo suficiente para que un cuervo volara hasta el Nido de Águilas y regresara. «Aunque ha dicho lo mismo en varias ocasiones.» Los hombres de la Casa Tully no se rendían con facilidad, se enfrentaran a lo que se enfrentasen. Tras entregar el sobre lacrado al cuidado del maestre, Catelyn fue al sept y encendió una vela al Padre Supremo por su propio padre, una segunda a la Vieja, que había llevado el primer cuervo al mundo cuando escudriñó a través de la puerta de la muerte, y una tercera a la Madre, por Lysa y por todos los hijos que ambas habían perdido.

Más tarde, aquel mismo día, mientras estaba sentada con un libro a la vera de Lord Hoster, leyendo el mismo pasaje una y otra vez, oyó el sonido de voces muy altas y el toque de una trompeta.

«Ser Robin», pensó enseguida, asustada. Fue al balcón, pero en los ríos no se veía nada. De todos modos, se oían cada vez con más claridad las voces que venían de fuera, el ruido de muchos caballos, el sonido metálico de las armaduras y, de vez en cuando, algunos vítores. Catelyn subió la escalera de caracol hasta la azotea de la torre. «Ser Desmond no me prohibió ir a la azotea», se dijo mientras ascendía.

Los sonidos procedían del punto más alejado del castillo, junto a la puerta principal. Un grupo de hombres estaba detenido al otro lado del rastrillo, que se alzaba a trompicones, y en los campos más allá del castillo había varios centenares de jinetes. Cuando el viento soplaba, hacía tremolar los estandartes, y Catelyn tembló de alivio al divisar la trucha saltarina de Aguasdulces.

«Edmure.»

Pasaron dos horas antes de que su hermano considerase oportuno ir a verla. Para entonces, el castillo se estremecía con el sonido de reencuentros ruidosos, mientras los hombres abrazaban a las mujeres y niños que habían dejado atrás. Tres cuervos habían partido de la pajarera, con las alas negras batiendo el aire al emprender el vuelo. Catelyn los contempló desde el balcón de su padre. Se lavó el cabello, se cambió de ropa y se preparó para oír los reproches de su hermano... A pesar de todo, la espera fue dura.

Cuando escuchó por fin ruidos al otro lado de su puerta, se sentó y cruzó las manos sobre el regazo. Las botas, las esquinelas y el jubón de Edmure estaban cubiertos de cieno rojo seco. Al verlo, nadie habría dicho que había ganado la batalla. Estaba flaco y desmejorado, con las mejillas pálidas, la barba descuidada y los ojos demasiado brillantes.

—Edmure, tienes mal aspecto —dijo Catelyn, preocupada—. ¿Ha ocurrido algo? ¿Han cruzado el río los Lannister?

—Los he rechazado. A Lord Tywin, a Gregor Clegane, a Addam Marbrand; los he hecho retroceder. En cambio, Stannis... —Hizo una mueca.

—¿Stannis? ¿Qué le ha pasado a Stannis?

—Perdió la batalla en Desembarco del Rey —dijo Edmure con tristeza—. Su flota ardió y su ejército fue aniquilado.

Una victoria de los Lannister era cosa grave, pero Catelyn no podía

compartir la evidente desesperación de su hermano. Todavía tenía pesadillas con la sombra que había visto deslizarse en el pabellón de Renly y la manera en que la sangre había brotado a través del acero del gorjal.

—Stannis no era más amigo nuestro que Lord Tywin.

—No lo entiendes. Altojardín se ha decantado por Joffrey. Dorne, igual. Todo el sur. —Se le tensó la boca—. Y a ti se te ocurre soltar al Matarreyes. No tenías derecho.

—Tenía el derecho de una madre —dijo con voz serena, aunque las noticias sobre Altojardín eran un golpe terrible a las expectativas de Robb. Pero no podía pararse a pensar en aquello.

—No tenías derecho —repitió Edmure—. Era el cautivo de Robb, el prisionero de tu rey, y Robb me encomendó que lo mantuviera a salvo.

—Brienne lo mantendrá a salvo. Lo juró sobre su espada.

—¿Esa mujer?

—Llevará a Jaime a Desembarco del Rey y nos traerá de vuelta a Arya y Sansa, sanas y salvas.

—Cersei no las entregará jamás.

—No se trata de Cersei. Es cosa de Tyrion. Lo juró ante toda la corte. Y el Matarreyes también lo juró.

—La palabra de Jaime no vale nada. Y, con respecto al Gnomo, dicen que durante la batalla recibió un hachazo en la cabeza. Estará muerto antes de que tu Brienne llegue a Desembarco del Rey, si es que llega.

—¿Muerto? —«¿Cómo pueden ser tan implacables los dioses?» Había hecho que Jaime jurara cien veces, pero todas sus esperanzas residían en la promesa de su hermano.

—Jaime estaba a mi cargo, y estoy dispuesto a recuperarlo —dijo Edmure, inconmovible ante la congoja de Catelyn—. He enviado cuervos...

—¿Cuervos? ¿A quién? ¿Cuántos?

—Tres —dijo—, para cerciorarme de que el mensaje llega a Lord Bolton. Por río o por tierra, el camino desde Aguasdulces hasta Desembarco del Rey pasa necesariamente cerca de Harrenhal.

—Harrenhal. —El mero sonido de la palabra pareció oscurecer la habitación. El horror enturbiaba la voz de Catelyn cuando añadió—: Edmure, ¿sabes qué has hecho?

—No tengas miedo; no he hablado de tu participación. Escribí que Jaime había escapado y ofrecí mil dragones por su captura.

«Peor que peor —pensó Catelyn, desesperada—. Mi hermano es un idiota.» Las lágrimas inoportunas, indeseadas, le llenaron los ojos.

—Si se considera una fuga —dijo con voz queda—, y no un intercambio de rehenes, ¿por qué iban los Lannister a entregar mis hijas a Brienne?

—No se llegará a eso nunca. Nos devolverán al Matarreyes; me he asegurado de ello.

—Lo único de que te has asegurado es de que nunca más volveré a ver a

mis hijas. Brienne hubiera podido llevarlo a salvo a Desembarco del Rey... siempre que nadie les estuviera dando caza. Pero ahora... —Catelyn no podía continuar—. Déjame, Edmure. —No tenía derecho a darle órdenes allí, en el castillo que pronto sería suyo, pero su tono de voz no toleraba discusión—. Déjame con mi padre y con mi pena; no tengo nada más que decirte. Vete, vete.

Lo único que quería era acostarse, cerrar los ojos y dormir, y rezar para no soñar nada.

ARYA

El cielo estaba tan negro como las murallas de Harrenhal que habían dejado a sus espaldas, y la lluvia, que caía suave y continua, les corría por la cara y acallaba el ruido de los cascos de los caballos.

Cabalgaron hacia el norte y se alejaron del lago por un camino surcado de huellas, que discurría entre granjas y campos destrozados, hacia el bosque y los torrentes. Arya había tomado la delantera espoleando su caballo robado; lo hizo trotar deprisa hasta que los árboles se cerraron a su espalda. Pastel Caliente y Gendry la seguían como podían. Los lobos aullaban en la distancia y también alcanzaba a oír la respiración jadeante de Pastel Caliente. Nadie hablaba. De vez en cuando, Arya giraba la cabeza y miraba hacia atrás para cerciorarse de que los dos chicos no se habían retrasado demasiado y ver si alguien los perseguía.

Porque sabía que los perseguirían. Había robado tres caballos de los establos, así como un mapa y una daga de los aposentos del mismísimo Roose Bolton, y había matado a un guardia en la puerta trasera; le había cortado la garganta cuando se agachó a recoger la gastada moneda de hierro que Jaqen H'ghar le había regalado. Alguien lo encontraría muerto en un charco de sangre, y al momento se armaría un gran escándalo. Despertarían a Lord Bolton y registrarían Harrenhal desde las almenas hasta los sótanos, y descubrirían que habían desaparecido un mapa y una daga, además de varias espadas de la armería, pan y queso de la cocina, un chico panadero, un aprendiz de herrero y una copera llamada Nan... o Comadreja, o Arry, según a quién se lo preguntaran.

El señor de Fuerte Terror no iría personalmente en su persecución. Roose Bolton se quedaría en la cama, con su carne pálida salpicada de sanguijuelas, dando órdenes con aquella voz suave y sibilante. Quien encabezaría la partida sería Walton, uno de sus hombres de confianza, al que llamaban Patas de Acero por las canilleras que llevaba siempre en las largas piernas. O quizá sería el baboso Vargo Hoat y sus mercenarios, que se hacían llamar la Compañía Audaz. Otros los llamaban los Titiriteros Sangrientos, aunque nunca a la cara, y a veces, los Quitapiés, por la costumbre de Lord Vargo de amputar los pies y las manos a aquellos que incurrían en su desagrado.

«Si nos atrapan, nos cortarán las manos y los pies —pensó Arya—, y después Roose Bolton nos desollará.» Llevaba aún su ropa de paje y tenía cosido en el pecho, sobre el corazón, el blasón de Lord Bolton, el hombre desollado de Fuerte Terror.

Cada vez que miraba hacia atrás temía ver el destello de las antorchas al salir por las puertas lejanas de Harrenhal o al desplazarse por la parte superior

de sus enormes y altas murallas, pero no vio nada. Harrenhal siguió durmiendo hasta que se perdió en la oscuridad, oculta tras los árboles.

Después de atravesar la primera corriente, Arya sacó al caballo del camino y los condujo por el curso sinuoso del agua a lo largo de quinientos pasos, hasta salir por una orilla pedregosa. Si los cazadores llevaban perros, tal vez les hiciera perder el rastro, o eso esperaba. No podían seguir por el camino.

«Hay muerte en el camino —se dijo—, hay muerte en todos los caminos.»

Gendry y Pastel Caliente no cuestionaron sus decisiones. Al fin y al cabo, llevaba el mapa, y Pastel Caliente parecía tenerle tanto miedo a ella como a los hombres que podían perseguirlos. Había visto al guardia que había matado.

«Es mejor que me tenga miedo —se dijo—. Así hará lo que le diga, en lugar de cualquier tontería.»

Sabía que debería estar más asustada. Tenía sólo diez años; no era más que una niña flaca a lomos de un caballo robado, que tenía por delante un bosque tenebroso, y por detrás, a hombres que de buena gana le cortarían los pies. Pero, por extraño que pareciera, se sentía más tranquila de lo que nunca había estado en Harrenhal. La lluvia le había lavado la sangre del guardia de los dedos, llevaba una espada cruzada a la espalda, los lobos avanzaban por la oscuridad como angulosas sombras grises, y Arya Stark no tenía miedo.

«El miedo hiere más que las espadas», susurró para sus adentros; eran las palabras que Syrio Forel le había enseñado, y también susurró las palabras de Jaqen, «*Valar morghulis*».

La lluvia cesó, comenzó de nuevo, luego paró otra vez y después volvió a comenzar, pero llevaban buenas capas que impedían que se mojaran. Arya los mantenía en movimiento, lento pero continuo. Bajo los árboles estaba demasiado oscuro para cabalgar más deprisa; ninguno de los dos chicos sabía montar, y el terreno blando e irregular era traicionero a causa de las raíces medio enterradas y las piedras ocultas. Cruzaron otro camino, con surcos profundos llenos de agua, pero Arya lo evitó. Los llevó por las suaves colinas, arriba y abajo, entre zarzas, brezo y chamiza, por el fondo de estrechos cauces secos donde las ramas, llenas de hojas mojadas, les golpeaban el rostro al pasar.

En un momento dado, la yegua de Gendry perdió pie en el cieno, cayó sobre los cuartos traseros e hizo que el jinete se deslizara de la silla, pero ninguno se lesionó, ni la bestia ni el jinete, y en el rostro del chico apareció una expresión de obstinación cuando volvió a montar. Al poco rato se tropezaron con tres lobos que devoraban el cuerpo de un cervatillo muerto. Cuando el caballo de Pastel Caliente percibió el olor, intentó retroceder y comenzó a encabritarse. Dos de los lobos huyeron, pero el tercero levantó la cabeza y enseñó los dientes, dispuesto a defender su presa.

—Retrocede —le indicó Arya a Gendry—. Lentamente, para que no se espante.

Se apartaron con las monturas hasta que perdieron de vista al lobo y su festín. Sólo entonces Arya dio la vuelta para cabalgar detrás de Pastel Caliente,

que se agarraba con desesperación a la silla mientras se abría paso entre los árboles.

Más adelante atravesaron una aldea quemada, recorrieron con cautela las ruinas de cabañas carbonizadas y pasaron junto a los huesos de una docena de hombres, que colgaban de una hilera de manzanos. Cuando Pastel Caliente los vio, se puso a rezar una oración queda, implorando la misericordia de la Madre, y la repitió una y otra vez en un susurro. Arya levantó los ojos hacia los cadáveres descarnados, envueltos en ropas mojadas y podridas, y pronunció su propia oración. «Ser Gregor, Dunsen, Polliver, Raff *el Dulce*, el Cosquillas y el Perro. Ser Ilyn, Ser Meryn, el rey Joffrey, la reina Cersei», decía el rezo. Lo concluyó con «*Valar morghulis*», tocó la moneda de Jaqen donde la llevaba escondida, debajo del cinturón, y después, cuando pasó bajo los cadáveres, estiró la mano y arrancó una manzana que crecía entre los muertos. Estaba podrida y mohosa, pero se la comió, con gusanos y todo.

Fue aquél un día sin aurora. Lentamente, el cielo se aclaró en torno a ellos, pero no llegaron a ver el sol. El negro se volvió gris y los colores regresaron al mundo, arrastrándose con timidez. Los pinos soldado vestían tonos sombríos de verde y los árboles de hoja caduca, que comenzaban a secarse, lucían un marrón rojizo con pinceladas de oro mate. Se detuvieron el tiempo suficiente para abrevar a los caballos y tomar un desayuno breve y frío: partieron una hogaza de pan que Pastel Caliente había robado de la cocina y se pasaron de mano en mano trozos de queso duro.

—¿Sabes hacia dónde vamos? —le preguntó Gendry a Arya.

—Al norte —respondió la niña.

—¿Hacia dónde está el norte? —Pastel Caliente miraba dubitativo a su alrededor.

—En esa dirección —señaló ella con un trozo de queso.

—Pero no hay sol. ¿Cómo lo sabes?

—Por el musgo. ¿Ves cómo crece, sólo en un lado de los árboles? Ése es el sur.

—¿Y qué buscamos en el norte? —quiso saber Gendry.

—El Tridente. —Arya extendió el mapa robado para mostrárselo—. ¿Veis? Una vez encontremos el Tridente, todo lo que tenemos que hacer es seguir su curso corriente arriba hasta que lleguemos a Aguasdulces, aquí. —Marcó el recorrido con un dedo—. Es un camino largo, pero mientras nos mantengamos cerca del río no hay pérdida.

—¿Dónde está Aguasdulces? —preguntó Pastel Caliente, parpadeando ante el mapa.

Aguasdulces aparecía como la torre de un castillo, en la bifurcación entre las líneas azules que señalaban dos ríos, el Piedra Caída y el Forca Roja.

—Aquí. —Arya tocó el punto—. Ahí pone Aguasdulces.

—¿Sabes leer? —le preguntó el chico tan asombrado como si hubiera dicho que sabía caminar sobre las aguas.

Arya asintió.

—Cuando lleguemos a Aguasdulces, estaremos a salvo.

—¿De veras? ¿Por qué?

«Porque Aguasdulces es el castillo de mi abuelo y allí estará mi hermano Robb», quiso decir. Se mordió el labio y volvió a guardar el mapa.

—Estaremos a salvo. Pero tenemos que llegar allí.

Fue la primera en montar de nuevo. No le gustaba ocultar la verdad a Pastel Caliente, pero tampoco quería confiarle su secreto. Gendry lo sabía, pero eso era diferente. Gendry también tenía un secreto, aunque ni siquiera él supiera de qué se trataba.

Aquel día, Arya les hizo acelerar el paso y obligó a trotar a los caballos tanto como se atrevió, y a galopar cuando divisaba un espacio llano por adelante. Aunque no servía de gran cosa, porque el terreno se hacía cada vez más ondulado a medida que avanzaban. Las colinas no eran muy altas ni tampoco abruptas, pero parecían no tener fin, y pronto se cansaron de subir por una y bajar por otra, y al rato estaban siguiendo los niveles más bajos del terreno, a lo largo de torrenteras, por un laberinto de valles con vegetación de escasa altura, donde los árboles formaban un dosel continuo por encima de sus cabezas.

De cuando en cuando hacía que Pastel Caliente y Gendry se adelantaran, mientras ella retrocedía con la intención de borrar el rastro, con los oídos alerta para detectar la primera señal de que los perseguían.

«Demasiado despacio —pensó para sus adentros al tiempo que se mordía el labio—, estamos avanzando demasiado despacio, nos atraparán con toda seguridad.» Una vez, desde la cresta de una elevación, divisó sombras negras que cruzaban una corriente en un valle que ellos habían dejado atrás, y con un sobresalto en el corazón tuvo miedo de que los jinetes de Roose Bolton los estuvieran siguiendo, pero cuando volvió a mirar se dio cuenta de que se trataba sólo de una manada de lobos.

—*¡Auuuuuuuuuuu, auuuuuuuuu!* —les aulló con las manos ahuecadas en torno a la boca. Cuando el más corpulento de los lobos levantó la cabeza y respondió al aullido, el sonido hizo que Arya se estremeciera.

A mediodía, Pastel Caliente comenzó a quejarse. Le dolía el trasero, dijo, y la silla le dejaba en carne viva la parte interior de los muslos; además, tenía que dormir un poco.

—Estoy tan cansado que me voy a caer del caballo.

—Si se cae —dijo Arya mirando a Gendry—, ¿quién crees que lo encontrará antes, los lobos o los Titiriteros?

—Los lobos —dijo Gendry—; tienen mejor olfato.

Pastel Caliente abrió la boca y la volvió a cerrar. No se cayó del caballo. Poco después comenzó a llover. Aún no habían visto el sol ni un instante. Cada vez hacía más frío, y había jirones de una pálida neblina que se enganchaban en los pinos y flotaban por los campos desnudos y calcinados.

Gendry lo estaba pasando tan mal como Pastel Caliente, aunque era demasiado orgulloso para quejarse. Se sentaba de forma poco elegante en la silla y con una mirada de determinación en el rostro debajo de la tupida mata de cabello negro, pero Arya se daba cuenta de que no era buen jinete.

«Tendría que haberme acordado», pensó. Había cabalgado desde que tenía uso de razón, ponis cuando era pequeña y caballos después, pero Gendry y Pastel Caliente eran chicos de ciudad, y en la ciudad la gente común iba a pie. Yoren les había dado cabalgaduras cuando se los llevó de Desembarco del Rey, pero montar en un burro y recorrer el camino Real detrás de un carretón era una cosa. Ir a lomos de un caballo de caza por bosques tupidos y campos quemados era otra bien diferente.

Sola habría avanzado mucho más deprisa, Arya lo sabía bien, pero no podía abandonarlos. Eran su manada, sus amigos, los únicos amigos vivos que le quedaban y, de no ser por ella, aún estarían sanos y salvos en Harrenhal; Gendry sudando ante la forja, y Pastel Caliente en las cocinas.

«Si los Titiriteros nos atrapan, les diré que soy la hija de Ned Stark y la hermana del Rey en el Norte. Les ordenaré que me lleven con mi hermano y que no hagan daño a Pastel Caliente ni a Gendry. —Pero tal vez no la creyeran, y aunque así fuera... Lord Bolton era vasallo de su hermano, pero de todos modos le daba miedo—. No dejaré que nos cojan —se prometió en silencio, llevándose la mano a la espalda por encima del hombro para tocar el mango de la espada que Gendry había robado para ella—. No lo permitiré.»

Más adelante, aquella misma tarde, salieron de la cobertura de los árboles y se encontraron a orillas de un río. Pastel Caliente soltó un grito de gozo.

—¡El Tridente! Ahora, todo lo que tenemos que hacer es seguir corriente arriba, como dijiste. ¡Casi hemos llegado!

—No creo que se trate del Tridente —dijo Arya, mordiéndose el labio.

El río estaba crecido a causa de la lluvia, pero a pesar de ello no tenía ni siquiera quince varas de anchura. Recordaba que el Tridente era mucho más ancho.

—Es demasiado estrecho para ser el Tridente —les dijo—, y no estamos a suficiente distancia.

—Sí que lo estamos —insistió Pastel Caliente—. Hemos cabalgado todo el día, apenas nos hemos detenido. Debemos de haber recorrido un gran trecho.

—Echemos otro vistazo al mapa —dijo Gendry.

Arya desmontó, sacó el mapa y lo extendió. La lluvia salpicó la piel de oveja, formando pequeños arroyuelos.

—Creo que estamos aquí, en alguna parte —dijo, señalando con el dedo, mientras los chicos miraban por encima de su hombro.

—Pero si apenas nos hemos alejado —dijo Pastel Caliente—. Mira, Harrenhal está al lado de tu dedo, casi lo estás tocando. ¡Y hemos estado cabalgando todo el día!

—Faltan muchos kilómetros antes de llegar al Tridente —dijo—. Nos

llevará días. Éste será otro río, uno de éstos, mirad. —Les señaló una de las finas líneas azules que el cartógrafo había dibujado, cada una con un nombre escrito debajo en letra pequeña—. El Darry, el Manzanaverde, el Doncella... aquí, éste, el Pequeño Sauce, puede que sea éste.

Pastel Caliente dejó de mirar el río y se concentró en el mapa.

—A mí no me parece tan pequeño.

—El río que señalas desemboca en este otro —dijo Gendry, que también había fruncido el ceño—, fíjate.

—El Gran Sauce —leyó Arya.

—El Gran Sauce, bien. Y ese Gran Sauce desemboca en el Tridente, pero tendremos que seguir corriente abajo, no arriba. Pero si este río no es el Pequeño Sauce, si se trata de este otro de aquí...

—Arroyo Mataolas —leyó Arya.

—Fíjate, aquí describe una gran curva y fluye hacia el lago, de vuelta a Harrenhal. —Siguió el recorrido con un dedo.

—¡No! —Pastel Caliente tenía los ojos como platos—. Nos matarán, seguro.

—Tenemos que saber qué río es —declaró Gendry con su voz más terca—. Es imprescindible.

—Pues no podemos. —El mapa tenía nombres escritos junto a las líneas azules, pero nadie se había molestado en escribir el nombre en la ribera del río—. No iremos corriente arriba ni corriente abajo —decidió al tiempo que enrollaba el mapa—. Pasaremos al otro lado y seguiremos hacia el norte, como íbamos haciendo.

—¿Los caballos saben nadar? —preguntó Pastel Caliente—. Ese río parece muy hondo, Arry. ¿Y si hay serpientes?

—¿Estás segura de que vamos hacia el norte? —preguntó Gendry—. Mira cuántas colinas... Si nos hacen volvernos atrás...

—El musgo de los árboles...

—Ese árbol tiene musgo en tres caras —dijo el chico señalando un árbol cercano—, y aquél no tiene musgo. Podemos estar perdidos, dando vueltas en círculo.

—Podría ser —dijo Arya—, pero de todos modos voy a cruzar el río. Podéis venir o quedaros, como queráis.

Se acomodó de nuevo sobre la silla de montar sin prestar atención a los chicos. Si no querían seguirla, podían buscar Aguasdulces por su cuenta, aunque lo más probable era que los Titiriteros los encontraran.

Tuvo que cabalgar más de quinientos pasos a lo largo de la ribera antes de encontrar por fin un sitio donde parecía que era posible vadear el río con seguridad, e incluso allí su yegua se resistía a meterse en el agua. El río, fuera cual fuese su nombre, corría muy rápido y turbio, y en la parte más profunda, al centro, el agua llegaba por encima de la panza de la bestia. El agua le llenó las botas, pero Arya no dejó de clavar los talones hasta salir a la otra orilla. A su espalda oyó el sonido de algo que entraba en el agua y el relincho nervioso de

una yegua.

«Me han seguido. Bien.» Se volvió para ver cómo los chicos se esforzaban por cruzar y salían junto a ella, chorreando agua.

—No era el Tridente —les dijo—. Seguro.

El siguiente río llevaba menos agua, y vadearlo fue más fácil. Tampoco era el Tridente, y nadie puso objeciones cuando dijo que tenían que cruzarlo.

Caía la noche cuando se detuvieron para dar un nuevo descanso a los caballos y compartir otra ración de pan y queso.

—Estoy empapado y tengo frío —se quejó Pastel Caliente—. Seguro que ahora estamos bien lejos de Harrenhal. Podríamos encender una hoguera...

—¡No! —gritaron Arya y Gendry al unísono.

Pastel Caliente se asustó un poco. Arya miró a Gendry de reojo.

«Lo hemos dicho a la vez, como me pasaba con Jon en Invernalia.» De todos sus hermanos, al que más extrañaba era a Jon Nieve.

—¿Podríamos dormir, al menos? —rogó Pastel Caliente—. Estoy muy cansado, Arry, y me duele el trasero. Creo que tengo ampollas.

—Si te pescan, tendrás algo más que eso —replicó ella—. Tenemos que seguir avanzando. No hay otro remedio.

—Pero ya es casi de noche y no se ve ni la luna.

—Vuelve a montar a caballo.

Mientras avanzaba al paso a medida que la luz se extinguía en torno a ellos, Arya se dio cuenta de que su agotamiento también le pesaba muchísimo. Necesitaba dormir tanto como Pastel Caliente, pero era mejor no hacerlo. Si se dormían, cuando abrieran los ojos podrían encontrarse delante a Vargo Hoat junto con Shagwell *el Tonto*, Urswyck *el Fiel*, Rorge, Mordedor, el septon Utt y todos los demás monstruos.

Pero, al rato, el movimiento de su cabalgadura la acunaba acompasadamente, y Arya notaba los párpados cada vez más pesados. Los cerró un instante, y después los abrió con fuerza de nuevo.

«No puedo dormirme —se gritó a sí misma en silencio—, no puedo, no puedo.» Se frotó los ojos con los nudillos, con fuerza, para mantenerlos abiertos, se aferró a las riendas y puso su caballo a buen paso. Pero ni el caballo ni ella podían mantener aquel ritmo, y bastaron unos momentos para que recuperaran el paso lento y otros pocos más para que los ojos se le cerraran por segunda vez. En esta ocasión no se le abrieron con la misma celeridad.

Cuando volvió a abrirlos se dio cuenta de que su caballo se había detenido y estaba mordisqueando unos hierbajos, mientras Gendry le sacudía el brazo.

—Te has dormido —le dijo.

—Sólo estaba descansando los ojos un momento.

—Pues menudo descanso les has dado. Tu caballo vagaba en círculos, pero me he dado cuenta de que estabas dormida hasta que se ha parado. Pastel Caliente está igual: ha tropezado con una rama y se ha caído del caballo, tendrías que haber oído cómo chillaba. Pero ni siquiera eso te ha despertado.

Tienes que parar y dormir.

—Puedo seguir tanto tiempo como tú —bostezó.

—Mentirosa —replicó el chico—. Si eres tan idiota, puedes seguir cabalgando, pero yo me quedo aquí. Haré la primera guardia, tú duerme.

—¿Y qué pasa con Pastel Caliente?

Gendry lo señaló. Pastel Caliente estaba ya en el suelo, acurrucado bajo la capa sobre un lecho de hojas húmedas, y roncaba quedamente. Tenía una gran cuña de queso en una mano, pero parecía que se había quedado dormido entre bocado y bocado.

Arya se dio cuenta de que no valía la pena discutir; Gendry tenía razón.

«Los Titiriteros también tendrán que dormir», se dijo a sí misma, con la esperanza de que fuera verdad. Estaba tan agotada que hasta desmontar le costaba trabajo, pero tuvo fuerzas para manear el caballo antes de buscar un sitio bajo un haya. La tierra estaba dura y húmeda. Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a dormir en una cama y tuviera comida abundante y un fuego para calentarse. Lo último que hizo antes de cerrar los ojos fue desenvainar la espada y colocarla a su lado.

—Ser Gregor —susurró, mientras bostezaba—, Dunsen, Polliver, Raff *el Dulce*, el Cosquillas y... el Cosquillas... el Perro...

Tuvo sueños rojos y violentos. Los Titiriteros aparecían en ellos, al menos cuatro: un lyseno pálido, uno de Ib, brutal y cetrino, que llevaba un hacha; el dothraki señor de los caballos llamado Iggo, que tenía el rostro lleno de cicatrices; y un dorniense cuyo nombre no había sabido nunca. Cabalgaban sin cesar bajo la lluvia, llevaban cotas herrumbrosas y cuero mojado, y las espadas y las hachas tintineaban contra las sillas de montar. Creían que le daban caza a ella; lo sabía con esa extraña certeza propia de los sueños, pero se equivocaban. Era ella quien les daba caza.

En el sueño, Arya no era una niña pequeña; era un lobo enorme y fuerte, y cuando salió de debajo de los árboles al encuentro del grupo y les enseñó los dientes con un gruñido grave y estremecedor, percibió el hedor rancio del miedo, tanto en las bestias como en sus jinetes. La montura del lyseno retrocedió y soltó un relincho de terror, y los demás se dijeron algo en su lengua humana, pero antes de que pudieran actuar, los otros lobos salieron de la oscuridad y la lluvia, una enorme manada, flacos, empapados, silenciosos...

El combate, fue corto pero sangriento. El hombre peludo cayó en cuanto lanzó su hacha; el cetrino murió mientras tensaba el arco, y el hombre pálido de Lys intentó darse a la fuga. Sus hermanos y hermanas lo persiguieron, lo hacían girar una y otra vez, tiraban dentelladas a las patas de su caballo, y desgarraron la garganta del jinete cuando, por fin, cayó a tierra.

Sólo el hombre de las campanillas logró resistir. Su caballo coceó a una de sus hermanas en la cabeza, y él cortó a otro lobo casi en dos con su garra curva y plateada, mientras su cabello tintineaba suavemente.

Llena de ira, ella le saltó a la espalda, haciéndolo caer de la silla cabeza

abajo. Cerró las fauces sobre el brazo del hombre mientras caían, y le hundió los dientes a través del cuero, la lana y la carne blanda. Cuando tocaron el suelo, dio un salvaje tirón con la cabeza y le arrancó el miembro del hombro. Exultante, lo sacudió en la boca de un lado a otro, dispersando las gotitas rojas y calientes entre la lluvia fría y negra.

TYRION

El chirrido de viejas bisagras de hierro lo despertó.

—¿Quién va? —graznó.

Al menos había recuperado la voz, aunque fuera ronca y áspera. Aún tenía fiebre y carecía de la menor noción de la hora. ¿Cuánto había dormido aquella vez? Estaba tan débil, maldición, tan débil...

—¿Quién va? —volvió a decir, esta vez más alto.

La luz de una antorcha se filtró por la puerta abierta; dentro de la habitación, la única luz procedía del cabo de una vela, junto a su cama.

Tyrion se estremeció al ver una silueta que se movía hacia él. Allí, en el Torreón de Maegor, todos los sirvientes estaban en la nómina de la Reina, por lo que cualquier visitante podía ser otro de los asesinos de Cersei, enviado para terminar el trabajo que Ser Mandon había dejado inconcluso.

En aquel momento, el hombre entró en la zona iluminada por la vela, miró atentamente el rostro pálido del enano y dejó escapar una risita.

—Qué, te has cortado al afeitarte, ¿eh?

Tyrion se llevó los dedos hasta la enorme cicatriz que le iba desde uno de los ojos hasta la barbilla, a través de lo que le quedaba de la nariz. La carne todavía estaba hinchada y caliente al tacto.

—Sí, con una navaja muy grande.

El pelo negrísimo de Bronn estaba recién lavado y cepillado hacia atrás, dejándole al descubierto las líneas duras del rostro. Llevaba botas altas de cuero blando y repujado, un cinturón ancho con remaches de plata y una capa de seda color verde claro. En la lana gris oscuro de su jubón habían bordado en diagonal una cadena en llamas, con hilos en tono verde brillante.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Tyrion—. Te mandé buscar... hace por lo menos dos semanas.

—Dirás más bien hace cuatro días —contestó el mercenario—. Y he venido dos veces, pero estabas más muerto que vivo.

—Muerto no. Aunque bien que lo intentó mi querida hermana. —Tal vez no debería haber dicho aquello en voz alta, pero Tyrion estaba por encima de aquellas cosas. La mano de Cersei se encontraba detrás del intento de asesinato de Ser Mandon; lo percibía con todo su ser—. ¿Qué es esa cosa horrible que llevas en el pecho?

—Mi blasón de caballero —dijo Bronn con una sonrisa—. Una cadena en llamas, sinople sobre gris humo. Por orden de tu padre, ahora soy Ser Bronn del Aguasnegras, Gnomo. Que no se te olvide.

Tyrion puso las manos sobre el colchón de plumas y retrocedió un poco

hasta reclinarse en las almohadas.

—Fui yo quien te prometió armarte caballero, ¿recuerdas? —Aquel «por orden de tu padre» no le había hecho ninguna gracia. Lord Tywin no había perdido el tiempo. Retirar a su hijo de la Torre de la Mano y apoderarse de ella era un mensaje que cualquiera podría interpretar, y éste era otro—. Pierdo la mitad de la nariz y tú ganas un título de caballero. Los dioses tendrán que darme muchas explicaciones —dijo con tono amargo—. ¿Mi padre te armó caballero en persona?

—No. A aquellos de nosotros que sobrevivimos a la batalla en las torres del cabrestante nos ungió el Septon Supremo, y nos armó caballeros la Guardia Real. Mierda de ceremonia, duró la mitad del día, porque sólo quedaban tres de los Espadas Blancas para hacernos los honores.

—Supe que Ser Mandon pereció en la batalla. —«Pod lo lanzó al río, justo antes de que el muy hijo de puta estuviera a punto de atravesarme el corazón con su espada»—. ¿A quién más hemos perdido?

—Al Perro —dijo Bronn—. No murió; sólo se largó. Los capas doradas dicen que se acobardó y tú encabezaste la incursión en su lugar.

«No fue una de mis mejores ideas.» Tyrion notaba cómo se tensaba el tejido de la cicatriz cuando fruncía el ceño. Señaló una silla a Bronn para que se sentara.

—Mi hermana me ha confundido con una seta. Me mantiene en la oscuridad y me alimenta con mierda. Pod es un chico estupendo, pero tiene un nudo en la lengua del tamaño de Roca Casterly y no confío en la mitad de lo que me cuenta. Lo envié a que me trajera a Ser Jacelyn, y cuando regresó me dijo que estaba muerto.

—Él y varios miles más. —Bronn se sentó.

—¿Cómo murió? —exigió saber Tyrion, que cada vez se sentía peor.

—En la batalla. Tu hermana mandó a los Kettleblack que llevaran de vuelta al Rey a la Fortaleza Roja, según tengo entendido. Cuando los capas doradas lo vieron irse, la mitad de ellos decidió que se iba con él. Mano de Hierro se les atravesó en el camino e intentó ordenarles que regresaran a la muralla. Dicen que Bywater estaba a punto de hacerlos volver cuando alguien le atravesó el cuello con una flecha. Entonces ya no les dio tanto miedo, así que lo tiraron del caballo y lo mataron.

«Otra deuda que anotar en la lista de Cersei.»

—Mi sobrino —dijo—. Joffrey. ¿Estuvo en peligro?

—No más que algunos y menos que la mayoría.

—¿Ha sufrido algún daño? ¿Lo han herido? ¿Se despeinó, se torció un dedo del pie, se rompió una uña?

—Por lo que tengo entendido, no.

—Ya se lo había dicho a Cersei. ¿Quién está al mando ahora de los capas doradas?

—Tu señor padre los ha puesto bajo las órdenes de uno de sus hombres de

occidente, un caballero llamado Addam Marbrand.

En cualquier otro caso, los capas doradas hubieran protestado por tener como jefe a un desconocido, pero Ser Addam Marbrand era una elección hábil. Al igual que Jaime, era el tipo de hombre al que los demás seguían de buena gana.

«He perdido la Guardia de la Ciudad.»

—Mandé a Pod en busca de Shagga, pero no ha tenido suerte.

—Los Grajos de Piedra están todavía en el Bosque Real. Al parecer, Shagga le ha cogido cariño a ese sitio. Timett volvió a casa con sus Hombres Quemados, con todo el botín que recogieron en el campamento de Stannis tras la batalla. Chella regresó una mañana a la Puerta del Río con una docena de Orejas Negras, pero los capas rojas de tu padre los espantaron y los desembarqueños les tiraron boñigas y se burlaron.

«Ingratos. Los Orejas Negras murieron por ellos.» Mientras Tyrion yacía allí, narcotizado y soñando, sus parientes le habían arrancado las uñas, una por una.

—Quiero que vayas a ver a mi hermana. Su adorado hijito salió de la batalla sin un arañazo, así que Cersei no tiene ya necesidad de rehenes. Juró que liberaría a Alayaya una vez que...

—Lo hizo. Hace ocho o nueve días, tras los azotes.

—¿Los azotes? —Tyrion se incorporó un poco más, sin hacer caso del súbito pinchazo de dolor que le atravesó el hombro.

—La ataron a un poste en el centro del patio y la flagelaron; después la echaron del castillo, desnuda y ensangrentada.

«Estaba aprendiendo a leer», pensó Tyrion, de manera absurda. La cicatriz que le cruzaba la cara se le tensó, y durante un momento sintió como si la cabeza le fuera a estallar de ira. Alayaya era una puta, sí, pero jamás había conocido a una chica más dulce, valiente e inocente. Tyrion no la había tocado nunca; ella no había sido más que una cortina para ocultar a Shae. Había cometido un descuido imperdonable: no se había parado a pensar cuánto podría costarle a ella desempeñar aquel papel.

—Le prometí a mi hermana que daría a Tommen el mismo trato que ella le diera a Alayaya —recordó en voz alta; se sintió como si estuviera a punto de vomitar—. ¿Cómo puedo flagelar a un chico de ocho años? —«Pero si no lo hago, Cersei ganará.»

—Ya no tienes a Tommen —dijo Bronn con brusquedad—. En cuanto supo que Mano de Hierro había muerto, la Reina mandó a los Kettleblack en su busca, y en Rosby nadie tuvo huevos para decirles que no.

Otro golpe; pero también era un alivio, tenía que reconocerlo. Estaba muy encariñado con Tommen.

—Se suponía que los Kettleblack eran nuestros —le recordó a Bronn con una nota de irritación en la voz.

—Lo fueron, mientras les pude dar dos monedas tuyas por cada una que

les daba la Reina, pero ha subido las tarifas. Osney y Osfryd fueron armados caballeros después de la batalla, lo mismo que yo. Dios sabe por qué; nadie los vio en combate.

«Mis mercenarios me traicionan, a mis amigos los azotan y deshonran, y yo estoy aquí, pudriéndome —pensó Tyrion—. Y yo que creía que había ganado la mierda de la batalla. ¿A esto es a lo que sabe la victoria?»

—¿Es verdad que Stannis huyó porque lo perseguía el fantasma de Renly?

—Desde las torres del cabrestante —dijo Bronn esbozando una sonrisa— lo único que vimos fueron banderas en el fango y hombres que tiraban sus lanzas para huir, pero hay cientos de ellos en fondas y burdeles que te dirán que vieron a Lord Renly matar a éste o a aquél. La mayor parte de las fuerzas de Stannis habían sido de Renly, y se dieron media vuelta al verlo glorioso en su armadura verde.

Después de toda su planificación, después del ataque y el puente de naves, después de que le rajaran la cara en dos, a Tyrion lo había eclipsado un muerto.

«Si es verdad que Renly está muerto.» Otra cosa que tendría que investigar.

—¿Cómo escapó Stannis?

—Sus lysenos mantuvieron las galeras en la bahía, al otro lado de tu cadena. Cuando la batalla comenzó a volverse en contra, se aproximaron a la costa de la bahía y recogieron a todos los que pudieron. Al final, los hombres se mataban entre sí para subir a bordo.

—¿Y qué hay de Robb Stark, qué ha estado haciendo?

—Hay varios de sus lobos abriéndose paso a fuego limpio hacia el Valle Oscuro. Tu padre ha enviado a Lord Tarly para someterlos. Estuve a punto de unirme a él. Se dice que es buen soldado, y manirroto con el botín.

La idea de perder a Bronn fue la gota que colmó el vaso.

—No. Tu lugar está aquí. Tú eres el capitán de la guardia de la Mano.

—Tú no eres la Mano —le recordó Bronn con brusquedad—. Es tu padre, y él ya tiene su puta guardia.

—¿Qué pasó con todos los hombres que contrataste para mí?

—Algunos cayeron en las torres del cabrestante. Este tío tuyo, Ser Kevan, nos pagó a los sobrevivientes y nos despidió.

—¡Qué amable por su parte! —dijo Tyrion, cáustico—. ¿Significa eso que has perdido el gusto por el oro?

—Ni en sueños.

—Bien —dijo Tyrion—, porque da la casualidad de que todavía te necesito. ¿Qué sabes sobre Ser Mandon Moore?

—Sé que se ahogó bien ahogado —dijo Bronn, echándose a reír.

—Tengo una gran deuda con él, pero ¿cómo pagársela? —Se tocó la cara, palpándose la cicatriz—. A decir verdad, no sabía casi nada de ese hombre.

—Tenía ojos de pescado y vestía una capa blanca. ¿Qué más hay que saber?

—Para empezar, todo —dijo Tyrion. Quería pruebas de que Cersei había pagado a Ser Mandon, pero no se atrevía a decirlo en voz alta. En la Fortaleza

Roja, lo mejor que se podía hacer era mantener la boca cerrada. Había ratas por los muros, pajarillos que hablaban demasiado y también arañas—. Ayúdame a levantarme —dijo al tiempo que se debatía con la ropa de cama—. Es hora de que visite a mi padre, y hace tiempo que debería haberme dejado ver.

—Una vista preciosa —se burló Bronn.

—¿Qué importa media nariz en una cara como la mía? Por cierto, hablando de belleza, ¿ya está Margaery Tyrell en Desembarco del Rey?

—No. Pero está a punto de llegar, y la ciudad ya ha enloquecido de amor por ella. Los Tyrell han estado trayendo comida de Altojardín y regalándola en su nombre. Cientos de carromatos a diario. Hay miles de hombres de Tyrell por todas partes, con rositas doradas bordadas en los jubones, y ninguno tiene que pagar lo que bebe. Esposas, viudas o putas, las mujeres entregan su virtud a cualquier adolescente lampiño con una rosa dorada en la tetilla.

«A mí me escupen y a los Tyrell les pagan las copas.»

Tyrion se dejó caer de la cama al suelo. Cuando intentó ponerse en pie, sintió como si las piernas se le volvieran de algodón; la habitación comenzó a dar vueltas, y tuvo que agarrarse al brazo de Bronn para no caerse.

—¡Pod! —gritó—. ¡Podrick Payne! ¿En cuál de los siete infiernos te has metido? —El dolor lo roía como un perro sin dientes; Tyrion odiaba la debilidad, sobre todo la propia; aquello lo avergonzaba, y la vergüenza lo ponía rabioso—. ¡Pod, ven ahora mismo!

El chico llegó corriendo. Cuando vio a Tyrion de pie, agarrado del brazo de Bronn, los miró con la boca abierta.

—¡Mi señor! Estáis de pie. ¿Eso es que...? ¿Queréis... queréis un poco de vino? ¿De vino del sueño? ¿Llamo al maestre? Dijo que deberíais quedaros aquí. Quiero decir, quedaros en cama.

—Ya he pasado demasiado tiempo en cama. Tráeme ropa limpia.

—¿Ropa?

A Tyrion le resultaba incomprensible que aquel chico pudiera tener la cabeza tan clara y ser tan resuelto en la batalla, mientras que en cualquier otro momento vivía sumido en la confusión.

—Ropa —repitió—. Túnica, jubón, calzones y calzas. Para mí. Para vestirme. Para salir de esta celda de mierda.

Necesitó la ayuda de los dos para vestirse. Aunque el aspecto de su cara era espantoso, la peor de las heridas era la que tenía donde el brazo se unía al hombro, allí donde una flecha había hecho que su cota de mallas se le clavara en la axila. De la carne descolorida aún salía pus y sangre cada vez que el maestre Frenken le cambiaba las vendas, y cualquier movimiento le provocaba un dolor insoportable.

Al final, Tyrion se arregló con un par de calzones y una camisa de dormir enorme que le colgaba suelta sobre los hombros. Bronn le puso las botas, mientras Pod iba en busca de un palo que le hiciera las veces de bastón. Bebió una copa de vino del sueño para coger fuerzas; el vino estaba endulzado con

miel y tenía la cantidad justa de leche de la amapola para que pudiera resistir un tiempo el dolor de las heridas.

Y pese a todo, cuando hizo girar el picaporte ya estaba mareado, y el descenso por los peldaños de piedra hizo que le temblaran las piernas. Caminaba con el palo en una mano y la otra apoyada sobre el hombro de Pod. Mientras bajaban se tropezaron con una chica del servicio que subía. Los miró con los ojos muy abiertos, como si estuviera viendo un fantasma.

«El enano se ha levantado de entre los muertos —pensó Tyrion—. Y mira, está aún más feo que antes, corre y cuéntaselo a tus amigas.»

El Torreón de Maegor era el lugar más inaccesible de la Fortaleza Roja, un castillo dentro del castillo, rodeado por un profundo foso seco con estacas afiladas en el fondo. Cuando llegaron a la puerta se encontraron con que el puente levadizo estaba alzado como todas las noches. Ser Meryn Trant estaba allí de pie con su armadura de color claro y su capa blanca.

—Bajad el puente —ordenó Tyrion.

—Las órdenes de la Reina son levantar el puente por la noche.

Ser Meryn siempre había sido el títere de Cersei.

—La Reina duerme, y tengo cosas que tratar con mi padre.

El nombre de Lord Tywin Lannister tenía algo de mágico. Rezongando, Ser Meryn Trant dio la orden y bajaron el puente levadizo. Había un segundo caballero de la Guardia Real custodiando el otro lado del foso. Ser Osmund Kettleblack compuso una expresión sonriente cuando vio que Tyrion avanzaba cojeante hacia él.

—¿Os sentís más fuerte, mi señor?

—Mucho más. ¿Cuándo es la próxima batalla? Estoy impaciente por combatir.

Sin embargo, cuando Pod y él llegaron a los serpenteantes escalones, Tyrion sólo pudo contemplarlos con angustia.

«No podré subir por mi cuenta», se confesó a sí mismo. Se tragó el orgullo y le pidió a Bronn que lo cargara, con la vana esperanza de que a esa hora no hubiera nadie que pudiera ver aquello y reírse, nadie que contara la historia del enano al que llevaban en brazos escaleras arriba como a un bebé.

El patio exterior estaba repleto de docenas de tiendas de campaña y pabellones.

—Son hombres de Tyrell —explicó Podrick Payne mientras se abrían camino entre un laberinto de sedas y lonas—. También de Lord Rowan y de Lord Redwyne. No había espacio para todos. Quiero decir, en el castillo. Algunos han alquilado habitaciones. En la ciudad. En posadas y lugares así. Han venido para la boda. La boda del Rey, del rey Joffrey. ¿Estaréis lo bastante restablecido para asistir, mi señor?

—Ni una manada de comadrejas carroñeras podría impedirlo.

Era una de las ventajas que tenían las bodas sobre las batallas: las posibilidades de que alguien le cortara a uno la nariz eran inferiores.

La luz ardía aún débilmente tras las ventanas encortinadas de la Torre de la Mano. Los hombres que custodiaban la puerta llevaban las capas púrpura y los yelmos con el león propios de la guardia personal de su padre. Tyrion los conocía a ambos y le permitieron pasar al verlo... aunque se dio cuenta de que ninguno podía mirarlo fijamente a la cara.

Dentro se encontraron con Ser Addam Marbrand, que bajaba la escalera de caracol; llevaba el peto negro decorado y la capa dorada de los oficiales de la Guardia de la Ciudad.

—Mi señor —dijo—. Cuánto me alegro de volver a veros en pie. Había oído...

—¿Rumores de que estaban cavando una tumba pequeña? Yo también, y dadas las circunstancias lo mejor era que me levantase. Tengo entendido que sois el comandante de la Guardia de la Ciudad. ¿Debo daros mi enhorabuena o mis condolencias?

—Me temo que ambas cosas. —Ser Addam sonrió—. La muerte y la deserción me han dejado con cuatro mil cuatrocientos hombres. Sólo los dioses y Meñique saben cómo vamos a poder pagar la soldada de tanta gente, pero vuestra hermana me prohíbe que licencie a ninguno.

«¿Sigues nerviosa, Cersei? La batalla ha terminado; los capas doradas ya no te van a ayudar.»

—¿Habéis estado con mi padre? —preguntó Tyrion.

—Sí. Siento deciros que no está del mejor de los talantes. Lord Tywin considera que cuatro mil cuatrocientos guardias son más que suficientes para hallar a un escudero desaparecido, pero vuestro primo Tyrek sigue extraviado.

Tyrek era un chico de trece años, hijo de su difunto tío Tygett. Había desaparecido durante los disturbios, poco después de desposarse con Lady Ermesande, una niña de pecho, que además era la única heredera sobreviviente de la Casa Hayford.

«Y, posiblemente, la primera novia en la historia de los Siete Reinos que se queda viuda antes de que la desteten.»

—Yo tampoco pude dar con él —confesó Tyrion.

—Está alimentando gusanos —dijo Bronn, con su delicadeza habitual—. Mano de Hierro lo estuvo buscando, y el eunuco prometió una bolsa bien llena. No tuvieron más suerte que nosotros. No insistáis, Ser.

—En lo que se refiere a los que llevan su sangre, Lord Tywin es muy terco —dijo Ser Addam, mirando con repugnancia al mercenario—. Quiere al chico, vivo o muerto, y tengo la intención de cumplir su voluntad. —Miró de nuevo a Tyrion—. Hallaréis a vuestro padre en sus aposentos.

«Mis aposentos», pensó Tyrion.

—Ya conozco el camino.

El camino implicaba subir muchos peldaños más, pero esta vez lo hizo por sí mismo, con una mano en el hombro de Pod. Bronn le abrió la puerta. Lord Tywin Lannister estaba sentado al pie de la ventana, escribiendo a la luz de una

lámpara de aceite. Al oír el sonido del picaporte levantó la vista.

—Tyrion. —Dejó la pluma a un lado con gesto sereno.

—Me complace que os acordéis de mí, mi señor. —Tyrion soltó el hombro de Pod, apoyó el peso en el bastón y avanzó unos pasos. «Algo anda mal», comprendió enseguida.

—Ser Bronn —dijo Lord Tywin—, Podrick, quizá será mejor que esperéis fuera a que terminemos.

La mirada que Bronn le dedicó a la Mano fue punto menos que insolente; sin embargo, se inclinó y salió de la habitación, con Pod pisándole los talones. La pesada puerta se cerró a sus espaldas y Tyrion Lannister se quedó a solas con su padre. El frío se hacía sentir en la habitación, a pesar de que las ventanas estaban cerradas por la noche.

«¿Qué mentiras le habrá estado contando Cersei?» El señor de Roca Casterly era tan esbelto como un hombre veinte años más joven e incluso, a su modo austero, resultaba apuesto. Tenía las mejillas cubiertas por patillas rubias de pelo hirsuto que enmarcaban un rostro severo, un cráneo calvo y una boca dura. En torno al cuello llevaba una cadena de manos doradas: los dedos de una agarraban la muñeca de la siguiente.

—Hermosa cadena —dijo Tyrion. «Aunque a mí me sentaba mejor.»

—Es mejor que te sientes —dijo Lord Tywin, haciendo caso omiso de la ironía—. ¿Crees razonable haberte levantado de la cama, dada tu enfermedad?

—Mi enfermedad me pone enfermo. —Tyrion sabía cuánto despreciaba su padre la debilidad; se sentó en la silla más cercana—. Tienes unos aposentos maravillosos. ¿Te puedes creer que, mientras me estaba muriendo, alguien me trasladó a una celda pequeña y oscura en el Torreón de Maegor?

—La Fortaleza Roja está repleta de invitados para la boda. Cuando se marchen te buscaremos habitaciones más adecuadas.

—Me gustaban mucho estas habitaciones. ¿Has puesto fecha a esa gran boda?

—Joffrey y Margaery se casarán el primer día del nuevo año, que resulta ser el primer día del próximo siglo. La ceremonia será el anuncio de la llegada de una nueva era.

«Una nueva era Lannister», pensó Tyrion.

—Vaya, pues ya tenía otros planes para ese día.

—¿Has venido aquí sólo para quejarte de tu dormitorio y soltar tus patéticos chistes? Tengo que terminar unas cartas muy importantes.

—Muy importantes. Seguro que sí.

—Algunas batallas se ganan con espadas y lanzas; otras, con plumas y cuervos. No me vengas con reproches, Tyrion. Acudí a tu lecho tanto como lo permitió el maestre Ballabar cuando parecía que ibas a morir. —Cruzó los dedos bajo la barbilla—. ¿Por qué echaste a Ballabar?

—El maestre Frenken no está tan decidido a mantenerme inconsciente —respondió Tyrion encogiéndose de hombros.

—Ballabar llegó a la ciudad en la comitiva de Lord Redwyne. Se dice que es un sanador de gran talento. Cersei tuvo la bondad de pedirle que te atendiera. Temía por tu vida.

«Querrás decir que temía que me mantuviera con vida.»

—Sin duda, ése es el motivo por el que no se apartó ni un instante de mi lecho.

—No seas impertinente. Cersei tiene que organizar una boda real; yo estoy llevando a cabo una guerra, y tú llevas al menos quince días fuera de peligro. —Lord Tywin estudió el rostro desfigurado de su hijo, sin permitir que sus ojos verdes parpadearan—. La herida es espantosa, eso sí. ¿Qué locura se apoderó de ti?

—El enemigo estaba a las puertas con un ariete. Si Jaime hubiera liderado la incursión, dirías que se trataba de valor.

—Jaime no cometería la idiotez de quitarse el yelmo durante una batalla. Confío en que hayas matado al hombre que te hirió.

—Desde luego, el muy miserable está bien muerto. —Aunque había sido Podrick Payne quien mató a Ser Mandon, echándolo al río para que se ahogara bajo el peso de la armadura—. Un enemigo muerto es una alegría eterna —dijo con despreocupación, aunque Ser Mandon no había sido su verdadero enemigo. Aquel hombre carecía de razones para querer verlo muerto. «Era sólo el ejecutor, y creo que conozco a quien lo envió. Ella le dijo que se cerciorara de que yo no sobreviviera a la batalla.» Pero sin pruebas, Lord Tywin no prestaría oídos a semejante acusación—. ¿Por qué estás en la ciudad, Padre? —preguntó—. ¿No deberías estar peleando contra Lord Stannis, Robb Stark o cualquier otro?

«Y cuanto antes, mejor.»

—Hasta que Lord Redwyne no traiga su flota, carecemos de naves para asaltar Rocadragón. No tiene importancia. El sol de Stannis Baratheon se puso en el Aguasnegras. Y en lo que respecta a Stark, el chico aún está al oeste, pero un gran ejército de norteños, liderado por Helman Tallhart y Robett Glover, baja hacia el Valle Oscuro. He enviado a Lord Tarly para que lo intercepte, mientras Ser Gregor sube por el camino Real para cortarles la retirada. Tallhart y Glover quedarán atrapados entre ellos con la tercera parte de los efectivos de Stark.

—¿El Valle Oscuro? —En el Valle Oscuro no había nada digno de aquel riesgo. ¿Se habría equivocado por fin el Joven Lobo?

—No es nada de lo que tengas que ocuparte. Tienes el rostro con una palidez mortal, y la sangre te empapa las vendas. Di lo que desees y regresa a la cama.

—Lo que deseo... —Sintió la garganta cerrada y en carne viva. ¿Qué deseaba? «Más de lo que tú podrías darme, Padre»—. Pod me dice que Meñique ha sido nombrado señor de Harrenhal.

—Un título vacío mientras Roose Bolton domine el castillo en nombre de

Robb Stark, pero Lord Baelish anhelaba el título. Nos prestó grandes servicios en lo relativo a la boda de Tyrell. Un Lannister paga sus deudas.

La unión matrimonial con la Casa Tyrell había sido en realidad idea de Tyrion, pero alegarlo en aquel momento parecería grosero.

—Ese título podría no ser tan vano como crees —previno—. Meñique no hace nada sin un buen motivo. Pero que sea lo que tenga que ser. Has dicho algo sobre pagar deudas, ¿verdad?

—Y tú quieres tu propia recompensa, ¿no? Muy bien. ¿Qué quieres de mí? ¿Tierras, un castillo, algún cargo?

—Un poco de gratitud no estaría mal para empezar.

—Los titiriteros y los monos necesitan aplausos —dijo Lord Tywin, mirándolo sin pestañear—. Lo mismo que quería Aerys, por cierto. Tú hiciste lo que te ordenaron y estoy seguro que pusiste en ello todo tu talento. Nadie niega el papel que has desempeñado.

—¿El papel que he desempeñado? —Los restos de nariz en el rostro de Tyrion debieron de encenderse—. He salvado esta mierda de ciudad para ti.

—Mucha gente considera que fue mi ataque contra el flanco de Lord Stannis lo que hizo cambiar la suerte de la batalla. Los señores Tyrell, Rowan, Redwyne y Tarly combatieron también con valor, y me dicen que fue tu hermana Cersei la que hizo que los piromantes prepararan el fuego valyrio que destruyó la flota Baratheon.

—Mientras que yo lo único que hice fue recortarme los pelos de la nariz, ¿no? —Tyrion no pudo impedir que la amargura le aflorara a la voz.

—Esa cadena tuya fue un golpe muy astuto y resultó crucial para nuestra victoria. ¿Eso es lo que querías oír? Me han dicho que también hay que agradecerte nuestra alianza con los dornienses. Supongo que te alegrará saber que Myrcella ha llegado sana y salva a Lanza del Sol. Ser Arys Oakheart escribe que le ha tomado mucho cariño a la princesa Arianne y que el príncipe Trystane está encantado con ella. No me gusta entregar un rehén a la Casa Martell, pero me imagino que era inevitable.

—Nosotros también tendremos un rehén —dijo Tyrion—. En el trato estaba incluido un asiento en el Consejo. A no ser que el príncipe Doran traiga un ejército cuando venga a reclamar ese asiento, quedará en nuestro poder.

—Ojalá que lo único que quieran exigir los Martell sea un asiento en el Consejo —dijo Lord Tywin—. Tú también le prometiste venganza.

—Le prometí justicia.

—Llámalo como quieras. A fin de cuentas, se reduce a sangre.

—No es un artículo que escasee, ¿verdad? Durante la batalla, crucé lagos de sangre. —Tyrion no veía ningún motivo para eludir el centro de la cuestión—. ¿O acaso le has cogido tanto cariño a Gregor Clegane que no podrías soportar separarte de él?

—Ser Gregor tiene sus cosas, igual que las tenía su hermano. Todo señor necesita una bestia de vez en cuando... Una lección que pareces haber

aprendido, a juzgar por Ser Bronn y esos hombres de los clanes.

Tyrion pensó en el ojo quemado de Timett, en Shagga con su hacha, en Chella con su collar de orejas secas. Y en Bronn. Sobre todo en Bronn.

—Los bosques están llenos de bestias —le recordó a su padre—. Y los callejones, también.

—Es verdad. Quizá otros perros puedan cazar igual de bien. Lo pensaré. Si no hay nada más...

—Tienes cartas importantes, claro. —Tyrion se incorporó sobre las piernas vacilantes, cerró los ojos un instante, mientras una oleada de mareo lo sacudía, y dio un paso tembloroso hacia la puerta. Más tarde pensó que debería haber dado un segundo paso y un tercero. Pero, en lugar de eso, se volvió—. ¿Que qué quiero pedirte? Te diré lo que quiero. Quiero lo que me pertenece por derecho. Quiero Roca Casterly.

—¿Lo que es de tu hermano por nacimiento? —preguntó su padre con dureza.

—Los caballeros de la Guardia Real tienen prohibido casarse, tener hijos y poseer tierras; eso lo sabes tan bien como yo. El día en que Jaime vistió esa capa blanca renunció a sus derechos sobre Roca Casterly, pero no lo has reconocido nunca. El tiempo ha pasado. Quiero que, en presencia del reino, proclames que soy tu hijo y tu heredero legítimo.

Los ojos de Lord Tywin eran de un verde pálido con puntitos dorados, tan luminosos como implacables.

—Roca Casterly —declaró con una voz llana, fría y apagada. Y añadió—: Nunca.

La palabra quedó colgando entre ambos, enorme, hiriente, emponzoñada...

«Sabía la respuesta antes de pedirlo —pensó Tyrion—. Han pasado dieciocho años desde que Jaime se unió a la Guardia Real, pero no he mencionado nunca el tema. Debí haberlo sabido. Debí haberlo sabido desde siempre.»

—¿Por qué? —se obligó a preguntar, aunque sabía que se arrepentiría.

—¿Aún lo preguntas? ¿Tú, que mataste a tu madre para venir al mundo? Eres una criatura deforme, taimada, desobediente, dañina, llena de envidia, lujuria y malos instintos. Las leyes de los hombres te dan derecho a llevar mi nombre y lucir mis colores, ya que no puedo probar que no seas mío. Para darme lecciones de humildad, los dioses me han condenado a ver cómo te contoneas, mientras exhibes ese orgulloso león que fue blasón de mi padre, y de su padre antes que suyo. Pero ni los dioses ni los hombres podrán obligarme a permitir que conviertas Roca Casterly en tu lupanar.

—¿Mi lupanar? —Por fin se hizo la luz; Tyrion comprendió en ese momento de dónde había salido toda aquella bilis. Apretó los dientes—. ¿Cersei te ha hablado de Alayaya?

—¿Se llama así? Reconozco que soy incapaz de recordar los nombres de todas tus putas. ¿Quién era aquella con la que te casaste de niño?

—Tysha —escupió la respuesta, desafiante.

—¿Y la que iba detrás del campamento, en el Forca Verde?

—¿Y qué te importa? —preguntó, negándose a pronunciar el nombre de Shae en presencia de su padre.

—Nada. Lo mismo que me importa que vivan o mueran.

—Fuiste tú quien hizo azotar a Yaya. —No se trataba de una pregunta.

—Tu hermana me habló de tus amenazas contra mis nietos. —La voz de Lord Tywin era más fría que el hielo—. ¿Mintió acaso?

—Proferí amenazas, sí. —Tyrion no lo iba a negar—. Para mantener a salvo a Alayaya. Para que los Kettleblack no abusaran de ella.

—¿Para salvar la virtud de una ramera amenazaste a tu Casa, a tu sangre? ¿Así se hacen las cosas?

—Fuiste tú quien me enseñó que una buena amenaza, a veces, dice más que un golpe. Y no es porque Joffrey no me haya tentado cientos de veces hasta perder la paciencia. Si tantas ganas tienes de flagelar a alguien, empieza por él. Pero Tommen... ¿por qué iba a hacerle daño a Tommen? Es un buen chico y lleva mi sangre.

—Igual que tu madre. —Lord Tywin se alzó bruscamente como una torre junto a su hijo enano—. Regresa a tu cama, Tyrion, y no vuelvas a hablarme de tus derechos sobre Roca Casterly. Tendrás tu recompensa, pero será la que yo considere apropiada a tus servicios y tu situación. Y no te equivoques: ésta será la última vez que soportaré que avergüences a la Casa Lannister. No tendrás más putas. A la próxima que encuentre en tu cama, la colgaré.

DAVOS

Contempló durante bastante tiempo cómo crecía la vela mientras decidía si prefería la muerte o la vida.

Sabía que sería más fácil morir. Todo lo que tenía que hacer era arrastrarse de nuevo hasta la cueva y dejar que la nave pasara de largo, y la muerte lo encontraría. La fiebre llevaba varios días consumiéndolo, convirtiéndole las tripas en agua marrón y obligándolo a tiritar en un duermevela agotador. Cada mañana estaba más débil.

«Ya no falta mucho», se repetía a sí mismo.

Si la fiebre no lo mataba, sin duda lo mataría la sed. Allí no tenía agua fresca, a no ser por la escasa lluvia que se acumulaba en los agujeros de la roca. Sólo tres días antes (¿o serían cuatro?; en la roca era difícil distinguir un día de otro), los agujeros habían estado secos como huesos viejos, y la visión del agua de la bahía verde y gris que lo rodeaba, casi había sido más de lo que podía soportar. Una vez comenzara a beber agua de mar, el final llegaría con celeridad, lo sabía, pero de todos modos tenía la garganta tan reseca que había estado a punto de beber aquel primer trago. Un súbito chaparrón lo había salvado. En aquel momento estaba tan débil que lo único que pudo hacer fue tumbarse bajo la lluvia con los ojos cerrados y la boca abierta, y dejar que el agua le cayera sobre los labios agrietados y la lengua hinchada. Pero después se sintió un poco más fuerte, y los charcos, hendiduras y grietas de la isla volvieron a ofrecerle la vida una vez más.

Pero eso había sido hacía ya tres días (o quizá cuatro), y no quedaba casi agua. Una parte se había evaporado, y él se había bebido el resto. Por la mañana estaría de nuevo lamiendo el fango y las piedras frías y húmedas, en el fondo de las hondonadas.

Y si no lo mataban la sed o la fiebre, el hambre acabaría con él. Su isla no era más que un peñasco árido que sobresalía en la inmensidad de la bahía del Aguasnegras. Cuando la marea estaba baja, en ocasiones podía encontrar unos cangrejitos minúsculos en la franja rocosa a la que lo había llevado la corriente tras la batalla. Le daban pellizcos dolorosos en los dedos antes de que los aplastara contra las rocas para chupar la carne de las tenazas y las tripas de los carapachos.

Pero la playa desaparecía cuando la marea comenzaba a subir, y Davos tenía que trepar por las rocas para evitar que el agua lo barriera de nuevo a la bahía. La altura del islote con la marea alta era de unas siete varas sobre el nivel del mar, pero cuando las aguas se agitaban, las salpicaduras llegaban mucho más arriba, así que no tenía manera de mantenerse seco ni siquiera en su

caverna (que, en realidad, no era más que un hueco en la roca, bajo un saliente). Sólo crecían líquenes en aquel peñasco, y hasta las aves marinas eludían el lugar. De vez en cuando alguna gaviota se posaba en la cima de la roca, y Davos intentaba cazarla, pero las aves eran demasiado rápidas y no le permitían acercarse. Se dedicó a tirarles piedras, pero estaba demasiado débil para lanzarlas con fuerza, así que incluso cuando lograba darle a una gaviota, ésta se limitaba a graznar asustada y después salía volando.

Desde su refugio se veían otras rocas, distantes montículos de piedra más altos que el suyo. El más cercano se elevaba unas veinte varas por encima del agua, calculaba, aunque a esa distancia no era fácil estar muy seguro. Una nube de gaviotas se posaba allí constantemente, y con frecuencia Davos pensó en ir a robar los nidos. Pero el agua estaba fría; las corrientes eran traicioneras, y sabía que carecía de fuerzas para nadar aquel trecho. Si lo intentaba moriría con tanta seguridad como si bebiera agua salada.

En el mar Angosto, el otoño era húmedo y lluvioso, lo recordaba de años anteriores. Los días no eran malos siempre que brillara el sol, pero las noches se volvían cada vez más frías, y a veces, el viento barría la bahía, arreando por delante una franja de cabrillas, y Davos no tardaba en encontrarse empapado y tembloroso. La fiebre y los escalofríos lo asaltaban por turno, y sufría ataques de una tos ronca y persistente.

La única protección con la que contaba era su caverna, y resultaba demasiado pequeña. Durante la marea baja, a la orilla rocosa llegaban trozos de madera a la deriva o restos calcinados de naves, pero Davos no tenía manera de conseguir una chispa para hacer fuego. En cierta ocasión, desesperado, había intentado frotar dos trozos de madera, uno contra el otro, pero estaban podridos, y sus esfuerzos sólo dieron como fruto abundantes ampollas. También tenía la ropa empapada, y en la bahía había perdido una de las botas antes de que el agua lo arrastrara al peñasco.

La sed, el hambre y la intemperie: ésos eran sus compañeros hora a hora, día tras día, y ya había llegado a considerarlos sus amigos. Muy pronto, alguno de esos amigos se compadecería de él y lo liberaría de su sufrimiento interminable. O quizá, sencillamente, un día se echaría al agua y comenzaría a nadar hacia la orilla que, bien lo sabía, se encontraba al norte, en alguna parte, más allá de su campo de visión. Demasiado lejos para nadar tan débil como estaba, pero eso no le importaba. Davos siempre había sido marino; estaba destinado a morir en el mar.

«Los dioses que viven bajo el agua me han estado esperando —se dijo—. Hace mucho que debí ir a reunirme con ellos.»

Pero allí estaba, una vela; sólo una manchita en el horizonte, aunque se iba haciendo más grande.

«Una nave, donde no debería haber naves.» Sabía dónde se hallaba su roca, más o menos; era uno de los muchos promontorios que se alzaban en la bahía del Aguasnegras. El más alto de todos se erguía unas cincuenta metros por

encima de las aguas, y una docena de peñascos menores sobresalía entre quince y treinta varas. Los marineros los denominaban «Arpones del Rey Pescadilla», y sabían que por cada uno que asomaba por encima de la superficie, una docena más acechaba debajo. Todo capitán con sentido común mantenía un rumbo bien apartado de ellos.

Davos, con los ojos claros enrojecidos, vio cómo se hinchaba la vela y trató de captar el sonido del viento atrapado en la lona. «Viene en esta dirección.» A no ser que cambiara de rumbo repentinamente, pasaría tan cerca de su miserable refugio que podrían oírlo. Eso podía significar la vida. En caso de que quisiera seguir viviendo. Y no estaba muy seguro.

«¿Para qué voy a vivir? —pensó mientras las lágrimas le nublaban la vista—. Sed benévolos, dioses. ¿Para qué? Mis hijos están muertos: Dale y Allard, Maric y Matthos, quizá también Devan. ¿Cómo puede sobrevivir un padre a tantos hijos jóvenes y fuertes? ¿Cómo podré seguir adelante? Soy un carapacho vacío, el cangrejo ha muerto y no queda nada dentro. ¿Acaso no lo veis?»

Habían subido por el río Aguasnegras haciendo tremolar el corazón llameante del Señor de la Luz. Davos y la *Betha Negra* habían permanecido en la segunda línea de batalla, entre la *Espectro* de Dale y la *Lady Marya* de Allard. Maric, su tercer hijo, era el capataz de remeros de la *Furia*, en el centro de la primera línea, mientras que Matthos era el segundo de a bordo de su padre. Bajo las murallas de la Fortaleza Roja, las galeras de Stannis Baratheon habían entrado en batalla con la flota más pequeña de Joffrey, el niño rey, y durante unos breves momentos, el río había vibrado con el sonido de las cuerdas de los arcos y el crujido de los arietes de hierro, destrozando tanto remos como cascos de naves.

Y de repente, una enorme bestia soltó un rugido, y se vieron rodeados por llamaradas verdes: fuego valyrio, orina de piromantes, el demonio de jade... Matthos estaba de pie a su lado sobre la cubierta de la *Betha Negra* cuando la nave pareció elevarse sobre el agua. Davos fue a parar al río, donde se debatió impotente arrastrado por una corriente que lo sacudía. Río arriba, las llamas de veinticinco varas de altura se habían alzado hacia el cielo. Había visto arder la *Betha Negra*, la *Furia* y una docena más de naves; había visto a hombres en llamas que saltaban al agua para morir ahogados. La *Espectro* y la *Lady Marya* desaparecieron, hundidas, destrozadas o tragadas por el velo de fuego valyrio, y no había tiempo para buscarlas, porque la desembocadura del río se aproximaba, y los Lannister habían levantado allí una enorme cadena de hierro. De orilla a orilla no había otra cosa que naves ardiendo y fuego valyrio. Aquella visión le heló el corazón, y aún recordaba los sonidos: el chisporroteo de las llamas, el siseo del vapor, los gritos de los moribundos... y el golpe de aquel calor horrible contra el rostro mientras la corriente lo arrastraba hacia el infierno.

Lo único que tenía que hacer era quedarse quieto. Unos momentos más y

estaría con sus hijos, reposando sobre el frío limo negro del fondo de la bahía, mientras los peces le mordisqueaban la cara.

Pero en vez de eso aspiró todo el aire que pudo y se sumergió en busca del lecho del río. Su única esperanza consistía en pasar por debajo de la cadena, las naves en llamas y el fuego valyrio que flotaba en la superficie del agua, en nadar deprisa hacia la seguridad de la bahía, al otro lado. Davos siempre había sido un buen nadador, y aquel día no llevaba ninguna prenda metálica, salvo el yelmo que había perdido junto con la *Betha Negra*. Mientras cortaba el agua, verde y turbia, vio a otros hombres que pataleaban bajo la superficie, arrastrados hacia el fondo por el peso de la cota y la armadura. Davos los dejó atrás, impulsándose con toda la fuerza que le quedaba en las piernas y dejándose llevar por la corriente con los ojos llenos de agua. Bajó más, y más, y más todavía. A cada brazada se le hacía más difícil retener el aliento. Recordó haber visto el fondo, blando y oscuro, cuando un chorro de burbujas se le escapó de la boca. Tocó algo con una de las piernas... un obstáculo, un pez o quizá un hombre que se ahogaba, nunca lo supo.

En ese momento necesitaba aire, pero tenía miedo. ¿Habría dejado atrás la cadena, estaría ya en la bahía? Si emergía bajo una nave, se ahogaría, y si lo hacía entre las manchas ardientes de fuego valyrio, al tomar aire se le calcinarían los pulmones. Se revolvió en el agua para mirar hacia arriba, pero salvo una verdosa oscuridad no había nada más que ver; giró con demasiada velocidad y, de repente, ya no habría sabido decir dónde estaba la superficie y dónde el fondo. Le entró pánico. Revolvió el fondo del río con las manos y levantó una nube de limo que lo cegó. Parecía que el pecho le iba a estallar. Manoteó en el agua, movió las piernas, se impulsó y giró mientras sus pulmones exigían aire, se impulsó con las piernas perdido en las tinieblas del río, siguió, siguió y siguió hasta que no tuvo más fuerzas. Cuando abrió la boca para gritar, le entró agua con sabor a sal y Davos Seaworth supo que se estaba ahogando.

Lo siguiente que recordaba era el sol en lo alto y él sobre una playa de piedras, al pie de un montículo rocoso rodeado por la desierta bahía, con un mástil roto, una vela quemada y un cadáver hinchado a su lado. El mástil, la vela y el cadáver desaparecieron con la siguiente marea alta, dejando a Davos solo en su roca entre los Arpones del Rey Pescadilla.

Sus muchos años como contrabandista le habían hecho conocer las aguas en torno a Desembarco del Rey mejor que cualquiera de las casas donde había vivido, y sabía que su refugio no era más que un puntito en las cartas de navegación, en una zona de la que los marinos se apartaban sin aproximarse nunca... Aunque por ser un buen lugar para esconderse, el propio Davos había pasado por allí un par de veces en sus años de contrabandista.

«Cuando me encuentren aquí, muerto, si me encuentran alguna vez, quizá le pongan mi nombre a esta roca —pensó—. La llamarán Roca Cebolla; será mi lápida y mi legado.» No merecía otra cosa.

«El padre protege a sus hijos», enseñaban los septones, pero Davos había llevado a sus hijos al fuego. Dale no le daría nunca a su esposa el hijo por el que habían rezado, y Allard, con su chica en Antigua, su chica en Desembarco del Rey y su chica en Braavos, sólo dejaría atrás mujeres sollozantes. Matthos no sería nunca capitán de una nave propia, como había soñado. Maric no sería nunca armado caballero.

«¿Cómo puedo vivir si todos ellos han muerto? Han caído tantos caballeros valientes y señores poderosos, hombres de noble cuna, mejores que yo... Métete dentro de tu cueva, Davos. Métete ahí y hazte un ovillo; deja que la nave se vaya y nadie te molestará nunca más. Duerme sobre tu almohada de piedra y deja que las gaviotas te picoteen los ojos mientras los cangrejos te devoran. Se lo debes a ellos, a los que tantas veces has devorado. Escóndete, contrabandista. Escóndete, calla y muere.»

La vela estaba casi a su altura. Un momento más y la nave pasaría de largo, y él podría morir en paz.

Se llevó la mano a la garganta en busca del saquito de cuero que siempre llevaba al cuello. Dentro conservaba los huesos de los cuatro dedos que su rey le había cortado el día que lo armó caballero. «Mi buena suerte.» Los muñones de los dedos palparon el pecho y buscaron, sin encontrar nada. El saquito había desaparecido y con él, las falanges. Stannis no había comprendido nunca por qué Davos conservaba aquellos huesos.

—Para acordarme de la justicia de mi rey —masculló entre los labios agrietados. Pero los había perdido—. El fuego se llevó mi suerte junto con mis hijos. —En sus sueños, el río aún seguía en llamas, y sobre las aguas bailaban demonios con feroces látigos en las manos mientras los hombres ardían y se carbonizaban bajo su azote—. Madre, sálvame —imploró Davos—. Sálvame, dulce Madre, sálvanos a todos. Me ha abandonado la suerte y he perdido a mis hijos. —Lloraba a lágrima viva y las lágrimas saladas le corrían por las mejillas—. El fuego se lo ha llevado todo... El fuego...

Quizá fuera el viento que golpeaba la roca, o el sonido del mar en la orilla, pero por un instante, Davos Seaworth oyó que ella respondía.

—Tú convocaste el fuego —le susurró, con una voz tan débil como el sonido de las olas en una caracola, con dulzura y tristeza—. Tú nos quemaste... nos quemaste... nosss quemaaassste...

—¡Fue ella! —gritó Davos—. Madre, no nos abandones. Fue ella quien te quemó, Melisandre, la mujer roja, ¡fue ella!

La veía como si la tuviera delante, con aquella cara con forma de corazón, los ojos rojos, el cabello cobrizo y largo, las túnicas rojas que se movían como llamas cuando andaba, en un remolino de seda y satén... Había llegado de Asshai, del este, había entrado en Rocadragón y había conquistado a Selyse y a los hombres de la Reina para su dios extranjero, y después hasta al Rey, al propio Stannis Baratheon, que había llegado incluso a poner en su estandarte el corazón llameante, el corazón llameante de R'hllor, Señor de la Luz y Dios de la

Llama y la Sombra. A petición de Melisandre había sacado a los Siete del sept de Rocadragón y los había quemado delante de las puertas del castillo; después había quemado también el bosque de dioses en Bastión de Tormentas, así como el árbol corazón, un enorme arciano blanco con un rostro solemne.

—Fue obra de ella —repitió Davos, con voz más débil.

«Obra de ella y también tuya, Caballero de la Cebolla. Tú remaste para llevarla a Bastión de Tormentas en la oscuridad de la noche, para que pudiera dar a luz a su hijo de la penumbra. No estás libre de culpa, no. Cabalgaste bajo su bandera y la hiciste ondear en tu mástil. Contemplaste cómo los Siete ardían en Rocadragón y no hiciste nada. Ella echó al fuego la justicia del Padre, la misericordia de la Madre y la sabiduría de la Vieja. Al Herrero y al Desconocido, a la Doncella y al Guerrero; ella los quemó a todos para gloria de su cruel dios, y tú estabas allí, en silencio. Y cuando mató al viejo maestre Cressen... ni siquiera entonces hiciste nada.»

La vela estaba a cien varas de distancia y atravesaba la bahía con presteza. En unos instantes lo habría pasado de largo y se alejaría.

Ser Davos Seaworth empezó a escalar su roca.

Se aferraba con manos temblorosas y la cabeza nublada por la fiebre. En dos ocasiones los dedos mutilados resbalaron en la piedra húmeda, y estuvo a punto de caer, pero se las arregló para seguir agarrado. Si caía podía darse por muerto, y tenía que vivir. Al menos un poco más de tiempo. Había algo que tenía que hacer.

La cima de la roca era demasiado pequeña para erguirse sobre ella con seguridad, sobre todo estando tan débil, así que permaneció agachado y sacudió los brazos descarnados.

—¡Ah del barco! —gritó al viento—. ¡Ah del barco, aquí! ¡Aquí! —Desde allí arriba podía verlo con más claridad; el casco esbelto a franjas, el mascarón de bronce y la vela hinchada. Había un nombre pintado en el casco, pero Davos no sabía leer—. ¡Ah del barco! —volvió a gritar—. ¡Auxilio, auxilio!

Uno de los tripulantes en el castillo de proa lo vio y lo señaló. Davos alcanzó a ver a otros marinos correr a la borda para echarle un vistazo. Un instante después arriaron la vela de la galera, sacaron los remos y la nave viró y puso proa hacia su refugio. Era demasiado grande para acercarse mucho a la roca, pero a unas treinta varas echaron un bote pequeño al agua. Davos se agarró a la roca y vio cómo el bote se aproximaba. Cuatro hombres remaban, y un quinto iba en la proa.

—Tú —gritó el quinto hombre cuando estuvieron a muy poca distancia de la isla—. Tú, el de la roca, ¿quién eres?

«Un contrabandista que se alzó por encima de sus posibilidades —pensó Davos—, un imbécil que amaba demasiado a su rey y olvidó a sus dioses.»

—Soy... —Tenía la garganta seca y se había olvidado de hablar. Las palabras le causaban una extraña sensación en la lengua y le sonaban más extrañas aún en los oídos—. Yo estaba en la batalla. Era... capitán... caballero,

era caballero.

—Sí, Ser —respondió el hombre—. ¿Al servicio de qué rey?

De repente se dio cuenta de que la galera debía de ser de las de Joffrey. Si pronunciaba en aquel momento el nombre que no debía, lo abandonarían a su destino. Pero no; el casco tenía franjas. Era una nave lysena, de Salladhor Saan. La Madre la había enviado allí, la Madre misericordiosa. Ella tenía una misión para él.

«Stannis vive —supo entonces—. Todavía tengo un rey. E hijos. Tengo otros hijos y una esposa fiel que me quiere.» ¿Cómo había podido olvidarse de aquello? La Madre era misericordiosa, sin lugar a duda.

—De Stannis —gritó a los lysenos—. Benditos sean los dioses, sirvo al rey Stannis.

—Excelente —replicó el hombre del bote—, nosotros también.

SANSA

La invitación parecía de lo más inocente, pero cada vez que Sansa la leía, se le hacía un nudo en la boca del estómago.

«Ahora va a ser reina; es hermosa y rica, y todos la adoran, ¿por qué quiere cenar con la hija de un traidor? —Supuso que sería por curiosidad; quizá Margaery Tyrell quería conocer de cerca a la rival que había desplazado—. Me pregunto si estará resentida conmigo. ¿Creerá que le deseo algún mal...?»

Sansa había contemplado desde las murallas del castillo el ascenso de Margaery Tyrell y su escolta a la Colina Alta de Aegon. Joffrey había recibido a su futura prometida en la Puerta del Rey para darle la bienvenida a la ciudad, y desde allí cabalgaron juntos entre las ovaciones de la multitud; Joff resplandecía en una armadura con filigrana de oro, y la joven Tyrell estaba espléndida con su vestido verde y una capa de flores otoñales que le colgaba desde los hombros. Tenía dieciséis años, cabello y ojos castaños, y era esbelta y bella. La gente gritaba su nombre a su paso; levantaban a los niños para que ella los bendijera y le lanzaban flores bajo los cascos del caballo. Su madre y su abuela los seguían a corta distancia en una carroza de grandes ruedas cuyos costados estaban tallados con cien rosas entrelazadas, cubiertas de brillante pan de oro. El pueblo también las aclamaba a ellas.

«El mismo pueblo que me tiró del caballo y me hubiera matado, de no ser por el Perro. —Sansa no había hecho nada para merecer el odio del pueblo, de la misma manera que Margaery Tyrell no había hecho nada para ganarse su amor—. ¿Querrá que yo también la ame? —Estudió la invitación que parecía escrita del puño y letra de Margaery—. ¿Querrá mi bendición?» Se preguntó si Joffrey sabría algo de aquella cena. Que ella supiera, podía ser cosa suya. Aquel pensamiento la atemorizó. Si Joff estaba detrás de la invitación, tendría preparada alguna broma cruel para avergonzarla en presencia de la otra chica, de más edad que ella. ¿Ordenaría de nuevo a algún miembro de su Guardia Real que la desnudara? La última vez que lo había hecho, su tío Tyrion lo había impedido, pero el Gnomo no podía salvarla en aquel momento.

«Nadie más que mi Florian podría salvarme» Ser Dontos había prometido que la ayudaría a escapar, pero en la noche de bodas de Joffrey, no antes. Lo habían planeado todo detenidamente, su querido y devoto caballero devenido bufón se lo había asegurado; hasta ese momento no había que hacer más que soportarlo todo y contar los días.

«Y cenar con mi sustituta.»

Quizá estaba siendo injusta con Margaery Tyrell. Quizá la invitación no fuera más que una simple cortesía, un acto de bondad. «Podría no ser más que

una cena.» Pero estaba en la Fortaleza Roja; estaba en Desembarco del Rey, en la corte del rey Joffrey Baratheon, el primero de su nombre, y si una cosa había aprendido Sansa Stark allí, era a desconfiar.

Pero, incluso así, debía aceptar. Ya no era nadie, sólo la hija rechazada de un traidor, la hermana en desgracia de un señor rebelde. Difícilmente podría negar nada a la futura reina de Joffrey.

«Quisiera que el Perro estuviera aquí.» La noche de la batalla, Sandor Clegane había acudido a sus aposentos para sacarla de la ciudad, pero Sansa se había negado. A veces yacía despierta en medio de la noche, preguntándose si había actuado con sabiduría. Tenía su capa blanca manchada oculta en un cofre de cedro, debajo de las prendas veraniegas de seda. No habría sabido decir por qué la conservaba. El Perro se había acobardado, había oído decir; en el ardor de la batalla se emborrachó hasta tal punto que el Gnomo tuvo que hacerse cargo de sus hombres. Pero Sansa lo entendía. Conocía el secreto de su rostro quemado. «Sólo temía al fuego.» Aquella noche, el fuego valyrio había incendiado todo el río y había llenado el aire con llamaradas verdes. Incluso dentro del castillo, Sansa había sentido miedo. Fuera... no podía ni imaginarlo.

Suspiró, sacó pluma y papel, y compuso una gentil misiva de aceptación para Margaery Tyrell.

Cuando llegó la noche señalada, otro de los miembros de la Guardia Real acudió en su busca, un hombre tan diferente de Sandor Clegane como...

«Bueno, como una flor de un perro.» Al ver a Ser Loras Tyrell ante su puerta, a Sansa se le aceleró el corazón. Era la primera vez que estaba tan cerca de él desde su regreso a Desembarco del Rey, al frente de la vanguardia del ejército de su padre. Durante un momento, no supo qué decir.

—Ser Loras —logró articular finalmente—, tenéis... tenéis un aspecto encantador.

—Mi señora es muy gentil —dijo él, devolviéndole una sonrisa enigmática—. Y muy hermosa. Mi hermana os aguarda con impaciencia.

—Oh, he esperado tanto esta cena...

—Igual que Margaery y mi señora abuela. —La tomó del brazo y la condujo hacia la escalera.

—¿Vuestra abuela?

Cuando Ser Loras le tocaba el brazo, a Sansa se le hacía difícil caminar, conversar y pensar simultáneamente. Sentía el calor de su mano a través de la seda.

—Lady Olenna. Cenará también con vosotras.

—Oh —exclamó Sansa. «Estoy hablando con él, y me está tocando, me coge del brazo y me está tocando»—. La llaman la Reina de las Espinas, ¿no?

—Sí —rió Ser Loras. «Tiene una risa tan agradable...», pensó mientras él seguía hablando—. Es mejor que no uséis ese apodo en presencia de ella, o podéis llevaros un pellizco.

Sansa se ruborizó. Hasta un idiota se hubiera dado cuenta de que a ninguna

mujer le gustaría que la llamasen «la Reina de las Espinas».

«Quizá yo sea tan estúpida como dice Cersei Lannister.» Intentó pensar algo a la desesperada, algo ingenioso y agradable que decirle, pero todo su talento se había esfumado. Estuvo a punto de comentarle cuán apuesto era, hasta que recordó que ya se lo había dicho.

Pero era verdad, Ser Loras era guapo. Parecía más alto que cuando lo conoció, pero seguía siendo igual de gentil y esbelto, y Sansa jamás había visto a otro muchacho con unos ojos tan maravillosos.

«Pero no es un muchacho; es un hombre, un caballero de la Guardia Real.» Pensó que el blanco le sentaba mejor aún que los ropajes verde y oro de la Casa Tyrell. En aquel momento, el único toque de color en su vestimenta era el broche con el que se sujetaba la capa; la rosa de Altojardín, fundida en oro fino y engarzada en un lecho de delicadas hojas de jade verde.

Ser Balon Swann abrió la puerta del Torreón de Maegor para que ambos pasaran. También vestía todo de blanco, pero no le quedaba ni la mitad de bien que a Ser Loras. Más allá del foso lleno de picas, dos docenas de hombres practicaban con espadas y escudos. Con el castillo tan lleno de gente, habían asignado el patio exterior a los huéspedes para que pudieran erigir sus tiendas de campaña y pabellones, y sólo habían dejado para el entrenamiento los pequeños patios de armas. Uno de los gemelos Redwyne retrocedía bajo el ataque de Ser Tallad, con los ojos clavados en su escudo. El pequeño y robusto Ser Kennos de Kayce, que resoplaba y gemía cada vez que levantaba la espada larga, parecía aventajar a Osney Kettleblack; pero el hermano de Osney, Ser Osfryd, castigaba duramente a Morros Slynt, un escudero con cara de rana. A pesar de que las espadas eran romas, Slynt tendría una buena colección de magulladuras a la mañana siguiente. Sólo de contemplarlos, Sansa se encogía de dolor.

«Apenas han acabado de enterrar a los muertos de la batalla anterior y ya están practicando para la siguiente.»

En un rincón del patio, un caballero con un par de rosas doradas en el escudo mantenía a raya a tres adversarios. Mientras lo miraba, él logró acertar en la cabeza a uno de ellos, que cayó sin sentido.

—¿Ése es vuestro hermano? —preguntó Sansa.

—Así es, mi señora —dijo Ser Loras—. Por lo general, Garlan se entrena combatiendo contra tres hombres, incluso contra cuatro. Dice que, en combate, rara vez se pelea contra uno solo, por lo que le gusta estar preparado.

—Debe de ser muy valiente.

—Es un gran caballero —replicó Ser Loras—. En verdad, su espada es mucho mejor que la mía, aunque yo soy mejor lancero.

—Lo recuerdo —dijo Sansa—. Cabalgáis de maravilla.

—Sois muy gentil, mi señora. ¿Cuándo me habéis visto cabalgar?

—En el torneo de la Mano, ¿no lo recordáis? Montabais un corcel blanco, y vuestra armadura era de cien tipos diferentes de flores. Me disteis una rosa.

Una rosa roja. Aquel día lanzasteis rosas blancas a las demás chicas. —Al hablar de aquello se sonrojaba—. Dijisteis que ninguna victoria era ni la mitad de bella que yo.

—Dije sólo una simple verdad que cualquier hombre con ojos puede corroborar. —Ser Loras sonrió con modestia.

«No lo recuerda —pensó Sansa, asombrada—. Sólo está siendo cortés conmigo; no se acuerda de mí, ni de la rosa, ni de nada de todo aquello.» Había estado tan segura de que aquel momento significaba algo, de que significaba mucho... Una rosa roja, no blanca.

—Fue después de que desmontaseis a Ser Robar Royce —dijo, con desesperación.

—Maté a Robar en Bastión de Tormentas, mi señora —dijo Ser Loras retirando su mano del brazo de ella. No era jactancia; su tono era de tristeza.

«A él y también a otro caballero de la Guardia Arcoiris del rey Renly, sí.» Sansa había oído a las mujeres hablar de aquello en torno al pozo, pero por un instante lo había olvidado.

—Fue allí donde mataron a Lord Renly, ¿verdad? Qué terrible para vuestra pobre hermana.

—¿Para Margaery? —preguntó con voz tensa—. Sin duda. Pero ella estaba en Puenteamargo. No lo vio.

—De todos modos, cuando se enteró...

Ser Loras rozó levemente la empuñadura de la espada con la mano. El mango estaba forrado de cuero blanco, y el pomo era una rosa de alabastro.

—Renly está muerto. Robar también. ¿Qué sentido tiene hablar de ellos?

Su tono cortante la sorprendió.

—Mi señor... No quería ofenderos, Ser.

—Ni hubierais podido hacerlo, Lady Sansa —replicó Ser Loras, pero la calidez le había desaparecido de la voz y no volvió a tomarla del brazo.

Subieron la escalera de caracol en profundo silencio.

«Oh, ¿por qué he tenido que mencionar a Ser Robar? —pensó Sansa—. Lo he echado todo a perder. Ahora está enfadado conmigo. —Intentó pensar qué podría decir para reparar lo ocurrido, pero todas las palabras que acudían a su mente eran pobres y vanas—. Quédate callada o sólo conseguirás empeorar las cosas», se dijo a sí misma.

Lord Mace Tyrell y su séquito se habían alojado detrás del sept real, en la larga torre de tejado de pizarra que todos llamaban Bóveda de las Doncellas desde que el rey Baelor el Santo confinara allí a sus hermanas, para que al verlas no se sintiera tentado a tener pensamientos impuros. Delante de sus altas puertas talladas había dos guardias con yelmos dorados y capas verdes, ribeteadas en satén dorado y con la rosa dorada de Altojardín bordada sobre el pecho. Ambos medían más de dos varas y media, y eran de hombros anchos, cinturas estrechas y magnífica musculatura. Cuando Sansa se acercó lo suficiente para verles las caras, no logró diferenciarlos. Tenían las mismas

mandíbulas firmes, los mismos ojos de un azul oscuro y los mismos bigotes rojos y poblados.

—¿Quiénes son? —le preguntó a Ser Loras, olvidando por un momento su consternación.

—La guardia personal de mi abuela —respondió Ser Loras—. Su madre los llamó Erryk y Arryk, pero mi abuela no sabe cuál es cuál, así que los llama Izquierdo y Derecho.

Izquierdo y Derecho abrieron las puertas, y fue la propia Margaery Tyrell la que acudió, bajando con celeridad los escasos peldaños para saludarlos.

—Lady Sansa —exclamó—. Estoy muy contenta de que hayáis aceptado la invitación. Sed bienvenida.

—Me hacéis un gran honor, Alteza —dijo Sansa, hincando la rodilla en tierra frente a su futura reina.

—Por favor, llamadme Margaery. Levantaos, os lo ruego. Loras, ayuda a Lady Sansa a ponerse de pie.

—Como desees. —Ser Loras la ayudó a levantarse. Margaery lo despidió con un beso fraterno y cogió a Sansa de la mano.

—Venid, mi abuela está esperando, y no es una dama nada paciente.

El fuego chisporroteaba en el hogar, y por el suelo habían extendido juncos de dulce aroma. En torno a la larga mesa se sentaban una docena de mujeres.

Sansa sólo reconoció a Lady Alerie, la alta y distinguida esposa de Lord Tyrell, que llevaba la larga trenza plateada recogida con aros enjoyados. Margaery le presentó a las demás. Había tres primas Tyrell: Megga, Alla y Elinor, todas de la edad de Sansa. La opulenta Lady Janna era hermana de Lord Tyrell y estaba casada con uno de los Fossoway de la manzana verde; la delicada Lady Leonette, de ojos brillantes, era también una Fossoway, casada con Ser Garlan. La septa Nysterica tenía un feo rostro picado de viruelas, pero parecía alegre. Lady Graceford, pálida y elegante, estaba allí con un bebé, y Lady Bulwer era una niña de no más de ocho años. Y a Meredyth Crane, gordita y ruidosa, la hubiera definido como jovial, pero eso no era aplicable en ningún sentido a Lady Merryweather, una sensual belleza myriense de ojos negros.

Para finalizar, Margaery la llevó ante la mujer que ocupaba el lugar de honor en la mesa, una muñeca marchita de cabello blanco.

—Tengo el honor de presentaros a mi abuela, Lady Olenna, viuda del difunto Luthor Tyrell, señor de Altojardín, cuyo recuerdo nos sirve de consuelo.

La anciana olía a agua de rosas.

«Está consumida casi del todo; ¿por qué ese nombre?» En ella no había nada que recordara las espinas.

—Dame un beso, pequeña —dijo Lady Olenna, tirando de la manga de Sansa con una mano débil y llena de manchas—. Es una gentileza de tu parte que cenes conmigo y con mi tonta panda de gallinas.

Sansa besó respetuosamente a la anciana en la mejilla.

—Sois muy bondadosa al admitirme entre vosotras, mi señora.

—Conocí a tu abuelo, Lord Rickard, aunque no muy bien.

—Murió antes de que yo naciera.

—Lo sé, pequeña. Se dice que tu abuelo Tully también se está muriendo. Lord Hoster, ¿no te lo habían dicho? Es un hombre anciano, aunque no tanto como yo. De todos modos, al final anochece para todos, y demasiado temprano para algunos. Debes saber que para más de los debidos, pobre niña. Has sufrido mucho dolor, lo sé. Lamentamos tus pérdidas.

—Sentí una gran tristeza cuando supe de la muerte de Lord Renly, Alteza —dijo Sansa mirando a Margaery—. Era muy galante.

—Es muy gentil de vuestra parte —respondió Margaery.

—Sí —resopló la abuela—, muy galante, encantador y muy limpio. Sabía cómo vestirse y cómo sonreír, y sabía cómo bañarse, y no sé por qué dio por hecho que eso lo hacía digno de ser rey. Los Baratheon siempre han tenido ideas raras, sin duda. Les viene de su sangre Targaryen, creo. —Sorbió por la nariz—. Una vez intentaron casarme con un Targaryen, pero enseguida corté por lo sano.

—Renly era valiente y gentil, abuela —dijo Margaery—. A mi padre le gustaba, igual que a Loras.

—Loras es joven —dijo Lady Olenna con brusquedad— y se le da muy bien eso de desmontar jinetes con una lanza. Pero no por eso es sabio. Y con respecto a tu padre, si yo hubiera nacido campesina y con un buen cucharón de madera habría podido meter algo de sentido común a golpes en esa cabezota.

—¡Madre! —saltó Lady Alerie.

—Silencio, Alerie, no me hables en ese tono. Y no me llames madre. Si te hubiera parido, estoy segura de que lo recordaría. Sólo tengo que dar cuentas por tu marido, el estúpido señor de Altojardín.

—Abuela —intervino Margaery—, no digas esas cosas, ¿qué va a pensar Sansa de nosotros?

—Podría pensar que tenemos un poco de seso en la cabeza. Al menos una de nosotras. —La anciana se volvió de nuevo hacia Sansa—. Es traición, se lo advertí; Robert tiene dos hijos, y Renly tiene un hermano mayor, ¿cómo es posible que albergue alguna pretensión con respecto a esa horrorosa silla de hierro? Nada, nada, dice mi hijo, ¿mi dulce madre no quiere ser reina? Vosotros, los Stark, fuisteis reyes en el pasado, igual que los Arryn y los Lannister, e incluso los Baratheon por línea femenina, pero los Tyrell no fueron más que mayordomos hasta que Aegon *el Dragón* apareció y asó al legítimo rey del Dominio en el Campo de Fuego. A decir verdad, hasta nuestras pretensiones con respecto a Altojardín son algo dudosas, como se quejan siempre esos repelentes Florent. «¿Y qué importa eso?», preguntaréis, y por supuesto la respuesta es que nada en absoluto, salvo para idiotas como mi hijo. La idea de que alguna vez pueda ver a su nieto con el culo aposentado en el Trono de Hierro lo hace hincharse como... ¿cómo se llama eso? Margaery, tú eres lista, sé

buena y dile a tu pobre abuela medio lela el nombre de ese extraño pez de las Islas del Verano que, si lo pinchas, se hincha hasta aumentar diez veces su tamaño.

—Se llama pez globo, abuela.

—Claro. Los habitantes de las Islas del Verano carecen de imaginación. A decir verdad, mi hijo debería poner un pez globo en su blasón. Podría ponerle una corona, como hacen los Baratheon con su venado, quién sabe si eso lo haría feliz. En mi opinión, deberíamos habernos mantenido al margen de toda esta idiotez sanguinaria, pero una vez se ha ordeñado la vaca no es posible volverle a meter la leche en las ubres. Después de que Lord Pez Globo colocara esa corona sobre la cabeza de Renly estábamos metidos en el lío hasta el cuello, y aquí estamos, a ver cómo salimos del problema. Y tú, ¿qué dices, Sansa?

La boca de Sansa se abrió y se cerró. Ella misma se sentía como un pez globo.

—Los Tyrell pueden jactarse de que descienden de Garth *Manoverde* —fue lo único que se le ocurrió en aquel momento.

—Igual que los Florent, los Rowan, los Oakheart y la mitad de las casas nobles del sur —resopló la Reina de las Espinas—. Se dice que a Garth le gustaba plantar su semilla en terreno fértil. No me extrañaría que, además de las manos, tuviera otras cosas verdes.

—Sansa, seguro que tienes hambre —intervino Lady Alerie—. ¿No es hora ya de comer un poco de jabalí y pasteles de limón?

—Los pasteles de limón son mis favoritos —dijo Sansa.

—Eso es lo que nos han dicho —declaró Lady Olenna, que obviamente no tenía la menor intención de dejar que la hicieran callar—. Ese tal Varys, por lo visto, cree que tenemos que darle las gracias por la información. Nunca he sabido muy bien para qué sirve un eunuco, a decir verdad. Me parece que son solamente hombres a los que les han cortado las partes útiles. Alerie, diles que traigan la comida, ¿o pretendes dejarme morir de inanición? Ven aquí, Sansa, siéntate a mi lado; soy mucho menos aburrida que esas otras. Espero que te gusten los bufones.

—Creo que... —dijo Sansa, alisándose la falda mientras se sentaba—. ¿Bufones, mi señora? ¿Queréis decir... los que se visten de colores?

—En este caso, de plumas. ¿De qué creías que estaba hablando? ¿De mi hijo? ¿O de los maridos de estas damas encantadoras? No, no te ruborices, con ese pelo tuyo pareces una granada. Todos los hombres son bufones, a decir verdad, pero los que llevan trajes multicolores son más divertidos que los que llevan corona. Margaery, niña, llama a Mantecas, a ver si puede hacer sonreír a Lady Sansa. Y vosotras, quedaos sentadas, ¿es que os lo tengo que decir todo? Sansa va a pensar que mi nieta está atendida por un rebaño de borregas.

Mantecas llegó antes que la comida, enfundado en un traje de bufón de plumas verdes y amarillas, con un gorro blando que parecía una cresta. Era un hombre inmensamente obeso, como tres Chicos Luna, que entró dando

volteretas laterales, se subió a la mesa de un salto y puso un enorme huevo delante de Sansa.

—Rompedlo, mi señora —ordenó.

Ella lo rompió, y una docena de pollitos amarillos escapó y echó a correr en todas direcciones.

—¡Atrapadlos! —exclamó Mantecas.

La pequeña Lady Bulwer logró agarrar a uno y se lo entregó; el bufón echó la cabeza hacia atrás, dejó caer el ave en su enorme boca de goma y pareció tragárselo entero. Cuando eructó, por la nariz le salieron pequeñas plumas amarillas. Lady Bulwer comenzó a gimotear, horrorizada, pero sus lágrimas se convirtieron en un súbito grito de placer cuando el pollito le asomó por la manga del vestido y le correteó por el brazo.

Mientras los sirvientes entraban con una sopa de puerros y setas, Mantecas comenzó a hacer juegos malabares, y Lady Olenna se inclinó sobre la mesa y apoyó los codos.

—¿Conoces a mi hijo, Sansa? ¿A Lord Pez Globo de Altojardín?

—Es un gran señor —respondió Sansa con cortesía.

—Un gran cretino —dijo la Reina de Espinas—. Su padre también era un cretino. Mi esposo, el difunto Lord Luthor. No, no me entiendas mal, yo lo amé muchísimo. Era un hombre bueno, y no estaba nada mal en la cama, pero de todos modos era un cretino sin remedio. Hasta tal punto que se cayó con su caballo por un acantilado cuando practicaba la cetrería. Dicen que miraba al cielo y no prestaba atención adónde lo llevaba su cabalgadura.

»Y ahora, el cretino de mi hijo está haciendo lo mismo, sólo que en lugar de un corcel, está montado sobre un león. Es fácil cabalgar a un león; lo difícil es descabalgar. Se lo he advertido, pero no hace más que reírse. Si alguna vez tienes un hijo, Sansa, castígalo con frecuencia para que aprenda a tomarte en serio. Sólo tuve un hijo y no le pegué nunca, así que presta más atención a Mantecas que a mí. "Un león no es un gatito doméstico", le dije, y él me respondió: "Vamos, vamos, mamá". En mi opinión en este reino hay demasiado "Vamos, vamos". Todos esos reyes que andan por ahí harían bien en envainar las espadas y escuchar a sus madres.

Sansa se dio cuenta de que, otra vez, tenía la boca abierta. Se la llenó con una cucharada de caldo, mientras Lady Alerie y las demás mujeres reían ante el espectáculo de Mantecas, que botaba naranjas con la cabeza, con los codos y con su amplio trasero.

—Quiero que me cuentes la verdad sobre este niño rey —dijo de repente Lady Olenna—. El tal Joffrey.

«¿La verdad? —Los dedos de Sansa se aferraron a la cuchara—. No puedo. No me preguntéis eso, por favor. No puedo.»

—Yo... yo...

—Sí, tú. ¿Quién va a saberla mejor? El chico tiene un aspecto majestuoso, sin duda. Algo pagado de sí mismo, pero eso se deberá seguramente a su

sangre de Lannister. Sin embargo, hemos oído algunas historias preocupantes. ¿Hay algo de cierto en ellas? ¿Te ha maltratado ese chico?

Sansa miró con nerviosismo a su alrededor. Mantecas se metió una naranja entera en la boca, la masticó y se la tragó; se dio un cachete y escupió las semillas por la nariz. Las mujeres soltaron unas risitas. Los sirvientes iban y venían, y la Bóveda de las Doncellas resonaba con el sonido de cucharas y platos. Uno de los pollos saltó de nuevo a la mesa y atravesó corriendo el plato de caldo de Lady Graceford. Nadie parecía prestarles la menor atención, pero incluso así Sansa tenía miedo.

—¿Por qué miras a Mantecas con la boca abierta? —Lady Olenna se estaba impacientando—. Te he hecho una pregunta y espero una respuesta. ¿Los Lannister te han robado la lengua, niña?

Ser Dontos le había advertido que sólo podía hablar con libertad en el bosque de los dioses.

—Joff... el rey Joffrey es... Su Alteza es muy apuesto y justo y... y valiente como un león.

—Sí, todos los Lannister son leones, y cuando un Tyrell se tira un pedo, huele a rosas —replicó la anciana con brusquedad—. Pero ¿cuán bondadoso es? ¿Cuán inteligente? ¿Tiene un buen corazón, una mano gentil? ¿Es tan caballeroso como corresponde a un rey? ¿Cuidará a Margaery y la tratará con ternura, protegerá su honor como protegería el suyo propio?

—Lo hará —mintió Sansa—. Él es muy... muy atractivo.

—Eso ya lo has dicho. ¿Sabes, niña?, hay quien dice que eres tan tonta como Mantecas, y empiezo a creer que es verdad. ¿Atractivo? Ya le he enseñado a mi Margaery de lo que vale ser atractivo, o eso espero. Algo menos que el pedo de un titiritero. Aerion Fuegobrillante era bastante atractivo, pero también era un monstruo. La pregunta es: ¿cómo es Joffrey? —Estiró la mano y agarró a un sirviente que pasaba—. No me gustan los puerros. Llévate este caldo y tráeme un poco de queso.

—El queso se servirá con las tartas, mi señora.

—El queso se servirá cuando yo diga que se sirva y lo quiero ahora. —La anciana se volvió hacia Sansa—. ¿Tienes miedo, niña? No temas; aquí sólo hay mujeres. Dime la verdad, no te pasará nada.

—Mi padre siempre decía la verdad. —Sansa habló con serenidad, pero de todos modos le costaba trabajo articular las palabras.

—Lord Eddard, sí, tenía esa reputación, pero lo llamaron traidor y le cortaron la cabeza. —Los ojos de la anciana la taladraban, agudos y brillantes como la punta de una espada.

—Joffrey —dijo Sansa—. Joffrey lo hizo. Me prometió que sería misericordioso, y le cortó la cabeza a mi padre. Me dijo que eso era misericordia. Me llevó a las murallas y me obligó a mirarla. La cabeza. Quería que me echara a llorar, pero... —Calló de repente y se tapó la boca. «He hablado demasiado, benditos sean los dioses, lo sabrán, lo habrán oído, alguien me

denunciará.»

—Proseguid.

Era Margaery la que la urgía. La futura reina de Joffrey. Sansa no sabía cuánto había escuchado.

—No puedo. —«¿Y si se lo cuenta, y si se lo cuenta? Seguro que me mata o me entrega a Ser Ilyn»—. No tenía la intención... Mi padre fue un traidor, mi hermano también, tengo sangre de traidores, por favor, no me hagáis hablar más.

—Cálmate, niña —ordenó la Reina de las Espinas.

—Está aterrada, abuela, mírala.

—¡Bufón! —llamó la anciana—. Cántanos algo. Una canción bien larga, «El oso y la doncella» por ejemplo.

—¡Ahora mismo! —respondió el obeso bufón—. ¿Queréis que la cante cabeza abajo, mi señora?

—¿Sonaría mejor así?

—No.

—Entonces quédate de pie. No queremos que se te caiga el gorro. Me acabo de acordar de que no te lavas nunca el pelo.

—Como ordene mi señora. —Mantecas hizo una profunda reverencia, soltó un estruendoso eructo, se enderezó, sacó la panza y bramó—: «Había un oso, un oso, ¡un oso!, era negro, era enorme, ¡cubierto de pelo horroroso!»

—Incluso cuando yo era una niña aún más joven que tú —dijo Lady Olenna inclinándose hacia delante—, se decía que en la Fortaleza Roja hasta las paredes tienen oídos. Pues que los oídos escuchen la canción, y mientras tanto nosotras podremos conversar libremente.

—Pero —dijo Sansa—, Varys... lo sabe todo, siempre...

—¡Canta más alto! —le gritó la Reina de las Espinas a Mantecas—. Estos viejos oídos están casi sordos, ¿sabes? ¿Me estás susurrando, payaso panzón? No te pago para que susurres. ¡Canta!

—«El oso...» —seguía Mantecas, con una tremenda voz de bajo que retumbaba en las vigas—. «¡Oh, ven, decían ellas! ¡Oh, ven ahora a la feria! ¿A la feria?, dijo él. Pero es que soy un oso. Negro, enorme, cubierto de pelo horroroso.»

—En Altojardín tenemos muchas arañas entre las flores —dijo la arrugada anciana con una sonrisa—. Mientras se ocupan de sus asuntos, las dejamos tejer sus telas, pero si se meten bajo nuestro pie, las pisamos. —Dio unas palmaditas en la mano de Sansa—. Ahora, niña, la verdad. ¿Qué clase de hombre es ese Joffrey, que se hace llamar Baratheon, pero tiene un aspecto tan de Lannister?

—«Y por la carretera, desde aquí hasta allí, desde aquí hasta allí, tres niños, una cabra y un oso que bailaba...»

Sansa sentía como si tuviera el corazón en la garganta. La Reina de Espinas estaba tan pegada a ella que le llegaba el aliento agrio de la mujer. Sus dedos, largos y finos, le pellizcaban la muñeca. Al otro lado, Margaery también

escuchaba. La sacudió un escalofrío.

—Un monstruo —susurró, tan quedo que apenas pudo oír su propia voz—. Joffrey es un monstruo. Mintió sobre el chico del carnicero e hizo que mi padre matara a mi lobo. Cuando incurro en su desagrado, hace que la Guardia Real me azote. Es malvado y cruel, mi señora. Y la Reina es idéntica.

Lady Olenna Tyrell y su nieta intercambiaron una mirada.

—Ah —dijo la anciana—, qué lástima.

«¡Oh, dioses! —pensó Sansa, horrorizada—. Si Margaery no se casa con él, Joff sabrá que yo he tenido la culpa.»

—Por favor —balbuceó—, no suspendáis la boda...

—No tengas miedo alguno, Lord Pez Globo está decidido a que Margaery sea reina. Y la palabra de un Tyrell vale más que todo el oro de Roca Casterly. Al menos, así era en mis tiempos. De todos modos, gracias por decir la verdad, niña.

—«Bailaba dando vueltas, todo el camino hasta la feria. ¡La feria! ¡La feria!» —Mantecas saltaba, rugía y daba pisotones tremendos.

—Sansa, ¿os gustaría visitar Altojardín? —Cuando Margaery Tyrell sonreía, se parecía mucho a su hermano Loras—. Ahora está cubierto por las flores de otoño, y hay manantiales, fuentes, patios umbríos, columnatas de mármol... Mi señor padre siempre mantiene en la corte a bardos mucho mejores que este Mantecas, y hay flautistas, violinistas y también arpistas. Tenemos los mejores caballos y botes de paseo para navegar por el Mander. ¿Os gusta la cetrería, Sansa?

—Un poco —admitió.

—«Qué dulce era ella, y pura, y bella. La doncella con miel en el cabello.»

—Os encantará Altojardín tanto como a mí, lo sé. —Margaery colocó en su sitio un mechón suelto del cabello de Sansa—. Cuando lo hayáis visto, no querréis marcharos nunca. Y quizá no tengáis que hacerlo.

—«Su cabello, su cabello. La doncella con miel en el cabello.»

—Silencio, niña —dijo con brusquedad la Reina de las Espinas—. Sansa ni siquiera nos ha dicho si querría visitarnos.

—Oh, claro que sí —dijo Sansa.

Altojardín parecía ser el lugar con el que ella había siempre soñado, como la preciosa corte mágica que había esperado encontrar en Desembarco del Rey.

—«Olía el aroma en el aire del verano. ¡El oso! ¡El oso! Negro y cubierto de pelo horroroso.»

—Pero la Reina... —prosiguió Sansa—. No me dejará partir...

—Lo hará. Sin Altojardín, los Lannister no tienen la menor esperanza de mantener a Joffrey en el trono. Si se lo pide mi hijo, el señor cretino, no tendrá otra opción que complacerlo.

—¿Lo hará? —preguntó Sansa—. ¿Se lo pedirá?

—No veo la necesidad de dejarle otra elección. —Lady Olenna frunció el ceño—. Por supuesto, no tiene la menor idea de nuestros verdaderos

propósitos.

—«Olía el aroma en el aire del verano.»

—¿Nuestros verdaderos propósitos, mi señora? —preguntó Sansa levantando una ceja.

—«Olfateó y rugió y allí mismo lo olió. ¡Miel en el aire del verano!»

—Verte a salvo y casada, niña —dijo la anciana, mientras Mantecas continuaba bramando la antigua, antiquísima canción—, con mi nieto.

«Casada con Ser Loras, oh...» Sansa se quedó sin respiración. Se imaginó a Ser Loras con su rutilante armadura de zafiro, lanzándole una rosa. Ser Loras vestido de seda blanca, tan puro, tan inocente, tan bello... Los hoyuelos en la comisura de la boca, cuando sonreía. La dulzura de su risa, el calor de su mano. Apenas si podía imaginar cómo sería levantarle el jubón y acariciarle la suave piel del cuerpo, ponerse de puntillas para besarlo, meter los dedos entre aquellos mechones color caoba y hundirse en sus profundos ojos pardos. El rubor le subió desde el cuello.

—«¡Oh, soy una doncella! Soy pura y bella. No bailaría nunca con un oso peludo. ¡Un oso! ¡Un oso! No bailaría nunca con un oso peludo.»

—¿Os gustaría, Sansa? —preguntó Margaery—. No he tenido nunca una hermana, sólo hermanos. Oh, por favor, decid que sí, decid que consentiríais en casaros con mi hermano.

—Sí, me gustaría. —Las palabras le salían de la boca atropellándose—. Me gustaría más que nada en el mundo. Casarme con Ser Loras, amarlo...

—¿Loras? —Lady Olenna parecía molesta—. No seas tonta, niña. Los miembros de la Guardia Real no se casan. ¿No te enseñaron eso en Invernalia? Estábamos hablando de mi nieto Willas. Es algo viejo para ti, sin duda, pero de todos modos es un chico encantador. No es nada tonto; además, es el heredero de Altojardín.

Sansa se sintió mareada; un instante antes, tenía la cabeza llena de sueños sobre Loras, y se los habían arrancado de golpe.

«¿Willas? ¿Willas?»

—No... —dijo, con expresión estúpida. «La cortesía es la armadura de una dama. No debes ofenderlas; ten cuidado con lo que dices»—. No conozco a Ser Willas. No he tenido ese placer, mi señora. ¿Es... es tan buen caballero como sus hermanos?

—«La levantó por el aire, alto, alto. ¡El oso! ¡El oso!»

—No —respondió Margaery—. No ha hecho el juramento.

—Dile la verdad a la niña. —La anciana frunció el ceño—. El pobrecillo es tullido; ésa es la verdad.

—En su primer torneo como caballero resultó herido —le confió Margaery—. Su caballo cayó a tierra y le aplastó una pierna.

—La culpa la tuvo aquella serpiente dorniense, el maldito Oberyn Martell. Y también su maestre.

—«Yo quería un caballero, pero tú eres un oso. ¡Un oso! ¡Un oso! ¡Cubierto

de pelo horroroso!»

—Willas tiene una pierna mala, pero buen corazón —dijo Margaery—. Solía leerme cuentos cuando era pequeña, y me dibujaba las estrellas. Lo amaréis tanto como nosotras, Sansa.

—«Ella pataleaba y gemía, la doncella tan bella, pero él lamía la miel de su cabello. ¡Su cabello! ¡Su cabello! Él lamía la miel de su cabello.»

—¿Cuándo podré conocerlo? —preguntó Sansa, dubitativa.

—Pronto —prometió Margaery—. Cuando vayas a Altojardín, después de que Joffrey y yo nos casemos. Mi abuela os llevará.

—Exacto —dijo la anciana, dando palmaditas sobre la mano de Sansa y sonriendo con una boca blanda y llena de arrugas—. No te quepa duda.

—«Entonces ella suspiró y chilló y dio patadas al aire. ¡Mi oso!, cantó. ¡Mi oso precioso! Y se marcharon juntos, de aquí para allá. El oso, el oso y la bella doncella.»

Mantecas rugió el último verso, dio un salto mortal en el aire y cayó sobre ambos pies con una sacudida que hizo estremecerse las copas de vino que había encima de la mesa. Las mujeres rieron y aplaudieron.

—Ya pensaba que esa canción espantosa no se iba a terminar nunca —dijo la Reina de las Espinas—. Mira, ahí viene mi queso.

JON

El mundo estaba sumido en una penumbra gris que olía a pino, a musgo y a frío. De la tierra negra ascendían jirones de niebla mientras los jinetes se abrían camino entre las piedras caídas y los árboles escuálidos. Descendían hacia las hogueras de aspecto acogedor, que brillaban como joyas dispersas por el fondo del valle fluvial. Había más hogueras de las que Jon Nieve podía contar, cientos de hogueras, miles... Un segundo río de luces parpadeantes a lo largo de las orillas del gélido y blanco Agualechosa. Flexionó los dedos de la mano con que empuñaba la espada.

Bajaron de las montañas sin estandartes ni trompetas, rota la quietud únicamente por el murmullo distante del río, el golpeteo de los cascos y el traqueteo de la armadura de huesos de Casaca de Matraca. Por el cielo planeaba un águila con enormes alas de un azul grisáceo; por la tierra marchaban hombres, perros, caballos y un lobo huargo blanco.

Una piedra rebotó en la ladera, pateada por uno de los cascos, y Jon vio a *Fantasma* girar la cabeza ante el sonido repentino. Todo el día había seguido a los jinetes a distancia, como era su costumbre, pero cuando la luna se alzó por encima de los pinos, llegó trotando con los ojos rojos encendidos. Como siempre, los perros de Casaca de Matraca lo recibieron con un coro de gruñidos y ladridos feroces, pero el huargo no les prestó la menor atención. Seis días antes, el mayor de los perros lo había atacado por la espalda cuando los salvajes acamparon para pasar la noche; *Fantasma* se volvió y le lanzó una dentellada rápida, con lo que el perro huyó a la carrera con un anca ensangrentada. Después de aquello, el resto de la jauría se había mantenido a una distancia saludable.

El caballo de Jon Nieve lanzó un relincho quedo, pero una caricia y una palabra afectuosa tranquilizaron enseguida a la bestia. Ojalá sus temores se calmaran con tanta facilidad. Vestía totalmente de negro, el uniforme de la guardia de la Noche, pero el enemigo cabalgaba delante y detrás de él.

«Salvajes, y yo voy con ellos.» Ygritte llevaba puesta la capa de Qhorin *Mediamano*. Lenyl tenía su cota larga, la corpulenta mujer del acero Ragwyle se quedó con sus guantes, y uno de los arqueros, con sus botas. Y Casaca de Matraca guardaba los huesos de Qhorin en su saco, junto con la cabeza ensangrentada de Ebben, que había salido con Jon para explorar el Paso Aullante. «Muertos, todos están muertos menos yo, y yo estoy muerto para el mundo.»

Ygritte cabalgaba justo detrás de él. Delante tenía a Ryk Lanzalarga. El Señor de los Huesos los había nombrado sus guardianes.

—Si el cuervo sale volando, también herviré vuestros huesos —les advirtió cuando comenzaron la marcha, sonriendo a través de los dientes torcidos de la calavera de gigante que utilizaba como yelmo.

—¿Prefieres custodiarlo tú? —le preguntó Ygritte, burlona—. Si quieres que lo hagamos nosotros, déjanos en paz y lo haremos.

«Es verdad que son un pueblo libre», concluyó Jon. Casaca de Matraca los lideraba, sí, pero nadie se mordía la lengua a la hora de responderle.

—Tal vez hayas engañado a esos otros, cuervo —dijo el jefe de los salvajes, clavándole una mirada hostil—, pero no creas que puedes engañar a Mance. Te echará un vistazo y sabrá que mientes. Y entonces me haré una capa con la piel de tu lobo, te abriré esa blanda panza de niño y te coseré dentro una comadreja.

Jon abrió y cerró la mano de la espada, flexionando los dedos quemados dentro del guante, pero Ryk Lanzalarga se limitó a soltar una carcajada.

—¿Y cómo vas a encontrar una comadreja en la nieve? —le espetó.

Aquella primera noche, tras un largo día a caballo, acamparon en una pequeña hondonada entre las piedras, sobre la cima de una montaña sin nombre, y se acurrucaron junto al fuego mientras empezaba a nevar. Jon contemplaba cómo se derretían los copos que caían sobre las llamas. A pesar de toda la lana, el cuero y las pieles que llevaba encima, el frío le llegaba a los huesos. Ygritte se sentó a su lado después de comer, con el capuchón en la cabeza y las manos metidas dentro de las mangas para darse calor.

—Cuando Mance se entere de cómo acabaste con el Mediamano, te tomará enseguida —le dijo.

—¿Me tomará?

—Te tomará como uno de los nuestros —contestó la chica riéndose, burlona—. ¿Crees que eres el primer cuervo que escapa volando del Muro? En vuestro interior, lo que más deseáis es volar libres.

—Y cuando me acepte —dijo él, lentamente—, ¿seré libre de marcharme?

—Claro que sí. —A pesar de los dientes torcidos tenía una sonrisa cálida—. Y nosotros seremos libres de matarte. Es peligroso ser libre, pero a la mayoría nos gusta. —Le puso la mano enguantada sobre la pierna, un poco más arriba de la rodilla—. Ya lo verás.

«Lo veré —pensó Jon—. Lo veré, lo oiré y lo aprenderé; luego llevaré las noticias al Muro.» Los salvajes lo habían tomado por un perjuro, pero en su corazón seguía siendo un hombre de la Guardia de la Noche, que llevaba a cabo la última misión que Qhorin Mediamano le encomendara. «Antes de que yo lo matase.»

Al final de la ladera encontraron una pequeña corriente, que fluía desde las colinas para unirse al Agualechosa. Parecía que no era más que piedras y hielo, pero se oía el sonido del agua que corría bajo la superficie congelada. Casaca de Matraca los condujo a la otra orilla, mientras la fina capa de hielo no dejaba de crujir.

Los jinetes de la avanzadilla de Mance Rayder los rodearon apenas

cruzaron la corriente. Jon los ponderó de una mirada: ocho jinetes, hombres y mujeres, vestidos con piel y cuero endurecido, algunos con yelmos o con cotas. Iban armados con lanzas y picas endurecidas al fuego, todos menos su líder, un hombre rubio y grueso de ojos llorosos, que llevaba una enorme guadaña curva de acero afilado. Lo reconoció enseguida: el Llorón. Los hermanos de negro contaban muchas cosas sobre aquel hombre. Al igual que Casaca de Matraca, Harma *Cabeza de Perro* y Alfyn *Matacuervos*, era un salvaje famoso.

—El Señor de los Huesos —dijo el Llorón al verlos; examinó a Jon y a su lobo—. ¿Y quién es éste?

—Un cuervo que cambia de bando —dijo Casaca de Matraca, que prefería que lo llamaran Señor de los Huesos por la traqueteante armadura que llevaba—. Tenía miedo de que me quedara con sus huesos, además de con los de Mediamano.

Sacudió su saco de trofeos, mostrándoselo a los otros salvajes.

—Mató a Qhorin *Mediamano* —dijo Ryk Lanzalarga—. Él, con ayuda de su lobo.

—Y también a Orell —dijo Casaca de Matraca.

—Ese chico es un warg, o se le parece —intervino Ragwyle, la enorme mujer del acero—. Su lobo le arrancó un trozo de pierna a Mediamano.

El Llorón volvió a mirar a Jon con los ojos enrojecidos y legañosos.

—¿Sí? Pues ahora que lo miro bien, es verdad que veo algo de lobo en él. Llevadlo con Mance, quizá lo acepte.

Hizo dar media vuelta a su cabalgadura y se marchó al galope, seguido por sus jinetes.

Soplaba un viento húmedo y denso cuando cruzaron el valle del Agualechosa y continuaron en fila de a uno por el campamento junto al río. *Fantasma* se mantenía muy pegado a Jon, pero su olor los precedía como un heraldo, y pronto estuvieron rodeados por los perros de los salvajes, que ladraban y gruñían. Lenyl les gritaba que se callaran, pero los animales no le hacían el menor caso.

—No les gusta nada esa bestia tuya —dijo Ryk Lanzalarga, dirigiéndose a Jon.

—Son perros, y *Fantasma* es un lobo —dijo Jon—. Saben que no es de los suyos.

«De la misma manera que yo no soy de los vuestros.» Pero tenía una misión que cumplir, la tarea que Qhorin *Mediamano* le había encomendado mientras compartían aquella última hoguera: hacer el papel de cambiacapas y averiguar qué buscaban los salvajes en los pálidos y gélidos eriales de los Colmillos Helados.

—Cierto poder —le había dicho Qhorin al Viejo Oso, pero murió antes de saber de qué se trataba, ni si Mance Rayder lo había encontrado.

A lo largo del río, entre carretas, carretones y trineos, había cientos de hogueras donde preparaban comida. Muchos salvajes habían levantado tiendas

de cuero, fieltro y pieles. Otros se protegían tras las rocas en cobertizos rudimentarios o dormían debajo de sus carretas. Junto a una hoguera, Jon vio a un hombre que endurecía al fuego puntas de largas lanzas de madera, y después las tiraba a un montón. En otro sitio, dos jóvenes barbudos vestidos de cuero endurecido se entrenaban con varas, atacándose por encima de las llamas y gruñendo cada vez que un golpe hacía blanco. En las inmediaciones, una docena de mujeres sentadas en círculo confeccionaban flechas.

«Flechas para mis hermanos —pensó Jon—. Flechas para la gente de mi padre, para los habitantes de Invernalia, de Bosquespeso y de Último Hogar. Flechas para el norte.»

Mas no todo lo que veía tenía relación con la guerra. Vio también a mujeres que bailaban; oyó el llanto de un bebé, y un niño pequeño echó a correr por delante de su caballo; iba vestido de pieles de pies a cabeza y jadeaba de tanto jugar. Cabras y ovejas vagaban libremente, mientras los bueyes recorrían la orilla del río en busca de hierba. De una de las hogueras salía olor a carnero asado, y sobre otra vio un jabalí ensartado en un largo espetón de madera.

Casaca de Matraca desmontó en un espacio abierto, rodeado de altos pinos soldado.

—Acamparemos aquí —dijo, volviéndose hacia Ragwyle, Lenyl y los demás—. Dad de comer a los caballos; después, a los perros, y luego comed vosotros. Ygritte, Lanzalarga, traed al cuervo para que Mance le eche un vistazo. Después lo destriparemos.

Hicieron a pie el resto del camino, con *Fantasma* pegado a sus talones y dejaron atrás más hogueras y más tiendas. Jon no había visto nunca tantos salvajes. Se preguntó si alguien había visto antes semejante cantidad.

«El campamento es infinito —reflexionó—, pero se trata más bien de cien campamentos que de uno, y cada cuál es más vulnerable que el anterior.» Extendidos a lo largo de varias leguas, los salvajes no tenían defensas que pudieran considerarse como tales: no había fosos ni picas afiladas, sólo pequeños grupos de exploradores que patrullaban el perímetro. Cada grupo, clan o aldea se había detenido donde le había parecido bien tan pronto encontró un lugar adecuado o vio que otros acampaban. «El pueblo libre.» Si sus hermanos atacaban semejante desorden, muchos de los salvajes pagarían con su sangre tanta libertad. Eran muchos, pero la Guardia de la Noche era disciplinada, y en el combate, la disciplina vence al número en nueve de cada diez ocasiones, como le dijera una vez su padre.

No había duda de cuál de las tiendas de campaña pertenecía al Rey. Era tres veces mayor que la más grande que había visto hasta entonces, y salía música de su interior. Como muchas de las tiendas menores, estaba hecha de pieles cosidas que aún conservaban el pelaje, pero las de Mance Rayder eran las pieles blancas y tupidas de osos de las nieves. El techo, en forma de pico, estaba coronado con las enormes astas de alguno de los alces gigantes que, en los tiempos de los primeros hombres, vagaba libremente por los Siete Reinos.

Al menos allí había guardias: dos a la entrada de la tienda, apoyados en largas picas, con escudos redondos de cuero atados a los brazos. Cuando vieron a *Fantasma*, uno de ellos bajó la pica.

—Esa bestia se queda aquí —dijo.

—*Fantasma*, siéntate —ordenó Jon, y el huargo se sentó.

—Lanzalarga, vigila a la bestia.

Casaca de Matraca abrió la entrada de la tienda y, con un gesto, invitó a Jon y a Ygritte a entrar.

El interior estaba lleno de humo y a buena temperatura. En cada una de las cuatro esquinas había recipientes con turba ardiendo, que iluminaban el lugar con una luz tenue y rojiza. El suelo estaba cubierto de pieles. Jon se sintió más solo que nunca allí de pie, con su ropa negra, esperando la clemencia del cambiacapas que se hacía llamar Rey-más-allá-del-Muro. Cuando se le habituaron los ojos a la humeante penumbra roja, vio a seis personas, ninguna de las cuales le prestaba atención. Un joven moreno y una hermosa mujer rubia compartían un cuerno de aguamiel. Una mujer preñada se afanaba sobre un fogón, asando unas gallinas, mientras un hombre de pelo gris que vestía una raída capa negra y roja, sentado sobre un cojín con las piernas cruzadas, tañía un laúd y cantaba.

Cual la mujer del dorniense ninguna era tan bella,
sus besos eran más dulces que la pulpa de la grosella.
Mas la espada del dorniense era de muy negro acero;
Cuando con ella besaba, el suplicio era certero.

Jon conocía la canción, aunque le resultaba raro oírla allí, en una tienda de piel al otro lado del Muro, a diez mil leguas de las rojas montañas y los vientos cálidos de Dorne.

Casaca de Matraca se quitó el yelmo amarillento mientras esperaba a que terminara la canción. Sin la armadura de cuero y huesos era un hombre menudo, y la cara debajo de la calavera de gigante era corriente, con una barbilla carnosa, un bigote fino y mejillas huesudas. Tenía los ojos muy juntos, con una única ceja poblada que le cruzaba la frente, y el cabello, ralo, formaba un pico sobre la frente entre las grandes entradas.

La mujer del dorniense cantaba durante el baño;
Tenía la voz más dulce que se haya oído en un año.
Mas la espada del dorniense ofrecía su propia cura
y una punta muy afilada, cual aguijón de sutura.

Junto al brasero, un hombre de baja estatura, pero inmensamente recio, estaba sentado en un taburete y se comía una brocheta de gallina. La grasa caliente le corría por la quijada hasta la barba, blanca como la nieve, pero de todos modos sonreía con placer. Tenía unas bandas de oro anchas y con runas talladas en los gruesos brazos, y llevaba una pesada cota de mallas negra, que debió de pertenecer a un explorador muerto. A muy poca distancia, un hombre más alto y delgado, que llevaba una camisa de cuero con placas de bronce,

fruncía el ceño sobre un mapa; tenía colgado a la espalda, en su funda de cuero, un espadón de dos manos. Era esbelto como una lanza, con los músculos muy definidos, bien afeitado, calvo, con una prominente nariz recta y ojos grises muy profundos. Si hubiera tenido orejas hubiera resultado apuesto, pero las había perdido, quizá por el frío o a causa del cuchillo de un enemigo, Jon no lo sabía. Su ausencia hacía que la cabeza del hombre pareciera estrecha y puntiaguda.

Una mirada le bastó a Jon para saber que tanto el hombre de la barba blanca como el calvo eran guerreros.

«Esos dos son muchísimo más peligrosos que Casaca de Matraca.» Se preguntó cuál de ellos sería Mance Rayder.

Mientras yacía en el suelo y su vista se nublaba,
notó el sabor de la sangre que la boca le llenaba.
Sus hermanos, de rodillas, rezaban una oración,
pero a él le pudo la risa, y así entonó esta canción:
«Hermanos, oh, hermanos, he aquí en mi último día,
pues el dorniense maldito me ha llevado a la muerte;
y aunque dejar este mundo de todos sea la suerte,
a la mujer del dorniense hice mía».

Cuando los últimos compases de «La mujer del dorniense» cesaron, el hombre calvo y sin orejas levantó la vista del mapa e hizo una mueca feroz a Casaca de Matraca e Ygritte, a ambos lados de Jon.

—¿Qué es eso? ¿Un cuervo?

—El bastardo negro que destripó a Orell —dijo Casaca de Matraca—. Y también hay un huargo.

—Debías matarlos a todos.

—Éste se pasó a nuestro bando —explicó Ygritte—. Mató personalmente a Qhorin *Mediamano*.

—¿Este crío? —Las noticias habían irritado al hombre sin orejas—. Mediamano era mío. ¿Tienes nombre, cuervo?

—Jon Nieve, Alteza. —Se preguntó si también debería hacer una genuflexión.

—¿Alteza? —El hombre sin orejas miró al obeso de la barba blanca—. Fíjate. Me toma por un rey.

El de la barba blanca soltó tal risotada que salpicó sus alrededores con trozos de gallina. Se limpió la grasa de la boca con el dorso de la manaza.

—Debe de estar ciego. ¿Cuándo se ha visto un rey sin orejas? ¡La corona le iría a parar al cuello! ¡Ja! —Hizo una mueca en dirección a Jon mientras se limpiaba los dedos en los calzones—. Cierra el pico, cuervo. Date la vuelta si quieres ver al que buscas.

Jon se volvió. El bardo se puso de pie.

—Soy Mance Rayder —dijo mientras dejaba el laúd a un lado—. Y tú eres el bastardo de Ned Stark, el Nieve de Invernalia.

Anonadado, Jon se quedó mudo un instante antes de recuperarse lo suficiente para responder.

—¿Y cómo... cómo lo sabéis?

—Te lo contaré luego —dijo Mance Rayder—. ¿Te ha gustado la canción, muchacho?

—Mucho. Ya la conocía.

—Y aunque dejar este mundo de todos sea la suerte —repitió el Rey-más-allá-del-Muro como sin darle importancia—, a la mujer del dorniense hice mía. Dime, ¿es verdad lo que ha dicho mi Señor de los Huesos? ¿Has matado a mi viejo amigo Mediamano?

—Así es.

«Aunque fue más obra suya que mía.»

—La Torre Sombría no volverá a ser tan aterradora —dijo el Rey con tristeza en la voz—. Qhorin era mi enemigo. Pero también fue una vez mi hermano. A ver... ¿tengo que darte las gracias por matarlo, Jon Nieve? ¿O maldecirte? —Miró a Jon con una sonrisa burlona.

El Rey-más-allá-del-Muro no tenía aspecto de rey, ni siquiera de salvaje. Era de mediana estatura, esbelto, de rasgos finos y ojos pardos, calculadores, con un largo cabello castaño que se había vuelto casi todo gris. No llevaba corona en la cabeza, ni aros de oro ciñéndole los brazos, ni joyas en la garganta, ni siquiera un destello de plata. Vestía de lana y cuero, y la única prenda de ropa que destacaba era la harapienta capa negra de lana con largos remiendos de seda roja desteñida.

—Deberíais darme las gracias por matar a vuestro enemigo —dijo Jon finalmente— y maldecirme por matar a vuestro amigo.

—¡Ja! —rugió el de la barba blanca—. ¡Buena respuesta!

—De acuerdo. —Mance Rayder hizo un gesto a Jon para que se aproximara—. Si te unes a nosotros, nos conocerás mejor. El hombre con el que me has confundido es Styr, Magnar de Thenn. *Magnar* significa «señor» en la antigua lengua. —El hombre sin orejas miró fríamente a Jon, mientras Mance se volvía hacia el de la barba blanca—. Éste, nuestro feroz devorador de gallinas, es mi leal Tormund. La mujer...

—Un momento —lo interrumpió Tormund poniéndose de pie—. Has mencionado el título de Styr; menciona el mío.

—Como quieras —dijo Mance Rayder, echándose a reír—. Jon Nieve, tienes ante ti a Tormund *Matagigantes*, el Gran Hablador, Soplador del Cuerno y Rompedor del Hielo. Y también Tormund *Puño de Trueno*, Marido de Osas, Rey del Hidromiel en el Salón Rojo, Portavoz ante los Dioses y Padre de Ejércitos.

—Ése sí soy yo —dijo Tormund—. Te saludo, Jon Nieve. Resulta que me gustan mucho los wargs, pero no los Stark.

—La mujer que ves junto al brasero —prosiguió Mance Rayder— es Dalla. —La mujer preñada sonrió con timidez—. Trátala como a cualquier otra reina. Lleva mi retoño. —Se volvió hacia los dos restantes—. Esta belleza es su

hermana, Val. Y el joven Jarl, a su lado, es su última mascota.

—No soy la mascota de ningún hombre —dijo Jarl, sombrío y un tanto enfurecido.

—Y Val no es ningún hombre —gruñó el barbudo Tormund—. Ya deberías haberte dado cuenta, muchacho.

—Pues aquí nos tienes, Jon Nieve —dijo Mance Rayder—. El Rey-más-allá-del-Muro y su corte en pleno. Y ahora es tu turno de hablar. ¿De dónde has venido?

—De Invernalia —respondió—, pasando por el Castillo Negro.

—¿Y qué te trae al Agualechosa, tan lejos de los fuegos de tu hogar? —No aguardó la respuesta de Jon, sino que miró al instante a Casaca de Matraca—. ¿Cuántos eran?

—Cinco. Tres murieron, y aquí está éste. El otro escaló la ladera de una montaña, por la que ningún caballo podía seguirlo.

—¿Erais solamente cinco? —preguntó Rayder, volviendo a clavar los ojos en los de Jon—. ¿O hay otros de tus hermanos fisgoneando por los alrededores?

—Éramos cuatro y Mediamano. Qhorin valía por veinte hombres.

—Eso se decía —dijo el Rey-más-allá-del-Muro con una sonrisa—. Pero... ¿un chico del Castillo Negro con exploradores de la Torre Sombría? ¿Cómo es eso?

—El Lord Comandante me envió con Mediamano para entrenarme —contestó Jon, que tenía lista la mentira—, y por eso me llevó de exploración.

—Dices que de exploración... —intervino Styr el Magnar con el ceño fruncido—. ¿Para qué irían los cuervos de exploración más allá del Paso Aullante?

—Las aldeas estaban abandonadas —dijo Jon sin faltar a la verdad—. Era como si todo el pueblo libre hubiera desaparecido.

—Desaparecido, sí —dijo Mance Rayder—. Y no sólo el pueblo libre. ¿Quién os dijo dónde estábamos, Jon Nieve?

—Craster —bufó Tormund—, seguro, o yo soy una doncella inocente. Ya te lo dije, Mance: a ese bicho le sobra la cabeza.

—Tormund, intenta alguna vez pensar antes de hablar —dijo el Rey mirando irritado al de la barba blanca—. Ya sé que fue Craster. Se lo he preguntado a Jon para saber si decía la verdad.

—Vaya —escupió Tormund—. He metido la pata. —Le hizo una mueca a Jon—. Fíjate, muchacho, por eso él es rey y yo no. A la hora de beber, de pelear y de cantar soy mejor que él, y mi miembro es tres veces más grande que el suyo, pero Mance es listo. Lo criaron como cuervo, ¿sabes?, y el cuervo es un pájaro que sabe muchos trucos.

—Voy a hablar a solas con el muchacho, mi Señor de los Huesos —le dijo Mance Rayder a Casaca de Matraca—. Dejadnos solos.

—¿Qué, yo también? —dijo Tormund.

—Tú en particular —replicó Mance.

—No como en ningún salón donde no soy bienvenido. —Tormund se puso en pie—. Las gallinas y yo nos vamos. —Agarró otra ave del brasero y se la guardó en un bolsillo cosido en el forro de su capa—. Ja —dijo, y se marchó chupándose los dedos.

Todos los demás lo siguieron, menos Dalla, la mujer.

—Siéntate si lo deseas —dijo Rayder cuando los otros se marcharon—. ¿Tienes hambre? Tormund nos ha dejado por lo menos dos piezas.

—Me gustaría mucho comer algo, Alteza. Gracias.

—¿Alteza? —El Rey sonrió—. No es un tratamiento que uno oiga con frecuencia de los labios del pueblo libre. Para casi todos, soy Mance. Mance con mayúsculas, para algunos. ¿Te apetece un cuerno de hidromiel?

—Con gusto.

El Rey sirvió la bebida mientras Dalla cortaba las crujientes gallinas en mitades y les daba una a cada uno. Jon se quitó los guantes y comió con los dedos, arrancando los trocitos de carne de los huesos.

—Tormund está en lo cierto —dijo Mance Rayder mientras cogía un trozo de pan—. El cuervo negro es un pájaro listo, sí... pero yo ya era un cuervo cuando tú no tenías más edad que el bebé que hay en el vientre de Dalla, Jon Nieve. De manera que no intentes hacerte el listo conmigo.

—Como ordenéis, Alte... Mance.

—¡Altemance! —El Rey se echó a reír—. Bueno, no suena mal. Antes te he dicho que te contaría cómo te reconocí. ¿Todavía no lo sabes?

Jon hizo un gesto de negación.

—¿Casaca de Matraca envió un aviso?

—¿Con un cuervo? No tenemos cuervos entrenados. No, yo conocía tu rostro. Lo había visto antes. Dos veces.

Al principio no le vio la lógica, pero Jon le dio unas cuantas vueltas en la cabeza y lo entendió.

—Cuando erais hermano de la Guardia...

—Muy bien. Sí, ésa fue la primera vez. Eras sólo un niño, y yo vestía el negro. Era uno entre la docena que escoltaba al anciano Lord Comandante Qorgyle cuando fue a ver a tu padre en Invernalia. Yo paseaba por la muralla que rodeaba el patio cuando me tropecé contigo y con tu hermano Robb. La noche anterior había nevado, y vosotros habíais construido una gran montaña de nieve encima de la puerta y esperabais a que alguien pasara por debajo.

—Lo recuerdo —dijo Jon, con una risa de asombro. Un joven hermano de negro paseando por la muralla, sí—. Jurasteis no contárselo a nadie.

—Y mantuve mi palabra. Al menos, en esa ocasión.

—Le dejamos caer la nieve encima al Tom *el Gordo*. Era el guardia más lento de mi padre. —Tom los había perseguido después hasta que los tres estuvieron tan rojos como las manzanas de otoño—. Pero habéis dicho que me visteis en dos ocasiones. ¿Cuál fue la segunda?

—Cuando el rey Robert fue a Invernalia para nombrar Mano a tu padre —

respondió con celeridad el Rey-más-allá-del-Muro.

—No puede ser. —La incredulidad hizo que Jon abriera mucho los ojos.

—Pues sí. Cuando tu padre supo que el Rey iba a visitarlo, mandó aviso a su hermano Benjen, en el Muro, para que acudiera al festín. Hay más comercio entre los hermanos de negro y el pueblo libre de lo que sospechas, y al poco tiempo la noticia llegó a mis oídos. Era una oportunidad demasiado buena, y no me pude resistir. Tu tío no me conocía de vista, así que por su parte no tendría problemas, y no creí que tu padre fuera a acordarse de un joven cuervo con quien se había tropezado un instante años atrás. Quería ver al tal Robert con mis propios ojos, de rey a rey, y ponderar también a tu tío Benjen. En aquella ocasión era capitán de los exploradores y el verdugo de mi pueblo. Así que ensillé mi corcel más veloz y partí al galope.

—Pero el Muro... —objetó Jon.

—El Muro puede detener un ejército, pero no a un hombre solo. Cogí un laúd y una bolsa de plata, crucé el hielo cerca de Túmulo Largo, caminé unos cuantos kilómetros al sur del Nuevo Agasajo y compré un caballo. Así hice el camino más deprisa que Robert, que viajaba con una enorme casa con ruedas para que su reina estuviera cómoda. Cuando estaba al sur de Invernalia, a un día de distancia, me tropecé con él y seguí el camino en su cortejo. Los jinetes libres y los caballeros errantes se unen frecuentemente a los cortejos reales con la esperanza de poder servir al rey, y con el laúd conseguí que me aceptaran rápidamente. —Se echó a reír—. Conozco todas las canciones obscenas que se han compuesto al norte o al sur del Muro. Y aquí apareces tú. La noche en que tu padre festejó la llegada de Robert, yo estaba sentado en la parte trasera del salón, con los demás jinetes libres, oyendo cómo Orland de Antigua tocaba el arpa y cantaba historias de reyes muertos bajo el mar. Me convidaron a las viandas y al hidromiel de tu padre, eché un vistazo al Matarreyes y al Gnomo... y me fijé en los hijos de Lord Eddard y los cachorros de lobo que les corrían entre las piernas.

—Bael *el Bardo* —dijo Jon, recordando la historia que Ygritte le había contado en los Colmillos Helados la noche que había estado a punto de matarlo.

—Me hubiera encantado serlo. No negaré que las hazañas de Bael han inspirado mis aventuras... pero no recuerdo haber secuestrado a ninguna de tus hermanas. Bael escribía sus canciones y las vivía. Yo sólo canto las canciones que han compuesto hombres más ingeniosos que yo. ¿Más hidromiel?

—No —dijo Jon—. Si os hubieran descubierto, os habrían...

—Tu padre me hubiera cortado la cabeza. —El Rey se encogió de hombros—. Aunque, como había comido de su mesa, estaba protegido por las leyes de la hospitalidad. Las leyes de hospitalidad son tan antiguas como los primeros hombres, tan sagradas como un árbol corazón. —Hizo un gesto hacia la tabla que tenían delante, las migas de pan y los huesos de pollo—. Aquí eres el huésped, no puedo hacerte daño... al menos esta noche. Así que cuéntame la verdad, Jon Nieve. ¿Eres un cuervo que ha cambiado de capa por miedo o hay

otro motivo para que estés en mi tienda?

Con derechos de huésped o no, Jon Nieve sabía que en ese momento caminaba sobre hielo quebradizo. Un paso en falso y podía hundirse en un agua tan fría que el corazón le dejaría de latir.

«Sopesa cada palabra antes de decirla», se dijo a sí mismo. Bebió un largo trago de hidromiel para ganar tiempo. Dejó el cuerno sobre la mesa.

—Decidme por qué cambiasteis de capa —respondió— y os diré por qué he cambiado yo.

Mance Rayder sonrió, como Jon había esperado que hiciera. Al Rey le encantaba hablar, y más aún, hablar de sí mismo.

—No dudo de que habrás oído relatos sobre mi deserción.

—Unos dicen que fue por una corona. Otros, que por una mujer. Y algunos cuentan que tenéis sangre de salvaje.

—La sangre de los salvajes es la sangre de los primeros hombres, la misma sangre que corre por las venas de los Stark. Y, en lo tocante a coronas, ¿tú ves alguna?

—Veo a una mujer —dijo Jon mirando a Dalla.

—Mi señora está libre de culpa. —Mance la cogió de la mano y la llevó hacia sí—. La conocí cuando volvía del castillo de tu padre. Mediamano era de roble, pero yo soy de carne y aprecio mucho los encantos de las mujeres... lo que me hace igual a tres cuartas partes de los miembros de la Guardia. Hay hombres que aún visten de negro y han tenido diez veces más mujeres que este pobre rey. Vuelve a intentarlo, Jon Nieve.

Jon lo consideró un instante.

—Mediamano dijo que os apasionaba la música de los salvajes.

—Me apasionaba. Me apasiona. Te acercas, pero aún no das en el blanco. —Mance Rayder se levantó, soltó el broche con que se sujetaba la capa y la tendió sobre el banco—. Fue por esto.

—¿La capa?

—La capa negra de lana de un Hermano Juramentado de la Guardia de la Noche —dijo el Rey-más-allá-del-Muro—. Un día, en una expedición, cazamos un magnífico alce. Lo estábamos desollando cuando el olor de la sangre hizo salir de su madriguera a un gatosombra. Lo espanté, pero antes tuvo tiempo de destrozarme la capa. ¿Lo ves? Aquí, aquí y aquí. —Se rió—. También me destrozó el brazo y la espalda, y yo sangraba más que el alce. Mis hermanos temían que muriera antes de que pudieran llevarme con el maestre Mullin de la Torre Sombría, así que me condujeron a una aldea de salvajes; sabían que allí vivía una curandera. Resultó que había muerto, pero su hija me cuidó. Me limpió las heridas, las cosió y me alimentó con papillas y pociones hasta que tuve fuerzas para cabalgar de nuevo. Y ella también me remendó los rotos de la capa con un poco de seda escarlata de Asshai que su madre había sacado del naufragio de una galera que el mar llevó hasta la Costa Helada. Era su mayor tesoro, y me lo regaló. —Volvió a colocarse la capa sobre los hombros—. Pero

en la Torre Sombría me dieron una capa nueva de lana, del almacén, negro sobre negro y rematada en negro, para que combinara con mis calzones negros y mis botas negras, mi pechera negra y mi cota negra. La nueva capa no tenía rasguños ni remiendos, y tampoco lágrimas... y sobre todo, nada de rojo. Los hombres de la Guardia de la Noche vestían de negro, me recordó con severidad Ser Denys Mallister, como si yo lo hubiera olvidado. Me dijo que iban a quemar mi vieja capa.

»Me fui al día siguiente... hacia un sitio donde un beso no fuera un crimen y un hombre pudiera vestir la capa que quisiera. —Cerró el broche y volvió a sentarse—. ¿Y tú, Jon Nieve?

Jon bebió otro trago de hidromiel.

«Sólo hay una historia que se vaya a creer.»

—Habéis dicho que estuvisteis en Invernalia la noche en que mi padre agasajaba al rey Robert.

—Y así fue.

—Entonces nos veríais a todos. Al príncipe Joffrey y al príncipe Tommen, a la princesa Myrcella, a mis hermanos Robb, Bran y Rickon, a mis hermanas Arya y Sansa. Los visteis recorrer el pasillo central con todos los ojos clavados en ellos y ocupar sus asientos en la mesa que estaba directamente debajo del estrado donde se sentaban el Rey y la Reina.

—Lo recuerdo.

—¿Y visteis dónde me sentaba yo, Mance? —Se inclinó hacia delante—. ¿Visteis dónde pusieron al bastardo?

Mance Rayder miró detenidamente el rostro de Jon.

—Creo que será mejor que te busquemos una capa nueva —dijo el Rey al tiempo que le tendía la mano.

DAENERYS

Sobre las serenas aguas azules se difundía el toque lento y rítmico de los tambores y el chapoteo suave de los remos de las galeras. La enorme coca gemía siguiendo su estela, arrastrada por gruesos cabos muy tensos. Las velas de la *Balerion* colgaban inermes, como abandonadas en los mástiles. De todos modos, mientras estaba de pie en el castillo de proa contemplando cómo sus dragones se perseguían mutuamente por el cielo azul sin una nube, Daenerys Targaryen se sentía más feliz que nunca.

Sus dothrakis llamaban al mar «agua envenenada», porque desconfiaban de todo líquido que sus caballos no pudieran beber. El día en que las tres naves levaron anclas en Qarth, cualquiera habría dicho que ponían proa al infierno y no a Pentos. Sus valientes y jóvenes jinetes de sangre miraban la línea de la costa, cada vez más lejana, con los ojos muy abiertos, decididos los tres a no mostrar miedo en presencia de los demás, mientras sus doncellas, Irri y Jhiqui, se agarraban con desesperación a los pasamanos y vomitaban por la borda a cada leve oscilación. El resto del pequeño *khalasar* de Dany permanecía bajo cubierta, prefiriendo la compañía de sus nerviosas cabalgaduras al horripilante mundo sin tierra en torno a las naves. Cuando una galerna repentina los sacudió a los seis días de viaje, ella los oyó por las escotillas; los caballos relinchaban y daban coces; los jinetes rezaban con voces trémulas cada vez que la *Balerion* se alzaba o se hundía.

No había galerna que pudiera asustar a Dany. Daenerys de la Tormenta la llamaban, porque había venido al mundo aullando en la distante Rocadragón, mientras se desencadenaba fuera la peor tormenta en la memoria de los habitantes de Poniente, una tormenta tan feroz que había arrancado gárgolas de las paredes del castillo y había hecho astillas la flota de su padre.

Las tempestades azotaban el mar Angosto con frecuencia, y Dany lo había cruzado medio centenar de veces en su niñez, cuando huía de una Ciudad Libre a otra, medio paso por delante de los cuchillos de los mercenarios enviados por el Usurpador. Amaba el mar. Le gustaba el olor penetrante y salado del aire y la inmensidad del horizonte infinito, limitado sólo por la bóveda de cielo azul que lo cubría. La hacía sentirse diminuta, pero también libre. Le gustaban los delfines que a veces nadaban junto a la *Balerion*, cortando las aguas como lanzas plateadas, y los peces voladores que divisaban de vez en cuando. Hasta le gustaban los marinos, con todas sus canciones e historias. Una vez, en un viaje a Braavos, mientras contemplaba cómo la tripulación luchaba con una enorme vela verde al comienzo de una galerna, había llegado a pensar qué maravilloso sería ser marino. Pero cuando se lo contó a su hermano, Viserys le retorció el

cabello hasta hacerla gemir.

—Eres de la sangre del dragón —le había gritado—. Del dragón, no de ningún pez de mierda.

«Con respecto a eso, como a tantas otras cosas, era un imbécil —pensó Dany—. Si hubiera sido más sabio y más paciente, sería él quien estaría navegando hacia el oeste para tomar posesión del trono que le pertenecía por derecho.»

Finalmente se había dado cuenta de que Viserys había sido estúpido y malvado; aun así, a veces lo echaba de menos. No al hombre cruel y débil en que se había convertido en los últimos tiempos, sino al hermano que alguna vez le leyó cuentos por las noches y que le permitió resguardarse en su cama, al niño que le contaba historias sobre los Siete Reinos y hablaba de lo maravillosas que serían sus vidas cuando fuese rey.

El capitán apareció a su lado.

—Ojalá esta *Balerion* pudiera volar, igual que el dragón que le dio nombre, Alteza —dijo en valyrio vulgar, muy marcado por el acento de Pentos—. Así no tendríamos que remar, ni ir a remolque, ni rezar para que sople el viento, ¿verdad?

—Muy cierto, capitán —respondió ella con una sonrisa, complacida por haberse ganado a aquel hombre.

El capitán Groleo era un anciano pentoshi, como su señor, Illyrio Mopatis, y se había puesto nervioso como una doncella al saber que en su barco viajarían tres dragones. Cincuenta cubos de agua de mar colgaban todavía de las bordas para prevenir incendios. Al principio, Groleo había querido que los dragones estuvieran enjaulados, y Dany había dado su consentimiento para aliviar los temores del capitán, pero el sufrimiento de los animales era tan palpable que pronto cambió de idea e insistió en que los liberaran.

En aquellos momentos, hasta el capitán Groleo estaba satisfecho de ello. Hubo un pequeño incendio, que extinguieron con facilidad; pero en compensación, en la *Balerion* había muchas menos ratas que antes, cuando navegaba bajo el nombre de *Saduleon*. Y la tripulación, que al principio había sentido tanto miedo como curiosidad, comenzó a mostrar un extraño y enconado orgullo por «sus» dragones. A todos ellos, desde el capitán hasta el pinche de cocina, les encantaba ver cómo volaban los tres... pero a ninguno tanto como a Dany.

«Son mis hijos —pensó—, y si la *maegi* dijo la verdad, son los únicos niños que tendré en toda mi vida.»

Las escamas de *Viserion* eran del color de la crema fresca, y sus cuernos, los huesos de las alas y la cresta dorsal eran de un oro viejo que lanzaba brillantes destellos metálicos al sol. *Rhaegal* estaba hecho del verde del verano y el bronce del otoño. Planeaban sobre las naves describiendo grandes círculos, cada vez más alto, cada uno tratando de sobrepasar al otro.

Los dragones preferían atacar siempre desde arriba, según había aprendido

Dany. Cuando uno de ellos lograba interponerse entre el otro y el sol, recogía las alas y descendía en picado con un chillido, y ambos caían desde el cielo, enredados en una gran bola de escamas, lanzándose mordiscos y dando latigazos con la cola. La primera vez que lo hicieron, Dany temió que estuvieran tratando de matarse, pero no era más que un juego. En cuanto tocaban la superficie del agua se separaban y ascendían de nuevo entre chillidos y siseos, mientras el agua de mar se les escapaba de los cuerpos en forma de vapor y las alas se aferraban al aire. *Drogon* también se mantenía en lo alto, aunque no a la vista; estaría a más de una legua por delante o por detrás, cazando.

Su *Drogon* siempre tenía hambre.

«Come mucho y crece deprisa. Dentro de un año, de dos como mucho, será tan grande que podré montar sobre él. Y entonces no necesitaré naves para cruzar el gran mar salado.»

Pero ese momento aún no había llegado. *Rhaegal* y *Viserion* eran del tamaño de perros pequeños. *Drogon* era apenas un poco más grande, y cualquier perro pesaba más que ellos; eran todo alas, cuello y cola, más ligeros de lo que parecían. Y por lo tanto, Daenerys Targaryen debía confiar en la madera, el viento y la lona para que la llevaran a casa.

La madera y la lona le habían servido muy bien hasta el momento, pero el viento impredecible se había vuelto traidor. Durante seis días y seis noches había reinado la calma, y a la llegada del séptimo día no había ni asomo de brisa que hinchara las velas. Afortunadamente, dos de las naves que el magíster Illyrio había mandado en su busca eran galeras comerciales, con doscientos remos cada una y tripulaciones de remeros con fuertes brazos para manejarlos. Pero la gran nave *Balerion* era muy diferente: un poderoso casco de anchas vigas con mástiles inmensos y enormes velas, pero indefensa en la calma. La *Vhagar* y la *Meraxes* habían tirado cabos para remolcarla, pero con eso sólo conseguían avanzar con torturante lentitud. Las tres naves estaban repletas de gente y llevaban mucha carga.

—No veo a *Drogon* —dijo Ser Jorah Mormont cuando se reunió con ella en el castillo de proa—. ¿Se ha extraviado de nuevo?

—Nosotros somos los extraviados, Ser. A *Drogon* le disgusta este lento avance tanto como a mí.

Más atrevido que los otros dos, su dragón negro había sido el primero en probar las alas encima del agua, el primero en volar de una nave a otra, el primero en perderse dentro de una nube pasajera... y el primero en matar. Los peces voladores, tan pronto rompían la superficie del agua, se veían envueltos en una llamarada, atrapados y engullidos.

—¿Qué tamaño tendrá cuando termine de crecer? —preguntó Dany con curiosidad—. ¿Lo sabéis?

—En los Siete Reinos se cuentan historias sobre dragones tan grandes que eran capaces de sacar un kraken del mar.

—Sería un espectáculo digno de verse —dijo Dany riéndose.

—No es más que una leyenda, *khaleesi* —dijo su caballero exiliado—. También habla de sabios dragones ancianos que viven mil años.

—Bien, pero ¿cuántos años vive un dragón? —Dany levantó la vista en el momento en que *Viserion* bajó en picado, casi rozó la nave y remontó aleteando lentamente y agitando las velas inermes.

—El tiempo natural de vida de un dragón es varias veces más largo que el de un hombre —respondió Ser Jorah encogiéndose de hombros—, o al menos eso es lo que dicen las canciones... pero los dragones más conocidos en los Siete Reinos fueron los de la Casa Targaryen. Los criaban para la guerra, y en la guerra perecían. No es nada fácil matar a un dragón, pero tampoco es imposible.

—*Balerion, el Terror Negro* tenía doscientos años cuando murió durante el reinado de Jaehaerys *el Conciliador* —dijo volviéndose hacia ellos el escudero Barbablanca, que estaba de pie junto al mascarón de proa y se apoyaba con la mano delgada en un largo bastón de madera dura—. Era tan grande que podía tragarse un uro entero. Un dragón no deja nunca de crecer, Alteza, siempre que tenga alimento y libertad.

Su nombre era Arstan, pero Belwas *el Fuerte* lo había llamado Barbablanca debido a sus patillas y bigotes encanecidos, y ya casi todo el mundo lo llamaba así. Era más alto que Ser Jorah, aunque no tan musculoso; tenía ojos de color azul claro y una larga barba blanca como la nieve y fina como la seda.

—¿Libertad? —preguntó Dany con curiosidad—. ¿Qué queréis decir?

—En Desembarco del Rey, vuestros antepasados construyeron un inmenso castillo con una cúpula para sus dragones. Se llama Pozo Dragón. Aún se yergue en la cima de la colina de Rhaenys, aunque en la actualidad está en ruinas. Allí vivían los dragones reales en tiempos remotos, y era un edificio cavernoso, con puertas de hierro tan anchas que treinta caballeros podían entrar por ellas a la vez, hombro con hombro. Pero, a pesar de ello, ninguno de los dragones del pozo llegó a alcanzar las dimensiones de sus ancestros. Los maestres dicen que era a causa de las paredes que los rodeaban y de la cúpula que tenían sobre sus cabezas.

—Si las paredes nos hicieran pequeños —dijo Ser Jorah—, los campesinos serían diminutos, y los reyes serían grandes como gigantes. He visto hombres corpulentos nacidos en chozas, y enanos que habitaban en castillos.

—Los hombres son los hombres —replicó Barbablanca—, y los dragones son dragones.

—Una idea muy profunda —replicó Ser Jorah con una risa despectiva. El caballero exiliado no sentía ningún aprecio por el anciano y lo había manifestado desde el primer día—. ¿Y qué sabéis vos de dragones?

—Bastante poco, es verdad. Pero serví durante un tiempo en Desembarco del Rey, en los días en que el rey Aerys ocupaba el Trono de Hierro y caminaba bajo las calaveras de dragones que colgaban de las paredes del salón del trono.

—Viserys me habló de esas calaveras —dijo Dany—. El Usurpador las

retiró y las ocultó. No podía resistir que lo mirasen cuando se sentaba en su trono robado. —Se acercó a Barbablanca—. ¿Visteis alguna vez a mi real padre?

El rey Aerys II había muerto antes del nacimiento de su hija.

—Tuve ese gran honor, Alteza.

—¿Lo considerabais bueno y gentil? —Dany tomó al anciano por el brazo.

Barbablanca hizo un esfuerzo para ocultar sus sentimientos, pero estaban allí, expuestos en su rostro.

—Su Alteza era... agradable en general.

—¿En general? —Dany sonrió—. Pero ¿no siempre?

—Podía ser muy duro con los que consideraba sus enemigos.

—Un hombre sabio nunca se enemista con un rey —dijo Dany—. ¿También conocisteis a mi hermano Rhaegar?

—Se decía que ningún hombre llegó nunca a conocer a fondo al príncipe Rhaegar. Tuve el privilegio de verlo en un torneo, y con frecuencia lo oí tocar su arpa de cuerdas de plata.

—Junto a otros mil en alguna fiesta de la cosecha —intervino Ser Jorah riéndose, burlón—. Ahora diréis que fuisteis su escudero.

—No pretendo semejante cosa, Ser. Myles Mooton era el escudero del príncipe Rhaegar, y lo sustituyó Richard Lonmouth. Cuando se ganaron sus espuelas, el propio príncipe los armó caballeros, y ellos siguieron siendo sus compañeros más allegados. También el joven Lord Connington compartía el aprecio del príncipe, aunque su mejor amigo era Arthur Dayne.

—¡La Espada del Amanecer! —dijo Dany, encantada—. Viserys solía hablar de su maravillosa espada blanca. Decía que Ser Arthur era el único caballero del reino que podía igualarse a nuestro hermano.

—No me corresponde poner en duda las palabras del príncipe Viserys —dijo Barbablanca inclinando la cabeza.

—Del rey —lo corrigió Dany—. Fue rey, aunque no reinó. Viserys, el tercero de su nombre. Pero ¿qué queréis decir? —La respuesta del hombre no era la que ella hubiera esperado—. Ser Jorah dijo una vez que Rhaegar era el último dragón. Tenía que ser un guerrero sin par para que lo llamaran así, ¿no es verdad?

—Vuestra Alteza —dijo Barbablanca—, el príncipe de Rocadragón fue un guerrero muy poderoso, pero...

—Continúa —lo instó Dany—. Puedes hablarme con total libertad.

—Como ordenéis. —El anciano se apoyó en su bastón y levantó una ceja—. Un guerrero sin par... son unas palabras muy bellas, Vuestra Alteza, pero las palabras no ganan batallas.

—Las espadas ganan batallas —dijo Ser Jorah con brusquedad—. Y el príncipe Rhaegar sabía cómo usar una espada.

—Lo sabía, Ser. Pero... he visto cien torneos y más guerras de las que habría deseado, y no importa cuán fuerte, rápido o hábil pueda ser un caballero, siempre hay otros que se le equiparan. Un hombre puede ganar un torneo y

caer rápidamente en el siguiente. Un resbalón en la hierba puede significar la derrota, al igual que lo que se ha cenado la noche anterior. Un cambio del viento puede traer el regalo de la victoria. —Miró a Ser Jorah—. O el favor de una dama anudado en torno al brazo.

—Cuidado con lo que decís, anciano. —El rostro de Mormont se había ensombrecido.

Dany sabía que Arstan había visto combatir a Ser Jorah en Lannisport, en el torneo que Mormont había ganado con la prenda de una dama anudada en torno al brazo. También había ganado la dama: Lynesse, de la Casa Hightower, su segunda esposa, de noble cuna y muy bella... pero ella lo había abandonado en la ruina, y en ese momento su recuerdo le resultaba muy amargo.

—Sed amable, mi caballero. —Puso una mano sobre el brazo de Jorah—. Arstan no tenía ninguna intención de ofenderos, estoy segura.

—Como digáis, *khaleesi* —en la voz de Ser Jorah se palpaba el rencor.

—Sé muy poco de Rhaegar —dijo Dany volviéndose de nuevo hacia el escudero—. Sólo las historias que contaba Viserys, y él era un niño pequeño cuando murió nuestro hermano. ¿Cómo era en realidad?

—Era capaz —dijo el anciano tras meditar un instante—. Eso, por encima de todo. Decidido, deliberado, obediente y sincero. Se cuenta una historia sobre él... pero sin duda, Ser Jorah también la conoce.

—Quiero oírla de vuestros labios.

—Como deseéis —dijo Barbablanca—. Cuando era muy joven, el príncipe de Rocadragón era un gran aficionado a los libros. Comenzó a leer tan temprano que la gente decía que la reina Rhaella debió de devorar algunos libros y una vela cuando tenía a su hijo en las entrañas. A Rhaegar no le interesaban los juegos de los demás niños. Los maestres estaban sobrecogidos por su talento, pero los caballeros de su padre bromeaban con amargura, diciendo que Baelor *el Santo* había renacido. Hasta un día en que el príncipe Rhaegar encontró en sus pergaminos algo que lo hizo cambiar. Nadie sabe qué pudo ser; sólo que el niño apareció repentinamente una mañana en el patio cuando los caballeros vestían sus armaduras de acero. Se dirigió a Ser Willem Darry, el maestro de armas, y le dijo: «Necesitaré espada y armadura. Al parecer, tengo que ser un guerrero».

—¡Y lo fue! —dijo Dany, encantada.

—En efecto, lo fue —asintió Barbablanca—. Perdonad, Alteza. Hablando de guerreros, veo que Belwas *el Fuerte* se ha levantado ya; debo atenderlo.

Dany lo siguió con la vista. El eunuco atravesaba la pasarela entre las naves, ágil como un mono a pesar de su corpulencia. Belwas era bajito pero ancho; pesaba sus buenas ocho arrobas de grasa y músculo, y tenía la gran panza parda atravesada por viejas cicatrices blancuzcas. Vestía pantalones anchos, un cinturón de seda amarilla y un chaleco de cuero absurdamente pequeño, con remaches de hierro.

—¡Belwas *el Fuerte* tiene hambre! —rugió, dirigiéndose a todos y a nadie en

particular—. ¡Belwas *el Fuerte* va a comer ahora! —Se giró y vio a Arstan en el castillo de proa—. ¡Barbablanca! —gritó—. ¡Traed comida para Belwas *el Fuerte*!

—Podéis ir —ordenó Dany al escudero, que hizo otra reverencia y se marchó a atender las necesidades del hombre al que servía.

Ser Jorah lo siguió con el ceño fruncido en su rostro rudo y sincero. Mormont era grande y musculoso, de quijada fuerte y ancho de hombros. No era en absoluto un hombre apuesto, pero Dany no había tenido nunca un amigo tan fiel.

—Debéis ser sabia y desconfiar de las palabras de ese anciano —le dijo cuando Barbablanca estuvo suficientemente lejos.

—Una reina debe escuchar a todos —le recordó ella—. A los de noble cuna y al pueblo llano, al fuerte y al débil, al noble y al venal. —Recordó algo que había leído en un libro—. Una voz dirá mentiras, pero en muchas otras hay verdades encerradas.

—Escuchad mi voz entonces, Alteza —dijo el exiliado—. Este Arstan Barbablanca no es lo que parece. Es demasiado viejo para ser escudero, y habla demasiado bien para ser el sirviente de ese eunuco cretino.

«Eso sí que parece extraño», tuvo que admitir Dany. Belwas *el Fuerte* era un ex esclavo, criado y entrenado en las arenas de combate de Meereen. El magíster Illyrio lo había mandado para protegerla, o eso decía Belwas, y era cierto que necesitaba protección. Dejaba la muerte tras ella, y la muerte la esperaba en su camino. El Usurpador, en su Trono de Hierro, había ofrecido tierras y un título de Lord al hombre que la matara. Ya se había llevado a cabo un intento, con una copa de vino envenenado. Mientras más se aproximaba a Poniente, más aumentaba la probabilidad de otro ataque. En Qarth, el hechicero Pyat Pree había mandado en pos de ella a un Hombre Pesaroso, para vengar a los Eternos que ella había quemado en su Palacio de Polvo. Los hechiceros no olvidaban nunca una ofensa, decían, y los Hombres Pesarosos nunca fallaban al matar. También la mayoría de los dothrakis estarían en su contra. Los *kos* de Khal Drogo dirigían entonces sus *khalasars*, y ninguno de ellos vacilaría en atacar a su pequeño grupo cuando lo divisaran, para matar y esclavizar a los suyos y para arrastrar a Dany de vuelta a Vaes Dothrak, a fin de hacerla ocupar el puesto que le correspondía entre las ancianas arrugadas y marchitas del *dosh khaleen*. Había tenido la esperanza de que Xaro Xhoan Daxos no fuera su enemigo, pero el mercader de Qarth anhelaba sus dragones. Y también estaba Quaithe de la Sombra, la extraña mujer de la máscara de laca roja, con sus crípticos consejos. ¿Era también una enemiga, o sólo una amiga peligrosa? Dany no lo sabía.

«Ser Jorah me salvó del envenenador, y Arstan Barbablanca, de la manticora. Quizá Belwas *el Fuerte* me salvará del próximo. —Era bastante corpulento, con brazos como árboles pequeños, y tenía un enorme *arakh* curvo, tan afilado que podría afeitarse con él, en el caso improbable de que brotara pelo en aquellas lisas mejillas oscuras. Pero también era como un niño—. Como

protector, deja mucho que desear. Menos mal que tengo a Ser Jorah y a mis jinetes de sangre. Y a mis dragones; no me puedo olvidar de ellos.»

Con el tiempo, sus dragones serían sus guardianes más temibles, de la misma forma que lo habían sido para Aegon *el Conquistador* y sus hermanas, trescientos años atrás. Sin embargo, en aquel momento le suponían más peligro que seguridad. En todo el mundo sólo había tres dragones vivos, y le pertenecían; eran una maravilla aterradora, y no tenían precio.

Estaba meditando sus palabras cuando percibió un viento frío en la nuca, y un mechón de su cabello color oro plateado le cayó sobre la ceja. Arriba, la lona crujió y se movió, y de repente, un grito brotó de todos los rincones de la *Balerion*.

—¡El viento! —gritaron los marineros—. ¡El viento ha vuelto, el viento!

Dany levantó la vista hacia donde las grandes velas de la enorme coca se ondulaban y se hinchaban, haciendo que los cordajes vibraran y se tensaran, cantando la dulce canción que se había callado durante seis largos días. El capitán Groleo corrió a popa, gritando órdenes. Los pentoshis que no estaban gritando «hurras» treparon por los mástiles. Hasta Belwas *el Fuerte* dejó escapar un alarido y dio unos pasos de baile.

—¡Alabados sean los dioses! —dijo Dany—. ¿Lo veis, Jorah? Estamos de nuevo en camino.

—Sí —respondió él—. Pero ¿hacia dónde, mi reina?

El viento sopló del este todo el día, primero de manera constante y después en ráfagas violentas. El sol se puso con un resplandor rojo.

«Aún estoy a medio mundo de distancia de Poniente —se dijo Dany aquella tarde mientras chamuscaba carne para sus dragones—, pero cada hora me acerca más.» Intentó imaginar qué sentiría cuando contemplara por primera vez la tierra que había nacido para gobernar. «Será la orilla más bella que haya visto, lo sé. ¿Cómo podría ser de otra manera?»

Pero más tarde aquella noche, mientras la *Balerion* continuaba avanzando en la oscuridad y Dany permanecía sentada con las piernas cruzadas en su litera del camarote del capitán, dando de comer a los dragones («Hasta en el mar —había dicho gentilmente Groleo—, las reinas tienen precedencia sobre los capitanes»), llamaron con fuerza a la puerta.

Irri había estado durmiendo al pie de su litera (era demasiado estrecha para tres, y esa noche le tocaba a Jhiqui compartir el suave lecho de plumas con su *khaleesi*), pero la doncella se levantó al oír que tocaban y fue a la puerta. Dany cogió la colcha y se cubrió hasta las axilas. Dormía desnuda y no había esperado visitas a aquella hora.

—Entrad —dijo cuando vio a Ser Jorah fuera, bajo un farol que se mecía.

—Lamento haber interrumpido vuestro sueño, Alteza —se disculpó el caballero exiliado, inclinando la cabeza al entrar.

—No dormía, Ser. Venid y observad.

Tomó un pedazo de tocino del cuenco que tenía en el regazo y lo levantó

para que los dragones pudieran verlo. Los tres lo observaron con expresión hambrienta. *Rhaegal* abrió sus alas verdes y agitó el aire, mientras el cuello de *Viserion* se movía adelante y atrás como una larga serpiente pálida, siguiendo el movimiento de la mano.

—*Drogon* —dijo Dany en voz baja—, *dracarys*. —Y tiró el trozo de carne al aire.

Drogon se movió con más celeridad que una cobra al ataque. De su boca brotó una llama naranja, escarlata y negra, que chamuscó la carne antes de que comenzara a caer. Cuando sus afilados dientes negros se cerraron en torno a ella, la cabeza de *Rhaegal* se aproximó, como intentando robar la presa de las fauces de su hermano, pero *Drogon* se la tragó y gritó, y el dragón verde, más pequeño, se limitó a sisear de frustración.

—Para ya, *Rhaegal* —dijo Dany, molesta, al tiempo que le daba un golpecito en la cabeza—. Tú te has comido el anterior. No quiero dragones codiciosos. —Se volvió hacia Ser Jorah y sonrió—. Ya no tengo que asarles la carne en un brasero.

—Eso veo. *¿Dracarys?*

Los tres dragones volvieron las cabezas al oír la palabra, y *Viserion* soltó una llama oro pálido que obligó a Ser Jorah a retroceder con rapidez. Dany soltó una risita.

—Tened cuidado con esa palabra, Ser, o podrían chamuscaros la barba. Significa «fuego de dragón» en alto valyrio. Quise buscar una orden que nadie fuera a pronunciar de modo casual.

Mormont hizo un gesto de asentimiento.

—Quisiera hablar con vos en privado, Alteza.

—Por supuesto. Irri, déjanos a solas un momento. —Puso una mano sobre el hombro desnudo de Jhiqui y sacudió a la doncella hasta despertarla—. Tú también, amiga mía. Ser Jorah tiene que decirme algo.

—Sí, *khaleesi*.

Jhiqui bajó desnuda de la litera, bostezando, con la cabellera negra despeinada. Se vistió rápidamente y se fue junto con Irri, cerrando la puerta a sus espaldas.

Dany lanzó a los dragones los restos de tocino para que se lo disputaran y dio una palmada en el lecho, a su lado.

—Sentaos, buen caballero, y decidme qué os preocupa.

—Tres cosas. —Ser Jorah se sentó—. Belwas *el Fuerte*. El tal Arstan *Barbablanca*. E Illyrio Mopatis, que los mandó.

«¿Otra vez?» Dany estiró la manta y se cubrió el hombro con uno de sus extremos.

—¿Y por qué?

—Los hechiceros os dijeron en Qarth que seríais traicionada en tres ocasiones —le recordó el caballero exiliado, mientras *Viserion* y *Rhaegal* comenzaron a arañarse y a tirarse dentelladas por el último trozo de tocino.

—Una vez por sangre, una vez por oro y una vez por amor. —Dany no lo había olvidado—. La traición de Mirri Maz Duur fue la primera.

—Lo que significa que aún quedan dos traidores... y ahora aparecen estos dos. Eso me preocupa, sí. No olvido nunca que Robert ofreció el título de Lord al hombre que os mate.

Dany se inclinó hacia delante y dio un tirón a la cola de *Viserion* para apartarlo de su hermano verde. Al moverse, la manta le dejó el pecho al descubierto. La agarró deprisa y volvió a cubrirse.

—El Usurpador está muerto —dijo.

—Pero su hijo reina en su lugar. —Ser Jorah levantó la vista y clavó los ojos oscuros en los de ella—. Un hijo obediente paga las deudas de su padre. Hasta las deudas de sangre.

—Ese niño, Joffrey, seguramente me quiere muerta... si se acuerda de que estoy viva. ¿Qué tiene eso que ver con Belwas y con Arstan *Barbablanca*? El anciano ni siquiera lleva espada. Ya lo habéis visto.

—Sí, sí. Y he visto con qué destreza maneja su bastón. ¿Recordáis cómo mató a aquella manticora en Qarth? Le hubiera resultado igual de fácil aplastaros la garganta.

—Por supuesto, pero no lo hizo —señaló ella—. El aguijón de aquella manticora estaba destinado a matarme. Me salvó la vida.

—*Khaleesi*, ¿no habéis pensado en la posibilidad de que Barbablanca y Belwas pudieran haber estado de acuerdo con el asesino? Tal vez fue un ardid para ganarse vuestra confianza.

La risa súbita de Dany hizo sisear a *Drogon*, y *Viserion* se posó, agitando las alas, en su percha, encima de la escotilla.

—El ardid ha funcionado bien.

—Son las naves de Illyrio —insistió el caballero exiliado sin devolverle la sonrisa—, los capitanes de Illyrio, los marineros de Illyrio... y tanto Belwas *el Fuerte* como Arstan son hombres suyos, no vuestros.

—El magíster Illyrio me ha protegido en ocasiones anteriores. Belwas *el Fuerte* dice que lloró al conocer la muerte de mi hermano.

—Sí —dijo Mormont—, pero ¿lloró por Viserys, o por los planes que había hecho conjuntamente con él?

—Sus planes no tienen por qué cambiar. El magíster Illyrio es amigo de la Casa Targaryen y es rico...

—No nació rico. En el mundo, como he podido comprobar, ningún hombre se hace rico mediante la bondad. Los hechiceros dicen que la segunda traición será por oro. ¿Hay algo que Illyrio Mopatis ame más que el oro?

—Su pellejo. —Al otro lado del camarote, *Drogon* se movió; le salía vapor por la nariz—. Mirri Maz Duur me traicionó. La quemé por ello.

—Mirri Maz Duur estaba en vuestro poder. En Pentos, estaréis en poder de Illyrio. No es lo mismo. Conozco a Illyrio tan bien como vos. Es un hombre listo y taimado...

—Si pretendo conquistar el Trono de Hierro, necesito a hombres listos a mi alrededor.

—Aquel vendedor de vino que intentó envenenaros también era un hombre listo. —Ser Jorah sonrió, burlón—. Los hombres listos alimentan planes ambiciosos.

—Vos me protegeréis. Vos y los jinetes de sangre. —Dany recogió las piernas bajo la manta.

—¿Cuatro hombres? *Khaleesi*, creéis conocer muy bien a Illyrio Mopatis. Pero habéis insistido en rodearos de hombres a los que no conocéis, como ese eunuco hinchado y el escudero más anciano del mundo. Tomad ejemplo de lo ocurrido con Pyat Pree y Xaro Xhoan Daxos.

«Sólo quiere mi bien —se repitió Dany para sus adentros—. Todo lo que hace, lo hace por amor.»

—Me parece que una reina que no confía en nadie es tan tonta como una reina que confía en todo el mundo. Cada hombre que tomo a mi servicio significa un riesgo, eso lo entiendo, pero ¿cómo voy a conquistar los Siete Reinos sin correr riesgos así? ¿Conquistaré Poniente con un caballero exiliado y tres jinetes de sangre dothraki?

—Vuestro camino está lleno de peligros, no voy a negarlo. —La mandíbula de Ser Jorah se había tensado en gesto terco—. Pero si confiáis ciegamente en cada mentiroso y farsante que aparece, acabaréis como vuestros hermanos.

«Me trata como si fuera una niña.» La obstinación del caballero la irritaba.

—Belwas *el Fuerte* no podría tramar un complot ni para ir a desayunar. ¿Y qué mentiras me ha contado Arstan *Barbablanca*?

—No es lo que pretende ser. Os habla con un descaro impropio de un escudero.

—Habló con franqueza porque se lo ordené. Conoció a mi hermano.

—Muchísimos hombres conocieron a vuestro hermano. Alteza, en Poniente, el Lord Comandante de la Guardia Real es miembro del Consejo Privado y sirve al rey con su talento, lo mismo que con su acero. Si yo soy el primero de vuestra Guardia, os ruego que me escuchéis. Tengo un plan que presentaros.

—¿Un plan? Contádmelo.

—Illyrio Mopatis os quiere de regreso en Pentos, bajo su techo. Muy bien, id con él... pero en el momento que os convenga, y nunca sola. Veamos cuán leales y obedientes son en verdad esos nuevos súbditos vuestros. Ordenad a Groleo que cambie el curso y se dirija a la Bahía de los Esclavos.

Dany no estaba segura de que aquello le hiciera gracia. Todo lo que había oído sobre los mercados de carne en las grandes ciudades esclavistas de Yunkai, Meereen y Astapor era brutal y daba miedo.

—¿Y qué iré a buscar en la Bahía de los Esclavos?

—Un ejército —dijo Ser Jorah—. Si Belwas *el Fuerte* os cae tan bien, podréis comprar centenares como él en los reñideros de Meereen... aunque yo pondría proa a Astapor. En Astapor podréis comprar Inmaculados.

—¿Los soldados de los cascos de bronce con una púa? —Dany había visto guardias Inmaculados en las Ciudades Libres, apostados ante las puertas de magísteres, arcontes y dinastas—. ¿Para qué necesito Inmaculados? Ni siquiera montan a caballo, y la mayoría son obesos.

—Los Inmaculados que debéis de haber visto en Pentos y Myr eran guardias domésticos. Es un servicio sin muchos peligros, y de todos modos, los eunucos tienden a la obesidad. El único vicio que se les permite es comer. Juzgar a todos los Inmaculados a partir de unos pocos esclavos domésticos viejos es como juzgar a todos los escuderos a partir de Arstan *Barbablanca*, Alteza. ¿Conocéis la historia de los Tres Mil de Qohor?

—No. —La manta se resbaló del hombro de Dany y ella volvió a colocarla en su lugar.

—Fue hace cuatrocientos años o más, cuando los dothrakis cabalgaron por primera vez hacia el este, saqueando y quemando toda aldea o ciudad que hallaron en su camino. El *khal* que los guiaba se llamaba Temmo. Su *khalasar* no era tan grande como el de Drogo, pero sí bastante considerable. Por lo menos cincuenta mil hombres. La mitad de ellos, guerreros con trenzas llenas de campanillas.

»Los qohorienses sabían que Temmo se aproximaba. Reforzaron sus murallas, duplicaron el número de sus guardias y contrataron además a dos compañías libres: los Banderas Luminosas y los Segundos Hijos. Y casi como si se les hubiera ocurrido a última hora, mandaron a un hombre a Astapor a comprar tres mil Inmaculados. Sin embargo, la marcha de regreso a Qohor fue muy larga, y cuando se aproximaron, vieron el polvo y el humo, y oyeron el retumbar lejano de la batalla.

»Cuando los Inmaculados llegaron a la ciudad, el sol se había puesto. Lobos y cuervos se daban un festín bajo las murallas con los restos de los pesados caballos de los qohorienses. Los Banderas Luminosas y los Segundos Hijos habían huido, como hacen habitualmente los mercenarios cuando se enfrentan a situaciones desesperadas. Al caer la noche, los dothrakis se retiraron a su campamento, para beber, comer y festejar, pues ninguno albergaba dudas de que por la mañana retornarían para destrozar las puertas de la ciudad, asaltar las murallas y violar, saquear y esclavizar a quien quisieran.

»Pero cuando llegó la aurora y Temmo y sus jinetes de sangre sacaron a su *khalasar* del campamento, encontraron a los tres mil Inmaculados desplegados ante las puertas, con el estandarte de la Cabra Negra tremolando sobre sus cabezas. Podrían haber atacado fácilmente a una fuerza tan pequeña por los flancos, pero ya conocéis a los dothrakis. Aquéllos eran hombres de a pie, y los hombres de a pie sólo sirven para aniquilarlos.

»Los dothrakis se lanzaron a la carga. Los Inmaculados unieron los escudos, bajaron las lanzas y se mantuvieron firmes. Contra veinte mil guerreros vociferantes con campanillas en el cabello, se mantuvieron firmes.

»Dieciocho veces se lanzaron los dothrakis a la carga, para estrellarse contra

aquellos escudos y lanzas, como si se tratara de una orilla rocosa. Tres veces ordenó Temmo disparar a los arqueros, y las flechas cayeron como lluvia sobre los Tres Mil, pero los Inmaculados se limitaron a levantar los escudos sobre las cabezas hasta que pasó el chaparrón. Al final, sólo quedaron seiscientos... pero en aquel campo yacían muertos doce mil dothrakis, incluyendo al Khal Temmo, a sus jinetes de sangre, sus *kos* y todos sus hijos. En la mañana del cuarto día, el nuevo *khal* llevó a los supervivientes ante las puertas de la ciudad en procesión solemne. Uno por uno, todos los hombres se cortaron las trenzas y las tiraron a los pies de los Tres Mil.

»Desde aquel día, la guardia urbana de Qohor está formada únicamente por Inmaculados, cada uno de los cuales porta una lanza de la que cuelga una trenza de cabello humano.

»Eso es lo que encontraréis en Astapor, Alteza. Desembarcad allí y seguid por tierra hasta Pentos. Os tomará más tiempo, sí... pero cuando compartáis el pan con el magíster Illyrio, tendréis mil espadas detrás de vos, no sólo cuatro.

«Es un consejo sabio, sí —pensó Dany—, pero...»

—¿Cómo voy a comprar mil soldados esclavos? Lo único que tengo de valor es la corona que me dio la Hermandad de la Turmalina.

—En Astapor, los dragones serán una maravilla tan grande como lo fueron en Qarth. Quizá los traficantes de esclavos os abrumen con regalos, como hicieron los de Qarth. Si no... estas naves llevan algo más que a vuestros dothrakis y sus caballos. Cargaron mercancías en Qarth. He revisado las bodegas y las he visto. Rollos de seda y balas de pieles de tigre, tallas de ámbar y de jade, azafrán, mirra... Los esclavos son baratos, Alteza. Las pieles de tigre son caras.

—Son las pieles de tigre de Illyrio —objetó ella.

—E Illyrio es amigo de la Casa Targaryen.

—Razón de más para no robar sus bienes.

—¿Para qué sirven los amigos acaudalados si no pueden poner sus riquezas a vuestra disposición, reina mía? Si el magíster Illyrio os las negara, no sería más que un Xaro Xhoan Daxos con cuatro papadas. Y si es sincero en su devoción a vuestra causa, no os echará en cara tres naves de mercancías. ¿Qué mejor uso para sus pieles de tigre que compraros la semilla de un ejército?

«Es verdad.» Dany sintió una excitación creciente.

—En una marcha como ésa habrá peligros...

—También hay peligros en el mar. Por la ruta del sur hay corsarios y piratas, y al norte de Valyria, los demonios han encantado el mar Humeante. La próxima tormenta podría hacer que nos fuéramos a pique o dispersarnos, un kraken podría arrastrarnos al fondo... o podríamos encontrarnos con otra calma chicha y morir de sed mientras esperamos a que se levante el viento. Una marcha tendrá peligros diferentes, mi reina, pero ninguno mayor.

—¿Y qué pasa si el capitán Groleo se niega a cambiar el rumbo? ¿Y qué harán Arstan y Belwas?

—Quizá sea el momento de que lo averigüéis. —Ser Jorah se puso de pie.

—Sí —decidió ella—. ¡Lo haré! —Dany se quitó la manta y saltó de la litera—. Veré enseguida al capitán; le ordenaré que tome rumbo a Astapor. —Se inclinó sobre su baúl, levantó la tapa y agarró la primera prenda que encontró, unos anchos pantalones de seda basta—. Dadme el cinturón con el medallón —ordenó a Jorah mientras se subía la seda por las caderas—. Y mi chaleco... —comenzó a decir mientras se volvía.

Ser Jorah la envolvió entre sus brazos.

—Oh —fue lo único que logró decir Dany cuando la atrajo hacia sí y pegó sus labios a los de ella. Olía a sudor, a sal y a cuero, y los remaches de hierro de su jubón se le clavaban en los pechos desnudos mientras él la estrechaba contra su cuerpo. Una mano la sostenía por el hombro, y la otra había descendido por su espalda casi hasta el final. La boca de Dany se abrió para recibir la lengua de Ser Jorah, aunque ella no se lo había ordenado.

«Me pincha con la barba —pensó—, pero su boca es dulce. —Los dothrakis no llevaban barba, sólo largos mostachos, y el único que la había besado antes era Khal Drogo—. No debería hacer eso. Soy su reina, no su hembra.»

Fue un beso largo, aunque Dany no habría podido decir cuánto. Al terminar, Ser Jorah la soltó, y ella dio un rápido paso atrás.

—Vos... No deberíais haber...

—No debería haber esperado tanto tiempo —terminó la frase por ella—. Debí haberos besado en Qarth, en Vaes Tolorro. Debí haberos besado en el desierto rojo, cada día y cada noche. Habéis nacido para que os besen, cada instante.

Tenía los ojos clavados en los pechos de Dany, que se los cubrió con las manos antes de que los pezones pudieran traicionarla.

—Esto... no ha sido adecuado. Soy vuestra reina.

—Mi reina y la mujer más valiente, más dulce y más bella que he visto en mi vida. Daenerys...

—¡Alteza!

—Alteza —aceptó él—. «El dragón tiene tres cabezas», ¿os acordáis? Desde que lo oísteis de labios de los hechiceros, en el Palacio de Polvo, os habéis preguntado qué significa. Pues aquí tenéis lo que quiere decir: *Balerion*, *Meraxes* y *Vhagar*, montados por Aegon, Rhaenys y Visenya. El dragón de tres cabezas de la Casa Targaryen: tres dragones y tres jinetes.

—Sí —dijo Dany—, pero mis hermanos están muertos.

—Rhaenys y Visenya fueron esposas de Aegon, además de sus hermanas. Vos no tenéis hermanos, pero podéis tomar maridos. Y en verdad os digo, Daenerys, que no hay un hombre en el mundo entero que os pueda ser ni la mitad de fiel que yo.

BRAN

El gran risco se elevaba abruptamente del terreno, como un largo pliegue de roca y tierra con la forma de una garra. De sus laderas bajas colgaban pinos, fresnos y matorrales de espino, pero más arriba, la tierra estaba desnuda, y su silueta nítida se recortaba ante el cielo nublado.

Podía sentir la llamada de la gran piedra. Fue subiendo; al principio trotaba tranquilamente; después, más deprisa; sus fuertes patas devoraban la pendiente a medida que ascendían. Cuando pasaba corriendo, los pájaros abandonaban las ramas y se abrían paso hacia el cielo con patas y alas. Podía oír el viento que suspiraba entre las hojas, las ardillas que intercambiaban leves chillidos y hasta el sonido de una piña al caer al suelo del bosque. Los olores eran una canción en torno suyo, una canción que llenaba el hermoso mundo verde.

Al recorrer los últimos metros para detenerse en la cima, la gravilla le salía disparada de debajo de las patas. Sobre los altos pinos, el sol se alzaba, enorme y rojo, y debajo de él, los árboles y las colinas se extendían hasta el infinito, tan lejos como podía ver u oler. En lo alto, un milano real describía círculos, oscuro ante el cielo rosado.

«Príncipe.» El sonido humano le acudió a la mente de forma inesperada; aun así, sabía que era correcto. «Príncipe del verdor, príncipe del Bosque de los Lobos.» Era fuerte, rápido y feroz, y todas las criaturas del buen mundo verde lo temían y se le sometían.

Abajo, muy lejos, en el bosque, algo se movió entre los árboles. Un destello gris, visto y no visto, pero suficiente para que levantara las orejas. Allí abajo, junto a un raudo torrente verde, se deslizó corriendo otra silueta.

«Lobos», supo al instante. Sus primos pequeños, dando caza a alguna presa. El príncipe ya podía ver a unos cuantos más, sombras sobre rápidas patas grises. «Una manada.»

Él también había tenido una manada, en otro tiempo. Habían sido cinco, y un sexto se mantenía apartado. En algún lugar de su interior estaban los sonidos que los hombres les habían dado para diferenciar a uno de otro, pero él no los conocía por esos sonidos. Recordaba los olores, los de sus hermanos y hermanas. Todos tenían un olor parecido, el olor de la manada, pero también se diferenciaban unos de otros.

Su hermano enojado, el de los ardientes ojos verdes, estaba cerca, el príncipe lo notaba, aunque no lo había visto desde hacía muchas cacerías. Pero con cada sol que se ponía, se distanciaba más, y él había sido el último. Los otros se habían alejado y dispersado, como hojas barridas por un vendaval.

A veces podía percibirlos como si aún estuvieran con él, aunque ocultos por

un peñasco o un macizo de árboles. No podía olerlos ni escuchar sus aullidos por la noche, pero sentía su presencia tras de sí... a todos menos a la hermana que habían perdido. Dejó caer la cola al recordarla.

«Cuatro ahora, no cinco. Cuatro y uno más, el blanco que no tiene voz.»

Esos bosques les pertenecían, junto con las laderas nevadas y las colinas rocosas, los enormes pinos verdes y los robles de hojas doradas, los torrentes en movimiento y los lagos azules quietos, atenazados por dedos de blanco hielo. Pero su hermana había abandonado los bosques para caminar por los salones de los hombres roca, donde mandaban otros cazadores, y una vez dentro de esos salones era muy difícil encontrar el camino de salida. El príncipe lobo lo recordaba.

De repente, el viento cambió de dirección.

«Venado, miedo, sangre.» El olor de la presa le despertó el hambre. El príncipe olisqueó de nuevo el aire, se volvió y echó a correr, dando saltos a lo largo de la cresta, con las fauces medio abiertas. El confín más lejano del gran risco era más abrupto que el lugar por donde había subido, pero él avanzaba con paso seguro sobre piedras, raíces y hojas muertas. Descendía por la ladera entre los árboles, devorando el camino a grandes zancadas. El olor lo hacía ir cada vez más deprisa.

Habían derribado al venado, y estaba agonizando cuando lo alcanzó; ocho de sus pequeños primos grises lo rodeaban. Los jefes de la manada habían comenzado a alimentarse; primero el macho y después su hembra arrancaban por turnos la carne del vientre ensangrentado de la presa. Los demás esperaban con paciencia, menos el último, que trazaba círculos inquieto a pocos pasos de los otros, con el rabo entre las patas. Sería el último en comer lo que sus hermanos le dejaran.

El príncipe avanzaba contra el viento, y por eso no lo percibieron hasta que se subió a un tronco caído, cerca de donde comían. El más apartado fue el primero en verlo; soltó un gemido lastimero y desapareció. Sus hermanos de manada se volvieron al oírlo y enseñaron los dientes gruñendo, todos menos el macho y la hembra que los lideraban.

El lobo huargo les respondió con un gruñido grave, de aviso, y les mostró los dientes. Era más corpulento que sus primos, doblaba en tamaño al huesudo de la retaguardia, y era casi tan grande como los dos líderes. De un salto, cayó en el centro del grupo y tres de los animales huyeron y desaparecieron entre los arbustos. Otro se le aproximó, lanzándole dentelladas. Recibió al atacante de frente y, cuando se enfrentaron, atrapó la pata del lobo entre las fauces, lo lanzó a un lado y lo dejó gimiendo y cojeando.

Entonces, sólo quedó frente a él el líder de la manada, el gran macho gris con el hocico ensangrentado a causa del suave vientre blanco de la presa que devoraba. También había algo de blanco en su hocico, lo que lo señalaba como un lobo viejo, pero le mostró los dientes mientras le chorreaba una saliva sanguinolenta.

«No tiene miedo —pensó el príncipe—, no más que yo.» Sería una buena pelea. Se lanzaron el uno contra el otro.

Combatieron durante mucho rato; rodaron sobre raíces, piedras, hojas caídas y las entrañas dispersas de la presa; se atacaban con dientes y garras, se separaban, describían círculos uno en torno al otro y se enzarzaban de nuevo. El príncipe era más grande y, con mucho, el más fuerte, pero su primo tenía una manada. La hembra se desplazaba alrededor de ellos, muy cerca, olfateaba, gruñía y se interpondría si su pareja se apartaba sangrando. De vez en cuando los otros lobos atacaban también, tirando un mordisco a una pata o una oreja cuando el príncipe miraba en otra dirección. Uno llegó a irritarlo tanto que se revolvió como una furia negra y le destrozó la garganta. Después de aquello, los demás se mantuvieron a una distancia prudente.

Y mientras la última luz rojiza se filtraba entre ramas verdes y hojas doradas, el viejo lobo se dejó caer agotado al fango y rodó sobre la espalda, dejando expuestas la garganta y la panza. Se sometía.

El príncipe lo olfateó y le lamió la sangre de la piel y la carne lacerada. Cuando el viejo lobo soltó un leve gemido, el huargo se alejó. Tenía mucha hambre, y la presa era suya.

—Hodor.

El sonido súbito lo hizo detenerse y enseñar los dientes. Los lobos lo contemplaron con ojos verdes y amarillos, brillantes a la postrera luz del día. Ninguno de ellos había escuchado nada. Era un viento extraño que soplaba únicamente en sus oídos. Metió las fauces en la barriga del venado y arrancó un gran bocado de carne.

—Hodor, Hodor.

«No —pensó—. No, no quiero.» Era el pensamiento de un niño, no de un huargo. El bosque se oscureció a su alrededor hasta que sólo quedaron las sombras de los árboles y el destello en los ojos de sus primos. Y a través de esos ojos y detrás de ellos, vio el rostro sonriente de un hombre grande y una bóveda de piedra con las paredes salpicadas de salitre. El sabor caliente y delicioso de la sangre se le evaporó de la lengua. «No, no, no, quiero comer, quiero comer, quiero...»

—Hodor, Hodor, Hodor, Hodor, Hodor —entonaba Hodor mientras lo sacudía suavemente por los hombros, adelante y atrás, adelante y atrás.

Siempre intentaba tener cuidado, pero Hodor medía dos varas y media, y era más fuerte de lo que él mismo sabía, y sus manos enormes hacían que los dientes de Bran entrechocaran.

—¡No! —gritó con rabia—. Hodor, déjame, estoy aquí, aquí.

—¿Hodor? —preguntó deteniéndose con aspecto avergonzado.

El bosque y los lobos habían desaparecido. Bran estaba de vuelta en la bóveda húmeda de alguna antigua atalaya que debían de haber abandonado hacía miles de años. Apenas quedaba nada en pie. Las piedras caídas estaban tan cubiertas de musgo y hiedra que era casi imposible distinguirlas hasta que

uno se encontraba encima de ellas. Bran había puesto nombre al lugar: Torre Derruida; sin embargo, había sido Meera la que descubrió cómo meterse en el sótano.

—Has estado demasiado tiempo ausente.

Jojen Reed tenía trece años, sólo cuatro más que Bran, y tampoco era mucho más alto: le llevaba tres dedos, o cuatro a lo sumo, pero tenía una forma muy solemne de hablar, y eso lo hacía parecer mayor y más sabio de lo que era en realidad. En Invernalia, la Vieja Tata lo había apodado Abuelito.

—Yo quería comer —dijo Bran mirándolo ceñudo.

—Meera volverá pronto con la cena.

—Estoy harto de ranas. —Meera era una comerranas del Cuello, por lo que Bran no podía reprocharle que cazara tantas ranas, claro, pero... —. Yo quería comerme el venado.

Recordó su sabor, la sangre y la sabrosa carne cruda, y se le hizo la boca agua. «Gané la pelea por esa carne, la gané.»

—¿Marcaste los árboles?

Bran se ruborizó. Jojen siempre le decía qué cosas tenía que hacer cuando abría su tercer ojo y vestía la piel de *Verano*. Arañar la corteza de un árbol, atrapar un conejo y traerlo de vuelta entre las fauces sin comérselo, colocar varias piedras formando una línea.

«Cosas estúpidas.»

—Se me olvidó —dijo.

—Siempre se te olvida.

Era verdad. Tenía la intención de hacer las cosas que Jojen le pedía, pero cuando se volvía lobo no le parecían importantes. Siempre había cosas que ver y cosas que olfatear, todo un mundo verde para cazar. ¡Y podía correr! No había nada mejor que correr, a no ser perseguir a una presa.

—Yo era un príncipe, Jojen —le dijo al chico mayor—. Yo era el príncipe del bosque.

—Tú eres un príncipe —le recordó Jojen con suavidad—. Lo recuerdas, ¿verdad? Dime quién eres.

—Ya lo sabes. —Jojen era su amigo y su maestro, pero a veces a Bran le entraban ganas de pegarle.

—Quiero que pronuncies las palabras. Dime quién eres.

—Bran —dijo, malhumorado. «Bran el roto»—. Brandon Stark. —«El niño tullido»—. El príncipe de Invernalia.

De Invernalia, quemada y destruida, con su gente dispersa y asesinada. Los jardines de cristal habían quedado destrozados, y el agua caliente salía a borbotones de las paredes rajadas para soltar su vapor bajo el sol.

«¿Cómo se puede ser el príncipe de un lugar que quizá no vuelva a ver nunca más?»

—¿Y quién es *Verano*? —insistió Jojen.

—Mi huargo. —Sonrió—. El príncipe del verdor.

—Bran, el chico, y *Verano*, el lobo. Entonces, ¿eres ellos dos?

—Dos —suspiró—, y uno.

«En Invernalia quería que soñara mis sueños de lobo, y ahora que sé cómo hacerlo, siempre me hace volver de ellos.» Odiaba a Jojen cuando se ponía así de estúpido.

—Recuerda eso, Bran. Recuerda quién eres, o el lobo se apoderará de ti. Cuando estáis unidos, no basta con correr, cazar y aullar en la piel de *Verano*.

«Eso es lo mío —pensó Bran. Le gustaba la piel de *Verano* más que la suya—. ¿Qué tiene de bueno ser capaz de cambiar de piel, si no se puede usar la que a uno le gusta?»

—¿Lo recordarás? Y la próxima vez, marca el árbol. Cualquier árbol, no importa cuál siempre que lo hagas.

—Lo haré. Lo recordaré. Podría volver ahora y hacerlo, si quieres. Esta vez no se me olvidará.

«Pero, primero, me comeré mi venado y pelearé un poco más con esos lobos pequeños.»

—No —dijo el niño con un gesto de negación—. Es mejor que te quedes y comas. Con tu propia boca. Un warg no puede vivir de lo que consume su bestia.

«¿Cómo lo sabes? —pensó Bran con resentimiento—. No has sido nunca un warg, no sabes qué significa serlo.»

Hodor se levantó de un salto y estuvo a punto de golpear con la cabeza el techo cóncavo.

—¡Hodor! —gritó, mientras corría hacia la puerta.

Meera la abrió de un empujón antes de que él llegara y entró en el refugio.

—Hodor, Hodor —dijo el enorme mozo de cuadra, haciendo una mueca.

Meera Reed tenía dieciséis años, toda una mujer adulta, pero no era más alta que su hermano. Todos los lacustres eran menudos, le había dicho una vez a Bran cuando le preguntó por qué era tan bajita. De cabello castaño, ojos verdes y pecho plano como el de un chico, caminaba con una suave gracia que Bran envidiaba al contemplarla. Meera llevaba una daga larga, pero su modo favorito de pelear era con una fisga en una mano y una red en la otra.

—¿Quién tiene hambre? —preguntó, mostrando sus presas: dos pequeñas truchas plateadas y seis gordas ranas verdes.

—Yo —respondió Bran.

«Pero no de ranas.» En Invernalia, antes de que ocurrieran todas las cosas malas, los Walder solían decir que comer ranas le ponía a uno los dientes verdes y hacía que le saliera musgo en los sobacos. Se preguntó si los Walder estarían muertos. No había visto sus cuerpos en Invernalia... pero había un montón de cadáveres y no habían revisado los edificios por dentro.

—Entonces tendremos que darte de comer. ¿Me ayudas a limpiar las presas, Bran?

Hizo un gesto de asentimiento. Era difícil enojarse con Meera. La chica era

mucho más alegre que su hermano y siempre parecía saber cómo hacerle sonreír. No había nada que la asustara ni la enfadara.

«Bueno, a no ser Jojen en ocasiones...» Jojen Reed podía asustar casi a cualquiera. Vestía todo de verde, sus ojos eran como el musgo oscuro, y tenía sueños verdes. Lo que Jojen soñaba se hacía realidad. «Salvo que me soñó muerto, y no lo estoy.»

Bueno, sí lo estaba, en cierta medida.

Jojen mandó a Hodor a buscar madera, y encendió una pequeña hoguera mientras Bran y Meera limpiaban el pescado y las ranas. Utilizaron el yelmo de Meera como olla, cortaron las presas en trocitos pequeños, añadieron un poco de agua y unas cebollas silvestres que Hodor había encontrado, y prepararon un estofado de ranas. No estaba tan bueno como el venado, pero tampoco sabía mal, pensó Bran mientras comía.

—Gracias, Meera —dijo—. Mi señora.

—No hay de qué, Alteza.

—Llega la mañana —anunció Jojen—; tenemos que seguir.

Bran vio que Meera se ponía tensa.

—¿Lo has soñado?

—No —admitió Jojen.

—¿Y por qué tenemos que irnos? —le preguntó su hermana—. La Torre Derruida es un buen lugar para refugiarse. No hay aldeas cerca, los bosques están llenos de caza, hay peces y ranas en los ríos y lagos... ¿Quién nos va a encontrar aquí?

—Éste no es el lugar donde tenemos que estar.

—Pero es seguro.

—Parece seguro, lo sé —dijo Jojen—. Pero ¿durante cuánto tiempo? Hubo una batalla en Invernalia; vimos los muertos. Y las batallas significan guerras. Si algún ejército nos atrapa desprevenidos...

—Podría ser el ejército de Robb —intervino Bran—. Robb volverá pronto del sur; sé que lo hará. Regresará con todos sus estandartes y echará a los hombres del hierro.

—Cuando vuestro maestre agonizaba —le recordó Jojen—, no dijo nada sobre Robb. Dijo: «Hombres del hierro en la Costa Pedregosa», y «Al este, el Bastardo de Bolton». Foso Cailin y Bosquespeso han caído; el heredero de Cerwyn ha muerto, así como el castellano de la Ciudadela de Torrhen. Dijo: «Hay guerra por todas partes; cada cual contra su vecino».

—Hemos discutido esto antes —dijo su hermana—. Quieres llegar al Muro, donde está tu cuervo de tres ojos. De acuerdo, eso está bien, pero el Muro está demasiado lejos, y Bran no tiene piernas, sólo a Hodor. Si tuviéramos caballos...

—Y si fuéramos águilas, podríamos volar —dijo Jojen con brusquedad—, pero no tenemos alas, igual que no tenemos caballos.

—Podríamos conseguirlos —replicó Meera—. Hasta en lo más profundo del Bosque de los Lobos hay cazadores, campesinos, leñadores... Algunos

tendrán caballos.

—Y si los tienen ¿qué hacemos, robarlos? ¿Somos ladrones? Lo que menos nos interesa es que nos persigan.

—Podríamos comprarlos —dijo ella—. Ofrecer algo por ellos.

—Míranos, Meera. Un chico tullido con un huargo, un gigante retrasado y dos lacustres a mil leguas del Cuello. Nos reconocerán, y el rumor se difundirá. Bran está a salvo mientras lo den por muerto. Vivo, se convertirá en una presa para todo el que quiera su muerte. —Jojen fue a la hoguera y removió las ascuas con un palo—. En algún lugar del norte nos aguarda el cuervo de tres ojos. Bran necesita un maestro más sabio que yo.

—Pero ¿cómo llegaremos, Jojen? —le preguntó su hermana—. ¿Cómo?

—Andando —respondió—. Paso a paso.

—El camino desde Aguasgrises a Invernalia fue eterno, y eso que íbamos a caballo. Quieres que hagamos un recorrido más largo a pie, sin saber siquiera dónde termina. Dices que más allá del Muro. No he estado allí, igual que tú, pero sé que es un lugar muy grande, Jojen. ¿Allí hay muchos cuervos de tres ojos o sólo uno? ¿Cómo lo vamos a encontrar?

—Quizá sea él quien nos encuentre.

Antes de que Meera supiera cómo responder, oyeron un sonido: el aullido distante de un lobo en la noche.

—*¿Verano?* —preguntó Jojen, que escuchaba con atención.

—No. —Bran conocía la voz de su huargo.

—¿Estás seguro? —dijo el pequeño Abuelo.

—Seguro. —*Verano* había ido lejos aquel día, a campo traviesa, y no regresaría hasta el crepúsculo.

«Quizá Jojen sea un verdevidente, pero no es capaz de distinguir a un lobo de un huargo.» Se preguntó por qué obedecían tanto a Jojen. No era un príncipe como Bran, ni tampoco fuerte y grande como Hodor, ni tan buen cazador como Meera, aunque, sin entender por qué, siempre era Jojen quien les decía qué había que hacer.

—Deberíamos robar caballos, como dice Meera —apuntó Bran—, y cabalgar hasta donde están los Umber, en Último Hogar. —Se detuvo a pensar un instante—. O podríamos robar un bote y navegar Cuchillo Blanco abajo hasta Puerto Blanco. Allí manda ese gordo de Lord Manderly, que se mostró tan amistoso en la fiesta de la cosecha. Quería construir naves. Quizá haya construido algunas y podamos navegar hasta Aguasdulces. y traer a casa a Robb con todo su ejército. Entonces no importaría que supieran que estoy vivo. Robb no dejaría que nadie nos hiciera daño.

—¡Hodor! —masculló Hodor—. Hodor, Hodor.

Sólo a él le gustaba el plan de Bran, aunque Meera se limitó a sonreírle y Jojen frunció el ceño. No prestaban atención a sus deseos nunca, ni siquiera por el hecho de que Bran era un Stark, y además un príncipe, y los Reed del Cuello eran vasallos de los Stark.

—Hooodor —dijo Hodor, balanceándose—. Hoooooooodor, Hoooooodor, Hodooor, Hodooor, Hodooor. —A veces le gustaba hacer eso, repetir su nombre de diferentes maneras, una y otra vez. En otras ocasiones se quedaba tan tranquilo que uno olvidaba su presencia. Con él no había manera de saber nada por anticipado—. ¡Hodor, Hodor, Hodor! —gritó.

«No va a parar», se dio cuenta Bran.

—Hodor, ¿por qué no vas fuera y te entrenas con tu espada? —le propuso. El mozo de cuadra había olvidado su espada, pero en aquel momento la recordó.

—¡Hodor! —gruñó.

Fue a buscar su arma. Tenían tres espadas, que habían cogido de varias tumbas, en las criptas de Invernalia, cuando Bran y su hermano Rickon se escondieron de los hombres del hierro de Theon Greyjoy. Bran había cogido la espada de su tío Brandon, y Meera se quedó con la que halló sobre las rodillas del abuelo de Bran. La hoja de Hodor era mucho más antigua, una enorme y pesada pieza de hierro, embotada por siglos de olvido y marcada por el óxido. Podía pasarse horas blandiéndola sin parar. Cerca de las piedras caídas había un árbol arrancado, que había golpeado con la hoja hasta casi hacerlo trocitos.

Podían oírlo a través de las paredes incluso cuando estaba fuera.

—¡Hodor! —gritaba mientras daba espadazos al árbol. Por suerte, el Bosque de los Lobos era enorme y, probablemente, no habría cerca nadie que pudiera oírlo.

—Jojen, ¿qué dijiste de un maestro? —preguntó Bran—. Tú eres mi maestro. Sé que no marqué el árbol, pero la próxima vez lo haré. Mi tercer ojo está abierto, como tú querías.

—Tan abierto que temo que te caigas dentro y vivas el resto de tu vida como un lobo del bosque.

—No lo haré, lo prometo.

—El niño lo promete. ¿Lo recordará el lobo? Tú corres con *Verano*, cazas con él, matas con él... pero te sometes a su voluntad más que él a la tuya.

—Es que se me olvidó, nada más —se quejó Bran—. Sólo tengo nueve años. Lo haré mejor cuando sea mayor. Ni siquiera Florian *el Bufón* o el príncipe Aemon, el Caballero Dragón, eran grandes guerreros cuando tenían nueve años.

—Eso es verdad —dijo Jojen—, y sería sabio decirlo si los días fueran cada vez más largos... pero no es el caso. Sé que eres un hijo del verano. Dime el lema de la Casa Stark.

—Se acerca el Invierno. —Sólo de decirlo, Bran comenzó a sentir frío.

Jojen asintió con solemnidad.

—Soñé con un lobo alado, sujeto a la tierra con cadenas de piedra, y vine a Invernalia para liberarlo. Ahora, las cadenas han desaparecido, pero no quieres volar aún.

—Enséñame entonces. —Bran temía al cuervo de tres ojos que lo acosaba a

veces en sus sueños, picoteando sin parar su entrecejo y diciéndole que volara—. Eres un verdevidente.

—No —replicó Jojen—, sólo soy un chico que sueña. Los verdevidentes eran más que eso. Eran también wargs, como lo eres tú, y el más grande de ellos podía vestir la piel de cualquier bestia que volara, nadara o se arrastrara, y también podía mirar a través de los ojos de los arcianos, y ver la verdad que subyace bajo el mundo.

»Los dioses conceden muchos tipos de dones, Bran. Mi hermana es cazadora. Le ha sido concedido el don de correr muy deprisa y de quedarse tan quieta que parece que no esté. Tiene oído fino, vista aguda y una mano firme con la red y la lanza. Puede respirar cieno y volar entre los árboles. Yo no puedo hacer nada de eso, ni tú tampoco. A mí, los dioses me han dado la videncia verde, y a ti... podrías ser mucho más que yo, Bran. Eres el lobo alado y no hay manera de decir cuán lejos y cuán alto podrás volar... si tienes a alguien que te enseñe. ¿Cómo puedo ayudarte a dominar un don que no comprendo? En el Cuello recordamos a los primeros hombres, y a los hijos del bosque, que eran sus amigos... pero hemos olvidado muchas cosas, y otras no las hemos sabido nunca.

—Si nos quedamos aquí —dijo Meera, cogiéndole la mano a Bran—, sin molestar a nadie, estarás a salvo hasta que termine la guerra. Sin embargo, únicamente podrás aprender lo que mi hermano sea capaz de enseñarte, y ya has oído lo que ha dicho. Si dejamos este lugar para buscar refugio en Último Hogar o más allá del Muro, nos arriesgamos a que nos atrapen. Sé que sólo eres un niño, pero también eres nuestro príncipe, el hijo de nuestro señor y el legítimo heredero de nuestro rey. Te hemos jurado fidelidad por la tierra y el agua, el bronce y el hierro, el hielo y el fuego. Eres tú el que se arriesga, Bran, al igual que eres tú el que posee el don. Y creo que también eres tú el que debe tomar una decisión. Somos tus servidores y acatamos tus órdenes. —Sonrió—. Al menos, en esto.

—¿Quieres decir que haréis lo que os diga? —preguntó Bran—. ¿De verdad?

—De verdad, mi príncipe —replicó la chica—, así que medítalo bien.

Bran intentó analizar el asunto de la manera en la que lo habría hecho su padre. Hother Mataputas y Mors Carroña, los tíos del Gran Jon, eran hombres fieros, pero creía que serían leales. Y los Karstark también. Bastión Kar era un castillo resistente; su padre siempre lo había dicho.

«Estaremos a salvo con los Umber o los Karstark.»

O podían dirigirse al sur, en busca del gordo Lord Manderly. En Invernalia se había reído mucho y no había mirado a Bran con tanta lástima como los otros señores. El Castillo Cerwyn estaba más cerca que Puerto Blanco, pero el maestre Luwin había dicho que Cley Cerwyn estaba muerto.

«También podrían estar muertos los Umber, los Karstark o los Manderly», comprendió. Como lo estaría él si lo atrapaban los hombres del hierro o el

Bastardo de Bolton.

Si se quedaban allí, ocultos bajo la Torre Derruida, nadie los encontraría. Seguiría con vida.

«Y tullido.»

Bran se dio cuenta de que estaba llorando.

«Niño idiota», pensó de sí mismo. No importaba adónde fuera, a Bastión Kar, a Puerto Blanco o a la Atalaya de Aguasgrises, seguiría siendo un tullido. Cerró los puños con fuerza.

—Quiero volar —les dijo—. Llevadme con el cuervo.

DAVOS

Cuando subió a cubierta, la larga punta de Marcaderiva desaparecía a popa, mientras a proa, Rocadragón se elevaba del mar. De la cima de la montaña salía una fina columna de humo para marcar el sitio donde se encontraba la isla.

«Montedragón está inquieto esta mañana —pensó Davos—, o será que Melisandre está quemando a alguien más.»

Melisandre había ocupado un lugar prioritario en sus pensamientos mientras la *Baile de Shayala* atravesaba la bahía del Aguasnegras y dejaba atrás el Gaznate, avanzando con dificultad con el viento en contra. La gran hoguera que había ardido en la cima del puesto de vigía de Punta Aguda, al final del Garfio de Massey, le recordó el rubí que ella llevaba en la garganta, y cuando el mundo se tornaba rojo a la salida y la puesta de sol, las nubes pasajeras adquirían el mismo color que las sedas y satenes de sus vestidos susurrantes.

Seguramente lo estaría esperando en Rocadragón, esperándolo con toda su belleza y su poder, con su dios y sus sombras y con el rey de Davos. Hasta ese momento, parecía que la sacerdotisa roja siempre había sido leal a Stannis.

«Lo ha destrozado como un jinete revienta a un caballo. Si pudiera, cabalgaría sobre él hasta el poder; por conseguirlo entregó a mis hijos al fuego. Le arrancaré el corazón del pecho para ver cómo arde.» Palpó la empuñadura de la fina y larga daga lysena que el capitán le había dado.

El capitán había sido muy amable con él. Se llamaba Khorane Sathmantes, un lyseno como Salladhor Saan, a quien pertenecía la nave, aunque había pasado muchos años comerciando en los Siete Reinos. Tenía los ojos de aquel color azul claro tan frecuente en Lys, hundidos en un rostro curtido por la intemperie. Cuando supo que el hombre que había sacado del mar era el famoso Caballero de la Cebolla, le cedió su camarote y su ropa, y le dio un par de botas nuevas que casi le quedaban bien. Insistió también en que Davos compartiera su comida, aunque aquello tuvo un final poco feliz. Su estómago no toleraba los caracoles, lampreas y otros platos con salsas fuertes que tanto adoraba el capitán Khorane, y la primera vez que compartió la mesa del capitán, pasó el resto del día con la cabeza o el trasero asomados por la borda.

Rocadragón se hacía más grande con cada golpe de los remos. Davos podía distinguir ya el contorno de la montaña y, a su lado, la gran ciudadela negra con sus gárgolas y torres en forma de dragón. El mascarón de bronce en la proa de la *Baile de Shayala* levantaba salpicaduras saladas al cortar las olas. Recostó el cuerpo sobre la borda, agradeciendo el apoyo. Su terrible experiencia lo había debilitado. Si estaba demasiado tiempo de pie, le temblaban las piernas, y a

veces era presa de ataques de tos incontenibles, que le hacían escupir una flema sanguinolenta.

«No es nada —se dijo a sí mismo—. Seguro que los dioses no me han salvado del fuego y el mar para matarme después de tos.»

Mientras escuchaba el batir del tambor del cómitre, los chasquidos de la vela, los rítmicos crujidos de los remos y el chapoteo que hacían al entrar en el agua, recordó sus días de juventud, cuando esos mismos sonidos lo aterrorizaban en muchas mañanas brumosas. Anunciaban que se aproximaba la guardia del mar del viejo Ser Tristimun, y la guardia del mar significaba la muerte para los contrabandistas en la época en que Aerys Targaryen ocupaba el Trono de Hierro.

«Pero aquello ocurrió en otra vida —pensó—. Antes de la nave cebolla, antes de Bastión de Tormentas, antes de que Stannis me recortara los dedos. Eso fue antes de la guerra o del cometa rojo, antes de que yo fuera caballero. En aquellos tiempos era un hombre diferente, antes de que Lord Stannis me encumbrara.»

El capitán Khorane le había contado el final de las esperanzas de Stannis el día que el río había ardido. Los Lannister habían atacado sus flancos, y sus inconstantes vasallos lo habían abandonado a centenares en la hora de mayor necesidad.

—También se vio la sombra del rey Renly —dijo el capitán—, dando espadazos a diestra y siniestra, al mando de la vanguardia del señor del león. Se dice que su armadura verde tomó el fulgor fantasmal del fuego valyrio y que en su cornamenta bailaban llamas doradas.

«La sombra de Renly.» Davos se preguntó si sus hijos también regresarían como sombras. Había visto demasiadas cosas extrañas en el mar para asegurar que los fantasmas no existían.

—¿Ninguno se mantuvo fiel? —preguntó.

—Unos pocos —respondió el capitán—. Los parientes de la Reina sobre todo. Retiramos a muchos que llevaban el zorro y las flores, aunque muchos más quedaron en la orilla con todo tipo de blasones. Ahora, Lord Florent es la Mano del Rey en Rocadragón.

La montaña se hacía más grande, coronada por un humo tenue. La vela cantaba, el tambor sonaba, los remos se movían acompasados y, al poco tiempo, la boca de la bahía se abrió ante ellos.

«Qué desierta está», pensó Davos, recordando cómo había sido antes, con multitud de naves atracadas en todos los muelles y otras más allá del rompeolas, que se mecían con el ancla echada. Veía la nave insignia de Salladhor Saan, la *Valyria*, amarrada en el mismo muelle donde la *Furia* y sus hermanas lo estuvieron una vez. Las naves que se encontraban a ambos lados de ella tenían también cascos lysenos a franjas. Buscó en vano una señal de la *Lady Marya* o de la *Espectro*.

Arriaron la vela cuando entraron en la bahía para llegar al muelle sólo con

ayuda de los remos. El capitán acudió junto a Davos cuando estaban amarrando la nave.

—Mi príncipe deseará veros enseguida.

Cuando Davos intentó responder, fue presa de un ataque de tos. Se agarró de la borda y escupió al agua.

—El Rey —susurró—. Debo ver al Rey.

«Porque donde esté el Rey estará Melisandre.»

—Nadie va a ver al Rey —replicó Khorane Sathmantes con firmeza—. Salladhor Saan os lo explicará. Id primero a verlo a él.

Davos estaba demasiado débil para llevarle la contraria. No pudo hacer otra cosa que asentir.

Salladhor Saan no estaba a bordo de su *Valyria*. Lo hallaron en otro muelle, a trescientas varas, metido en la bodega de un galeón pentoshi de casco ancho llamado *Cosecha Generosa*, revisando la carga con ayuda de dos eunucos. Uno de ellos llevaba una linterna, y el otro, una tableta de cera y un estilo.

—Treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve —enumeraba el viejo bribón cuando Davos y el capitán bajaron por la escotilla. Aquel día vestía una túnica color vino y botas altas de cuero blanco con filigrana de plata. Retiró el tapón de un ánfora y la olfateó—. La nariz me dice que la molienda es basta, y la calidad, de segunda. El manifiesto de carga dice que hay cuarenta y tres ánforas. Me pregunto dónde se habrán metido las demás. ¿Esos pentoshis creen que no sé contar? —Al ver a Davos, se detuvo de repente—. ¿Es la pimienta que me arde en los ojos o son lágrimas? ¿Es acaso el Caballero de la Cebolla quien está ante mí? No, es imposible, mi querido amigo Davos pereció en el río ardiente, todos lo dicen. ¿Por qué regresa para acosarme?

—No soy un fantasma, Salla.

—¿Y qué podrías ser? Mi Caballero de la Cebolla no estuvo nunca tan flaco ni tan pálido como tú. —Salladhor Saan se abrió camino entre las ánforas de especias y los rollos de tela que llenaban la bodega de la nave mercante, y envolvió a Davos en un abrazo arrebatador; luego le depositó un beso en cada mejilla y un tercero en la frente—. Todavía estás caliente, Ser, y noto cómo late tu corazón. ¿Será posible? El mar que te tragó te ha escupido de nuevo.

Aquello le recordó a Davos la historia de Caramanchada, el bufón idiota de la princesa Shireen. También había desaparecido bajo el mar, y cuando salió estaba loco.

«¿También estaré yo loco?» Tosió cubriéndose la boca con la mano enguantada.

—Pasé nadando bajo la cadena —dijo—, y la corriente me arrastró hasta uno de los Arpones del Rey Pescadilla. Hubiera muerto allí si la *Baile de Shayala* no me hubiera encontrado.

—Bien hecho, Khorane —dijo Salladhor Saan pasando un brazo por los hombros del capitán—. Tendrás una magnífica recompensa; deja que piense algo. Meizo Mahr, sé un buen eunuco y lleva a mi amigo Davos al camarote del

dueño del barco. Dale un poco de vino caliente con clavo. No me gusta esa tos que tiene, échale también unas gotas de lima. ¡Y lleva queso blanco y un cuenco de esas aceitunas verdes que revisamos hace un rato! Davos, enseguida me reuniré contigo, tan pronto haya terminado de hablar con nuestro buen capitán. Sé que me lo perdonarás. ¡No te comas todas las aceitunas o me enojaré contigo!

Davos dejó que el más viejo de los dos eunucos lo escoltara hasta un camarote grande y lujosamente amueblado, en la popa de la nave. Las alfombras eran gruesas, las ventanas tenían vidrios oscuros, y en cualquiera de los tres grandes butacones de cuero hubieran cabido tres Davos con toda comodidad. El queso y las aceitunas llegaron al poco tiempo, junto con una copa de vino tinto caliente. La sostuvo entre las manos y bebió a sorbitos con gratitud. El calor se le extendió por el pecho, sedándolo.

Salladhor Saan apareció poco tiempo después.

—Tienes que perdonarme por el vino, amigo mío. Esos pentoshis se beberían sus orines si fueran tintos.

—Le vendrá bien a mi pecho —dijo Davos—. El vino caliente es mejor que una compresa medicinal, decía mi madre.

—Creo que también vas a necesitarlas. Abandonado todo este tiempo en uno de los arpones, qué horror. ¿Qué te parece ese magnífico butacón? Tiene las nalgas gordas, ¿verdad?

—¿Quién? —preguntó Davos entre dos sorbitos de vino caliente.

—Illyrio Mopatis. Una ballena con patillas, te lo aseguro. Hicieron a medida esos butacones, aunque apenas los usa, ya que casi no sale de Pentos. Un hombre obeso siempre se sienta con comodidad, creo yo, porque lleva siempre consigo un cojín, vaya adonde vaya.

—¿Cómo has conseguido una nave pentoshi? —preguntó Davos—. ¿Te has vuelto pirata de nuevo, mi señor? —Puso a un lado su copa vacía.

—Una vil calumnia. ¿Quién ha sufrido más a manos de los piratas que Salladhor Saan? Yo sólo pido lo que me corresponde. Me deben mucho oro, sí, pero soy un hombre razonable, por lo que en lugar de monedas he recibido un magnífico pergamino, recién escrito. En él aparecen el nombre y el sello de Lord Alester Florent, la Mano del Rey. Me han nombrado señor de la bahía del Aguasnegras, y ninguna nave puede cruzar mis señoriales aguas sin mi señorial autorización, no. Y cuando esos forajidos intentan escapar de mí en la noche para evitar mis señoriales tasas e impuestos, no son más que contrabandistas, y estoy en mi pleno derecho de darles caza. —El viejo pirata se echó a reír—. Pero yo no le corto los dedos a nadie. ¿Para qué sirven unos trozos de dedos? Tomo las naves, la carga, algunos rescates... nada que no sea razonable. —Miró atentamente a Davos—. No te encuentras bien, amigo mío. Esa tos... Y estás tan flaco que te veo los huesos a través de la piel. Aunque lo que no veo es tu saquito de falanges...

El antiguo hábito hizo que Davos buscara con la mano el saquito de cuero que ya no llevaba al cuello.

—Lo perdí en el río.

«Junto con mi suerte.»

—Lo del río fue atroz —dijo Salladhor Saan con solemnidad—. Incluso desde la bahía, yo lo contemplaba y temblaba.

Davos tosió, escupió y volvió a toser.

—Vi arder la *Betha Negra* y la *Furia* —logró decir finalmente, con voz ronca—. ¿Ninguna de nuestras naves pudo escapar al fuego? —Una parte de él todavía albergaba esperanzas.

—La *Lord Steffon*, la *Jenna Harapos*, la *Espada Veloz*, la *Señor Risueño* y otras que estaban corriente arriba del orine de piromantes, sí. No se quemaron, pero con la cadena levantada, ninguna pudo escapar. Algunas se rindieron. La mayoría remó por el Aguasnegras y se alejó de la batalla; más tarde, sus tripulaciones las hundieron para que no cayeran en manos de los Lannister. La *Jenna Harapos* y la *Señor Risueño* se dedican a la piratería en el río, tengo entendido, pero no puedo asegurar que sea cierto.

—¿Y la *Lady Marya*? —preguntó Davos—. ¿La *Espectro*?

Salladhor Saan puso una mano en el antebrazo de Davos y se lo apretó.

—No. Ésas, no. Lo siento, amigo mío. Dale y Allard eran hombres buenos. Pero puedo darte un consuelo: tu joven Devan estaba entre los que recogimos al final. Ese chico valiente no se apartó ni un momento del lado del Rey, o al menos eso dicen.

El alivio que sintió fue tan palpable que casi se mareó. Había temido preguntar por Devan.

—La Madre es misericordiosa. Debo ir con él, Salla. Tengo que verlo.

—Sí —dijo Salladhor Saan—. Y querrás navegar hacia el cabo de la Ira, lo sé, para ver a tu esposa y a tus dos pequeñines. Estoy pensando que necesitas una nueva nave.

—Su Alteza me dará una —dijo Davos.

—Su Alteza no tiene naves —dijo el lyseno con un gesto de negación—, y Salladhor Saan tiene muchas. Las naves del Rey ardieron río arriba; las mías, no. Tendrás una, viejo amigo. Navegarás para mí, ¿verdad? Entrarás bailando en Braavos, en Myr y en Volantis, en lo más negro de la noche, sin que te vean, y saldrás bailando de nuevo, con sedas y especias. Tendremos bien llenas las bolsas, sí.

—Eres muy amable, Salla, pero debo mi lealtad al Rey, no a tu bolsa. La guerra proseguirá. Stannis sigue siendo el rey legítimo de los Siete Reinos.

—La legitimidad no ayuda cuando todas las naves arden, pienso yo. Y tu rey... Pues bien, me temo que lo hallarás algo cambiado. Desde la batalla no recibe a nadie; sólo vaga por su Tambor de Piedra. La reina Selyse mantiene la corte en su lugar, con ayuda de su tío, Lord Alester, que dice ser la Mano. Ella le ha dado el sello real a su tío para todas las cartas que escribe, incluido mi precioso pergamino. Pero lo que gobiernan es un pequeño reino, pobre y rocoso, sí. No hay oro, ni siquiera una pizca, para pagarle al fiel Salladhor Saan

lo que se le debe; sólo quedan los escasos caballeros que recogimos al final y no hay ninguna nave, sólo las pocas que tengo yo.

Una tos súbita e insistente hizo doblarse a Davos. Salladhor Saan se le acercó para ayudarlo, pero él lo detuvo con un gesto, y un instante después se recuperó.

—¿A nadie? —susurró—. ¿Qué quieres decir con eso de que no recibe a nadie? —El sonido de su voz pastosa le resultaba extraño incluso a él, y durante un momento, el camarote pareció dar vueltas a su alrededor.

—A nadie salvo a ella —respondió Salladhor Saan, y Davos no tuvo que preguntar a quién se refería—. Amigo mío, te estás agotando. Lo que necesitas es un lecho, no a Salladhor Saan. Un lecho y muchas mantas, con una compresa caliente para el pecho y más vino con clavo.

—No te preocupes por mí —dijo Davos con un gesto de negación—. Dime, Salla, tengo que saberlo. ¿Sólo a Melisandre?

El lyseno lo miró detenidamente con expresión dubitativa, y siguió hablando de mala gana.

—Los guardias echan a todos los demás, incluso a su reina y su hijita. Los sirvientes llevan comida que nadie come. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. He oído contar cosas raras, de hogueras hambrientas dentro de la montaña, de cómo Stannis y la mujer roja bajan juntos para contemplar las llamas. Dicen que hay pozos y escaleras secretas que van al corazón de la montaña, a sitios ardientes por lo que sólo ella puede caminar sin quemarse. Es más que suficiente para aterrorizar a un anciano, hasta tal punto que a veces apenas encuentra fuerzas para comer.

«Melisandre.» Davos se estremeció.

—La mujer roja es la culpable —dijo—. Mandó el fuego para que nos consumiera, para castigar a Stannis por dejarla a un lado, para enseñarle que no puede albergar esperanzas de vencer sin sus brujerías.

—No eres el primero que dice eso, amigo mío. —El lyseno escogió una gruesa aceituna del cuenco que tenían delante—. Pero en tu lugar yo no lo diría tan alto. Rocadragón está llena de hombres de esa reina. Oh, sí, y tienen buenos oídos y mejores cuchillos. —Se metió la aceituna en la boca.

—Yo también tengo un cuchillo. El capitán Khorane me lo regaló. —Sacó la daga y la puso en la mesa, entre los dos—. Un cuchillo para arrancarle el corazón a Melisandre. Si es que tiene.

Salladhor Saan escupió el hueso de la aceituna.

—Davos, mi buen Davos, no debes decir esas cosas ni en broma.

—No es ninguna broma. Tengo la intención de matarla.

«Si es que pueden matarla las armas de los mortales. —Davos no estaba muy seguro de que fuera posible. Había visto al viejo maestre Cressen poner veneno en el vino; lo había visto con sus propios ojos, pero cuando ambos bebieron de la copa envenenada, fue el maestre quien murió, y no la sacerdotisa roja—. Sin embargo, un cuchillo en el corazón... Dicen los bardos que el frío

metal puede matar hasta a los demonios.»

—Son conversaciones peligrosas, amigo mío —lo previno Salladhor Saan—. Creo que aún no te has recuperado del mar y que la fiebre te ha calcinado el entendimiento. Lo mejor es que te metas en cama para descansar bien hasta que recuperes fuerzas.

«Hasta que mi determinación flaquee, querrás decir.» Davos se levantó. Se sentía febril y algo mareado, pero eso no tenía importancia.

—Eres un viejo bribón traicionero, Salladhor Saan, pero de todos modos eres un buen amigo.

—Entonces, ¿te quedarás con este buen amigo? —preguntó el lyseno acariciándose la puntiaguda barba blanca.

—No, me marcharé —dijo entre toses.

—¿Te marcharás? ¡Pero mira cómo estás! Toses, tiemblas, estás flaco y débil. ¿Adónde piensas ir?

—Al castillo. Allí está mi cama. Y mi hijo.

—Y la mujer roja —dijo Salladhor Saan con suspicacia—. Ella también está en el castillo.

—Ella también —repitió Davos mientras envainaba la daga.

—Eres un contrabandista de cebollas, ¿qué sabes de acechar y apuñalar? Y enfermo como estás, ni siquiera puedes sostener la daga. ¿Sabes qué te ocurrirá si te atrapan? Mientras nosotros ardíamos en el río, la Reina quemaba traidores. Los llamó «sirvientes de las tinieblas», pobrecillos, y la mujer roja cantaba mientras encendían las hogueras.

«Lo sabía —pensó Davos sin sorprenderse—, lo sabía antes de que me lo contara.»

—Sacó a Lord Sunglass de las mazmorras —aventuró Davos—, y a los hijos de Hubard Rambton.

—Exacto. Y los quemó, de la misma manera que te quemará a ti. Si matas a la mujer roja, te quemarán en venganza, y si fracasas en el intento, te quemarán por haberlo intentado. Ella cantará y tú gritarás, y morirás. ¡Si apenas acabas de renacer!

—Sólo por un motivo, para hacer esto. Para poner punto final a Melisandre de Asshai y a todas sus obras. ¿Por qué otro motivo me habría devuelto el mar? Conoces la bahía del Aguasnegras tan bien como yo, Salla. Ningún capitán inteligente llevaría nunca su nave entre los Arpones del Rey Pescadilla, con el riesgo de destrozar el casco. La *Baile de Shayala* no debió acercarse a mí.

—El viento —insistió Salladhor Saan en voz alta—. Un viento desfavorable, eso es todo. El viento la desvió mucho hacia el sur.

—¿Y quién mandó el viento? La Madre me habló, Salla.

—Tu madre está muerta... —El viejo lyseno lo miraba atentamente.

—La Madre. Me bendijo con siete hijos, pero yo dejé que la quemaran. Ella me habló. Me dijo que nosotros habíamos convocado al fuego. Y además convocamos a las tinieblas. Yo llevé a Melisandre a las entrañas de Bastión de

Tormentas y contemplé cómo paría el horror. —Aún la veía en sus pesadillas, con las manos negras y huesudas sujetando los muslos mientras aquello le salía del vientre hinchado—. Ella mató a Cressen, a Lord Renly y a un hombre valiente llamado Cortnay Penrose, y también mató a mis hijos. Ahora, ha llegado el momento de que alguien la mate.

—Alguien —dijo Salladhor Saan—. Sí, exactamente: alguien. Pero no tú. Estás tan débil como un niño y no eres un guerrero. Te ruego que te quedes; hablaremos más, comerás y quizá pongamos rumbo a Braavos y contratemos a un Hombre sin Rostro para que lo haga, ¿sí? Pero tú, no; tú debes descansar y alimentarte.

«Me está poniendo esto mucho más difícil —pensó Davos con cansancio—, y ya era bastante difícil en un principio.»

—Tengo ansia de venganza en las tripas, Salla. No me deja sitio para la comida. Déjame marchar ahora. Por nuestra amistad, deséame suerte y déjame marchar.

—Creo que tú no eres un verdadero amigo —dijo Salladhor Saan, poniéndose en pie—. Cuando estés muerto, ¿quién llevará tus cenizas y tus huesos a tu esposa, quién le dirá que ha perdido a su marido y a cuatro hijos? Sólo el triste anciano Salladhor Saan. Que así sea, valiente caballero. Apresúrate hacia tu sepultura. Recogeré tus huesos en un saco y se los entregaré a los hijos que dejes detrás de ti, para que los lleven en torno al cuello, metidos en saquitos. —Hizo un ademán irritado con una mano que tenía anillos en todos los dedos—. Vete, vete, vete, vete.

—Salla... —Davos no quería marcharse así.

—Vete. Sería mejor que te quedaras, pero si quieres irte, vete.

Davos se marchó.

La caminata desde el *Cosecha Generosa* hasta las puertas de Rocadragón fue larga y solitaria. Las calles de la zona portuaria, donde antes se veían soldados, marineros y gente corriente, estaban vacías y desiertas. Donde otras veces había tropezado con cerdos que chillaban y niños desnudos sólo se veían ratas escurridizas. Sentía las piernas como gelatina, y en tres ocasiones, la tos lo sacudió con tanta fuerza que se vio obligado a detenerse y descansar. Nadie acudió en su ayuda; nadie miró ni siquiera por una ventana para averiguar qué ocurría. Las ventanas tenían los postigos cerrados, las puertas estaban atrancadas, y más de la mitad de las casas mostraba alguna señal de luto.

«Miles zarparon hacia el río Aguasnegras, y sólo retornaron unos pocos cientos —meditó Davos—. Mis hijos no perecieron solos. Que la Madre se apiade de todos ellos.»

Cuando llegó a las puertas del castillo, también las encontró cerradas. Davos golpeó con el puño la madera con remaches de hierro. Al no recibir respuesta, les dio patadas una y otra vez. Finalmente, un ballestero apareció encima de la barbacana y se asomó entre dos gárgolas que sobresalían.

—¿Quién anda ahí?

—Ser Davos Seaworth, para ver a Su Alteza —exclamó Davos echando la cabeza hacia atrás y poniéndose las manos alrededor de la boca.

—¿Estáis borracho? Largaos y dejad de hacer ruido.

Salladhor Saan se lo había advertido. Davos lo intentó de otra manera.

—Mandad a buscar a mi hijo. Devan, el escudero del Rey.

—¿Quién habéis dicho que sois? —preguntó el guardia frunciendo el ceño.

—Davos —gritó—. El Caballero de la Cebolla.

La cabeza desapareció, para reaparecer un momento después.

—Fuera de aquí. El Caballero de la Cebolla pereció en el río. Su nave ardió.

—Su nave ardió —ratificó Davos—, pero él sobrevivió y está ante vos. ¿Jate sigue siendo el capitán de la puerta?

—¿Quién?

—Jate Blackberry. Me conoce bien.

—No me suena. Probablemente estará muerto.

—Entonces Lord Chyttering.

—A ése lo conozco. Se quemó en el Aguasnegras.

—¿Will Caragarfio? ¿Hal *el Verraco*?

—Muertos los dos —dijo el ballestero, pero en el rostro se le reflejó una duda repentina—. Esperad ahí. —Desapareció de nuevo.

«Han muerto, todos han muerto —pensó Davos mientras esperaba, aturdido, recordando el enorme vientre blanco de Hal, que siempre le sobresalía por debajo del jubón manchado de grasa, la larga cicatriz que un anzuelo había dejado en la cara de Will o la manera en que Jate se quitaba la gorra delante de las mujeres, fueran cinco o cincuenta, plebeyas o de noble cuna—. Ahogados o calcinados con mis hijos y otros mil más, muertos para coronar un rey infernal.»

De repente, el ballestero regresó.

—Dad la vuelta, id al postigo y os dejarán entrar.

Davos siguió las instrucciones. Los guardias que lo hicieron pasar le resultaban desconocidos. Estaban armados con lanzas, y en el pecho llevaban el blasón del zorro y las flores de la Casa Florent. Lo escoltaron, pero no hasta el Tambor de Piedra, como él hubiera esperado, sino que lo llevaron por un camino, bajo el arco de la Cola del Dragón, que bajaba hasta el Jardín de Aegon.

—Espera aquí —le dijo el sargento.

—¿Sabe Su Alteza que he regresado? —preguntó Davos.

—Y qué coño me importa. He dicho que esperéis.

El hombre se marchó acompañado por sus lanceros.

El Jardín de Aegon tenía un agradable olor a pino, y por todas partes crecían árboles altos y oscuros. También había rosales silvestres, altos setos espinosos y una zona más húmeda donde crecían arándanos.

«¿Por qué me han traído aquí?», se preguntó, intrigado.

Entonces oyó el tintineo de cascabeles y risas infantiles, y de repente, Caramanchada el bufón salió de los matorrales arrastrando los pies tan deprisa

como podía, perseguido por la princesa Shireen.

—¡Vuelve ahora mismo! —gritaba la niña—. ¡Vuelve, Manchas!

Cuando el bufón vio a Davos, se detuvo de repente, y los cascabeles que colgaban de su puntiagudo yelmo de hojalata tintinearon con más fuerza. Se puso a cantar, dando saltos ora sobre un pie, ora sobre el otro.

—Sangre de bufón, sangre de rey, sangre en el muslo de la doncella, pero cadenas para los invitados, cadenas para el novio, sí, sí, sí.

Shireen estuvo a punto de atraparlo en aquel momento, pero en el último instante, el bufón saltó por encima de una mata de helechos y desapareció entre los árboles. La princesa lo siguió de cerca. Al mirarlos, Davos sonrió. Se volvió para toser en su mano enguantada cuando otra silueta pequeña salió corriendo del seto y chocó contra él, haciéndolo caer. El niño también cayó, pero se levantó casi al instante.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó mientras se sacudía el polvo. El cabello, negro azabache, le llegaba al cuello, y tenía los ojos de un extraordinario color azul—. No deberíais cruzaros en mi camino cuando estoy corriendo.

—No —asintió Davos—. No debería. —Mientras trataba de incorporarse, otro ataque de tos lo estremeció.

—¿Os encontráis mal? —El niño lo cogió del brazo y lo ayudó a ponerse de pie—. ¿Queréis que llame al maestre?

—Es sólo tos —dijo Davos con un gesto de negación—. Se me pasará.

—Estábamos jugando a monstruos y doncellas —explicó el niño sin darle más vueltas a lo de la tos—. Yo era el monstruo. Es un juego infantil, pero a mi prima le gusta. ¿Tenéis nombre?

—Ser Davos Seaworth.

—¿Estáis seguro? —preguntó el niño, dubitativo, alzando la vista para mirarlo—. No tenéis pinta de caballero.

—Soy el Caballero de la Cebolla, mi señor.

—¿El de la nave negra? —Los ojos azules parpadeaban.

—¿Conocéis esa historia?

—Vos le traías a mi tío Stannis pescado para comer antes de que yo naciera, cuando Lord Tyrell lo tenía bajo asedio. —El niño se irguió en toda su altura—. Soy Edric Tormenta —le informó—, hijo del rey Robert.

—Es evidente.

Davos lo había reconocido al instante. El niño tenía las orejas separadas de los Florent, pero el cabello, los ojos, la mandíbula y los pómulos eran todos Baratheon.

—¿Conocisteis a mi padre? —inquirió Edric Tormenta.

—Lo vi muchas veces cuando visitaba a vuestro tío en la corte, pero no llegamos a hablar.

—Mi padre me enseñó a combatir —dijo el niño con orgullo—. Venía a verme casi todos los años, y a veces practicábamos juntos. En mi último día del nombre me mandó una maza como ésta, aunque más pequeña. Pero me

hicieron dejarla en Bastión de Tormentas. ¿Es verdad que mi tío Stannis os cortó los dedos?

—Sólo la última falange. Aún tengo dedos, pero más cortos.

—Enseñádmelos. —Davos se quitó el guante. El niño estudió su mano con cuidado y preguntó—: ¿No os cortó el pulgar?

—No. —Davos tosió—. No, me lo dejó como estaba.

—No debió de cortaros ningún dedo —dijo el niño—. Eso estuvo mal hecho.

—Yo era contrabandista.

—Sí, pero le llevabais de contrabando cebollas y pescado.

—Lord Stannis me armó caballero por las cebollas, y me cortó los dedos por contrabandista. —Volvió a ponerse el guante.

—Mi padre no os habría cortado los dedos.

—Como digáis, mi señor.

«Robert era un hombre diferente de Stannis, eso es verdad. El niño es como él. Sí, y también como Renly.» La idea lo inquietó.

El chiquillo estaba a punto de decir algo más cuando se oyeron pasos. Davos se volvió. Ser Axell Florent llegaba por el camino del jardín; una docena de guardias con jubones enguatados lo seguía. En el pecho llevaban el corazón ardiente del Señor de la Luz.

«Hombres de la Reina», pensó Davos. De repente, comenzó a toser.

Ser Axell era bajito y musculoso, de tórax ancho, brazos gruesos, piernas algo arqueadas y orejas de las que brotaban pelos. Tío de la Reina, había servido como castellano de Rocadragón durante una década y siempre había tratado a Davos con cortesía, sabiendo que disfrutaba del favor de Lord Stannis. Pero cuando habló, en su voz no había cortesía ni amabilidad.

—Ser Davos, y no se ha ahogado. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Las cebollas flotan, Ser. ¿Habéis venido para llevarme a presencia del Rey?

—He venido para llevaros a las mazmorras. —Ser Axell hizo un gesto a sus hombres—. Detenedlo y quitadle la daga. Tiene la intención de usarla contra nuestra señora.

JAIME

Jaime fue el primero en divisar la posada. El edificio principal estaba en la orilla meridional del recodo del río. Tenía unas largas alas de poca altura extendidas a lo largo del agua, como para abrazar a los viajeros que iban corriente abajo. El piso inferior era de piedra gris; el superior, de madera encalada, y el techo, de pizarra. También se veían establos, así como un árbol cubierto de enredaderas.

—No sale humo de las chimeneas —señaló mientras se aproximaban—. Ni hay luces en las ventanas.

—La última vez que recorrí este camino, la posada estaba abierta —dijo Ser Cleos Frey—. Tenían una cerveza excelente. Quizá todavía les quede un poco en la bodega.

—Podría haber gente —dijo Brienne—. Escondida. O muerta.

—¿Os asustan unos cadáveres, moza? —preguntó Jaime.

—Me llamo... —dijo ella, clavándole los ojos.

—Brienne, lo sé. ¿No os gustaría dormir en una cama por una noche, Brienne? Estaríamos más seguros que en el río, y sería prudente averiguar qué ha ocurrido aquí.

Ella no respondió, pero un momento después empujó la barra del timón para que el esquife se dirigiera hacia el muelle de madera desgastada por la intemperie. Ser Cleos se precipitó a arriar la vela. Cuando chocaron suavemente contra el embarcadero, saltó a tierra para amarrar el bote. Jaime lo siguió, moviéndose con torpeza a causa de las cadenas.

Al final del muelle, una tablilla deteriorada colgaba de una barra de hierro; tenía pintado algo que parecía un rey arrodillado con las manos muy juntas, como entonando una plegaria. Jaime echó un vistazo y soltó una carcajada.

—Imposible encontrar una posada mejor.

—¿Se trata de algún lugar especial? —preguntó la mujer, suspicaz.

—Es la Posada del Hombre Arrodillado, mi señora —respondió Ser Cleos—. Está en el mismo lugar donde el último Rey en el Norte se arrodilló frente a Aegon *el Conquistador* como muestra de sumisión. Supongo que el de la tablilla es él.

—Torrhen trajo a sus fuerzas al sur tras la caída de los dos reyes en el Campo de Fuego —dijo Jaime—, pero cuando vio el dragón de Aegon y el tamaño de su ejército, escogió el camino de la sabiduría y dobló sus rodillas congeladas. —Se detuvo, al oír el relincho de un caballo—. Hay caballos en el establo. Al menos, uno. —«Y uno es todo lo que necesito para dejar atrás a la mujer»—. Veamos quién está en casa, ¿no os parece?

Sin esperar respuesta, Jaime recorrió tintineando el embarcadero, apoyó el hombro contra la puerta, la abrió de un empujón... y se encontró de frente con una ballesta cargada. Detrás, había un chico rechoncho de unos quince años.

—¿León, pez o lobo? —preguntó el chico.

—Preferiríamos un capón. —Jaime oyó cómo sus acompañantes entraban detrás de él—. La ballesta es un arma de cobardes.

—Pero igual atraviesa el corazón con una flecha.

—Quizá. Mas antes de que puedas volverla a cargar, mi primo hará que las tripas se te derramen por el suelo.

—No asustes al chico —dijo Ser Cleos.

—No queremos hacerte ningún daño —intervino la mujer—. Y tenemos monedas para pagar la comida y la bebida. —Sacó una pieza de plata de la bolsa.

El chico miró la moneda con suspicacia, y después se fijó en los grilletes de Jaime.

—¿Por qué lleva cadenas ése?

—Maté a varios ballesteros —replicó Jaime—. ¿Tienes cerveza?

—Sí. —El chico bajó la ballesta un par de centímetros—. Quitaos los cinturones con las espadas, dejadlos caer y quizá os demos de comer. —Volvió la cabeza para mirar por los cristales de la ventana, gruesos y con forma de rombo, para ver si había alguien más fuera—. Esa vela es de los Tully.

—Venimos de Aguasdulces.

Brienne se soltó la hebilla del cinturón y lo dejó caer al suelo. Ser Cleos la imitó.

Un hombre cetrino, de rostro enfermizo y picado de viruelas, salió por la puerta que daba al sótano con una hachuela de carnicero en la mano.

—¿Sois tres? Tenemos carne de caballo suficiente para vosotros. El animal era viejo y estaba duro, pero la carne todavía está reciente.

—¿Hay pan? —preguntó Brienne.

—Pan duro y tortas de avena también duras.

—Aquí tenemos a un posadero honesto —dijo Jaime con una sonrisa—. Todos sirven pan duro y carne correosa, pero la mayoría no se atreve a decirlo con tanta claridad.

—No soy el posadero. Lo enterré ahí detrás, con sus mujeres.

—¿Los mataste tú?

—¿Te lo diría si lo hubiera hecho? —El hombre escupió—. Parece que lo hicieron los lobos, o quizá los leones. ¿Qué importa eso? Mi mujer y yo los encontramos muertos. Y por eso consideramos que ahora el sitio nos pertenece.

—¿Dónde está esa mujer tuya? —preguntó Ser Cleos.

—¿Y para qué quieres saberlo? —preguntó a su vez el hombre, mirándolo con suspicacia—. Ella no está aquí... como no estaréis vosotros tres a no ser que me guste el sabor de vuestra plata.

Brienne le lanzó la moneda. El hombre la atrapó en el aire, la mordió y se la

guardó.

—Tiene más —comentó el chico de la ballesta.

—Claro que sí. Chico, baja y tráeme unas cebollas.

El muchacho se colgó la ballesta del hombro, les echó una última mirada malhumorada y desapareció en el sótano.

—¿Tu hijo? —preguntó Ser Cleos.

—Es sólo un niño que mi mujer y yo recogimos. Teníamos dos hijos, pero los leones mataron a uno, y el otro murió de colerina. Los Titiriteros Sangrientos asesinaron a la madre de ese chico. En estos tiempos, para dormir se necesita alguien que monte guardia. —Con la hachuela les indicó la mesa—. Será mejor que os sentéis.

La chimenea estaba apagada, pero Jaime eligió la silla más cercana a las cenizas y estiró las largas piernas bajo la mesa. El tintineo de las cadenas acompañaba cada uno de sus movimientos.

«Un sonido irritante. Antes de que termine todo esto, enroscaré esas cadenas en el cuello de la moza, a ver si le gusta.»

El hombre que no era el posadero asó tres enormes chuletones de caballo y frió las cebollas en grasa de cerdo, lo que estuvo a punto de compensar las tortas duras de avena. Jaime y Cleos bebieron cerveza, y Brienne tomó una copa de sidra.

El chico mantuvo la distancia y se apostó encima del barril de sidra con la ballesta sobre las rodillas, cargada y lista para disparar. El cocinero se sirvió un pichel de cerveza y se sentó con sus huéspedes.

—¿Qué noticias hay de Aguasdulces? —preguntó a Cleos, tomándolo por el jefe.

Ser Cleos miró a Brienne antes de responder.

—Lord Hoster está enfermo, pero su hijo defiende los vados del Forca Roja contra los Lannister. Se han librado varias batallas.

—Hay batallas por todas partes. ¿Adónde os dirigís, Ser?

—A Desembarco del Rey. —Ser Cleos se limpió la grasa de los labios.

—Entonces, sois tres tontos —resopló el anfitrión—. Lo último que escuché es que el rey Stannis está ante las murallas de la ciudad. Dicen que tiene cien mil hombres y una espada mágica.

Las manos de Jaime se cerraron en torno a la cadena que unía sus manos y la retorció, deseando tener fuerzas para partirla en dos.

«Entonces le enseñaría a Stannis dónde puede envainarse su espada mágica.»

—En vuestro lugar —siguió diciendo el hombre—, me mantendría bien lejos de ese camino Real. He oído que es muy peligroso. Hay lobos y leones, y bandas de mendigos que asaltan a todo el que encuentran.

—Miserables —dijo Ser Cleos, con desprecio—. Gente como ésa no se atreverá a molestar a hombres armados.

—Con vuestro perdón, Ser, pero veo sólo a un hombre armado, que viaja

con una mujer y un prisionero encadenado.

Brienne clavó una mirada sombría en el cocinero.

«A la moza la irrita que le recuerden que es una mujer», reflexionó Jaime, mientras retorcía de nuevo las cadenas. Notaba los eslabones duros y fríos sobre la carne, y el hierro, implacable. Las esposas le habían despellejado las muñecas.

—Quiero seguir el Tridente hasta el mar —le dijo la moza al anfitrión—. Conseguiremos monturas en Poza de la Doncella, y cabalgaremos por el Valle Oscuro y Rosby. Eso nos mantendrá lejos de lo peor de la batalla.

—No podréis llegar a Poza de la Doncella por el río —dijo el anfitrión, negando con la cabeza—. A menos de cincuenta kilómetros de aquí, el canal está bloqueado por un par de naves que ardieron y naufragaron. Allí hay una banda de forajidos que atacan a todo el que intenta pasar, y lo mismo ocurre río abajo, en torno a las Piedras Saltarinas y la isla del Ciervo Rojo. Y también han visto por allí al señor del relámpago. Cruza el río cuando quiere y cabalga en una u otra dirección; no se queda nunca quieto.

—¿Y quién es ese señor del relámpago? —preguntó Ser Cleos Frey.

—Lord Beric, si así os gusta más, Ser. Lo llaman así porque golpea con mucha celeridad, como un relámpago que cae de un cielo sin nubes. Se dice que es inmortal.

«Todos mueren cuando se los atraviesa con una espada», pensó Jaime.

—¿Sigue acompañándolo Thoros de Myr?

—Sí. El mago rojo. He oído que tiene extraños poderes.

«Bueno, tenía el poder de beber tanto como Robert Baratheon, y eran muy pocos los que podían decir eso.» En cierta ocasión, Jaime había oído a Thoros decirle al Rey que se había convertido en un sacerdote rojo porque las túnicas de ese color ocultaban bien las manchas de vino. Robert se había reído tanto que había escupido cerveza sobre todo el vestido de seda de Cersei.

—No seré yo quien objete —dijo—, pero quizá el Tridente no sea el camino más seguro para nosotros.

—Lo mismo opino —asintió el cocinero—. Incluso si lográis llegar más allá de la isla del Ciervo Rojo y no os tropezáis con Lord Beric y el mago rojo, aún tendríais por delante el Vado Rubí. Lo último que oí fue que los lobos del Señor Sanguijuela eran los dueños del vado, pero eso fue hace bastante tiempo. Ahora, podrían ser de nuevo los leones, Lord Beric o cualquier otro.

—O nadie —sugirió Brienne.

—Si mi señora quiere dejarse la piel ahí, yo no diré nada... pero en vuestro lugar, yo abandonaría el río y atajaría por tierra. Si os mantenéis lejos de la carretera principal y os refugiáis bajo los árboles... Bueno, de todos modos no me gustaría ir con vosotros, pero podríais tener una oportunidad contra los Titiriteros.

—Necesitaríamos caballos —dijo la mujer corpulenta, dubitativa.

—Aquí hay —señaló Jaime—. Oí relinchar a uno en el establo.

—Sí —dijo el posadero que no era posadero—. Hay tres bestias, pero no

están a la venta.

—Claro que no. —Jaime tuvo que reírse—. Pero, de todos modos, nos las enseñarás.

Brienne lo miró con cara de pocos amigos, pero el hombre que no era un posadero le mantuvo la mirada sin parpadear.

—Enséñamelas —dijo ella a disgusto tras un momento de silencio. Y todos se levantaron de la mesa.

No habían limpiado los establos en mucho tiempo, a juzgar por el olor. Centenares de moscas negras y gordas formaban un enjambre sobre la paja, zumbaban de cuadra en cuadra, y cubrían los montones de boñiga de caballo que había por todas partes, aunque sólo se veía a las tres bestias. Eran un trío muy desigual: un caballo de tiro color marrón, que se movía con lentitud; un anciano penco blanco, tuerto, y un corcel pinto color gris, muy brioso.

—No se venden a ningún precio —anunció su presunto dueño.

—¿Cómo has llegado a ser dueño de esas bestias? —quiso saber Brienne.

—Cuando mi mujer y yo llegamos a la posada —dijo el hombre—, el caballo de tiro estaba en el establo, junto con el que os habéis comido. El penco blanco llegó una noche, y el chico atrapó al corcel, que corría libre, llevando aún los arreos y la montura. Mirad, os los mostraré.

La silla que les mostró estaba decorada con plata repujada. La manta del forro había sido originalmente de cuadros rosados y negros, pero ya era casi toda de color pardo. Jaime no reconoció los colores originales, pero no le costó ningún esfuerzo distinguir las manchas de sangre.

—Bueno, no creo que su dueño venga a reclamarlo. —Examinó las patas del corcel y contó los dientes del penco—. Dadle una pieza de oro por el corcel, si la silla va incluida —le aconsejó a Brienne—. Una de plata por el caballo de tiro. Y debería pagarnos por quitarle el penco blanco de las manos.

—No habléis con descortesía de vuestra montura, Ser. —La mujer abrió la bolsa que le había dado Lady Catelyn y sacó tres monedas de oro—. Te pagaré un dragón por cada uno.

El hombre parpadeó y estiró la mano para coger las monedas de oro, pero vaciló y retiró la mano.

—No sé. No puedo montar un dragón de oro si tengo que huir. Ni comérmelo si tengo hambre.

—También puedes quedarte con nuestro esquife —dijo—. Podrás ir río arriba o abajo, como quieras.

—Dejadme probar un poco de ese oro. —El hombre tomó una de las monedas que ella tenía en la palma de la mano y la mordió—. Es bastante auténtico, diría yo. ¿Tres dragones y el esquife?

—Eso es un asalto descarado, moza —dijo Jaime, en tono amistoso.

—También necesitaré provisiones —le dijo Brienne a su anfitrión, soslayando a Jaime—. Cualquier cosa que podáis darnos.

—Hay más tortas de avena. —El hombre recogió los otros dos dragones de

la mano de Brienne y los sacudió dentro del puño, sonriendo al oír el tintineo—. Sí, y pescado ahumado en salazón, pero eso te costará plata. Mis camas también tienen un precio. Querréis pasar la noche.

—No —respondió Brienne al instante.

El hombre la miró, intrigado.

—Mujer, no iréis a cabalgar de noche por lugares desconocidos, con caballos que acabáis de comprar. Lo más probable es que os metáis en el fango o que uno de los caballos se rompa una pata.

—La luna brillará esta noche —dijo Brienne—. No tendremos problemas para encontrar el camino.

—Si no tenéis plata —dijo el anfitrión tras pensar un instante—, con unas monedas de cobre podéis pagar las camas, así como una o dos mantas para abrigaros. Yo no dejo a un viajero a la intemperie.

—Eso me parece bastante correcto —dijo Ser Cleos.

—Las mantas están recién lavadas. Mi esposa se ocupó de ello antes de que tuviera que marcharse. No hallaréis ni una pulga, os doy mi palabra. —Hizo tintinear de nuevo las monedas, sonriendo.

—Mi señora, una buena cama nos haría mucho bien —le dijo Ser Cleos a Brienne; se sentía claramente tentado—. Si estamos descansados por la mañana, iremos más deprisa. —Miró a su primo, en busca de apoyo.

—No, primo, la moza tiene razón. Tenemos promesas que cumplir y muchas leguas por delante. Debemos continuar.

—Pero tú mismo dijiste... —objetó Cleos.

—Eso fue antes. —«Cuando creía que la posada estaba desierta»—. Ahora tengo la barriga llena, y lo que hay que hacer es cabalgar bajo la luna. —Sonrió, mirando a la mujer—. Pero a no ser que tengáis la intención de llevarme sobre la espalda de ese caballo de tiro como un saco de harina, alguien tendría que hacer algo con respecto a estos grilletes. Es muy difícil cabalgar con los tobillos encadenados.

Brienne miró la cadena con el ceño fruncido. El hombre que no era un posadero se frotó la mandíbula.

—Hay una herrería al otro lado del establo.

—Enséñamela.

—Sí —dijo Jaime—, y cuanto antes, mejor. Detestaría pisar alguna boñiga. Para mi gusto, aquí hay demasiada mierda de caballo. Demasiada. —Clavó una mirada penetrante en la mujer, preguntándose si sería lo suficientemente lista para entender el significado.

Tenía la esperanza de que le quitara también los grilletes de las muñecas, pero Brienne todavía desconfiaba de él. Partió la cadena de los tobillos por el centro, con media docena de fuertes golpes de un martillo de herrero, dados sobre el extremo romo de un cincel de acero. Cuando sugirió que le liberara las manos, ella no le hizo el menor caso.

—A dos leguas río abajo, veréis una aldea quemada —dijo su anfitrión,

mientras los ayudaba a ensillar los caballos y cargar los bultos. Esta vez, dirigió sus consejos a Brienne—. Allí se bifurca el camino. Si os dirigís hacia el sur, llegaréis al torreón de piedra de Ser Warren. Ser Warren se marchó y murió, así que no puedo deciros en poder de quién está ahora, pero es un sitio que hay que evitar. Lo mejor sería que siguierais el sendero entre los bosques, al sureste.

—Lo haremos —respondió ella—. Tenéis mi gratitud.

«Sería más exacto decir que tiene tu oro», pensó Jaime para sus adentros. Estaba cansado de que aquella enorme vaca con cara de mujer lo despreciara constantemente.

Ella tomó para sí el caballo de tiro y cedió el corcel a Ser Cleos. La amenaza se cumplió, y a Jaime le correspondió el penco tuerto, lo que puso fin a cualquier esperanza que pudiera haber albergado de espolear a su caballo y dejar a la mujer sumida en una nube de polvo.

El hombre y el chico salieron para verlos partir. El hombre les deseó suerte y les dijo que volvieran en tiempos mejores, mientras que el chico se mantuvo en silencio, con la ballesta bajo el brazo.

—Lleva una lanza o una maza —le dijo Jaime—, te serán más útiles.

«Mira lo que se gana con consejos amistosos», pensó cuando el chico lo miró con desconfianza. Se encogió de hombros, hizo girar a su caballo y no volvió la vista atrás.

Mientras se alejaban, Ser Cleos era una queja ambulante, de luto aún por la pérdida de su lecho de plumas. Cabalgaron hacia el este, siguiendo la orilla del río bañado por la luna. El Forca Roja era allí muy ancho pero de poca profundidad; sus orillas eran puro cieno y maleza. La bestia de Jaime caminaba plácidamente, aunque el pobre bruto viejo tenía tendencia a desviarse hacia el lado de su ojo sano. Le gustaba cabalgar de nuevo. No había montado un caballo desde que los arqueros de Robb Stark mataran debajo de él a su corcel en el Bosque Susurrante.

Cuando llegaron a la aldea quemada, se encontraron con dos caminos igualmente desalentadores: dos senderos estrechos, con profundas marcas dejadas por los carretones de los campesinos que llevaban su grano al río. Uno de ellos se dirigía al sureste y desaparecía pronto entre los árboles que podían divisar en la distancia, mientras el otro, más recto y pedregoso, apuntaba directamente al sur. Brienne los consideró un instante y después dirigió su caballo al camino del sur. Jaime se sintió gratamente sorprendido; era la misma elección que él hubiera hecho.

—Pero éste es el sendero contra el que nos ha prevenido el posadero —objetó Ser Cleos.

—No era posadero. —La mujer se encorvaba, desmañada, sobre la silla, pero de todos modos parecía montar con seguridad—. Se ha interesado más de la cuenta por la ruta que íbamos a elegir, y esos bosques... son famosos escondites de bandidos. Puede que estuviera intentado meternos en una trampa.

—Moza lista. —Jaime miró sonriendo a su primo—. Me atrevería a aventurar que nuestro anfitrión tiene amigos más adelante en ese sendero. Esos cuyas bestias dejaron tan memorable aroma en el establo.

—También puede haber mentido con respecto al río, para que le compráramos estos caballos —dijo la mujer—, pero yo no me arriesgaría. Habrá soldados en el Vado Rubí y donde lo crucen los caminos.

«Será fea —pensó Jaime sonriendo de mala gana—, pero no es estúpida del todo.»

El resplandor rojizo que salía por las ventanas superiores del torreón de piedra los avisó con suficiente antelación, y Brienne los hizo marchar campo a través. Sólo cuando hubieron dejado muy atrás el torreón, giraron de nuevo y regresaron al camino.

Transcurrió la mitad de la noche antes de que la mujer considerara seguro detenerse. Para entonces, los tres cabalgaban medio dormidos. Se detuvieron en una pequeña arboleda de robles y fresnos, junto a una corriente perezosa. La mujer no permitió que encendieran fuego, por lo que compartieron una cena fría: tortas duras de avena y pescado salado. La noche era extrañamente serena. De un negro cielo de fieltro colgaba una media luna, rodeada de estrellas. En la distancia aullaban unos lobos. Uno de los caballos resoplaba, nervioso. No había ningún otro sonido.

«La guerra no ha tocado este sitio», pensó Jaime. Estaba satisfecho de encontrarse allí, contento de estar vivo y de hallarse en el camino que lo llevaría de vuelta a Cersei.

—Me encargaré de la primera guardia —le dijo Brienne a Ser Cleos, que al momento comenzó a roncar con suavidad.

Jaime se recostó en el tronco de un roble y se preguntó qué estarían haciendo en ese momento Cersei y Tyrion.

—¿Tenéis parientes, mi señora? —preguntó.

—No —contestó Brienne mirándolo de reojo, con suspicacia—. Fui el... la única hija de mi padre.

Jaime soltó una risita burlona.

—Ibais a decir el único hijo. ¿Os considera un hijo? Está claro que como hija sois rara.

Sin decir una palabra, ella le dio la espalda, con los nudillos tensos sobre la empuñadura de la espada.

«Qué ser más infeliz, pobre criatura.» Le recordaba a Tyrion de alguna extraña manera, aunque a primera vista era difícil encontrar dos personas que fueran tan dispares. Quizá fuera aquel pensamiento sobre su hermano lo que lo hizo disculparse.

—No tuve intención de ofenderos, Brienne. Perdonadme.

—Vuestros crímenes están más allá de cualquier perdón, Matarreyes.

—Otra vez ese apodo. —Jaime retorció ociosamente sus cadenas—. ¿Por qué os enojo tanto? Que yo sepa, no os he hecho daño alguno.

—Habéis hecho daño a otros. A aquellos a quienes jurasteis proteger. A los débiles, a los inocentes...

—Y... ¿al Rey? —Siempre lo mismo. Todo se remontaba a Aerys—. No supongáis que podéis juzgarme por lo que no entendéis, moza.

—Me llamo...

—Brienne, sí. ¿Os ha dicho alguien que sois tan aburrida como fea?

—No provocaréis mi ira, Matarreyes.

—Sin duda podría hacerlo si me importara lo suficiente.

—¿Por qué hicisteis el juramento? —exigió ella—. ¿Por qué vestisteis la capa blanca si teníais la intención de traicionar todo lo que implicaba?

—¿Por qué? —¿Qué podía decirle que fuera capaz de entender?—. Era un niño; tenía quince años. Era un gran honor para alguien tan joven.

—Ésa no es respuesta —replicó Brienne, desdeñosa.

«No te gustaría oír la verdad.» Se había incorporado a la Guardia Real por amor, claro.

El padre de ambos había llevado a Cersei a la corte cuando ella tenía doce años, para arreglarle una boda real. Rechazó todo lo que le ofrecían por ella y prefirió mantenerla a su lado en la Torre de la Mano, para que madurara y se hiciera todavía más bella. Sin duda, estaba esperando a que creciera el príncipe Viserys, o a que la esposa de Rhaegar muriera de parto. Elia de Dorne no había gozado nunca de buena salud.

Mientras tanto, Jaime había pasado cuatro años como escudero de Ser Sumner Crakehall, y se había ganado las espuelas contra la Hermandad del Bosque Real. Pero cuando, de camino a Roca Casterly, hizo una corta escala en Desembarco del Rey, sobre todo para ver a su hermana, Cersei se lo llevó a un lado y le susurró que Lord Tywin quería casarlo con Lysa Tully, y que incluso había invitado a Lord Hoster a la ciudad para negociar la dote. Pero si Jaime vestía el blanco, siempre podría estar cerca de ella. El anciano Ser Harlan Grandison había fallecido mientras dormía, como era propio de una persona cuyo blasón era un león dormido. Seguro que Aerys querría a un hombre joven para ocupar el lugar del difunto: ¿por qué no un león rugiente en lugar de uno dormido?

—Nuestro padre no lo consentirá —repuso Jaime.

—El Rey no se lo va a preguntar. Y cuando esté hecho, nuestro padre no podrá oponerse, al menos no de manera abierta. Aerys ordenó arrancarle la lengua a Ser Ilyn Payne por jactarse de que quien verdaderamente gobernaba los Siete Reinos era la Mano. Era el capitán de la guardia de la Mano, pero nuestro padre no se atrevió a impedirlo. Tampoco podrá impedir esto.

—Pero... —dijo Jaime—. ¿Y Roca Casterly?

—¿Qué prefieres, una roca o a mí?

Recordaba aquella noche como si hubiera sido la noche anterior. Se habían alojado en una vieja posada, en el Valle de la Anguila, bien lejos de cualquier ojo vigilante. Cersei había ido a verlo vestida como una sencilla sirvienta, lo que

por algún motivo lo excitó más aún. Jaime no la había visto nunca tan apasionada. Cada vez que intentaba dormir, ella lo despertaba de nuevo. Por la mañana, Roca Casterly parecía un precio insignificante por estar siempre cerca de ella. Dio su consentimiento, y Cersei prometió encargarse del resto.

Un mes más tarde, un cuervo real llegó a Roca Casterly para informarle de que había sido elegido para la Guardia Real. Se le ordenaba presentarse al soberano durante el gran torneo de Harrenhal, para hacer los votos y vestir la capa.

La investidura de Jaime lo liberó de Lysa Tully. Por lo demás, nada ocurrió de la forma planeada. Su padre no había estado nunca tan furioso. No podía oponerse abiertamente, Cersei había tenido razón en eso, pero renunció a su cargo como Mano con un pretexto poco convincente y volvió a Roca Casterly llevándose consigo a su hija. En lugar de estar juntos, Cersei y Jaime sólo cambiaron de sitio, y él se encontró solo en la corte, protegiendo a un rey loco, mientras cuatro hombres de poca valía se turnaron para ocupar sin éxito el peligroso cargo de su padre. Las Manos ascendían y caían con tanta rapidez que Jaime recordaba sus blasones mejor que sus rostros. La Mano cuerno de la abundancia y la Mano de los grifos bailarines fueron enviados al exilio; la Mano de la maza y la daga fue sumergido en fuego valyrio y quemado vivo. Lord Rossart había sido el último. Su blasón era una antorcha encendida; una elección desafortunada, dado el destino de su predecesor, pero habían ascendido al alquimista fundamentalmente por compartir la pasión del Rey por el fuego.

«Debí haber ahogado a Rossart en lugar de destriparlo.»

Brienne aún esperaba su respuesta.

—No tenéis edad suficiente para haber conocido a Aerys Targaryen...

—Aerys estaba loco —lo interrumpió ella sin escucharlo— y era cruel; nadie lo ha negado nunca. Pero era el rey, coronado y ungido. Y vos habíais jurado protegerlo.

—Sé lo que juré.

—¿Y qué hicisteis? —Se inclinó sobre él, casi nueve palmos de desaprobación, pecas, ceño fruncido y dientes caballunos.

—Lo mismo que hicisteis vos. Si lo que he oído es verdad, aquí los dos somos matarreyes.

—No hice ningún daño a Renly. Mataré al hombre que diga lo contrario.

—Pues empezad por Cleos. Y, después, todavía os quedarán muchos por ejecutar, a juzgar por lo que cuenta.

—Mentiras. Lady Catelyn estaba allí cuando asesinaron a Su Alteza. Ella lo vio. Había una sombra. Las velas parpadearon; el aire se enfrió y había sangre...

—Oh, qué bien. —Jaime se echó a reír—. Lo admito: sois más ocurrente que yo. Cuando me encontraron junto a mi rey muerto, no se me ocurrió decir: «No, no fui yo, fue una sombra, una terrible sombra fría». —Volvió a reírse—. Decidme, de matarreyes a matarreyes, ¿os pagaron los Stark para cortarle la

garganta o fue Stannis? ¿Renly os despreció, fue eso? O quizás teníais vuestra luna de sangre. No des nunca una espada a una moza cuando está sangrando.

Por un instante, Jaime pensó que Brienne iba a golpearlo.

«Si se me acerca un paso más, le cogeré la daga de la vaina y se la clavaré en las tripas.» Puso en tensión una pierna bajo el cuerpo, listo para saltar, pero la mujer no se movió.

—Ser un caballero es un don valioso y singular —dijo—, y más aún ser un caballero de la Guardia Real. Es un don que pocos reciben, un don que tú rechazaste y mancillaste.

«Un don que anhelas con desesperación, moza, pero que no podrás tener nunca.»

—Me gané el título. No me regalaron nada. Gané un torneo a los trece años, cuando aún era escudero. A los quince, cabalgué con Ser Arthur Dayne contra la Hermandad del Bosque Real, y él me armó caballero en el campo de batalla. Fue esa capa blanca la que me mancilló, y no al revés. Así que ahorradme vuestra envidia. Fueron los dioses los que se negaron a daros una polla, no yo.

La mirada que Brienne le dedicó rebosaba aversión.

«De no ser por su preciado juramento, me haría pedazos aquí mismo —reflexionó—. Mejor, estoy harto de su patética devoción y de que me juzgue una doncella.» La moza se alejó sin añadir ni una palabra. Jaime se acurrucó bajo la capa, con la esperanza de ver a Cersei en sueños.

Pero cuando cerró los ojos, al que vio fue a Aerys Targaryen, que paseaba en solitario por el salón del trono mientras se miraba las manos arañadas y sangrantes. El idiota se cortaba constantemente con los filos y pinchos del Trono de Hierro. Jaime había entrado sigilosamente por la puerta del rey; llevaba la armadura dorada puesta y empuñaba la espada.

«La armadura dorada, no la blanca, pero nadie se acuerda nunca de eso. Ojalá me hubiera quitado también la puta capa.»

Cuando Aerys vio sangre en la espada, preguntó si se trataba de la de Lord Tywin.

—Quiero muerto a ese traidor. Quiero su cabeza; tráeme su cabeza o arderás con los otros. Con todos los traidores. ¡Rossart dice que están dentro de las murallas! Va a darles una cálida bienvenida. ¿De quién es la sangre? ¿De quién?

—De Rossart —respondió Jaime.

Aquellos ojos violeta se abrieron como platos, y la mandíbula real se descolgó del susto. Perdió el control del vientre, se volvió y corrió hacia el Trono de Hierro. Bajo las cuencas vacías de las calaveras de las paredes, Jaime arrastró por las escaleras el cuerpo del último rey dragón, que chillaba como un cerdo y hedía a letrina. Todo lo que necesitó para acabar con él fue un tajo en la garganta.

«Fue tan fácil... —recordó—. Un rey debería morir con más dignidad. —Rossart al menos había intentado pelear, aunque a decir verdad había luchado

como un alquimista—. Qué raro que no preguntaran nunca quién había matado a Rossart... pero por supuesto, no era nadie, no era de noble cuna, fue la Mano durante dos semanas, otro loco capricho del Rey Loco.»

Ser Elys Westerling, Lord Crakehall y otros caballeros de su padre entraron al salón a tiempo para ser testigos de los últimos instantes, por lo que Jaime no tuvo manera de desaparecer y dejar que algún jactancioso cargara con las alabanzas o la culpa. Sería culpa; lo supo de inmediato cuando vio cómo lo miraban... aunque quizá se tratara de miedo. Daba lo mismo que fuera un Lannister o no; era uno de los siete de Aerys.

—El castillo es nuestro, Ser, y la ciudad —le dijo Roland Crakehall, lo que era verdad a medias.

En aquel momento, los leales a Targaryen seguían muriendo en los peldaños de las sinuosas escaleras y en la armería; Gregor Clegane y Amory Lorch escalaban las murallas del Torreón de Maegor, y Ned Stark conducía a sus norteños a través de la Puerta del Rey, pero quizá Crakehall no lo supiera. No mostró sorpresa al encontrar a Aerys asesinado; Jaime era el hijo de Lord Tywin mucho antes de ser nombrado miembro de la Guardia Real.

—Decidles que el Rey Loco está muerto —ordenó—. Perdonad a todo el que se rinda y hacedlo prisionero.

—¿Debo también proclamar a un nuevo rey? —preguntó Crakehall.

Jaime entendió la pregunta con toda claridad: ¿Será vuestro padre, Robert Baratheon, o tenéis la intención de nombrar un nuevo rey dragón? Pensó un momento en el joven Viserys, que había huido a Rocadragón, y en Aegon, el niño de Rhaegar, que se hallaba todavía en el Torreón de Maegor con su madre.

«Un nuevo rey Targaryen, y mi padre como Mano. Cómo aullarán los lobos; cómo se ahogará de rabia el señor de la tormenta.» Se sintió tentado un instante, hasta que echó de nuevo una mirada al cuerpo que yacía en el suelo en un charco de sangre cada vez mayor. «Los dos llevan su sangre», pensó.

—Proclamad a quien demonios os plazca —le dijo a Crakehall.

Entonces, subió al Trono de Hierro y se sentó con la espada sobre las piernas, para ver quién iría a reclamar el reino. Resultó ser Eddard Stark.

«Tampoco tú tienes derecho a juzgarme, Stark.»

En sus sueños, los muertos se le acercaban ardiendo, enfundados en un torbellino de llamas verdes. Jaime bailaba alrededor de ellos con una espada dorada, pero por cada uno que derribaba se levantaban dos para ocupar su lugar.

Brienne lo despertó, clavándole la bota en las costillas. El mundo aún estaba oscuro y había comenzado a llover. Desayunaron tortas de avena, pescado salado y unas zarzamoras que Ser Cleos había encontrado, y volvieron a montar los caballos antes de que saliera el sol.

TYRION

El eunuco tarareaba para sus adentros una melodía sin palabras cuando cruzó la puerta, vestido con amplias túnicas de seda color melocotón y dejando a su paso una estela de fragancia a limón. Al ver a Tyrion sentado junto al fuego, se quedó inmóvil.

—Mi señor Tyrion —graznó con una risita nerviosa.

—Vaya, ¿os acordáis de mí? Empezaba a preocuparme.

—Es magnífico veros tan fuerte y saludable. —Varys le ofreció su sonrisa más devota—. Aunque debo confesar que nunca pensé que fuera a encontraros en mis humildes aposentos.

—Son humildes. En verdad, excesivamente humildes. —Tyrion había esperado a que su padre llamara a Varys antes de colarse allí para hacerle una visita. El alojamiento del eunuco era pequeño y austero: sólo tres habitaciones sin ventanas bajo la muralla norte, cómodas y acogedoras—. Esperaba descubrir enormes cestas llenas de secretos jugosos para acortar la espera, pero aquí es imposible encontrar un papel. —También había buscado salidas secretas, porque sabía que la Araña tendría formas de ir y venir sin ser visto, pero tampoco había podido dar con ellas—. Había agua en vuestra jarra, los dioses son misericordiosos —prosiguió—. Vuestro dormitorio no es más ancho que un ataúd, y esa cama... ¿realmente es de piedra, o sólo da esa impresión?

Varys cerró la puerta y pasó el cerrojo.

—Tengo muchos dolores de espalda, mi señor, y prefiero dormir sobre una superficie dura.

—Os consideraba adicto a los lechos de pluma.

—Soy una caja de sorpresas. ¿Estáis enfadado conmigo por haberos abandonado tras la batalla?

—Eso me hizo consideraros como de la familia.

—No fue por falta de amor, mi buen señor. Tengo un espíritu muy delicado, y vuestra cicatriz es horrorosa... —Tembló con exageración—. Vuestra pobre nariz...

—Quizá debería mandarme hacer una nueva, de oro —dijo Tyrion, irritado, frotándose la costra—. ¿Qué tipo de nariz me aconsejáis, Varys? ¿Una como la vuestra, para olfatear secretos? ¿O debo decirle al herrero que quiero la nariz de mi padre? —Sonrió—. Mi noble padre trabaja con tanta diligencia que apenas puedo verlo. Decidme, ¿es verdad que ha devuelto su puesto en el Consejo Privado al Gran Maestre Pycelle?

—Es cierto, mi señor.

—¿Debo dar gracias por ello a mi dulce hermana?

Pycelle era un hombre de su hermana; Tyrion le había quitado el puesto, la barba y la dignidad, y lo había hecho encerrar en una celda oscura.

—En absoluto, mi señor. Agradecedlo a los archimaestres de Antigua, que insistieron en que se devolviera su puesto a Pycelle basándose en que sólo el Cónclave podía nombrar o revocar a un Gran Maestre.

«Idiotas de mierda», pensó Tyrion.

—Creo recordar que el verdugo de Maegor el Cruel cesó a tres con su hacha.

—Cierto —asintió Varys—, y el segundo Aegon alimentó a su dragón con el Gran Maestre Gerardys.

—Vaya, y yo sin dragones. Supongo que pude haber sumergido a Pycelle en fuego valyrio para que ardiera. ¿Habría preferido eso la Ciudadela?

—Bueno, hubiera sido algo más acorde con la tradición. —El eunuco soltó una risita ahogada—. Por suerte, se impuso el sentido común, y el Cónclave aceptó el cese de Pycelle y se dedicó a buscar un sucesor. Tras considerar detenidamente al maestre Turquin, el hijo del cordelero, y al maestre Erreck, el bastardo del caballero errante, demostrando de esa manera, para su total satisfacción, que en su orden el talento vale más que el nacimiento, el Cónclave estuvo a punto de mandarnos al maestre Gormon, un Tyrell de Altojardín. Cuando se lo dije a vuestro padre, actuó de inmediato.

El Cónclave se reunía en Antigua, a puertas cerradas, como Tyrion sabía; supuestamente, sus deliberaciones eran secretas.

«Así que Varys también tiene pajaritos en la Ciudadela.»

—Ya veo. Mi padre decidió cortar la rosa antes de que floreciera. —Se rió—. Pycelle es un sapo. Pero es mejor un sapo Lannister que un sapo Tyrell, ¿no?

—El Gran Maestre Pycelle siempre ha sido un buen amigo de vuestra Casa —dijo Varys con dulzura—. Quizá os sirva de consuelo saber que también han rehabilitado a Ser Boros Blount.

Cersei había despojado a Ser Boros de la capa blanca por no haber muerto defendiendo al príncipe Tommen cuando Bronn capturó al chico en la carretera a Rosby. El hombre no era amigo de Tyrion, pero después de aquello, había odiado a Cersei casi con la misma intensidad que él.

«Supongo que eso es algo.»

—Blount es un cobarde jactancioso —dijo en tono amistoso.

—¿De veras? Cielos. De todos modos, los caballeros de la Guardia Real, según la tradición, sirven durante toda la vida. Quizá Ser Boros demuestre ser más valiente en el futuro. Sin duda, será muy leal.

—A mi padre —apuntó intencionadamente Tyrion.

—Ya que estamos tratando el tema de la Guardia Real... Me pregunto si vuestra maravillosa e inesperada visita tendrá algo que ver con el hermano caído de Ser Boros, el galante Ser Mandon Moore. —El eunuco se acarició la mejilla empolvada—. Ese hombre vuestro, Bronn, manifiesta mucho interés por él últimamente.

Bronn había sacado a la luz todo lo que había podido sobre Ser Mandon, pero sin duda Varys, sabía muchas más cosas... y ojalá quisiera compartirlas.

—Al parecer, ese hombre no tenía amigos —dijo Tyrion con precaución.

—Es una lástima —repuso Varys—, una verdadera lástima. Si removéis suficientes piedras en el Valle podríais encontrar algún pariente, pero aquí... Fue Lord Arryn quien lo trajo a Desembarco del Rey, y Robert le puso la capa blanca, pero me temo que ninguno de los dos lo apreciaba mucho. Tampoco era de los que el pueblo llano aclama en los torneos, a pesar de su indudable destreza. Ni siquiera sus amigos de la Guardia Real lo trataban con cariño. Una vez se oyó a Ser Barristan decir que el hombre no tenía otros amigos que su espada, ni otra vida que el servicio... Pero debéis saber que no creo que lo dijera como alabanza. Lo que, sopesándolo bien, es extraño, ¿no os parece? Se podría decir que ésas son, ni más ni menos, las cualidades que buscamos en nuestra Guardia Real: hombres que no vivan para sí, sino para su rey. Bajo esa luz, nuestro valiente Ser Mandon era el perfecto caballero blanco. Y pereció como debe hacerlo un caballero de la Guardia Real, con la espada en la mano, defendiendo a un hombre que lleva la sangre del Rey. —El eunuco le sonrió con delicadeza y lo miró fijamente.

«Querrás decir intentando matar a un hombre que lleva la sangre del Rey.» Tyrion se preguntó si Varys sabía mucho más de lo que le contaba. Nada de aquello le resultaba nuevo: Bronn le había pasado la misma información. Necesitaba un vínculo con Cersei, una señal de que Ser Mandon había sido el instrumento de su hermana. «Lo que obtenemos no siempre es lo que queremos», reflexionó amargamente, lo que le recordó...

—Pero no he venido aquí por Ser Mandon.

—Desde luego. —El eunuco cruzó la habitación hasta la jarra de agua—. ¿Os sirvo, mi señor? —preguntó, mientras llenaba una copa.

—Sí. Pero no una copa de agua. —Juntó las manos—. Quiero que me traigáis a Shae.

—¿Será eso sensato, mi señor? —Varys bebió un sorbo—. Pobre niña... Sería una lástima que vuestro padre la colgara.

No lo sorprendió que Varys lo supiera.

—No, no es sensato, es una locura de mierda. Quiero verla una última vez antes de mandarla lejos. No puedo soportar tenerla tan cerca.

—Lo comprendo.

«¿Cómo podrías comprenderlo?» Tyrion la había visto el día anterior subiendo los peldaños de la escalera de caracol con una tina de agua. Había visto cómo un joven caballero se ofrecía para llevar la pesada carga. La forma en que ella le había tocado el brazo y le había sonreído hizo que a Tyrion se le hiciera un nudo en las entrañas. Se cruzaron a pocos centímetros uno del otro, él bajando y ella subiendo, tan cerca que pudo oler el aroma fresco y limpio de su cabello.

—Mi señor —le había dicho Shae con una leve reverencia, y él sintió el

deseo de estirar la mano, agarrarla y besarla en ese mismo lugar, pero lo único que pudo hacer fue una rígida inclinación de cabeza antes de seguir adelante.

—La he visto varias veces —le dijo a Varys—, pero no me atrevo a hablarle. Sospecho que vigilan todos mis movimientos.

—Sospechar eso es una señal de sensatez, mi señor.

—¿Quién?

—Los Kettleblack informan regularmente a vuestra dulce hermana.

—Cuando recuerdo cuánto dinero les pagué a esos canallas... ¿Creéis que hay alguna posibilidad de apartarlos de Cersei con mucho más dinero?

—Siempre existe esa posibilidad, pero yo no apostaría por eso. Ahora los tres son caballeros, y vuestra hermana les ha prometido puestos aún mejores. —De los labios del eunuco salió una risita malvada—. Y el mayor, Ser Osmund, de la Guardia Real, sueña también con otros... favores... No me cabe duda de que podríais igualar la oferta de la Reina moneda a moneda, pero ella tiene un segundo cofre que es casi inagotable.

«Por los siete infiernos», pensó Tyrion.

—¿Estáis insinuando que Cersei se folla a Osmund Kettleblack?

—Oh, por supuesto que no, eso sería peligrosísimo, ¿no os parece? No, la Reina sólo deja entrever... Quizá mañana, o cuando se haya celebrado la boda... Y basta con una sonrisa, un susurro, un chiste vulgar... un seno que roza levemente la manga de él cuando se cruzan... Eso parece suficiente. Pero claro, ¿qué sabe un eunuco de tales cosas?

La punta de su lengua acarició su labio inferior como un tímido animalito rosado.

«Si pudiera empujarlos a que llegaran más allá de una caricia cauta y arreglarlo todo de tal forma que nuestro padre los pescara juntos en la cama...» Tyrion se acarició la costra de la nariz. No tenía ni idea de cómo hacerlo, pero quizá más adelante se le ocurriría algún plan.

—¿Los Kettleblack son los únicos?

—Ojalá fueran sólo ellos, mi señor. Temo que hay demasiados ojos que os vigilan. Vos sois... ¿cómo expresarlo? ¿Conspicuo? Y aunque me resulte triste decirlo, no os quieren. Los hijos de Janos Slynt os delatarían con gusto sólo para vengar a su padre, y nuestro querido Lord Petyr tiene amigos en la mitad de los burdeles de Desembarco del Rey. Si sois tan insensato como para visitar alguno de ellos, él lo sabrá de inmediato, y poco después lo sabrá vuestro padre.

«Es todavía peor de lo que me temía.»

—¿Y mi padre? ¿A quién ha mandado para espiarme?

En aquella ocasión, el eunuco se rió en voz alta.

—Pues a mí, mi señor.

Tyrion lo acompañó en las carcajadas. No era tan tonto como para confiar en Varys más de lo necesario, pero el eunuco ya sabía lo bastante sobre Shae para que la colgaran sin remedio.

—Me traeréis a Shae por los muros, a escondidas de todos esos ojos. Como

lo habéis hecho en otras ocasiones.

—Oh, mi señor, nada me gustaría más, pero... —Varys se retorcía las manos—. El rey Maegor no quería ratas dentro de sus muros, si captáis lo que os quiero decir. Necesitaba una vía secreta de escape, en caso de que lo rodearan sus enemigos, pero esa puerta no conecta con ningún otro pasaje. Puedo apartar a Shae de Lady Lollys un momento, sin duda, pero no tengo manera de conducirla hasta vuestro dormitorio sin que nos vean.

—Entonces llévala a alguna otra parte.

—¿Adónde? No hay ningún sitio seguro.

—Lo hay —Tyrion hizo una mueca burlona—. Aquí. Ha llegado la hora de darle un mejor uso a esa cama de piedra, digo yo.

El eunuco abrió la boca. A continuación, soltó una risita.

—Últimamente, Lollys se cansa con facilidad. Está embarazada y ha engordado. Me imagino que estará bien dormida cuando salga la luna.

—Sea entonces cuando salga la luna. —Tyrion se incorporó de un salto—. Acordaos de dejar algo de vino. Y dos copas limpias.

—Como ordene mi señor —dijo Varys, con una reverencia.

El resto del día pareció transcurrir tan despacio como un gusano que se arrastrara por melaza. Tyrion subió a la biblioteca del castillo e intentó distraerse con la *Historia de las guerras rhoynienses*, de Beldecar, pero con la sonrisa de Shae en su mente apenas lograba ver los elefantes. Llegó la tarde, dejó el libro a un lado y pidió que le prepararan el baño. Se frotó bien hasta que el agua se enfrió, y luego hizo que Pod le recortara las patillas. Su barba era una tortura, una maraña de pelos gruesos amarillos, blancos y oscuros apelmazados en mechones, casi impresentable, pero servía para ocultarle parte del rostro y eso era lo que le hacía falta.

Cuando estuvo tan limpio, rosado y acicalado como era posible, revisó su guardarropa y escogió unos calzones ceñidos de satén, del color carmesí propio de los Lannister, y su mejor jubón, el de terciopelo grueso con la cabeza de león bordada. Se hubiera puesto también la cadena de manos doradas si su padre no se la hubiera robado mientras él yacía agonizando. Hasta que estuvo totalmente vestido no comprendió la magnitud de su locura.

«Por los siete infiernos, enano, ¿acaso has perdido la inteligencia junto con la nariz? Todo el que te vea se preguntará por qué te has puesto el traje de la corte para visitar al eunuco. —Maldiciendo, Tyrion se desnudó y volvió a vestirse con ropa más sencilla: calzones de lana negra, una vieja camisa blanca y un jubón de cuero marrón descolorido—. No importa —se dijo para sus adentros mientras esperaba a que saliera la luna—. No importa qué te pongas, seguirás siendo un enano. No serás nunca tan alto como ese caballero de las escaleras, con largas piernas, vientre duro y anchos hombros viriles.»

La luna asomaba por encima del castillo cuando le dijo a Podrick Payne que iba a visitar a Varys.

—¿Durante mucho tiempo, mi señor? —preguntó el chico.

—Oh, eso espero.

Con tanta gente en la Fortaleza Roja, Tyrion no contaba con pasar inadvertido. Ser Balon Swann estaba de guardia en la puerta, y Ser Loras Tyrell, en el puente levadizo. Se detuvo para intercambiar saludos con ambos. Era curioso ver al Caballero de las Flores vestido todo de blanco, cuando antes había sido tan vistoso como un arco iris.

—¿Cuántos años tenéis? —le preguntó Tyrion.

—Diecisiete, mi señor.

«Diecisiete años, es apuesto y, además, ya es una leyenda. La mitad de las chicas de los Siete Reinos quieren llevárselo a la cama, y todos los chicos quieren ser como él.»

—Si me perdonáis la pregunta, Ser, ¿por qué alguien con diecisiete años decide ingresar en la Guardia Real?

—El príncipe Aegon, el Caballero Dragón, hizo sus votos a los diecisiete años —respondió Ser Loras—, y vuestro hermano Jaime, a una edad inferior.

—Sé por qué lo hicieron. ¿Cuáles son vuestros motivos? ¿El honor de servir junto a caballeros ejemplares tales como Meryn Trant y Boros Blount? —Miró al muchacho con expresión burlona—. Por proteger la vida del Rey, renunciáis a la vuestra. Habéis renunciado a vuestras tierras y títulos, y abandonado la esperanza de casaros y tener hijos...

—La Casa Tyrell perdurará a través de mis hermanos —dijo Ser Loras—. Para el tercer hermano, ni casarse ni procrear es necesario.

—No es necesario, pero hay quien lo considera un placer. Y el amor, ¿qué?

—Cuando el sol se pone, no hay vela que pueda remplazarlo.

—¿Es una canción? —Tyrion ladeó la cabeza, sonriendo—. Sí, tenéis diecisiete años, ahora me doy cuenta.

—¿Os burláis de mí? —Ser Loras se puso tenso.

«Vaya, qué susceptible.»

—No. Si os he ofendido, perdonadme. Yo también tuve un gran amor, y también teníamos una canción.

«Amé a una doncella hermosa como el verano, con la luz del sol en el cabello.»

Deseó buenas noches a Ser Loras y siguió andando.

Cerca de las perreras, un grupo de hombres de armas hacía pelear a un par de perros. Tyrion se detuvo lo suficiente para ver cómo el animal más pequeño le destrozaba la mitad de la cara al más grande, y se ganó unas cuantas risotadas groseras al señalar que el perdedor se parecía a Sandor Clegane. Después, con la esperanza de haber disipado las sospechas de los hombres, siguió hasta la muralla septentrional y bajó el corto tramo de escaleras, hasta los humildes aposentos del eunuco. Cuando levantaba la mano para llamar, se abrió la puerta.

—¿Varys? —Tyrion entró—. ¿Estáis ahí?

Sólo una vela disipaba las penumbras y llenaba el aire con el perfume del

jazmín.

—Mi señor. —Una mujer entró en la zona iluminada; era corpulenta, fofa, con aspecto de matrona y cabello negro largo y ondulado—. ¿Falta algo? —preguntó.

Se dio cuenta, asombrado, de que se trataba de Varys.

—Durante un momento horrible, he pensado que me habíais traído a Lollys en lugar de Shae. ¿Dónde está?

—Aquí, mi señor. —Desde atrás, le cubrió los ojos con las manos—. ¿Podéis adivinar que ropa llevo puesta?

—¿Ninguna?

—Oh, sois tan listo —susurró, apartando las manos—. ¿Cómo lo sabíais?

—Estás muy guapa cuando no llevas nada.

—¿De veras? ¿En serio?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿no deberíais follarme en lugar de hablar conmigo?

—Tenemos antes que deshacernos de Lady Varys. No soy de esos enanos que necesitan público.

—Se ha ido —dijo Shae.

Tyrion se volvió. Era verdad. El eunuco había desaparecido, con falda y todo.

«Hay puertas secretas en algún sitio, seguro.» Eso fue todo lo que pudo pensar antes de que Shae le volviera la cabeza para besarlo. Tenía la boca húmeda y ansiosa, y no pareció ver la cicatriz ni la reciente costra que ocupaba el lugar de su nariz. La piel de ella era seda tibia bajo los dedos de él. Cuando el pulgar le acarició el pezón izquierdo, éste se endureció enseguida.

—Apresuraos —lo urgió entre besos, cuando él comenzó a desabrocharse la ropa—, oh, apresuraos, os quiero dentro de mí, dentro, dentro.

Tyrion no tuvo tiempo de desnudarse del todo. Shae le sacó la polla de los calzones, lo empujó al suelo y se le puso encima. Cuando el miembro la penetró, dejó escapar un gemido y comenzó a cabalgarlo salvajemente.

—¡Mi gigante, mi gigante, mi gigante! —gritaba cada vez que se dejaba caer sobre él. Tyrion estaba tan excitado que estalló al quinto envite, pero eso no pareció importarle a Shae, que sonrió con picardía al sentir cómo él eyaculaba y se inclinó hacia delante para besarle las cejas cubiertas de sudor—. Mi gigante Lannister —murmuró—. Quedaos dentro de mí, por favor. Me encanta sentiros ahí.

Tyrion no se movió, excepto para rodearla con los brazos.

«Es tan maravilloso abrazarla y que me abrace... —pensó—. ¿Cómo puede ser esto un crimen por el que merezca que la ahorquen?»

—Shae, cariño —le dijo—, ésta puede ser la última vez que estemos juntos. Es demasiado peligroso. Si mi señor padre te descubre...

—Me gusta vuestra cicatriz —dijo mientras la recorría con el dedo—. Hace que parezcáis muy fuerte y fiero.

—Querrás decir muy feo —se rió Tyrion.

—Mi señor no será nunca feo para mis ojos —dijo Shae, y le besó la costra que cubría el muñón destrozado de la nariz.

—No es mi cara lo que debe preocuparte, sino mi padre...

—Él no me asusta. ¿Mi señor va a devolverme ahora mis joyas y mis sedas? Cuando os hirieron en la batalla, le pregunté a Varys si podía dármelos, pero no quiso. ¿Qué destino habrían tenido si hubierais muerto?

—No he muerto. Aquí estoy.

—Lo sé. —Shae se meneó encima de él, sonriendo—. Exactamente donde debéis estar. —Frunció los labios en un gesto infantil—. ¿Y cuánto tiempo debo quedarme con Lollys, ahora que estáis bien?

—¿Me has oído? —dijo Tyrion—. Puedes quedarte con Lollys si lo deseas, pero lo mejor sería que abandonaras la ciudad.

—No quiero marcharme. Me prometisteis que me llevarías de nuevo a una casona después de la batalla. —Le dio un leve apretón con el coño, y él comenzó a endurecerse de nuevo dentro de ella—. Dijisteis que un Lannister siempre paga sus deudas.

—Shae, malditos sean los dioses, olvídate de eso. Escúchame. Tienes que marcharte. La ciudad está llena de hombres de Tyrell y me vigilan muy de cerca. No tienes ni idea del peligro...

—¿Puedo ir al banquete de bodas del Rey? Lollys no irá. Le dije que nadie la iba a violar en el salón del trono del rey, pero es tan estúpida... —Cuando Shae se apartó de él, su polla salió del cuerpo de la chica con un suave sonido húmedo—. Symon dice que habrá un torneo de bardos, otro de malabaristas y hasta uno de bufones.

Tyrion había olvidado casi por completo al bardo de Shae, tres veces maldito.

—¿Cómo conseguiste hablar con Symon?

—Le hablé a Lady Tanda de él, y ella lo tomó a su servicio con el fin de que tocara para Lollys. La música la tranquiliza cuando el bebé comienza a dar patadas. Symon dice que habrá un oso bailarín en la fiesta, y vinos del Rejo. No he visto nunca bailar a un oso.

—Lo hacen peor que yo. —Lo que le preocupaba era el bardo, no el oso. Una palabra descuidada dicha junto al oído equivocado, y ahorcarían a Shae.

—Symon dice que habrá setenta y siete platos, y cien palomas que hornearán dentro de un enorme pastel —contó Shae muy animada—. Cuando se parte la corteza, se alborotan y salen volando.

—Y después se posarán en sus perchas y dejarán caer una lluvia de mierda sobre los invitados.

Tyrion había sufrido antes a causa de semejantes pasteles. A las palomas les encantaba cagarse sobre él en particular, o al menos era lo que siempre había sospechado.

—¿No podría ponerme mis sedas y terciopelos, e ir como una dama y no

como una criada? Nadie se dará cuenta de que no soy una dama.

«Todo el mundo se dará cuenta de que no lo eres», pensó Tyrion.

—Lady Tanda podría preguntarse de dónde ha sacado tantas joyas la doncella de Lollys.

—Dice Symon que habrá mil invitados. Seguro que ni me ve. Buscaré un sitio en una esquina oscura, entre la gente de rango más bajo, pero siempre que vayáis a la letrina podré reunirme con vos. —Le agarró la polla con las dos manos y se la acarició suavemente—. No llevaré ropa interior bajo el vestido, para que mi señor no tenga que desatar nada. —Las manos de ella, arriba y abajo, lo volvían loco—. O si lo deseáis podría haceros esto... —Y se metió el miembro en la boca.

Tyrion estuvo listo al momento. Aquella vez duró mucho más. Cuando terminó, Shae se arrastró hacia él y se le acurrucó desnuda bajo el brazo.

—Me dejaréis ir, ¿verdad?

—Shae —gruñó—, es muy peligroso.

Durante un rato no dijo absolutamente nada. Tyrion intentó hablar de otras cosas, pero chocó contra una muralla de malhumorada cortesía, tan gélida e impenetrable como el Muro por el que caminara una vez en el norte.

«Benditos sean los dioses —pensó, fatigado, mientras contemplaba cómo la vela ardía hasta el final y comenzaba a derretirse—, ¿cómo he podido dejar que esto vuelva a ocurrir, después de lo que pasó con Tysha? ¿Soy tan tonto como cree mi padre?» Le habría hecho con gusto la promesa que ella quería oír; de buena gana la habría llevado del brazo a su propio dormitorio para que se pusiera las sedas y los terciopelos que tanto le gustaban. Si hubiera podido elegir, ella se sentaría a su lado en el banquete nupcial de Joffrey y bailaría con todos los osos que quisiera. Pero no podía permitir que la ahorcaran.

Cuando la vela se consumió, Tyrion se separó de ella y encendió otra. Entonces, recorrió las paredes, golpeándolas, en busca de la puerta escondida. Shae lo observaba con las piernas recogidas entre los brazos.

—Están debajo de la cama —dijo por fin—. Los escalones secretos.

—¿De la cama? —Él la miró, incrédulo—. La cama es de piedra maciza. Pesa cincuenta arrobas.

—Hay un lugar donde Varys presiona, y se levanta. Le he preguntado que cómo es posible, y dice que por arte de magia.

—Sí. —A Tyrion no le quedó más remedio que reírse—. Un conjuro de contrapesos.

—Tengo que irme. —Shae se levantó—. A veces, el bebé da pataditas, Lollys se despierta y manda a por mí.

—Varys volverá dentro de poco. Seguro que está oyendo cada palabra que decimos.

Tyrion bajó la vela. En la parte delantera de los calzones tenía una mancha húmeda, pero en la oscuridad no se vería. Le dijo a Shae que se vistiera y esperara al eunuco.

—Lo haré —prometió—. Sois mi león, ¿no es verdad? ¿Mi gigante Lannister?

—Lo soy. Y tú eres...

—Vuestra puta. —Colocó un dedo sobre los labios de él—. Lo sé. Sería vuestra dama, pero no es posible. Si lo fuera, vos mismo me llevaríais al banquete. No tiene importancia. Me gusta ser vuestra puta, Tyrion. Sólo os pido que me cuidéis, nada más, león mío, cuidadme y protegedme.

—Lo haré —prometió.

«Tonto, tonto —gritaba una voz dentro de él—. ¿Por qué has dicho eso? Viniste aquí para mandarla lejos.» En lugar de eso, volvió a besarla.

El camino de regreso le pareció largo y solitario. Podrick Payne dormía en su yacija, al pie del lecho de Tyrion, pero lo despertó.

—Bronn —dijo.

—¿Ser Bronn? —Pod se frotó los ojos para espantar el sueño—. Oh. ¿Debo traerlo ahora, mi señor?

—Pues no, te he despertado para que pudiéramos charlar un poco sobre su forma de vestir —dijo Tyrion, pero su sarcasmo fue inútil. Pod se limitó a mirarlo, confuso, hasta que él levantó las manos y dijo—: Sí, tráelo. Tráelo ahora mismo.

El chico se vistió presuroso y salió del dormitorio casi a la carrera.

«¿De veras soy tan horrible?», se preguntó Tyrion, mientras se ponía un batín y se servía un poco de vino.

Iba ya por la tercera copa y había transcurrido la mitad de la noche cuando Pod volvió seguido por el caballero mercenario.

—Espero que el chico tuviera un buen motivo para hacerme salir de la casa de Chataya —dijo Bronn mientras tomaba asiento.

—¿Estabas en la casa de Chataya? —preguntó Tyrion, asombrado.

—Ser caballero es estupendo. No hay que meterse en el burdel más barato de la calle. —Bronn sonrió—. Ahora, Alayaya y Marei se acuestan en el mismo lecho de plumas, con Ser Bronn en el centro.

Tyrion se vio obligado a tragarse su asombro. Bronn tenía tanto derecho a acostarse con Alayaya como cualquier otro hombre, pero de todos modos...

«Por mucho que quisiera hacerlo, no la toqué nunca, pero Bronn no podía saber eso. Debió mantener su polla fuera de ella.» No se atrevía a visitar a Chataya. Si lo hiciera, Cersei se ocuparía de que su padre se enterara, y Yaya sufriría algo más que unos azotes. Para disculparse, le mandaría a la chica una gargantilla de plata y jade, y un par de brazaletes a juego, pero aparte de eso... «Esto no tiene sentido.»

—Hay un bardo que dice llamarse Symon Pico de Oro —dijo Tyrion con cansancio, dejando a un lado su culpa—. A veces toca para la hija de Lady Tanda.

—¿Qué pasa con él?

«Mátalo», debió haber dicho, pero el hombre no había hecho nada más que

cantar unas cuantas canciones. «Y llenarle a Shae la cabeza de fantasías sobre palomas y osos bailarines.»

—Encuéntralo —dijo, por el contrario—. Encuéntralo antes de que otro lo haga.

ARYA

Estaba escarbando la tierra en busca de verduras en el huerto de un hombre muerto, cuando oyó la canción.

Arya se tensó, se quedó inmóvil como una estatua de piedra y escuchó sin prestar más atención a las tres zanahorias correosas que tenía en la mano. Se acordó de los Titiriteros Sangrientos y de los hombres de Roose Bolton, y un escalofrío de terror le recorrió la columna vertebral.

«No es justo, ahora que por fin habíamos encontrado el Tridente, ahora que ya casi estábamos a salvo.»

Pero ¿para qué iban a cantar los Titiriteros?

La canción llegaba hasta ella procedente del río, de más allá de la pequeña elevación que se alzaba hacia el este.

—«Voy a Puerto Gaviota, a ver a mi bella dama... Vaya, vaya, vaya.»

Arya se levantó, todavía con las zanahorias en la mano. Por el sonido, el que estaba cantando se acercaba por el camino del río. A juzgar por la expresión de su rostro, Pastel Caliente, que estaba entre los repollos, también lo había oído. Gendry se había echado a dormir a la sombra de la choza quemada, y no estaba en condiciones de oír nada.

—«Le robaré un beso con la punta de mi daga, vaya, vaya, vaya...»

Por encima del suave rumor del río, a Arya le pareció escuchar también el tañido de un una lira.

—¿Has oído eso? —le preguntó Pastel Caliente en un susurro ronco, al tiempo que estrechaba contra el pecho una brazada de repollos—. Se acerca alguien.

—Corre a despertar a Gendry —le dijo Arya—. Pero sacúdelo por el hombro, nada más, no hagas mucho ruido.

Era fácil despertar a Gendry, a diferencia de lo que pasaba con Pastel Caliente, al que había que gritar y dar de patadas.

—«Descansaremos en la sombra y la convertiré en mi dama, vaya, vaya, vaya.»

La canción se oía más fuerte con cada palabra de la letra.

Pastel Caliente abrió los brazos. Los repollos se estrellaron contra el suelo con un golpe sordo.

—¡Tenemos que escondernos!

«¿Dónde?» La choza quemada y el jardín cubierto de maleza destacaban junto a las orillas del Tridente. Más arriba, en la ribera lodosa, crecían unos cuantos sauces y juncos, pero por lo demás estaban en campo abierto. «Lo sabía: no tendríamos que haber salido de los bosques», pensó. Pero estaban tan

hambrientos que el huerto había supuesto una tentación irresistible. El pan y el queso que robaron en Harrenhal se había acabado hacía ya seis días, cuando aún estaban en lo más profundo de los bosques.

—Despierta a Gendry, coged los caballos y escondeos detrás de la choza —decidió.

Todavía quedaba un muro en pie; tal vez fuera lo bastante amplio para ocultar a dos muchachos y tres caballos. «Siempre que a los caballos no les dé por relinchar, y que al que canta no le dé por venir al huerto.»

—Y tú, ¿qué?

—Me esconderé detrás del árbol. Seguramente viene solo. Si se mete conmigo, lo mataré. ¡Venga, corre!

Pastel Caliente se alejó, y Arya soltó las zanahorias y desenvainó la espada robada por encima del hombro. Se había ceñido la funda a la espalda; la espada estaba destinada a un hombre adulto, y cuando se la colgaba de la cintura iba rebotando contra el suelo.

«Además, pesa demasiado», pensó al tiempo que añoraba a *Aguja*, como le pasaba siempre que tenía en la mano aquel objeto tosco. Pero era una espada y servía para matar. Con eso bastaba.

Se movió con pasos ligeros hasta el sauce más viejo y grande que crecía junto a la curva del camino, e hincó una rodilla en la hierba y el lodo, entre el velo de ramas.

«Eh, dioses antiguos —rezó a medida que la voz se oía más fuerte—, dioses de los árboles, escondedme y haced que pase de largo. —En aquel momento, un caballo relinchó, y la canción se interrumpió de repente—. Lo ha oído —supo Arya—, pero puede que esté solo, o a lo mejor tienen tanto miedo de nosotros como nosotros de ellos.»

—¿Has oído eso? —preguntó una voz de hombre—. Me parece que hay algo detrás de aquella pared.

—Sí —respondió una segunda voz, más grave—. ¿Qué será, Arquero?

«Así que son dos.» Arya se mordió el labio. Desde el lugar donde se encontraba de rodillas no alcanzaba a verlos; se lo impedían las ramas del sauce. Pero los oía perfectamente.

—¿Un oso?

¿Era una tercera voz, o la primera otra vez?

—Los osos tienen mucha carne —dijo la voz grave—. Y en otoño con mucha grasa, además. Bien cocinada está muy buena.

—Puede que sea un lobo. O hasta un león.

—¿De cuatro patas? ¿O de dos? ¿Tú qué crees?

—Que no importa. ¿O sí?

—Que yo sepa, no. Oye, Arquero, ¿qué vas a hacer con todas esas flechas?

—Lanzar unas cuantas por encima de la pared. Sea lo que sea lo que se esconde ahí, saldrá a toda prisa, ya verás.

—Pero oye, ¿y si el que se esconde es un hombre honrado? ¿O una pobre

mujer con un bebé de pecho?

—Un hombre honrado saldría y daría la cara. Los únicos que se esconden son los criminales.

—Pues no te falta razón. Venga, dispara las flechas.

—¡No! —les gritó Arya, poniéndose en pie de un salto.

Vio entonces que eran tres. «Sólo tres.» Syrio podía luchar contra más de tres, y ella tal vez podría contar con Pastel Caliente y con Gendry. «Pero no son más que muchachos, y éstos son hombres adultos.»

Eran tres hombres que viajaban a pie, con ropa embarrada y sucia por el viaje. Reconoció al que cantaba por la lira; la estrechaba contra su jubón como una madre acunaría a un bebé. Era menudo, aparentaba unos cincuenta años, tenía la boca grande, la nariz afilada y un cabello castaño que empezaba a ralear. Llevaba ropa verde descolorida y remendada aquí y allá con viejos parches de cuero, una sarta de cuchillos arrojadizos a la cintura y un hacha de leñador a la espalda.

El que estaba a su lado medía al menos treinta centímetros más y tenía aspecto de soldado. Del cinturón de cuero tachonado le colgaban una espada larga y una daga, llevaba cosidas en la camisa varias hileras de anillas de acero superpuestas, y se cubría la cabeza con un yelmo corto de hierro negro en forma de cono. Tenía los dientes estropeados y una barba castaña muy espesa, pero lo que más llamaba la atención era la capa amarilla con capucha. Era gruesa y pesada, con manchas aquí y allá de hierba y de sangre, deshilachada por la parte de abajo y con un parche de piel de ciervo en el hombro derecho. Hacía que pareciera un enorme pajarraco amarillo.

El último del trío era un joven tan flaco como el arco largo que llevaba, si bien no tan alto. Pelirrojo y pecoso, llevaba un chaleco tachonado, botas altas, mitones y un carcaj a la espalda. Las plumas de las flechas eran grises, de ganso, y había clavado seis en el suelo ante él, como formando una pequeña valla.

Los tres hombres la miraban. Ella estaba de pie en medio del camino con la espada en la mano. Luego, el bardo rasgueó una cuerda con gesto distraído.

—Chico —dijo—, suelta esa espada si no quieres hacerte daño. Es muy grande para ti; además, mi amigo Anguy te podría clavar tres flechas antes de que te acercaras a nosotros.

—Seguro que no —replicó Arya—. Y soy una chica.

—¿De veras? —El bardo hizo una reverencia—. Mil perdones.

—Seguid por el camino, pasad de largo, y tú, no dejes de cantar, para que sepamos dónde estáis. Marchaos, dejadnos en paz, y no os mataré.

—¿Has oído, Lim? —preguntó el arquero del rostro pecoso riéndose—. No nos matará.

—Lo he oído —dijo Lim, el soldado corpulento de la voz grave.

—Venga, niña —insistió el bardo—, suelta esa espada y te llevaremos a un lugar donde estarás a salvo y podrás llenarte la barriga. Por aquí hay lobos, leones y cosas peores todavía. No es lugar para que una chiquilla ande sola.

—No está sola. —Gendry salió a caballo de detrás de la pared de la choza, seguido por Pastel Caliente, que tiraba de las riendas del caballo de Arya. Con la cota de mallas y la espada en la mano, Gendry casi parecía un hombre adulto, y además peligroso. Pastel Caliente parecía Pastel Caliente—. Haced lo que os ha dicho: dejadnos en paz —advirtió.

—Dos y tres —contó el bardo—. ¿Ya está, no sois más? Y tenéis caballos, muy bonitos, por cierto. ¿De dónde los habéis robado?

—Son nuestros. —Arya los observó con atención. El bardo no dejaba de distraerla hablando, pero el que representaba un peligro directo era el arquero. «Si arranca una flecha del suelo...»

—¿Nos vais a decir vuestros nombres como personas honradas? —preguntó el bardo a los chicos.

—Pastel Caliente —dijo Pastel Caliente al instante.

—Vaya, qué bien —sonrió el hombre—. No se conoce todos los días a un muchacho con un nombre tan apetitoso. ¿Y cómo se llaman tus amigos, Chuletón de Carnero y Perdiz?

—No tengo por qué deciros cómo me llamo —replicó Gendry con el ceño fruncido—. Vosotros no habéis dicho vuestros nombres.

—Si es por eso, yo soy Tom de Sietecauces, pero me llaman Tom Sietecuerdas, o Tom Siete, para abreviar. Este bruto de los dientes podridos es Lim, diminutivo de Capa de Limón. Por llevar una capa amarilla, ¿ves? Además, Lim es un tipo de lo más agrio. Y nuestro amigo el jovencito se llama Anguy, aunque todos lo llamamos Arquero.

—Venga, ¿y vosotros quiénes sois? —dijo Lim con la voz grave e imperiosa que Arya había oído a través de las ramas del sauce.

—Si queréis, llamadme Perdiz —dijo Arya. No estaba dispuesta a decirle a cualquiera su verdadero nombre—. No me importa.

—Una perdiz con espada —dijo el hombretón corpulento riéndose—. Otra cosa que tampoco se ve todos los días.

—Yo soy el Toro —dijo Gendry, siguiendo los pasos de Arya.

Se comprendía perfectamente que prefiriese el nombre de Toro al de Chuletón de Carnero.

Tom de Sietecauces rasgueó la lira.

—Pastel Caliente, Perdiz y el Toro. ¿Qué, os habéis escapado de las cocinas de Lord Bolton?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Arya, intranquila.

—Llevas su blasón en el pecho, pequeña.

Arya lo había olvidado. Aún llevaba, debajo de la capa, el hermoso jubón de paje con el hombre desollado de Fuerte Terror cosido en el pecho.

—¡No me llames pequeña!

—¿Por qué no? —rió Lim—. Pequeña eres, sin duda.

—He crecido mucho. Ya no soy una niña. —Las niñas no mataban a nadie, y ella había matado.

—Eso ya lo veo, Perdiz. Si erais de Bolton, no sois niños ninguno de los tres.

—No éramos de Bolton. —Pastel Caliente era incapaz de tener la boca cerrada—. Ya estábamos en Harrenhal antes de que llegara.

—Así que sois cachorros de león, ¿eh? —dijo Tom.

—Eso tampoco. No somos de nadie. ¿Y vosotros, de quién sois?

—Somos hombres del Rey. —Fue Anguy el Arquero quien respondió.

—¿De qué rey? —Arya frunció el ceño.

—Del rey Robert —replicó Lim, el de la capa amarilla.

—¿Aquel viejo borracho? —bufó Gendry, despectivo—. Está muerto, lo mató un jabalí, eso lo sabe todo el mundo.

—Sí, muchacho —dijo Tom de Sietecauces—, y fue una verdadera pena. —Arrancó una nota triste de la lira.

Arya no creía que fueran hombres de ningún rey. Iban harapientos y zarrapastrosos; más bien parecían bandidos. Ni siquiera iban a caballo. Los hombres del Rey debían tener caballos.

Pero Pastel Caliente se apresuró a intervenir.

—Nosotros vamos a Aguasdulces —dijo, ansioso—. ¿A cuántos días a caballo está? ¿Lo sabéis?

—Cállate o te lleno la boca de piedras, idiota. —Arya lo habría matado de buena gana.

—Aguasdulces está a un buen trecho río arriba —dijo Tom—. Un buen trecho en el que se pasa mucha hambre. ¿No os apetecería una comida caliente antes de emprender la marcha? A poca distancia de aquí hay una posada; es de unos amigos nuestros. En vez de pelearnos, podríamos compartir un poco de cerveza y un bocado de pan.

—¿Una posada? —Con sólo pensar en comida caliente, a Arya le rugían las tripas, pero no se fiaba del tal Tom. Nadie que hablara de manera tan amigable era un amigo de verdad—. ¿Y dices que está cerca?

—A tres cuartos de legua río arriba —respondió Tom—. Como mucho una legua.

—¿Qué quieres decir con lo de amigos? —preguntó con cautela Gendry; parecía tan indeciso como ella.

—Pues eso, amigos. ¿No sabes qué significa?

—La posadera se llama Sharna —añadió Tom—. Tiene la lengua afilada y mirada de fiera, sí, pero con un corazón de oro, y le caen muy bien las niñitas.

—No soy ninguna niñita —replicó, furiosa—. ¿Y quién más hay allí? Has dicho «amigos».

—El esposo de Sharna y un chico huérfano que han acogido. No os harán daño. Tienen cerveza, aunque no sé yo si a vuestra edad... Habrá pan tierno y puede que un poco de carne. —Tom lanzó una mirada en dirección a la choza—. Y también lo que hayáis robado del huerto del Abuelo Calvo.

—No hemos robado nada —replicó Arya.

—Ah, ¿no? ¿Qué pasa, eres la hija del Abuelo Calvo? ¿La hermana? ¿O la

esposa? No me mientas, Perdiz. Yo mismo enterré al Abuelo Calvo ahí, bajo ese sauce tras el que te escondías. Y no te pareces en nada a él. —Arrancó de la lira un sonido triste—. Este último año hemos enterrado a muchos hombres buenos, pero no queremos enterraros a vosotros, lo juro por mi lira. Arquero, demuéstraselo.

La mano del Arquero se movió a una velocidad que Arya no habría creído posible. Su flecha le pasó silbando junto a la cabeza, a un dedo de la oreja, y fue a clavarse en el tronco del sauce que estaba a su espalda. Y ya tenía otra flecha en el arco tenso. Hasta entonces había creído que comprendía qué quería decir Syrio con «rápida como una serpiente» y «suave como la seda de verano». En aquel momento se daba cuenta de que no era así. La flecha clavada en el árbol zumbaba como una abeja.

—Has fallado —dijo.

—Peor para ti si eso es lo que piensas —dijo Anguy—. Mis flechas van adonde les digo.

—Es verdad —asintió Lim Capa de Limón.

Entre el arquero y la punta de su espada había una docena de pasos.

«No tenemos ni la menor oportunidad», comprendió Arya. Habría dado cualquier cosa por un arco como el suyo, y por tener su habilidad para manejarlo. De mala gana, bajó la pesada espada hasta que la punta tocó el suelo.

—Iremos a ver esa posada —concedió, tratando de esconder las dudas que albergaba su corazón tras una cortina de palabras osadas—. Vosotros caminad delante; nosotros os seguiremos a caballo para vigilaros.

—Delante, detrás, qué más da. —Tom de Sietecauces hizo una profunda reverencia—. Vamos, muchachos, les mostraremos el camino. Recoge esas flechas, Anguy, ya no las vamos a necesitar.

Arya envainó la espada y, siempre manteniéndose a distancia de los tres desconocidos, cruzó el camino hacia donde estaban sus amigos a caballo.

—Pastel Caliente, coge esas berzas —dijo al tiempo que montaba—. Y también las zanahorias.

Para variar, no discutió con ella. Emprendieron la marcha tal como Arya había dicho, a caballo, despacio por el camino, a una docena de pasos por detrás de los tres que iban a pie. Pero pronto se encontraron pisándoles los talones. Tom de Sietecauces caminaba despacio y le gustaba rasguear las cuerdas de la lira de vez en cuando.

—¿Os sabéis alguna canción? —les preguntó—. Daría cualquier cosa por tener alguien con quien cantar, en serio. Lim no tiene ni pizca de oído, y aquí el chico del arco sólo se sabe baladas de las Marcas, y todas tienen cien versos o más.

—En las Marcas sí que se cantan buenas canciones —señaló Anguy con voz suave.

—Cantar es una tontería —replicó Arya—. Cantando se hace ruido. Os oímos cuando aún estabais muy lejos. Os podríamos haber matado.

La sonrisa de Tom indicaba que él no opinaba lo mismo.

—Hay peores formas de morir que con una canción en los labios.

—Si hubiera lobos por aquí —protestó Lim—, nos habríamos dado cuenta. O leones. Éstos son nuestros bosques.

—Pues no sabíais que nosotros estábamos allí —dijo Gendry.

—Yo que tú no estaría tan seguro, muchacho —dijo Tom—. A veces se sabe más de lo que se dice.

—Yo me sé la canción del oso —dijo Pastel Caliente acomodándose en la silla de montar—. Bueno, un trozo.

Tom acarició las cuerdas con los dedos.

—A ver, Pastelito, vamos a ver cómo cantamos juntos. —Echó la cabeza hacia atrás y entonó—: «Había un oso, un oso, ¡un oso!, era negro, era enorme, ¡cubierto de pelo horroroso!»

Pastel Caliente lo acompañaba con entusiasmo; incluso daba saltitos en la silla al ritmo de la música. Arya lo miró, atónita. Tenía una voz bonita, y cantaba bien.

«No le había visto hacer nada bien, excepto cocinar», pensó para sus adentros.

Poco más adelante, un arroyuelo iba a desembocar al Tridente. Cuando lo estaban vadeando, la canción hizo que un pato saliera volando de los juncos. Anguy se detuvo en el acto, se descolgó el arco, puso una flecha y lo abatió. El ave fue a caer en los bajíos, no lejos de la orilla. Lim se quitó la capa amarilla y se metió en el agua hasta las rodillas para ir a recogerla, todo esto sin dejar de quejarse.

—¿Tú crees que Sharna tendrá limones en la bodega? —le preguntó Anguy a Tom mientras veían a Lim chapotear y maldecir—. Una vez, una chica de Dorne me preparó un pato con limones —recordó con melancolía.

Al llegar al otro lado del arroyo, Tom y Pastel Caliente reanudaron la canción, y Lim se colgó el pato del cinturón, bajo la capa amarilla. Sin saber cómo, las canciones hicieron que las leguas les parecieran más cortas. No tardaron mucho en divisar la posada, que se alzaba junto a la orilla del río, en el punto donde el Tridente describía una amplia curva hacia el norte. Al acercarse, Arya la observó detenidamente y con desconfianza. Se vio obligada a reconocer que no tenía aspecto de guarida de bandidos; parecía un lugar agradable, hasta hogareño, con las paredes encaladas, el tejado de tejas rojas y una columna de humo que se alzaba perezosa de la chimenea. Alrededor había establos y otras edificaciones, y detrás, una pérgola, manzanos y un pequeño huerto. La posada disponía hasta de un embarcadero propio que se adentraba en el río y...

—Gendry —dijo en voz baja, apremiante—. Mira, tienen un bote. Podríamos ir navegando a vela hasta Aguasdulces. Llegaríamos antes que a caballo.

—¿Has manejado alguna vez un bote de vela? —El chico no parecía muy convencido.

—No hay más que poner la vela; luego, el viento empuja.

—¿Y si el viento sopla en dirección contraria?

—Para eso están los remos.

—¿Contracorriente? —Gendry frunció el ceño—. Iríamos muy despacio, ¿no? ¿Y si se vuelca el bote y nos vamos al agua? Además, no es nuestro, es de la posada.

«Lo podríamos robar.» Arya se mordió el labio y no dijo nada. Desmontaron delante de los establos. No había más caballos, pero Arya advirtió que en muchas de las cuadras había excrementos recientes.

—Uno de nosotros debería quedarse a vigilar los caballos —dijo con cautela.

—No es necesario, Perdiz —dijo Tom que la había oído—. Entra y come; no les va a pasar nada.

—Ya me quedo yo —dijo Gendry, sin hacer caso del bardo—. Ven a sustituirme cuando hayas comido.

Arya asintió y echó a andar en pos de Pastel Caliente y Lim. Llevaba la espada en la vaina, cruzada a la espalda, y no apartaba la mano del puño de la daga que le había robado a Roose Bolton, por si no le gustaba lo que encontraba en el interior de la posada.

En el cartel pintado sobre la puerta se veía la imagen de algún rey de la antigüedad, que estaba de rodillas. Dentro se encontraba la sala común, donde aguardaba una mujer muy alta y fea, con la barbilla abultada y las manos en las caderas. La miró fijamente.

—No te quedes ahí, chico —bufó—. ¿O eres una chica? Qué más da, el caso es que me tapas la puerta. Entra o sal, pero de una vez. Lim, ¿qué te tengo dicho de mi suelo? Me lo estás manchando de barro.

—Hemos cazado un pato. —Lim lo cogió y lo sujetó ante él a modo de bandera de paz. La mujer se lo arrebató de la mano.

—Querrás decir que Anguy ha cazado un pato. Quítate las botas, ¿qué te pasa, eres sordo o sólo idiota? —Se dio media vuelta—. ¡Esposo! —llamó a gritos—. Sube ahora mismo; los muchachos han vuelto. ¡Esposo!

Por las escaleras de la bodega subió un hombre, con un delantal sucio, sin parar de gruñir. Le llegaba a la mujer por el hombro, tenía el rostro lleno de bultos, y la piel amarillenta y colgante con marcas de viruela.

—Ya estoy aquí, mujer, deja de gritar. ¿Qué pasa?

—Cuelga esto —le dijo al tiempo que le tendía el pato.

Anguy se le acercó arrastrando los pies por el suelo.

—Habíamos pensado que nos lo podríamos comer, Sharna. Con limones. Si tienes.

—Limones. ¿Y de dónde quieres que saquemos limones? ¿Qué te crees, idiota cara de pecas, que estamos en Dorne? ¿Por qué no te subes a un limonero de esos que tenemos y nos traes un celemín, y ya que estás, unas buenas aceitunas y unas cuantas granadas? —Lo señaló con dedo admonitorio—. Claro

que también podría prepararlo con la capa de Lim, si quieres, pero antes tendrá que estar colgado unos cuantos días. Si queréis comer, conejo o nada. Lo más rápido es conejo asado al espetón, si tenéis hambre. O también os lo puedo guisar con cerveza y cebollas.

Arya casi sentía el sabor del conejo.

—No tenemos monedas, pero te podemos ofrecer a cambio unas zanahorias y unas berzas que hemos traído.

—¿De verdad? A ver, ¿dónde están?

—Pastel Caliente, dale las berzas —dijo Arya.

El chico obedeció, aunque se acercó a la anciana con tanta alegría como si se tratara de Rorge, de Mordedor o de Vargo Hoat. La mujer examinó las verduras con detenimiento, y al muchacho, con más detenimiento todavía.

—¿Y el pastel caliente ése, dónde está?

—Aquí. Yo. Es mi nombre. Y ella es... Perdiz.

—No será en mi casa. Aquí, la comida y los comensales se llaman de maneras diferentes, para poderlos diferenciar. ¡Esposo!

Esposo había salido al exterior, pero nada más oír el grito se apresuró a entrar de nuevo.

—El pato ya está colgado. ¿Qué pasa ahora, mujer?

—Lava estas verduras —ordenó—. Los demás, sentaos mientras empiezo con los conejos. El chico os traerá algo para beber. —Bajó la vista para apuntar a Arya y a Pastel Caliente con la larga nariz—. No tengo costumbre de servir cerveza a los niños, pero nos hemos quedado sin sidra, no hay vacas que den leche y el agua del río sabe a guerra; corriente arriba está lleno de muertos. Si os sirvo un tazón de sopa lleno de moscas muertas, ¿os lo beberíais?

—Arry sí —dijo Pastel Caliente—. Perdón, quiero decir Perdiz.

—Lim también —dijo Anguy con una sonrisa maliciosa.

—Deja en paz a Lim —bufó Sharna—. Venga, cerveza para todos.

Anguy y Tom de Sietecauces ocuparon la mesa que había junto a la chimenea, mientras Lim iba a colgar la gran capa amarilla de un gancho. Pastel Caliente se dejó caer en un banco, junto a la mesa situada más cerca de la puerta, y Arya se acomodó como pudo junto a él. Tom sacó la lira.

—«En una posada solitaria del camino —cantó mientras improvisaba una melodía para acompañar la letra—, la tabernera era fea y no tenía vino.»

—Como no te calles no nos dará conejo —le advirtió Lim—. Ya sabes cómo se pone.

—¿Sabes manejar un bote de vela? —susurró Arya a Pastel Caliente, acercándose más a él.

Antes de que pudiera responder, un muchacho rechoncho, de quince o dieciséis años, apareció con picheles de cerveza. Pastel Caliente cogió el suyo con ambas manos, con gesto reverente. Bebió un sorbo y sonrió con la sonrisa más amplia que Arya le había visto jamás.

—Cerveza —susurró—. Y conejo.

—¡A la salud de Su Alteza! —exclamó alegremente Anguy el Arquero a la vez que alzaba la jarra en un brindis—. ¡Que los Siete guarden al Rey!

—A los reyes, a los doce —masculló Lim Capa de Limón. Bebió y se limpió la espuma de la boca con el dorso de la mano.

Esposo entró apresuradamente por la puerta, con el delantal lleno de verduras lavadas.

—Hay tres caballos que no conozco en el establo —les dijo, como si para ellos fuera una novedad.

—Sí —asintió Tom al tiempo que dejaba la lira a un lado—, y son mejores que los que regalasteis.

—No los regalé. —Esposo, un tanto molesto, soltó las verduras sobre una mesa—. Los vendí, a muy buen precio, y encima conseguí una barca. Además, ¿no teníais que recuperarlos vosotros?

«Lo sabía, son bandidos —pensó Arya sin dejar de escuchar. Metió la mano debajo de la mesa y tocó la empuñadura de la daga para confirmar que seguía en su sitio—. Si intentan robarnos, lo van a lamentar.»

—No pasaron por donde estábamos —dijo Lim.

—Pues hacia allí los enviamos. Seguro que estabais borrachos, o dormidos.

—¿Borrachos? ¿Nosotros? —Tom bebió un largo trago de cerveza—. Jamás.

—Tendríais que haberlos recuperado vosotros mismos —dijo Lim a Esposo.

—¿Cómo, si sólo tenía aquí al chico? Os lo dije y os lo repetí: la vieja estaba en Altozano de los Corderos, asistiendo en el parto a Fern. Y encima, lo más probable es que fuera uno de vosotros el que le puso el bastardo en la barriga a la pobre muchacha. —Lanzó una mirada agria en dirección a Tom—. Me juego lo que sea a que fuiste tú, siempre con esa lira, tocando canciones tristes sólo para quitarle las enaguas a la pobre Fern.

—Si una canción hace que una doncella desee liberarse de la ropa y sentir la dulce caricia del sol en la piel, ¿es acaso culpa del bardo? Además, el que le gustaba era Anguy. «¿Te puedo tocar el arco?», la oí decir una vez. «Oooh, qué suave y qué duro. ¿Te importa si le doy un tironcito?»

—Anguy o tú, qué más da. —Esposo soltó un bufido—. Tenéis tanta culpa como yo por lo de los caballos. ¿Sabíais que eran tres? ¿Qué puede hacer uno contra tres?

—Tres —repitió Lim, despectivo—, pero uno era una mujer y el otro iba encadenado, tú mismo nos lo contaste.

—Una mujer muy grande, y vestida de hombre —dijo Esposo con una mueca—. Y el de las cadenas... tenía unos ojos que no me gustaron nada.

—A mí, cuando no me gustan los ojos de un hombre, le clavo una flecha en uno. —Anguy sonrió por encima del pichel de cerveza.

Arya recordó la flecha que le había pasado rozando la oreja. Deseó con todas sus fuerzas saber manejar el arco. Esposo, en cambio, no parecía nada impresionado.

—Tú calla mientras los mayores estén hablando. Bébete la cerveza y cierra

el pico, o le diré a la vieja que te dé con el cazo.

—Los mayores hablan demasiado, y no hace falta que me digas que me beba la cerveza.

Para demostrarlo, bebió un buen trago. Arya lo imitó. Tras muchos días de beber de arroyos y charcos, y luego del turbio Tridente, la cerveza sabía tan bien como los sorbitos de vino que su padre le había dejado probar. De la cocina salía un aroma que le hacía la boca agua, pero sus pensamientos seguían concentrados en el bote.

«Manejarlo será más difícil que robarlo. Si esperamos hasta que estén dormidos...»

El joven criado reapareció con grandes hogazas redondas de pan. Arya arrancó un buen pedazo y lo devoró a mordiscos hambrientos. Pero costaba mucho masticarlo: era de miga densa y grumosa, y estaba quemado por abajo.

—Qué pan tan malo —dijo Pastel Caliente con una mueca nada más probarlo—. Está quemado y encima es duro.

—Te sabrá mejor cuando lo mojes en la salsa —señaló Lim.

—Mentira, no te sabrá mejor —replicó Anguy—. Pero al menos no te romperás los dientes.

—Puedes elegir, o te lo comes o te quedas con hambre —dijo Esposo—. ¿Qué pasa, tengo cara de panadero? Ya me gustaría ver si tú lo haces mejor.

—Seguro que sí —le aseguró Pastel Caliente—. Es muy fácil. Este pan lo has amasado en exceso, por eso está tan duro.

Bebió otro sorbo de cerveza y siguió hablando con entusiasmo de panes, empanadas y pasteles, de todas las cosas que tanto amaba. Arya puso los ojos en blanco.

—Perdiz —dijo Tom sentándose frente a ella—. O Arry o como quiera que te llames de verdad, esto es para ti.

Puso en la mesa de madera, entre ellos, un trozo de papel sucio. Ella lo miró con desconfianza.

—¿Qué es?

—Tres dragones de oro. Tenemos que compraros esos caballos.

—Los caballos son nuestros. —Arya le echó una mirada cautelosa.

—Quieres decir que los habéis robado con vuestras propias manos, ¿no? No es ninguna deshonra, niña. La guerra convierte en ladrones a muchos hombres honrados. —Tom dio unos golpecitos con el dedo sobre el trozo de pergamino doblado—. Te estoy pagando un precio muy bueno. Más de lo que vale ningún caballo.

Pastel Caliente cogió el pergamino y lo desdobló.

—Aquí no hay oro —protestó a gritos—. ¡No son más que letras!

—Cierto —asintió Tom—, y lo siento mucho. Pero lo haremos efectivo cuando termine la guerra; tenéis mi palabra de hombre del Rey.

—No sois hombres del Rey —le soltó Arya apartándose de la mesa y poniéndose en pie—, sois unos ladrones.

—Si te hubieras encontrado con algún ladrón de verdad, sabrías que no pagan, ni siquiera con papeles. Si os cogemos los caballos no es por nosotros, niña, es por el bien del reino, para poder desplazarnos más deprisa y pelear donde haga falta. Siempre por el Rey. ¿Le dirías que no al Rey si te pidiera tus caballos?

Todos la estaban mirando; el Arquero, el corpulento Lim, Esposo, con su rostro cetrino y aquellos ojillos taimados... Hasta Sharna la observaba desde la puerta de la cocina.

«Diga lo que diga se van a quedar con nuestros caballos —comprendió—. Y tendremos que ir andado hasta Aguasdulces, a menos que...»

—No queremos ningún papel. —De un manotazo, Arya le quitó el pergamino de la mano a Pastel Caliente—. Os cambiamos los caballos por ese bote que tenéis afuera. Pero sólo si nos enseñáis a manejarlo.

Tom de Sietecauces se quedó mirándola un instante. Luego torció la boca amplia y fea en una sonrisa pesarosa. Soltó una carcajada. Anguy se echó a reír también, y los demás no tardaron en imitarlos: Lim Capa de Limón, Sharna, Esposo, hasta el criado, que había salido de detrás de los toneles con una ballesta debajo del brazo. Arya hubiera querido gritarles, pero en vez de eso empezó a esbozar una sonrisa...

—¡Jinetes! —El grito de Gendry tenía el tono agudo de la alarma. La puerta se abrió de golpe, y el muchacho entró—. ¡Soldados! —jadeó—. Vienen por el camino del río, son una docena.

Pastel Caliente se puso en pie de un salto y se le cayó el pichel, pero Tom y los otros no mostraron señal de sobresalto.

—Qué bien, manchándome el suelo y desperdiciando la cerveza —bufó Sharna—. Siéntate y cálmate, chico, que ya sale el conejo. Y tú también, niña. Te hayan hecho lo que te hayan hecho, ya ha pasado, ahora estás entre hombres del Rey. Haremos todo lo posible por que no te pase nada.

La respuesta de Arya fue echarse la mano al hombro para sacar la espada, pero antes de que lo consiguiera, Lim la agarró por la muñeca.

—Oye, de eso nada.

Le retorció la mano hasta que soltó el puño de la espada. Tenía unos dedos duros, encallecidos, y de una fuerza aterradora.

«¡Otra vez! —pensó Arya—. Es lo mismo otra vez, igual que en el pueblo, con Chiswyck, Raff y la Montaña que Cabalga.» Le robarían la espada y volverían a convertirla en un ratón. Cerró la mano libre en torno al pichel y lo estrelló contra la cara de Lim. La cerveza salpicó los ojos del hombre; oyó el ruido de la nariz al romperse, vio manar la sangre... Él se llevó las manos a la cara, y Arya se vio libre.

—¡Corred! —gritó al tiempo que se zafaba.

Pero Lim volvió a caer sobre ella; tenía las piernas tan largas que cada una de sus zancadas valía por tres de las de Arya. Se retorció y pataleó, pero el hombre la alzó en volandas sin esfuerzo aparente y la sacudió en el aire

mientras la sangre le corría por la cara.

—¡Estate quieta, estúpida! —gritó—. ¡Basta ya!

Gendry se acercó para ayudarla, pero Tom de Sietecauces se interpuso con una daga en la mano.

Para entonces ya era tarde; no podían escapar. Oyó el ruido de caballos en el exterior, y también voces de hombres. Un instante después, por la puerta abierta entró un hombre, un tyroshi más corpulento incluso que Lim, con barba espesa teñida de verde en las puntas, pero ya encanecida. Tras él aparecieron dos ballesteros, que ayudaban a caminar a un hombre herido, y otros...

Arya jamás había visto a un grupo tan harapiento, pero sus espadas, hachas y arcos no tenían nada de zarrapastroso. Un par de ellos la miraron con curiosidad al entrar, pero ninguno dijo nada. Un hombre tuerto con un yelmo oxidado olfateó el aire y sonrió, mientras que un arquero de pelo rubio hirsuto pedía cerveza a gritos. Tras ellos entraron un lancero con el yelmo adornado con la figura de un león, un hombre de edad avanzada que cojeaba, un mercenario de Braavos, un...

—¿Harwin? —susurró Arya.

¡Era él! Debajo de la barba y el cabello enmarañados distinguió el rostro del hijo de Hullen, que solía llevarle el poni de las riendas en el patio, justaba contra el estafermo con Jon y con Robb, y bebía demasiado cuando había un banquete. Estaba más delgado; en cierto modo parecía más duro, y mientras vivió en Invernalia no había llevado barba, pero era él, ¡era uno de los hombres de su padre!

—¡Harwin! —Se retorció y se lanzó hacia delante para liberarse de la presa de Lim—. ¡Soy yo! —gritó—. ¡Harwin, soy yo! ¿No me conoces? ¡Mírame! —Se le llenaron los ojos de lágrimas, y se descubrió llorando como un bebé, como una cría idiota—. ¡Harwin, Harwin, soy yo!

Harwin le miró la cara; luego el jubón, con la imagen del hombre desollado.

—¿De qué me conoces? —preguntó, desconfiado y con el ceño fruncido—. El hombre desollado... ¿Quién eres, chico, un criado de Lord Sanguijuela?

Por un momento no supo qué responder. Había tenido tantos nombres... tal vez Arya Stark no fue más que un sueño.

—Soy una chica —sollozó—. Fui la copera de Lord Bolton, pero me iba a dejar con la Cabra, así que me escapé con Gendry y con Pastel Caliente. ¡Tienes que reconocerme! Cuando era pequeña me llevabas el poni de las riendas.

El hombre abrió los ojos como platos.

—Loados sean los dioses —exclamó con voz ahogada—. ¿Arya Entrelospiés? ¡Suéltala, Lim!

—Me ha roto la nariz. —Lim la dejó caer al suelo sin ceremonias—. Por los siete infiernos, ¿quién es?

—La hija de la Mano. —Harwin hincó una rodilla en el suelo ante ella—. Arya Stark, de Invernalia.

CATELYN

«Robb.» Lo supo en cuanto oyó el coro de ladridos en las perreras.

Su hijo había regresado a Aguasdulces, y con él, *Viento Gris*. El olor del enorme huargo era lo único que provocaba en los perros aquel frenesí de ladridos y aullidos.

«Vendrá a verme», estaba segura. Tras la primera visita, Edmure no había regresado; prefería pasar el día entero con Marq Piper y Patrek Mallister, escuchando los versos de Rymund de las Rimas acerca de la batalla del Molino de Piedra. «Pero Robb no es Edmure —pensó—. Robb querrá verme.»

Hacía días que no dejaba de llover, un aguacero frío y gris a juego con el estado de ánimo de Catelyn. Su padre estaba cada vez más débil, más delirante; sólo se despertaba para murmurar «Atanasia» y suplicar perdón. Edmure la rehuía, y Ser Desmond Grell seguía negándose a permitir que se moviera por el castillo libremente, por mucho que pareciera dolerle. Lo único que la animó un poco fue el regreso de Ser Robin Ryger y sus hombres, agotados y calados hasta los huesos. Al parecer, habían regresado a pie. Sin saber cómo, el Matarreyes había conseguido hundir su galera y escapar, según le confió el maestre Vyman. Catelyn pidió permiso para hablar con Ser Robin y averiguar qué había sucedido exactamente, pero se lo negaron.

No era lo único que iba mal. El día que regresó su hermano, pocas horas después de que discutieran, Catelyn había oído voces airadas abajo, en el patio. Cuando subió a la azotea para ver qué pasaba, había grupos de hombres reunidos junto a la puerta de entrada. Estaban sacando caballos de los establos, ya ensillados y con riendas, y se oían gritos, aunque estaba demasiado lejos para distinguir las palabras. Uno de los estandartes blancos de Robb estaba tirado en el suelo, y uno de los caballeros hizo dar la vuelta a su caballo para pisotear el huargo mientras picaba espuelas y se dirigía hacia la entrada. Muchos otros lo imitaron.

«Esos hombres lucharon junto a Edmure en los vados —pensó—. ¿Qué ha pasado, por qué están tan furiosos? ¿Acaso mi hermano los ha ofendido, los ha insultado de alguna manera?» Le pareció reconocer a Ser Perwyn Frey, que había viajado con ella a Puenteamargo y a Bastión de Tormentas, y también la había acompañado en el regreso, y a su hermanastro bastardo, Martyn Ríos, pero desde tanta altura no estaba segura. Por las puertas del castillo salieron cerca de cuarenta hombres, sin que ella supiera por qué.

No volvieron. El maestre Vyman se negó a decirle quiénes eran, adónde habían ido o por qué estaban tan furiosos.

—Estoy aquí para cuidar de vuestro padre, mi señora —dijo—, nada más.

Vuestro hermano será pronto el señor de Aguasdulces. Si quiere que sepáis algo, os lo tendrá que decir él.

Pero Robb regresaba del oeste, un regreso triunfal. «Me perdonará —se dijo Catelyn—. Tiene que perdonarme, es mi hijo, mi propio hijo. Arya y Sansa son sangre de su sangre, igual que yo. Me liberará de estas habitaciones y entonces sabré qué ha pasado.»

Cuando Ser Desmond acudió a buscarla, ya se había bañado, estaba vestida y se había cepillado la melena castaña rojiza.

—El rey Robb ha regresado, mi señora —dijo el caballero—. Ordena que os presentéis ante él en la sala principal.

Era el momento que había soñado y temido. «¿He perdido dos hijos, o tres?» No tardaría en saberlo.

Cuando llegaron, la sala estaba abarrotada. Todos los ojos estaban fijos en el estrado, pero Catelyn conocía las espaldas: la cota de mallas parcheada de Lady Mormont; el Gran Jon y su hijo, que superaban en estatura a todos los presentes; el pelo blanco de Lord Jason Mallister, que llevaba el yelmo alado debajo del brazo; Tytos Blackwood con su magnífica capa de plumas de cuervo...

«La mitad de ellos querría ahorcarme al momento. La otra mitad puede que se limitara a mirar hacia otro lado.» Además, tenía la inquietante sensación de que faltaba alguien. «Robb ya no es un niño —comprendió con una punzada de dolor al verlo de pie en el estrado—. Tiene dieciséis años, es un hombre. No hay más que verlo.» La guerra le había afilado las curvas del rostro, y tenía los rasgos finos y duros. Se había afeitado, pero el pelo castaño rojizo le caía hasta los hombros. Las recientes lluvias le habían oxidado la armadura y dejado manchas marrones en el blanco de la capa y el jubón. O quizá fueran manchas de sangre. En la cabeza lucía la corona de espadas de bronce y de hierro que le habían hecho. «Ya se siente más cómodo con ella. La lleva como un rey.»

Edmure estaba en el estrado lleno de gente, con la cabeza inclinada en gesto de modestia mientras Robb alababa su victoria.

—Los caídos en el Molino de Piedra jamás serán olvidados. No es de extrañar que Lord Tywin huyera para luchar contra Stannis. Ya había tenido su ración de norteños y de ribereños. —Aquello provocó una explosión de carcajadas y aclamaciones, y Robb alzó una mano para pedir silencio—. Pero no nos llamemos a error. Los Lannister atacarán de nuevo, y habrá otras batallas antes de que el reino esté a salvo...

—¡El Rey en el Norte! —rugió el Gran Jon al tiempo que alzaba el puño enfundado en el guantelete.

—¡El Rey del Tridente! —fue el grito de respuesta de los señores del río.

La sala se llenó de gritos, puños alzados en el aire y pies que golpeaban el suelo.

En medio del tumulto, sólo unos pocos advirtieron la presencia de Catelyn y Ser Desmond, pero avisaron a los demás a codazos, y pronto se hizo el

silencio en torno a ella. Mantuvo la cabeza erguida e hizo caso omiso de las miradas.

«Que piensen lo que quieran. Lo único que importa es lo que diga Robb.»

Se sintió reconfortada al ver el rostro arrugado de Ser Brynden Tully en el estrado. Al parecer, el escudero de Robb era un muchachito al que no conocía de nada. Tras él había un caballero joven con una sobrevesta color arena adornada con conchas marinas, y otro de más edad cuyo blasón eran tres pimenteros negros en una banda color azafrán sobre un campo de barras de sinople y plata. Entre ellos había una mujer de cierta edad muy atractiva, y una joven que parecía su hija. También vio a una niña que tendría la edad de Sansa. Catelyn sabía que las conchas marinas eran el blasón de una casa menor; en cambio, no reconoció las divisas del hombre de más edad.

«¿Serán prisioneros?» Pero ¿para qué haría Robb subir a los prisioneros al estrado?

Utherydes Wayn golpeó el suelo con el bastón de ceremonias mientras Ser Desmond la escoltaba hacia el estrado.

«Si Robb me mira como me miró Edmure, no sé qué voy a hacer.» Pero lo que brillaba en los ojos de su hijo no era rabia, sino otra cosa... ¿tal vez temor? Aquello no tenía sentido. ¿Por qué iba a tener miedo él? Era el Joven Lobo, el Rey del Tridente y del Norte.

Su tío fue el primero en darle la bienvenida. Tan pez negro como siempre, a Ser Brynden le importaban un bledo las opiniones de los demás. Bajó del estrado y estrechó a Catelyn entre sus brazos.

—Cuánto me alegro de que estés en casa, Cat —le dijo, y ella tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para mantener la compostura.

—Yo también me alegro de que estés aquí —susurró.

—Madre.

Catelyn alzó los ojos para mirar a su hijo, tan alto y tan regio.

—Alteza, he rezado por tu regreso sano y salvo. Me dijeron que te habían herido.

—Una flecha en el brazo, en el asalto al Risco. Pero se ha curado bien. Recibí los mejores cuidados posibles.

—Los dioses son bondadosos. —Catelyn respiró profundamente. «Dilo de una vez. No hay manera de evitarlo»—. Ya te habrán dicho lo que hice. ¿Te dijeron también por qué?

—Por las chicas.

—Tenía cinco hijos. Ahora tengo tres.

—Sí, mi señora. —Lord Rickard Karstark empujó a un lado al Gran Jon para acercarse al estrado, como un espectro sombrío, con la cota de mallas negra, la barba gris descuidada, el rostro demacrado y gélido—. Y yo sólo tengo un hijo, cuando antes tenía tres. Me habéis robado la venganza.

—Lord Rickard —dijo Catelyn enfrentándose a él con calma—, la muerte del Matarreyes no habría devuelto la vida a vuestros hijos. En cambio, su vida

puede comprar la vida de mis hijas.

Aquello no aplacó al señor.

—Jaime Lannister os ha engañado como a una idiota. Lo que habéis comprado es un saco de promesas vanas, nada más. Mi Torrhen y mi Eddard se merecían algo mejor de vos.

—Dejadlo ya, Karstark —retumbó la voz del Gran Jon, que tenía los brazos cruzados sobre el pecho—. Fue la locura de una madre. Las mujeres son así.

—¿La locura de una madre? —Lord Karstark se giró hacia Lord Umber—. Yo digo que fue traición.

—¡Basta! —Durante un momento, la voz de Robb fue más semejante a la de Brandon que a la de su padre—. Que nadie se atreva a llamar traidora a mi señora de Invernalia en mi presencia, Lord Rickard. —Se volvió hacia Catelyn, y su voz se suavizó—. Daría cualquier cosa por volver a tener al Matarreyes en una celda. Lo liberaste sin mi conocimiento y sin mi permiso... pero sé que lo hiciste por amor. Por Arya y Sansa, y por el dolor de la muerte de Bran y Rickon. El amor no siempre es sabio, lo sé. Puede llevarnos a cometer locuras, pero seguimos a nuestros corazones... allí a donde nos lleven. ¿Verdad, Madre?

«¿Es eso lo que he hecho?»

—Si mi corazón me llevó a cometer una locura, de buena gana haré lo que sea necesario para desagraviaros a Lord Karstark y a ti.

—¿Acaso vuestros desagravios calentarán a Torrhen y a Eddard en las tumbas frías donde los metió el Matarreyes? —La expresión del rostro de Lord Rickard era implacable.

Se abrió paso a empujones entre el Gran Jon y Maege Mormont, y salió de la estancia. Robb no hizo ningún gesto para detenerlo.

—Tienes que perdonarlo, madre.

—Sólo si tú me perdonas a mí.

—Ya te he perdonado. Sé lo que es amar tanto que no puedes pensar en otra cosa.

—Gracias —dijo Catelyn, inclinando la cabeza. «Al menos, no he perdido a este hijo.»

—Tenemos que hablar —siguió Robb—. Mis tíos, tú y yo. De esto... y de otras cosas. Mayordomo, da por terminada la audiencia.

Utherydes Wayn golpeó el suelo con el bastón de ceremonias y despidió a los presentes, y tanto los señores del río como los norteños se dirigieron hacia las puertas. Sólo entonces comprendió Catelyn qué había echado en falta.

«El lobo. El lobo no está aquí. ¿Dónde está *Viento Gris*?» Sabía que el huargo había regresado con Robb; había oído ladrar a los perros, pero no estaba en la sala, no estaba al lado de su hijo, como le correspondía.

Pero antes de que pudiera preguntarle nada a Robb, se encontró rodeada por un círculo de personas deseosas de mostrarle sus simpatías. Lady Mormont le tomó la mano.

—Mi señora, si Cersei Lannister tuviera prisioneras a dos de mis hijas, yo

habría hecho lo mismo.

El Gran Jon, nada partidario de respetar las convenciones sociales, la levantó en vilo y le apretó los brazos con unas manos enormes y velludas.

—Vuestro cachorro de lobo vapuleó una vez al Matarreyes y lo volverá a vapulear si hace falta.

Galbart Glover y Lord Jason Mallister fueron más fríos, y Jonos Bracken se mostró casi gélido, pero al menos hablaron con cortesía. Su hermano fue el último en acercarse a ella.

—Yo también rezo por tus hijas, Cat. Espero que no lo pongas en duda.

—Claro que no. —Le dio un beso—. Gracias.

Una vez dicho todo, la sala principal de Aguasdulces quedó desierta, a excepción de Robb, los tres Tully, y los seis desconocidos que Catelyn no conseguía ubicar. Los miró con curiosidad.

—Mi señora, señores, ¿habéis abrazado recientemente la causa de mi hijo?

—Recientemente, sí —dijo el caballero más joven, el de las conchas marinas—. Pero nuestro valor es fiero, y nuestra lealtad, firme, como espero poder demostraros pronto, mi señora.

Robb parecía incómodo.

—Madre —dijo—, permite que te presente a Lady Sybell, esposa de Lord Gawen Westerling del Risco. —La mujer mayor se adelantó con gesto solemne en el semblante—. Su esposo fue uno de los señores que hicimos prisioneros en el Bosque Susurrante.

«Westerling, claro —pensó Catelyn—. Su blasón son seis conchas marinas blancas sobre campo de arena. Una Casa menor, vasallos de los Lannister.»

Robb fue llamando uno por uno al resto de los desconocidos.

—Ser Rolph Spicer, el hermano de Lady Sybell. Era el castellano del Risco cuando lo tomamos. —El caballero de los pimenteros inclinó la cabeza. Era un hombre robusto, con la nariz rota y la barba gris rala, y tenía aspecto de valiente—. Los hijos de Lord Gawen y Lady Sybell. Ser Raynald Westerling. —El caballero de las conchas marinas sonrió por debajo del poblado bigote. Joven, delgado y tosco, tenía unos dientes bonitos y una espesa mata de cabello castaño—. Elenya. —La niñita hizo una reverencia rápida—. Rollam Westerling, mi escudero.

El chico hizo gesto de arrodillarse, pero al ver que nadie más hacía ademán, se inclinó en una reverencia.

—Es un honor —dijo Catelyn.

«¿Será posible que Robb se haya ganado la lealtad del Risco?» Si era así, no tenía nada de extraño que los Westerling lo acompañaran. Roca Casterly no se tomaba bien las traiciones como aquélla. Al menos, no desde que Tywin Lannister había tenido edad suficiente para ir a la guerra...

La doncella fue la última en dar un paso adelante, y lo hizo con timidez. Robb le tomó la mano.

—Madre, tengo el gran honor de presentarte a Lady Jeyne Westerling. La

hija mayor de Lord Gawen y mi... mi señora esposa.

El primer pensamiento que pasó por la cabeza de Catelyn fue: «No, no es posible, no eres más que un niño».

El segundo fue: «Además, estás prometido con otra».

El tercero fue: «Que la Madre se apiade de nosotros, Robb, ¿qué has hecho?».

Sólo entonces, ya tarde, cayó en la cuenta. «¿El amor puede llevarnos a cometer locuras? Me ha llevado por donde ha querido. A los ojos de todo el mundo, parece que ya lo he perdonado». De mala gana, pese al enfado, sentía también admiración. La puesta en escena había sido digna de un genio del teatro... o de un rey. Catelyn no tenía más opción que tomar las manos de Jeyne Westerling.

—Tengo una nueva hija —dijo con voz más tensa de lo que habría querido. Besó a la aterrada muchacha en ambas mejillas—. Te doy la bienvenida a nuestras salas y a nuestras chimeneas.

—Gracias, mi señora. Os juro que seré una buena esposa para Robb. Y una reina tan sabia como pueda.

«Una reina. Sí, esta chiquilla hermosa es una reina, no lo debo olvidar.» No cabía duda de que era hermosa, con aquella melena castaña, el rostro en forma de corazón y la sonrisa tímida. Catelyn advirtió que era esbelta, pero tenía buenas caderas. «Al menos no tendrá problemas a la hora de parir hijos.»

—Esta unión con la Casa Stark es un gran honor para nosotros, mi señora —intervino Lady Sybell, antes de que nadie añadiera nada más—, pero estamos muy cansados. Hemos recorrido una larga distancia en muy poco tiempo. ¿No sería mejor que nos retirásemos a nuestros aposentos para que podáis hablar con vuestro hijo?

—Sería lo mejor, sí. —Robb besó a su Jeyne—. El mayordomo os buscará unas habitaciones adecuadas.

—Yo os llevaré a verlo —se ofreció Edmure Tully.

—Sois muy amable —dijo Lady Sybell.

—¿Me voy yo también? —preguntó el muchachito, Rollam—. Soy vuestro escudero.

—Pero ahora no hace falta que me escudes —dijo Robb riéndose.

—Ah.

—Su Alteza se las ha arreglado sin ti durante dieciséis años, Rollam —dijo Ser Raynald de las conchas marinas—. Me imagino que podrá sobrevivir unas horas más. —Cogió con firmeza la mano de su hermano pequeño y salió de la estancia.

—Tu esposa es muy bella —dijo Catelyn cuando los demás se alejaron—, y los Westerling parecen personas honorables... aunque Lord Gawen es vasallo de Tywin Lannister, ¿no?

—Sí. Jason Mallister lo hizo prisionero en el Bosque Susurrante, y lo tiene retenido en Varamar hasta que se pague el rescate. Por supuesto, voy a

liberarlo, aunque puede que no quiera unirse a mí. Lamento decirte que nos casamos sin su consentimiento, y este matrimonio lo pone en peligro. El Risco no es fuerte. Por amarme, Jeyne podría perderlo todo.

—Y tú —señaló en voz baja—, has perdido a los Frey.

La mueca de su hijo lo decía todo. Catelyn entendía ya los gritos furiosos y por qué Perwyn Frey y Martyn Ríos se habían marchado de manera tan precipitada, pisoteando el estandarte de Robb.

—Me da miedo preguntarte cuántas espadas aporta tu esposa, Robb.

—Cincuenta. Una docena de caballeros.

Lo dijo con voz lúgubre, y razones tenía para ello. Cuando se pactó el matrimonio en Los Gemelos, el viejo Lord Walder Frey había enviado a Robb un millar de caballeros montados y casi tres mil de a pie.

—Jeyne no es sólo hermosa, también es inteligente. Y bondadosa. Tiene un corazón gentil.

«Lo que necesitas son espadas, no corazones gentiles. ¿Cómo has podido hacer esto, Robb? ¿Cómo has podido ser tan inconsciente, tan tonto? ¿Cómo has podido ser tan... tan... joven?» Pero los reproches no servirían de nada.

—Cuéntame cómo has llegado a esto —se limitó a decir.

—Yo tomé su castillo y ella tomó mi corazón. —Robb esbozó una sonrisa—. La guarnición del Risco era débil, así que lo tomamos por asalto una noche. Walder *el Negro* y el Pequeño Jon iban al frente de dos grupos de escalo en las murallas, y yo comandaba el que atacó la puerta de entrada con un ariete. Me alcanzó una flecha en el brazo justo antes de que Ser Rolph nos rindiera el castillo. Al principio no parecía nada, pero luego la herida se infectó. Jeyne me había cedido su cama y cuidó de mí hasta que pasó la fiebre. También estaba conmigo cuando el Gran Jon me llevó las noticias de... de Invernalia. De Bran y Rickon. —Por lo visto, le costaba pronunciar los nombres de sus hermanos—. Aquella noche, ella me... me consoló, Madre.

No hacía falta que nadie le dijera a Catelyn cómo había consolado Jeyne Westerling a su hijo.

—Y al día siguiente, te casaste con ella.

—Era la única opción honorable que tenía. —Robb la miró a los ojos, orgulloso y abatido a la vez—. Es gentil y bondadosa, Madre; será una buena esposa.

—Es posible. Pero eso no aplacará a Lord Frey.

—Ya lo sé —respondió su hijo, afligido—. Quitando las batallas, en el resto no he hecho más que meter la pata, ¿verdad? Creía que el combate sería lo más difícil, pero... Si te hubiera hecho caso y hubiera conservado a Theon como rehén, aún dominaría el norte, y Bran y Rickon estarían sanos y salvos en Invernalia.

—Puede que sí. Y puede que no. Tal vez Lord Balon habría intervenido de todos modos. La última vez que quiso ganar una corona le costó dos hijos. Es posible que le pareciera una ganga perder sólo uno en esta ocasión. —Le puso

una mano en el brazo—. Después de que te casaras, ¿qué pasó con los Frey?

—Tal vez habría podido desagraviar a Ser Stevron —dijo Robb sacudiendo la cabeza—, pero Ser Ryman es un verdadero zoquete, y en cuanto a Walder *el Negro*... te aseguro que no le pusieron el nombre por el color de la barba. Llegó a decirme que sus hermanas no harían ascos a casarse con un viudo. Lo habría matado en aquel momento si Jeyne no me hubiera suplicado que tuviera misericordia.

—Has insultado muy gravemente a la Casa Frey, Robb.

—No era mi intención. Ser Stevron murió por mi causa, y Olyvar era el escudero más leal que un rey puede pedir. Quiso quedarse conmigo, pero Ser Ryman se lo llevó junto con todos los demás. Junto con todos sus hombres. El Gran Jon insistió en que los atacara...

—¿En que lucharas contra los tuyos en medio de tus enemigos? Habría sido el final para ti.

—Sí. Pensé que tal vez podríamos acordar otros matrimonios para las hijas de Lord Walder. Ser Wendel Manderly se ofreció a casarse con una, y el Gran Jon dice que sus tíos quieren volver a contraer matrimonio. Si Lord Walder se mostrara razonable...

—No es razonable —replicó Catelyn—. Es orgulloso y susceptible hasta la saciedad. Lo sabes de sobra. Quería ser abuelo de un rey. No lo aplacarás ofreciéndole a dos bandidos ancianos y al segundón del hombre más gordo de los Siete Reinos. No sólo has roto tu juramento, sino que, al desposarte con una mujer de una Casa inferior, además has deshonrado a Los Gemelos.

—La sangre de los Westerling —saltó Robb— es de más alta raigambre que la de los Frey. Son un linaje antiguo; descienden de los primeros hombres. Los Reyes de la Roca contrajeron matrimonio a menudo con la Casa Westerling antes de la Conquista, y hace trescientos años hubo otra Jeyne Westerling que fue la reina del rey Maegor.

—Todo eso sólo sirve para hurgar en la herida de Lord Walder. Siempre le ha molestado que otras Casas más antiguas despreciaran a los Frey y los considerasen advenedizos. No es la primera vez que se siente insultado de esta manera. Jon Arryn no quiso acoger a sus nietos como pupilos, y mi padre rechazó el ofrecimiento de que una de sus hijas se casara con Edmure.

Inclinó la cabeza en dirección a su hermano, que en aquel momento volvía a reunirse con ellos.

—Alteza, sería mejor que siguiésemos con esta conversación en privado —dijo Brynden *el Pez Negro*.

—Sí. —Robb tenía voz de cansancio—. Daría lo que fuera por una copa de vino. Vamos a la sala de audiencias.

Mientras subían por las escaleras, Catelyn planteó la pregunta que la había estado atormentando desde que había entrado en la sala.

—Robb, ¿dónde está *Viento Gris*?

—En el patio, con una pata de carnero. Le he dicho al encargado de las

perreras que le diera de comer.

—Antes siempre lo tenías a tu lado.

—Los lobos no deben estar entre cuatro paredes. *Viento Gris* está inquieto, ya lo has visto. Gruñe y lanza dentelladas. No debería haberlo llevado conmigo a las batallas. Ha matado a demasiados hombres como para tener miedo de ninguno. Jeyne se pone muy nerviosa cuando lo tiene cerca, y a su madre le da mucho miedo.

«Así que ése es el motivo», pensó Catelyn.

—Es parte de ti, Robb. Tener miedo de *Viento Gris* es tener miedo de ti.

—Me llamen como me llamen, yo no soy un lobo. —Robb parecía molesto—. *Viento Gris* mató a un hombre en el Risco y a otro en Marcaceniza, y también a seis o siete en el Cruce de Bueyes. Si hubieras visto...

—Vi cómo el lobo de Bran le desgarraba la garganta a un hombre en Invernalia —replicó, cortante—. Y jamás había presenciado un espectáculo tan bello.

—Esto fue muy diferente. El hombre al que mató en el Risco era un caballero al que Jeyne conocía de toda la vida. Es normal que tenga miedo. Además, a *Viento Gris* tampoco le gusta su tío. Cada vez que ve a Ser Rolph, le enseña los dientes.

—Aleja de ti a Ser Rolph. —Catelyn sintió un escalofrío—. Cuanto antes.

—¿Adónde quieres que lo envíe? ¿De vuelta al Risco, para que los Lannister puedan clavar su cabeza en una pica? Jeyne lo quiere mucho. Es su tío, y también un buen caballero. Necesito más hombres como Rolph Spicer, no menos. No voy a deportarlo sólo porque a mi lobo no le guste su olor.

—Robb. —Se detuvo y lo cogió por el brazo—. Te dije que conservaras cerca y bien vigilado a Theon Greyjoy, y no me hiciste caso. Hazme caso ahora. ¡Manda lejos a ese hombre! No te estoy diciendo que lo destierres. Asígnale alguna misión para la que haga falta un hombre valiente, encomiéndale una tarea honorable, no importa cuál... ¡Pero que no esté cerca de ti!

—¿Quieres que haga que *Viento Gris* olfatee a todos mis caballeros? —preguntó el muchacho con el ceño fruncido—. Puede que haya otros cuyo olor no le guste.

—No quiero cerca de ti a ningún hombre al que *Viento Gris* no quiera. Estos lobos son más que lobos, Robb. Lo sabes de sobra. Creo que tal vez nos los enviaron los dioses. Los dioses de tu padre, los antiguos dioses del norte. Cinco cachorros de lobo, Robb, cinco para los cinco hijos de Stark...

—Seis —replicó Robb—. También había un lobo para Jon. Yo fui quien los encontró, por si no te acuerdas. Sé muy bien cuántos había y de dónde vienen. Y antes pensaba lo mismo que tú: que los lobos eran nuestros guardianes, nuestros protectores. Hasta que...

—Sigue —lo apremió.

Robb apretó los labios.

—Hasta que me dijeron que Theon había asesinado a Bran y a Rickon. De

mucho les sirvieron los lobos. Ya no soy un niño, Madre. Soy un rey y sé cuidarme solo. —Dejó escapar un suspiro—. Buscaré algún pretexto para enviar lejos a Ser Rolph. No por cómo huela, sino para estés tranquila. Ya has sufrido demasiado.

Catelyn, aliviada, le dio un beso en la mejilla antes de que los demás llegaran al recodo de la escalera, y durante un momento volvió a ser su hijo, no su rey.

La sala privada de audiencias de Lord Hoster era una estancia pequeña, situada sobre la sala principal, y más adecuada para reuniones familiares. Robb ocupó el asiento de la tarima, se quitó la corona y la puso en el suelo junto a él, mientras Catelyn llamaba al servicio para pedir vino. Edmure no paraba de contar a su tío todo lo relativo a la batalla en el Molino de Piedra. El Pez Negro esperó a que los criados se marcharan antes de carraspear para aclararse la garganta.

—Ya estoy harto de escuchar cómo te vanaglorias, sobrino.

—¿Cómo me vanaglorio? —Edmure se quedó boquiabierto—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —replicó el Pez Negro— que tendrías que estar agradecido a Su Alteza por su magnanimidad. Ha representado esa farsa en la sala principal para no humillarte delante de los tuyos. Si hubiera dependido de mí, en vez de alabarte por esa locura de los vados te habría hecho despellejar.

—Muchos hombres valientes murieron para defender esos vados, tío. —Edmure parecía rabioso—. ¿Qué pasa, nadie puede conseguir una victoria más que el Joven Lobo? ¿Te he robado parte de la gloria, Robb?

—Llámame «alteza» —lo corrigió Robb con voz gélida—. Me juraste lealtad como tu rey, tío. ¿O también te has olvidado de eso?

—Tenías orden de defender Aguasdulces, Edmure —dijo el Pez Negro—. Nada más.

—Defendí Aguasdulces y además le di una bofetada en la cara a Lord Tywin...

—Exacto —dijo Robb—. Pero con bofetadas no vamos a ganar esta guerra. ¿No te paraste a pensar por qué nos quedábamos en el oeste tanto tiempo después de lo del Cruce de Bueyes? Sabías que no tenía suficientes hombres para atacar Lannisport ni Roca Casterly.

—Pues... porque había otros castillos... oro, ganado...

—¿Pensaste que nos estábamos dedicando al saqueo? —Robb lo miró, incrédulo—. Yo quería que Lord Tywin viniera al oeste, tío.

—Nosotros íbamos a caballo —dijo Ser Brynden—. El ejército Lannister iba en su mayor parte a pie. Nuestro plan era acosar a Lord Tywin a lo largo de la costa y obligarlo a seguirnos, luego situarnos en su retaguardia y ocupar una posición defensiva fuerte de lado a lado del camino Dorado, en un lugar que habían encontrado mis exploradores, y donde el terreno nos favorecería en gran medida. Si se hubiera enfrentado a nosotros allí, habría pagado un precio muy

alto. Pero si no atacaba habría quedado atrapado en el oeste, a mil leguas de donde hacía falta su presencia. Y durante todo ese tiempo nos alimentaríamos de sus tierras, en vez de alimentarse él de las nuestras.

—Lord Stannis estaba a punto de caer sobre Desembarco del Rey —dijo Robb—. Tal vez nos hubiera librado de Joffrey, de la Reina y del Gnomo, todo de un golpe. Y entonces quizá habríamos podido firmar la paz.

—No me lo dijisteis. —Edmure miraba alternativamente a su tío y a su sobrino.

—Te dije que defendieras Aguasdulces —le espetó Robb—. ¿Acaso no estaba clara la orden?

—Al detener a Lord Tywin en el Forca Roja —prosiguió el Pez Negro—, lo retrasaste lo justo para que llegaran hasta él jinetes de Puenteamargo, con las noticias de lo que estaba sucediendo en el este. Lord Tywin dio media vuelta a su ejército de inmediato, se reunió con Mathis Rowan y Randyll Tarly cerca del nacimiento del Aguasnegras, y avanzaron a marcha forzada hasta la Cascada del Volatinero, donde se reunieron con Mace Tyrell y dos de sus hijos, que los esperaban con un gran ejército y una flota de barcazas. Bajaron por el río, desembarcaron a medio día a caballo de la ciudad y atacaron a Stannis por la retaguardia.

Catelyn recordó la corte del rey Renly tal como la había visto en Puenteamargo. Un millar de rosas doradas ondeando al viento, la sonrisa tímida y las palabras gentiles de la reina Margaery, la venda ensangrentada en torno a las sienes de su hermano, el Caballero de las Flores.

«Hijo mío, si tenías que caer en los brazos de alguna mujer, ¿por qué no fue en los de Margaery Tyrell? —La riqueza y el poderío de Altojardín habrían supuesto una gran diferencia en las batallas que aún estaban por llegar—. Además, puede que a *Viento Gris* le hubiera gustado su olor.»

—Yo no tenía intención de... —Edmure tenía el rostro ceniciento—. De verdad, Robb... ¡Tienes que permitirme que haga algo para reparar mi error! ¡Iré al mando de la vanguardia en la próxima batalla!

«¿Para reparar tu error, hermano? ¿O lo haces por la gloria?»

—La próxima batalla —dijo Robb—. No falta mucho, desde luego. En cuanto Joffrey contraiga matrimonio, los Lannister volverán a atacarme, y no cabe duda de que los Tyrell les darán todo su apoyo. Y si Walder *el Negro* se sale con la suya, puede que también tenga que luchar contra los Frey...

—Mientras Theon Greyjoy se siente en el trono de tu padre —dijo Catelyn a su hijo— con las manos manchadas con la sangre de tus hermanos, el resto de los enemigos tendrán que esperar. Tu primera obligación es defender a tu pueblo, recuperar Invernalia, colgar a Theon en una jaula para cuervos y dejarlo morir muy lentamente. O eso, o quitarte para siempre esa corona, Robb, porque los hombres sabrán que no eres un verdadero rey.

Por la mirada que le dirigió Robb, era evidente que hacía mucho que nadie se atrevía a hablarle de manera tan brusca.

—Cuando me dijeron que Invernalia había caído, quise volver al norte de inmediato —dijo con cierto tono defensivo en la voz—. Quise liberar a Bran y a Rickon, pero creía... Nunca imaginé que Theon les pudiera hacer daño, de verdad. Si hubiera...

—Es demasiado tarde para cambiar el pasado —dijo Catelyn—, demasiado tarde para rescatar a nadie. Ya sólo nos queda la venganza.

—Con las últimas noticias que llegaron del norte —dijo Robb— nos enteramos de que Ser Rodrik había derrotado a un ejército de hombres del hierro cerca de la Ciudadela de Torrhen y estaba reuniendo un ejército en el Castillo Cerwyn, para recuperar Invernalia. Puede que ya lo haya logrado. Hace tiempo que no llegan mensajes. Además, ¿qué sería del Tridente si volviera ahora al Norte? No puedo pedir a los señores del río que abandonen a su gente.

—No —dijo Catelyn—. Déjalos aquí para que cuiden de los suyos, y recupera el norte con norteños.

—¿Cómo quieres llevar a los norteños hasta el norte? —preguntó su hermano Edmure—. Los hombres del hierro controlan el mar del Ocaso. Los Greyjoy ocupan Foso Cailin, y jamás ha habido ejército capaz de tomar esa fortaleza por el sur. Incluso marchar hacia allí sería una locura. Podríamos quedar atrapados en el camino, con los hombres del hierro delante y una horda de Freys furiosos a la espalda.

—Tenemos que volver a ganarnos a los Frey —dijo Robb—. Si contamos con ellos, todavía tendremos alguna posibilidad de vencer, aunque no muchas. Sin ellos no veo esperanza. Estoy dispuesto a conceder a Lord Walder lo que quiera: disculpas, honores, tierras, oro... Tiene que haber algo que apacigüe su orgullo.

—Algo no —dijo Catelyn—. Alguien.

JON

—¿Qué, son grandes o no?

Los copos de nieve salpicaban el rostro ancho de Tormund y se le derretían en el cabello y en la barba.

Los gigantes se mecían lentamente a lomos de los mamuts mientras avanzaban en fila de a dos. El caballo de Jon se encabritó, aterrado por lo extraño del espectáculo, pero no se sabía si lo que lo asustaban eran los mamuts o sus jinetes. El propio *Fantasma* retrocedió un paso y enseñó los dientes en un gruñido silencioso. El huargo era grande, pero más grandes aún eran los mamuts, y además eran muchos.

Jon tiró de las riendas del caballo para detenerlo y así poder contar los gigantes que emergían entre los copos de nieve y las nieblas del Agualechosa. Iba por más de cincuenta cuando Tormund dijo algo, y perdió la cuenta. «Debe de haber cientos.» Su número no parecía tener fin.

En los cuentos de la Vieja Tata, los gigantes eran hombres de gran tamaño que vivían en castillos colosales, peleaban con espadas inmensas, y calzaban unas botas en las que se podría esconder un niño. Como iban sentados, no era fácil calcular su estatura.

«Unos cuatro varas, más o menos —pensó—. Cinco como mucho.» Tenían un pecho que podría pasar por el de un hombre, pero en cambio, los brazos eran demasiado largos, y la parte inferior del torso parecía la mitad de ancha que la superior. Las piernas eran más cortas que los brazos, aunque muy gruesas, y no llevaban botas: los pies eran anchos, desparramados, duros, callosos y negros. Carecían de cuello; las enormes cabezas sobresalían hacia delante directamente de los omoplatos, y los rostros eran aplastados y brutales. Entre los pliegues de piel callosa se veían ojillos de rata, apenas del tamaño de cuentas de collar, y no dejaban de husmear, como si se guiaran tanto por el olfato como por la vista.

«No van vestidos con pieles —se dio cuenta Jon—. Es vello. —La piel de los cuerpos estaba cubierta de pelo, muy espeso de cintura para abajo, más escaso de cintura para arriba. El hedor que despedían era asfixiante, aunque tal vez procediera de los mamuts—. Y Joramun hizo sonar el Cuerno del Invierno y despertó a los gigantes de la tierra. —Buscó con la vista enormes espadas de cuatro varas de longitud, pero lo único que vio fueron garrotes. Muchos eran, sencillamente, ramas de árboles secos, algunos aún con ramitas que iban arrastrando por el suelo. Algunos llevaban bolas de piedra atadas a un extremo, lo que los convertía en martillos colosales—. La canción no dice si el Cuerno los puede dormir de nuevo.»

Uno de los gigantes que se acercaban parecía más viejo que los demás. Tenía el pelaje gris salpicado de blanco, y el mamut que montaba era más grande que ninguno de los otros, también gris y blanco. Tormund le gritó algo al pasar, unas palabras ásperas y repicantes en un idioma que Jon no conocía. Los labios del gigante se separaron y dejaron al descubierto una boca de dientes grandes y cuadrados, y emitió un sonido a medio camino entre un rugido y un eructo. Jon tardó un instante en darse cuenta de que se estaba riendo. El mamut volvió un momento hacia ellos dos la enorme cabeza, y uno de los colmillos le pasó a Jon por encima de la capucha mientras la bestia volvía a ponerse en marcha, dejando huellas profundas en el barro blando y la nieve recién caída a lo largo de la orilla del río. El gigante gritó algo en el mismo idioma bronco que había utilizado Tormund.

—¿Ése era su rey? —preguntó Jon.

—Los gigantes no tienen reyes, como tampoco los tienen los mamuts, los osos de las nieves o las grandes ballenas del mar gris. Ése era Mag Mar Tun Doh Weg. Mag *el Poderoso*. Si quieres te puedes arrodillar ante él; no le importará. Me imagino que ya te picarán las rodillas de ganas: te mueres por un rey ante el que inclinarte. Pero ten cuidado, no te vaya a arrollar. Los gigantes tienen mala vista, puede que no vea a un cuervecito que está tan abajo, junto a sus pies.

—¿Qué le has dicho? ¿Eso que hablabas era la antigua lengua?

—Sí. Le he preguntado si ése al que espoleaba era su padre, porque se parecían mucho, aunque su padre olía mejor.

—Y él, ¿qué te ha dicho?

—Que si la que cabalgaba junto a mí era mi hija, con unas mejillas tan rosadas y suaves. —Tormund *Puño de Trueno* mostró los huecos de la dentadura en una sonrisa. Se sacudió la nieve del brazo e hizo dar la vuelta a su caballo—. Puede que sea la primera vez que ve a un hombre sin barba. Vamos, tenemos que volver. Mance se enfada si no me encuentra en mi lugar habitual.

Jon dio la vuelta y siguió a Tormund de regreso a la cabeza de la columna. La capa nueva le pesaba sobre los hombros. Estaba hecha de pieles de oveja sin lavar, con el lado de la lana hacia adentro, tal como le habían recomendado los salvajes. Lo resguardaba bastante de la nieve y lo abrigaba por las noches, pero también conservaba la capa negra, doblada debajo de la silla de montar.

—¿Es verdad que en cierta ocasión mataste a un gigante? —preguntó a Tormund mientras cabalgaban.

Fantasma trotaba en silencio junto a ellos, sus patas iban dejando huellas en la nieve recién caída.

—¿Acaso dudas de un hombre poderoso como yo? Era invierno, y yo era casi un crío, tan idiota como son los críos. Me alejé demasiado, se me murió el caballo y me encontré en medio de una tormenta. Una tormenta de verdad, no cuatro copos mal contados, como ahora. ¡Ja! Sabía que moriría congelado antes de que amaneciera. Así que encontré con una giganta que estaba durmiendo, le

abrí la barriga y me metí dentro. Me dio calor, sí, pero casi me mata de la peste que despedía. Lo peor fue que, cuando llegó la primavera y se despertó, me confundió con su bebé. Me estuvo dando el pecho tres meses enteros, hasta que conseguí escapar. ¡Ja! Aún echo de menos a veces el sabor de la leche de giganta.

—Si te amamantó, no es posible que la mataras.

—No la maté, pero que no corra la voz. Tormund *Matagigantes* suena mejor que Tormund Bebé de Giganta.

—¿Y cómo te ganaste los otros nombres? —quiso saber Jon—. Mance te llamó Soplador del Cuerno, ¿no? Rey del Hidromiel en el Salón Rojo, Marido de Osas, Padre de Ejércitos...

En realidad, lo único que le interesaba era lo relativo al Cuerno, pero no se atrevía a preguntar de manera demasiado directa. «Y Joramun hizo sonar el Cuerno del Invierno y despertó a los gigantes de la tierra.» ¿De allí habrían llegado, tanto ellos como sus mamuts? ¿Había encontrado Mance Rayder el Cuerno de Joramun y se lo había entregado a Tormund *Puño de Trueno* para que lo hiciera sonar?

—¿Todos los cuervos sois igual de curiosos? —preguntó Tormund—. En fin, ahí va la historia. Hubo otro invierno, un invierno aún más frío que el que pasé en la barriga de aquella giganta, nevaba día y noche; caían unos copos del tamaño de tu cabeza, no estas menudencias. Nevaba tanto que el poblado entero estaba medio enterrado. Yo me encontraba en mi Salón Rojo, sin más compañía que la de un barril de hidromiel y sin nada que hacer aparte de beberlo. Cuanto más bebía, más pensaba en una mujer que vivía cerca, una buena mujer, fuerte ella, con las tetas más grandes que has visto en tu vida. Menudo genio tenía, ni te imaginas, pero también era cálida cuando quería, y en lo más crudo del invierno a uno le hace falta calor.

»Cuanto más bebía, más pensaba en ella, y cuando más pensaba, más dura se me ponía, hasta que ya no aguanté más. Idiota de mí, voy y me envuelvo en pieles de la cabeza a los pies, me pongo un trapo de lana en torno a la cara y allá que voy a buscarla. Nevaba mucho, y el viento me derribó dos veces, estaba helado hasta los huesos, pero al final llegué a su casa, envuelto como un fardo.

»Qué genio tan espantoso tenía aquella mujer, no veas cómo se resistió cuando la agarré. Casi no pude arrastrarla hasta casa y quitarle las pieles, cuando lo conseguí... Increíble, era aún más ardiente de lo que recordaba, y pasamos un buen rato. Luego me quedé dormido. Por la mañana, cuando me desperté, había dejado de nevar, y el sol brillaba, pero yo no estaba para disfrutarlo. Estaba lleno de golpes y desgarrones; me había arrancado medio miembro de un bocado, y allí, en el suelo, había una piel de osa. Así que el pueblo libre empezó enseguida a hablar de una osa despellejada que vivía en los bosques, y que tenía un par de cachorros rarísimos. ¡Ja! —Se dio una palmada en uno de los carnosos muslos—. Ya me gustaría volver a tropezarme con ella. Menudo polvo tiene esa osa. Nunca una mujer me ha presentado tanta

batalla, ni me ha dado hijos tan fuertes.

—¿Qué harías si te la tropezaras? —preguntó Jon con una sonrisa—. Has dicho que te arrancó medio miembro de un bocado.

—Sólo medio. Y medio miembro mío sigue siendo el doble de largo que el de cualquier otro hombre —resopló Tormund—. Venga, ahora cuenta tú. ¿Es verdad que cuando os llevan al Muro os cortan el miembro?

—No —replicó Jon, ofendido.

—Seguro que es verdad. Si no, ¿por qué rechazas a Ygritte? Me huelo que no te pondría muchas pegas. A esa chica le gustas, salta a la vista.

«Vaya si salta a la vista —pensó Jon—, tanto que la mitad de la columna se ha dado cuenta. —Se concentró en los copos de nieve que caían, para que Tormund no viera que se había puesto rojo—. Soy un hombre de la Guardia de la Noche —se recordó—. Entonces, ¿por qué me sonrojo como una doncella?»

Se pasaba la mayor parte de los días en compañía de Ygritte, y también la mayor parte de las noches. Mance Rayder no estaba ciego; había visto bien clara la desconfianza de Casaca de Matraca con respecto al cuervo desertor, de manera que, después de entregar a Jon la nueva capa de piel de oveja, le había sugerido la posibilidad de cabalgar con Tormund *Matagigantes*. Jon había accedido de buena gana, y al día siguiente Ygritte, Lanzalarga y Ryk dejaron también el grupo de Casaca de Matraca para pasarse al de Tormund.

—El pueblo libre cabalga con quien quiere —le dijo la chica—, y ya estábamos hartos de Saco de Huesos.

Cada noche, cuando acampaban, Ygritte tiraba sus pieles para dormir junto a las de Jon, tanto si se ponía cerca de una hoguera como si se ponía muy lejos. Una noche se despertó y la encontró acurrucada contra él, con un brazo sobre su pecho. Se quedó tendido largo rato, escuchando su respiración y tratando de no sentir aquella tensión en las ingles. Los exploradores de la Guardia de la Noche compartían las pieles a menudo para darse calor, pero tenía la sospecha de que Ygritte buscaba algo más que eso. Después de aquello adoptó la costumbre de utilizar a *Fantasma*, para que no se le acercara tanto. En los cuentos de la Vieja Tata, había caballeros y damas que dormían en la misma cama con una espada entre ellos para salvaguardar su honor, pero estaba seguro de que era la primera vez que un huargo ocupaba el lugar de la espada.

Pese a todo, Ygritte no se daba por vencida. Hacía dos días, Jon había cometido el error de decir cuánto le gustaría poder bañarse en agua caliente.

—La fría es mejor —dijo ella al momento—, si tienes a alguien que te dé calor después. El río sólo está helado en parte; ve a bañarte.

—Ni hablar —contestó Jon riéndose—, me congelaría.

—¿Todos los cuervos sois igual de frioleros? Un poco de hielo no hace daño a nadie. Te lo voy a demostrar, me bañaré contigo.

—¿Y luego cabalgaremos todo el resto del día con la ropa mojada, congelada sobre la piel? —objetó.

—Qué tonterías dices, Jon Nieve. Nadie se baña con ropa.

—Yo no me baño, y punto —replicó con firmeza, justo antes de oír a Tormund *Puño de Trueno* que lo llamaba a gritos (no lo había llamado, pero tampoco importaba).

Por lo visto, los salvajes consideraban que Ygritte era una auténtica belleza, debido a su cabello. El pelo rojo no era común entre el pueblo libre, y se decía que, los que lo tenían, habían recibido el beso del fuego y que daba buena suerte. Tal vez diera suerte, y de que era rojo no cabía duda, pero el cabello de Ygritte era una maraña tal que Jon sentía la tentación de preguntarle si sólo se lo cepillaba cada cambio de estación.

Sabía muy bien que, en la corte de cualquier señor, sería considerada una chica corriente. Tenía un rostro redondo de campesina, la nariz respingona, los dientes un poco torcidos y los ojos muy separados. Jon se había fijado en todos esos detalles la primera vez que la había visto, cuando le puso la daga en la garganta. Pero en los últimos días se estaba fijando en otras cosas. Cuando Ygritte sonreía, no se le notaban los dientes torcidos. Y sí, tenía los ojos muy separados, pero eran de un color gris azulado muy bonito, y los más vivaces que había visto nunca. A veces cantaba con una voz grave, ronca, que lo hacía estremecer. Y a veces, cuando se sentaba junto a la hoguera y se abrazaba las rodillas, y las llamas despertaban destellos en su melena rojiza, y lo miraba, y le sonreía... En fin, eso también lo hacía estremecer.

Pero era un hombre de la Guardia de la Noche y había hecho un juramento. No tendría esposa, tierras ni hijos. Había pronunciado el juramento ante el arciano, ante los dioses de su padre. No podía retractarse... Igual que no podía explicar la razón de su reluctancia a Tormund *Puño de Trueno*, Padre de Osos.

—¿No te gusta esa chica? —le preguntó Tormund mientras pasaban junto a otra veintena de mamuts, éstos montados por salvajes en altas torres de madera, en vez de por gigantes.

—Sí, pero... —«¿Qué puedo decirle que sea creíble?»—. Todavía soy demasiado joven para casarme.

—¿Casarte? —Tormund se echó a reír—. ¿Y para qué te vas a casar? ¿Qué pasa, en el sur los hombres tienen que casarse con todas las chicas que se llevan a la cama?

Jon notó que volvía a ponerse rojo.

—Intercedió en mi favor cuando Casaca de Matraca quería matarme. No la puedo deshonrar.

—Ahora eres un hombre libre, e Ygritte es una mujer libre. ¿Qué tiene de deshonroso que os acostéis juntos?

—Podría dejarla embarazada.

—Sí, ojalá. Un hijo fuerte o una hija vivaracha y risueña besada por el fuego, ¿hay algo de malo en eso?

Por un momento no supo qué decir.

—El chico... el bebé sería un bastardo.

—¿Y qué pasa, los bastardos son más débiles que los otros niños? ¿Más

enfermizos, más inútiles?

—No, pero...

—Tú mismo eres bastardo. Y si Ygritte no quiere tener un hijo, acudirá a alguna bruja de los bosques y beberá una taza de té de la luna. Una vez plantada la semilla, tú ya no pintas nada.

—No engendraré a un bastardo.

—Los que os arrodilláis sois muy idiotas. —Tormund sacudió la melena enmarañada—. Si no querías a la chica, ¿por qué la secuestraste?

—¡Yo no la secuestré!

—Claro que sí —replicó Tormund—. Mataste a los dos que la acompañaban y te la llevaste: eso es secuestrar, ¿qué si no?

—Lo que hice fue tomarla prisionera.

—La obligaste a rendirse a ti.

—Sí, pero... te juro que no le puse un dedo encima, Tormund.

—¿Seguro que no te cortaron el miembro? —Tormund se encogió de hombros, como dando a entender que aquellas locuras no había quien las comprendiera—. En fin, ahora eres un hombre libre, pero si no quieres a la chica, al menos búscate una osa. El miembro que no se utiliza se va haciendo cada vez más pequeño, hasta que llega el día en que quieres mear y no lo encuentras.

Jon no supo qué decir. No era de extrañar que en los Siete Reinos se creyera que los del pueblo libre no eran humanos.

«No tienen leyes, ni honor, ni la decencia más básica. Se pasan el día robándose unos a otros, se aparean como animales, prefieren la violación al matrimonio y llenan el mundo de niños bastardos. —Pero, pese a todo, le estaba tomando cariño a Tormund *Matagigantes*, por fanfarrón y mentiroso que fuera. Y también a Lanzalarga—. Y a Ygritte... No, en Ygritte no quiero pensar.»

Pero junto a Tormund y Lanzalarga cabalgaban también otros salvajes. Hombres como Casaca de Matraca y el Llorón, a los que tanto les daba matarlo a uno como escupirle. Estaba Harma *Cabeza de Perro*, una mujer rechoncha y achaparrada con mejillas como tajadas de carne blanca, que no soportaba a los perros y cada dos semanas mataba uno para tener una cabeza reciente en su estandarte. Styr el Desorejado, Magnar de Thenn, cuya gente lo consideraba más dios que señor; Varamyr Seispieles, un hombrecillo menudo y ratonil cuyo corcel era un oso de las nieves salvaje que, cuando se alzaba sobre las patas traseras, medía casi cinco varas. Allá donde iba Varamyr, siempre lo seguían tres lobos y un gatosombra. Jon sólo había estado una vez en su presencia y no le apetecía nada repetir; sólo con ver a aquel hombre se le ponía el pelo de punta, igual que a *Fantasma* se le había erizado el pelaje al ver al oso y al esbelto felino blanco y negro.

Y había hombres aún más fieros que Varamyr; habían llegado de las zonas más septentrionales del Bosque Encantado, de los valles escondidos en los Colmillos Helados, o hasta de lugares aún más extraños: los hombres de la

Costa Helada, que viajaban en carros hechos de huesos de morsa tirados por manadas de perros salvajes; los terribles clanes del río de hielo, que según se decía se alimentaban de carne humana; los habitantes de las cuevas, con los rostros teñidos de azul, de morado y de verde... Jon había visto con sus propios ojos a los hombres Pies de Cuerno, que trotaban en columna, descalzos, con las plantas de los pies duras como el cuero endurecido. En cambio aún no había divisado snarks ni grumkins, pero por lo que había visto, no le extrañaría que Tormund los hubiera invitado a cenar.

Jon calculaba que la mitad del ejército de salvajes no había visto el Muro en su vida, y de ellos muchos no sabían ni una palabra de la lengua común. No tenía importancia. Mance Rayder hablaba la antigua lengua, incluso sabía canciones; tañía las cuerdas de su laúd y llenaba la noche con una música extraña y salvaje.

Mance había pasado años reuniendo aquel ejército enorme que avanzaba lenta y pesadamente; había hablado con la madre de aquel clan o con aquel otro magnar; había ganado una aldea a golpe de palabras bonitas, la siguiente, con canciones, y la tercera, con el filo de la espada; había puesto paz entre Harma *Cabeza de Perro* y el Señor de los Huesos, entre los Pies de Cuerno y los Corredores Nocturnos, entre los hombres morsa de la Costa Helada y los clanes caníbales de los grandes ríos de hielo. Había convertido cien dagas diferentes en una lanza enorme, dirigida contra el corazón de los Siete Reinos. No tenía corona ni cetro, ni vestiduras de terciopelo y seda, pero a Jon le resultaba evidente que Mance Rayder no era rey sólo por hacerse llamar así.

Jon se había unido a los salvajes por orden de Qhorin Mediamano. «Cabalga con ellos, come con ellos y combate con ellos todo el tiempo que sea preciso —le había dicho el explorador la noche antes de morir—. Y observa.» Pero, por mucho que observaba, poco había descubierto. Mediamano había sospechado que los salvajes habían ido a los gélidos y yermos Colmillos Helados en busca de algún arma, algún poder, algún hechizo destructor que les permitiera abrir una brecha en el Muro... Pero si lo habían encontrado, fuera lo que fuese, nadie alardeaba de ello abiertamente, ni se lo había mostrado a Jon. Mance Rayder no lo había hecho partícipe de ninguno de sus planes ni estrategias. Desde la primera noche, no lo había vuelto a ver más que de lejos.

«Si es necesario, lo mataré.» Era una perspectiva que a Jon no le proporcionaba el menor placer. Matar así a alguien no era honorable; además, también significaría la muerte para él. Pero no podía permitir que los salvajes traspasaran el Muro, que amenazaran Invernalia y el norte, los Túmulos y los Riachuelos, Puerto Blanco y la Costa Pedregosa, o incluso el Cuello. Durante ocho mil años, los hombres de la Casa Stark habían vivido y habían muerto para proteger a su pueblo de aquellos pillajes y saqueos... Y, bastardo o no, por sus venas corría la misma sangre. «Además, Bran y Rickon siguen en Invernalia, con el maestre Luwin, Ser Rodrik, la Vieja Tata, Farlen y sus perros, Mikken y su forja, Gage y sus hornos... todas las personas que he conocido,

todas las personas que he amado.» Si Jon tenía que matar a un hombre al que casi admiraba, que casi le caía bien, para salvarlos de las atenciones de Casaca de Matraca, de Harma *Cabeza de Perro* y del desorejado Magnar de Thenn, lo haría sin dudarlo.

Pero tenía la esperanza de que los dioses de su padre le evitaran una misión tan triste. El ejército avanzaba con gran lentitud, demorado por el ganado de los salvajes, sus niños y sus miserables riquezas, y la nieve los ralentizaba todavía más. La mayor parte de la columna se alejaba ya del pie de las colinas y avanzaba lentamente por la orilla oeste del Agualechosa; su movimiento era como el fluir denso de la miel en una mañana fría de invierno. Seguían el curso del río hacia el corazón del Bosque Encantado.

Y Jon sabía que, no muy lejos, el Puño de los Primeros Hombres se alzaba por encima de los árboles, y que allí aguardaban trescientos hermanos negros de la Guardia de la Noche, armados y a caballo. El Viejo Oso había enviado otros exploradores aparte del Mediamano y, sin duda, Jarman Buckwell o Thoren Smallwood habrían regresado ya y les habrían contado qué estaba bajando de las montañas.

«Mormont no huirá —pensó Jon—. Es demasiado viejo y ha llegado demasiado lejos. Atacará, sin que le importe que nos superen en número. —El día menos pensado, más pronto que tarde, oiría el sonido de cuernos de guerra y vería una columna de jinetes que avanzaban contra ellos con las capas negras al viento y el acero frío desenvainado. Por supuesto, trescientos hombres no tenían la menor esperanza de acabar con un ejército que los superaba cien veces en número, pero Jon creía que no sería necesario—. No hace falta que mate a mil, sólo a uno. Lo único que los mantiene unidos es Mance.»

El Rey-más-allá-del-Muro hacía todo lo que podía, pero los salvajes eran indisciplinados hasta lo indescriptible, y ése era su principal punto débil. En la serpiente de leguas de longitud que era la columna había guerreros tan valerosos como cualquier hombre de la Guardia, pero al menos un tercio de ellos iban agrupados al principio y al final, en la vanguardia de Harma *Cabeza de Perro* y en la salvaje retaguardia con sus gigantes, uros y lanzafuegos. Otro tercio cabalgaban con el propio Mance, en la parte central, para vigilar los carromatos, los trineos y las carretas tiradas por perros donde se transportaba la gran mayoría de las provisiones y suministros del ejército, lo único que quedaba de la última cosecha del verano. Los demás iban divididos en pequeños grupos, bajo el mando de hombres como Casaca de Matraca, Jarl, Tormund *Matagigantes* o el Llorón, servían como exploradores, forrajeadores y arreadores, y se pasaban el día recorriendo la columna de arriba abajo para que avanzara de manera más o menos ordenada.

Y todavía más, sólo uno de cada cien salvajes iba a caballo.

«El Viejo Oso los atravesará como un cuchillo atraviesa unas gachas.» Cuando llegara ese momento, Mance tendría que movilizar el centro de la columna para tratar de paliar la amenaza. Habría un combate, y si él cayera, el

Muro estaría a salvo por lo menos cien años más, en opinión de Jon. «Si no...»

Flexionó los dedos quemados de la mano con la que manejaba la espada. Llevaba colgada de la silla a *Garra*, la gran espada bastarda con el pomo tallado en forma de cabeza de lobo y la empuñadura cubierta de cuero suave. La tenía siempre al alcance.

Cuando alcanzaron al grupo de Tormund, varias horas más tarde, nevaba copiosamente. Durante el trayecto, *Fantasma* se alejó y desapareció en el bosque tras el rastro de una presa. El huargo regresaría cuando acamparan para pasar la noche, como muy tarde al amanecer. Por mucho que se alejara en sus merodeos, *Fantasma* siempre regresaba... y lo mismo pasaba con Ygritte.

—¿Qué? —preguntó la chica en cuanto lo vio—. ¿Nos crees ahora, Jon Nieve? ¿Has visto a los gigantes con sus mamuts?

—¡Ja! —rió Tormund antes de que Jon pudiera responder nada—. ¡El cuervo se ha enamorado! ¡Se va a casar con uno!

—¿Con un gigante? —rió también Lanzalarga Ryk.

—¡No, con un mamut! —rugió Tormund—. ¡Ja!

Ygritte trotó al lado de Jon, que había tirado de las riendas de su montura para ponerla al paso. La chica decía que tenía tres años más que él, aunque era un palmo más baja; pero, tuviera la edad que tuviera, era una muchacha tan dura como menuda. Cuando la capturaron en el Paso Aullante, Serpiente de Piedra había dicho que era una «mujer del acero». No estaba casada, y su arma predilecta era un arco corto y curvo de cuerno y madera de arciano, pero el nombre le iba como anillo al dedo. Le recordaba a su hermanita Arya, aunque Arya era más joven, y quizá también más delgada. No era fácil saber si Ygritte era delgada o regordeta; llevaba demasiadas pieles encima.

—¿Te sabes «El último de los gigantes»? —Sin esperar respuesta, se apresuró a añadir—: Para cantarla bien hace falta una voz más grave que la mía. «Oooh, yo soy el último de los gigantes y los míos han desaparecido de la tierra» —entonó.

Tormund *Matagigantes* oyó los versos y sonrió.

—«El último de los grandes gigantes de la montaña, que el mundo gobernaban cuando nací» —vociferó hacia atrás a través de la nieve.

Ryk Lanzalarga se les unió.

—«Me han robado mis bosques los pequeñines, han robado mis ríos y mis colinas.»

—«Y han cortado mis valles con un gran muro, y han pescado los peces de mis estanques» —le respondieron a su vez Ygritte y Tormund, con adecuadas voces de gigantes.

Toregg y Dormund, hijos de Tormund, añadieron también sus voces de bajo, y luego los siguieron Munda y todos los demás. Otros comenzaron a hacer chocar las picas contra los escudos de cuero para marcar burdamente el ritmo, hasta que todo el destacamento guerrero se puso a cantar a medida que avanzaba.

En salones de piedra prendieron grandes fogatas.
Con yunques de acero forjaron agudas lanzas.
Mientras, yo camino por las montañas,
¡sin otro compañero salvo las lágrimas!
Por el día me persiguen con sus jaurías
me cazan con teas en las noches frías.
El pueblo pequeño, con sus pocos días,
¡envidia la altura de esta raza mía!
Ooooh, yo soy el último de los gigantes,
aprende de memoria lo que yo cante.
Pues cuando me vaya y mi canto se hiele,
¡un silencio muy largo será lo que quede!

Cuando terminó la canción, Ygritte tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Jon—. No es más que una canción. Quedan cientos de gigantes; los acabo de ver.

—Bah, cientos —replicó ella, furiosa—. No sabes nada, Jon Nieve. No... ¡Jon!

Jon se dio la vuelta ante el sonido repentino de un batir de alas. Unas plumas azul grisáceo le cubrieron la vista, al tiempo que unas garras afiladas se le hundían en el rostro. Un latigazo rojo de dolor lo recorrió, repentino y salvaje, mientras las enormes alas le batían contra la cabeza. Llegó a ver el pico, pero no le dio tiempo a protegerse con las manos ni a sacar un arma. Jon se echó hacia atrás; perdió pie en el estribo, se le encabritó la montura y cayó. Y el águila seguía aferrada a su cara, le desgarraba la piel, aleteaba, graznaba, lanzaba picotazos... El mundo se puso del revés en un caos de plumas, carne de caballo y sangre, y entonces, el suelo se le estampó en la cara.

Se encontró de bruces contra el fango, con la boca llena de barro y sangre, mientras Ygritte se arrodillaba a su lado para protegerlo, con una daga de hueso en la mano. Todavía se oía el batir de las alas, aunque ya no veía el águila. La mitad del mundo estaba a oscuras.

—¡Mi ojo! —gritó con pánico repentino, al tiempo que se llevaba la mano a la cara.

—No es más que sangre, Jon Nieve. No te ha picado el ojo; sólo te ha desgarrado la piel.

La cara le palpitaba. Mientras se limpiaba la sangre del ojo izquierdo, vio por el derecho que Tormund estaba de pie, rugiendo. Se oían las pisadas de los caballos, gritos y el entrechocar de huesos secos.

—¡Saco de Huesos! —retumbó la voz de Tormund—. ¡Quítanos de encima a tu pájaro de los infiernos!

—El único pájaro de los infiernos es ese cuervo. —Casaca de Matraca señaló en dirección a Jon—. ¡El que sangra en el barro, como un perro! —El águila bajó batiendo las alas y se posó sobre el cráneo de gigante que utilizaba como yelmo—. Vengo a por él.

—Pues acércate si te atreves —replicó Tormund—. Pero más vale que vengas con la espada desenvainada, porque así es como la voy a tener yo. A lo mejor luego hiervo tus huesos y me meo en tu cráneo. ¡Ja!

—En cuanto te pinche, se te escapará el aire y acabarás del tamaño de esa chica. Hazte a un lado o se lo diré a Mance.

—¿Qué? ¿Es Mance quien lo quiere ver? —preguntó Ygritte poniéndose en pie.

—Ya te lo he dicho, ¿estás sorda o qué? Levantadlo.

—Si te llama Mance —dijo Tormund, mirando a Jon con el ceño fruncido—, será mejor que vayas.

—Sangra como un jabalí desollado. —Ygritte lo ayudó a ponerse en pie—. Mirad cómo le ha dejado Orell la cara, con lo guapo que es.

«¿Es que un pájaro puede odiar?» Jon había matado al salvaje Orell, pero una parte de él vivía aún dentro del águila. Los ojos dorados lo miraban con maldad fría.

—Ya voy —dijo. La sangre le corría por la frente y le cegaba el ojo derecho; la mejilla era una llamarada de dolor. Cuando se la tocó, los guantes negros se le mancharon de rojo—. Espera que busque mi caballo.

No tenía tanta necesidad del caballo como de *Fantasma*, pero el huargo no aparecía por ninguna parte.

«Puede que esté a muchas leguas; le estará arrancando el cuello a algún alce.» Tal vez fuera lo mejor.

El caballo lo rehuyó cuando se acercó a él; sin duda, la sangre que tenía en el rostro lo asustaba, pero Jon lo tranquilizó con unas cuantas palabras susurradas, y por fin consiguió acercarse lo suficiente para coger las riendas. Cuando montó, la cabeza le dio vueltas un momento.

«Me tienen que curar esto —pensó—, pero luego. Que el Rey-más-allá-del-Muro vea qué me ha hecho su águila.» Flexionó los dedos de la mano derecha, se agachó para recoger a *Garra* y se colgó la espada bastarda del hombro antes de volver al trote adonde aguardaban el Señor de los Huesos y su grupo.

Ygritte aguardaba también, ya a lomos de su caballo y con una expresión fiera en el rostro.

—Voy con vosotros.

—Lárgate. —Los huesos de la coraza de Casaca de Matraca entrechocaron—. Me han enviado a buscar al cuervo desertor, y a nadie más.

—Una mujer libre va adonde quiere —replicó Ygritte.

El viento le metía nieve en los ojos a Jon. Sentía cómo se le congelaba la sangre en la cara.

—¿Qué vamos a hacer, cabalgar o parlotear?

—Cabalgar —replicó el Señor de los Huesos.

No fue un trayecto alegre. Cabalgaron casi una legua junto a la columna, entre torbellinos de nieve, luego atajaron a través de un caos de carromatos de equipaje y cruzaron el Agualechosa en el punto donde describía una amplia

curva hacia el este. Los bajíos del río estaban cubiertos por una fina capa de hielo; los cascos de los caballos la quebraban a cada paso, hasta que llegaron a aguas más profundas, once varas río adentro. En la orilla este parecía nevar con más intensidad, y la profundidad de la nieve era mayor.

«Hasta el viento es más frío.» Además, estaba anocheciendo.

Pero, pese a la ventisca, la forma de la gran colina blanca que surgía amenazadora por encima de los árboles era inconfundible.

«El Puño de los Primeros Hombres.» Jon oyó el graznido del águila que sobrevolaba al grupo. Un cuervo lo miró desde las ramas de un pino soldado y graznó a su paso. «¿Habrá atacado el Viejo Oso?» En lugar del entrechocar del acero y el silbar de las flechas, lo único que oía Jon era el crujido quedo del hielo, bajo los cascos de su caballo.

Rodearon en silencio el Puño hasta la ladera sur, por donde la subida era más sencilla. Fue allí donde Jon vio el caballo muerto, al pie de la colina, casi enterrado en la nieve. Las entrañas le salían del vientre como serpientes congeladas, y le faltaba una de las patas.

«Han sido los lobos», pensó Jon, pero no podía ser. Los lobos devoraban las presas que mataban.

Había más caballos caídos por toda la ladera, con las patas retorcidas en posturas grotescas y los ojos ciegos mirando a la muerte. Los salvajes se movían entre ellos como moscas; les quitaban las sillas, las riendas, las alforjas y las protecciones, y los despedazaban con hachas de piedra.

—Arriba —dijo Casaca de Matraca a Jon—. Mance está en la cima.

Desmontaron junto al círculo de piedra y entraron por un hueco angosto, entre las rocas. En las estacas afiladas que el Viejo Oso había hecho clavar junto a todas las entradas vio empalado el cadáver de un caballo pequeño, de pelo castaño e hirsuto.

«Estaba tratando de salir, no de entrar.» No había rastro de su jinete.

Dentro había más, y era peor. Era la primera vez que Jon veía nieve rosa. El viento soplaba a ráfagas en torno a él y le tironeaba de la pesada capa de piel de oveja. Los cuervos iban revoloteando de un caballo muerto a otro.

«¿Serán cuervos salvajes, o los nuestros?» No habría sabido decirlo. Se preguntó dónde estaría en aquel momento el pobre Sam. Y en qué condiciones.

Una costra de sangre congelada crujió bajo el talón de su bota. Los salvajes habían recogido hasta el último fragmento de cuero o acero de los caballos; hasta les estaban arrancando las herraduras. Unos cuantos registraban el contenido de mochilas que se habían volcado en el suelo, en busca de armas y comida. Jon pasó junto a uno de los perros de Chett, o mejor dicho, de lo que quedaba de él, tendido en un charco de sangre fangosa semicongelada.

Todavía quedaban en pie unas cuantas tiendas al otro lado del campamento, y allí era donde los esperaba Mance Rayder. Bajo la capa rajada de lana negra y seda roja llevaba una cota de mallas negra y unos calzones de pelo largo, y se cubría la cabeza con un gran yelmo de hierro y bronce con alas

de cuervo en las sienes. Con él estaba Jarl, así como Harma *Cabeza de Perro*. También vio a Styr, y a Varamyr Seispieles con sus lobos y su gatosombra.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Mance a Jon, echándole una mirada torva y fría.

—Orell le ha intentado sacar un ojo —dijo Ygritte.

—Le he preguntado a él. ¿Qué pasa, también se le ha comido la lengua? Sería lo mejor; así no nos volvería a mentir.

—A lo mejor el chico ve más claro con un ojo que con dos —dijo Styr el Magnar sacando un cuchillo largo.

—¿Quieres conservar el ojo, Jon? —preguntó el Rey-más-allá-del-Muro—. Si es así, dime cuántos eran. Y esta vez procura que sea verdad, bastardo de Invernalia.

—Mi señor... —Jon tenía la garganta seca—. ¿Qué...?

—No soy tu señor —replicó Mance—. Y no creo que haga falta explicar el «qué». Tus hermanos han muerto. La pregunta es, ¿cuántos eran?

A Jon le palpitaba el rostro; la nieve caía sin cesar. Le costaba mucho pensar... «No importa qué te exijan, no puedes negarte», le había dicho Qhorin. Las palabras se le trababan en la garganta, pero hizo un esfuerzo supremo y las pronunció.

—Éramos trescientos.

—¿Éramos? —restalló Mance.

—Eran. Eran trescientos. —«No importa qué te exijan», le había dicho Qhorin. «Entonces, ¿por qué me siento como un cobarde?»—. Doscientos del Castillo Negro y un centenar más de la Torre Sombría.

—Ésa es una canción mucho más interesante que la que me cantaste en la tienda. —Mance miró a Harma *Cabeza de Perro*—. ¿Cuántos caballos hemos encontrado?

—Más de cien —replicó la mujer corpulenta—. Menos de doscientos. Hay más muertos hacia el este; están cubiertos de nieve, no se sabe cuántos son.

Tras ella estaba su portaestandarte, que llevaba un asta con una cabeza de perro clavada en la punta. Era tan reciente que todavía chorreaba sangre.

—No deberías haberme mentido, Jon Nieve —dijo Mance.

—Ya... ya lo sé.

«¿Qué podía decir?»

—¿Quién estaba al mando? —El rey salvaje le escudriñó el rostro—. Y dime la verdad. ¿Era Rykker? ¿O Smallwood? Wythers no, seguro, es un blando. ¿De quién era esta tienda?

«Ya he dicho demasiado.»

—¿No encontrasteis su cadáver?

Harma soltó un bufido; el hálito desdeñoso se le congelaba en las fosas nasales.

—Estos cuervos negros son imbéciles.

—La próxima vez que me respondas con una pregunta, te entregaré al

Señor de los Huesos —aseguró Mance Rayder a Jon. Se le acercó un poco—. ¿Quién estaba aquí al mando?

«Un paso más —pensó Jon—. Sólo un paso. —Acercó la mano a la empuñadura de *Garra*—. Si no digo nada...»

—Como se te ocurra echar mano a la espada, te habré cortado la cabeza antes de que la consigas sacar de la vaina —dijo Mance—. Me estás agotando la paciencia a marchas forzadas, cuervo.

—Díselo —lo apremió Ygritte—. Fuera quien fuera, está muerto.

Al fruncir el ceño, se le cuarteó la sangre seca de la mejilla.

«No puedo, es imposible —pensó Jon, desesperado—. ¿Cómo puedo hacerme pasar por cambiacapas sin convertirme en cambiacapas?» Qhorin no se lo había dicho. Pero el segundo paso siempre es más fácil que el primero.

—El Viejo Oso.

—¿Ese vejestorio? —Por el tono de Harma, era evidente que no lo creía—. ¿Vino él en persona? ¿Y quién está al mando del Castillo Negro?

—Bowen Marsh.

En esta ocasión, Jon respondió al instante. «No importa qué te exijan, no puedes negarte.»

—En ese caso, ya hemos ganado la guerra. —Mance se echó a reír—. Bowen es mucho más eficaz contando espadas que utilizándolas.

—El Viejo Oso estaba al mando —dijo Jon—. Este punto estaba a buena altura y era fuerte, y él lo reforzó más aún. Hizo excavar zanjas y clavar estacas; almacenó alimentos y agua. Estaba preparado para...

—¿Mí? —terminó Mance Rayder—. Cierto, lo estaba. Si yo hubiera sido tan imbécil como para intentar tomar la colina por asalto, habría perdido cinco hombres por cada cuervo que consiguiera matar, y eso con suerte. —Apretó los labios—. Pero cuando los muertos caminan, los muros, las estacas y las espadas no sirven de nada. No es posible luchar contra los muertos, Jon Nieve. Es algo que nadie sabe ni la mitad de bien que yo. —Alzó la vista hacia el cielo cada vez más oscuro—. Puede que los cuervos nos hayan ayudado más de lo que imaginan. Me preguntaba por qué no nos habían atacado. Pero aún tenemos cien leguas por delante, y cada vez hace más frío. Varamyr, manda a tus lobos a rastrear a los espectros. No quiero que nos cojan desprevenidos. Mi Señor de los Huesos, dobla las patrullas y encárgate de que cada hombre tenga una antorcha y un pedernal. Styr, Jarl, partiréis a caballo en cuanto amanezca.

—Mance —dijo Casaca de Matraca—, quiero unos cuantos huesos de cuervo.

—No se puede matar a un hombre por mentir para proteger a los que fueron sus hermanos —dijo Ygritte, dando un paso para ponerse delante de Jon.

—Todavía son sus hermanos —declaró Styr.

—Es mentira —insistió Ygritte—. Le dijeron que me matara y no me mató. En cambio sí mató al Mediamano; eso lo vimos todos.

«Si le miento, se dará cuenta», pensó Jon; el aliento se le condensaba en el

aire. Miró a Mance Rayder a los ojos y flexionó los dedos de la mano quemada.

—Llevo la capa que me disteis vos, Alteza.

—¡Una capa de piel de oveja! —exclamó Ygritte—. ¡Y más de una noche bailamos bajo ella!

Jarl se echó a reír y hasta Harma *Cabeza de Perro* esbozó una mueca a modo de sonrisa.

—¿Así estamos, Jon Nieve? —preguntó Mance Rayder con voz suave—. ¿Tú y ella...?

Más allá del Muro era fácil extraviarse y perder el camino. Jon ya no sabía si era capaz de distinguir entre el honor y la vergüenza, entre el bien y el mal.

«Perdóname, Padre.»

—Sí —dijo.

—De acuerdo —accedió Mance—. Mañana al amanecer partiréis los dos con Jarl y con Styr. Sí, los dos. Ni se me ocurriría separar dos corazones que laten al unísono.

—¿Hacia dónde? —preguntó Jon.

—Hacia el Muro. Ya es hora de que demuestres tu lealtad con algo más que con palabras, Jon Nieve.

—¿De qué me sirve a mí un cuervo? —El Magnar no parecía nada satisfecho.

—Conoce a la Guardia y conoce el Muro —dijo Mance—. Y conoce el Castillo Negro mejor que ningún explorador. Si no le encuentras ninguna utilidad, es que eres idiota.

—Puede que todavía tenga el corazón negro. —Styr tenía el ceño fruncido.

—Entonces se lo arrancas. —Mance se volvió hacia Casaca de Matraca—. Mi Señor de los Huesos, mantén la columna en marcha a toda costa. Si llegamos al Muro antes que Mormont, habremos vencido.

—Seguirá en marcha —respondió Casaca de Matraca, con la voz ronca de ira.

Mance asintió y salió, seguido por Harma y Seispieles, con los lobos y el gatosombra de Varamyr pisándoles los talones. Jon e Ygritte se quedaron con Jarl, Casaca de Matraca y el Magnar. Los dos salvajes de más edad miraron a Jon con resentimiento mal disimulado.

—Ya habéis oído —dijo Jarl—, partiremos al amanecer. Cargad con todas las provisiones que podáis; no tendremos tiempo de cazar. Y que te echen un vistazo a la cara, cuervo. Das asco.

—Bien —dijo Jon.

—Más vale que no estés mintiendo, chiquilla —dijo Casaca de Matraca a Ygritte, con los ojos brillantes tras el cráneo de gigante.

Jon desenfundó a *Garra*.

—Apártate de nosotros o te llevarás lo mismo que se llevó Qhorin.

—Ahora no tienes a tu lobo para que te ayude, chico. —Casaca de Matraca fue a echar mano de su espada.

—¿Estás seguro? —rió Ygritte.

Sobre las piedras del muro en forma de anillo estaba *Fantasma*, al acecho, con el pelaje blanco erizado. No emitía el menor sonido, pero sus ojos color rojo oscuro hablaban de sangre. El Señor de los Huesos apartó la mano de la espada muy despacio, retrocedió un paso y se alejó mascullando maldiciones.

Fantasma caminó junto a sus monturas cuando Jon e Ygritte iniciaron el descenso del Puño. Hasta que no estuvieron en medio del Agualechosa Jon, no se sintió a salvo para hablar con ella.

—No te he pedido que mintieras por mí.

—Y no he mentido —replicó ella—. He omitido algunas cosas, nada más.

—Pero has dicho...

—Que más de una noche follamos como locos debajo de tu capa. Pero no he dicho cuándo empezamos. —Le dirigió una sonrisa que era casi tímida—. Esta noche busca otro sitio para que duerma *Fantasma*, Jon Nieve. Ya has oído a Mance. Basta de palabras, pasemos a la acción.

SANSA

—¿Un vestido nuevo? —preguntó, tan recelosa como sorprendida.

—El más hermoso que hayáis tenido jamás, mi señora —prometió la anciana. Midió las caderas de Sansa con un trozo de cordel con nudos—. Todo de seda y encajes de Myr, con forro de satén. Estaréis muy hermosa. Lo ha encargado la Reina en persona.

—¿Qué reina?

Margaery no era todavía la reina de Joff, pero sí había sido la de Renly. ¿O tal vez se refería a la Reina de Espinas? ¿O a...?

—La reina regente, claro.

—¿La reina Cersei?

—Ni más ni menos. Hace muchos años que me honra con sus encargos. —La anciana dejó caer el cordel a lo largo de la cara interior de la pierna de Sansa—. Su Alteza me ha dicho que ya sois una mujer; no debéis seguir vistiendo como una niñita. Extended el brazo.

Sansa alzó el brazo. Era cierto que necesitaba un vestido nuevo. El año anterior había crecido cuatro dedos y la mayor parte de su antiguo guardarropa había quedado destruido por el humo cuando intentó quemar el colchón, el día de su primer florecimiento.

—Vais a tener un busto tan hermoso como el de la Reina —dijo la anciana al tiempo que rodeaba el pecho de Sansa con el cordel—. No tendríais que esconderlo tanto.

El comentario la hizo sonrojar. Pero la última vez que había salido a caballo no había podido anudarse el corpiño hasta arriba, y el mozo de cuadras la miró fijamente mientras la ayudaba a montar. A veces también sorprendía a hombres adultos mirándole el pecho, y algunos vestidos le quedaban tan apretados que apenas le permitían respirar.

—¿De qué color va a ser? —preguntó a la costurera.

—De los colores me encargo yo, mi señora. Ya veréis como os gusta, estoy segura. También tendréis ropa interior, y medias, mantos, capas y todo... todo lo que corresponde a una hermosa dama de noble cuna.

—¿Estará listo para la boda del Rey?

—Antes, mucho antes. Su Alteza tiene un gran interés. Tengo seis costureras y doce aprendizas, y todas hemos dejado a un lado el resto de los encargos para ocuparnos de éste. Más de una dama se enfadará con nosotras, pero es una orden de la Reina.

—Transmitid a la Reina mi más profundo agradecimiento por sus atenciones —dijo Sansa con educación—. Es extremadamente bondadosa

conmigo.

—Su Alteza es muy generosa —asintió la costurera mientras recogía sus cosas y se despedía para salir.

«Pero ¿por qué? —se preguntó Sansa una vez estuvo a solas. Aquello la intranquilizaba—. Seguro que este vestido es idea de Margaery o de su abuela.»

Margaery le había demostrado una amabilidad constante e incondicional, y su presencia lo había cambiado todo. Sus damas también habían acogido a Sansa. Había pasado tanto tiempo sin disfrutar de la compañía de otras mujeres que casi había olvidado lo agradable que podía resultar. Lady Leonette le daba clases de arpa, y Lady Janna compartía con ella los mejores chismorreos. Merry Crane siempre tenía una historia divertida que contar, y la pequeña Lady Bulwer le recordaba a Arya, aunque no era tan indómita.

Las de edad más similar a Sansa eran las primas Elinor, Alla y Megga, todas ellas Tyrell de las ramas más recientes de la familia. «Rosas de la parte baja del arbusto», bromeaba Elinor, espigada e ingeniosa. Megga era regordeta y ruidosa, y Alla, tímida y bonita, pero Elinor era la cabecilla por derecho propio: ya era una doncella florecida, mientras que Megga y Alla sólo eran niñas.

Las primas aceptaron a Sansa en su grupo como si la conocieran de toda la vida. Pasaban largas tardes haciendo labores o charlando mientras tomaban pastelillos de limón y vino con miel; al anochecer jugaban a las tabas o cantaban juntas en el sept del castillo... Y a menudo, una o dos de ellas eran elegidas para compartir el lecho con Margaery, donde se pasaban la mitad de la noche charlando en susurros. Alla tenía una voz muy bonita, y a base de lisonjas se la podía convencer para que tocara el arpa y cantara canciones de caballería y amores contrariados. Megga cantaba muy mal, pero estaba loca por recibir un beso. Confesaba que a veces jugaba a los besos con Alla, pero no era lo mismo que besar a un hombre, y mucho menos a un rey. Sansa se preguntaba qué pensaría Megga acerca de besar al Perro, como había hecho ella. La había visitado la noche de la batalla; apestaba a vino y a sangre.

«Me besó, amenazó con matarme y me obligó a cantarle una canción.»

—El rey Joffrey tiene unos labios tan bonitos... —suspiraba Megga, ensimismada—. Ay, pobre Sansa, se te debió de romper el corazón cuando lo perdiste. ¡Cuánto has tenido que llorar!

«Joffrey me hizo llorar más de lo que te imaginas», habría querido responder, pero Mantecas no estaba presente para ahogar sus palabras, de manera que apretó los labios y contuvo la lengua.

En cuanto a Elinor, estaba prometida a un joven escudero, hijo de Lord Ambrose. Se casarían en cuanto el joven se ganara las espuelas. Había llevado la prenda de Elinor durante la batalla del Aguasnegras, en la que había matado a un ballestero de Myr y a un soldado de Mullendore.

—Alyn dice que la prenda le dio valor —apuntó Megga—. Dice que su nombre era su grito de batalla, qué caballeroso, ¿verdad? Yo quiero tener algún

día un campeón que lleve mi prenda y mate a cien hombres.

Elinor le dijo que se callara, pero parecía muy satisfecha.

«Son unas niñas —pensó Sansa—. No son más que chiquillas, hasta Elinor. No han visto nunca una batalla, no han visto morir a un hombre, no saben nada...» Los sueños de aquellas niñas estaban llenos de canciones y de cuentos, igual que lo habían estado los suyos antes de que Joffrey le cortara la cabeza a su padre. Sansa las compadecía. Sansa las envidiaba.

En cambio, Margaery era diferente. Era dulce y apacible, pero en cierto modo también se parecía a su abuela. Hacía dos días había llevado a Sansa a cazar con halcón. Era la primera vez que salía de la ciudad desde la batalla. Ya habían quemado o enterrado los cadáveres, pero la Puerta del Lodazal estaba astillada allí donde los arietes de Lord Stannis la habían golpeado, y los cascos de los barcos destruidos destacaban en ambas orillas del Aguasnegras, con unos mástiles carbonizados que surgían de los bajíos como descarnados dedos negros. El único barco que navegaba era el trasbordador de casco plano que las llevó al otro lado del río, y cuando llegaron al Bosque Real se encontraron con una devastación de ceniza, carbón y árboles muertos. Pero las marismas de la bahía estaban llenas de aves acuáticas, de manera que el azor de Sansa cazó tres patos, mientras que el peregrino de Margaery capturó una garza en pleno vuelo.

—Willas tiene las mejores aves de los Siete Reinos —le dijo Margaery en un momento en que se quedaron a solas—. A veces caza con un águila. Ya lo verás, Sansa. —Le cogió la mano y se la apretó—. Hermana.

«Hermana.» Sansa había soñado con tener una hermana como Margaery, bella y gentil, dotada de todas las gracias. Como hermana, Arya había resultado muy poco satisfactoria. «¿Cómo puedo permitir que mi hermana se case con Joffrey?», pensó, y de repente se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Margaery, por favor —dijo—. No lo hagáis. —Le costó pronunciar las palabras—. No os caséis con él. No es lo que parece. Os hará daño.

—No creo. —Margaery sonrió con seguridad—. Has sido muy valiente al avisarme, pero no temas. Joff es vanidoso y malcriado, y no me cabe duda de que es tan cruel como dices, pero mi padre lo obligó a dar un puesto a Loras en su Guardia Real antes de acceder al matrimonio. El mejor caballero de los Siete Reinos me protegerá día y noche, igual que el príncipe Aemon protegió a Naerys. De manera que el leoncito tendrá que portarse bien, ¿no te parece? —Se echó a reír—. Vamos, hermana querida, echemos una carrera hasta el río. Ya verás cómo se enfadan nuestros guardias. —Sin aguardar la respuesta, picó espuelas y partió al galope.

«Qué valiente es», pensó Sansa mientras galopaba tras ella. Pero las dudas la corroían. Ser Loras era un gran caballero, de eso no cabía duda. Pero Joffrey tenía a otros en la Guardia Real, y también a los capas doradas, y a los capas rojas, y cuando fuera mayor estaría al mando de sus ejércitos. Aegon *el Indigno* no había hecho nunca daño a la reina Naerys, tal vez por miedo a su hermano,

el Caballero Dragón... Pero cuando otro hombre de la Guardia Real se enamoró de una de sus amantes, el Rey los hizo decapitar a ambos.

«Ser Loras es un Tyrell —se recordó Sansa—. Aquel otro caballero no era más que un Toyne. Sus hermanos no tenían ejércitos para vengarlo, sólo espadas. —Pero, cuanto más lo pensaba, más dudas tenía—. Joff podrá contenerse unos pocos meses, puede que un año, pero más tarde o más temprano sacará las garras y entonces...»

El reino tendría tal vez a un segundo Matarreyes, y habría una guerra dentro de la ciudad cuando los hombres del león y los hombres de la rosa tiñeran de rojo el agua de los sumideros.

Sansa no comprendía cómo Margaery no se daba cuenta.

«Es mayor que yo; tiene que ser más lista. Y su padre, Lord Tyrell, sin duda sabe lo que hace. Me estoy comportando como una boba.»

Cuando contó a Ser Dontos que iba a ir a Altojardín para casarse con Willas Tyrell, pensó que sería un alivio para él y que se alegraría. Pero en vez de eso la agarró por el brazo.

—¡No lo hagáis! —exclamó con la voz ronca por el espanto y el vino—. Os lo digo yo: estos Tyrell no son más que Lannisters con flores. Os lo suplico, olvidad esta locura, dadle un beso a vuestro Florian y prometedme que seguiréis el plan que habíamos trazado. La noche de la boda de Joffrey, ya no falta mucho, poneos la redecilla de plata en el pelo y haced lo que os dije, y después escaparemos.

Trató de darle un beso en la mejilla. Sansa se liberó de su presa y se apartó de él.

—No quiero. No puedo. Seguro que algo saldría mal. Cuando yo quería escapar no me ayudasteis, y ahora ya no me hace falta.

—Pero pequeña, ya está todo acordado. —Dontos clavó en ella una mirada estúpida—. El barco que os llevará a casa, el bote que os llevará al barco... Vuestro Florian lo ha hecho todo por su dulce Jonquil.

—Siento que os hayáis tomado tantas molestias —dijo—, pero ya no tengo ninguna necesidad de botes ni de barcos.

—Pero si todo es para poneros a salvo...

—Estaré a salvo en Altojardín. Willas me protegerá.

—Él no os conoce —insistió Dontos— y no os amará. Jonquil, Jonquil, abrid esos dulces ojos; para esos Tyrell no sois nada. Se quieren casar con vos por vuestros derechos.

—¿Mis derechos? —Sansa no comprendía nada.

—Pequeña —siguió él—, sois la heredera de Invernalia.

Volvió a agarrarla por el brazo, le suplicó que no siguiera adelante, y Sansa tuvo que soltarse por la fuerza. Lo dejó tambaleándose bajo el árbol corazón. Desde entonces no había vuelto a visitar el bosque de dioses.

Pero tampoco había olvidado qué le había dicho. «La heredera de Invernalia —pensaba en la cama, por las noches—. "Se quieren casar con vos

por vuestros derechos." —Sansa había tenido tres hermanos. Jamás pensó que hubiera derechos para ella, pero Bran y Rickon habían muerto—. Pero aún queda Robb; ya es un adulto, pronto se casará y tendrá un hijo. Además, Willas Tyrell heredará Altojardín, ¿para qué querría Invernalia?»

A veces susurraba su nombre contra la almohada, sólo para oír cómo sonaba.

—Willas, Willas, Willas.

Willas era un nombre tan bonito como Loras; bueno, más o menos. Hasta se parecían un poco. ¿Qué importaba lo de su pierna? Willas sería señor de Altojardín, y ella sería su dama.

Se imaginaba con él, sentados en un jardín, los dos con cachorrillos en el regazo, o escuchando a un bardo que rasgueaba su laúd mientras se deslizaban por las aguas del Mander en una barcaza.

«Si le doy hijos, tal vez llegue a quererme. —Los llamaría Eddard, Brandon y Rickon, y los educaría para que fueran tan valientes como Ser Loras—. Y para que odien a los Lannister.» En las fantasías de Sansa, sus hijos eran iguales que los hermanos que había perdido. A veces incluso había una niña parecida a Arya.

En cambio, no conseguía visualizar durante mucho rato seguido a Willas; en su imaginación, enseguida se transformaba en Ser Loras, tan joven, tan gallardo, tan apuesto.

«No pienses eso —se dijo—. O cuando os conozcáis verá en tus ojos la decepción, ¿y cómo va a querer casarse contigo si sabe que a quien amas es a su hermano?» Se recordaba constantemente que Willas Tyrell la doblaba en edad, era tullido, tal vez incluso regordete, y de rostro congestionado como su padre. Pero, por feo que fuera, quizá era el único campeón que tendría jamás.

En cierta ocasión soñó que todavía iba a casarse con Joff, ella, no Margaery, y en su noche de bodas se transformaba en el verdugo Ilyn Payne. Se despertó temblorosa. No quería que Margaery sufriera tanto como ella había sufrido, pero la aterraba la idea de que los Tyrell se negaran a seguir adelante con el matrimonio.

«Se lo he advertido, se lo he dicho, le he contado cómo es de verdad. —Tal vez Margaery no la creyera. Cuando estaba con ella, Joff se comportaba siempre como un perfecto caballero, igual que había hecho con Sansa—. No tardará en verlo tal como es. Si no es antes de la boda, será después.» Sansa tomó la decisión de encenderle una vela a la Madre que estaba en los cielos la próxima vez que fuera al sept, para pedirle que protegiera a Margaery de la crueldad de Joff. Y tal vez otra vela al Guerrero, por Loras.

Mientras la costurera le tomaba las medidas decidió que luciría el vestido nuevo en la ceremonia que tendría lugar en el Gran Sept de Baelor.

«Por eso lo habrá encargado Cersei, para que no parezca una desharrapada en la boda. —Necesitaba otro vestido para el banquete que tendría lugar después, pero se conformaría con uno de los viejos. No quería arriesgarse a que

el nuevo se manchara de comida o de vino—. Tengo que llevarlo a Altojardín. —Quería aparecer radiante ante Willas Tyrell—. Aunque Dontos tenga razón, aunque lo que quiera sea Invernalia, y no a mí, puede llegar a quererme por mí misma.» Sansa se estrechó los brazos con fuerza mientras se preguntaba cuándo estaría listo el vestido. Se moría de ganas de ponérselo.

ARYA

Las lluvias llegaron y pasaron, pero el cielo estaba más gris que azul, y todos los arroyos bajaban crecidos. La mañana del tercer día, Arya se dio cuenta de que el musgo crecía sobre todo en el lado de los árboles que no debía.

—Nos hemos equivocado de dirección —le dijo a Gendry cuando cabalgaron junto a un olmo que tenía mucho musgo—. Estamos yendo hacia el sur. ¿Has visto en qué lado del tronco crece el musgo?

—Estamos siguiendo el camino, nada más. —El muchacho se apartó un mechón de pelo negro de los ojos—. Lo que pasa es que este tramo va hacia el sur.

«Llevamos todo el día viajando hacia el sur —habría querido decirle—. Y ayer, cuando íbamos por el lecho del arroyo, también.» Pero el día anterior no había prestado mucha atención, así que no estaba segura.

—Creo que nos hemos extraviado —dijo en voz baja—. No debimos apartarnos del río. Sólo teníamos que seguirlo.

—El río tiene curvas y meandros —replicó Gendry—. Seguro que esto es un atajo. Un camino que sólo conocen los forajidos. Lim y Tom llevan años viviendo aquí.

Aquello era verdad. Arya se mordió el labio.

—Pero el musgo...

—Como siga lloviendo así, pronto nos crecerá musgo en las orejas —se quejó Gendry.

—Sólo en la oreja sur —replicó Arya, testaruda.

Era inútil tratar de convencer al Toro. Pero, aun así, era el único amigo de verdad que tenía desde que Pastel Caliente los había dejado.

—Sharna dice que me necesita para hacer el pan —le había dicho el día que partieron a caballo—. Además, estoy harto de la lluvia, de que la silla de montar me haga llagas en el culo y de tener miedo constantemente. Aquí hay cerveza, me dan de comer conejo, y el pan estará bueno cuando lo haga yo. Ya lo verás cuando vuelvas. Porque volverás, ¿verdad? Cuando acabe la guerra. —En aquel momento recordó quién era Arya—. Mi señora —añadió, sonrojado.

Arya no sabía si la guerra terminaría alguna vez, pero había asentido.

—Siento haberte pegado aquella vez —dijo. Pastel Caliente era tonto y cobarde, pero la había acompañado desde Desembarco del Rey, y había llegado a acostumbrarse a él—. Te rompí la nariz.

—También se la rompiste a Lim. —Pastel Caliente sonrió—. Estuvo muy bien.

—A Lim no se lo pareció —replicó Arya con tristeza.

Había llegado la hora de partir. Cuando Pastel Caliente preguntó si podía besarle la mano a la señora, ella le dio un puñetazo en el hombro.

—No me llames señora. Tú eres Pastel Caliente y yo soy Arry.

—Aquí no soy Pastel Caliente. Sharna me llama «Chico». Igual que al otro chico. Va a ser un lío.

Lo echaba de menos más de lo que había imaginado, aunque Harwin compensaba en parte su ausencia. Ella le había hablado de su padre, Hullen, y de cómo lo había encontrado moribundo en los establos de la Fortaleza Roja el día en que huyó.

—Siempre decía que moriría en un establo —comentó Harwin—, pero todos pensábamos que lo mataría algún garañón con mal genio, no una manada de leones.

Arya le habló también de Yoren y de cómo había escapado de Desembarco del Rey, y le contó buena parte de lo que le había pasado desde entonces, aunque no le dijo nada del mozo de cuadras al que había matado con *Aguja*, ni del guardia al que había cortado la garganta para salir de Harrenhal. Contárselo a Harwin habría sido como decírselo a su padre, y no soportaba la idea de que su padre supiera lo que había hecho.

Tampoco le habló de Jaqen H'ghar y de las tres muertes que le había pagado. Arya llevaba siempre debajo del cinturón la moneda de hierro que le había dado, y a veces, de noche, la sacaba y recordaba cómo su rostro se había fundido y cambiado cuando se pasó la mano por delante.

—*Valar morghulis* —decía entre dientes—. Ser Gregor, Dunsen, Polliver, Raff *el Dulce*. El Cosquillas y el Perro. Ser Ilyn, Ser Meryn, la reina Cersei, el rey Joffrey.

De los veinte hombres de Invernalia que su padre había enviado hacia el oeste con Beric Dondarrion sólo quedaban seis, según le dijo Harwin, y estaban dispersos.

—Fue una trampa, mi señora. Lord Tywin hizo que la Montaña cruzara el Forca Roja a espada y fuego con la esperanza de atraer a vuestro señor padre. Su plan era que Lord Eddard fuera en persona hacia el oeste, para encargarse de Gregor Clegane. De haberlo hecho, lo habrían matado o lo habrían capturado para intercambiarlo por el Gnomo, que en aquellos momentos era prisionero de vuestra madre. Pero el Matarreyes no sabía del plan de Lord Tywin, así que cuando se enteró de que habían capturado a su hermano, atacó a vuestro padre en las calles de Desembarco del Rey.

—Me acuerdo muy bien —dijo Arya—. Mató a Jory.

Jory siempre le había sonreído, al menos cuando no le estaba diciendo que saliera de entre sus pies.

—Mató a Jory —asintió Harwin—. Y a vuestro padre se le cayó el caballo encima y le rompió una pierna. Así que Lord Eddard no pudo ir hacia el oeste. En su lugar envió a Lord Beric, con veinte de sus hombres y otros tantos de Invernalia, entre ellos yo. También vinieron otros. Thoros y Ser Raymun Darry,

junto con sus hombres; Ser Gladden Wylde, un señor llamado Lothar Mallery... Pero Gregor nos esperaba en el Vado del Titiritero; tenía hombres apostados en ambas orillas. En cuanto cruzamos, nos atacó desde la vanguardia y la retaguardia.

»Vi cómo la Montaña mataba a Raymun Darry, de un golpe tan espantoso que a Darry le cortó el brazo por el codo y a la vez mató a su caballo. Gladden Wylde murió allí con él, y a Lord Mallery lo derribaron y se ahogó. Los leones nos rodeaban por todas partes; me di por perdido igual que todos los demás, pero Alyn empezó a gritar órdenes y reorganizó nuestras filas, y los que todavía permanecíamos a caballo nos agrupamos en torno a Thoros y conseguimos abrirnos paso para escapar. Por la mañana éramos ciento veinte, y al anochecer apenas si quedábamos cuarenta. Lord Beric estaba herido de gravedad. Thoros se tuvo que arrancar del pecho un palmo de lanza y echarse vino hirviendo en el agujero.

»Estábamos seguros de que el señor moriría antes del amanecer. Pero Thoros se pasó la noche rezando con él junto al fuego, y cuando volvió a salir el sol, todavía estaba vivo y hasta un poco recuperado. Tuvieron que pasar quince días antes de que pudiera montar a caballo, pero su valor nos dio fuerzas a todos. Nos dijo que nuestra guerra no había terminado en el Vado del Titiritero, que precisamente allí había empezado, y que por cada uno de los nuestros que había muerto allí caerían diez enemigos.

»Para entonces, las batallas tenían lugar lejos de nosotros. Los hombres de la Montaña no eran más que la vanguardia de las huestes de Lord Tywin. Cruzaron el Forca Roja con el grueso de sus fuerzas, arrasaron las tierras de los ríos y lo quemaron todo a su paso... Éramos tan pocos que lo único que podíamos hacer era hostigar su retaguardia, pero nos decíamos que nos uniríamos al rey Robert cuando avanzara hacia el oeste para aplastar la rebelión de Lord Tywin. Y entonces fue cuando nos enteramos de que Robert había muerto, igual que Lord Eddard, y de que el mocoso de Cersei Lannister ocupaba el Trono de Hierro.

»El mundo se había vuelto del revés. La Mano del Rey nos había enviado a capturar a unos criminales, y de repente los criminales éramos nosotros... y Lord Tywin era la Mano del Rey. Algunos propusieron que nos rindiéramos en aquel momento, pero Lord Beric se negó en redondo. Dijo que seguíamos siendo hombres del Rey, y que los leones estaban asesinando al pueblo del Rey. Si no podíamos luchar por Robert, lucharíamos por ellos, hasta que muriera el último de nosotros. Y eso hicimos, pero sucedió algo muy extraño. Por cada hombre que perdíamos aparecían dos para ocupar su lugar. Algunos eran caballeros o escuderos, de buena cuna, pero en su mayor parte eran plebeyos: jornaleros, taberneros, criados, zapateros... hasta dos septones. Hombres de todo tipo, y también mujeres, niños, perros...

—¿Perros? —se sorprendió Arya.

—Sí —contestó Harwin con una sonrisa—. Uno de los muchachos tiene una

jauría de los perros más salvajes que te puedas imaginar.

—Me encantaría tener un buen perro salvaje —dijo con melancolía—. Un perro que matara leones.

Había tenido una loba huargo, *Nymeria*, pero la había tenido que espantar a pedradas para evitar que la Reina la matara.

«¿Un huargo podrá matar a un león?», se preguntó.

Por la tarde siguió lloviendo, y también buena parte del anochecer. Por suerte, los rebeldes tenían amigos por todas partes, de manera que no tuvieron que acampar al aire libre ni refugiarse a duras penas bajo la vegetación, tal como había tenido que hacer tan a menudo con Pastel Caliente y con Gendry.

Aquella noche acamparon en una aldea quemada y abandonada. O al menos parecía abandonada hasta que Jack-con-Suerte hizo sonar el cuerno de caza con dos toques cortos, seguidos por otros dos largos. En aquel momento, de las ruinas y bodegas ocultas salieron todo tipo de personas. Tenían cerveza, manzanas secas y pan de cebada algo duro, y los rebeldes llevaban un ganso que Anguy había abatido en el río, de manera que la cena de aquella noche fue casi un banquete.

Arya estaba mordisqueando el último pedacito de carne de un ala cuando uno de los aldeanos se dirigió hacia Lim Capa de Limón.

—Hace menos de dos días pasaron por aquí unos hombres —dijo—; buscaban al Matarreyes.

—Pues que vayan a buscarlo a Aguasdulces. —Lim soltó un bufido—. A la más profunda de las mazmorras, un precioso agujero húmedo.

Tenía la nariz como una manzana aplastada, toda roja e informe, y estaba de muy mal humor.

—No —respondió otro aldeano—. Consiguió escapar.

«El Matarreyes.» Arya sintió que se le erizaba el vello del cuello. Contuvo la respiración para oír mejor.

—¿Es posible que sea verdad? —preguntó Tom Siete.

—No me lo creo —intervino un hombre tuerto que llevaba un yelmo cónico oxidado. Los demás rebeldes lo llamaban Jack-con-Suerte, aunque a Arya no le parecía que perder un ojo fuera señal de mucha suerte—. Yo mismo he probado esas mazmorras. ¿Cómo ha podido escapar?

Ante aquello los aldeanos no pudieron hacer otra cosa que encogerse de hombros. Barbaverde se acarició los bigotes grises y verdosos.

—Si el Matarreyes vuelve a estar suelto, los lobos se ahogarán en sangre. Hay que decírselo a Thoros. El Señor de la Luz le mostrará a Lannister en las llamas.

—Aquí ya tenemos una hoguera estupenda —dijo Anguy con una sonrisa.

—¿Tengo pinta de sacerdote, Arquero? —Barbaverde se echó a reír y le dio un cachete al arquero—. Cuando Pello de Tyrosh escudriña el fuego, las brasas le chamuscan la barba.

—Anda que no le gustaría a Lord Beric capturar a Jaime Lannister —dijo

Lim mientras hacía que le crujieran los nudillos.

—¿Lo ahorcaría, Lim? —preguntó una de las aldeanas—. Sería una pena colgar a un hombre tan guapo como ése.

—¡Primero el juicio! —dijo Anguy—. Lord Beric siempre les hace un juicio, lo sabes muy bien. —Sonrió—. Y luego los ahorca.

Hubo un coro de carcajadas. Luego, Tom pasó los dedos por las cuerdas del arpa y empezó a entonar una canción.

La Hermandad del Bosque Real, una banda al margen de la ley.
Su castillo era el bosque, y salían a cazar a las tierras del rey.
A hombres y doncellas por igual, su tesoro arrebata la grey.
Oh, la hermandad del Bosque Real, ¡que banda temible y sin ley!

Con ropa caliente y seca, en un rincón, entre Gendry y Harwin, Arya escuchó la canción un rato, antes de cerrar los ojos y dejarse vencer por el sueño. Soñó con su hogar; no con Aguasdulces, sino con Invernalia. Pero no fue un sueño agradable. Estaba fuera del castillo, sola, hundida en barro hasta las rodillas. Veía ante ella las murallas grises, pero cuando intentaba llegar a las puertas, cada paso le costaba más que el anterior, y el castillo se iba difuminando ante sus ojos hasta que pareció más de humo que de granito. También había lobos, formas grises y escurridizas de ojos brillantes que acechaban entre los árboles a su alrededor. Cada vez que los miraba, la asaltaba el recuerdo del sabor de la sangre.

A la mañana siguiente se apartaron del camino para atajar a través de los campos. Hacía viento, y las hojas secas giraban en remolinos en torno a los cascos de sus caballos, pero al menos no llovía. Cuando el sol salió de detrás de una nube, resultó tan brillante que Arya tuvo que echarse la capucha hacia delante para que no la cegara.

—¡Nos hemos equivocado de dirección! —exclamó de repente, tirando de las riendas.

—¿Qué pasa, otra vez el musgo? —Gendry dejó escapar un gemido.

—¡Mira el sol! —replicó—. ¡Vamos hacia el sur! —Arya rebuscó en las alforjas de la silla hasta dar con el mapa y se lo mostró—. No tendríamos que habernos apartado del Tridente. Mirad. —Desenrolló el mapa sobre una pierna. Todos la estaban mirando—. Aquí: Aguasdulces está aquí, entre los ríos.

—Da la casualidad de que ya sabemos dónde está Aguasdulces —dijo Jack-con-Suerte—. Lo sabemos muy bien.

—No vamos a Aguasdulces —le espetó Lim con aspereza.

«Casi había llegado —pensó Arya—. Tendría que haber dejado que se llevaran nuestros caballos. Podría haber hecho el resto del camino a pie.» Recordó el sueño que había tenido y se mordió el labio.

—Vamos, pequeña, no pongas esa cara tan triste —dijo Tom de Sietecauces—. No te pasará nada malo, te doy mi palabra.

—¡La palabra de un mentiroso!

—Aquí nadie ha mentido —dijo Lim—. No te hemos prometido nada. No

nos corresponde a nosotros decidir qué se hace contigo.

Pero Lim no era el jefe, y tampoco Tom. El jefe era Barbaverde, el tyroshi. Arya se volvió hacia él.

—Llévame a Aguasdulces y recibirás una recompensa —dijo a la desesperada.

—Pequeña —respondió Barbaverde—, si un plebeyo quiere, puede despellejar una ardilla común para guisarla, pero si encuentra una ardilla de oro, se la llevará a su señor, si no quiere tener que lamentarlo.

—Yo no soy una ardilla —replicó Arya.

—Claro que sí. —Barbaverde se echó a reír—. Eres una ardillita de oro que va a ir a ver al señor del relámpago, tanto si quiere como si no. Él sabrá qué conviene hacer contigo. Seguro que te envía con tu señora madre, tal como tú quieres.

—Claro —asintió Tom de Sietecauces—, Lord Beric es así. Hará lo que sea mejor para ti, ya verás.

«Lord Beric Dondarrion.» Arya recordó todo lo que había oído en Harrenhal, tanto de boca de los Lannister como de los Titiriteros Sangrientos. Lord Beric, el fantasma del bosque. Lord Beric, al que había dado muerte Vargo Hoat, y antes que él Ser Amory Lorch, y también la Montaña que Cabalga, éste en dos ocasiones.

«Si no me envía a mi casa, a lo mejor lo mato yo también.»

—¿Por qué tengo que ir a ver a Lord Beric?

—Le llevamos a todos los prisioneros nobles —dijo Anguy.

«Prisioneros. —Arya respiró hondo para recuperar la calma—. Tranquila como las aguas en calma. —Miró a los rebeldes a caballo e hizo girar la cabeza a su montura—. Ahora, rápida como una serpiente», pensó al tiempo que clavaba los talones en los flancos del corcel.

Salió como una centella entre Barbaverde y Jack-con-Suerte, y vio un instante la expresión de sobresalto en el rostro de Gendry cuando el muchacho apartó la yegua para dejarla pasar. Y al momento se encontró en campo abierto, a galope tendido.

Norte o sur, este u oeste, en aquel momento no importaba. Más tarde buscaría el camino hacia Aguasdulces, en cuanto los hubiera despistado. Arya se inclinó sobre la silla y mantuvo el galope. A sus espaldas, los rebeldes maldecían y le gritaban que volviera. No hizo caso de las llamadas, pero al girar la cabeza y mirar, vio que cuatro de los hombres iban tras ella. Anguy, Harwin y Barbaverde cabalgaban codo con codo, seguidos a corta distancia por Lim, con la larga capa amarilla ondeando a su espalda.

—Veloz como un ciervo —le dijo a su montura—. Corre, corre, ¡corre!

Arya cruzó como una flecha los campos cubiertos de hierbajos marchitos y montones de hojas secas que formaban remolinos cuando pasaba al galope. Divisó un bosque a su izquierda. «Ahí podré despistarlos.» A lo largo de un lado del campo había una zanja, pero la consiguió salvar de un salto sin perder

el paso, y se lanzó hacia el grupo de olmos, tejos y abedules. Una mirada rápida hacia atrás le mostró que Anguy y Harwin aún le pisaban los talones. Barbaverde se había quedado rezagado, y a Lim no se lo veía por ninguna parte.

—Más deprisa —le dijo al caballo—. Vamos, ¡vamos!

Pasó al galope entre dos olmos sin pararse a mirar en qué lado crecía el musgo. Saltó un tronco medio podrido, y describió un círculo para esquivar un gigantesco montón de hojarasca y ramas rotas. Subió por una suave pendiente y bajó por el otro lado, aminorando la marcha y volviendo a acelerar mientras las herraduras de su caballo arrancaban chispas de los trozos de pedernal. En la cima de una colina se aventuró a mirar atrás. Harwin había tomado cierta ventaja a Anguy, pero ambos la seguían de cerca. Barbaverde se había quedado mucho más atrás, y al parecer, su caballo flaqueaba.

Un arroyo cubierto de hojas secas se cruzó en su camino. Hizo que el caballo se adentrara salpicando en sus aguas; muchas hojas se le quedaron pegadas a las patas cuando salió por la otra orilla. Allí, la maleza era más espesa, y había en el suelo tantas raíces y rocas que tuvo que aminorar la marcha, pero de todos modos siguió cabalgando tan deprisa como se atrevió. Otra colina, ésta más empinada, se alzó ante ella. Subió por una ladera, bajó por la otra.

«¿Qué extensión tendrá este bosque? —se preguntó. Sabía que su caballo era el más rápido; había robado la mejor montura de Roose Bolton de los establos de Harrenhal, pero allí la velocidad no servía de nada—. Tengo que volver a los campos. Tengo que encontrar un camino.»

Pero todo lo que encontró fue una vereda de animales. Era estrecha e irregular, pero menos era nada. Galopó por ella mientras las ramas le azotaban el rostro. Una se le enganchó en la capucha, y se la echó hacia atrás de un tirón, y por un momento temió que la hubieran alcanzado. Un zorro salió de los arbustos a su paso, sobresaltado ante aquel galope furioso. La vereda la llevó hasta otro arroyo. ¿O se trataba del mismo? ¿Habría dado media vuelta sin darse cuenta? No tenía tiempo para pensar en eso; oía los cascos de los caballos de sus perseguidores. Los espinos le arañaban el rostro como los gatos que había perseguido en Desembarco del Rey. Los gorriones levantaron el vuelo en desbandada de las ramas de un aliso. Pero los árboles estaban cada vez más dispersos, y de repente se encontró en campo abierto. Ante ella se extendían prados llanos, todo hierbajos y trigo silvestre sucio y pisoteado. Arya espoleó al caballo para que recuperase el galope.

«Corre —pensó—, corre hacia Aguasdulces, corre hacia casa. —¿Los habría despistado? Echó un breve vistazo hacia atrás y allí estaba Harwin, a menos de seis metros y ganándole terreno—. No. No, no es posible. No, no es justo.»

Cuando él la alcanzó y le quitó las riendas, los dos caballos tenían ya espuma en la boca y estaban agotados. La propia Arya jadeaba sin aliento. Sabía que la pelea había terminado.

—Cabalgáis como un norteño, mi señora —dijo Harwin una vez se hubieron detenido—. Vuestra tía era igual. Me refiero a Lady Lyanna. Pero recordad que mi padre era el caballerizo mayor.

—Creía que eras leal a mi padre —dijo lanzándole una mirada llena de dolor.

—Lord Eddard está muerto, mi señora. Ahora soy leal al señor del relámpago y a mis hermanos.

—¿Qué hermanos? —Que Arya recordara, el viejo Hullen no había tenido más hijos varones.

—Anguy, Lim, Tom Siete, Jack y Barbaverde: a todos ellos. No tenemos nada contra vuestro hermano, mi señora... pero no luchamos por él. Ya tiene un ejército y más de un gran señor que se arrodille ante él. En cambio, el pueblo sólo nos tiene a nosotros. —La miró inquisitivo—. ¿Entendéis bien lo que os estoy diciendo?

—Sí.

Entendía más que bien que no era leal a Robb. Y que ella era su prisionera.

«Podría haberme quedado con Pastel Caliente —pensó—. Podríamos haber navegado en aquel botecito río arriba, hasta Aguasdulces. —Le habría ido mejor si hubiera seguido siendo un pajarito desvalido. A un pajarito, nadie lo tomaba prisionero: ni a Nan, ni a Comadreja, ni a Arry el huérfano—. Fui una loba. Pero vuelvo a ser una dama, una estúpida damita.»

—Y ahora, ¿vais a cabalgar tranquila? —le preguntó Harwin—. ¿O tendré que ataros y echaros sobre el caballo?

—Cabalgaré tranquila —dijo con tono hosco.

«Por ahora.»

SAMWELL

Entre sollozos, Sam dio un paso más.

«Éste es el último —pensó—, el último. Ya no puedo más, no puedo seguir. —Pero sus pies se movieron de nuevo. Primero uno, luego el otro. Dieron un paso, después otro más—. No son mis pies, son de otro, es otro el que camina, no es posible que sea yo.»

Miró hacia abajo y los vio trastabillando en la nieve. Eran cosas torpes y amorfas. Creía recordar que las botas habían sido negras, pero la nieve se había apelmazado en torno a ellas y eran ya informes bultos blancos; tenía dos pies deformes de hielo.

Y no paraba. La nieve no paraba. Los ventisqueros le llegaban por encima de las rodillas, y una costra de hielo le cubría los muslos como un calzón blanco. Caminaba arrastrándose, tambaleante. La pesada mochila que portaba le daba el aspecto de un jorobado monstruoso. Y estaba tan, tan cansado...

«No puedo seguir. Madre, ten piedad, no puedo seguir.»

Cada cuatro o cinco pasos tenía que agacharse para subirse el cinto de la espada; la había perdido en el Puño, pero la vaina todavía hacía que se le cayera el cinturón. Lo que sí tenía eran dos cuchillos: la daga de vidriagón que Jon le había regalado y la de acero, con la que cortaba la carne. Pesaban bastante, y tenía el vientre tan prominente y redondo que, si no se iba subiendo el cinturón, se le caía hasta los tobillos, por mucho que se lo apretase. En cierta ocasión había tratado de abrochárselo por encima de la barriga, pero así le quedaba casi en los sobacos. Grenn había estado a punto de morirse de risa sólo de verlo.

—Conocí a un hombre que llevaba la espada al cuello igual que tú —había comentado Edd *el Penas*—. Un día tropezó, y la empuñadura se le metió por la nariz.

Sam también tropezaba sin cesar. Bajo la nieve había rocas, y también raíces de árboles, cuando no agujeros profundos en el suelo helado. Bernarr *el Negro* se había metido en uno y se había roto el tobillo; aquello había sido hacía tres días, o tal vez cuatro... En realidad, no sabía cuánto tiempo había pasado. Después de aquello, el Lord Comandante ordenó que Bernarr fuera a caballo.

Entre sollozos, Sam dio un paso más. Aquello se parecía más a caer que a caminar, una caída interminable en la que no se llegaba nunca al suelo, sólo se caía hacia delante, hacia delante, sin cesar.

«He de parar, me duele todo. Tengo mucho frío, estoy muy cansado, necesito dormir una siestecita junto a una hoguera y tomar un bocado de cualquier cosa que no esté congelada.»

Pero si se detenía, moriría. Lo sabía muy bien. Lo sabían todos, los pocos

que quedaban. Cuando huyeron del Puño eran cincuenta, tal vez más, pero algunos se habían extraviado en la nieve, algunos de los heridos habían muerto desangrados... y en ocasiones, Sam había oído gritos a sus espaldas, procedentes de la retaguardia. Uno de los gritos fue aterrador. Al oírlo echó a correr, veinte o treinta pasos, tan deprisa como pudo, levantando la nieve con los pies casi helados. Si hubiera tenido unas piernas más fuertes, no habría dejado de correr.

«Están detrás de nosotros, siguen detrás de nosotros, nos van cazando uno a uno.»

Entre sollozos, Sam dio un paso más. Hacía tanto tiempo que no sentía más que frío que se estaba olvidando de cómo era el calor. Llevaba tres pares de medias y dos capas de ropa interior bajo una túnica doble de lana de cordero, y por encima de todo aquello, un jubón acolchado que lo protegía del acero frío de la cota de mallas. Sobre ella llevaba una sobrevesta suelta hasta la cintura, y por último, una capa de grosor triple que se abrochaba con un botón de hueso por debajo de las papadas. La capucha le caía sobre la frente. En las manos llevaba unos guantes finos de lana y cuero, y encima, unos mitones de piel gruesa. Se ceñía la parte inferior del rostro con una bufanda, y llevaba un gorro de lana que le cubría las orejas por debajo de la capucha. Y pese a todo, el frío le llegaba hasta los huesos. Lo había sentido sobre todo en los pies. Ya ni siquiera los notaba, pero hasta el día anterior le habían dolido tanto que apenas si soportaba estar de pie, no digamos ya caminar. Con cada paso tenía que contener un grito. ¿Había sido ayer? No lo recordaba. No había dormido desde lo del Puño, desde que había sonado el cuerno. A menos que hubiera dormido mientras caminaba. ¿Se podía dormir andando? Sam no lo sabía, o tal vez lo había olvidado.

Entre sollozos, dio un paso más. La nieve se arremolinaba a su alrededor. A veces caía de un cielo blanco; a veces, de un cielo negro. Eso era lo único que quedaba del día y de la noche. La llevaba sobre los hombros como una segunda capa, y se le amontonaba en la mochila de la espalda de manera que era cada vez más pesada, más difícil de transportar. Sentía un dolor atroz en la rabadilla, como si le hubieran clavado un cuchillo y lo retorcieran a cada paso. El peso de la cota de mallas le destrozaba los hombros. Habría dado casi cualquier cosa por quitársela, pero le daba miedo. De todos modos, para eso habría tenido que quitarse la capa, y el frío lo habría matado.

«Ojalá fuera más fuerte...» Pero no lo era, y con desearlo no ganaba nada. Sam era débil y gordo, tan gordo que apenas si podía con su peso; la cota de mallas era demasiado para él. Sentía como si le estuviera despellejando los hombros, a pesar de las capas de tejido acolchado que separaban el acero de la piel. Lo único que podía hacer era llorar, y cuando lloraba, las lágrimas se le congelaban en las mejillas.

Entre sollozos, dio un paso más. La costra de hielo estaba rota en el lugar donde puso el pie, de lo contrario estaba seguro de que no habría podido

moverlo. A la derecha y a la izquierda, apenas entrevistas junto a los árboles silenciosos, las antorchas se convertían en difusos halos anaranjados, tras la cortina de nieve que seguía cayendo. Siempre que volvía la cabeza los veía deslizarse sigilosamente entre los árboles. Se movían arriba y abajo, adelante y atrás.

«El círculo de fuego del Viejo Oso —recordó—, y pobre del que se salga de él.» Al caminar le daba la sensación de que perseguía a las antorchas, pero ellas también tenían piernas, y eran más largas y fuertes que las suyas, de manera que no las alcanzaba nunca.

El día anterior había suplicado que le permitieran llevar una de las antorchas, aunque eso implicara avanzar fuera de la columna y en los confines de la oscuridad. Quería fuego, soñaba con fuego.

«Si me dejaran el fuego, no tendría tanto frío.» Pero le recordaron que ya había llevado una antorcha al principio, que se le había caído y la nieve se la había apagado. Sam no recordaba que se le hubiera caído una antorcha, pero supuso que sería verdad. No tenía fuerzas para mantener el brazo extendido mucho rato. ¿Quién le había recordado lo de la antorcha, Edd o tal vez Grenn? De eso tampoco se acordaba. «Gordo, inútil y torpe; hasta los sesos se me están congelando.» Dio un paso más.

Se había enrollado la bufanda en torno a la nariz y la boca, pero se le había llenado de mocos, y estaba tan rígida que tenía miedo de que se le hubiera congelado y se le hubiera quedado pegada a la cara. Hasta respirar costaba un gran esfuerzo; el aire era tan frío que dolía al tragarlo.

—Madre, ten piedad —murmuró con la voz ahogada bajo la máscara helada—. Madre, ten piedad. Madre, ten piedad. Madre, ten piedad. —Con cada súplica daba un paso, arrastrando los pies entre la nieve—. Madre, ten piedad. Madre, ten piedad. Madre, ten piedad.

Su verdadera madre estaba al sur, a mil leguas de allí, con sus hermanas y su hermanito Dickon, a salvo en el castillo de Colina Cuerno.

«No me oye. Igual que no me oye la Madre.» Todos los septones decían que la Madre era misericordiosa, pero más allá del Muro, los Siete no tenían ningún poder. Allí gobernaban los antiguos dioses, los dioses sin nombre de los árboles, de los lobos y de las nieves.

—Piedad —susurró a quienes pudieran escucharlo, ya fueran dioses antiguos o nuevos, o hasta demonios—. Piedad, piedad, piedad.

«Maslyn pidió piedad a gritos.» ¿Por qué de repente se había acordado de aquello? No era un recuerdo grato. Maslyn había caído hacia atrás, perdió la espada, suplicó, se rindió; hasta llegó a quitarse el grueso guante negro y lo arrojó ante él como si fuera un guantelete. Aún gritaba pidiendo clemencia cuando el espectro lo cogió por la garganta, lo levantó por los aires y casi le arrancó la cabeza del todo. «A los muertos no les queda lugar para la piedad, y los Otros... No, no quiero pensar en eso, no debo. No lo recuerdes, camina, camina y nada más, camina.»

Entre sollozos, dio un paso más.

Tropezó con una raíz oculta bajo la capa de hielo, perdió el equilibrio y cayó sobre una rodilla con todo su peso, con tanta fuerza que se mordió la lengua. Sintió el sabor de la sangre en la boca; era lo más cálido que había probado desde el Puño.

«Se acabó», pensó. Había caído y no tenía fuerzas para volver a levantarse. Buscó a tientas una rama y se aferró a ella para tratar de ponerse en pie, pero las piernas entumecidas no lo aguantaban; la cota de mallas pesaba demasiado, y él estaba muy gordo, y muy débil, y muy cansado...

—Venga, Cerdi, en pie —le gruñó alguien al pasar.

Pero Sam no prestó atención. «Ya está: me dejo caer en la nieve y cierro los ojos.» No estaría tan mal morir allí. No había forma humana de tener más frío, y en cuanto pasara un ratito dejaría de sentir el dolor de los riñones o el tormento de los hombros, igual que ya no sentía los pies. «No sería el primero en morir, eso no podrán achacármelo.» En el Puño habían muerto cientos de hombres, habían caído a su alrededor, y luego muchos más, los había visto. Sam, tembloroso, se soltó de la rama y se dejó caer en la nieve. Estaba fría y húmeda, lo sabía, pero casi no lo notaba a través de la ropa. Clavó la vista en el cielo blancuzco, mientras los copos de nieve le caían sobre el estómago, el pecho y los párpados. «La nieve me cubrirá como una manta blanca, una manta gruesa. Bajo la nieve tendré calor, y si hablan de mí, tendrán que decir que caí como un hombre de la Guardia de la Noche. Eso es. Eso es. Cumplí con mi deber. No podrán decir que violé el juramento. Soy gordo, soy débil y soy cobarde, pero cumplí con mi deber.»

Había estado al cargo de los cuervos. Por eso lo habían llevado allí. Él no había querido ir, se lo había dicho, les había dicho lo cobarde que era. Pero el maestre Aemon era muy viejo, además estaba ciego, de modo que tuvieron que enviar a Sam para que se encargara de los cuervos. El Lord Comandante le había dado unas órdenes muy precisas en cuanto acamparon en el Puño.

—Tú no vales para pelear. Eso ya lo sabemos, chico. Si llegan a atacarnos, no intentes demostrar lo contrario; no harías más que estorbar. Lo que tienes que hacer es enviar un mensaje. Y no vengas corriendo a preguntarme qué tiene que decir. Escríbelo tú mismo, y envía un pájaro al Castillo Negro y otro a la Torre Sombría. —El Viejo Oso apuntó un dedo enguantado a la cara de Sam—. Me da igual si tienes tanto miedo que te cagas en los calzones, y me da igual si hay un millar de salvajes pidiendo a gritos tu sangre; envía esos pájaros o te juro que te perseguiré por los siete infiernos, y te aseguro que lamentarás no haberlo hecho.

—*Lamentarás, lamentarás, lamentarás* —había graznado el cuervo de Mormont, inclinando la cabeza.

Sam lo lamentaba. Lamentaba no haber sido más valiente, más fuerte y más hábil con la espada, no haber sido mejor hijo para su padre y mejor hermano para Dickon y para las niñas. También lamentaba saber que iba a morir, pero

hombres mejores que él habían muerto en el Puño, hombres valientes, hombres de verdad, no críos gordos y chillones como él. Al menos, el Viejo Oso no lo perseguiría por los infiernos.

«Envié los pájaros. Al menos eso sí lo hice bien.» Había escrito los mensajes con antelación, mensajes breves y sencillos en los que hablaba de un ataque en el Puño de los Primeros Hombres; luego se los había guardado en la bolsa de los pergaminos, con la esperanza de no tener que enviarlos jamás.

Cuando los cuernos sonaron, Sam estaba durmiendo. Al principio pensó que lo había soñado, pero al abrir los ojos vio que la nieve caía sobre el campamento, y que todos los hermanos negros cogían arcos y lanzas y corrían hacia la muralla circular. El único que quedaba cerca de él era Chett, el antiguo mayordomo del maestre Aemon, con aquella cara llena de granos y el enorme quiste del cuello. Sam nunca había visto tanto miedo plasmado en la cara de un hombre como el que vio en la de Chett cuando el tercer toque del cuerno llegó desde los árboles.

—Ayúdame a sacar los pájaros —le suplicó, pero el otro mayordomo se dio media vuelta y echó a correr con la daga en la mano.

«Tiene que hacerse cargo de los perros», recordó Sam. Y seguramente el Lord Comandante también le había dado a él órdenes concretas.

Había sentido los dedos rígidos y temblorosos dentro de los guantes, había tiritado de miedo y de frío, pero consiguió dar con la bolsa de los pergaminos y sacar los mensajes que tenía escritos. Los cuervos graznaban furiosos y, cuando abrió la jaula del Castillo Negro, uno de ellos se le escapó volando. Dos más consiguieron zafarse también antes de que Sam pudiera atrapar un pájaro, que además le clavó el pico a través del guante y le hizo sangre. Pese a todo, consiguió retenerlo el tiempo suficiente para atarle el rollito de pergamino. Para entonces, el cuerno de guerra había dejado de sonar, pero el Puño era un bullicio de órdenes lanzadas a gritos entre el clamor del acero.

—¡Vuela! —exclamó Sam al tiempo que lanzaba el cuervo al aire.

Los pájaros de la jaula de la Torre Sombría graznaban y aleteaban con tanta furia que le dio miedo abrir la puerta, pero consiguió superarlo. En aquella ocasión atrapó el primer cuervo que trató de escapar. Un momento más tarde, el ave volaba entre la nieve para llevar la noticia del ataque.

Una vez cumplido su deber, terminó de vestirse con dedos torpes y temblorosos; se puso la gorra, el chaleco y la capa con capucha, y se abrochó el cinturón de la espada, muy apretado, para que no se le cayera. Luego cogió la mochila y empezó a guardar sus cosas, la ropa interior y los calcetines secos, las puntas de flecha y de lanza de vidriagón que Jon le había regalado, y también el cuerno viejo, sus pergaminos, la tinta y las plumillas, los mapas que había ido dibujando y un embutido al ajo, duro como una piedra, que había estado guardando desde que salió del Muro. Lo ató todo bien y se echó la mochila al hombro.

«El Lord Comandante me dijo que no fuera hacia la muralla circular —

recordó—, pero que tampoco fuera a buscarlo a él.» Sam respiró hondo y se dio cuenta de que no sabía qué debía hacer a continuación.

Recordaba haber dado vueltas en círculo, perdido, a medida que el miedo crecía en su interior, como le pasaba siempre. Los perros ladraban y los caballos relinchaban, pero la nieve amortiguaba los sonidos y hacía que parecieran proceder de muy lejos. Sam no veía nada a tres metros de distancia, ni siquiera las antorchas que ardían a lo largo del muro bajo de piedra que rodeaba la cima de la colina.

«¿Será posible que las antorchas se hayan apagado? —La sola idea le inspiraba pavor—. El cuerno sonó tres veces. Tres llamadas largas significan que vienen los Otros.» Los caminantes blancos del bosque, las sombras frías, los monstruos de las leyendas que de niño lo hacían gritar y temblar... Siempre a lomos de gigantescas arañas de hielo, sedientos de sangre...

Desenvainó la espada con manos torpes y avanzó con dificultad por la nieve. Un perro pasó ladrando junto a él, y entonces vio a algunos de los hombres de la Torre Sombría, hombres corpulentos, barbudos, con hachas de mango largo y lanzas de tres varas. Con ellos se sintió un poco más seguro, de manera que los siguió en su camino hacia la muralla. Al ver que todavía ardían las antorchas sobre el círculo de piedra se estremeció de puro alivio.

Los hermanos negros estaban allí, con las espadas y las lanzas en la mano, a la espera, mientras veían caer la nieve. Ser Mallador Locke pasó a lomos de su caballo, con el yelmo cubierto de copos de nieve. Él se quedó atrás y buscó con la mirada a Grenn o a Edd *el Penas*.

«Si voy a morir, al menos que sea junto a mis amigos», recordó haber pensado. Pero todos los que lo rodeaban eran desconocidos, hombres de la Torre Sombría que servían a las órdenes de un explorador llamado Blane.

—Ahí vienen —oyó decir a un hermano.

—Cargad los arcos —ordenó Blane.

Veinte flechas negras salieron de otros tantos carcajes.

—Los dioses se apiaden de nosotros, son cientos —susurró una voz.

—Tensad —dijo Blane—. Aguantad.

Sam no veía nada ni quería ver nada. Los hombres de la Guardia de la Noche permanecieron tras las antorchas, a la espera con los arcos tensos junto a las orejas, mientras algo se acercaba en la oscuridad, algo ascendía entre la nieve por la ladera resbaladiza.

—Aguantad —repitió Blane—. Aguantad, aguantad. —Y de pronto—: ¡Ahora!

Las flechas silbaron al cortar el aire.

Un grito de alegría surgió de entre los hombres situados junto a la muralla circular, pero casi murió en sus gargantas.

—No se detienen, mi señor —dijo uno a Blane.

—¡Vienen más! —gritó otro—. ¡Allí, mirad, entre los árboles!

—Los dioses se apiaden de nosotros, ¡los tenemos encima!

Para entonces, Sam ya estaba retrocediendo; temblaba como una hoja sacudida por ráfagas de viento, tanto por el miedo como por el frío. Aquella noche había sido gélida.

«Aún más que ésta. La nieve parece casi caliente. Ya me siento mejor. Sólo me hacía falta descansar un poco. Enseguida tendré fuerzas para andar otra vez. Enseguida.»

Un caballo le pasó junto a la cabeza, era un animal gris con nieve en las crines y los cascos llenos de hielo. Sam lo vio acercarse; luego lo vio alejarse. Apareció otro entre la cortina de nieve. Un hombre de negro tiraba de sus riendas. Al ver a Sam atravesado en el camino, lo insultó e hizo dar un rodeo al animal.

«Ojalá tuviera yo un caballo —pensó—. Si lo tuviera, podría seguir en marcha, me sentaría y hasta podría echar un sueñecito.» Pero habían perdido la mayor parte de las monturas en el Puño, y las que les quedaban transportaban los alimentos, las antorchas y a los heridos. Sam no era uno de los heridos. «Sólo un gordo, un debilucho y el mayor cobarde de los Siete Reinos.»

Y qué cobarde era. Lord Randyll, su padre, siempre se lo había dicho, y tenía toda la razón. Sam era su heredero, pero nunca se había mostrado digno de tal honor, de manera que su padre lo envió al Muro. Su hermano pequeño, Dickon, heredaría las tierras y el castillo de los Tarly, así como el mandoble *Veneno de Corazón*, que los señores de Colina Cuerno habían esgrimido con orgullo durante siglos. Se preguntó si Dickon derramaría una lágrima por el hermano que había muerto en medio de la nieve, en los confines del mundo.

«¿Por qué va a llorar? Un cobarde no merece que lloren por él.» Había oído a su padre decirle eso mismo a su madre mil veces. El Viejo Oso también lo sabía.

—¡Flechas de fuego! —había rugido el Lord Comandante aquella noche en el Puño, cuando apareció de repente a lomos de su caballo—. ¡Vamos a darles llamas! —Fue entonces cuando advirtió la presencia del tembloroso Sam—. ¡Tarly! ¡Quita de en medio! ¡Tienes que estar con los cuervos!

—Ya... ya... ya he enviado los mensajes.

—Bien.

—*Bien, bien* —repitió el cuervo de Mormont, que iba sobre su hombro.

Envuelto en pieles y con la cota de mallas, el Lord Comandante parecía inmenso. Los ojos le relampagueaban tras el visor de hierro negro.

—Aquí no haces más que estorbar. Quédate junto a las jaulas. Si tengo que enviar otro mensaje no quiero tener que empezar por buscarte. Ocúpate de que los pájaros estén preparados.

No aguardó su respuesta, sino que hizo dar la vuelta al caballo y lo puso al trote a lo largo del círculo.

—¡Fuego! —gritaba—. ¡Flechas de fuego!

No hizo falta que nadie le repitiera la orden a Sam. Regresó junto a los pájaros tan deprisa como se lo permitieron las piernas.

«Tengo que escribir el mensaje con antelación —pensó—, así podremos enviar los pájaros en cuanto haga falta.» Tardó mucho en encender una pequeña hoguera para calentar la tinta congelada. Se sentó en una roca junto a ella, cogió pluma y pergamino, y escribió los mensajes.

«Atacados en medio de la nieve, pero los hemos repelido con flechas de fuego», escribió mientras oía las órdenes de Thoren Smallwood a los arqueros. El silbido de las flechas era un sonido tan dulce como la plegaria de una madre.

—¡Arded, cabrones muertos, arded! —gritó Dywen entre risas que parecían graznidos, mientras los hermanos lanzaban gritos de ánimo y maldiciones.

«Estamos a salvo —escribió—. Seguimos en el Puño de los Primeros Hombres.» Sam esperaba que fueran mejores arqueros que él.

Puso la nota a un lado y cogió otro pergamino en blanco. «Seguimos luchando en el Puño, en medio de una densa nevada», escribió.

—¡Se siguen acercando! —gritó alguien en aquel momento.

«Resultado incierto», siguió escribiendo.

—¡Las lanzas! —rugió alguien, tal vez Ser Mallador, aunque Sam no habría podido jurarlo.

«Atacados por espectros en el Puño, en medio de la nieve —escribió—, pero los repelimos con fuego.» Volvió la cabeza. A través de la nevada sólo alcanzaba a divisar la gran hoguera que ardía en el centro del campamento y a los jinetes que se movían inquietos a su alrededor. Sabía que eran la reserva, que estaban preparados para arrollar a cualquier cosa que traspasara el muro circular. Se habían armado con antorchas, en lugar de espadas, y las estaban encendiendo con las llamas de la hoguera.

«Los espectros nos han rodeado —escribió al oír los gritos procedentes de la cara norte—. Atacan a la vez desde el norte y desde el sur. Las lanzas y las espadas no los detienen, sólo el fuego.»

—¡Más flechas, más flechas! —gritó una voz en medio de la noche.

—¡Joder, es enorme! —se oyó otra.

—¡Un gigante! —gritó una tercera.

—¡Es un oso, un oso! —insistió una cuarta.

Un caballo relinchó, los perros empezaron a aullar y los gritos se entremezclaron tanto que Sam ya no fue capaz de distinguir las voces. Escribió más deprisa, nota tras nota. «Salvajes muertos y un gigante, o tal vez un oso, los tenemos encima, nos rodean. —Oyó el sonido del acero contra la madera, lo que sólo podía significar una cosa—. Los espectros han traspasado la muralla circular. Se lucha dentro del campamento. —Una docena de hermanos a caballo pasaron junto a él en dirección a la zona este del muro, cada uno con una antorcha llameante en la mano—. El Lord Comandante los recibe con fuego. Hemos vencido. Estamos venciendo. Defendemos la posición. Hemos roto el cerco y nos replegamos hacia el Muro. Estamos atrapados en el Puño.»

Uno de los hombres de la Torre Sombría surgió tambaleante de la oscuridad y fue a desplomarse junto a Sam. Se arrastró hasta la hoguera antes

de morir. «Perdidos —escribió Sam—. Hemos perdido la batalla. Estamos perdidos.»

¿Por qué estaba recordando la batalla del Puño? No quería recordarla. No. Trató de acordarse de su madre, de su hermanita Talla o de Elí, la chica del Torreón de Craster. Alguien lo sacudió por el hombro.

—Levántate —le dijo una voz—. No puedes dormirte aquí, Sam. Levántate; tienes que caminar.

«No estaba dormido, estaba recordando.»

—Vete —dijo, y sus palabras se congelaron en el aire gélido—. Estoy bien. Quiero descansar.

—Levántate —insistió la voz de Grenn, áspera, ronca. Se inclinó sobre Sam, llevaba las ropas negras llenas de nieve—. El Viejo Oso ha dicho que nada de descansar. Vas a morir.

—Grenn. —Sonrió—. No, de verdad, aquí estoy bien. Sigue. Os alcanzaré en cuanto descanse un poco más.

—No. —Grenn tenía la espesa barba castaña congelada en torno a la boca. Le daba aspecto de anciano—. Te congelarás o te atraparán los Otros. ¡Levántate, Sam!

La noche antes de partir del Muro, Pyp le había estado tomando el pelo a Grenn, como siempre. Sam recordaba cómo sonreía al decir que Grenn iba a ser un excelente explorador, ya que era demasiado idiota como para tener miedo. Grenn lo negó con energía hasta que se dio cuenta de lo que estaba diciendo. Era achaparrado, de cuello grueso y fuerte. Ser Alliser Thorne lo llamaba «Uro», igual que a él lo llamaba «Ser Cerdi» y a Jon «Lord Nieve», pero Grenn siempre había tratado bien a Sam. «Sólo gracias a Jon. Si no fuera por Jon, ninguno me tendría el menor aprecio.» Y Jon había desaparecido, se había perdido en el Paso Aullante con Qhorin *Mediamano*. Lo más seguro era que estuviera muerto. Sam habría llorado su pérdida, pero las lágrimas se le habrían congelado, y apenas si conseguía mantener los ojos abiertos.

Un hermano de elevada estatura se detuvo junto a ellos con una antorcha en la mano, y durante un instante maravilloso, Sam sintió su calidez en el rostro.

—Déjalo ahí —dijo el hombre a Grenn—. El que no pueda caminar está perdido. Ahorra energías para ti, Grenn.

—Se levantará —replicó Grenn—. Sólo le hace falta que le eche una mano.

El hombre echó a andar y se llevó consigo el anhelado calor. Grenn trató de poner en pie a Sam.

—Me haces daño —se quejó—. Para ya, Grenn, que me haces daño en el brazo. Para.

—Joder, pesas demasiado.

Grenn le metió las manos debajo de los sobacos, dejó escapar un gruñido y consiguió ponerlo en pie. Pero en cuanto lo soltó, el muchacho gordo volvió a sentarse en la nieve. Grenn le dio una patada, un fuerte puntapié que reventó la

costra de nieve que le envolvía la bota y lanzó al aire fragmentos de hielo.

—¡Levántate! —Le asestó otra patada—. Levántate, tienes que andar. ¡Tienes que andar!

Sam se dejó caer de costado y se encogió sobre sí mismo para defenderse de los puntapiés. Apenas si los sentía a través de todas las prendas de lana, cuero y la cota de mallas, pero aun así le dolían.

«Creía que Grenn era mi amigo. A los amigos no se les dan patadas. ¿Por qué no me deja en paz? Lo único que necesito es descansar, nada más, descansar y dormir, y tal vez morir un ratito.»

—Si te haces cargo de la antorcha, yo llevaré al gordo.

De repente se sintió izado en el aire gélido. Lo habían alejado de la dulce y mullida nieve; flotaba. Sintió un brazo bajo las rodillas y otro en la espalda. Sam alzó la vista y parpadeó. Un rostro se cernió sobre el suyo, una cara ancha y brutal, con la nariz aplastada, los ojos pequeños y oscuros, y una tosca barba castaña. Conocía aquel rostro, pero tardó un instante en hacer memoria. «Paul. Paul *el Pequeño*.» El calor de la antorcha le derritió el hielo de la cara, y el agua se le metió en los ojos.

—¿Puedes con él? —oyó preguntar a Grenn.

—En cierta ocasión llevé en brazos un ternero que pesaba más que él. Se lo llevé a su madre para que le diera de mamar.

—Para ya —murmuró Sam; la cabeza se le sacudía con cada paso de Paul *el Pequeño*—. Déjame en el suelo, no soy ningún bebé. Soy un hombre de la Guardia de la Noche. —Se le escapó un sollozo—. Déjame morir.

—No hables, Sam —dijo Grenn—. Ahorra energías. Piensa en tus hermanas, piensa en tu hermano. En el maestre Aemon. En tu comida favorita. Si quieres, canta una canción.

—¿En voz alta?

—Para tus adentros.

Sam se sabía un centenar de canciones, pero cuando trató de recordar alguna le fue imposible. Parecía como si se las hubieran borrado de la cabeza. Dejó escapar otro sollozo.

—No me sé ninguna canción, Grenn. Antes sí me sabía muchas, pero ya no.

—Sí que sabes —replicó Grenn—. Venga, «El oso y la hermosa doncella», ésa se la sabe todo el mundo. «Había un oso, un oso, ¡un oso!, era negro, era enorme, ¡cubierto de pelo horroroso!»

—No, ésa no —suplicó Sam. El oso que había subido hasta el Puño no conservaba ni rastro de pelo sobre la carne putrefacta. No quería pensar en osos—. Nada de canciones, por favor, Grenn.

—Entonces piensa en tus cuervos.

—No eran míos. —«Eran los cuervos del Lord Comandante, los cuervos de la Guardia de la Noche»—. Pertenecían al Castillo Negro y a la Torre Sombría.

—Chett me dijo que podía quedarme con el cuervo del Viejo Oso, el que habla. —Paul *el Pequeño* frunció el entrecejo—. Le había estado guardando

comida y todo. —Sacudió la cabeza—. Pero se me olvidó. Me dejé la comida donde la tenía escondida. —Continuó caminando; el aliento que se le congelaba a cada paso le cubría el rostro de una película blanca—. ¿Me puedo quedar con uno de tus cuervos? —dijo de repente—. Sólo uno. No dejaría que Lark se lo comiera.

—Se han ido —dijo Sam—. Lo siento. —«Lo siento mucho»—. Están volando hacia el Muro.

Había liberado a los pájaros cuando oyó sonar una vez más los cuernos de batalla, que ordenaban montar a caballo a los hombres de la Guardia.

«Dos llamadas breves y una larga, era la señal para montar.» Pero no había razón para montar a menos que fueran a abandonar el Puño, y eso sólo podía significar que habían perdido la batalla. El miedo se le clavó tan hondo que apenas si pudo abrir las jaulas. Sólo cuando vio salir revoloteando al último cuervo, justo antes de que se perdiera en medio de la tormenta de nieve, se dio cuenta de que había olvidado enviar los mensajes que había escrito.

—¡No! —había chillado—. ¡Oh, no, no, no!

La nieve seguía cayendo mientras los cuernos sonaban.

Ahuuuuu, ahuuuuu, ahuuuuuuuuuuuuuu.

Decían: «A los caballos, a los caballos, a los caballos». Sam vio dos cuervos posados sobre una roca y corrió a por ellos, pero los pájaros echaron a volar entre los copos de nieve, en direcciones opuestas. Persiguió a uno mientras el aliento se le condensaba en grandes nubes blancas, tropezó y de pronto se encontró a tres metros de la muralla circular.

Después de aquello... recordó a los muertos que subían por las piedras, con flechas clavadas en los rostros y en las gargantas. Unos vestían cotas de mallas y otros iban casi desnudos. La mayoría eran salvajes, pero unos cuantos llevaban atuendos negros descoloridos. Recordó cómo uno de los hombres de la Torre Sombría había clavado la lanza en el vientre blancuzco y blando de un espectro hasta que se la sacó por la espalda, y cómo aquel ser había seguido avanzando a trompicones, empalándose cada vez más con el asta, y cómo había extendido las manos negras para retorcer el cuello del hermano hasta que le brotó sangre de la boca. Fue entonces cuando se le aflojó la vejiga por primera vez.

No recordaba haber echado a correr, pero sin duda debió de hacerlo, porque lo siguiente que supo fue que estaba a medio campamento de distancia, junto a la hoguera, con el anciano Ser Ottyn Wythers y otros arqueros. Ser Ottyn estaba de rodillas en la nieve, contemplando el caos que lo rodeaba, cuando un caballo sin jinete pasó junto a él y le coceó el rostro. Los arqueros no le prestaron atención. Estaban disparando flechas en llamas contra las sombras que poblaban la oscuridad. Sam vio cómo una alcanzaba a un espectro, y vio cómo las llamas lo consumían, pero tras él apareció una docena más, junto con una forma enorme, blancuzca, que en su tiempo debió de ser un oso, y los arqueros no tardaron en quedarse sin flechas.

Luego, Sam se encontró a caballo. No era su caballo, y tampoco recordaba haber montado. Tal vez fuera el animal que había destrozado la cara de Ser Ottyn. Los cuernos seguían sonando, de modo que espoleó al caballo y lo hizo volverse hacia la fuente del sonido.

En medio de la masacre, el caos y la nieve, se encontró con Edd *el Penas* a lomos de su montura, con un sencillo estandarte negro en el asta de la lanza.

—Sam —le dijo Edd al verlo—, ¿te importa despertarme, por favor? Tengo una pesadilla espantosa.

Cada vez había más hombres a caballo. Los cuernos los llamaban.

Ahuuuuu, ahuuuuu, ahuuuuuuuuuuuuuu.

—¡Están en la muralla oeste, mi señor! —gritó Thoren Smallwood al Viejo Oso al tiempo que trataba de dominar a su caballo—. Enviaré a los reservas...

—¡No! —Mormont tuvo que gritar a pleno pulmón para hacerse oír por encima del sonido de los cuernos—. ¡Llama a los hombres; tenemos que abrirnos paso y salir de aquí! —Se puso en pie en los estribos, con la capa negra ondeando al viento y el fuego reflejado en la armadura—. ¡Formación en punta de lanza! —rugió—. ¡Todos a caballo, bajaremos por la ladera sur, luego hacia el este!

—¡Mi señor, al sur hay un enjambre de ellos!

—Las otras son demasiado empinadas —dijo Mormont—. Tenemos que...

Su caballo relinchó y se encabritó, y estuvo a punto de lanzarlo al suelo al ver aparecer al oso entre la nieve. Sam volvió a mearse encima.

«Y yo que pensaba que ya no me quedaba nada dentro.» El oso estaba muerto, blancuzco, putrefacto. Se le había caído todo el pelo y la piel; también había perdido la mitad del brazo derecho, pero seguía avanzando. Lo único vivo de él eran los ojos. «De un azul brillante, como dijo Jon.» Brillaban como dos estrellas congeladas. Thoren Smallwood lo atacó. Su espada brillaba con destellos anaranjados y rojos a la luz del fuego. El golpe estuvo a punto de arrancarle la cabeza al oso. Y el oso se la arrancó a él.

—¡A los caballos! —gritó el Lord Comandante al tiempo que se daba la vuelta.

Antes de llegar a la muralla circular ya iban al galope. Sam siempre había tenido miedo de saltar a caballo, pero cuando tuvo delante el bajo muro de piedra supo que no le quedaba alternativa. Espoleó al caballo, cerró los ojos, dejó escapar un gemido, y el animal, de puro milagro, lo llevó al otro lado del muro. El jinete que cabalgaba a su derecha se precipitó al suelo en medio del estrépito del acero, el cuero y los relinchos del caballo, y los espectros cayeron sobre él. Los hombres de la Guardia descendieron por la colina al galope, entre un enjambre de manos negras, ardientes ojos azules y copos de nieve. Los caballos tropezaban y caían; los hombres eran arrancados de sus sillas; las antorchas giraban en el aire; las hachas y las espadas hendían la carne muerta, y Samwell Tarly sollozaba mientras se aferraba desesperadamente a su caballo con una fuerza que no había imaginado poseer nunca.

Estaba en mitad de la punta de lanza, con hermanos a ambos lados, y también delante y detrás. Un perro corrió junto a ellos durante un trecho y descendió por la ladera nevada entre los caballos, pero no pudo mantener su ritmo. Los espectros no se apartaban; los jinetes los arrollaban y los pisoteaban con los cascos de las monturas. Incluso mientras caían, lanzaban zarpazos contra las espadas, los estribos y las patas de los animales. Sam vio a uno abrirle el vientre de un zarpazo a un caballo con la mano derecha, mientras se aferraba a la silla con la izquierda.

De pronto se encontraron rodeados de árboles, y la montura de Sam chapoteó por un arroyo helado mientras los sonidos de la carnicería iban quedando atrás. Se giró con un suspiro de alivio... cuando un hombre de negro saltó sobre él desde los arbustos y lo derribó de la silla. Sam no llegó a ver quién era; en un instante, se levantó y se alejó al galope. Cuando trató de correr en pos del caballo, se le enredaron los pies en una raíz y cayó de bruces, y se quedó allí tendido, llorando como un niño, hasta que Edd *el Penas* lo encontró.

Aquél era su último recuerdo coherente del Puño de los Primeros Hombres. Más tarde, horas más tarde, se encontraba tembloroso entre los demás supervivientes, la mitad a caballo y la otra mitad a pie. Para entonces estaban ya a varias leguas del Puño, aunque Sam no sabía cómo los había recorrido. Dywen había conseguido bajar con cinco caballos de carga que transportaban alimentos, aceite y antorchas, y tres de ellos habían llegado hasta allí. El Viejo Oso les ordenó redistribuir la carga, de manera que la pérdida de cualquiera de los caballos y sus correspondientes provisiones no supusiera una catástrofe devastadora. Cogió los caballos de los que estaban ilesos y los adjudicó a los heridos, organizó las filas y situó antorchas para guardar los flancos y la retaguardia.

«Sólo tengo que caminar», se dijo Sam al tiempo que daba el primer paso en dirección a casa. Pero, antes de que transcurriera una hora, había empezado a jadear, a retrasarse...

Advirtió que en aquel momento también empezaban a retrasarse. En cierta ocasión había oído decir a Pyp que Paul *el Pequeño* era el hombre más fuerte de la Guardia. «Y debe de serlo, puede conmigo.» Pero, aun así, la capa de nieve era cada vez más espesa; el terreno, más traicionero, y las zancadas de Paul se iban acortando. Pasaron junto a ellos más jinetes, hombres heridos que miraron a Sam con ojos apagados, indiferentes. También los adelantaron algunos portadores de antorchas.

—Os estáis quedando atrás —les dijo uno.

El siguiente se mostró de acuerdo.

—Nadie te va a esperar, Paul. Deja al cerdo para los muertos.

—Me ha prometido un pájaro —dijo Paul, aunque Sam no había hecho semejante cosa. «No son míos»—. Quiero un pájaro que hable y que coma de mi mano.

—Tú eres idiota —replicó el hombre de la antorcha mientras se alejaba.

—Estamos solos —dijo Grenn con voz ronca al poco rato, deteniéndose de pronto—. No veo las demás antorchas. ¿Los que nos han adelantado eran los de la retaguardia?

Paul *el Pequeño* no le supo responder. El hombretón dejó escapar un gruñido y cayó de rodillas. Le temblaban los brazos al depositar a Sam en la nieve con toda delicadeza.

—No puedo cargarte más. Ya querría, pero no puedo. —Tiritaba con violencia.

El viento suspiraba entre los árboles y les lanzaba diminutos copos de nieve contra los rostros. El frío era tan intenso que Sam se sintió desnudo. Buscó las antorchas con los ojos, pero todas, hasta la última, habían desaparecido. Sólo quedaba la que llevaba Grenn, con unas llamas que eran como velos anaranjados. A través de ellos se veía la oscuridad que había más allá.

«Pronto se apagará esta antorcha —pensó—, y estamos solos, sin comida, sin amigos, sin fuego...»

Pero se equivocaba. No estaban solos.

Las ramas más bajas del gran centinela verde dejaron caer su carga de nieve. Grenn se dio la vuelta y blandió la antorcha.

—¿Quién anda ahí?

Una cabeza de caballo surgió de la oscuridad. Sam sintió una oleada de alivio hasta que vio al animal. La escarcha lo cubría como una película de sudor congelado, y del vientre abierto le salía un nido rígido de entrañas negras. Lo montaba un jinete pálido como el hielo. A Sam se le escapó un sonido gimoteante de lo más hondo de la garganta. Sentía tanto miedo que se habría vuelto a mear encima, pero tenía el frío dentro, un frío tan cruel que le había helado la vejiga. El Otro desmontó con un movimiento grácil y se quedó de pie en la nieve. Era esbelto como la hoja de una espada y tenía la piel de un blanco lechoso. La superficie de su armadura se ondulaba y cambiaba cuando se movía, y sus pies no hollaban la capa de nieve recién caída.

Paul *el Pequeño* echó mano al hacha de mango largo que llevaba a la espalda.

—¿Por qué le has hecho daño a ese caballo? Era de Mawney.

Sam buscó a tientas el puño de su espada, pero la vaina estaba vacía. Demasiado tarde, recordó que la había perdido en el Puño.

—¡Vete! —Grenn se adelantó un paso mientras blandía la antorcha ante él—. ¡Vete o te quemo!

Lanzó una estocada con la antorcha. La espada del Otro brillaba con un mortecino resplandor azulado. Avanzó hacia Grenn con la velocidad de un relámpago. Cuando la espada de hielo azul chocó contra las llamas, un chillido estridente perforó como una aguja los oídos de Sam. La parte superior de la antorcha salió volando y fue a caer sobre la nieve, donde el fuego se apagó al instante. Todo lo que le quedaba a Grenn era un trozo de madera. Lo lanzó contra el Otro con una maldición, al tiempo que Paul *el Pequeño* atacaba con el

hacha.

El miedo que invadió a Sam era el peor que había sentido en toda su vida, y Samwell Tarly conocía todos los tipos de miedo.

—Madre, ten piedad —sollozó, había olvidado a los antiguos dioses en medio del terror—. Padre, protégeme... Oh...

Sus dedos encontraron la daga que llevaba y se cerraron en torno a la empuñadura.

Los espectros habían sido lentos y torpes, pero el Otro era ligero como la nieve llevada por el viento. Esquivó con fluidez el hachazo de Paul, su armadura siempre ondulante, describió un arco con la espada de cristal y la clavó entre los aros de hierro de la cota de mallas del hombre, atravesando el cuero, la lana, la carne y el hueso. Le salió por la espalda con un siseo aterrador, y Sam oyó la exclamación de Paul cuando perdió el hacha. El hombretón, empalado y con la sangre humeando en la espada, trató de alcanzar a su asesino con las manos, y casi lo logró antes de caer. Su peso arrancó la extraña espada de la mano del Otro.

«Ya, ataca ya, deja de llorar y lucha, mocoso. Lucha, cobarde.» La voz que oía era la de su padre, era la de Alliser Thorne, la de su hermano Dickon y la de Rast. «Cobarde, cobarde, cobarde.» Soltó una carcajada histérica; se preguntó si lo convertirían en un espectro, un espectro grande, gordo y blancuzco, que siempre se tropezaba con sus pies muertos. «Ataca, Sam. —¿Era aquélla la voz de Jon? Jon estaba muerto—. Tú puedes, tú puedes, ataca.» Y de pronto se encontró precipitándose hacia delante. En realidad, más que correr lo que hacía era caer, con los ojos cerrados y agitando la daga a ciegas ante él con las dos manos. Oyó un crujido, como el ruido que hace el hielo al romperse bajo una bota, y a continuación un chillido tan agudo y penetrante que lo hizo retroceder tambaleante, con las manos en los oídos, hasta que cayó de culo.

Cuando abrió los ojos, la armadura del Otro se deslizaba por las piernas del ser como un riachuelo, mientras una sangre color azul claro siseaba y humeaba en torno a la daga de vidriagón que tenía clavada en el cuello. El Otro se llevó las manos blancas como la nieve hacia la herida para tratar de arrancarse la daga, pero cuando los dedos rozaron la obsidiana, empezaron a humear.

Sam rodó de costado, con los ojos abiertos de par en par, mientras el Otro se deshacía en un charco, se disolvía... En unos momentos desapareció toda la carne: se había evaporado en jirones de tenue neblina blanca. Debajo había huesos como el vidrio lechoso, claros y brillantes, que también se estaban disolviendo. Por último sólo quedó la daga de vidriagón, envuelta en un sudario de vaho, como si estuviera viva y sudorosa. Grenn se inclinó para recogerla, pero al momento la volvió a soltar.

—¡Madre, qué fría está!

—Es obsidiana. —Sam se puso trabajosamente en pie—. También la llaman vidriagón. Vidriagón. Vidrio de dragón. —Soltó una risita, luego un sollozo, y se dobló por la cintura para vomitar su valor sobre la nieve.

Grenn ayudó a Sam a ponerse en pie, le buscó el pulso a Paul *el Pequeño*, le cerró los ojos y por último tocó otra vez la daga. En esta ocasión pudo cogerla.

—Quédatela —dijo Sam—. Tú no eres un cobarde como yo.

—Tan cobarde que has matado al Otro. —Grenn señaló con el cuchillo—. Mira allí, entre los árboles. Hay luz rosada. Amanece, Sam, amanece. Aquello debe de ser el este. Si vamos en aquella dirección alcanzaremos a Mormont.

—Si tú lo dices... —Dio una patada a un árbol con la bota izquierda para sacudirse la nieve, y luego con la derecha—. Lo intentaré. —Con una mueca de dolor, dio un paso—. Lo intentaré, de verdad.

Y luego dio otro.

TYRION

La cadena de eslabones en forma de manos de Lord Tywin centelleaba, dorada, sobre el terciopelo granate oscuro de su túnica. Los señores Tyrell, Redwyne y Rowan se reunieron en torno a él cuando entró. Los saludó por turno, habló un momento en voz baja con Varys, besó el anillo del Septon Supremo y la mejilla de Cersei, estrechó la mano del Gran Maestre Pycelle y ocupó el lugar del rey en el lugar de honor de la mesa larga, entre su hija y su hermano.

Tyrion había exigido el antiguo lugar de Pycelle, al otro extremo de la mesa, y se había apuntalado entre cojines para poder ver a todos los reunidos. El despojado Pycelle se había situado junto a Cersei, tan lejos del enano como le fue posible sin ocupar el asiento del rey. El Gran Maestre parecía un esqueleto; caminaba tembloroso arrastrando los pies y tenía que apoyarse en un bastón retorcido. En lugar de la otrora frondosa barba blanca, apenas unos cuantos pelos canosos le salían del largo cuello de pollo. Tyrion lo miró sin asomo de remordimiento.

Los demás tuvieron que repartirse el resto de los asientos: Lord Mace Tyrell, un hombre recio y robusto con cabello castaño rizado y una barbita en forma de pica en la que se veían abundantes canas; Paxter Redwyne del Rejo, flaco y encorvado, con unos mechones de pelo naranja alrededor de la cabeza calva; Mathis Rowan, señor de Sotodeoro, afeitado, grueso y sudoroso; el Septon Supremo, un hombrecillo frágil con una escasa barbita blanca.

«Demasiadas caras nuevas —pensó Tyrion—. Demasiados jugadores nuevos. Mientras me pudría en la cama, el juego ha cambiado, y nadie me va a explicar las reglas.»

Oh, sin duda los señores se habían mostrado sumamente corteses, aunque notaba que les incomodaba mirarlo.

—Aquella idea vuestra de la cadena fue de lo más ingenioso —le había dicho Mace Tyrell en tono jovial.

—Desde luego —asintió Lord Redwyne en tono igual de jovial—, desde luego, mi señor de Altojardín habla en nombre de todos.

«Pues contádselo a los habitantes de esta ciudad —pensó Tyrion con amargura—. Decídselo a esos cabrones de los bardos, con sus canciones sobre el fantasma de Renly.»

Su tío Kevan era el que más amable se había mostrado; llegó incluso a darle un beso en la mejilla.

—Lancel me ha dicho lo valiente que fuiste, Tyrion —dijo—. Cuenta cosas maravillosas de ti.

«Más le vale, o yo empezaré a contar algunas cosas sobre él.»

—Mi querido primo es demasiado generoso —dijo, forzando una sonrisa—. Espero que su herida esté mejorando.

—Unos días parece más fuerte, y otros... —Ser Kevan frunció el ceño—. Estamos muy preocupados. Tu hermana lo visita a menudo para levantarle la moral y para rezar por él.

«Sí, pero ¿reza pidiendo que viva o que muera?» Cersei había utilizado a su primo sin el menor pudor, tanto dentro como fuera de la cama; sin duda, esperaba que Lancel se llevara el secreto a la tumba, dado que ya tenía allí a su padre y no necesitaba al muchacho. «Pero ¿iría tan lejos como para asesinarlo?» Al verla aquel día, nadie habría imaginado que Cersei era capaz de semejante crueldad. Era todo encanto; coqueteaba con Lord Tyrell mientras hablaban del festín de bodas de Joffrey, dedicaba cumplidos a Lord Redwyne por el heroísmo de sus hijos gemelos, dulcificaba al hosco Lord Rowan con bromas y sonrisas, y se mostraba recatada y piadosa al dirigirse al Septon Supremo.

—¿Empezamos por los preparativos de la boda? —preguntó Cersei cuando Lord Tywin ocupó el asiento.

—No —replicó su padre—. Por la guerra. Varys.

—Tengo noticias deliciosas para vosotros, mis señores. —El eunuco les dedicó una sonrisa sedosa—. Ayer, de madrugada, nuestro valiente Lord Randyll alcanzó a Robett Glover en las afueras del Valle Oscuro y lo acorraló contra el mar. Hubo muchas pérdidas en ambos bandos, pero al final nuestros leales vencieron. Según los informes, Helman Tallhart ha muerto, junto con otro millar de hombres. Robett Glover encabeza la huida de los supervivientes hacia Harrenhal, sin imaginar que por el camino se encontrará con el valeroso Ser Gregor y los suyos.

—¡Loados sean los dioses! —exclamó Paxter Redwyne—. ¡Una gran victoria para el rey Joffrey!

«¿Qué habrá tenido que ver Joffrey con esto?», pensó Tyrion.

—Y una derrota terrible para el norte, no cabe duda —señaló Meñique—. Pero Robb Stark no ha tomado parte de ella. El Joven Lobo sigue imbatido en el campo de batalla.

—¿Qué sabemos de los planes y movimientos de Stark? —preguntó Mathis Rowan, siempre brusco y al grano.

—Ha abandonado los castillos que había tomado en el este y ha vuelto a Aguasdulces con su botín —anunció Lord Tywin—. Nuestro primo Ser Daven está reagrupando los restos del ejército de su difunto padre en Lannisport. Cuando esté preparado, se unirá a Ser Forley Prester en el Colmillo Dorado. En cuanto el joven Stark emprenda la marcha hacia el norte, Ser Forley y Ser Daven caerán sobre Aguasdulces.

—¿Estáis seguro de que Lord Stark planea partir hacia el norte? —quiso saber Lord Rowan—. ¿A pesar de que los hombres del hierro están en Foso Cailin?

—¿Hay mayor sinsentido que un rey sin reino? —preguntó Mace Tyrell, tomando la palabra—. No, es evidente: el chico tiene que abandonar las tierras de los ríos, volverá a unir sus fuerzas con Roose Bolton y lanzará todo su ejército contra Foso Cailin. Es lo que haría yo en su lugar.

Tyrion tuvo que morderse la lengua para no decir nada. Robb Stark había ganado más batallas en un año que el señor de Altojardín en veinte. La reputación de Tyrell se basaba en una victoria nada decisiva sobre Robert Baratheon en Vado Ceniza, en una batalla que en realidad había ganado la vanguardia de Lord Tarly antes de que el grueso del ejército tuviera siquiera tiempo de llegar. El asedio de Bastión de Tormentas, en el que Mace Tyrell estaba de verdad al mando, duró más de un año sin resultado alguno y, después de los combates del Tridente, el señor de Altojardín rindió su estandarte con docilidad ante Eddard Stark.

—Debería escribirle una carta a Robb Stark y ponerme firme con él —estaba diciendo Meñique—. Tengo entendido que su hombre, Bolton, tiene a las cabras en mis salones. No me parece nada bien.

Ser Kevan Lannister carraspeó para aclararse la garganta.

—Ya que hablamos de los Stark, Balon Greyjoy, que ahora se hace llamar Rey de las Islas y del Norte, nos ha escrito para ofrecernos los términos de una posible alianza.

—Lo que debería ofrecernos es lealtad —restalló Cersei— ¿Con qué derecho osa nombrarse rey?

—Por derecho de conquista —replicó Lord Tywin—. El rey Balon ha cerrado sus dedos en torno al Cuello. Los herederos de Robb Stark han muerto; Invernalia ha caído y los hombres del hierro tienen Foso Cailin, Bosquespeso y buena parte de la Costa Pedregosa. Los barcos del rey Balon controlan el mar del Ocaso, y están bien situados para amenazar Lannisport, Isla Bella y hasta Altojardín, en caso de que los provocáramos.

—¿Y si aceptáramos su alianza? —inquirió Lord Mathis Rowan—. ¿Cuáles son los términos que propone?

—Quiere que lo reconozcamos como rey y le otorguemos todos los territorios al norte del Cuello.

—¿Y qué hay al norte del Cuello que pueda interesar a un hombre en su sano juicio? —Lord Redwyne se echó a reír—. Si Greyjoy quiere cambiar espadas y velas por piedras y nieve, propongo que aceptemos; nos podemos considerar afortunados.

—Cierto —asintió Mace Tyrell—. Es lo mismo que haría yo. Que el rey Balon acabe con los norteños mientras nosotros acabamos con Stannis.

—También hay que ocuparse de Lysa Arryn —dijo Lord Tywin, su rostro no dejaba traslucir sus sentimientos—. La viuda de Jon Arryn, hija de Hoster Tully, hermana de Catelyn Stark... cuyo esposo conspiraba con Stannis Baratheon en el momento de su muerte.

—Bah —replicó Mace Tyrell con tono desenfadado—, las mujeres no tienen

agallas para la guerra. Que se quede donde está; no representa ningún problema para nosotros.

—Estoy de acuerdo —dijo Redwyne—. Lady Lysa no ha tomado partido en la guerra, ni ha cometido ningún acto manifiesto de traición.

—Me arrojó a una celda y me juzgó para matarme —señaló con cierto rencor Tyrion, moviéndose en la silla—. No ha regresado a Desembarco del Rey para jurar lealtad a Joff, como se le ordenó. Mis señores, dadme los hombres necesarios y yo me encargaré de Lysa Arryn.

No había nada que le apeteciera más, excepto quizá estrangular a Cersei. En ocasiones, todavía tenía pesadillas con las celdas bajo el cielo del Nido de Águilas y se despertaba empapado en un sudor frío.

La sonrisa de Mace Tyrell era jovial, pero Tyrion percibió el desprecio que subyacía.

—Será mejor que dejéis la guerra para los guerreros —dijo el señor de Altojardín—. Hombres mejores que vos han perdido grandes ejércitos en las Montañas de la Luna, o los han estrellado contra la Puerta de la Sangre. Ya conocemos vuestra valía, mi señor, no hace falta que sigáis tentando al destino.

Tyrion saltó de los cojines, rabioso, pero su padre intervino antes de que pudiera decir nada.

—Tengo preparadas otras misiones para Tyrion. Creo que tal vez Lord Petyr tenga la llave del Nido de Águilas.

—Desde luego —respondió Meñique—. La tengo aquí, entre las piernas. —Sus ojos color gris verdoso brillaban de malicia—. Mis señores, con vuestro permiso, tengo intención de viajar al Valle y conquistar a Lady Lysa Arryn. Una vez sea su consorte, os entregaré el Valle de Arryn sin que se haya derramado ni una gota de sangre.

—¿Creéis que Lady Lysa os aceptará? —Lord Rowan no parecía muy seguro.

—Ya me ha aceptado unas cuantas veces, Lord Mathis, y hasta el momento no he tenido ninguna queja.

—Acostarse con un hombre no es lo mismo que casarse con él —dijo Cersei—. Hasta una estúpida como Lysa Arryn puede ver la diferencia.

—No me cabe duda. No sería posible que una hija de Aguasdulces se casara con alguien tan inferior a ella. —Meñique mostró las palmas de las manos—. Pero claro... un matrimonio entre la Señora del Nido de Águilas y el señor de Harrenhal no es tan inimaginable, ¿verdad?

Tyrion advirtió la mirada que se intercambiaron Paxter Redwyne y Mace Tyrell.

—Puede que dé resultado —dijo Lord Rowan—. Siempre y cuando estéis seguro de que esa mujer será leal al Rey.

—Mis señores —intervino el Septon Supremo—, el otoño se cierne sobre nosotros, y todos los hombres de buen corazón están cansados de guerras. Si Lord Baelish puede devolver el Valle a la paz del rey sin más derramamiento de

sangre, sin duda los dioses lo bendecirán.

—La clave está en si puede —dijo Lord Redwyne—. El hijo de Jon Arryn, Lord Robert, es ahora el señor del Nido de Águilas.

—No es más que un niño —señaló Meñique—. Me encargaré de que crezca como el más leal súbdito de Joffrey y como fiel amigo de todos nosotros.

Tyrion examinó atentamente al hombre esbelto de la barba puntiaguda y los irreverentes ojos gris verdoso.

«¿Señor de Harrenhal, un título vacío? Y una mierda, Padre. Aunque jamás en la vida pusiera el pie en el castillo, ya la condición posibilita este compromiso, y eso lo ha sabido desde el principio.»

—No nos faltan enemigos —dijo Kevan Lannister—. Si podemos mantener el Nido de Águilas al margen de la guerra, mejor que mejor. Estoy deseando ver los logros de Lord Petyr.

Tyrion sabía por experiencia que Ser Kevan era la vanguardia de su hermano en el Consejo. Jamás tenía una idea que a Lord Tywin no se le hubiera ocurrido antes.

«Todo esto estaba ya acordado de antemano —dedujo—, y la discusión no es más que una puesta en escena.»

Las ovejas balaban sus asentimientos, sin saber con cuánta destreza las habían esquilado, de manera que a Tyrion le correspondía poner objeciones.

—¿Cómo pagará la corona sus deudas sin Lord Petyr? Él es nuestro mago de las monedas y no hay nadie capaz de sustituirlo.

—Mi menudo amigo es demasiado bondadoso —dijo Meñique sonriendo—. Como solía decir el rey Robert, yo lo único que hago es contar calderilla. Cualquier comerciante avispado lo haría igual de bien... Y un Lannister, bendecido con el toque dorado de Roca Casterly, sin duda me superará con creces.

—¿Un Lannister? —Aquello dio mala espina a Tyrion.

—Creo que estás muy bien dotado para esa tarea. —Los ojos con motas doradas de Lord Tywin estaban clavados en los dispares de su hijo.

—¡Sin duda! —apoyó Ser Kevan con entusiasmo—. No me cabe duda de que serás un consejero de la moneda excepcional, Tyrion.

—Si Lysa Arryn os acepta como esposo —dijo Lord Tywin girándose hacia Meñique— y vuelve a la paz del rey, restituiremos a Lord Robert el honor de Guardián del Este. ¿Cuándo podríais poneros en marcha?

—Mañana al amanecer, si los vientos son propicios. Hay una galera de Braavos anclada al otro lado de la cadena; los botes la están cargando. La *Rey Pescadilla*. Pediré un camarote a su capitán.

—Os perderéis la boda del Rey —señaló Mace Tyrell.

—Las mareas y las novias no esperan a nadie, mi señor. —Petyr Baelish se encogió de hombros—. Una vez comiencen las tormentas otoñales el viaje será mucho más peligroso. Si me ahogo, mi encanto como prometido potencial se verá seriamente mermado.

—Cierto —dijo Lord Tyrell con una risita—. Será mejor que no os demoréis.

—Que los dioses os proporcionen vientos favorables —le deseó el Septon Supremo—. Todo Desembarco del Rey rezará para que vuestra misión tenga éxito.

—¿Podemos volver al tema de la alianza con Greyjoy? —preguntó Lord Redwyne dándose golpecitos en la nariz—. En mi opinión tiene muchos aspectos favorables. Los barcos de Greyjoy, una vez sumados a mi flota, nos darían fuerza naval suficiente para atacar Rocadragón y poner fin a las pretensiones de Stannis Baratheon.

—Por el momento los barcos del rey Balon están ocupados —dijo Lord Tywin con educación—. Igual que nosotros. Greyjoy exige la mitad del reino como pago por su alianza, pero ¿qué hará para ganársela? ¿Luchar contra los Stark? Eso ya lo está haciendo. ¿Por qué vamos a pagar a cambio de algo que nos ha entregado sin ningún coste? En mi opinión, con respecto a nuestro señor del Pyke, lo mejor que podemos hacer es... no hacer nada. Tiempo al tiempo; se nos presentará una opción mejor. Una que no exija que el Rey ceda la mitad de su reino.

Tyrion miró a su padre con atención. Recordó las importantes cartas que Lord Tywin había estado escribiendo la noche en que Tyrion le exigió Roca Casterly. «¿Qué me dijo en aquella ocasión? Que unas batallas se ganan con lanzas y espadas, y otras, con plumas y cuervos.» Se preguntó cuál sería la «opción mejor», y qué precio tendría.

—Deberíamos tratar ya el tema de la boda —dijo Ser Kevan.

El Septon Supremo habló de los preparativos que se estaban llevando a cabo en el Gran Sept de Baelor, y Cersei detalló los planes que tenía para el banquete. Habría un millar de comensales en el salón del trono, pero también muchísimos más en los patios. Los intermedios y los exteriores se cubrirían con tiendas de seda, y habría mesas con comida y barriles de cerveza para todos los que no cupieran en el interior.

—Alteza, ahora que habláis del número de invitados —intervino el Gran Maestre Pycelle—, nos ha llegado un cuervo de Lanza del Sol. En estos momentos, trescientos dornienses cabalgan en dirección a Desembarco del Rey y esperan llegar antes de la boda.

—¿Cómo es eso? —preguntó Mace Tyrell en tono seco—. No han solicitado permiso para cruzar mis tierras.

Tyrion advirtió que se le había enrojecido el grueso cuello. Los de Dorne y los de Altojardín no se habían tenido nunca en gran estima. A lo largo de los siglos se habían enfrentado en guerras infinitas por asuntos fronterizos, e incluso en tiempos de paz tenían escaramuzas en las montañas. La enemistad se había aplacado un poco después de que Dorne pasara a formar parte de los Siete Reinos... Hasta que el príncipe de Dorne al que llamaban Víbora Roja dejó tullido en un torneo al joven heredero de Altojardín.

«Esto puede ser espinoso», pensó el enano, a la expectativa del enfoque que

le fuera a dar su padre.

—El príncipe Doran viene invitado por mi hijo —dijo Lord Tywin con calma—, no sólo para acompañarnos en la celebración, sino también para reclamar su asiento en este Consejo, así como la justicia que Robert le negó por el asesinato de su hermana Elia y los hijos de ésta.

Tyrion observó los rostros de los señores Tyrell, Redwyne y Rowan, preguntándose si alguno de los tres tendría el valor de decir: «Pero, Lord Tywin, ¿no fuisteis vos mismo quien le entregó los cadáveres a Robert, por cierto, envueltos en capas Lannister?». Ninguno de los tres lo hizo, pero sus rostros los delataban. «A Redwyne le importa un pimiento —pensó—, pero Rowan parece a punto de vomitar.»

—Cuando el Rey esté casado con vuestra Margaery, y Myrcella con el príncipe Trystane, seremos de la misma Casa —recordó Ser Kevan a Mace Tyrell—. Las enemistades del pasado deben quedar ahí, en el pasado, ¿no creéis, mi señor?

—Estamos hablando de la boda de mi hija...

—Y de la de mi nieto —lo interrumpió Lord Tywin con firmeza—. Estaréis de acuerdo en que aquí no tienen cabida viejas rencillas.

—No tengo ningún asunto pendiente con Doran Martell —insistió Lord Tyrell, aunque de muy mala gana—. Si quiere cruzar el Dominio en paz, sólo tiene que pedirme permiso.

«Eso no te lo crees ni tú —pensó Tyrion—. Subirá la Sendahueso, girará al este cerca de Refugio Estival, y vendrá por el camino Real.»

—Trescientos dornienses no tienen por qué alterar nuestros planes —dijo Cersei—. Podemos dar de comer a los soldados en el patio, meteremos unos cuantos bancos más en la sala del trono para los señores menores y los caballeros de noble cuna, y le buscaremos un puesto de honor al príncipe Doran en el estrado.

«Más vale que no sea a mi lado», leyó Tyrion en los ojos de Mace Tyrell. Pero la única réplica del señor de Altojardín fue un gesto de asentimiento brusco.

—Vamos a pasar a un tema mucho más grato —dijo Lord Tywin—. Hay que dividir los frutos de la victoria.

—¿Habrá algo más dulce? —preguntó Meñique, que ya había devorado Harrenhal, su parte del pastel.

Cada señor tenía sus exigencias: este castillo y aquella aldea, parcelas de tierras, un río, un bosque, la custodia de ciertos niños que habían perdido a sus padres en la batalla... Por fortuna los frutos eran abundantes, y había huérfanos y castillos para todos. Varys tenía listas. Cuarenta y siete señores menores y seiscientos diecinueve caballeros habían perdido la vida bajo el amparo del corazón llameante de Stannis y su Señor de la Luz, junto con varios miles de soldados de baja cuna. Como todos eran traidores, sus herederos fueron desposeídos, y sus tierras y castillos pasaron a manos de los que se habían

mostrado leales.

Altojardín se llevó lo más granado de la cosecha. Tyrion observó el amplio vientre de Mace Tyrell. «Este hombre tiene un apetito insaciable», pensó. Tyrell exigió las tierras y castillos de Lord Alester Florent, su propio vasallo, que había tenido el mal criterio de apoyar primero a Renly y luego a Stannis. Lord Tywin satisfizo su demanda de buena gana. La fortaleza de Aguasclaras, junto con todas sus tierras y rentas, pasó a manos del segundo hijo de Lord Tyrell, Ser Garlan, que se convirtió en un gran señor en un abrir y cerrar de ojos. Por supuesto, su hermano mayor heredaría el propio Altojardín.

Se otorgaron parcelas de menor importancia a Lord Rowan y se reservaron otras para Lord Tarly, Lady Oakheart, Lord Hightower y otras personalidades ausentes de la sala. Lord Redwyne sólo pidió una exención de treinta años de los impuestos que Meñique y sus agentes vinícolas habían cargado sobre las mejores cosechas del Rejo. Cuando le fue concedida, se declaró satisfecho y sugirió que mandaran a buscar un barril de vino dorado del Rejo, para brindar por el buen rey Joffrey y su sabia y benévola Mano. Aquello fue lo que colmó la paciencia de Cersei.

—Lo que Joff necesita son espadas, no brindis —restalló—. Su reino sigue plagado de aspirantes a usurpadores y falsos reyes.

—No por mucho tiempo, no por mucho tiempo —dijo Varys con voz melosa.

—Quedan unos cuantos puntos más, mis señores. —Ser Kevan consultó sus notas—. Ser Addam ha encontrado algunos cristales de la corona del Septon Supremo. Ya es seguro que los ladrones los arrancaron y fundieron el oro.

—Nuestro Padre, en las alturas —dijo el Septon con tono devoto—, sabe quiénes son los culpables y los juzgará por ello.

—No me cabe duda —dijo Lord Tywin—. Pero aun así tenéis que lucir una corona en la boda del Rey. Cersei, convoca a tus orfebres; hay que hacer una nueva. —No aguardó la respuesta de su hija, sino que se volvió hacia Varys—. ¿Tenéis informes?

—Se ha divisado un kraken cerca de los Dedos —dijo sacándose un pergamino de la manga. Dejó escapar una risita—. No un Greyjoy, no; un kraken de verdad. Atacó un ballenero de Ibb y lo hundió. Hay combates en los Peldaños de Piedra, y parece probable que empiece una nueva guerra entre Tyrosh y Lys. Ambos bandos buscan aliarse con Myr. Marineros procedentes del mar de Jade informan de que un dragón de tres cabezas ha anidado en Qarth, y es el asombro de la ciudad...

—No me interesan los krakens ni los dragones, tengan las cabezas que tengan —interrumpió Lord Tywin—. ¿Por casualidad han encontrado vuestros informadores alguna pista del hijo de mi hermano?

—Por desgracia —dijo Varys, que parecía a punto de echarse a llorar—, nuestro amado Tyrek, ese pobre y valiente joven, ha desaparecido.

—Tywin —intervino Ser Kevan antes de que Lord Tywin tuviera ocasión

de poner de manifiesto su evidente insatisfacción—, algunos capas doradas que desertaron durante la batalla han vuelto a los barracones, creen que pueden reincorporarse. Ser Addam quiere saber qué debe hacer con ellos.

—Su cobardía puso en peligro la vida de Joff —saltó Cersei al instante—. Quiero que los ajusticien.

—Sin duda merecen la muerte, Alteza —suspiró Varys—; eso nadie lo puede negar. Pero, de todos modos, tal vez lo mejor sería enviarlos a servir en la Guardia de la Noche. En los últimos tiempos hemos recibido mensajes muy preocupantes procedentes del Muro. Hay movimiento entre los salvajes...

—Salvajes, krakens y dragones. —Mace Tyrell soltó una risita—. ¿Queda alguien que no se esté moviendo?

—Los desertores nos servirán para dar una lección —dijo Lord Tywin, haciendo caso omiso del comentario—. Que les rompan las rodillas a martillazos. No volverán a salir huyendo. Tampoco lo hará ningún hombre que los vea mendigar por las calles. —Recorrió con la mirada a los presentes para ver si alguno de los otros señores se mostraba en desacuerdo.

Tyrion recordó su visita al Muro, y los cangrejos que había compartido con el anciano Lord Mormont y sus oficiales. Recordó también los temores del Viejo Oso.

—A lo mejor podríamos romperles las rodillas a unos cuantos para dejar clara nuestra posición. A los que mataron a Ser Jacelyn, por ejemplo. A los demás se los podríamos enviar a Marsh. La Guardia está muy mermada, y si el Muro cayera...

—Los salvajes invadirían el norte —terminó su padre—, y los Stark y los Greyjoy tendrán otro enemigo que combatir. Por lo visto, ya no quieren estar sometidos al Trono de Hierro, así que, ¿con qué derecho piden nuestra ayuda? Tanto el rey Robb como el rey Balon quieren el norte. Muy bien, pues que lo defiendan si pueden. Y si no, tal vez ese Mance Rayder resulte un aliado poderoso. —Lord Tywin miró a su hermano—. ¿Alguna cosa más?

—Hemos terminado —dijo Ser Kevan con un gesto de negación—. Mis señores, sin duda Su Alteza el rey Joffrey querría daros las gracias a todos por vuestra sabiduría y vuestros buenos consejos.

—Quiero hablar en privado con mis hijos —dijo Lord Tywin mientras los demás se levantaban para salir—. También contigo, Kevan.

Obedientes, el resto de los consejeros se despidieron y fueron saliendo, Varys en primer lugar, y Tyrell y Redwyne los últimos. Cuando en la sala sólo quedaron los cuatro Lannister, Ser Kevan cerró la puerta.

—¿Consejero de la moneda? —dijo Tyrion con voz tensa—. ¿Podéis decirme a quién se le ha ocurrido semejante idea?

—A Lord Petyr —respondió su padre—, pero nos conviene tener el tesoro en manos de un Lannister. Has pedido que se te encomendara un trabajo importante. ¿Tienes miedo de no estar a la altura de esta tarea?

—No —replicó Tyrion—. Tengo miedo de que haya una trampa. Meñique

es sutil y ambicioso. No confío en él. Tú tampoco deberías.

—Nos ha conseguido la alianza de Altojardín... —empezó Cersei.

—Sí, y a ti te entregó a Ned Stark, ya lo sé. Lo mismo le daría vendernos a nosotros. En malas manos, una moneda es tan peligrosa como una espada.

—Para nosotros, no. —Su tío Kevan lo miraba con gesto extraño—. El oro de Roca Casterly...

—No es más que estiércol en el suelo. El oro de Meñique brota del aire; sólo tiene que chasquear los dedos.

—Una excelente habilidad —ronroneó Cersei con la dulce voz impregnada de malicia—, mucho más útil que cualquiera de las tuyas, mi querido hermano.

—Meñique es un mentiroso...

—Eres negro, le dijo el cuervo al grajo.

—¡Basta ya! —exclamó Lord Tywin dando un palmetazo sobre la mesa—. No quiero oír ni una discusión más. Los dos sois Lannisters; comportaos como tales.

Ser Kevan carraspeó para aclararse la garganta.

—Prefiero ver a Petyr Baelish al frente del Nido de Águilas que a ningún otro de los pretendientes de Lady Lysa. Yohn Royce, Lyn Corbray, Horton Redfort... son hombres peligrosos, cada uno a su manera. Y también orgullosos. Puede que Meñique sea astuto, pero no es de noble cuna, ni diestro con las armas. Los señores del Valle no lo aceptarán. —Miró a su hermano. Al ver que Lord Tywin asentía, siguió hablando—. Además, Lord Petyr nos ha demostrado su lealtad una y otra vez. Ayer mismo nos trajo la nueva de un complot para llevar a Sansa Stark a Altojardín para una «visita», y una vez allí, casarla con Willas, el hijo mayor de Lord Mace.

—¿Que Meñique trajo la noticia? —Tyrion se inclinó sobre la mesa—. ¿No fue el amo de los susurros? Qué interesante.

—Sansa es mi rehén. —Cersei miraba a su tío incrédula—. No irá a ninguna parte sin mi consentimiento.

—Consentimiento que te verás obligada a otorgar si Lord Tyrell te lo solicita —señaló su padre—. Negárselo sería lo mismo que declarar que no confiamos en él. Lo tomaría como una ofensa.

—Pues que lo tome. A nosotros ¿qué nos importa?

«Estúpida de mierda», pensó Tyrion.

—Querida hermana —explicó con paciencia—, si ofendes a Tyrell ofendes también a Redwyne, a Tarly, a Rowan y a Hightower, y quizá empiecen a preguntarse si Robb Stark no sería más receptivo a sus deseos.

—No permitiré que la rosa y el huargo compartan la cama —declaró Lord Tywin—. Tenemos que anticiparnos a él.

—¿Cómo? —preguntó Cersei.

—Mediante matrimonios. Para empezar, el tuyo.

Fue tan repentino que Cersei se quedó helada un instante. Luego, sus mejillas enrojecieron como si la hubieran abofeteado.

—No. Otra vez no. Me niego.

—Alteza —dijo Ser Kevan con toda cortesía—, sois una mujer joven, todavía hermosa y fértil. Sin duda, no querréis pasaros el resto de la vida sola. Además, un nuevo matrimonio pondría fin de una vez por todas a esas habladurías sobre incestos.

—Mientras sigas sin casarte, darás pie a que Stannis siga difundiendo esos rumores repugnantes —dijo Lord Tywin a su hija—. Debes aceptar en tu lecho a un nuevo marido, y engendrar más hijos.

—¡Tres hijos son más que suficientes! ¡Soy la reina de los Siete Reinos, no una yegua a la que haya que aparear! ¡Soy la reina regente!

—Eres mi hija, y harás lo que te ordene.

—No me quedaré aquí sentada escuchando... —dijo Cersei poniéndose en pie.

—Te quedarás —dijo Lord Tywin con tranquilidad—, si es que quieres dar tu opinión sobre quién será tu marido.

Cuando la vio titubear un instante y volver a sentarse, Tyrion supo que estaba derrotada, pese a su declaración.

—¡Me niego a volver a casarme!

—Te casarás y tendrás hijos. Cada hijo que engendres dejará por mentiroso a Stannis. —Los ojos de su padre parecían tener el poder de clavarla en la silla—. Mace Tyrell, Paxter Redwyne y Doran Martell están casados con mujeres más jóvenes que ellos y que, probablemente, los sobrevivirán. La esposa de Balon Greyjoy es anciana y frágil, pero un matrimonio así nos comprometería a una alianza con las Islas de Hierro, y todavía no sé si es lo que más nos conviene.

—No —dijo Cersei, sin apenas mover los labios blancos—. No, no, no.

Tyrion casi no podía ocultar la sonrisa que le afloraba al rostro ante la sola idea de enviar a su hermana a Pyke.

«Justo cuando iba a dejar de rezar, algún dios bondadoso me hace este regalo.»

—Oberyn Martell sería un buen partido, pero los Tyrell lo tomarían como un insulto —siguió Lord Tywin—. Así que tenemos que tomar en cuenta a los hijos. ¿Puedo dar por supuesto que no te opones a casarte con un hombre más joven que tú?

—Me opongo a casarme con ningún...

—He tenido en cuenta a los gemelos Redwyne, a Theon Greyjoy, a Quentyn Martell y a muchos otros. Pero nuestra alianza con Altojardín fue la espada que derribó a Stannis. Hay que templarla y fortalecerla. Ser Loras ha vestido el blanco, y Ser Garla está casado con una Fossoway, pero queda el hijo mayor, el muchacho al que planean casar con Sansa Stark.

«Willas Tyrell.» Tyrion sentía un perverso placer ante la furia impotente de Cersei.

—¿Te refieres al tullido? —señaló.

Su padre lo paralizó con una mirada.

—Willas es el heredero de Altojardín y, según todos los informes, se trata de un joven plácido y cortés, aficionado a leer libros y a contemplar las estrellas. Su pasión es la cría de animales y posee los mejores sabuesos, halcones y caballos de los Siete Reinos.

«La pareja ideal —rió Tyrion para sus adentros—. Cersei también es una apasionada de la cría.» Compadecía al pobre Willas, y no sabía si reírse de su hermana o llorar por ella.

—El heredero de los Tyrell es el perfecto para mí —concluyó Lord Tywin—, pero si prefieres a otro, escucharé tus motivos.

—Es muy amable por tu parte, Padre —replicó Cersei con cortesía gélida—. La elección que me presentas es difícil. ¿Con quién es mejor que me acueste, con el viejo pulpo o con el tullido chico de los perros? Tendré que pensármelo unos días. ¿Me das tu permiso para retirarme?

«Tú eres la reina —le hubiera gustado decir a Tyrion—; el que te debería pedir permiso es él.»

—Te lo doy —respondió su padre—. Hablaremos de nuevo cuando hayas recuperado la compostura. Recuerda cuál es tu deber.

Cersei salió de la estancia caminando deprisa, rígida, rabiosa.

«Pero acabará por acatar la voluntad de nuestro padre. —Ya lo había hecho con Robert—. Aunque ahora hay que tener en cuenta a Jaime.» Su hermano había sido mucho más joven en el momento del primer matrimonio de Cersei; tal vez no accediera con tanta facilidad al segundo. El desdichado Willas Tyrell era el candidato ideal a contraer una letal enfermedad causada por una espada en las tripas, cosa que sin duda daría al traste con la alianza entre Altojardín y Roca Casterly. «Tendría que decir algo, pero ¿qué? ¿Algo como "Perdona, Padre, pero con quien Cersei quiere casarse es con nuestro hermano"?»

—Tyrion.

—Me ha parecido oír al heraldo llamándome a la liza. —Sonrió con aire resignado.

—Esa afición que tienes por las putas es tu debilidad —dijo Lord Tywin sin preámbulos—, pero puede que parte de la culpa me corresponda a mí. Como tienes la estatura de un niño, me resulta sencillo olvidar que en realidad eres un adulto, con los bajos instintos de un hombre. Ya deberías haberte casado.

«Estuve casado, ¿no te acuerdas?» Tyrion retorció la boca, y el sonido que emitió estaba a medio camino entre una carcajada y un gruñido.

—¿Te hace gracia la perspectiva de casarte?

—No, sólo me estaba imaginando qué novio más guapo voy a resultar.

Tal vez una esposa fuera justo lo que necesitaba. Si le aportaba tierras y un castillo, eso le proporcionaría un lugar en el mundo, lejos de la corte de Joffrey... y de Cersei, y de su padre.

Por otro lado estaba Shae.

«Esto no le va a hacer la menor gracia, por mucho que diga que se conforma con ser mi puta.»

Pero, desde luego, no era un asunto que plantearle a su padre, de manera que Tyrion se incorporó lo más alto que pudo en su asiento.

—Pretendes que me case con Sansa Stark —dijo—. Pero ¿no crees que los Tyrell tomarán el compromiso como una afrenta, ya que tienen otros planes para esa niña?

—Lord Tyrell no sacará a colación el tema de la joven Stark hasta después de la boda de Joffrey. Si Sansa contrae matrimonio antes, ¿cómo se puede sentir afrentado? No nos había dado ningún indicio de sus intenciones.

—Así es —dijo Ser Kevan—. Y si persiste algún atisbo de resentimiento, se olvidará cuando ofrezcamos a Cersei para su Willas.

Tyrion se frotó los restos de su nariz. En ocasiones, la cicatriz reciente le picaba de manera insoportable.

—Su Alteza la pústula real ha hecho desgraciada a Sansa hasta límites horribles desde el día en que murió su padre, y ahora que por fin se ve libre de Joffrey, os proponéis casarla conmigo. Me parece de una crueldad inaudita. Incluso para ti, Padre.

—¿Por qué, tienes intención de maltratarla? —En la voz de su padre había más curiosidad que preocupación—. La felicidad de esa cría no es mi objetivo, ni tampoco debería ser el tuyo. En el sur, nuestras alianzas son tan sólidas como Roca Casterly, pero aún tenemos que ganar el norte, y la llave del norte es Sansa Stark.

—No es más que una niña.

—Tu hermana asegura que ya ha florecido, de modo que es una mujer, y se puede casar. Tienes que quitarle la virginidad, de modo que nadie pueda decir que el matrimonio no ha sido consumado. Después, si quieres esperar un año o dos antes de volver a acostarte con ella, estarás en tu derecho como esposo.

«Shae es la mujer a la que necesito ahora mismo —pensó—, y digas lo que digas, Sansa no es más que una niña.»

—Si tu objetivo es apartarla de los Tyrell, ¿por qué no se la devuelves a su madre? Tal vez eso convencería a Robb Stark de que se arrodillara ante el Rey.

—Si la envío a Aguasdulces —le espetó Lord Tywin con una mirada despectiva—, su madre la emparejará con un Blackwood o un Mallister para cimentar las alianzas de su hijo en el Tridente. Si la envío al norte, antes de un mes estará casada con algún Manderly o con un Umber. Pero aquí en la corte no es menos peligrosa, como ha demostrado este problema con los Tyrell. Se tiene que casar con un Lannister, cuanto antes.

—El hombre que se case con Sansa Stark tendrá derechos sobre Invernalia —intervino su tío Kevan—. ¿No se te había ocurrido?

—Si tú no te quieres casar con ella, se la ofreceré a cualquiera de tus primos —dijo su padre—. Kevan, ¿crees que Lancel tendrá fuerzas para casarse?

—Si llevamos a la niña junto a su lecho, podrá pronunciar el juramento... —Ser Kevan titubeó un instante—. Pero de consumarlo, ni hablar... No, propondría a uno de los gemelos, pero los Stark los tienen prisioneros en

Aguasdulces. También tienen a Tion, el hijo de Genna, que sería otro posible candidato.

Tyrion dejó que siguieran con la comedia. Sabía que la estaban representando sólo para él.

«Sansa Stark», caviló. Sansa, de palabras tan gentiles y de fragancia tan dulce, que adoraba las sedas, las canciones, la galantería y a los caballeros altos y gráciles de rostros hermosos. Se sintió como si estuviera de nuevo en el embarcadero, con el muelle meciéndose bajo sus pies.

—Me pediste que te recompensara por tu valor en la batalla —le recordó Lord Tywin con energía—. Ésta es tu oportunidad, Tyrion, la mejor que vas a tener jamás. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa, impaciente—. Hubo un tiempo en que quise casar a tu hermano con Lysa Tully, pero Aerys hizo a Jaime miembro de su Guardia Real antes de que llegáramos a un acuerdo. Cuando propuse a Lord Hoster que Lysa se casara a cambio contigo, me replicó que quería a un hombre entero para su hija.

«De modo que la casó con Jon Arryn, que tenía edad para ser su abuelo.» Dado lo que había llegado a ser Lysa Arryn, Tyrion sentía más gratitud que rencor.

—Cuando te ofrecí a Dorne, me dijeron que la mera propuesta era un insulto —siguió Lord Tywin—. En los años siguientes recibí respuestas similares de Yohn Royce y Leyton Hightower. Acabé por caer tan bajo como para sugerir que aceptarías a la chica de la casa Florent, la que Robert desvirgó en el lecho de bodas de su hermano. Pero su padre prefirió entregarla a uno de los caballeros de su propia Casa.

»Si no quieres a la joven Stark, te buscaré otra esposa. Sin duda, en algún lugar del reino habrá un señor menor que de buena gana entregaría a una hija para ganarse la amistad de Roca Casterly. La misma Lady Tanda nos ha ofrecido a Lollys...

Tyrion sintió un escalofrío.

—Antes me la corto y se la echo de comer a las cabras.

—Pues haz el favor de abrir los ojos. La pequeña Stark es joven, amable, de noble cuna y todavía virgen. No le faltan atractivos. ¿Por qué dudas?

«Eso, ¿por qué?»

—Manías mías. Aunque suene raro, preferiría una esposa que me deseara en la cama.

—Si crees que tus putas te desean en la cama es que eres aún más idiota de lo que pensaba —replicó Lord Tywin—. Me estás decepcionando, Tyrion. Yo creía que este compromiso te haría feliz.

—Sí, ya sabemos todos cuánto te importa mi felicidad, Padre. Pero hay una cosa que no entiendo. ¿Dices que es la llave del norte? Ahora, el norte está en poder de los Greyjoy, y el rey Balon tiene una hija. ¿Por qué Sansa Stark, y no ella?

Miró fijamente los fríos ojos de su padre, verdes con brillantes reflejos

dorados. Lord Tywin entrelazó los dedos bajo la barbilla.

—Balon Greyjoy piensa en términos de saqueador, no de rey. Dejemos que disfrute de una corona de otoño y que sufra un invierno del norte. Sus súbditos no lo tendrán mucha estima. Cuando llegue la primavera, los norteños tendrán las barrigas llenas de krakens. Cuando te presentes allí con el nieto de Eddard Stark para reclamar la herencia que le corresponde por derecho, tanto los señores como el pueblo llano se unirán para sentarlo en el trono de sus antepasados. Supongo que serás capaz de dejar embarazada a una mujer, ¿no?

—Creo que sí —replicó, airado—. Aunque la verdad es que no tengo pruebas. Pero no se puede decir que no lo haya intentado. Planto mis semillitas tan a menudo como me es posible...

—En zanjas y alcantarillas —terminó Lord Tywin—, y en tierras comunales donde sólo pueden arraigar bastardos. Ya va siendo hora de que tengas un jardín propio. —Se puso en pie—. Te aseguro que Roca Casterly no será para ti jamás. Pero si te casas con Sansa Stark, es posible que algún día consigas Invernalia.

«Tyrion Lannister, Lord Protector de Invernalia.» La sola idea le produjo un extraño escalofrío.

—Muy bien, Padre —dijo, remarcando cada palabra—, pero hay una cucaracha muy gorda en tu alfombra. Hay que suponer que Robb Stark es tan «capaz» como yo, y se ha comprometido con una de esas fértiles Frey. Y una vez que el Joven Lobo tenga una camada, los cachorros de Sansa no tendrán derecho a heredar nada.

—Te doy mi palabra de que Robb Stark no engendrará hijos con esa fértil Frey. —Lord Tywin no parecía preocupado—. Hay ciertas noticias que no me ha parecido conveniente compartir con el Consejo, aunque no me cabe duda de que los señores se enterarán tarde o temprano, seguramente temprano. El Joven Lobo se ha desposado con la hija mayor de Gawen Westerling.

—¿Quieres decir que rompió su juramento? —preguntó Tyrion, incrédulo. Pensaba que no había oído bien a su padre—. ¿Que ha rechazado a los Frey por...? —Se quedó sin palabras.

—Por una doncella de dieciséis años llamada Jeyne —dijo Ser Kevan—. Lord Gawen me la había propuesto para Willem o para Martyn, pero tuve que negarme. Gawen es un buen hombre, pero su mujer es Sybell Spicer. No tendría que haberse casado con ella. Los Westerling siempre han tenido más honor que sentido común. El abuelo de Lady Sybell era un comerciante de azafrán y pimienta, casi tan plebeyo como ese contrabandista que va con Stannis. Y la abuela era una mujer que se trajo del este. Una vieja horrorosa; supuestamente era una sacerdotisa. La llamaban *maegi*. Nadie era capaz de pronunciar su verdadero nombre. Medio Lannisport acudía a ella en busca de remedios, pociones amorosas y cosas por el estilo. —Se encogió de hombros—. Hace mucho que murió, claro. Y Jeyne parecía una chiquilla muy dulce, sí, aunque sólo la vi en una ocasión. Pero con una sangre tan dudosa...

Tyrion, que había estado casado con una prostituta, no podía compartir del todo el espanto que sentía su tío ante la idea de contraer matrimonio con una muchacha cuyo bisabuelo había comerciado con clavos de olor. Pese a todo... «Una chiquilla muy dulce», había dicho Ser Kevan, pero muchos venenos también eran dulces. Los Westerling eran una estirpe antigua, pero tenían más orgullo que poder. No le sorprendería que Lady Sybell hubiera aportado al matrimonio más riquezas que su noble esposo. Las minas de los Westerling estaban agotadas desde hacía años; habían vendido o perdido sus mejores tierras, y el Risco era más una ruina que una fortaleza.

«Aunque una ruina romántica, que se alza valerosa sobre el mar.»

—Estoy desconcertado —tuvo que reconocer Tyrion—. Creía que Robb Stark tenía más sentido común.

—Es un muchacho de dieciséis años —dijo Lord Tywin—. A esa edad, el sentido común importa poco, comparado con la lujuria, el amor y el honor.

—Renegó de su promesa, humilló a un aliado y violó su palabra. ¿Dónde está el honor?

—Eligió el honor de la chica por encima del suyo propio —le respondió Ser Kevan—. Una vez la hubo desvirgado, no le quedó otra opción.

—Habría sido mejor para ella que la dejara con un bastardo en la barriga —replicó Tyrion con brusquedad.

Los Westerling iban a perderlo todo: sus tierras, su castillo, sus mismas vidas.

«Un Lannister siempre paga sus deudas.»

—Jeyne Westerling es hija de su madre —dijo Lord Tywin—, y Robb Stark es hijo de su padre.

La traición de los Westerling no parecía haber airado a su padre tanto como Tyrion habría podido suponer. Lord Tywin no toleraba deslealtad alguna en sus vasallos. Cuando aún era casi un niño había aniquilado a los orgullosos Reyne de Castamere y a los antiquísimos Tarbeck de Torre Tarbeck. Los bardos incluso habían llegado a componer una canción un tanto macabra al respecto. Años más tarde, cuando Lord Farman de Castibello se puso beligerante, Lord Tywin le envió un emisario que, en vez de una carta, llevaba un laúd. Una vez oyó en sus salones «Las lluvias de Castamere», Lord Farman no volvió a causar problemas. Y por si no bastara con la canción, los derruidos castillos de los Reyne y los Tarbeck se alzaban aún como testimonio mudo del destino que aguardaba a los que osaran despreciar el poderío de Roca Casterly.

—El Risco no está tan lejos de Torre Tarbeck y Castamere —señaló Tyrion—. Cabría suponer que los Westerling han pasado por allí, y deberían haber aprendido la lección.

—Puede que así haya sido —dijo Lord Tywin—. Te aseguro que saben bien qué pasó en Castamere.

—¿Acaso los Westerling y los Spicer son tan estúpidos como para creer que el lobo puede derrotar al león?

Muy de tarde en tarde, Lord Tywin Lannister amenazaba con esbozar una sonrisa. No llegaba a hacerlo, pero la mera amenaza era un espectáculo pavoroso.

—A veces, los más grandes estúpidos son más astutos que los que se ríen de ellos —dijo—. Te casarás con Sansa Stark, Tyrion. Y muy pronto.

CATELYN

Llegaron con los cadáveres cargados a hombros y los depositaron ante el estrado. El silencio se hizo en toda la estancia iluminada por antorchas, y Catelyn alcanzó a oír el aullido de *Viento Gris* a medio castillo de distancia.

«Huele la sangre —pensó—. A través de muros de piedra y puertas de madera, a través de la noche y la lluvia, le llega el olor de la muerte y la desgracia.»

Se encontraba a la izquierda de Robb, junto al trono elevado, y por un momento se sintió como si estuviera contemplando a sus muertos, a Bran y a Rickon. Aquellos chicos eran mucho mayores, pero la muerte los había encogido. Desnudos y empapados, parecían muy pequeños, y su inmovilidad hacía que costara recordarlos vivos.

El muchacho rubio había estado intentando dejarse crecer la barba. Una pelusilla amarilla, como la de un melocotón, le cubría las mejillas y la barbilla por encima de la devastación roja que le había dejado el cuchillo en la garganta. Tenía el pelo dorado aún húmedo, como si lo hubieran sacado de una bañera. Por su aspecto, había muerto en paz, tal vez mientras dormía, pero su primo de cabello castaño había luchado para evitar la muerte. Tenía cortes en ambos brazos, lo que indicaba que había tratado de parar los tajos, y la sangre seguía manando despacio de las heridas que le cubrían el pecho, el vientre y la espalda como bocas sin lengua, aunque la lluvia las había limpiado casi por completo.

Robb se había puesto la corona antes de entrar en la sala, y el bronce brillaba apagado a la luz de las antorchas. Las sombras le ocultaban los ojos mientras contemplaba a los muertos.

«¿También él estará viendo a Bran y a Rickon?» Sentía deseos de echarse a llorar, pero ya no le quedaban lágrimas. Los muchachos muertos estaba muy pálidos tras un largo tiempo prisioneros, y los dos habían sido de piel muy clara; sobre aquella blancura la sangre destacaba con su rojo violento; era una visión insoportable. «¿Pondrán a Sansa desnuda ante del Trono de Hierro cuando la maten? ¿Se verá igual de blanca su piel, igual de roja su sangre?» En el exterior se oía el repiqueteo constante de la lluvia y el aullido inquieto de un lobo.

Su hermano Edmure estaba a la derecha de Robb, con una mano sobre el respaldo del trono de su padre, con el rostro todavía abotargado. Lo habían despertado igual que a ella, con golpes en la puerta en medio de la noche para arrancarlo bruscamente de sus sueños.

«¿Eran sueños agradables, hermano? ¿Soñabas con la luz del sol, las risas y los besos de una doncella? Lo deseo de todo corazón.» Sus sueños, en cambio,

eran lúgubres y plagados de terrores.

Los capitanes y señores vasallos de Robb estaban también en la estancia, unos con cotas de mallas y espadas, otros en diferentes estadios de atavío. Ser Raynald y su tío, Ser Rolph, estaban entre ellos, pero Robb había preferido ahorrarle a su reina aquel espectáculo.

«El Risco no está lejos de Roca Casterly —recordó Catelyn—. Es posible que Jeyne jugara con estos muchachos cuando todos eran niños.»

Volvió a contemplar los cadáveres de los escuderos Tion Frey y Willem Lannister, y esperó a que su hijo hablara.

Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que Robb alzara los ojos de los cadáveres ensangrentados.

—Pequeño Jon —dijo—, decidle a vuestro padre que los haga pasar.

Pequeño Jon Umber, enmudecido, se dio media vuelta para cumplir la orden. Sus pisadas levantaron ecos en las paredes de piedra.

Cuando el Gran Jon cruzó las puertas con sus prisioneros, Catelyn se fijó en que algunos de los otros hombres retrocedían un paso para dejarles sitio, como si la traición pudiera contagiarse por un roce, una mirada o un estornudo. Captores y cautivos tenían un aspecto muy semejante: eran hombres corpulentos todos ellos, de barba espesa y cabellera larga. Dos de los hombres del Gran Jon estaban heridos, así como tres de sus prisioneros. Lo único que parecía diferenciarlos era que unos tenían lanzas, y los otros, las vainas vacías. Todos vestían cotas de mallas o jubones de argollas, botas pesadas y capas gruesas, unas de lana y otras de pieles. «El norte es frío, duro e inclemente», le había dicho Ned cuando Catelyn llegó a Invernalia para quedarse a vivir, hacía un millón de años.

—Cinco —dijo Robb cuando los prisioneros estuvieron ante él, empapados y silenciosos—. ¿Nada más?

—Eran ocho —retumbó la voz del Gran Jon—. Matamos a dos antes de poder apresarlos, y hay un tercero moribundo.

—Hacían falta ocho hombres para matar a dos escuderos desarmados —dijo Robb escudriñando los rostros de los cautivos.

—También asesinaron a dos de mis hombres para entrar en la torre —intervino Edmure Tully—. A Delp y a Elwood.

—No ha sido ningún asesinato, Ser —dijo Lord Rickard Karstark, tan poco afectado por las cuerdas que le ataban las muñecas como por el hilillo de sangre que le corría por el rostro—. Cualquiera que se interponga entre un hombre y su venganza pide la muerte a gritos.

Sus palabras resonaron en los oídos de Catelyn duras, crueles como el redoble de un tambor de guerra. Tenía la garganta seca como una piedra.

«He sido yo. Estos dos muchachos han muerto para que mis hijas vivieran.»

—Vi morir a vuestros hijos aquella noche, en el Bosque Susurrante —le dijo Robb a Lord Karstark—. Tion Frey no mató a Torrhen. Willem Lannister no mató a Eddard. ¿Cómo os atrevéis a llamar venganza a esto? Ha sido un

asesinato, una locura. Vuestros hijos murieron con honor, en el campo de batalla y con la espada en la mano.

—¡Murieron! —replicó Rickard Karstark sin ceder un ápice—. El Matarreyes los asesinó. Estos dos eran de su estirpe. La sangre sólo se paga con sangre.

—¿Con sangre de niños? —Robb señaló los cadáveres—. ¿Cuántos años tenían? ¿Doce, trece? Eran escuderos.

—En todas las batallas mueren escuderos.

—Mueren luchando, sí. Tion Frey y Willem Lannister rindieron sus espadas en el Bosque Susurrante. Estaban prisioneros, encerrados en una celda, dormidos, desarmados... Eran niños. ¡Miradlos!

En lugar de obedecer, Lord Karstark miró a Catelyn.

—Decidle a vuestra madre que los mire —replicó—. Es tan culpable de su muerte como yo.

Catelyn se aferró con una mano al respaldo del trono de Robb. La sala daba vueltas a su alrededor. Se sentía como si estuviera a punto de vomitar.

—Mi madre no ha tenido nada que ver con esto —respondió Robb, airado—. Ha sido obra vuestra. Vos sois el asesino. El traidor.

—¿Cómo puede ser traición matar a un Lannister si no es traición liberarlo? —preguntó Karstark con tono hosco—. ¿Ha olvidado Su Alteza que estamos en guerra contra Roca Casterly? En la guerra se mata a los enemigos. ¿Es que no te lo enseñó tu padre, niño?

—¿Niño?

El Gran Jon asestó a Rickard Karstark una bofetada con el puño enfundado en el guantelete. Karstark cayó de rodillas.

—¡Dejadlo! —La voz de Robb resonó imperiosa. Umber dio un paso atrás para alejarse del cautivo.

—Eso, Lord Umber, dejadme. —Lord Karstark escupió un diente roto—. El Rey se encargará de mí. Me echará una reprimenda antes de perdonarme. Así trata a los traidores nuestro Rey en el Norte. —Esbozó una sonrisa húmeda, ensangrentada—. ¿O debería llamaros el Rey que Perdió el Norte, Alteza?

El Gran Jon le arrebató la lanza al hombre que tenía al lado y la levantó a la altura del hombro.

—Permitidme que lo ensarte, señor. Permitidme que le abra la barriga, a ver de qué color tiene las entrañas.

Las puertas de la estancia se abrieron de golpe, y el Pez Negro entró con la capa y el yelmo chorreantes. Lo seguían soldados de los Tully, mientras, en el exterior, los relámpagos hendían el cielo y una lluvia negra repiqueteaba contra las piedras de Aguasdulces. Ser Brynden se quitó el yelmo y se dejó caer sobre una rodilla.

—Alteza —fue lo único que dijo. Pero el tono sombrío de su voz era más elocuente.

—Recibiré a Ser Brynden en privado en la sala de audiencias. —Robb se

puso en pie—. Gran Jon, que Lord Karstark permanezca aquí hasta mi regreso. A los otros siete, ahorcadlos.

—¿A los muertos también? —preguntó el Gran Jon bajando la lanza.

—Sí. No permitiré que emponzoñen los ríos de mi señor tío. Que se los coman los cuervos.

—Piedad, señor. —Uno de los prisioneros se dejó caer de rodillas—. Yo no he matado a nadie. Me quedé en la puerta para vigilar por si venían guardias.

—¿Sabías lo que pretendía hacer Lord Rickard? —preguntó Robb tras meditar un instante—. ¿Viste cómo desenfundaban los cuchillos? ¿Oíste los gritos, los gemidos, las súplicas de piedad?

—Sí, pero no tomé parte, no hice más que mirar, lo juro...

—Lord Umber —dijo Robb—, éste no hizo más que mirar. Ahorcadlo el último, para que mire también cómo mueren los otros. Madre, tío, venid conmigo, por favor.

Se dio la vuelta mientras los hombres del Gran Jon se acercaban a los prisioneros y los sacaban de la estancia a punta de lanza. En el exterior, los truenos rugían y retumbaban; era como si el castillo se estuviera derrumbando en torno a ellos.

«¿Es éste el sonido de un reino al caer?», se preguntó Catelyn.

La sala de audiencias estaba a oscuras, pero al menos, el sonido de los truenos quedaba amortiguado por el grosor de los muros. Un criado entró con una lámpara de aceite para encender el fuego, pero Robb lo hizo salir y se quedó con la lámpara. Había mesas y sillas, pero sólo Edmure se sentó, y volvió a levantarse al darse cuenta de que los demás permanecían de pie. Robb se quitó la corona y la puso sobre la mesa, ante sí.

El Pez Negro cerró la puerta.

—Los Karstark se han marchado.

—¿Todos? —¿Era rabia o desesperación lo que enronquecía la voz de Robb? Ni siquiera Catelyn lo habría sabido decir.

—Todos los hombres en condiciones de luchar —respondió Ser Brynden—. Han dejado a unos cuantos seguidores de campamento, y criados con los heridos. Hemos interrogado a cuantos ha sido necesario para descubrir qué había sucedido. Empezaron a marcharse al anochecer, al principio de uno en uno o de dos en dos, y luego ya en grupos. A los heridos y a los criados les ordenaron que mantuvieran encendidas las hogueras, para que nadie supiera qué estaban haciendo, pero cuando empezó a llover ya no importó.

—¿Se reagruparán lejos de Aguasdulces? —preguntó Robb.

—No. Se han dispersado, van de caza. Lord Karstark ha prometido la mano de su hija doncella a cualquier hombre, noble o plebeyo, que le lleve la cabeza del Matarreyes.

«Que los dioses nos protejan.» Catelyn volvió a sentir ganas de vomitar.

—Cerca de trescientos jinetes y el doble de monturas han desaparecido en medio de la noche. —Robb se frotó las sienes, allí donde la corona le había

dejado una marca en la delicada piel sobre las orejas—. Hemos perdido toda la caballería de Bastión Kar.

«La he perdido yo. Yo. Que los dioses me perdonen.» Catelyn lo veía; no hacía falta ser un estratega para comprender que Robb estaba en una trampa. Por el momento, las tierras de los ríos seguían en su poder, pero su reino estaba rodeado de enemigos por todos lados excepto por el este, donde Lysa se encontraba en la cima de la montaña. Ni siquiera el Tridente se podía considerar seguro mientras el señor del Cruce les negara su alianza. «Y ahora hemos perdido también a los Karstark...»

—La noticia de lo que ha pasado no debe salir de Aguasdulces —dijo su hermano Edmure—. Lord Tywin... Los Lannister siempre pagan sus deudas, es lo que dicen siempre. La Madre se apiade, cuando se entere...

«Sansa.» Catelyn apretó las manos con tal fuerza que se clavó las uñas en las palmas.

—¿Quieres que me convierta en mentiroso, además de en asesino, tío? —Robb lanzó una mirada gélida a Edmure.

—No tenemos por qué decir ninguna mentira; basta con que no digamos nada. Enterremos a los chicos y cerremos la boca hasta que termine la guerra. Willem era hijo de Ser Kevan Lannister y sobrino de Lord Tywin. Tion era hijo de Lady Genna, y encima era también un Frey. Y hay que impedir que la noticia llegue a Los Gemelos hasta...

—¿Hasta que podamos devolver la vida a los muertos? —le espetó Brynden *el Pez Negro* con brusquedad—. La verdad escapó junto con los Karstark, Edmure. Es tarde para esos jueguecitos.

—Les debo a sus padres la verdad —dijo Robb—. Y justicia. Eso también se lo debo. —Contempló su corona, el brillo oscuro del bronce, el círculo de espadas de hierro—. Lord Rickard me ha desafiado. Me ha traicionado. No tengo más remedio que condenarlo. Sólo los dioses saben qué harán los soldados Karstark de a pie que van con Roose Bolton cuando se enteren de que he ejecutado a su señor por traición. Hay que avisar a Bolton.

—El heredero de Lord Karstark estaba también en Harrenhal —le recordó Ser Brynden—. El hijo mayor, el que los Lannister tomaron como prisionero en el Forca Verde.

—Harrion. Se llama Harrion. —Robb soltó una carcajada amarga—. Un rey tiene que saber los nombres de sus enemigos, ¿no te parece?

—¿Estás seguro de lo que dices? —El Pez Negro lo miraba con astucia—. ¿De que esto convertirá en tu enemigo al joven Karstark?

—¿Qué otra cosa puede pasar? Estoy a punto de matar a su padre; no creo que vaya a darme las gracias.

—Puede que sí. Hay hijos que odian a sus padres, y de un plumazo lo vas a convertir en señor de Bastión Kar.

—Aunque Harrion fuera de ese tipo de hombres —dijo Robb con un gesto de negación—, no podría perdonar nunca de manera abierta al que mató a su

padre. Sus hombres se volverían contra él. Son norteños, tío. Y el norte siempre recuerda.

—Entonces, perdónalo —sugirió apremiante Edmure Tully. Robb se quedó mirándolo con franca incredulidad. Bajo aquella mirada, Edmure se puso rojo—. Quiero decir que le perdones la vida. A mí tampoco me hace gracia: ha matado a mis hombres. El pobre Delp acababa de recuperarse de la herida que le causó Ser Jaime. Karstark debe recibir un castigo, sin duda. Yo digo que lo hagáis encerrar.

—¿Como rehén? —preguntó Catelyn.

«Tal vez fuera lo mejor...»

—¡Sí, como rehén! —Su hermano se tomó la pregunta como señal de apoyo—. Dile al hijo que, mientras se mantenga leal, su padre no sufrirá ningún daño. De lo contrario... Con los Frey ya no nos resta nada que hacer, ni aunque me ofreciera a casarme con todas las hijas de Lord Walder y a mantener su progenie. Si perdemos también a los Karstark, ¿qué esperanza nos queda?

—¿Qué esperanza...? —Robb se quedó sin palabras, y se apartó el pelo de los ojos—. No hemos tenido noticias de Ser Rodrik en el norte, ni tampoco respuesta de Walder Frey a nuestra nueva oferta, y sólo silencio del Nido de Águilas. —Miró a su madre—. ¿Es que tu hermana no nos va a responder nunca? ¿Cuántas veces le tengo que escribir? No me creo que ninguno de los pájaros haya llegado a sus manos.

Catelyn comprendió que su hijo quería que lo consolara. Quería que le dijera que todo iba a salir bien. Pero su rey necesitaba saber la verdad.

—Los pájaros le han llegado. Aunque, si alguna vez se lo preguntas, seguramente ella te dirá que no. Por ese lado no esperes ayuda, Robb. Lysa no ha sido valiente nunca. Cuando éramos niñas, siempre que hacía algo malo, huía y se escondía. Tal vez pensaba que, si no la encontraba, nuestro señor padre se olvidaría de enfadarse con ella. No creo que ahora sea diferente. Huyó de Desembarco del Rey porque tuvo miedo, corrió al lugar más seguro que conoce, y ahora está en la cima de su montaña, con la esperanza de que todos se olviden de ella.

—Los caballeros de Valle podrían decidir el curso de esta guerra —dijo Robb—, pero si no quiere pelear, lo acepto. Sólo le he pedido que nos abra la Puerta de la Sangre y que nos proporcione barcos en Puerto Gaviota, para ir al norte. El camino alto será duro, pero no tanto como abrirnos paso luchando Cuello arriba. Si pudiera desembarcar en Puerto Blanco, podría flanquear Foso Cailin y expulsar a los hombres del hierro del norte en medio año.

—No será posible, señor —dijo el Pez Negro—. Cat tiene razón. Lady Lysa tiene demasiado miedo para permitir que entre un ejército en el Valle. Ningún ejército. La Puerta de la Sangre seguirá cerrada.

—¡Los Otros se la lleven! —maldijo Robb, furioso y desesperado—. Igual que al condenado Rickard Karstark. Y a Theon Greyjoy, y a Walder Frey, y a Tywin Lannister, y a todos los demás. Dioses, ¿por qué querrá nadie ser rey?

Cuando todos me aclamaban «¡Rey en el Norte! ¡Rey en el Norte!», me dije... me juré... que sería un buen rey, tan honorable como mi padre, fuerte, justo, leal a mis amigos y valiente al enfrentarme a mis enemigos... Y ahora no distingo a unos de otros. ¿Cómo es posible que se haya vuelto todo tan confuso? Lord Rickard ha luchado a mi lado en una docena de batallas; sus hijos murieron por mí en el Bosque Susurrante. Tion Frey y Willem Lannister eran mis enemigos. Pero ahora, por ellos, tengo que matar al padre de mis amigos muertos. —Los miró a todos—. ¿Me darán las gracias los Lannister por entregarles la cabeza de Lord Rickard? ¿Me las darán los Frey?

—No —respondió Brynden *el Pez Negro*, brusco como siempre.

—Razón de más para perdonarle la vida a Lord Rickard y conservarlo como rehén —insistió Edmure.

Robb extendió ambas manos, cogió la pesada corona de hierro y bronce, y se la puso de nuevo en la cabeza. De repente volvió a ser el Rey.

—Lord Rickard morirá.

—Pero ¿por qué? —preguntó Edmure—. Si acabas de decir...

—Ya sé qué acabo de decir, tío. Eso no cambia lo que he de hacer. —Las espadas de la corona se alzaban lúgubres y oscuras sobre su frente—. En la batalla, yo mismo podría haber matado a Tion y a Willem, pero esto no ha sido una batalla. Estaban dormidos en sus catres, desnudos y desarmados, en la celda donde yo los hice encerrar. Rickard Karstark no se limitó a matar a un Frey y a un Lannister. Ha matado mi honor. Me encargaré de él al amanecer.

Cuando llegó el alba, gris y gélida, la tormenta había amainado y sólo quedaba una lluvia constante; aun así, el bosque de dioses estaba atestado de gente. Señores de los ríos y señores del norte, nobles y plebeyos, caballeros, mercenarios y mozos de cuadras; todos se encontraban entre los árboles para presenciar el final de aquella noche oscura. Edmure había dado instrucciones, y habían dispuesto un tocón para la decapitación junto al tronco del árbol corazón. La lluvia y las hojas caían en torno a los hombres del Gran Jon cuando llevaron hacia allí a Lord Rickard Karstark, con las manos todavía atadas. Sus hombres estaban ya colgados de las murallas de Aguasdulces y se mecían al final de largas cuerdas, mientras las gotas de lluvia les corrían por los rostros cada vez más ennegrecidos.

Lew *el Largo* aguardaba junto al tocón, pero Robb le tomó el hacha de la mano y le ordenó que se hiciera a un lado.

—Es mi trabajo —dijo—. Muere por orden mía. Debe morir por mi mano.

—Os doy las gracias por eso. —Lord Rickard Karstark hizo un gesto rígido con la cabeza—. Pero por nada más.

Se había ataviado para morir con una larga sobrevesta de lana negra adornada con el rayo blanco de sol de su Casa.

—La sangre de los primeros hombres corre por mis venas igual que por las vuestras, muchacho. Haríais bien en recordarlo. A mí me nombró vuestro abuelo. Alcé mis estandartes contra el rey Aerys por vuestro padre, y contra el

rey Joffrey por vos. En el Cruce de Bueyes, en el Bosque Susurrante y en la batalla de los Campamentos cabalgué a vuestro lado, y al lado de Lord Eddard estuve en el Tridente. Somos de la misma raíz, Stark y Karstark.

—Esa raíz no os impidió traicionarme —dijo Robb—. Y no os va a salvar. Arrodillaos, mi señor.

Catelyn sabía que Lord Rickard había dicho la verdad. Los Karstark descendían de Karlon Stark, un hijo no primogénito de Invernalia, que había acabado con un señor rebelde hacía un millar de años y que, como recompensa por su valor, había recibido tierras. El castillo que construyó recibió el nombre de Bastión Kar, y con los siglos, los Stark de Bastión Kar pasaron a llamarse Karstark.

—Los antiguos dioses y los nuevos dicen lo mismo —dijo Lord Rickard a Robb—: no hay hombre más maldito que el que mata a otro de su sangre.

—Arrodillaos, traidor —dijo Robb de nuevo—. ¿O tendré que pedir que os obliguen a poner la cabeza en el tocón?

—Los dioses os juzgarán igual que vos me habéis juzgado —dijo Lord Karstark al arrodillarse, y puso la cabeza sobre la madera.

—Rickard Karstark, señor de Bastión Kar. —Robb alzó la pesada hacha con ambas manos—. Aquí, ante los ojos de hombres y dioses, os declaro culpable de asesinato y alta traición. En mi nombre os condeno. Con mi mano os quito la vida. ¿Queréis decir vuestras últimas palabras?

—Matadme y seréis maldito. No sois mi rey.

El hacha descendió. Era pesada y tenía buen filo; bastó un golpe para matar, pero hicieron falta tres para separar la cabeza del cuerpo, y cuando hubo terminado, tanto los vivos como el muerto estaban empapados de sangre. Robb soltó el hacha, asqueado, y se volvió hacia el árbol corazón. Se quedó allí sin decir nada, tembloroso, con los puños entrecerrados y la lluvia corriéndole por las mejillas.

«Que los dioses lo perdonen —rezó Catelyn en silencio—. No es más que un muchacho, y no tenía alternativa.»

No volvió a ver a su hijo en todo el día. La lluvia siguió cayendo durante la mañana; azotaba la superficie de los ríos y convertía la hierba del bosque de dioses en un lodazal lleno de charcos. El Pez Negro congregó a un centenar de hombres y salió a caballo en pos de los Karstark, pero nadie esperaba que consiguiera regresar con muchos.

—Sólo pido a los dioses no verme obligado a ahorcarlos —dijo al partir.

Una vez se despidió de él, Catelyn se retiró a las habitaciones de su padre para sentarse una vez más junto a la cama de Lord Hoster.

—No le queda mucho tiempo —le advirtió el maestre Vyman cuando lo visitó aquella tarde—. Está perdiendo las últimas fuerzas, aunque todavía intenta luchar.

—Siempre ha sido un luchador —dijo ella—. El cabezota más adorable del mundo.

—Sí —asintió el maestre—, pero esta batalla no la puede ganar. Es hora de dejar la espada y el escudo. Es hora de rendirse.

«Hora de rendirse —pensó—, hora de buscar la paz.» ¿De quién hablaba el maestre, de su padre o de su hijo?

Al anochecer, Jeyne Westerling acudió a visitarla. La joven reina entró en la estancia con timidez.

—No quisiera molestaros, Lady Catelyn.

Catelyn estaba cosiendo, pero dejó la labor a un lado.

—Sois bienvenida aquí, Alteza.

—Por favor, llamadme Jeyne. No me siento nada «alteza».

—Pero lo sois. Sentaos, Alteza.

—Jeyne. —La muchacha se sentó junto a la chimenea y se estiró la falda con manos nerviosas.

—Como queráis. ¿En qué puedo serviros, Jeyne?

—Se trata de Robb. Está tan deprimido, tan... tan furioso, tan inconsolable... No sé qué hacer.

—Es duro quitarle la vida a un hombre.

—Lo sé. Le dije que utilizara los servicios de un verdugo. Cuando Lord Tywin condena a alguien sólo tiene que dar la orden. Así es más fácil, ¿no os parece?

—Sí —asintió Catelyn—. Pero mi señor esposo les enseñó a sus hijos que matar no debería ser fácil.

—Ah. —La reina Jeyne se mordisqueó los labios—. Robb no ha comido nada en todo el día. Le dije a Rollam que le subiera una buena cena, costillas de jabalí con cebollas guisadas y cerveza, pero ni siquiera la ha probado. Se pasó toda la mañana escribiendo una carta y me dijo que no lo molestara, pero al terminarla, la ha tirado al fuego. Ahora está sentado, consultando mapas. Le he preguntado qué buscaba, pero no me ha dicho nada. Me parece que ni me ha oído. Ni siquiera se ha cambiado de ropa. Lleva todo el día empapado y lleno de sangre. Quiero ser una buena esposa para él, de verdad, pero no sé cómo ayudarlo. No sé cómo animarlo ni cómo consolarlo. No sé qué necesita. Por favor, mi señora, vos sois su madre, decidme qué debo hacer.

«Dime tú a mí qué debo hacer yo.» Catelyn podría haber hecho la misma pregunta, si su padre hubiera estado en condiciones de responderle. Pero Lord Hoster se había ido, o casi. Ned también. «Y Bran, y Rickon, y mi madre, y Brandon, hace ya tanto tiempo.» Sólo le quedaba Robb. Robb y la esperanza, cada vez más remota, de recuperar a sus hijas.

—En ocasiones —empezó con voz pausada—, lo mejor es no hacer nada. Al principio, cuando llegué a Invernalia, me dolía ver que Ned se iba al bosque de dioses a sentarse bajo su árbol corazón. Parte de su alma estaba en aquel árbol, yo lo sabía, una parte que jamás sería mía. Pero pronto comprendí que, sin esa parte, no sería Ned. Jeyne, pequeña, os habéis casado con el norte, igual que hice yo. Y en el norte llegan los inviernos. —Trató de sonreír—. Sed paciente.

Sed comprensiva. Os ama y os necesita; pronto volverá a vos. Puede que esta misma noche. Cuando eso suceda, estad allí. No puedo deciros más.

—Eso haré —dijo la joven reina cuando Catelyn hubo terminado; la había escuchado absorta—. Allí estaré. —Se puso en pie—. Tengo que volver; puede que me haya echado de menos. Iré a verlo. Pero si sigue con sus mapas, seré paciente.

—Bien —asintió Catelyn. Pero cuando la muchacha estaba ya junto a la puerta, se le ocurrió algo más—. Jeyne —llamó—, hay otra cosa que Robb necesita de ti, aunque puede que él aún no lo sepa. Un rey necesita un heredero.

—Lo mismo dice mi madre. —La chica sonrió—. Me prepara una mezcla de hierbas, leche y cerveza para hacerme fértil; la bebo todas las mañanas. Le dije a Robb que seguro que le doy gemelos. Un Eddard y un Brandon. Creo que eso le gustó. Lo... lo intentamos casi todos los días, mi señora. En ocasiones, dos veces o más. —Se puso muy bonita al sonrojarse—. Pronto estaré embarazada, os lo prometo. Se lo pido todas las noches a la Madre en mis oraciones.

—Muy bien. Yo también rezaré. A los dioses antiguos y a los nuevos.

Una vez la chica hubo salido, Catelyn se volvió a su padre y le acarició el escaso pelo blanco que le caía sobre la frente.

—Un Eddard y un Brandon —suspiró—. Y quizá, con el tiempo, un Hoster. Te gustaría, ¿a que sí?

No respondió, pero tampoco había albergado esperanzas de que lo hiciera. Mientras el sonido de la lluvia contra el tejado se mezclaba con la respiración de su padre, pensó en Jeyne. La muchacha parecía tener buen corazón, tal como había dicho Robb.

«Y buenas caderas, lo que quizá sea más importante.»

JAIME

A dos días a caballo del camino Real atravesaron una amplia franja de destrucción: leguas de campos ennegrecidos y huertos donde los troncos de los árboles muertos hendían el aire como las saetas de un arquero. Los puentes también estaban destrozados, y los arroyos bajaban crecidos con las aguas del otoño, así que tuvieron que recorrer las orillas en busca de vados. Las noches cobraban vida con el aullido de los lobos, pero no vieron a nadie.

En Poza de la Doncella, el salmón rojo de Lord Mooton ondeaba todavía sobre el castillo de la cima de la colina, pero las murallas de la ciudad estaban desiertas; las puertas, destrozadas, y la mitad de las casas y comercios, quemados o saqueados. No vieron más ser vivo que unos cuantos perros salvajes que se escabullían en cuanto los oían acercarse. El estanque del que tomaba su nombre la ciudad, donde según contaba la leyenda el bufón Florian había visto por primera vez a Jonquil mientras se bañaba con sus hermanas, estaba tan lleno de cadáveres putrefactos que el agua se había convertido en un engrudo color verde grisáceo.

—«Seis doncellas había en la poza de aguas cristalinas...» —entonó Jaime al echarle un vistazo.

—¿Qué hacéis? —preguntó Brienne.

—Estoy cantando «La poza de las seis doncellas». Seguro que la conocéis. Y eran doncellas muy tímidas, al igual que vos. Aunque me imagino que bastante más bonitas.

—Callaos —ordenó la moza con una mirada que daba a entender que le encantaría dejarlo flotando en el estanque con los cadáveres.

—Por favor, Jaime —le suplicó su primo Cleos—. Lord Mooton es vasallo de Aguasdulces; no nos conviene que salga del castillo. Y puede que haya otros enemigos escondidos entre las ruinas...

—¿Enemigos de quién, de esta mujer o nuestros? No son los mismos, primo. Tengo un deseo ardiente de ver si esta moza sabe manejar la espada que lleva.

—Si no guardáis silencio, no me dejaréis más alternativa que amordazaros, Matarreyes.

—Desatadme las manos y permaneceré mudo todo el camino hasta Desembarco del Rey. ¿No os parece un trato justo, moza?

—¡Brienne! ¡Me llamo Brienne!

Tres cuervos salieron volando, sobresaltados por el ruido.

—¿Os apetece un baño, Brienne? —Se echó a reír—. Sois una doncella, y ahí tenéis la poza. Yo os enjabonaré la espalda.

Siempre le enjabonaba la espalda a Cersei cuando eran niños, en Roca Casterly.

La moza hizo dar la vuelta al caballo y se alejó al trote. Jaime y Ser Cleos la siguieron, y salieron de las cenizas de Poza de la Doncella. Unos mil pasos más adelante el verde empezó a regresar al mundo. Jaime se alegró. Las tierras quemadas le recordaban demasiado a Aerys.

—Va a tomar el camino del Valle Oscuro —murmuró Ser Cleos—. Por la costa sería más seguro.

—Más seguro, pero también más lento. Yo también prefiero por el Valle Oscuro, primo. Si quieres que te diga la verdad, me aburre tu compañía.

«Puede que seas medio Lannister, pero no tienes nada que ver con mi hermana.»

No había soportado nunca estar mucho tiempo lejos de su gemela. Ya siendo niños se metían juntos en la cama y dormían abrazados. «Hasta en el vientre materno.» Mucho antes de que su hermana floreciera, o de que él alcanzara la virilidad, habían visto yeguas y sementales en los prados, perros y perras en las perreras, y habían jugado a hacer lo mismo. En cierta ocasión, la doncella de su madre los vio... No recordaba qué estaban haciendo en aquel momento, pero fuera lo que fuera, horrorizó a Lady Joanna. Despidió a la doncella, trasladó el dormitorio de Jaime a la otra punta de Roca Casterly, puso un guardia ante el de Cersei y les dijo que no debían repetirlo jamás, o no le quedaría más remedio que contárselo a su señor padre. Pero no había nada que temer para ellos. Poco después, su madre murió al dar a luz a Tyrion. Jaime apenas recordaba su aspecto.

Tal vez Stannis Baratheon y los Stark le hubieran hecho un favor. Habían difundido el relato de su incesto por los Siete Reinos, de modo que ya no había nada que ocultar. «¿Por qué no puedo casarme con Cersei abiertamente y compartir su lecho todas las noches? Los dragones siempre se casaban con sus hermanas.» Los septones, los señores y los plebeyos habían mirado para otro lado ante la costumbre de los Targaryen durante cientos de años: pues que hicieran lo mismo por la Casa Lannister. Sin duda, sería un golpe para las pretensiones de Joffrey a la corona, sí, pero en realidad habían sido las espadas las que habían ganado el Trono de Hierro para Robert, y las espadas podrían conservarlo para Joffrey, fuera hijo de quien fuera. «Podríamos casarlo con Myrcella en cuanto enviemos a Sansa Stark de vuelta con su madre. Así vería el reino que los Lannister están por encima de las leyes, igual que los dioses y los Targaryen.»

Jaime había decidido que devolvería a Sansa, y también a la más pequeña, si es que la encontraba. No era tanto por recuperar su honor perdido como porque la idea de cumplir con su palabra cuando todo el mundo esperaba que la violase le producía una enorme diversión.

Cabalgaban a lo largo de un trigal pisoteado, junto a un muro bajo de piedra, cuando Jaime oyó un sonido a sus espaldas, como si una docena de

pájaros hubiera levantado el vuelo a la vez.

—¡Agachaos! —gritó al tiempo que se lanzaba sobre el cuello de su montura.

El caballo relinchó y se encabritó cuando una flecha se le clavó en la grupa. Otras saetas pasaron silbando. Jaime vio a Ser Cleos caer de la silla, pero se quedó con el pie enganchado en el estribo. Su palafrén se puso al galope y arrastró al hombre, que gritaba mientras se golpeaba una y otra vez la cabeza contra el suelo.

El caballo de Jaime se alejaba con torpeza, piafando y relinchando de dolor. Jaime giró la cabeza para buscar a Brienne con la mirada. Seguía a caballo, con una flecha clavada en la espalda y otra en la pierna, pero no parecía haberse dado cuenta. La vio desenvainar la espada y girar en círculo, en busca de los arqueros.

—¡Detrás del muro! —gritó Jaime mientras trataba de hacer girar su montura tuerta hacia la lucha. Se le habían enredado las riendas en las malditas cadenas, y las flechas volvían a silbar por el aire—. ¡A ellos! —gritó de nuevo al tiempo que espoleaba a su caballo para demostrar a la moza cómo se hacía.

El ridículo jamelgo tuvo fuerzas para emprender el galope. De repente se encontró cruzando el trigal mientras levantaba nubes de paja a su paso. Jaime apenas tuvo tiempo de pensar.

«Más vale que la moza me siga, antes de que se den cuenta de que los ataca un hombre desarmado y encadenado.» Entonces la oyó galopar a sus espaldas.

—¡Tarth! —gritó mientras lo adelantaba blandiendo ante ella la espada—. ¡Tarth! ¡Tarth!

Las últimas flechas pasaron entre ellos, inofensivas. Luego los arqueros huyeron en desbandada, igual que huyen siempre en desbandada todos los arqueros que no cuentan con refuerzos ante la carga de la caballería. Al llegar al muro, Brienne tiró de las riendas. Cuando Jaime la alcanzó, los arqueros ya habían desaparecido en el bosque, a veinte pasos de distancia.

—¿Qué pasa, no os gusta luchar?

—Estaban huyendo.

—Ése es el mejor momento para matarlos.

—¿Por qué cargasteis? —Brienne envainó la espada.

—Los arqueros no tienen miedo mientras se puedan esconder detrás de muros y disparar desde lejos, pero si uno se lanza a la carga, huyen. Saben qué les pasará cuando los alcancen. Por cierto, tenéis una flecha en la espalda. Y otra en la pierna. Permitidme que os cure las heridas.

—¿Vos?

—¿Quién si no? La última vez que vi a mi primo Cleos, su palafrén estaba arando un surco con su cabeza. Aunque claro, habría que buscarlo. Es un Lannister, más o menos.

Cuando encontraron a Cleos todavía estaba atrapado por la espuela. Tenía una flecha clavada en el brazo derecho y otra en el pecho, pero lo que lo había

matado había sido el suelo. La parte superior de su cabeza era un amasijo sanguinolento, y bajo la presión de la mano de Jaime los trocitos de hueso se movieron bajo la piel.

Brienne se arrodilló a su lado y le cogió la mano.

—Todavía está caliente.

—No tardará en estar frío. Quiero su caballo y sus ropas. Estoy harto de harapos y pulgas.

—Era vuestro primo. —La moza parecía horrorizada.

—Exacto, era —asintió Jaime—. No temáis; estoy bien provisto de primos. También me quedaré con su espada. Tendréis que compartir las guardias con alguien.

—Podéis montar guardia sin armas —dijo la moza levantándose.

—¿Encadenado a un árbol? Es posible. Y también es posible que haga un trato con la próxima banda de forajidos y les permita que os corten ese cuello gordo que tenéis, moza.

—No os daré armas. Y me llamo...

—Brienne, lo sé. Os juraré no causaros daño, si eso calma vuestros temores infantiles.

—Vuestros juramentos no tienen ningún valor. También le hicisteis un juramento a Aerys.

—Que yo sepa, hasta ahora no habéis cocido a nadie dentro de su armadura. Además, a ambos nos interesa que yo llegue sano y salvo a Desembarco del Rey, ¿verdad? —Se acuclilló junto a Cleos y empezó a desabrocharle el cinto de la espada.

—Alejaos de él. Ahora mismo. Deteneos.

Jaime estaba harto. Harto de su desconfianza, harto de sus insultos, harto de sus dientes torcidos, de aquel rostro aplastado lleno de manchas y de aquel cabello fino y lacio. Sin hacerle el menor caso, agarró con ambas manos la empuñadura de la espada larga de su primo, sujetó el cadáver con un pie y tiró. Apenas hubo salido la hoja de la vaina él ya giraba, describiendo un arco rápido y mortífero con la espada. El acero chocó contra el acero con un clamor estrepitoso. Brienne se las había arreglado para desenvainar también su espada justo a tiempo.

—Muy bien, moza —dijo Jaime riéndose.

—Dadme la espada, Matarreyes.

—Ahora mismo.

Se puso en pie de un salto, y la espada cobró vida en sus manos cuando le lanzó una estocada. Brienne dio un paso atrás y la detuvo, pero él siguió presionando y atacando. En cuanto detenía un golpe ya tenía encima el siguiente. Las espadas se besaban, se repelían y volvían a besarse. A Jaime le bullía la sangre. Para aquello había nacido; jamás se sentía tan vivo como cuando estaba luchando, cuando la vida y la muerte dependían de cada golpe.

«Y tengo las manos encadenadas; esta moza me puede hacer frente un

rato.» Las cadenas lo obligaban a coger la espada larga con ambas manos, pero los golpes no tenían la misma fuerza y alcance que los de un mandoble, aunque ¿qué importaba? La espada de su primo tenía longitud suficiente como para poner punto final a la historia de la tal Brienne de Tarth.

Golpes altos, golpes bajos, estocadas... Hizo caer sobre ella una lluvia de acero. A la izquierda, a la derecha, de frente... con choques tan violentos que cuando las dos espadas se encontraban saltaban chispas. Hacia arriba, hacia abajo, por encima de la cabeza... atacando sin tregua, avanzando sin cesar, paso y estocada, estocada y paso, cada vez más deprisa, más deprisa...

Hasta que, sin aliento, dio un paso atrás y bajó la punta de la espada hacia el suelo, con lo que le dio un momento de respiro.

—No está mal —reconoció—, sobre todo para ser una moza.

Ella respiró hondo, despacio, mientras lo miraba con desconfianza.

—No os haré daño, Matarreyes.

—Como si pudierais.

Volvió a hacer girar la espada por encima de la cabeza y la atacó de nuevo, acompañado por el tintineo de las cadenas.

Jaime no habría sabido decir durante cuánto tiempo siguió atacando. Tal vez fueron minutos, tal vez horas. Cuando las espadas despertaban, el tiempo se echaba a dormir. La hizo alejarse del cadáver de su primo, la hizo cruzar el camino, la hizo retroceder hacia los árboles... En una ocasión, la moza tropezó con una raíz que no había visto, y durante unos instantes creyó que ya era suya, pero en vez de desplomarse, cayó sobre una rodilla, y paró con la espada el tajo que la tendría que haber abierto desde el hombro hasta la ingle. Luego fue su turno de lanzar una estocada, y otra, y otra, mientras se ponía en pie golpe a golpe.

La danza continuó. La acorraló contra un roble; lanzó una maldición cuando se le escapó y la siguió al cruzar un arroyo medio seco lleno de hojas caídas. El acero brillaba, el acero cantaba, el acero gritaba y resonaba, y la mujer empezó a gruñir como una cerda con cada golpe, pero no conseguía alcanzarla. Era como si estuviera metida en una jaula de hierro que detenía todos los golpes.

—No está nada mal —dijo al hacer la segunda pausa para recuperar el aliento, al tiempo que se movía hacia la derecha de la mujer.

—¿Para ser una moza?

—Digamos que para ser un escudero. Novato. —Dejó escapar una carcajada ronca, jadeante—. Vamos, vamos, querida, la música sigue sonando. ¿Me concedéis este baile, mi señora?

Se abalanzó contra él con un gruñido, blandiendo la espada, y de repente era Jaime el que tenía que impedir que el acero le besara la piel. Una de las estocadas le rozó la frente, y la sangre se le metió en el ojo derecho. «Los Otros se la lleven, y también a todo Aguasdulces.» Su habilidad se había oxidado en aquella mazmorra de mierda, y las cadenas tampoco le ponían las cosas fáciles.

Tenía un ojo cerrado, los hombros se le empezaban a entumecer por el esfuerzo, y las muñecas le dolían por el peso de las cadenas, los grilletes y el acero. La espada larga le pesaba más con cada golpe, y Jaime sabía que no la blandía tan deprisa como al principio, que no la levantaba tan alto.

«Es más fuerte que yo.»

Al darse cuenta, se le heló la sangre. Robert había sido más fuerte que él, sí. Y también Gerold Hightower, llamado el Toro Blanco, al menos en sus mejores días, y Ser Arthur Dayne. De los vivos, Jon Umber, el Gran Jon, era más fuerte que él; probablemente, también el Jabalí de Crakehall y, sin duda, los dos Clegane. La fuerza de la Montaña era inhumana. Pero no importaba. Con velocidad y habilidad, Jaime los podía derrotar a todos. Pero ella era una mujer. Una mujer enorme como una vaca, sí, pero de todos modos... Debería ser ella la que estuviera ya agotada.

Y en vez de eso lo había hecho retroceder otra vez hasta el arroyo.

—¡Rendíos! —le gritó—. ¡Soltad la espada!

Jaime notó bajo el pie una piedra resbaladiza. Cuando se sintió caer, convirtió el accidente en una estocada baja. La punta de la espada salvó la guardia de la moza y la hirió en la parte superior del muslo. Apareció una flor roja, y Jaime tuvo un instante para saborear la visión de la sangre antes de que la rodilla se le estampara contra una roca. El dolor fue atroz. Brienne chapoteó hacia él y alejó su espada de un puntapié.

—¡Rendíos!

Jaime proyectó un hombro contra sus piernas y la hizo caer encima de él. Rodaron entre patadas y puñetazos, y al final la moza quedó sentada a horcajadas sobre él. Consiguió sacarle la daga de la vaina, pero antes de que pudiera clavársela en el vientre, ella le agarró la muñeca y le golpeó la mano contra una piedra con tanta fuerza que Jaime pensó que le había descoyuntado un hombro. Le puso la otra mano, abierta, sobre el rostro.

—¡Rendíos! —Le metió la cabeza bajo el agua, lo mantuvo así un instante y lo sacó—. ¡Rendíos! —Jaime le escupió agua a la cara. Un empellón, un chapoteo, y volvió a estar sumergido, pataleando impotente, sin poder respirar. Luego, aire otra vez—. ¡Rendíos si no queréis que os ahogue!

—¿Vos? ¿Romper vuestro juramento? —se burló—. ¿Como yo?

Lo soltó, y Jaime cayó hacia atrás con un chapuzón.

Y los bosques se llenaron de carcajadas.

Brienne se puso en pie. De cintura para abajo era todo barro y sangre; tenía la ropa echa un desastre y el rostro rojo como la grana. «Parece que nos hayan cogido follando, en vez de peleando.» Jaime se arrastró entre las rocas al tiempo que se limpiaba la sangre del ojo con las manos encadenadas. A ambos lados del arroyo había hombres armados. «No es de extrañar; hemos hecho ruido como para despertar a un dragón.»

—Bienhallados, amigos —les dijo en tono amistoso—. Mil perdones si os he molestado. Me habéis encontrado mientras hacía entrar en vereda a mi esposa.

—A mí me parece que era ella la que llevaba la voz cantante. —El hombre que había hablado era recio y fuerte, y la barra frontal del yelmo de hierro no ocultaba del todo el hecho de que le faltaba la nariz.

De repente, Jaime comprendió que aquéllos no eran los forajidos que habían matado a Ser Cleos. Estaban rodeados por la escoria de la tierra: dornienses atezados y lysenos rubios, dothrakis con campanas en las trenzas, ibbeneses peludos y también hombres de las Islas del Verano, negros como el carbón, con sus capas emplumadas. Sabía quiénes eran.

«La Compañía Audaz.»

—Tengo un centenar de venados... —comenzó Brienne al recuperar el habla.

—Nos los quedaremos para empezar, mi señora —la interrumpió, mirándola fijamente, un hombre de aspecto cadavérico con la capa de cuero hecha jirones.

—Luego nos quedaremos con vuestro coño —dijo el que no tenía nariz—. No puede ser tan feo como el resto de vos.

—Dale la vuelta y métesela por el culo, Rorge —sugirió un lancero dorniense que llevaba un pañuelo de seda roja atado en torno al yelmo—. Así no le tendrás que ver la cara.

—¿Y privarla del placer de vérmela a mí? —dijo el desnarigado, en medio de las carcajadas de los demás.

—¿Quién está aquí al mando? —exigió saber Jaime. Por fea y terca que fuera, la moza no se merecía que la violara una pandilla de animales como aquéllos.

—A mí me corresponde ese honor, Ser Jaime. —El cadáver tenía los ojos perfilados en rojo, y el cabello fino y seco. Las venas azules se le veían a través de la piel blanca de la cara y las manos—. Me llaman Urswyck. Urswyck *el Fiel*.

—¿Sabes quién soy?

—Hace falta algo más que una barba y una cabeza afeitada para engañar a los Compañeros Audaces —dijo el mercenario con un gesto de asentimiento.

«Querrás decir a los Titiriteros Sangrientos.» Jaime no sentía por ellos más afecto que por Gregor Clegane o Amory Lorch. Su padre decía que eran perros, y como perros los utilizaba para cazar a sus presas e inspirar temor.

—Si me conoces, Urswyck, sabes que tendrás una recompensa. Los Lannister siempre pagamos nuestras deudas. En cuanto a la moza, es de noble cuna; os darán un buen rescate por ella.

—¿De veras? —preguntó el otro inclinando la cabeza hacia un lado—. Qué suerte. —En la sonrisa de Urswyck había un matiz taimado que a Jaime no le gustó lo más mínimo.

—Ya me has oído. ¿Dónde está la Cabra?

—A pocas horas de camino. No me cabe duda de que estará encantado de veros, pero yo que vos no lo llamaría «cabra» a la cara. Lord Vargo es muy susceptible en lo relativo a su dignidad.

«¿Y desde cuándo ese salvaje babeante tiene dignidad?»

—Trataré de no olvidarlo cuando esté con él. ¿Has dicho lord? ¿Lord de qué?

—De Harrenhal. Le ha sido prometido.

«¿Harrenhal? ¿Acaso mi padre se ha vuelto loco?»

—Quitadme estas cadenas. —Jaime alzó las manos.

La risita de Urswyck resonó seca como un pergamino.

«Algo falla, algo va muy mal.» Jaime no dejó que trasluciera su inquietud, sino que se limitó a sonreír.

—¿He dicho algo gracioso?

—Sois lo más gracioso que he visto desde que Mordedor le arrancó los pezones a mordiscos a aquella septa —dijo el desnarigado con una sonrisa.

—Vuestro padre y vos habéis perdido demasiadas batallas —lo informó el dorniense—. Nos vimos obligados a cambiar nuestras pieles de león por pieles de lobo.

—Lo que Timeon quiere decir —aclaró Urswyck con un gesto de las manos— es que los Compañeros Audaces ya no trabajan para la Casa Lannister. Ahora servimos a Lord Bolton y al Rey en el Norte.

—Y luego dicen que yo no tengo honor. —Jaime le lanzó una mirada gélida, despectiva.

A Urswyck no le gustó aquel comentario. A su seña, dos de los Titiriteros agarraron a Jaime por los brazos, y Rorge le asestó un puñetazo en el estómago con el guantelete. Mientras se doblaba con un gruñido, oyó las protestas de la moza.

—¡Alto, no se le debe causar daño alguno! Lady Catelyn nos envió; se trata de un intercambio de prisioneros, está bajo mi protección...

Rorge lo golpeó de nuevo, y el aire se le escapó de los pulmones. Brienne se lanzó a las aguas del arroyo para buscar su espada, pero los Titiriteros cayeron sobre ella antes de que la encontrara. Era tan fuerte que hicieron falta los golpes de cuatro para someterla.

Al final, la moza acabó con el rostro tan tumefacto y ensangrentado como debía de estar el de Jaime. Le habían saltado dos dientes, cosa que no mejoraba su aspecto. Cubiertos de sangre, los dos prisioneros se vieron arrastrados a trompicones entre los árboles hacia los caballos. Brienne cojeaba por la herida del muslo que le había hecho en el arroyo. Jaime sentía lástima por ella. No le cabía duda de que iba a perder la virginidad aquella noche. El cabrón desnarigado la violaría, seguro, y lo más probable era que algunos de los otros se apuntaran también.

El dorniense los montó espalda contra espalda a lomos del caballo de tiro de Brienne, mientras el resto de los Titiriteros desnudaban a Cleos Frey para repartirse sus posesiones. Rorge se quedó el jubón ensangrentado con los orgullosos emblemas de Lannister y de Frey. Las flechas habían perforado leones y torres por igual.

—Estaréis contenta, moza —susurró Jaime a Brienne. Tosió y escupió sangre—. Si me hubierais dado un arma, no nos habrían cogido prisioneros. —Ella no respondió. «Es una zorra testaruda —pensó—. Pero valiente, desde luego.» Eso no lo podía negar—. Esta noche, cuando acampemos, os van a violar, y más de una vez —le advirtió—. Lo mejor será que no os resistáis. Si tratáis de resistiros, perderéis algo más que un par de dientes.

Sintió cómo la espalda de Brienne se tensaba junto a la suya.

—¿Eso haríais vos si fuerais una mujer?

«Si yo fuera una mujer, sería Cersei»

—Si fuera una mujer, los obligaría a matarme. Pero no lo soy. —Jaime puso el caballo al trote—. ¡Urswyck! ¡Hablemos!

El cadavérico mercenario de la capa de cuero hecha jirones tiró de las riendas un instante para ponerse al paso de Jaime.

—¿Qué queréis de mí, ser? Y cuidado con lo que decís, o haré que os castiguen de nuevo.

—Oro —dijo Jaime—. ¿Te gusta el oro?

—Reconozco que resulta útil. —Urswyck lo miraba con los ojos enrojecidos.

—Todo el oro de Roca Casterly —dijo Jaime con una sonrisa cómplice—. ¿Por qué lo va a disfrutar la Cabra? ¿Por qué no nos llevas a Desembarco del Rey y te quedas tú con mi rescate? Y también con el de ella, si quieres. Una vez, una doncella me dijo que a Tarth la llamaban la Isla Zafiro.

Al oír aquello, la moza se retorció, pero no dijo nada.

—¿Me tomáis por un cambiacapas?

—Desde luego. ¿Acaso no lo sois?

—Desembarco del Rey está muy lejos —respondió Urswyck tras sopesar la proposición un instante—, y vuestro padre se encuentra allí. Lord Tywin nos tendrá inquina por haber vendido Harrenhal a Lord Bolton.

«Es más listo de lo que parece.» Jaime había albergado la esperanza de ahorcar a aquel miserable con los bolsillos llenos a reventar de oro.

—De mi padre me encargaré yo. Os conseguiré el indulto real por todos los crímenes que hayáis cometido, y para ti el honor de caballero.

—Ser Urswyck —paladeó el hombre—. Qué orgullosa estaría mi mujer. Ojalá no la hubiera matado. —Suspiró—. ¿Y qué será del valiente Lord Vargo?

—¿Queréis que os cante alguna estrofa de «Las lluvias de Castamere»? Cuando mi padre le ponga las manos encima, la Cabra no será tan valiente.

—¿Y cómo lo va a hacer? ¿Acaso vuestro padre tiene los brazos tan largos como para pasar por encima de las murallas de Harrenhal y sacarnos de allí?

—Si hace falta... —La monstruosa locura del rey Harren había caído en el pasado y podía volver a caer—. ¿Eres tan estúpido como para creer que una cabra puede derrotar al león?

Urswyck se inclinó hacia él y le dio una bofetada despectiva, desganada. La pura insolencia fue mucho peor que el golpe en sí.

—Ya os he escuchado suficiente, Matarreyes. Muy idiota tendría que ser

para creer en las promesas de quien con tanta facilidad rompe sus juramentos. —Espoleó al caballo y se adelantó.

«Aerys —pensó Jaime, resentido—. Siempre igual. Todo se remonta a Aerys.» Se dejó mecer por el movimiento del caballo. Habría dado cualquier cosa por una espada. «O mejor, por dos espadas. Una para la moza y otra para mí. Nos matarían, pero al menos nos llevaríamos con nosotros a la mitad de ellos al infierno.»

—¿Por qué le habéis dicho que Tarth era la Isla Zafiro? —susurró Brienne cuando Urswyck estuvo a distancia suficiente—. Ahora pensará que mi padre posee muchas piedras preciosas...

—Rezad para que así sea.

—¿Es que no decís ni una palabra que no sea mentira, Matarreyes? A Tarth le debe ese nombre al azul de sus aguas.

—Gritad un poco más alto, moza; creo que Urswyck no os ha oído. Cuanto antes se den cuenta de lo poco que valéis como rehén, antes empezarán las violaciones. Os montarán todos y cada uno de ellos, pero qué os importa, ¿no? Cerrad los ojos, abríos de piernas y haceos a la idea de que todos son Lord Renly.

Por suerte, aquello la dejó callada un buen rato.

Casi había terminado el día cuando encontraron a Vargo Hoat mientras saqueaba un pequeño sept en compañía de una docena de sus Compañeros Audaces. Habían destrozado las vidrieras y sacado al exterior las tallas en madera de los dioses. Cuando llegaron, el dothraki más gordo que Jaime había visto jamás estaba sentado en el pecho de la Madre y le sacaba los ojos de calcedonia con la punta del cuchillo. Cerca de él, un septon flaco y calvo colgaba cabeza abajo de la rama de un castaño. Tres de los Compañeros Audaces utilizaban el cadáver como blanco de entrenamiento. Al menos uno de ellos era buen arquero; el septon tenía flechas clavadas en ambos ojos.

Cuando los mercenarios vieron a Urswyck con sus prisioneros empezaron a gritar en una docena de idiomas. La Cabra estaba sentado junto a una hoguera, comiendo un ave medio asada directamente del espetón, con los dedos y la larga barba llenos de grasa y de sangre. Se limpió las manos en la ropa y se levantó.

—Matarreyez —ceceó—, azí que erez mi prizionero.

—Mi señor, me llamo Brienne de Tarth —lo interrumpió la moza—. Lady Catelyn Stark me ordenó entregar a Ser Jaime a su hermano, en Desembarco del rey.

—Hacedla callar —ordenó la Cabra, que miraba a Brienne sin mucho interés.

—Escuchadme —insistió Brienne con vehemencia mientras Rorge cortaba las cuerdas que la ataban a Jaime—. En nombre del Rey en el Norte, en nombre del rey al que servís, por favor, escuchadme...

Rorge la derribó del caballo y empezó a darle patadas.

—Ten cuidado, no le vayas a romper un hueso —le avisó Urswyck—. Esa zorra con cara de caballo vale su peso en zafiros.

El dorniense llamado Timeon y un ibbenés maloliente bajaron a Jaime del caballo y lo empujaron sin miramientos hacia la hoguera. No le habría costado nada agarrar una de sus espadas por la empuñadura, pero eran demasiados, y seguía encadenado. Se llevaría a dos o tres por delante, pero al final moriría. Jaime no estaba aún preparado para morir, y menos por alguien como Brienne de Tarth.

—Hoy ez un gran día —dijo Vargo Hoat.

Llevaba en torno al cuello una cadena de monedas entrelazadas, de todas las formas y tamaños, forjadas y acuñadas, con los rostros de reyes, magos, dioses, demonios y todo tipo de bestias fantásticas.

«Monedas de todas las tierras donde ha peleado», recordó Jaime. La codicia era la clave de aquel hombre. Si había traicionado una vez, podía volver a traicionar.

—Lord Vargo, fue una estupidez por vuestra parte abandonar el servicio de mi padre, pero no es demasiado tarde para rectificar. Os pagará bien por mí, ya lo sabéis.

—Dezde luego —dijo Vargo Hoat—. Me entregará la mitad del oro de Roca Cazterly. Pero antez, tengo que hacerle llegar un menzaje.

Añadió algo en un idioma ceceante. Urswyck dio a Jaime un empujón por la espalda, y un bufón con ropas verdes y rosas le dio una patada que lo hizo tropezar. Cuando cayó al suelo, uno de los arqueros le agarró la cadena de las muñecas y tiró con brusquedad para obligarlo a estirar los brazos. El dothraki gordo dejó a un lado el cuchillo para desenvainar un *arakh*, la cimitarra de filo mortífero que tanto gustaba a los señores de los caballos.

«Pretenden asustarme.» El bufón saltó sobre la espalda de Jaime entre risitas, mientras el dothraki avanzaba lentamente hacia él. «La Cabra quiere que me mee en los calzones y le suplique piedad, pero no le daré ese placer.» Era un Lannister de Roca Casterly, Lord Comandante de la Guardia Real. Ningún mercenario lo oiría gritar.

La luz del sol arrancó un destello plateado del filo del *arakh* cuando descendió, casi demasiado deprisa para verlo. Y Jaime gritó.

ARYA

La pequeña fortaleza cuadrangular estaba casi en ruinas, al igual que el corpulento caballero canoso que vivía en ella. Era tan viejo que no entendía las preguntas que le hacían.

—Defendí el puente del ataque de Ser Maynard —respondía siempre, sin importar qué le preguntaran—. Qué hombre, pelo rojo y alma negra, pero no pudo conmigo. Me hirió seis veces antes de que lo matara. ¡Seis veces!

Por suerte, el maestre que lo atendía era un hombre joven. Cuando el anciano caballero se quedó dormido en su asiento, se los llevó aparte para hablar con ellos.

—Mucho me temo que buscáis un fantasma. Recibimos un pájaro hace muchísimo, al menos medio año. Los Lannister atraparon a Lord Beric cerca del Ojo de Dioses. Lo colgaron.

—Sí, lo colgaron, pero Thoros cortó la cuerda antes de que muriera. —La nariz rota de Lim ya no estaba tan enrojecida e hinchada, pero al curarse se le había quedado torcida, con lo que su rostro tenía una apariencia asimétrica—. No es tan fácil matar a su señoría.

—Ni encontrarlo, por lo visto —señaló el maestre—. ¿Habéis preguntado a la Dama de las Hojas?

—Vamos a hacerlo —dijo Barbaverde.

A la mañana siguiente, cuando cruzaron el pequeño puente de piedra que había tras la fortaleza, Gendry preguntó si sería aquél el que había defendido tanto el anciano. Nadie se lo supo decir.

—Lo más seguro es que sí —dijo Jack-con-Suerte—. No se ve ningún otro puente.

—Si hubiera una canción no habría dudas —señaló Tom de Sietecauces—. Con una buena canción sabríamos quién era el tal Ser Maynard y por qué tenía tantas ganas de cruzar este puente. Ese pobre viejo, Lychester, podría ser tan famoso como el Caballero Dragón si hubiera tenido la sensatez de contratar a un bardo.

—Los hijos de Lord Lychester murieron en la Rebelión de Robert —gruñó Lim—. Unos en un bando y otros en otro. Desde entonces no ha estado bien de la cabeza. En eso no hay canción que lo pueda ayudar.

—¿A qué se refería el maestre cuando dijo que habláramos con la Dama de las Hojas? —preguntó Arya a Anguy mientras cabalgaban.

—Ya lo veréis. —El arquero sonrió.

Tres días más tarde, al atravesar un bosque de tonos amarillos, Jack-con-Suerte sacó el cuerno y emitió una señal, una señal diferente a las anteriores.

Aún no habían muerto los ecos cuando unas escalas de cuerda cayeron desenrollándose de las ramas de los árboles.

—A manear las monturas, a subir, a subir —entonó Tom, medio canturreando.

Al subir por las escalas se encontraron en un pueblo oculto entre las ramas altas de los árboles, un laberinto de pasarelas de cuerda y casitas cubiertas de musgo ocultas entre las hojas rojizas y doradas. Los llevaron ante la Dama de las Hojas, una mujer de pelo blanco, flaca como un palo y vestida con ropa de lana basta.

—Se nos viene encima el otoño; no podremos seguir aquí mucho tiempo más —les dijo—. Hace nueve noches pasó una docena de lobos por el camino de Hayford; iban de caza. Si se les hubiera ocurrido mirar hacia arriba, nos habrían encontrado.

—¿No habéis visto a Lord Beric? —preguntó Tom de Sietecauces.

—Está muerto —dijo la mujer con tanta aflicción que parecía enferma—. La Montaña lo cogió y le clavó una daga en el ojo. Nos lo contó un hermano mendicante. Se lo había contado un hombre que lo vio todo.

—Ese cuento es viejo, y además falso —dijo Lim—. No es tan fácil matar al señor del relámpago. Puede que Ser Gregor le sacara un ojo, pero de eso no se muere nadie. Y si no, que os lo diga Jack.

—Bueno, yo no morí —dijo el tuerto Jack-con-Suerte—. A mi padre lo ahorcó uno de los terratenientes de Lord Piper, a mi hermano Wat lo enviaron al Muro, y los Lannister mataron a mis otros hermanos. Un ojo no es nada.

—¿Me juráis que no está muerto? —La mujer se aferró al brazo de Lim—. Bendito seáis, Lim, es la mejor noticia que hemos recibido en medio año. Que el Guerrero lo proteja, y el sacerdote rojo, también.

Al día siguiente encontraron refugio entre las ruinas ennegrecidas de un sept, en un pueblo arrasado por el fuego llamado Danza de Sally. Sólo quedaban fragmentos de las vidrieras de colores, y el anciano septon que los recibió les dijo que los saqueadores se habían llevado hasta las ricas vestiduras de la Madre, el farolillo dorado de la Vieja y la corona de plata del Padre.

—También le cortaron los pechos a la Doncella, y eso que eran sólo de madera —les contó—. Y claro, los ojos, que eran de azabache, lapislázuli y madreperla, se los sacaron con los cuchillos. Que la Madre se apiade de ellos.

—¿Quiénes eran? —preguntó Lim Capa de Limón—. ¿Titiriteros?

—No —respondió el anciano—. Eran norteños. Esos salvajes que adoran a los árboles. Decían que buscaban al Matarreyes.

Arya, que lo estaba oyendo, se mordió el labio. Notaba la mirada de Gendry clavada en ella. Estaba furiosa y avergonzada.

En la cripta del sept vivía una docena de hombres, entre telarañas, raíces y barriles de vino destrozados, pero ellos tampoco tenían ninguna noticia de Beric Dondarrion. Ni siquiera su jefe, que llevaba una armadura cubierta de hollín y un rudimentario adorno en forma de rayo en la capa. Cuando Barbaverde vio

que Arya lo estaba mirando, se echó a reír.

—El señor del relámpago está en todas partes y en ninguna, ardillita.

—No soy ninguna ardilla —replicó—. Ya soy casi una mujer. Voy a cumplir once años.

—¡Pues tened cuidado, no vaya a ser que me case con vos!

Fue a hacerle cosquillas bajo la barbilla, pero Arya apartó al muy idiota de un manotazo.

Aquella noche, Lim y Gendry jugaron a los dados con sus anfitriones, mientras Tom de Sietecauces cantaba una cancioncilla tonta sobre Ben Barrigas y el ganso del Septon Supremo. Anguy dejó que Arya probara su arco largo, pero por mucho que se mordió el labio, no consiguió tensar la cuerda.

—Necesitáis un arco más ligero, mi señora —le dijo el arquero pecoso—. Si hay buena madera en Aguasdulces, os intentaré hacer uno.

—Tú eres tonto, Arquero —dijo Tom cuando lo oyó, interrumpiendo su canción—. Si alguna vez vamos a Aguasdulces, será para que nos paguen un rescate por ella; no habrá tiempo para que te pongas a hacer arcos. Darás gracias si sales vivo y coleando. Lord Hoster ya ahorcaba criminales antes de que empezaras a afeitarte. En cuanto a su hijo... Es lo que digo siempre: no se puede uno fiar de un hombre que detesta la música.

—No detesta la música —apuntó Lim—. Te detesta a ti, idiota.

—Pues no tiene por qué. Aquella moza estaba deseando acostarse con un hombre; ¿es culpa mía que bebiera tanto que no pudo hacer nada con ella?

—¿Quién compuso una canción sobre el tema? ¿Fuiste tú o fue otro imbécil enamorado de su propia voz? —Lim soltó un bufido de desprecio.

—Sólo la canté una vez —se quejó Tom—. ¿Y quién dice que la canción era sobre él? Iba sobre un pescado.

—Un pescado flácido —rió Anguy.

A Arya no le importaba sobre qué iban las canciones del idiota de Tom. Se volvió hacia Harwin.

—¿Qué ha dicho de un rescate?

—Estamos muy necesitados de caballos, mi señora. Y también de armas y armaduras. Escudos, espadas, lanzas... Todas esas cosas que se compran con monedas. Sí, y también semillas para cultivar. Se acerca el invierno, ¿recordáis? —Le pellizcó debajo de la barbilla—. No sois la primera persona noble por la que hemos pedido un rescate. Y espero que tampoco seáis la última.

Arya sabía que era verdad. A los caballeros los capturaban constantemente, y pedían rescates por ellos. A veces a las mujeres también. «Pero ¿qué pasa si Robb no les paga lo que le pidan?» Ella no era un caballero famoso, y los reyes tenían que anteponer el reino a sus hermanas. ¿Y qué diría su señora madre? ¿Querría recuperarla, después de todas las cosas que había hecho? Arya se mordió el labio. No lo sabía.

Al día siguiente cabalgaron hasta un lugar llamado Alto Corazón, una colina tan alta que a Arya le pareció que desde allí arriba se podía ver medio

mundo. En la cima había un círculo de grandes tocones blanquecinos, lo único que quedaba de lo que otrora fueran poderosos arcianos. Arya y Gendry rodearon la cima para contarlos. Había treinta y uno, y algunos eran tan anchos que le habrían servido de cama.

Según le contó Tom de Sietecauces, Alto Corazón había sido un lugar sagrado para los hijos del bosque, y parte de su magia permanecía en aquel lugar.

—A quien duerma aquí no le puede suceder nada malo —dijo el bardo.

Arya pensó que debía de ser verdad; la colina era tan alta, y los terrenos circundantes, tan despejados, que ningún enemigo se podría acercar sin que lo vieran.

Según le dijo Tom, los lugareños evitaban aquel paraje; se decía que estaba hechizado por los fantasmas de los hijos del bosque que habían muerto allí cuando el rey ándalo llamado Erreg *el Matarreyes* había talado su bosque. Arya sabía quiénes eran los hijos del bosque y los ándalos, pero los fantasmas no le daban miedo. Cuando era pequeña solía esconderse en las criptas de Invernalia, y jugaba a «ven a mi castillo» o a «monstruos y doncellas» entre los reyes de piedra sentados en sus tronos.

Aun así, aquella noche se le pusieron los pelos de punta. Estaba durmiendo, pero la tormenta la despertó. El viento le arrebató la manta y la lanzó volando contra los arbustos. Al ir a buscarla, oyó unas voces.

Junto a las brasas de la hoguera vio a Tom, Lim y Barbaverde, que hablaban con una mujer diminuta, un palmo más baja que la propia Arya, más vieja que la Vieja Tata, toda encorvada y arrugada, y apoyada en un nudoso bastón negro. Tenía el cabello blanco tan largo que casi le llegaba al suelo. Cuando el viento se lo agitaba, le rodeaba la cabeza como una nube tenue. Tenía la piel aún más blanca, del color de la leche, y a Arya le pareció que sus ojos eran rojos, aunque desde su escondite entre los arbustos no habría podido jurarlo.

—Los antiguos dioses están inquietos y no me dejan dormir —oyó decir a la mujer—. Soñé, y vi una sombra con un corazón llameante que mataba a un venado de oro, así fue. Soñé con un hombre sin rostro que aguardaba en un puente que se balanceaba y oscilaba. Tenía en el hombro un cuervo ahogado con algas colgando de las alas. Soñé con un río turbulento y una mujer que era un pez. Las aguas la arrastraban, muerta estaba, con lágrimas rojas en las mejillas, pero los ojos se le abrieron, y el terror me despertó. Todo eso soñé, y mucho más. ¿Tenéis regalos para pagarme por mis sueños?

—Sueños —gruñó Lim Capa de Limón—. ¿De qué sirven los sueños? Mujeres pez y cuervos ahogados. Yo también tuve un sueño anoche. Estaba besando a una moza de taberna a la que conocí hace tiempo. ¿Me vas a pagar por ese sueño, anciana?

—La moza está muerta —siseó la mujer—. Ya sólo la pueden besar los gusanos. —Se volvió hacia Tom de Sietecauces—. Dame mi canción o márchate.

De modo que el bardo cantó para ella, tan bajo que Arya apenas si oyó

algunos fragmentos de la letra, aunque la melodía le sonaba de algo. «Seguro que Sansa se la sabe. —Su hermana se sabía todas las canciones, tocaba varios instrumentos y cantaba con voz muy dulce—. En cambio, yo sólo sabía repetir la letra desafinando.»

A la mañana siguiente la menuda anciana de piel blanca ya no estaba. Mientras ensillaban los caballos, Arya preguntó a Tom de Sietecauces si los hijos del bosque moraban todavía en Alto Corazón. El bardo soltó una risita.

—¿Qué, la viste?

—¿Era un fantasma?

—¿Se quejan los fantasmas de que les duelen las articulaciones? No, no es más que una vieja enana. Un bicho raro y malo. Pero sabe cosas que no debería saber y, a veces, cuando alguien le cae en gracia, se las dice.

—¿Vos le caéis en gracia? —preguntó Arya, incrédula.

—Al menos le gusta cómo canto —dijo el bardo riéndose—. Pero siempre quiere que le cante la misma canción de mierda. Bueno, no es que la canción sea mala, pero me sé otras igual de buenas. —Sacudió la cabeza—. Lo importante es que ahora estamos sobre la pista. Apuesto lo que sea a que no tardaréis en ver a Thoros y al señor del relámpago.

—Si sois sus hombres, ¿por qué se esconden de vosotros?

Tom de Sietecauces puso los ojos en blanco ante la pregunta, pero Harwin le respondió.

—Yo no diría que se escondan, mi señora, pero es verdad que Lord Beric se mueve mucho, y rara vez le confía a nadie sus planes. Así no se arriesga a que lo traicionen. A estas alturas ya somos cientos su seguidores, puede que miles, pero no serviría de nada que fuéramos todos pisándole los talones. Consumiríamos las provisiones de todos los lugares por donde pasáramos, o nos haría picadillo otro ejército más poderoso en una batalla. En cambio, divididos en grupos pequeños, podemos atacar en una docena de lugares a la vez y desaparecer antes de que nadie se dé cuenta. Y si nos capturan y nos hacen cantar, difícil será que confesemos el paradero de Lord Beric, nos hagan lo que nos hagan. —Titubeó un instante—. Sabéis a qué me refiero con cantar, ¿no?

—Lo llamaban las cosquillas —dijo Arya con un gesto de asentimiento—. Polliver, Raff y ésos.

Les habló del pueblo junto al Ojo de Dioses, donde Gendry y ella cayeron prisioneros, y las preguntas que hacía el Cosquillas.

—¿Hay oro escondido en el pueblo? —empezaba siempre—. ¿Plata, gemas? ¿Hay comida? ¿Dónde está Lord Beric? ¿Quiénes de vosotros lo habéis ayudado? ¿Hacia dónde ha ido? ¿Cuántos hombres iban con él? ¿Cuántos caballeros? ¿Cuántos arqueros? ¿Cuántas monturas? ¿Qué armas tenían? ¿Cuántos heridos? ¿Hacia dónde has dicho que ha ido?

Sólo de pensarlo, volvía a oír los gritos y volvía a sentir el hedor de la sangre, la mierda y la carne quemada.

—Siempre hacía las mismas preguntas —dijo con solemnidad a los forajidos—. Pero cambiaba de cosquillas todos los días.

—Es inhumano que hagan eso a un chiquillo —dijo Harwin cuando hubo terminado—. Nos han dicho que la Montaña perdió a la mitad de sus hombres en el Molino de Piedra. Puede que el tal Cosquillas esté ya flotando en las aguas del Forca Roja, mientras los peces se le comen la cara. Si no... Bueno, es un crimen más por el que tendrán que responder. Oí decir a su señoría que esta guerra empezó cuando la Mano lo envió para llevar a Gregor Clegane ante la justicia del rey, y así mismo pretende que termine. —Le dio una palmadita consoladora en el hombro—. Será mejor que montéis ya, mi señora. Nos queda un largo día de marcha hasta Torreón Bellota, pero al final tendremos un techo bajo el que dormir y una cena caliente en la barriga.

Fue un largo día de marcha, pero el ocaso los encontró cuando vadeaban un arroyo e iniciaban ya el ascenso hacia Torreón Bellota, con sus murallas de piedra y su gran torre de roble. El dueño no estaba; había ido a luchar en el séquito de su señor, Lord Vance, y en su ausencia, las puertas del castillo se encontraban cerradas. Pero su señora esposa era una antigua amiga de Tom de Sietecauces, y Anguy decía que habían sido amantes. Anguy solía cabalgar junto a ella a menudo. Era el más cercano en edad a Arya, aparte de Gendry, y le contaba historias divertidas de las Marcas de Dorne. Pero con eso no la engañaba.

«No es mi amigo. Sólo se pone cerca de mí para vigilarme y que no intente escaparme otra vez.» Bueno, Arya también sabía vigilar. Syrio Forel la había enseñado.

Lady Smallwood recibió a los forajidos con afecto, aunque les echó una buena reprimenda por arrastrar a la guerra a una chiquilla. Se enfadó todavía más cuando a Lim se le escapó que Arya era noble.

—¿Quién ha vestido a la pobre chiquilla con esos harapos de Bolton? —les preguntó, furiosa—. ¡Y con el emblema! ¡Más de uno la ahorcaría sin pensar por llevar al hombre desollado en el pecho!

Arya se vio empujada escaleras arriba, metida en una bañera y remojada en agua casi hirviendo. Las doncellas de Lady Smallwood la frotaron con tanta energía como si la quisieran desollar a ella. Hasta echaron en el agua una porquería dulzona que olía a flores.

Luego se empeñaron en que se vistiera con cosas de niña: medias de lana color marrón y ropa interior de lino, y encima, un vestido color verde claro con bellotas bordadas en hilo marrón en el corpiño y más bellotas ribeteando el dobladillo.

—Mi tía abuela es septa en una casa madre de Antigua —le dijo Lady Smallwood mientras las doncellas le ataban el corpiño a la espalda a Arya—. Envié a mi hija con ella cuando empezó la guerra. Seguro que, cuando regrese, esta ropa ya le quedará pequeña. ¿Te gusta bailar, niña? Mi Carellen es una excelente bailarina. También canta de maravilla. ¿A ti qué te gusta hacer?

—Labores de aguja. —Arya removió los juncos del suelo con el pie.

—Son muy relajantes, ¿verdad?

—Bueno, tal como yo las hago, no.

—¿No? A mí siempre me lo han parecido. Los dioses nos dan a cada uno nuestros talentos, grandes y pequeños, y a nosotros nos corresponde utilizarlos. Eso me dice siempre mi tía. Cualquier acto puede ser una plegaria, si lo llevamos a cabo lo mejor posible. ¿No te parece un concepto precioso? Tenlo en mente la próxima vez que estés con tus labores. ¿Las haces todos los días?

—Las hacía, pero perdí mi *Aguja*. La nueva que tengo no es tan buena.

—En tiempos como los que corren, tenemos que arreglárnoslas con lo que hay y tratar de sacarle el mejor partido. —Lady Smallwood le arregló el corpiño del vestido—. Ahora sí que pareces una joven dama como debe ser.

«No soy una dama —habría querido decirle Arya—. Soy una loba.»

—No sé quién eres, niña —dijo la mujer—, y tal vez sea lo mejor. Mucho me temo que alguien importante. —Le arregló el cuello a Arya—. En tiempos como éstos, es mejor ser insignificante. En ese caso podría hacer que te quedaras aquí conmigo, aunque no estarías a salvo. Tengo muros —suspiró—, pero pocos hombres para defenderlos.

Cuando Arya estuvo bien lavada, peinada y vestida, la cena ya se estaba sirviendo en los salones. Gendry la miró y se echó a reír de tal manera que se le salió el vino por la nariz, hasta que Harwin le dio un capirotazo junto a la oreja. La comida era sencilla, pero abundante: cordero con setas, pan moreno, budín de guisantes y manzanas asadas con queso curado. Una vez recogida la mesa, cuando ya no quedaban criados en la estancia, Barbaverde bajó la voz para preguntar a la dama si tenía alguna noticia del señor del relámpago.

—¿Noticias? —Sonrió—. Estuvieron aquí hace menos de quince días. Iban con una docena más de hombres, que llevaban un rebaño de ovejas. Casi no di crédito a mis ojos. Thoros me dio tres a modo de agradecimiento. Os habéis comido una esta noche.

—¿Que Thoros iba conduciendo ovejas? —Anguy soltó una carcajada.

—Como lo oís. Fue todo un espectáculo, pero Thoros aseguró que, como sacerdote, sabía cuidar de un rebaño.

—Sí, y también trasquilarlo —rió Lim Capa de Limón.

—Alguien tendría que componer una buena canción sobre esto. —Tom rasgueó una cuerda de su lira.

—Puede. —Lady Smallwood le lanzó una mirada desdeñosa—. Alguien que no rime «Dondarrion» con «ligón». Alguien que no cante «Tiéndete en la hierba, hermosa doncella» a todas las lecheras del condado y les haga una barriga a dos de ellas.

—Era «Déjame beber de tu belleza, hermosa doncella» —replicó Tom a la defensiva—, y a las lecheras les gusta que se la cante. Y también a cierta dama noble que me viene a la memoria. Canto para complacer.

—Las tierras de los ríos están llenas de doncellas a las que habéis

complacido —dijo la dama con chispas de los ojos—, todas bebiendo infusiones de tanaceto. Cualquiera diría que un hombre de tu edad habría aprendido ya a derramarles la semilla en el vientres, pero por fuera. A este paso, no tardarán en llamarte Tom Sietehijos.

—Pues da la casualidad de que pasé de los siete hace ya muchos años —dijo Tom—. Y son unos muchachos estupendos, con voces dulces como de jilgueros. —Era evidente que no le preocupaba el tema.

—¿Dijo su señoría hacia dónde iba, mi señora? —intervino Harwin.

—Lord Beric nunca hace partícipe de sus planes a nadie, pero hay hambruna cerca del Sept de Piedra y el Bosque Tresmonedas. Yo, en vuestro lugar, lo buscaría por allí. —Bebió un sorbo de vino—. Será mejor que lo sepáis: he tenido otras visitas menos agradables. Una manada de lobos llegó aullando a mis puertas; creían que tenía aquí a Jaime Lannister.

—Entonces ¿es verdad, el Matarreyes vuelve a estar libre? —Tom dejó de rasguear las cuerdas.

—Si lo tuvieran encadenado en Aguasdulces, no creo que hubieran venido aquí a buscarlo —dijo Lady Smallwood lanzándole una mirada despectiva.

—¿Y qué les dijo mi señora? —quiso saber Jack-con-Suerte.

—Pues que tenía a Ser Jaime desnudo en mi cama, pero que lo había dejado tan agotado que no podía bajar a recibirlos. Uno de ellos tuvo la desfachatez de llamarme mentirosa, así que los echamos de malos modos. Creo que se dirigieron hacia Fondonegro.

—¿Qué norteños eran los que vinieron a buscar al Matarreyes? —preguntó Arya, moviéndose inquieta en el asiento.

—No me dijeron sus nombres, niña —dijo Lady Smallwood mirándola, sorprendida de que hubiera intervenido—, pero llevaban jubones negros con un sol blanco en el pecho.

El sol blanco sobre negro era el emblema de Lord Karstark. «Eran hombres de Robb», pensó Arya. Tal vez todavía estuvieran cerca. Si conseguía escabullirse de los forajidos y los encontraba, quizá la llevarían a Aguasdulces con su madre...

—¿Dijeron cómo consiguió escapar Lannister? —preguntó Lim.

—Sí —respondió Lady Smallwood—, aunque no me creo ni una palabra. Aseguran que Lady Catelyn lo liberó.

—Anda ya —dijo Tom; de la impresión se le había saltado una cuerda—. Eso es una locura.

«No es verdad —pensó Arya—. No puede ser verdad.»

—Lo mismo pensé yo —dijo Lady Smallwood.

Sólo entonces Harwin cayó en la cuenta de quién era Arya.

—Esta conversación no es para vos, mi señora.

—Quiero oír...

Los forajidos no cedieron.

—Venga, venga, ardillita —dijo Barbaverde—. Sed una damita buena e id a

jugar al patio mientras hablamos.

Arya salió de la estancia hecha una furia; habría dado un portazo si la puerta no fuera tan pesada. La oscuridad cubría el Torreón Bellota como un manto. Unas cuantas antorchas ardían a lo largo de las murallas, pero nada más. Las puertas del pequeño castillo estaban cerradas a cal y canto. Sabía que había prometido a Harwin que no intentaría escapar de nuevo, pero eso fue antes de que empezaran a decir mentiras sobre su madre.

—¿Arya? —Gendry la había seguido—. Lady Smallwood dice que hay una herrería. ¿Vamos a verla?

—Si te apetece... —No tenía nada mejor que hacer.

—Ese Thoros del que hablaban —comentó Gendry cuando pasaron junto a las perreras—, ¿es el mismo Thoros que vivía en el castillo, en Desembarco del Rey? ¿Un sacerdote rojo gordo, con la cabeza afeitada?

—Creo que sí. —Arya no había cruzado ni una palabra con Thoros en Desembarco del Rey, o al menos no lo recordaba, pero sabía quién era. Junto con Jalabhar Xho, era el personaje más pintoresco de la corte de Robert y un gran amigo del Rey.

—Seguro que no se acuerda de mí, pero iba mucho a nuestra fragua. —La fragua de los Smallwood llevaba tiempo sin utilizarse, aunque el herrero había colgado sus herramientas de la pared muy ordenadas. Gendry encendió una vela y la puso sobre el yunque antes de coger unas tenazas—. Mi maestro siempre le echaba la bronca por lo de las espadas llameantes. Le decía que no era manera de tratar un buen acero, pero es que Thoros no utilizaba nunca acero del bueno. Metía cualquier espada barata en fuego valyrio y la prendía. Mi maestre decía que no era más que un truco de alquimista, pero servía para asustar a los caballos y a algunos caballeros novatos.

Arya se esforzó por recordar si su padre había hecho algún comentario sobre Thoros.

—No es muy beato, ¿verdad?

—No —reconoció Gendry—. El maestro Mott decía que Thoros aguantaba más alcohol que el rey Robert. Que eran tal para cual, un par de glotones borrachos.

—No deberías llamar borracho al Rey. —Tal vez el rey Robert hubiera bebido demasiado, pero había sido amigo de su padre.

—Me refería a Thoros. —Gendry hizo ademán de ir a pellizcarle la cara con las tenazas, pero Arya las apartó de un manotazo—. Le gustaban los banquetes y los torneos, por eso lo apreciaba tanto el rey Robert. Y el tal Thoros era valiente. Cuando cayeron los muros de Pyke, fue el primero en entrar. Luchaba con una de sus espadas llameantes, y con cada golpe prendía fuego a un hombre del hierro.

—Ojalá tuviera una espada llameante. —Había mucha gente a la que Arya habría querido prender fuego.

—Ya te he dicho que no es más que un truco. El fuego valyrio echa a perder

el acero. Mi maestro le vendía una espada nueva a Thoros después de cada torneo. Y no había vez que no discutieran por el precio. —Gendry volvió a poner las tenazas en su sitio y luego descolgó el pesado martillo—. El maestro Mott me dijo que ya era hora de que hiciera mi primera espada. Me dio un buen trozo de acero, y yo sabía cómo iba a dar forma a la hoja. Pero entonces llegó Yoren y se me llevó para la Guardia de la Noche.

—Si quieres, todavía puedes forjar espadas —dijo Arya—. Para mi hermano Robb, cuando lleguemos a Aguasdulces.

—Aguasdulces. —Gendry dejó el martillo y la miró—. Estás diferente. Pareces una niña de verdad.

—Parezco un roble, con tanta bellota.

—Pero bonito. Un roble bonito. —Se acercó un paso y la olfateó—. Si hasta hueles bien, para variar.

—Pues tú no, tú hueles a rayos.

Arya le dio un empujón contra el yunque y echó a correr, pero Gendry la agarró por un brazo. Ella le puso la zancadilla y lo hizo caer, pero él la arrastró en la caída, y rodaron por el suelo de la herrería. Gendry era fuerte, pero Arya era más rápida. Cada vez que trataba de agarrarla, se liberaba y le daba un puñetazo. Los golpes sólo hacían reír al chico, con lo que ella se enfadaba todavía más. Al final consiguió agarrarle las dos muñecas con una mano y empezó a hacerle cosquillas con la otra, hasta que Arya le dio un rodillazo entre las piernas y se libró de él. Los dos estaban cubiertos de polvo, y se le había desgarrado una manga del estúpido vestido de las bellotas.

—¡A que ya no estoy tan bonita! —gritó.

Cuando volvieron a la sala, Tom estaba cantando.

Mi cama de plumas es blanda y profunda
y allí te tenderé,
te vestiré toda de seda amarilla,
y tu cabeza coronaré.
Porque tú serás la dama de mi amor,
y yo tu señor.
Abrigada y a salvo siempre te tendré,
con mi espada te protegeré.

Al verlos, Harwin estalló en carcajadas y Anguy le dedicó una de sus bobaliconas sonrisas pecosas.

—¿Estamos seguros de que es una dama noble? ¿Seguros, seguros?

En cambio, Lim Capa de Limón le dio un capón a Gendry.

—¡Si quieres pelearte con alguien, pelea conmigo! ¡Es una chica, y mucho más pequeña que tú! No le vuelvas a poner un dedo encima, ¿entendido?

—He empezado yo —dijo Arya—. Gendry sólo se estaba metiendo conmigo.

—Deja en paz al chico, Lim —dijo Harwin—. Seguro que empezó Arya. En Invernalia era siempre así.

Tom le guiñó un ojo y siguió cantando.

Y cómo sonrió, cuánto se rió
la doncella del árbol.
Se alejó dando vueltas y *le dijo así:*
Nada de cama de plumas para mí.
De hojas doradas me haré un vestido
y me adornaré el cabello con gotas de rocío
Pero tú puedes ser mi amor silvestre
y yo tu novia del bosque seré.

—No tengo vestidos de hojas doradas —le dijo Lady Smallwood con una sonrisa afectuosa—, pero Carellen dejó más vestidos que te sentarán bien. Vamos, niña, a ver qué encontramos en el piso de arriba.

Fue aún peor que la primera vez. Lady Smallwood se empeñó en que Arya se bañara de nuevo, y encima le recortó el pelo y se lo peinó. El vestido que eligió para ella en aquella ocasión era como de color lila, con adornos de perlas diminutas. Lo único que tenía de bueno era que se trataba de una prenda tan delicada que nadie podía pretender que montara a caballo con aquello puesto. De modo que, a la mañana siguiente, mientras desayunaban, Lady Smallwood le entregó unos calzones, un cinturón, una túnica y un jubón de piel de cierva con tachonaduras de hierro.

—Eran de mi hijo —le contó—. Murió cuando tenía siete años.

—Lo siento mucho, mi señora. —De pronto, Arya se sentía mal y muy avergonzada—. También siento haber roto el vestido de las bellotas. Era bonito.

—Sí, niña. Igual que tú. Sé valiente.

DAENERYS

En el centro de la Plaza del Orgullo había una fuente de ladrillo rojo cuyas aguas olían a azufre, y en el centro de la fuente, una arpía monstruosa de bronce batido. Medía cuatro pies de altura. Tenía rostro de mujer, con el pelo dorado y los ojos de marfil, y también de marfil eran los puntiagudos colmillos. El agua amarillenta manaba de sus grandes pechos. Pero, en lugar de brazos, tenía alas de murciélago o dragón; sus piernas eran patas de águila, y a la espalda le crecía la cola curvada y pozoñosa de un escorpión.

«La arpía de Ghis», pensó Dany. Si no recordaba mal, el Antiguo Ghis había caído hacía ya cinco mil años, sus legiones derrotadas por el poderío de la joven Valyria, sus imponentes murallas de ladrillos derribadas, sus calles y edificios reducidos a brasas y cenizas por las llamas de los dragones, sus campos sembrados de sal, azufre y cráneos... Los dioses de Ghis estaban muertos, al igual que sus habitantes; según le dijo Ser Jorah, aquellos astaporis eran mestizos. Hasta el idioma ghiscario había caído en el olvido hacía ya mucho tiempo; las ciudades de los esclavos hablaban el alto valyrio de sus conquistadores o el dialecto en que lo habían convertido.

Pero allí todavía perduraba el símbolo del Antiguo Imperio, aunque aquel monstruo de bronce tenía una gruesa cadena que colgaba entre las garras, con un grillete abierto en cada extremo.

«La arpía de Ghis tenía un rayo en las garras. Ésta es la arpía de Astapor.»

—Dile a la puta de Poniente que mire para abajo —se quejó el traficante de esclavos Kraznys mo Nakloz a la niña esclava que hablaba por él—. Yo trato con carne, no con metal. El bronce no está en venta. Dile que mire a los soldados. Mi mercancía es magnífica; salta a la vista hasta para los ojos nublados de una salvaje del ocaso.

El alto valyrio de Kraznys tenía mucho acento; tenía el típico tono ronco de Ghis, y salpicaba sus frases con palabras procedentes del argot de los traficantes de esclavos. Dany comprendió lo suficiente de lo que decía, pero sonrió y miró a la niña con cara inquisitiva, como si le pidiera la traducción.

—El Bondadoso Amo Kraznys os pregunta si no os parecen magníficos. —La pequeña hablaba la lengua común muy bien para no haber estado nunca en Poniente. No tendría más de diez años, y su rostro redondo y plano, la piel oscura y los ojos dorados denotaban que procedía de Naath. «El pueblo pacífico», como los solían llamar. Todos estaban de acuerdo en que eran los mejores esclavos.

—Puede que me resulten útiles —respondió Dany. Había sido idea de Ser Jorah que, mientras estuviera en Astapor, hablara sólo dothraki o la lengua

común. «Mi oso es más astuto de lo que parece», pensó—. ¿Qué entrenamiento han recibido?

—A la mujer de Poniente le gustan, pero no los alaba para que no suba el precio —dijo la traductora a su amo—. Desea saber cómo están entrenados.

Kraznys mo Nakloz inclinó la cabeza hacia un lado. El traficante de esclavos olía como si se hubiera bañado en frambuesas, y la prominente barbita negra y roja brillaba, aceitada.

«Tiene los pechos más grandes que yo», se fijó Dany. Se le veían a través de la fina seda verde mar del *tokar* ribeteado en oro con el que se ceñía el cuerpo y se cubría un hombro. Al caminar se sujetaba el *tokar* en su sitio con la mano izquierda, mientras que en la derecha llevaba un látigo corto de cuero.

—¿Serán igual de ignorantes todos los cerdos de Poniente? —se quejó—. Todo el mundo sabe que los Inmaculados dominan el arte de la lanza, el escudo y la espada corta. —Dirigió a Dany una amplia sonrisa—. Dile lo que haga falta, esclava, y date prisa. Hace mucho calor.

«Por fin dice algo que no es mentira.» Una pareja de esclavas situadas a sus espaldas sostenían sobre sus cabezas una marquesina de seda a rayas, pero incluso a la sombra, Dany se sentía mareada, y Kraznys sudaba copiosamente. La Plaza del Orgullo llevaba cociéndose al sol desde el amanecer. Pese a las gruesas sandalias, sentía en los pies la temperatura de los adoquines rojos. Las ondulaciones del calor se alzaban trémulas de ellos y hacían que las pirámides escalonadas de Astapor que rodeaban la plaza, parecieran casi oníricas.

En cambio, los Inmaculados no sentían el calor, o no daban muestra de sentirlo.

«Ahí de pie, tan quietos, parece que ellos también son adoquines.» Habían hecho salir a un millar de ellos de sus barracones para que los inspeccionara. Formaban en diez filas de un centenar de hombres ante la fuente y su gran arpía de bronce, firmes, rígidos, con los ojos pétreos clavados al frente. Su única vestimenta eran taparrabos de lino blanco y unos yelmos cónicos de bronce coronados por una púa afilada de un codo de longitud. Kraznys les había ordenado dejar en el suelo ante ellos las lanzas y los escudos, y despojarse de los cinturones y las túnicas guateadas, para que la reina de Poniente pudiera inspeccionar a placer la dureza magra de sus cuerpos.

—Los eligen de jóvenes, por su estatura, su velocidad y su fuerza —le dijo la esclava—. Empiezan a entrenarse a las cinco. Entrenan todos los días, del amanecer al ocaso, hasta que dominan como maestros la espada corta, el escudo y las tres lanzas. El entrenamiento es muy riguroso, Alteza. Sólo uno de cada tres chicos sobrevive. Lo sabe todo el mundo. Los Inmaculados dicen que el día que se ganan el casco con la púa es el día en que ha pasado lo peor, porque ninguna misión que les encomienden será jamás tan dura como el entrenamiento.

Se suponía que Kraznys mo Nakloz no hablaba ni una palabra de la lengua común, pero mientras escuchaba inclinaba la cabeza hacia un lado, y de cuando

en cuando le daba un golpecito con la punta de la fusta a la niña esclava.

—Dile que éstos llevan de pie ahí un día y una noche, sin comida ni agua. Dile que si lo ordeno se quedarán ahí hasta que caigan, y que cuando novecientos noventa y nueve se desplomen muertos sobre los adoquines, el último seguirá en pie sin moverse hasta que la muerte lo llame. Así de valerosos son. Díselo.

—A mí eso me parece demencia, no valor —comentó Arstan Barbablanca cuando la traductora, solemne y diminuta, hubo transmitido el mensaje.

Daba golpecitos en los adoquines con el extremo de su recio cayado, como para demostrar su desagrado. El anciano no había sido partidario de viajar a Astapor, y tampoco aprobaba la compra de aquel ejército de esclavos. Una reina tenía que escuchar a todos antes de tomar una decisión. Por eso lo había llevado Dany con ella a la Plaza del Orgullo, no para que la protegiera. Para eso se bastaban y sobraban sus jinetes de sangre. A Ser Jorah Mormont lo había dejado a bordo de la *Balerion* para cuidar de su gente y sus dragones. Muy a su pesar, los había tenido que encerrar bajo cubierta, era demasiado peligroso permitir que sobrevolaran libres la ciudad; en el mundo había demasiados hombres que los asaetearían de buena gana, sin más motivo que adjudicarse el nombre de «Matadragones».

—¿Qué ha dicho el viejo maloliente? —preguntó el traficante de esclavos a la traductora. Cuando la niña se lo dijo, sonrió—. Informa a los salvajes de que a esto lo llamamos obediencia. Puede que haya otros hombres más fuertes, más rápidos o más corpulentos que los Inmaculados. Incluso los hay tan hábiles como ellos en el uso de la espada, la lanza y el escudo. Pero en ningún lugar de los mares encontrarán esclavos más obedientes.

—Las ovejas son obedientes —señaló Arstan tras oír la traducción.

Al igual que Dany entendía un poco de valyrio, aunque no tanto como ella, pero él también lo disimulaba.

Cuando la traductora hubo terminado Kraznys mo Nakloz mostró los grandes dientes blancos en una sonrisa.

—Basta una orden mía para que estas ovejas desparramen sus entrañas hediondas sobre los adoquines —dijo—, pero no se lo digas. Diles que son más perros que ovejas. En esos Siete Reinos ¿comen perro o caballo?

—Prefieren la carne de cerdo o la de vaca, reverencia.

—Vacas. Puaj. Comida para salvajes sucios.

Sin hacer caso de nadie, Dany recorrió a paso lento la hilera de soldados esclavos. Las muchachas la siguieron de cerca con la marquesina de seda para mantenerla a la sombra, pero el millar de hombres que tenía ante ella no disfrutaban de la misma protección. Más de la mitad tenían la piel cobriza y los ojos almendrados de los dothrakis y los lhazareenos, pero en las filas vio también a otros de las Ciudades Libres, junto a rostros de piel clara de Qarth, rostros de ébano de las Islas del Verano, y otros muchos cuyo origen no habría sabido decir. Y algunos tenían la piel del mismo tono ambarino que Kraznys mo

Nakloz, y el pelo hirsuto rojo y negro del antiguo pueblo de Ghis, cuyos habitantes se hacían llamar «hijos de la arpía».

«Se venden hasta entre ellos», pensó. No tendría que sorprenderse. Los dothrakis hacían lo mismo cuando un *khalasar* se encontraba con otro *khalasar* en el mar de hierba.

Unos soldados eran altos, y otros, bajos. Calculó que sus edades oscilaban entre los catorce y los veinte años. Tenían las mejillas afeitadas, y la misma expresión en todos los ojos, ya fueran negros, castaños, azules, grises o ambarinos.

«Son como un solo hombre», pensó Dany, pero entonces se acordó de que en realidad no eran hombres. Los Inmaculados, del primero al último, eran eunucos.

—¿Por qué los castráis? —preguntó a Kraznys a través de la niña esclava—. Siempre he oído decir que los hombres enteros son más fuertes que los eunucos.

—Cierto: un eunuco castrado de joven nunca tendrá la fuerza bruta de esos caballeros de Poniente —respondió Kraznys mo Nakloz cuando le transmitieron la pregunta—. Un toro también es fuerte, pero todos los días mueren toros en las arenas de combate. En la arena de Jothiel, una niña de nueve años mató a uno no hace ni tres días. Dile que los Inmaculados tienen algo mucho mejor que la fuerza. Tienen disciplina. Nosotros peleamos a la manera del Antiguo Imperio, sí. Son las nuevas legiones del Antiguo Ghis que vuelven a la vida, siempre obedientes, siempre leales, siempre valientes.

Dany escuchó la traducción con paciencia.

—Hasta los hombres más valientes temen la muerte y las heridas —señaló Arstan tras escuchar a la niña.

Al oírlo, Kraznys sonrió de nuevo.

—Dile al viejo que huele a meados y que necesita un palo para tenerse en pie.

—¿De verdad, reverencia?

—Claro que no —respondió el hombre, dándole un golpecito con la fusta—, ¿cómo preguntas semejante tontería? ¿Qué eres, una niña o una cabra? Dile que los Inmaculados no son hombres. Diles que para ellos la muerte no significa nada, y las heridas, menos que nada.

Se detuvo ante un hombre corpulento que por su aspecto era de Lhazar, chasqueó la fusta, y dejó una fina línea de sangre en la mejilla cobriza. El eunuco parpadeó y permaneció tal como estaba, sangrando.

—¿Quieres otra? —preguntó Kraznys.

—Si eso complace a su reverencia...

Era difícil fingir que no entendía nada. Dany puso una mano en el brazo de Kraznys antes de que tuviera tiempo de alzar de nuevo la fusta.

—Dile al Bondadoso Amo que ya veo lo fuertes que son sus Inmaculados y con cuánta valentía resisten el dolor.

Al oír sus palabras en valyrio, Kraznys soltó una risita.

—Dile a esta ignorante que la valentía no tiene nada que ver.

—El Bondadoso Amo dice que no es cuestión de valor, Alteza.

—Dile a la puta que abra bien los ojos.

—Os ruega que prestéis atención, Alteza.

Kraznys se dirigió hacia el siguiente eunuco de la fila, un joven alto con los ojos azules y el pelo rubio de Lys.

—Tu espada —dijo.

El eunuco se arrodilló, desenvainó la espada y se la tendió con la empuñadura por delante. Era una espada corta, más adecuada para estocadas que para tajos, pero el filo era impresionante.

—De pie —ordenó Kraznys.

—Reverencia. —El eunuco se levantó, y Kraznys mo Nakloz le deslizó la espada lentamente torso arriba, dejando una fina línea roja a través del vientre y entre las costillas. Luego clavó la punta de la espada bajo el pezón rosado y empezó a cortarlo, con movimiento de sierra.

—¿Qué hace? —preguntó Dany a la niña con tono apremiante, mientras la sangre corría por el pecho del hombre.

—Dile a esa vaca que deje de mugir —dijo Kraznys sin aguardar la traducción—. Esto no le causará ningún daño grave. A los hombres no les hacen falta los pezones, y a los eunucos, menos todavía.

El pezón pendía por un hilo de piel. Lo cortó de un tajo; cayó sobre los adoquines y dejó atrás un ojo rojo y redondo que sangraba copiosamente. El eunuco no se movió hasta que Kraznys le tendió la espada con la empuñadura por delante.

—Toma, ya he terminado.

—Uno se complace de haberos servido.

—No sienten dolor, ¿veis? —dijo Kraznys, volviéndose hacia Dany.

—¿Cómo es posible? —preguntó ella a través de la traductora.

—El vino del valor —fue su respuesta—. No es un vino de verdad, se hace de belladona, larvas de moscas de sangre, raíz de loto negro y otros muchos ingredientes secretos. Lo beben con todas las comidas desde el día en que los castran, y cada año que pasa sienten menos. Los hace valerosos en la batalla. Y no se los puede torturar. Dile a la salvaje que, con los Inmaculados, sus secretos están a salvo. Los puede utilizar como guardias en su Consejo, y hasta en su dormitorio, sin preocuparse de que oigan nada.

»En Yunkai y Meereen les cortan los testículos a los niño para convertirlos en eunuco. Esas criaturas no son fértiles, pero a menudo pueden tener erecciones. Eso sólo sirve para causar problemas. Nosotros quitamos también el pene; no dejamos nada. Los Inmaculados son las criaturas más puras que hay sobre la tierra. —Dirigió otra de sus amplias sonrisas a Dany y a Arstan—. Tengo entendido que en los Reinos de Poniente algunos hombres prestan juramento solemne de mantenerse castos y no engendrar hijos, y de vivir únicamente para su deber. ¿Es así?

—Sí —respondió Arstan al escuchar la traducción—. Hay órdenes así. Los maestres de la Ciudadela, los septones y las septas que sirven a los Siete, las hermanas silenciosas de los muertos, la Guardia Real y la Guardia de la Noche...

—Pobres —gruñó el traficante de esclavos—. Los hombres no nacieron para vivir así. Cualquier idiota se daría cuenta de que sus días deben de ser una tortura; estarán plagados de tentaciones y, sin duda, muchos sucumbirán a sus instintos más primarios. No es el caso de nuestros Inmaculados. Están casados con sus espadas de una manera que vuestros Hermanos Juramentados no pueden soñar con igualar. Ninguna mujer podrá jamás tentarlos, y tampoco ningún hombre.

La niña transmitió la esencia de su discurso en tono más educado.

—La carne no es la única manera de tentar a un hombre —objetó Arstan Barbablanca cuando hubo terminado.

—A los hombres, pero los Inmaculados son diferentes. Tienen tan poco interés en el saqueo como en la violación. Lo único que poseen son sus armas. Ni siquiera les permitimos tener nombre.

—¿No tienen nombre? —Dany miró a la pequeña traductora con el ceño fruncido—. ¿Seguro que es lo que ha dicho el Bondadoso Amo? ¿Que no tienen nombre?

—Así es, Alteza.

Kraznys se detuvo ante un ghiscario que podría haber sido su hermano, sólo que más alto y con mejor forma física. Dio un golpecito con la fusta en el pequeño disco de bronce que adornaba el cinturón de la espada, a sus pies.

—Éste es su nombre. Pregunta a la puta de Poniente si sabe leer los glifos ghiscarios. —Cuando Dany reconoció que no, el traficante de esclavos se volvió hacia el Inmaculado—. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó imperativo.

—Uno se llama Pulga Roja, reverencia.

La niña repitió la conversación en la lengua común.

—¿Cuál era ayer?

—Rata Negra, reverencia.

—¿Y anteayer?

—Pulga Marrón, reverencia.

—¿Y el día anterior?

—Uno no lo recuerda, reverencia. Puede que fuera Sapo Azul. O Gusano Azul.

—Dile que todos los nombres son por el estilo —ordenó Kraznys a la niña—. Eso les recuerda que, por sí solos, no son más que sabandijas. Todos los días, al anochecer, los discos con los nombres se guardan en un barril vacío, y al amanecer, cada uno recoge uno al azar.

—Otra locura —comentó Arstan cuando oyó la traducción—. ¿Cómo puede nadie recordar un nombre nuevo cada día?

—Los que no pueden, no superan el entrenamiento, igual que los que no

pueden correr todo el día cargados, escalar una montaña en medio de la noche, caminar sobre brasas al rojo o matar a un bebé.

Al oír aquello Dany hizo una mueca.

«¿Me habrá visto, o además de cruel es ciego?» Se volvió a toda prisa y trató de mantener el rostro impasible como una máscara hasta oír la traducción. Sólo entonces, se permitió mirarlo.

—¿A qué bebés matan?

—Para ganarse el casco con la púa, un Inmaculado tiene que ir al mercado de esclavos con un marco de plata, buscar a un recién nacido berreante y matarlo delante de su madre. Así nos aseguramos de que no les queda ni rastro de debilidad.

Dany se sintió desmayar. «Es el calor», trató de convencerse.

—¿Arrancáis a un bebé de los brazos de su madre, lo matáis delante de ella y pagáis su dolor con una moneda de plata?

Al oír la traducción, Kraznys mo Nakloz soltó una carcajada estrepitosa.

—¡Qué blanda es esta mocosa estúpida! Dile a la puta de Poniente que el marco es para el dueño del niño, no para la madre. Los Inmaculados tienen prohibido robar. —Se dio unos golpecitos con la fusta contra la pierna—. Son pocos los que no pasan la prueba. Creo que lo de los perros les cuesta más. El día de su castración, le entregamos a cada niño un cachorrito. Al final del primer año se le exige que lo estrangule. A los que no pueden, los matamos y los echamos de comer a los perros que queden vivos. Hemos descubierto que es una buena lección.

Mientras escuchaba, Arstan Barbablanca golpeteaba con la punta del cayado los adoquines. *Toc, toc, toc.* Lento, rítmico. *Toc, toc, toc.* Dany lo vio apartar los ojos, como si no soportara mirar a Kraznys ni un momento más.

—El Bondadoso Amo ha dicho que a estos eunucos no se los puede tentar con carne ni con monedas —dijo Dany a la niña—, pero si algún enemigo les ofreciera la libertad a cambio de traicionarme...

—Lo matarían de inmediato y llevarían su cabeza ante ella, díselo —fue la respuesta del mercader de esclavos—. Otros esclavos roban y acumulan plata con la esperanza de comprar su libertad, pero un Inmaculado no la aceptaría ni aunque esta puta se la ofreciera como regalo. Aparte de su deber, no tienen vida. Son soldados, nada más.

—Lo que necesito son soldados —reconoció Dany.

—Dile que entonces hizo bien en acudir a Astapor. Pregúntale de qué tamaño quiere su ejército.

—¿Cuántos Inmaculados hay en venta?

—En este momento, entrenados al máximo y disponibles, ocho mil. Dile que sólo los vendemos por cientos o por miles. Antes los vendíamos también por decenas, como guardias privados, pero fue un error. Diez son demasiado pocos. Se mezclan con otros esclavos, o hasta con hombres libres, y olvidan qué son y quiénes son. —Kraznys esperó a que terminara la traducción a la lengua

común antes de continuar—. La reina mendiga tiene que comprender que estas maravillas no son baratas. En Yunkai y en Meereen se pueden comprar soldados esclavos por menos de lo que valen sus espadas, pero los Inmaculados son los mejores del mundo, cada uno representa muchos años de entrenamiento. Dile que son como el acero valyrio, plegados una y otra vez, martilleados durante años, hasta que son más fuertes y resistentes que ningún otro metal de la tierra.

—Sé qué es el acero valyrio —dijo Dany—. Pregunta al Bondadoso Amo si los Inmaculados tienen sus oficiales.

—Los oficiales los tendrá que poner ella. Los entrenamos para que obedezcan, no para que piensen. Si lo que quiere son sesos, que compre escribas.

—¿Y el equipamiento?

—La espada, el escudo, la lanza, las sandalias y la túnica guateada se incluyen en el precio —dijo Kraznys—. Y los cascos de púas, claro. Pueden usar la armadura que quiera, pero se la tendrá que proporcionar ella.

A Dany no se le ocurrían más preguntas. Miró a Arstan.

—Habéis vivido mucho, Barbablanca. Ahora que los habéis visto, ¿qué me decís?

—Os digo que no, Alteza —respondió el anciano al instante.

—¿Por qué? —quiso saber ella—. Hablad con toda libertad. —Dany creía saber lo que le iba a decir, pero quería que la niña esclava lo oyera, de modo que Kraznys mo Nakloz se enterase más tarde.

—Mi reina —empezó Arstan—, hace miles de años que no hay esclavos en los Siete Reinos. Los antiguos dioses y los nuevos consideran que la esclavitud es una abominación. Está mal. Si llegáis a Poniente al frente de un ejército de esclavos, muchos hombres buenos se opondrán a vos por ese único motivo. Causaréis un gran daño a vuestra causa, y también al honor de vuestra Casa.

—Pero necesito un ejército —señaló Dany—. Ese chico, Joffrey, no me entregará el Trono de Hierro si me limito a pedírselo por favor.

—Cuando llegue el día en que ondeen vuestros estandartes, la mitad de Poniente estará con vos —le prometió Barbablanca—. Todavía se recuerda a vuestro hermano Rhaegar con gran afecto.

—¿Y a mi padre? —preguntó Dany.

El anciano titubeó un instante.

—También se recuerda al rey Aerys —dijo al final—. Proporcionó al reino muchos años de paz. No necesitáis esclavos, Alteza. El magíster Illyrio os puede proteger mientras vuestros dragones crecen, y enviar emisarios secretos al otro lado del mar Angosto en vuestro nombre para atraer hacia vuestra causa a los grandes señores.

—¿Los mismos grandes señores que abandonaron a mi padre a manos del Matarreyes y se arrodillaron ante Robert el Usurpador?

—Quizá hasta los que se arrodillaron anhelen en su corazón el regreso de

los dragones.

—Quizá —remarcó Dany. «Quizá» era una palabra muy arriesgada. En cualquier idioma. Se volvió hacia Kraznys mo Nakloz y su esclava—. Tengo que pensarlo con detenimiento.

—Dile que se dé prisa en pensar —dijo el mercader de esclavos encogiéndose de hombros—. Hay otros muchos compradores. Hace menos de tres días enseñé estos mismos Inmaculados a un rey corsario que tenía intención de comprarlos todos.

—El corsario sólo quería un centenar, reverencia —oyó Dany decir a la niña esclava.

El hombre le dio un golpecito con la punta de la fusta.

—Los corsarios son unos mentirosos. Los comprará todos. Díselo, niña.

Dany sabía que, si compraba alguno, compraría bastantes más de un centenar.

—Recuerda a tu Bondadoso Amo quién soy yo. Recuérdale que soy Daenerys de la Tormenta, Madre de Dragones, La que no Arde, reina legítima de los Siete Reinos de Poniente. Llevo la sangre de Aegon *el Conquistador*, la sangre de la antigua Valyria.

Pero las palabras no impresionaron al orondo y perfumado traficante de esclavos, ni siquiera traducidas a su desagradable idioma.

—El Antiguo Ghis dominaba un imperio cuando en Valyria todavía estaban follando ovejas —gruñó a la pobre traductora—, y nosotros somos los hijos de la arpía. —Se encogió de hombros—. Malgasto la lengua regateando con mujeres. Son todas iguales, las del este y las del oeste; no son capaces de tomar una decisión mientras no las adules, las malcríes y las atiborres de criadillas. En fin, si es mi destino, tendré que aceptarlo. Dile a la puta que si quiere visitar nuestra hermosa ciudad, Kraznys mo Nakloz estará encantado de atenderla... y de satisfacerla, si es más mujer de lo que parece.

—El Bondadoso Amo estará encantado de mostraros Astapor mientras lo meditáis, Alteza —dijo la traductora.

—Le daré de comer sesos de perro en gelatina y un delicioso guiso de pulpo rojo y cachorrito nonato. —Se relamió.

—Dice que aquí podéis probar platos deliciosos.

—Dile lo hermosas que son las pirámides por la noche —gruñó el mercader de esclavos—. Dile que lameré miel de sus pechos, o si lo prefiere, dejaré que ella lama miel de los míos.

—Astapor es una ciudad muy bella cuando anochece, Alteza —dijo la niña esclava—. Los Bondadosos Amos encienden farolillos de seda en todas las terrazas, de manera que las pirámides brillan con luces de colores. Las barcazas de placer surcan el Gusano; en ellas suena una dulce música, y visitan las pequeñas islas para probar vinos, comidas y otras delicias.

—Pregúntale si quiere ver nuestras arenas de combate —añadió Kraznys—. En la arena de Douquor hay programado un buen espectáculo para esta noche.

Un oso y tres niños. Uno de los niños estará untado con miel, otro con sangre y otro con pescado podrido; si quiere, podrá apostar por cuál devorará el oso primero.

Toc, toc, toc, oyó Dany. El rostro de Arstan Barbablanca seguía impasible, pero el cayado marcaba el ritmo de su rabia. *Toc, toc, toc*. Se esforzó por sonreír.

—Tengo un oso esperándome en la *Balerion* —le dijo a la traductora—, y me devorará a mí si no vuelvo pronto con él.

—¿Lo ves? —dijo Kraznys al oír la traducción—, la mujer no decide; tiene que acudir al hombre. ¡Como siempre!

—Da las gracias al Bondadoso Amo por su amabilidad y su paciencia —siguió Dany—, y dile que pensaré sobre lo que me ha dicho.

Ofreció el brazo a Arstan Barbablanca para cruzar la plaza en dirección a la litera. Aggo y Jhogo se situaron uno a cada lado de ellos y echaron a andar con la torpeza de todos los señores de los caballos cuando se veían obligados a desmontar y a caminar como el resto de los mortales.

Con el ceño fruncido, Dany se subió a su litera e hizo una señal a Arstan para que subiera junto a ella. Un hombre tan anciano no debía caminar con aquel calor. Cuando se pusieron en marcha no cerró las cortinas. El sol que caía abrasador sobre aquella ciudad de adoquines rojos hacía que hasta la menor brisa fuera un regalo, aunque llegara con un remolino de fino polvillo rojo.

«Además, tengo que ver esto.»

Astapor era una ciudad extraña incluso para los ojos de quien había entrado en el Palacio de Polvo y se había bañado en el Vientre del Mundo, al pie de la Madre de Montañas. Todas las calles estaban pavimentadas con adoquines rojos, igual que la plaza. Del mismo material eran las pirámides escalonadas, los fosos donde estaban las arenas de combate con sus hileras de gradas descendentes, las fuentes sulfurosas y las penumbrosas cavas, así como los muros que lo rodeaban todo.

«Cuántos ladrillos —pensó—. Qué viejos y decrépitos.» El fino polvo rojo estaba por todas partes; se arremolinaba en las cunetas con cada ráfaga de viento. No era de extrañar que tantas mujeres astaporis llevaran velos sobre el rostro; el polvo de adoquín picaba en los ojos más que la arena.

—¡Abrid paso! —gritó Jhogo, que cabalgaba delante de su litera—. ¡Abrid paso a la Madre de Dragones!

Pero cuando desenrolló el gran látigo con mango de plata que Dany le había regalado y lo hizo chasquear en el aire, ella asomó la cabeza y le hizo un gesto de negación.

—Aquí no, sangre de mi sangre —dijo en el idioma del jinete—. Estos adoquines ya han oído demasiadas veces el sonido de los látigos.

Aquella mañana, cuando llegaron procedentes del puerto, habían encontrado las calles casi desiertas, y la situación no había cambiado mucho. Pasó junto a ellos un elefante con una litera de celosía sobre el lomo. Un niño desnudo despellejado por el sol estaba sentado en un canal de ladrillo por el

que no corría agua; se metía el dedo en la nariz y contemplaba las hormigas de la calle con semblante hosco. Al oír el sonido de los cascos de los caballos alzó la vista y contempló boquiabierto el paso de una columna de guardias montados, que iba al trote en medio de una nube de polvo rojo y risas tensas. Los discos de cobre cosidos a las capas de seda amarilla brillaban como otros tantos soles, las túnicas eran de lino recamado, vestían faldas plisadas, también de lino, y calzaban sandalias en los pies. No llevaban ningún tipo de casco, y todos se habían aceitado y trenzado las cabelleras rojas y negras para darles formas fantásticas: cuernos, alas, espadas y hasta manos entrelazadas, de modo que más bien parecían una comitiva de demonios escapados del séptimo infierno. El niño desnudo los contempló un rato, igual que Dany, pero en cuanto se perdieron a lo lejos volvió a concentrarse en las hormigas y en el dedo metido en la nariz.

«Es una ciudad antigua —reflexionó ella—, pero menos poblada que en su momento de gloria; no está tan llena de gente como Qarth, Pentos o Lys, ni mucho menos.»

La litera se detuvo de repente en el cruce de calles mientras pasaba una reata de esclavos, espoleados por el restallido del látigo de un capataz. Dany advirtió que no eran Inmaculados, sino hombres comunes con la piel ligeramente bronceada y el pelo negro. También había mujeres entre ellos, pero no niños. Todos iban desnudos. Tras ellos caminaban dos astaporis a lomos de asnos blancos, un hombre con un *tokar* de seda roja y una mujer con velo, vestida de lino azul decorado con hojuelas de lapislázuli y una peineta de marfil en el cabello rojo y negro. El hombre reía mientras le susurraba algo al oído, y no prestó a Dany más atención que a sus esclavos, igual que el capataz del látigo de cinco colas, un dothraki achaparrado y fuerte que lucía orgulloso un tatuaje de la arpía y las cadenas en el pecho musculoso.

—Con adoquines y sangre se construyó Astapor —murmuró Barbablanca, junto a ella—; y con adoquines y sangre, su gente.

—¿Qué es eso? —le preguntó Dany con curiosidad.

—Un antiguo dicho que me enseñó un maestre cuando era niño. No sabía hasta qué punto era cierto. Los adoquines de Astapor están teñidos de rojo por la sangre de los esclavos que los hacen.

—No me lo puedo creer —dijo Dany.

—Entonces, marchaos de este lugar antes de que vuestro corazón se endurezca como esos adoquines. Haceos a la mar esta misma noche, en cuanto suba la marea.

«Ojalá pudiera», pensó Dany.

—Ser Jorah dice que, cuando salga de Astapor, deberá ser con un ejército a mis órdenes.

—Ser Jorah fue traficante de esclavos, Alteza —le recordó el anciano—. En Pentos, en Myr y en Tyrosh hay mercenarios a los que podréis contratar. Los hombres que matan por dinero no tienen honor, pero al menos no son esclavos.

Comprad vuestro ejército allí, os lo suplico.

—Mi hermano visitó Pentos, Myr, Braavos y casi todas las Ciudades Libres. Allí, los magísteres y los arcontes lo alimentaron con vino y promesas, pero dejaron que su alma muriera de hambre. Un hombre no puede comer toda la vida del cuenco del mendigo y seguir siendo un hombre. Ya lo probé en Qarth y tuve suficiente. No seré una mendiga.

—Mejor mendiga que esclavista —dijo Arstan.

—Sólo habla así quien no ha sido ni una cosa ni otra. —Dany estaba roja de cólera—. ¿Sabéis qué se siente cuando lo venden a uno, escudero? Yo sí. Mi hermano me vendió a Khal Drogo a cambio de la promesa de una corona de oro. Sí, Drogo lo coronó con oro, aunque no tal como él habría querido, y yo... Mi sol y estrellas me convirtió en una reina, pero si no hubiera sido él como era, todo habría resultado muy diferente. ¿Creéis que he olvidado qué es sentir miedo?

—No era mi intención ofenderos, Alteza —se disculpó Barbablanca inclinando la cabeza.

—Lo único que me ofenden son las mentiras, no los consejos sinceros. —Dany dio unas palmaditas tranquilizadoras a Arstan en la mano—. Lo que pasa es que tengo temperamento de dragón. No permitáis que eso os asuste.

—Lo tendré en cuenta —sonrió Barbablanca.

«Su rostro es amable, y tiene mucha fuerza —pensó Dany. No entendía por qué Ser Jorah desconfiaba tanto del anciano—. ¿Tendrá celos porque ahora hay otro hombre con el que puedo hablar? —Sin quererlo, recordó la noche en la *Balerion*, cuando el caballero exiliado la había besado—. No debió hacerlo. Tiene tres veces mi edad y es de origen mucho más humilde que yo; además, no le di permiso. Ningún caballero de verdad besaría a una reina sin su permiso.» Después de aquello se había cuidado bien de no volver a quedarse a solas con Ser Jorah; cuando estaba a bordo siempre la acompañaban sus doncellas Irri y Jhiqui, y a veces, también sus jinetes de sangre. «Quiere besarme otra vez, se lo veo en los ojos.»

Dany no habría sabido decir qué quería ella, pero el beso de Jorah había despertado algo en su interior, una sensación que llevaba dormida desde el día en que murió Drogo, que había sido su sol y estrellas. Tumbada en el estrecho catre, se descubrió pensando cómo sería yacer junto a un hombre en vez de al lado de su doncella, y la sola idea le resultó más excitante de lo que debería. A veces cerraba los ojos y soñaba con él, pero no se trataba nunca de Jorah Mormont. Su amante era siempre más joven y más apuesto, aunque el rostro era una sombra cambiante.

En cierta ocasión, tan atormentada que no conseguía conciliar el sueño, Dany se deslizó una mano entre las piernas y se sorprendió de lo húmeda que estaba. Casi sin atreverse a respirar, movió los dedos adelante y atrás entre los labios menores, despacio para no despertar a Irri, que dormía junto a ella, hasta que encontró un punto sensible y allí se demoró; se tocó con suavidad, al

principio tímidamente, luego más deprisa, pero el alivio que buscaba parecía esquivarla. En aquel momento, sus dragones se agitaron, uno de ellos chilló en el camarote; Irri se despertó y vio qué estaba haciendo.

Dany sabía que se había sonrojado, pero en la oscuridad, Irri no podía darse cuenta. Sin decir nada, la doncella le puso una mano en el seno, se inclinó y le lamió un pezón. La otra mano descendió por la suave curva del vientre, acarició el monte de fino vello plateado, y empezó a trabajar entre los muslos de Dany. Apenas unos momentos más tarde se le tensaron las piernas, curvó la espalda, y todo su cuerpo se estremeció. Entonces fue ella la que gritó. O tal vez fuera *Drogon*. Irri no dijo nada en ningún momento; se limitó a acurrucarse y se durmió nada más terminar.

Al día siguiente, todo parecía un sueño. ¿Y qué tenía que ver Ser Jorah con aquello?

«A quien quiero tener es a Drogo, mi sol y estrellas —se recordó Dany—. No a Irri, ni a Ser Jorah, sólo a Drogo. —Pero Drogo estaba muerto. Creía que aquellos sentimientos habían muerto con él en el desierto rojo, pero un beso traicionero, sin saber por qué, los había resucitado—. No debería haberme besado. Fue presuntuoso por su parte, y yo se lo permití. Esto no puede repetirse.» Apretó los labios y sacudió la cabeza, y la campanilla de su trenza tintineó con suavidad.

En las cercanías de la bahía, la ciudad presentaba un aspecto más hermoso. Las grandes pirámides de adoquines se alineaban a lo largo de la orilla; la más alta debía de medir más de doscientas varas. En las amplias terrazas crecían todo tipo de árboles, enredaderas y flores, y el viento que soplaba en torno a ellas tenía un aroma fresco e intenso. Otra arpía gigante se alzaba sobre la puerta de la verja; era de arcilla cocida y se estaba desintegrando a ojos vistas; de su cola de escorpión apenas si quedaba un muñón. La cadena que tenía entre las garras de arcilla era de hierro viejo, casi podrida de óxido. Pero cerca del agua la temperatura era más fresca. Las olas lamían los viejos pilones, y el sonido resultaba extrañamente sosegador.

Aggo ayudó a Dany a bajarse de la litera. Belwas *el Fuerte* estaba sentado en un enorme pilón, devorando un pernil de carne asada.

—Perro —dijo con tono alegre al ver a Dany—. Buen perro en Astapor, pequeña reina. ¿Comer? —preguntó ofreciéndole la carne con una sonrisa grasienta.

—Sois muy amable, Belwas, pero no, gracias.

Dany había comido perro en otros lugares y en otras ocasiones, pero en aquel momento sólo podía pensar en los Inmaculados y en sus cachorritos. Pasó junto al corpulento eunuco y subió por la plancha que llevaba a la cubierta de la *Balerion*.

Ser Jorah Mormont la estaba esperando.

—Alteza —dijo al tiempo que inclinaba la cabeza—. Los traficantes de esclavos han venido y se han marchado. Eran tres, acompañados por una

docena de escribas y otros tantos esclavos. Han recorrido nuestras bodegas palmo a palmo, tomando nota de todo lo que teníamos. —Caminó con ella hacia popa—. ¿Cuántos hombres tienen en venta?

—Ninguno. —¿Estaba furiosa con Mormont, o con aquella ciudad, con su calor tétrico, su hedor, su sudor y sus adoquines erosionados?—. Venden eunucos, no hombres. Eunucos hechos de adoquines, igual que el resto de Astapor. ¿He de comprar ocho mil eunucos de ojos muertos que no se mueven nunca, que matan bebés de pecho para conseguir un casco con púa y estrangulan a sus perros? Ni siquiera tienen nombre. Así que no los llaméis «hombres», Ser.

—*Khaleesi* —empezó, desconcertado ante tanta ira—, a los Inmaculados los eligen de niños, los entrenan...

—Ya he oído todo lo que quería oír sobre su entrenamiento. —Dany sintió que las lágrimas le desbordaban los ojos, repentinas, involuntarias. Alzó la mano y abofeteó a Ser Jorah en la mejilla. O hacía eso o empezaba a sollozar.

—Si he disgustado a mi reina... —Mormont se tocaba la mejilla abofeteada.

—Pues sí. Me habéis disgustado mucho, Ser. Si fuerais mi leal caballero jamás me habríais traído a esta pocilga vil.

«Si fuerais mi leal caballero jamás me habríais besado, ni me habríais mirado de esa manera los pechos, ni...»

—Como Su Alteza ordene. Diré al capitán Groleo que se disponga a hacerse a la mar con la marea de esta noche, rumbo a una pocilga menos vil.

—No —replicó Dany. Groleo los miraba desde el castillo de proa, al igual que su tripulación. Barbablanca, sus jinetes de sangre, Jhiqui... todos se habían detenido al oír el restallido de la bofetada—. Quiero que nos hagamos a la mar ahora mismo, no con la marea; quiero que nos vayamos a toda prisa y no volver la vista atrás. Pero no es posible, ¿verdad? Hay ocho mil eunucos de adoquín en venta, y tengo que encontrar la manera de comprarlos.

Sin añadir una palabra, se alejó de él y bajó a su camarote.

Tras la madera tallada de la puerta de las estancias del capitán, los dragones estaban inquietos. *Drogon* alzó la cabeza y chilló; un humo blancuzco le salió de las fosas nasales. *Viserion* aleteó hacia ella y trató de posarse sobre su hombro, como hacía cuando era más pequeño.

—No —dijo Dany al tiempo que trataba de sacudírselo con suavidad—. Ya eres demasiado grande para eso, cariño.

Pero el dragón le enroscó en torno al brazo la cola blanca y dorada, y le clavó las garras en la tela de la manga para afianzarse. Dany, impotente, se dejó caer en el sillón de cuero de Groleo entre risas.

—Han estado como locos desde que os marchasteis, *khaleesi* —le dijo Irri—. *Viserion* ha arrancado astillas de la puerta, ¿veis? Y *Drogon* trató de escapar cuando los traficantes de esclavos vinieron a verlos. Lo agarré por la cola para retenerlo y me mordió. —Mostró a Dany las marcas de los dientes que tenía en la mano.

—¿Alguno de los tres trató de lanzar fuego para escapar? —Aquello era lo que más temía.

—No, *khaleesi*. *Drogon* lanzó fuego, pero al aire. A los traficantes de esclavos les dio miedo acercarse a él.

Dany besó la mano de Irri allí donde el dragón la había mordido.

—Siento que te haya hecho daño. Los dragones no nacieron para que los encerraran en un camarote tan pequeño.

—En eso, los dragones son como los caballos —dijo Irri—. Y también los jinetes. Los caballos relinchan en la bodega, *khaleesi*, y dan coces en los mamparos de madera. Los oigo todo el tiempo. Además, Jhiqui dice que, cuando estáis ausente, las ancianas y los niños lloran. No les gusta este carro de las aguas. No les gusta el mar de sal negra.

—Ya lo sé —dijo Dany—. De verdad, lo sé.

—¿Mi *khaleesi* está triste?

—Sí.

«Triste y desorientada.»

—¿Quiere la *khaleesi* que le dé placer?

—No. —Dany retrocedió un paso—. No tienes por qué hacer eso, Irri. Aquella noche, cuando te despertaste, lo que pasó... No eres una esclava de cama, te di la libertad, ¿recuerdas? Eres...

—Soy la doncella de la Madre de Dragones —dijo la chica—. Es un gran honor dar placer a mi *khaleesi*.

—Eso no es lo que quiero —insistió—. De verdad. —Se apartó con gesto brusco—. Déjame. Quiero estar a solas. Para pensar.

El sol había empezado a ponerse sobre las aguas de la Bahía de los Esclavos cuando Dany regresó a la cubierta. Se apoyó en la baranda y contempló Astapor.

«Visto desde aquí casi parece hermoso —pensó. Las estrellas empezaban a brillar sobre la ciudad, igual que los farolillos de seda, tal como le había dicho la traductora de Kraznys—. Pero abajo sólo hay oscuridad, en las calles, en las plazas y en las arenas de combate. Y más oscuridad aún hay en los barracones, donde algún niño estará dando de comer al cachorrito que le entregaron cuando le arrebataron la virilidad.»

Oyó unas pisadas suaves tras ella.

—*Khaleesi*. —Era su voz—. ¿Puedo hablaros con sinceridad?

Dany no se volvió. En aquel momento no habría soportado mirarlo a la cara. Si lo hacía tal vez lo abofeteara de nuevo. O se echara a llorar. O lo besara. Ya no sabía qué estaba bien, qué estaba mal y qué era una locura.

—Decid lo que queráis, Ser.

—Cuando Aegon *el Dragón* desembarcó en Poniente, los reyes del Valle, la Roca y el Dominio no corrieron a él para entregarle sus coronas. Si pretendéis ocupar el Trono de Hierro, tendréis que ganarlo como hizo él, con acero y fuego de dragones. Eso quiere decir que, antes de que acabéis, tendréis las manos

manchadas de sangre.

«Sangre y Fuego», pensó Dany. El lema de la Casa Targaryen. Lo había oído repetir toda su vida.

—De buena gana derramaré la sangre de mis enemigos. Pero jamás la sangre de inocentes. Me ofrecen ocho mil Inmaculados. Ocho mil bebés muertos. Ocho mil perros estrangulados.

—Alteza —insistió Jorah Mormont—, yo vi Desembarco del Rey después del Saqueo. Aquel día también murieron bebés, y ancianos, y niños. No podríais contar el número de mujeres que fueron violadas. En todo hombre habita una bestia salvaje, y cuando ponéis en la mano de ese hombre una espada o una lanza y lo mandáis a la guerra, la bestia revive. Para despertarla sólo hace falta el olor de la sangre. Pero jamás he oído decir que estos Inmaculados violen a ninguna mujer, ni que pasen por la espada a toda una ciudad; ni siquiera que cometan saqueos, a no ser que sus líderes se lo ordenen. Tal vez sean adoquines, como decís, pero si los compráis, los únicos perros que matarán en adelante son aquellos que vos queráis ver muertos. Creo recordar que queríais ver muertos a unos cuantos perros.

«Los perros del Usurpador.»

—Sí. —Dany apartó la vista de las suaves luces de colores, y se dejó acariciar por la fresca brisa marina—. Habéis hablado de saquear ciudades. Decidme una cosa, Ser, ¿por qué los dothrakis nunca han saqueado ésta? —Señaló hacia las edificaciones—. Mirad esas murallas. Se están derrumbando por muchos sitios. ¿Veis algún guardia en aquellas torres? Yo no. ¿Acaso se esconden, Ser? Hoy he visto a los hijos de la arpía, a todos sus orgullosos guerreros nobles. Vestían faldas de lino, y lo único que tenían de fiero era el pelo. Hasta el *khalasar* más modesto podría cascar esta Astapor como una nuez y derramar por el suelo su contenido de carne podrida. Decidme, pues, ¿cómo es que esa arpía horrorosa no está en el camino de dioses de Vaes Dothrak, junto con el resto de los dioses robados?

—Tenéis el ojo perspicaz de un dragón, *khaleesi*, salta a la vista.

—Quiero una respuesta, no un cumplido.

—Hay dos motivos. Los valientes defensores de Astapor son pura paja, es verdad. Nombres antiguos y monederos rebosantes que se disfrazan con látigos ghiscarios para hacer como si todavía dominaran un vasto imperio. Todos y cada uno de ellos son oficiales de alto rango. En los días festivos escenifican batallas fingidas en la arena para demostrar que son grandes comandantes, pero los que mueren son los eunucos. Da lo mismo; cualquier enemigo que quisiera saquear Astapor sabe que tendría que enfrentarse a los Inmaculados. Los traficantes de esclavos pondrían a toda la guarnición a defender la ciudad. Los dothrakis no han cabalgado contra los Inmaculados desde el día en que se dejaron las trenzas en las puertas de Qohor.

—¿Cuál es el segundo motivo? —preguntó Dany.

—¿Quién querría atacar Astapor? —señaló Ser Jorah—. Meereen y Yunkai

son ciudades rivales, pero no enemigas; la Maldición acabó con Valyria; todos los habitantes de las zonas remotas del este son ghiscarios, y más allá de las colinas se extiende Lhazar. Los Hombres Cordero, como los llaman los dothrakis, no son nada propensos a la guerra.

—Sí —accedió ella—, pero al norte de las ciudades de los esclavos está el mar dothraki, y hay dos docenas de *khals* poderosos que disfrutan saqueando ciudades y llevándose a sus habitantes como esclavos.

—¿Adónde los iban a llevar? ¿De qué sirven los esclavos si uno mata a los traficantes? Valyria ya no existe; Qarth está más allá del desierto rojo, y las Nueve Ciudades Libres están a muchos miles de leguas hacia el oeste. Y podéis estar segura de que los hijos de la arpía son generosos con todos los *khals* que pasan por aquí, igual que los magísteres de Pentos, de Norvos y de Myr. Saben muy bien que si organizan festines para los señores de los caballos y les hacen regalos, seguirán su camino. Es más barato que luchar, y el resultado es mucho más seguro.

«Más barato que luchar», pensó Dany. Ojalá para ella las cosas pudieran ser así de sencillas. Qué maravilloso sería llegar a Desembarco del Rey con sus dragones y pagarle un cofre de oro al niño rey, a Joffrey, para que se marchara.

—*Khaleesi* —insistió Ser Jorah cuando su silencio se prolongó demasiado.

Le posó la mano en un codo. Dany se la sacudió.

—Viserys habría comprado tantos Inmaculados como hubiera podido pagar. Pero en cierta ocasión dijisteis que yo era como Rhaegar...

—Lo recuerdo, Daenerys.

—Alteza —lo corrigió—. El príncipe Rhaegar iba a la batalla al frente de hombres libres, no de esclavos. Barbablanca dice que armaba a sus escuderos en persona, y obligaba a muchos otros caballeros a hacer lo mismo.

—No había mayor honor que recibir el rango de caballero del príncipe de Rocadragón.

—Decidme, pues... Cuando tocaba el hombro de un hombre con su espada, ¿qué le decía: «Ve y mata al débil» o «Ve y defiéndelo»? Todos aquellos valientes de los que hablaba Viserys, los del Tridente, los que murieron bajo nuestros estandartes de dragones... ¿dieron la vida porque creían en la causa de Rhaegar o porque los habían comprado con monedas?

Dany se volvió hacia Mormont, cruzó los brazos y esperó la respuesta.

—Mi reina —respondió el hombretón con voz pausada—, todo lo que decís es verdad. Pero, en el Tridente, Rhaegar perdió. Perdió la batalla, perdió la guerra, perdió el reino y perdió la vida. Las aguas del río se llevaron su sangre, junto con los rubíes de su coraza. Robert *el Usurpador* cabalgó sobre su cadáver y robó el Trono de Hierro. Rhaegar luchó con valentía; Rhaegar luchó con nobleza. Y Rhaegar murió.

BRAN

No había caminos que recorrieran los angostos valles montañeses por los que caminaban. Entre los grandes picos de piedra gris sólo había lagos de aguas azules y tranquilas, largos, estrechos y profundos, y extensiones interminables de pinares de un verde sombrío. El color rojizo y dorado de las hojas otoñales había ido escaseando desde que salieron del Bosque de los Lobos para ascender por las viejas colinas rocosas, y desapareció cuando las colinas se convirtieron en montañas. Los gigantescos centinelas de un verde grisáceo se alzaban ya sobre ellos, junto con píceas, abetos y una interminable sucesión de pinos soldado. En cambio, a ras de suelo había poca vegetación, y una alfombra de agujas color verde oscuro cubría el terreno.

Si se extraviaban, cosa que les sucedió en un par de ocasiones, sólo tenían que esperar a que llegara una noche despejada y alzar la vista hacia el cielo para buscar, sin la interferencia de las nubes, el Dragón de Hielo. La estrella azul del ojo del dragón señalaba el camino hacia el norte, tal como le había dicho Osha en cierta ocasión. Al pensar en Osha, Bran volvió a preguntarse dónde estaría en aquel momento. Se la imaginaba a salvo en Puerto Blanco, con Rickon y *Peludo*, comiendo anguilas, pescado y empanada caliente de cangrejos junto al obeso Lord Manderly. O tal vez estuvieran calentándose en el Último Hogar, ante las chimeneas del Gran Jon. En cambio, la vida de Bran consistía en un día tras otro de frío gélido a las espaldas de Hodor, montaña arriba, montaña abajo, siempre metido en su cesto.

—Arriba y abajo —suspiraba a veces Meera mientras caminaban—. Y abajo y arriba. Y luego arriba y abajo. Príncipe Bran, les estoy cogiendo rabia a estas montañas tuyas.

—Ayer dijiste que te gustaban.

—Y es verdad. Mi señor padre me había hablado de las montañas, pero hasta ahora no había visto ninguna. Me gustan tanto que me quedo sin palabras.

—Si acabas de decir que les estás cogiendo rabia —dijo Bran con una mueca.

—¿Por qué no puedo pensar las dos cosas a la vez? —Meera alzó la mano y le pellizcó la nariz.

—Porque son todo lo contrario —insistió Bran—. Como la noche y el día, o el hielo y el fuego.

—Si el hielo puede arder —intervino Jojen con su voz solemne—, el amor y el odio se pueden emparejar. Montaña o pantano, da igual. La tierra es una.

—Una —asintió su hermana—. Sólo que aquí está muy arrugada.

Los valles angostos de las alturas rara vez tenían la cortesía de discurrir de norte a sur, de modo que en muchas ocasiones tuvieron que recorrer leguas y leguas en direcciones que no les convenían, y a veces se vieron obligados a desandar sus pasos.

—Si hubiéramos ido por el camino Real ya estaríamos en el Muro —les recordaba Bran constantemente a los Reed.

Quería encontrar al cuervo de tres ojos para aprender a volar. Lo había repetido un centenar de veces, hasta que Meera empezó a tomarle el pelo diciéndolo a la vez que él.

—Si hubiéramos ido por el camino Real, tampoco tendríamos tanta hambre —empezó a decir entonces.

Abajo, en las colinas, no les había faltado alimento. Meera era buena cazadora, y todavía mejor se le daba pescar en los arroyos con su fisga. A Bran le encantaba observarla en acción: admiraba su rapidez, la manera en que lanzaba el arpón tridente y lo volvía a sacar con una trucha plateada retorciéndose en la punta. Y también *Verano* cazaba para ellos. El huargo desaparecía casi todas las noches cuando se ponía el sol, pero siempre regresaba antes del amanecer, por lo general con algo entre las fauces, una ardilla o una liebre.

Pero allí, en lo alto de las montañas, los arroyos eran más pequeños y gélidos, y la caza escaseaba. Meera seguía cazando y pescando siempre que podía, pero era más difícil, y algunas noches, ni el propio *Verano* encontraba presas. Muchas veces se tuvieron que acostar con el estómago vacío.

Aun así, Jojen se obstinó en que se mantuvieran tan alejados como le fuera posible de los caminos.

—Donde hay caminos, hay viajeros —decía con aquel tono suyo tan característico—, y los viajeros tienen ojos que ven y bocas que contarán historias sobre el chico tullido, su gigante y el lobo que camina con ellos.

Cuando Jojen se ponía testarudo no había manera de que cambiara de opinión, así que tomaron la ruta más complicada, y cada día ascendían un poco más y avanzaban hacia el norte un poco más.

Algunos días llovía; otros hacía viento, y en una ocasión se vieron en medio de una tempestad de nieve tan terrible que hasta Hodor bramó de desfallecimiento. En los días despejados, a menudo tenían la sensación de ser los únicos seres vivos del mundo.

—¿Es que aquí arriba no vive nadie? —preguntó Meera en cierta ocasión, mientras rodeaban un saliente de granito tan grande como Invernalia.

—Sí que hay gente —respondió Bran—. Casi todos los Umber viven al este del camino Real, pero en verano traen a sus ovejas a pastar a los prados de las cimas. Al oeste de las montañas, en la bahía de Hielo, están los Wull, y los Harclay, en las colinas por las que hemos venido. También viven en las cumbres los Knott, los Liddle, los Norrey y algunos Flint.

La madre de su abuela paterna había sido una Flint de las montañas. En

cierta ocasión, la Vieja Tata le había dicho que era su sangre la que había hecho que a Bran le gustara tanto trepar antes de la caída. Pero la mujer había muerto muchos, muchos años antes de que naciera él, incluso antes de que naciera su padre.

—¿Los Wull? —dijo Meera—. Jojen, durante la guerra, ¿no había un Wull que cabalgaba con nuestro padre?

—Theo Wull. —Jojen jadeaba por el esfuerzo de la escalada—. Todos lo llamaban «Cubos».

—Es su blasón —dijo Bran—. Tres cubos marrones sobre campo azul, con un ribete de cuadros blancos y grises. Lord Wull fue una vez a Invernalia para jurar fidelidad a mi padre, hablar con él y todo eso, y tenía cubos en el escudo. Pero no es un señor de verdad. Bueno, sí, pero lo llaman el «Wull» a secas, como el Knott, el Norrey y el Liddle. En Invernalia nos dirigimos a todos con el título de lord, pero los suyos, no.

—¿Crees que esos montañeses sabrán que estamos aquí? —preguntó Jojen Reed, deteniéndose un instante para recuperar el aliento.

—Seguro que sí. —Bran los había visto espiarlos; no con sus ojos, sino con los de *Verano*, que no se perdían nada—. No nos molestarán mientras no intentemos robarles las cabras ni los caballos.

Y así fue. Sólo se encontraron con un montañés en una ocasión, cuando un aguacero repentino de lluvia helada los obligó a buscar refugio. *Verano* los guió por el olfato hasta una caverna poco profunda, oculta tras las ramas verde grisáceo de un gigantesco árbol centinela, pero cuando Hodor se agachó para entrar en el refugio de piedra, Bran vio el brillo anaranjado de una hoguera al fondo y supo que no estaban solos.

—Entrad y junto al fuego calentaos —les gritó una voz de hombre—. Para protegernos de la lluvia a todos hay piedra suficiente.

Les ofreció tortas de avena, morcillas y un trago de la cerveza que llevaba en un odre, pero no les dijo su nombre; tampoco les preguntó los suyos. Bran supuso que se trataba de un Liddle. El broche con que se sujetaba la capa de piel de ardilla era de oro y bronce, con forma de piña, y en la mitad blanca de los escudos verdiblancos de los Liddle había piñas.

—¿El Muro está muy lejos? —le preguntó Bran mientras aguardaban a que cesara la lluvia.

—No muy lejos para el cuervo que vuela —respondió el Liddle, si es que lo era—. Más lejos para los que de alas carecen.

—Si hubiéramos ido por el camino Real... —empezó Bran.

—Ya estaríamos en el Muro —terminó Meera al unísono con él.

El Liddle sacó una navaja y empezó a tallar una ramita.

—Cuando un Stark había en Invernalia, una virgen podía ir por el camino Real con su vestido del día del nombre sin que nadie la molestara. Encontraban los viajeros fuego, pan y sal en muchas posadas y fortalezas. Pero más frías son ahora las noches, y las puertas cerradas están. Hay calamares en el Bosque de

los Lobos, y en el camino Real hombres desollados preguntan por forasteros.

Los Reed se miraron.

—¿Hombres desollados? —inquirió Jojen.

—Los muchachos del Bastardo, así es. Estaba muerto, pero ya no. Y pagan plata mucha por pieles de lobo, ha oído uno, y tal vez oro a cambio de noticias de cierto muerto que camina. —Al decir aquello miró a Bran y a *Verano*, que estaba tendido junto a él—. Y en cuanto al Muro —siguió—, no es lugar al que uno querría ir. El Viejo Oso fue con la Guardia a los bosques encantados, pero sólo volvieron los cuervos, y sólo uno llevaba un mensaje. «Alas negras, palabras negras», mi madre solía decir, pero me parecen más negras cuando los pájaros vuelan en silencio. —Hurgó en la hoguera con el palito—. Cuando había un Stark en Invernalia, era diferente. Pero el viejo lobo ha muerto, el joven se ha marchado al sur para jugar al juego de tronos, y sólo nos han quedado los fantasmas.

—Los lobos regresarán —dijo Jojen con solemnidad.

—¿Cómo tú lo puedes saber, muchacho?

—Lo he soñado.

—Algunas noches sueño con la madre que hace nueve años enterré —dijo el hombre—, pero cuando despierto, no ha vuelto con nosotros.

—Hay sueños y sueños, mi señor.

—Hodor —dijo Hodor.

Pasaron juntos aquella noche, porque la lluvia no empezó a ceder hasta que hubo anochecido, y el único que mostró deseos de querer salir de la cueva fue *Verano*. Cuando el fuego se hubo reducido a brasas, Bran le permitió marcharse. Al huargo no le molestaba la humedad como a las personas, y la noche lo estaba llamando. La luz de la luna trazaba pinceladas de plata en el bosque empapado y teñía de blanco las cumbres grises. En la oscuridad, los búhos ululaban y volaban silenciosos entre los pinos, mientras las cabras blanquecinas se movían por las laderas de las montañas. Bran cerró los ojos y se entregó al sueño de lobo, a los olores y sonidos de la medianoche.

A la mañana siguiente, cuando despertaron, el fuego se había extinguido. El Liddle ya no estaba, pero les había dejado una morcilla y una docena de tortas de avena bien envueltas en un paño blanco y verde. Unas tortas tenían piñones, y otras, zarzamoras. Bran se comió una de cada, y no habría sabido decir cuál le gustó más. Se dijo que algún día volvería a haber Starks en Invernalia, y entonces enviaría a buscar a los Liddle y les pagaría con creces cada piñón y cada mora.

Aquel día fueron por un sendero un poco más accesible, y a mediodía, el sol se asomó entre las nubes. Bran iba en la cesta que Hodor cargaba y se sentía casi feliz. Echó una cabezada, adormecido por el vaivén del paso del gigantesco mozo de cuadras y el suave canturreo con que solía acompañar las caminatas. Meera le tocó el brazo para despertarlo.

—Mira —dijo al tiempo que señalaba hacia el cielo con la fisga—, un águila.

Bran alzó la cabeza y la vio, con las alas grises extendidas, inmóvil, flotando en el viento. La siguió con la vista a medida que trazaba círculos, cada vez a más altura, y se preguntó qué se sentiría al sobrevolar el mundo con tanta facilidad.

«Debe de ser aún mejor que trepar. —Trató de llegar hasta el águila, de salirse de aquella porquería de cuerpo tullido y elevarse hacia el cielo para unirse a ella, igual que se había unido con *Verano*—. Los verdevidentes podían hacerlo. Yo también tendría que ser capaz.» Lo intentó una y otra vez hasta que el águila desapareció en la neblina dorada del atardecer.

—Se ha ido —dijo, decepcionado.

—Ya veremos más —lo consoló Meera—. Viven ahí arriba.

—Claro.

—Hodor —dijo Hodor.

—Hodor —asintió Bran.

—Me parece que a Hodor le gusta cuando dices su nombre. —Jojen dio una patada a una piña.

—En realidad no se llama Hodor —explicó Bran—. No es más que una palabra que dice siempre. Su verdadero nombre es Walder; me lo contó la Vieja Tata. Era su tatarabuela o algo así. —Al pensar en la Vieja Tata se puso triste—. ¿Crees que los hombres del hierro la mataron? —No habían visto su cadáver en Invernalia. Bien pensado, no recordaba haber visto a ninguna mujer muerta—. Ella nunca le hizo daño a nadie, ni siquiera a Theon. No hacía más que contar cuentos. Theon no le haría daño a alguien así, ¿verdad?

—Hay gente que hace daño a los demás sólo porque puede —dijo Jojen.

—Y el culpable de la matanza de Invernalia no fue Theon —señaló Meera—. Había demasiados hombres del hierro muertos. —Se pasó la fisga a la otra mano—. Recuerda los cuentos de la Vieja Tata, Bran. Recuerda cómo los contaba y el sonido de su voz. Mientras los recuerdes, parte de ella vivirá siempre en ti.

—Los recordaré —prometió.

Siguieron el ascenso sin hablar durante un rato por un intrincado sendero de animales que discurría entre dos picachos rocosos. Unos pinos soldado esqueléticos se aferraban a las laderas en torno a ellos. A lo lejos, Bran alcanzaba a distinguir el brillo gélido de un arroyo que se precipitaba por una ladera. No tardó en darse cuenta de que estaba concentrado en el sonido de la respiración de Jojen, y en el crujido de la pinocha bajo los pies de Hodor.

—¿Os sabéis alguna historia? —preguntó de repente a los Reed.

—Pues unas cuantas —dijo Meera entre risas.

—Unas cuantas —reconoció su hermano.

—Hodor —dijo Hodor canturreando.

—Pues podríais contar una —pidió Bran—. Mientras caminamos. A Hodor le gustan las historias de caballeros. Y a mí también.

—En el Cuello no hay caballeros —dijo Jojen.

—Quieres decir por encima del nivel del agua —lo corrigió su hermana—. En cambio, las ciénagas están llenas de caballeros muertos.

—Es verdad —dijo Jojen—. Ándalos y hombres del hierro, Freys y otros idiotas, todos ellos guerreros orgullosos que intentaron conquistar Aguasgrises. Ninguno encontró lo que buscaba. Entraron en el Cuello, pero no salieron. Y unos tarde y otros temprano, se metieron en las ciénagas, se hundieron bajo el peso de tanto acero y se ahogaron dentro de sus armaduras.

Al pensar en caballeros ahogados, que seguían bajo el agua, Bran sintió un escalofrío. Pero no protestó; le gustaban los escalofríos.

—Hubo una vez un caballero en el año de la falsa primavera —dijo Meera—. Lo llamaban el Caballero del Árbol Sonriente. Es posible que fuera un lacustre.

—O tal vez no. —El rostro de Jojen estaba oculto entre sombras verdes—. El príncipe Bran habrá oído esa historia mil veces, estoy seguro.

—No —dijo Bran—. No la conozco. Y aunque me la supiera, no importa. A veces, la Vieja Tata nos contaba la misma historia dos veces, pero si era buena, no nos importaba. Nos decía siempre que las historias viejas son como los viejos amigos, hay que visitarlas de cuando en cuando.

—Es verdad. —Meera caminaba con el escudo a la espalda, y a veces apartaba una rama del camino con la fisga. Justo cuando Bran pensaba que no iba a contarle la historia, empezó a hablar de nuevo—. Había una vez un muchacho extraño que vivía en el Cuello. Era menudo, como todos los lacustres, pero también valiente, astuto y fuerte. Creció cazando, pescando y trepando a los árboles, y aprendió toda la magia de mi pueblo.

—¿Tenía sueños verdes, igual que Jojen? —Bran estaba casi seguro de que no conocía aquella historia.

—No —respondió Meera—, pero era capaz de respirar lodo y correr sobre las hojas, y convertía la tierra en agua y el agua en tierra con tan sólo susurrar una palabra. Sabía hablar con los árboles, tejer palabras y hacer que los castillos aparecieran y desaparecieran.

—Ojalá yo también pudiera —dijo Bran, quejumbroso—. ¿Cuándo llega lo de que conoce al Caballero del Árbol?

—Pronto —contestó Meera con una mueca—, si cierto príncipe tiene la amabilidad de callarse.

—Sólo era una pregunta.

—El chico dominaba la magia de los lacustres —siguió—, pero aún quería más. La gente de nuestro pueblo rara vez se aventura lejos de casa, ¿sabes? Somos menudos; a algunos, nuestras costumbres les parecen excéntricas, y los grandes no siempre nos tratan bien. Pero este chico era más atrevido que la mayoría, y un día, cuando ya se había convertido en hombre, decidió que abandonaría los pantanos para ir a visitar la Isla de los Rostros.

—Nadie visita la Isla de los Rostros —objetó Bran—. Allí es donde viven los hombres verdes.

—Precisamente a los hombres verdes quería conocer. De manera que se vistió con una camisa con escamas de bronce, igual que la mía, cogió un escudo de piel y un tridente, como el mío, y remó Forca Verde abajo en un pequeño bote de piel.

Bran cerró los ojos y trató de imaginarse al hombre en el pequeño bote. En su imaginación, el lacustre tenía la misma apariencia que Jojen, aunque más alto y más fuerte, y estaba vestido igual que Meera.

—Pasó entre Los Gemelos de noche, para que los Frey no lo atacaran, y cuando llegó al Tridente, salió del río, se puso el bote en la cabeza y echó a andar. Tardó muchos días, pero por fin llegó al Ojo de Dioses, echó el bote al agua y remó hacia la Isla de los Rostros.

—¿Llegó a encontrar a los hombres verdes?

—Sí —respondió Meera—, pero ésa es otra historia y no me corresponde a mí contarla. Mi príncipe quería oír cuentos de caballeros.

—Los hombres verdes también están bien.

—Cierto —asintió ella, pero no los volvió a mencionar—. El lacustre se quedó en la isla todo aquel invierno, pero cuando llegó la primavera, oyó la llamada del ancho mundo y supo que había llegado el momento de partir. Su bote de piel estaba donde lo había dejado, de modo que se despidió y remó hacia la orilla. Remó, remó y remó, y al final divisó las torres lejanas de un castillo que se alzaba junto al lago. Las torres parecían más altas cuanto más se acercaba a la orilla, hasta que comprendió que debía de ser el castillo más grande del mundo.

—¡Harrenhal! —adivinó Bran al instante—. ¡Era Harrenhal!

—¿Tú crees? —preguntó Meera sonriendo—. Al pie de sus murallas vio carpas de muchos colores, estandartes que ondeaban al viento y caballeros con sus armaduras a lomos de caballos también protegidos. Le llegó el olor de la carne asada, y oyó el sonido de risas y el de las trompetas de los heraldos. Estaba a punto de empezar un gran torneo, y allí se habían reunido campeones de todo el mundo para enfrentarse en la liza. Estaba el Rey en persona y su hijo, el príncipe dragón. Los Espadas Blancas se habían reunido para dar la bienvenida a sus filas a un nuevo hermano. Allí estaban el señor de la tormenta y el señor de la rosa. El gran león de la roca había discutido con el Rey y no acudió, pero sí lo hicieron muchos de sus vasallos y caballeros. El lacustre no había visto jamás tanta magnificencia, y sabía que tal vez no volvería a verla. Una parte de él no deseaba otra cosa que participar de ella.

Bran conocía perfectamente aquel sentimiento. Cuando era pequeño, su único sueño era convertirse en caballero. Pero aquello había sido antes de que se cayera y perdiera el uso de las piernas.

—La hija del gran castillo era la reina del amor y la belleza cuando comenzó el torneo. Cinco caballeros habían jurado defender su corona: sus cuatro hermanos de Harrenhal y su famoso tío, un caballero blanco de la Guardia Real.

—¿Era una doncella hermosa?

—Sin duda —respondió Meera al tiempo que saltaba una piedra—, pero también las había más bellas. Una de ellas era la esposa del príncipe dragón, que había acudido acompañada de al menos diez doncellas para que atendieran sus necesidades. Todos los caballeros les suplicaban alguna prenda que atar a su lanza.

—No será una de esas historias de amor, ¿verdad? —preguntó Bran con desconfianza—. Es que a Hodor no le gustan.

—Hodor —asintió Hodor.

—Le gustan las historias en las que los caballeros luchan contra monstruos...

—A veces los caballeros son los monstruos, Bran. El pequeño lacustre iba por el prado, no hacía más que disfrutar del cálido día primaveral sin ofender a nadie, cuando de repente, tres escuderos se acercaron a él. Ninguno de ellos pasaba de los quince años, pero aun así eran más altos que él, los tres. Consideraban que aquel mundo les pertenecía y que él no tenía derecho a estar allí. Le quitaron la lanza y lo derribaron a puñetazos, mientras lo insultaban y lo llamaban comerranas.

—¿Eran los Walders? —Aquello parecía propio del Walder Frey *el Pequeño*.

—No dijeron sus nombres, pero el lacustre se grabó sus rostros para poder vengarse de ellos. Cada vez que intentaba levantarse, lo derribaban de nuevo, y mientras estaba en el suelo le daban patadas. Pero, entonces, oyeron un rugido.

»—Estáis atacando a un hombre de mi padre —aulló la loba.

—¿Una loba de cuatro patas o de dos?

—De dos —dijo Meera—. La loba atacó a los escuderos con una espada de torneo y los puso en fuga. El lacustre estaba magullado y ensangrentado, de modo que se lo llevó a su madriguera para limpiarle las heridas y vendárselas con lino. Allí conoció a sus hermanos de manada: el lobo salvaje que era su líder, el lobo silencioso que estaba a su lado y el cachorro, que era el más joven de los cuatro.

»Aquella tarde iba a haber un banquete en Harrenhal para celebrar el comienzo del torneo, y la loba insistió en que el joven asistiera. Era de noble cuna; tenía tanto derecho como cualquiera a ocupar un lugar en los bancos. No era fácil decir que no a aquella doncella lobo, así que accedió a que el cachorro le buscara un atuendo digno del festín de un rey y acudió al gran castillo.

»Bajo el techo de Harren comió y bebió con los lobos, y también con muchas de sus espadas juramentadas: hombres del túmulo, del alce, del oso y del tritón. El príncipe dragón cantó una canción tan triste que hizo sollozar a la doncella lobo, pero cuando su hermano más joven se rió de ella porque lloraba, le derramó vino por la cabeza. Un hermano negro tomó la palabra para pedir a los caballeros que se unieran a la Guardia de la Noche. El señor de la tormenta derrotó al caballero de los cráneos y los besos en un duelo de copas de vino. El lacustre vio a una doncella de ojos violetas y sonrientes que bailó con un espada

blanca, con un serpiente roja, con el señor de los grifos y por último con el lobo silencioso... Pero sólo después de que el lobo salvaje se lo pidiera en nombre de su hermano, demasiado tímido para alejarse del banco.

»En medio de tanta alegría, el menudo lacustre divisó a los tres escuderos que lo habían golpeado. Uno servía a un caballero con una horquilla; otro, a uno con un puercoespín, y el último, a un caballero con dos torreones en el jubón, un blasón que los lacustres conocen bien.

—Los Frey —dijo Bran—. Los Frey del Cruce.

—Los mismos —asintió Meera—. La doncella lobo también los vio, y se los señaló a sus hermanos.

»—Te puedo conseguir un caballo y una armadura que te quede bien —le ofreció el cachorro.

»El lacustre le dio las gracias, pero no respondió. Tenía el corazón desgarrado. Los lacustres son más menudos que la mayor parte de los hombres, pero igual de orgullosos que cualquiera. El joven no era caballero, igual que no lo era nadie de su pueblo. Nosotros vamos en bote más a menudo que a caballo, y nuestras manos están acostumbradas a empuñar remos, no lanzas. Por mucho que deseara vengarse, temía que sólo conseguiría ponerse en ridículo y avergonzar a su pueblo. El lobo silencioso había ofrecido al menudo lacustre un lugar en su tienda para pasar aquella noche, pero antes de irse a dormir, se arrodilló en la orilla del lago, miró hacia donde debía de estar la Isla de los Rostros y rezó una plegaria a los antiguos dioses del norte y del Cuello...

—¿Tu padre no te contó esta historia? —preguntó Jojen.

—La que nos contaba las historias era la Vieja Tata. Venga, Meera, sigue, no te puedes parar ahora.

—Hodor —dijo Hodor, que debía de pensar lo mismo—. Hodor, Hodor, Hodor, Hodor...

—Bueno —dijo Meera—, si quieres que te cuente el final...

—Sí. Por favor.

—Había cinco días de justas previstos —siguió—. Hubo un gran combate cuerpo a cuerpo de siete bandos, competiciones de tiro con arco y de lanzamiento de hacha, una carrera de caballos y un torneo de bardos...

—Déjate de eso. —Bran se retorcía de impaciencia en la cesta cargada a las espaldas de Hodor—. Cuéntame lo de las justas.

—Como ordene mi príncipe. La hija del castillo partía como reina del amor y la belleza, y defendían su título cuatro hermanos y un tío, pero los cuatro hijos de Harrenhal cayeron derrotados el primer día. Sus vencedores tuvieron un breve reinado como campeones, hasta que fueron derrotados a su vez. Al final de aquel primer día, el caballero del puercoespín ganó un lugar entre los campeones, igual que les sucedió al caballero de la horquilla y al de los dos torreones el segundo día. Pero al final de aquel segundo día, cuando las sombras ya se alargaban, un caballero misterioso apareció en las lizas.

Bran asintió, lo entendía muy bien. Los caballeros misteriosos solían

aparecer en los torneos con yelmos que les ocultaban el rostro y escudos en los que no aparecía blasón alguno, o bien el blasón era desconocido y extraño. A veces eran campeones famosos disfrazados. El Caballero Dragón ganó un torneo haciéndose pasar por un tal Caballero de las Lágrimas para poder nombrar reina del amor y la belleza a su hermana, quitándole el título a la amante del Rey. Y Barristan *el Bravo* lució en dos ocasiones la armadura de caballero misterioso, la primera cuando sólo tenía diez años.

—Era el pequeño lacustre, seguro.

—Eso no lo sabía nadie —dijo Meera—, pero el caballero misterioso era de corta estatura, y su armadura estaba hecha con piezas de diversa procedencia. El blasón que lucía era un árbol corazón de los antiguos dioses, un arciano blanco con un rostro rojo sonriente.

—A lo mejor venía de la Isla de los Rostros —dijo Bran—. ¿Era verde? —En las historias de la Vieja Tata, los guardianes tenían la piel color verde oscuro, y hojas en vez de pelo. A veces también tenían astas, pero Bran no creía que un caballero misterioso con astas pudiera ponerse yelmo—. Seguro que lo enviaron los antiguos dioses.

—Es posible. El caballero misterioso inclinó su lanza ante el Rey y cabalgó hacia el final de las lizas, donde estaban los pabellones de los cinco campeones. Ya sabes a cuáles desafió, a tres.

—El caballero del puercoespín, el caballero de la horquilla y el caballero de los torreones gemelos. —Bran sabía suficientes historias para imaginárselo—. Era el pequeño lacustre, os lo había dicho.

—Fuera quien fuera, los antiguos dioses dieron fuerza a su brazo. El caballero del puercoespín fue el primero en caer; luego cayó el caballero de la horquilla y, por último, el caballero de los dos torreones. Ninguno era muy popular, así que la gente animó con entusiasmo al Caballero del Árbol Sonriente, como pronto se dio en llamar al nuevo campeón. Cuando sus enemigos caídos quisieron pagar rescate por caballos y armaduras, el Caballero del Árbol Sonriente les habló con una voz que retumbaba en el interior de su yelmo:

»—Enseñad honor a vuestros escuderos, es todo el rescate que preciso.

»Cuando los caballeros derrotados castigaron con firmeza a los escuderos, tanto caballos como armaduras les fueron devueltos. Y así fue cómo recibió respuesta la plegaria del menudo lacustre. ¿Quién la respondió? ¿Los hombres verdes, los antiguos dioses o los hijos del bosque? No se sabe.

Tras meditar un instante, Bran decidió que era una buena historia.

—¿Y qué pasó después? ¿El Caballero del Árbol Sonriente ganó el torneo y se casó con una princesa?

—No —dijo Meera—. Esa noche, en el gran castillo, tanto el señor de la tormenta como el caballero de los cráneos y los besos juraron que lo desenmascararían, y el propio Rey pidió que lo desafiaran, porque el rostro que se ocultaba tras el yelmo no era el de un amigo. Pero, a la mañana siguiente,

cuando sonaron las trompetas de los heraldos y el Rey ocupó su trono, sólo se presentaron dos campeones. El Caballero del Árbol Sonriente había desaparecido. El Rey se enfureció; llegó incluso a enviar a su hijo, el príncipe dragón, en su búsqueda, pero lo único que encontraron fue su escudo colgado de un árbol. Al final, quien ganó el torneo fue el príncipe.

—Vaya. —Bran pensó un rato en la historia—. Ha estado bien. Pero tendrían que haber sido los tres caballeros malos los que le dieran la paliza, no sus escuderos. Así, el pequeño lacustre los podría haber matado a todos. Lo de los rescates es una tontería. Y el caballero misterioso tendría que haber ganado el torneo derrotando a todos los que lo desafiaran, para nombrar reina del amor y la belleza a la doncella lobo.

—La nombraron —dijo Meera—, pero esa historia es más triste.

—¿Seguro que no la habías oído, Bran? —preguntó Jojen—. ¿Tu señor padre no te la contó nunca?

Bran hizo un gesto de negación. Para entonces, el día tocaba a su fin, y las sombras alargadas reptaban por las laderas de las montañas para introducir dedos oscuros entre los pinos.

«Si el pequeño lacustre pudo visitar la Isla de los Rostros, tal vez yo también pueda. —En todas las historias se decía que los hombres verdes tenían extraños poderes mágicos. Tal vez pudieran hacer que caminara de nuevo; quizá hasta pudieran convertirlo en caballero—. Convirtieron en caballero al pequeño lacustre, aunque sólo fuera por un día —pensó—. Con un día bastaría.»

DAVOS

No era normal que una celda fuera tan cálida.

Oscuridad no le faltaba; la parpadeante luz anaranjada que penetraba por los viejos barrotes de hierro procedía de una antorcha situada en una argolla de la pared, pero la mitad posterior de la celda quedaba inmersa en la oscuridad. Por supuesto, era húmeda, como cabía esperar en una isla como Rocadragón, donde el mar nunca estaba lejos. Y había ratas, tantas como en cualquier mazmorra y de propina unas pocas más.

Pero Davos no podía quejarse de frío. En los pasadizos de piedra que formaban una trama bajo la mole de Rocadragón siempre hacía calor y, según había oído siempre Davos, el calor iba a más a medida que se descendía. Calculó que se encontraba muy por debajo del castillo; notaba la pared de su celda caliente cuando apretaba la palma de la mano contra ella. Tal vez las antiguas historias fueran ciertas, y habían edificado Rocadragón con piedras infernales.

Cuando llegó a la celda estaba muy enfermo. La tos que lo había acosado desde la batalla no había hecho más que empeorar, y la fiebre no le bajaba. Los labios se le llenaron de ampollas sanguinolentas, y ni el calor de la celda conseguía que dejara de tiritar.

«No voy a durar mucho —recordaba haber pensado—. Pronto moriré aquí, en la oscuridad.»

Davos no tardó en descubrir que en ese punto, como en tantos otros, estaba equivocado. Recordaba vagamente unas manos afables y una voz firme, y al joven maestre Pylos mirándolo desde arriba. Le dieron para beber sopa de ajo, y leche de la amapola para que se le quitaran los dolores y los escalofríos. La amapola lo hizo dormir, y mientras dormía lo sangraron para sacarle la sangre podrida. Al menos, fue lo que dedujo al verse las marcas de sanguijuelas en los brazos al despertar. No pasó mucho tiempo antes de que cesara la tos, desaparecieran las ampollas y le empezaran a dar el caldo con trozos de pescado, zanahoria y cebolla. Un buen día se dio cuenta de que se sentía tan fuerte como antes de que la *Betha Negra* se hiciera pedazos bajo sus pies y lo lanzara al río.

Dos carceleros se ocupaban de él. Uno era bajo y fornido, de hombros anchos y manos enormes y fuertes. Vestía una brigantina de cuero tachonada de hierro, y una vez al día le llevaba a Davos un cuenco de gachas de avena. A veces lo endulzaba con miel o le añadía un poco de leche. El otro carcelero era más viejo, encorvado y cetrino, con el pelo sucio grasiento y la piel llena de bultos. Llevaba un jubón de terciopelo blanco con un anillo de estrellas bordado

en el pecho en hilo de oro. Le sentaba mal; era demasiado corto y a la vez demasiado ancho, por no mencionar que estaba sucio y lleno de rotos. Le llevaba a Davos platos de carne con puré o guiso de pescado, y en cierta ocasión, hasta media empanada de lamprea. La lamprea estaba tan grasienta que no la pudo retener en el estómago, pero sabía que era un auténtico manjar para un prisionero encerrado en una mazmorra.

Allí no llegaba la luz del sol ni de la luna; ninguna ventana perforaba los gruesos muros de piedra. Sus carceleros eran la única manera que tenía de distinguir el día de la noche. Ninguno de los dos le hablaba, aunque sabía que no eran mudos porque a veces los había oído intercambiar unas cuantas palabras bruscas durante el cambio de guardia. Ni siquiera le habían dicho sus nombres, de manera que les puso los que mejor le parecieron. Al bajo y fuerte lo llamaba Gachas; al encorvado y cetrino, Lamprea, por la empanada. Llevaba la cuenta de los días por las comidas que le daban y por el cambio de antorchas de la pared que había fuera de su celda.

En la oscuridad, la soledad pesa sobre los hombres, que anhelan oír el sonido de una voz humana. Davos hablaba a los carceleros siempre que entraban en su celda, ya fuera para llevarle comida o para cambiarle el cubo de los excrementos. Sabía que no atenderían ninguna súplica de libertad o de clemencia, así que les hacía preguntas con la esperanza de obtener una respuesta algún día. «¿Qué noticias hay de la guerra?», les preguntaba, o «¿Se encuentra bien el Rey?». Indagó acerca de su hijo Devan, sobre la princesa Shireen y sobre Salladhor Saan. Les preguntaba: «¿Qué tiempo hace? ¿Han empezado ya las tormentas otoñales? ¿Todavía hay barcos navegando por el mar Angosto?».

Preguntara lo que preguntara, no importaba, porque no le respondían, aunque de vez en cuando Gachas lo miraba y, durante un instante, a Davos le parecía que estaba a punto de hablar. Lamprea ni siquiera llegaba a tanto.

«Para él no soy una persona —pensó Davos—, sólo una piedra que come, caga y habla.» Tras un tiempo decidió que Gachas le gustaba mucho más. Al menos parecía darse cuenta de que estaba vivo, y a su manera era bondadoso. Davos tenía la sospecha de que echaba de comer a las ratas, y por eso había tantas. En cierta ocasión le pareció oír al carcelero hablando con ellas como si fueran niños, pero tal vez no había sido más que un sueño.

«No tienen intención de dejarme morir —comprendió—. Me mantienen vivo con algún propósito que desconozco. —No quería ni imaginar cuál podría ser. Lord Sunglass había estado confinado en aquellas mismas mazmorras, debajo de Rocadragón, durante un tiempo, al igual que los hijos de Ser Hubard Rambton. Todos habían acabado en la pira—. Me debería haber tirado al mar —pensó Davos mientras contemplaba la antorcha, al otro lado de los barrotes—. O dejar que la vela pasara de largo y morir en mi roca. Habría preferido ser pasto de los cangrejos que de las llamas.»

Una noche, justo cuando terminaba de cenar, Davos sintió que una extraña

calidez lo bañaba de repente. Alzó la vista para mirar al otro lado de los barrotes, y allí estaba ella, con sus deslumbrantes ropajes escarlata, el gran rubí al cuello y los ojos tan brillantes como la luz de la antorcha que la iluminaba.

—Melisandre —dijo con una calma que estaba lejos de sentir.

—Caballero de la Cebolla —respondió ella con idéntica tranquilidad, como si se hubieran encontrado en una escalera o en el patio y se estuvieran saludando con toda educación—. ¿Os encontráis bien?

—Mejor de lo que estaba.

—¿Necesitáis algo?

—A mi rey. A mi hijo. Los necesito a ellos. —Apartó el cuenco a un lado y se levantó—. ¿Habéis venido a quemarme?

—Este lugar es espantoso, ¿verdad? —Sus extraños ojos rojos lo estudiaron entre los barrotes—. Tan oscuro, tan hediondo... Aquí no luce el sol bondadoso ni llega el brillo de la luna. —Alzó la mano para señalar la antorcha de la pared—. Eso es todo lo que se interpone entre la oscuridad y vos, Caballero de la Cebolla. Ese poquito de fuego, ese regalo de R'hllor. ¿Lo apago?

—No. —Se acercó a los barrotes—. No, por favor. —No lo soportaría; no resistiría quedarse a solas en la oscuridad absoluta, sin más compañía que la de las ratas. Los labios de la mujer roja se curvaron en una sonrisa.

—Vaya, parece que al final habéis llegado a amar el fuego.

—Necesito la antorcha. —Abrió y cerró las manos. «No voy a suplicar. Eso, nunca.»

—Yo soy como esta antorcha, Ser Davos. Ella y yo somos instrumentos de R'hllor. Existimos con un único objetivo: mantener a raya la oscuridad. ¿Creéis lo que os digo?

—No. —Quizá debería haber mentido y responder lo que ella quería oír, pero Davos estaba demasiado acostumbrado a decir la verdad—. Sois la madre de la oscuridad. Lo vi bajo Bastión de Tormentas; paristeis ante mis ojos.

—¿Acaso el valiente Ser Cebolla tiene miedo de una sombra pasajera? No temáis. Las sombras sólo se pueden crear con la luz, y el fuego del Rey apenas es una llama vacilante. No me atrevería a quitarle más luz para hacerle otro hijo. Eso lo podría matar. —Melisandre se acercó más—. En cambio, con otro hombre... un hombre cuyas llamas todavía ardieran vivas, calientes... Si de verdad queréis servir a la causa del Rey, acudid a mis habitaciones una noche. Os proporcionaría un placer como no habéis conocido jamás, y con vuestro fuego haría...

—Algo espantoso. —Davos se apartó de ella—. No quiero tener nada que ver con vos, mi señora, ni tampoco con vuestro dios. Que los Siete me protejan.

—No pudieron proteger a Guncer Sunglass —dijo Melisandre, dejando escapar un suspiro—. Rezaba tres veces al día y en su escudo llevaba siete estrellas de siete puntas, pero cuando R'hllor extendió la mano, sus plegarias se transformaron en gritos, y ardió. ¿Por qué os aferráis a esos falsos dioses?

—Los he adorado toda mi vida.

—¿Toda vuestra vida, Davos Seaworth? Se podría decir que ya son cosa del pasado. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Nunca habéis tenido miedo de decirle la verdad a un rey; ¿por qué a vos mismo os mentís? Abrid los ojos, ser caballero.

—¿Qué queréis que vea?

—Cómo está hecho el mundo. La verdad está a vuestro alrededor, es evidente para cualquiera. La noche es oscura y alberga cosas aterradoras, y el día es luminoso, bello y esperanzador. La una es negra; el otro, blanco. Hay hielo y también hay fuego. Odio y amor. Amargura y dulzura. Masculino y femenino. Dolor y placer. Invierno y verano. Mal y bien. —Dio un paso hacia él—. Muerte y vida. Miréis hacia donde miréis, opuestos. Miréis hacia donde miréis, la guerra.

—¿La guerra? —preguntó Davos.

—La guerra —afirmó ella—. Hay dos, Caballero de la Cebolla. Ni siete, ni uno, ni cien ni un millar. ¡Dos! ¿O creéis que he cruzado medio mundo para poner a otro rey soberbio en otro trono vacío? La guerra se lleva disputando desde el principio de los tiempos, y antes de que acabe, cada hombre tendrá que elegir en qué bando está. Uno es el de R'hllor, el Señor de la Luz, el Corazón de Fuego, el Dios de la Llama y de la Sombra. Contra él se alza el Otro Grande cuyo nombre no debe pronunciarse, el Señor de la Oscuridad, el Alma de Hielo, el Dios de la Noche y del Terror. No se trata de decidir entre Baratheon y Lannister, entre Greyjoy y Stark... Elegimos la muerte o la vida. La oscuridad o la luz. —Agarró los barrotes de la celda con las largas manos blancas. El enorme rubí de su garganta parecía palpitar e irradiar una luz propia—. Así que decidme, Ser Davos Seaworth, y sed sincero conmigo... ¿Arde vuestro corazón con la luz brillante de R'hllor? ¿O es negro y frío, y está lleno de gusanos? —Metió la mano entre los barrotes y le puso tres dedos en el pecho como si pudiera palpar la verdad a través del cuero, la lana y la carne.

—Mi corazón —respondió Davos claramente pero con lentitud— está lleno de dudas.

—Ay, Davos. —Melisandre suspiró—. El buen caballero es sincero hasta el final, incluso en su día más aciago. Habéis hecho bien en no mentirme. Lo habría sabido. Los siervos del Otro a menudo envuelven sus corazones negros en una luz alegre, de manera que R'hllor les da a sus sacerdotes el poder de ver a través de las mentiras. —Se alejó un paso de la celda—. ¿Por qué queríais matarme?

—Os lo diré si vos me decís quién me traicionó —replicó Davos. Sólo podía haber sido Salladhor Saan, pero seguía rezando para que no fuera así.

—Nadie os traicionó, Caballero de la Cebolla. —La mujer roja se echó a reír—. Vi vuestra intención en mis llamas.

«Las llamas.»

—Si de verdad podéis ver el futuro en esas llamas, ¿cómo es que ardimos en el Aguasnegras? Entregasteis a mis hijos al fuego... Mis hijos, mi barco, mis

hombres, todos ardieron...

—Me juzgáis mal, Caballero de la Cebolla —dijo Melisandre sacudiendo la cabeza—. Aquellas llamas no eran mías. Si hubiera estado con vosotros, la batalla habría terminado de una manera muy diferente. Pero Su Alteza estaba rodeado de incrédulos, y su orgullo pudo más que su fe. Recibió un castigo terrible, pero ha aprendido de su error.

«¿Eso fueron mis hijos, una lección para un rey, nada más?» A Davos se le tensaron los labios.

—Ahora es de noche en vuestros Siete Reinos —siguió la mujer roja—, pero el sol no tardará en salir de nuevo. La guerra continúa, Davos Seaworth, y algunos no tardarán en aprender que una brasa entre las cenizas aún puede prender un gran incendio. El viejo maestre miraba a Stannis y veía a un hombre. Vos veis a un rey. Ambos estáis en un error. Es el elegido del Señor, el guerrero de fuego. Lo he visto encabezando la lucha contra la oscuridad; lo he visto en las llamas. Las llamas no mienten; de lo contrario, vos no estaríais donde estáis. También está escrito en la profecía. Cuando la estrella roja sangre y reine la oscuridad, Azor Ahai volverá a nacer entre el humo y la sal para despertar a los dragones de la piedra. La estrella sangrante llegó y se marchó, y Rocadragón es el lugar del humo y la sal. ¡Stannis Baratheon es la reencarnación de Azor Ahai! —Los ojos rojos le brillaban como dos hogueras y parecían escudriñar lo más profundo de su alma—. No me creéis. Incluso ahora dudáis de la verdad de R'hllor... Aun así, le habéis servido y le volveréis a servir. Os dejo para que meditéis sobre lo que os he dicho. Y dado que R'hllor es la fuente de todo bien, os dejo también la antorcha.

Con una sonrisa y un remolino de tela escarlata, se dio la vuelta y se alejó. Su perfume permaneció en el aire. La luz de la antorcha, también. Davos se sentó en el suelo de la celda y se rodeó las rodillas con los brazos. Lo bañaba la cambiante luz de la antorcha. Una vez se dejaron de oír las pisadas de Melisandre, no quedó otro sonido que el de las ratas al corretear.

«Hielo y fuego. Negro y blanco. Oscuridad y luz —pensó. Davos no podía negar el poder del dios de la mujer. Había visto la sombra que salió reptando del vientre de Melisandre, y la sacerdotisa sabía cosas que no tenía manera de saber—. Vio mis intenciones en las llamas. —Se alegraba de estar seguro de que Salla no lo había vendido, pero la mera idea de la mujer roja escudriñando sus secretos en el fuego lo intranquilizaba muchísimo—. ¿Y qué dijo de que ya había servido a su dios y volvería a servirle?» Eso tampoco le gustaba en absoluto.

Alzó los ojos para contemplar la antorcha. La miró bastante rato sin parpadear y observó cómo cambiaban y tremolaban las llamas. Trató de ver más allá de ellas, de traspasar la cortina de fuego y vislumbrar lo que se ocultaba detrás... pero allí no había nada, sólo fuego, y al cabo de un rato, los ojos le empezaron a llorar.

Cansado y sin ver a ningún dios, Davos se acurrucó en la paja y se dejó

llevar por el sueño.

Tres días más tarde, o más bien cuando Gachas había estado allí tres veces y Lamprea dos, Davos oyó voces fuera de su celda. Se incorporó al instante, con la espalda contra la pared de piedra, y oyó ruido de pelea. Aquello era nuevo, una novedad en su mundo sin cambios. El sonido procedía de la izquierda, donde las escaleras llevaban hacia la luz del día. Oyó una voz de hombre que suplicaba y gritaba.

—¡Es una locura! —decía cuando lo vio; lo arrastraban entre dos guardias con el emblema del corazón llameante en el pecho. Gachas iba delante de ellos con un aro de llaves, y Ser Axell Florent caminaba detrás—. Axell —decía el prisionero desesperado—, por el amor que me profesas, ¡suéltame! No me puedes hacer esto, no soy ningún traidor. —Era un hombre mayor, alto y esbelto, con el pelo plateado, barba puntiaguda y un rostro alargado y elegante retorcido en una expresión de miedo—. ¿Dónde está Selyse? ¿Dónde está la Reina? ¡Exijo verla! ¡Los Otros os lleven a todos! ¡Soltadme!

Los guardias no prestaron atención a sus gritos.

—¿Aquí? —preguntó Gachas delante de la celda.

Davos se puso en pie. Durante un momento se le pasó por la cabeza la posibilidad de salir corriendo cuando abrieran la puerta, pero era una locura. Eran demasiados, los guardias llevaban espadas y Gachas era fuerte como un toro.

Ser Axell hizo un gesto de asentimiento.

—Que los traidores disfruten de su mutua compañía.

—¡No soy ningún traidor! —chilló el prisionero mientras Gachas abría la puerta.

Aunque su ropa era sencilla, un jubón de lana gris y calzones negros, su manera de hablar denotaba que era de noble cuna.

«Aquí eso no le va a servir de nada», pensó Davos.

Gachas empujó la puerta de barrotes; Ser Axell hizo un gesto con la cabeza, y los guardias empujaron adentro al prisionero. El hombre se tambaleó, y habría caído de bruces de no ser por Davos. Se desprendió de él al instante y corrió hacia la puerta, sólo para que se la cerraran de golpe ante el rostro de piel clara y bien cuidado.

—¡No! —gritó—. ¡Noooo! —De pronto perdió toda la fuerza en las piernas y se deslizó hacia el suelo sin soltar los barrotes de hierro. Ser Axell, Gachas y los guardias ya se habían dado la vuelta para marcharse—. ¡No podéis hacerme esto! —gritó el prisionero a las espaldas que se alejaban—. ¡Soy la Mano del Rey!

Sólo entonces lo reconoció Davos.

—Sois Alester Florent.

—¿Y vos sois...? —preguntó el hombre volviendo la cabeza.

—Ser Davos Seaworth.

—Seaworth... —Lord Alester parpadeó—. El Caballero de la Cebolla.

Intentasteis matar a Melisandre.

Davos no lo negó.

—En Bastión de Tormentas llevabais una armadura color oro rojo con incrustaciones de flores de lapislázuli en la coraza. —Le tendió una mano para ayudarlo a ponerse en pie.

—Por favor, disculpad el aspecto que tengo, Ser. —Lord Alester se sacudió las briznas de paja de las ropas—. Mis baúles se perdieron cuando los Lannister tomaron por asalto nuestro campamento. Escapé sin más equipaje que la cota que llevaba sobre el cuerpo y los anillos de los dedos.

«Todavía lleva los anillos», advirtió Davos, que ni siquiera tenía los dedos completos.

—Sin duda el hijo de cualquier cocinero o un mozo de cuadras se estará pavoneando por Desembarco del Rey con mi jubón de terciopelo o mi capa enjoyada —siguió Lord Alester, abstraído—. Son los horrores de la guerra, todo el mundo lo sabe. Seguro que vos también habréis tenido pérdidas.

—Mi barco —dijo Davos—. Todos mis hombres. Cuatro de mis hijos.

—Que el Pa... Que el Señor de la Luz los guíe en la oscuridad hacia un mundo mejor —respondió su compañero.

«Que el Padre los juzgue con justicia y la Madre se apiade de ellos», pensó Davos, pero no formuló la plegaria en voz alta. Ya no había sitio para los Siete en Rocadragón.

—Mi hijo se encuentra a salvo en Aguasclaras —prosiguió el señor—, pero perdí a un sobrino en la *Furia*. Ser Imry, el hijo de mi hermano Ryam.

Había sido Ser Imry Florent quien ordenó el ascenso a ciegas por el Aguasnegras con todos los hombres a los remos, sin prestar atención a las pequeñas torres de piedra que se alzaban en la boca del río. Davos no lo olvidaría jamás.

—Mi hijo Maric era el jefe de remeros de vuestro sobrino. —Recordó la última vez que había visto la *Furia*, envuelta en fuego valyrio—. ¿Sabéis si hubo algún superviviente?

—La *Furia* ardió y se hundió con todos sus hombres —dijo su señoría—. Vuestro hijo y mi sobrino desaparecieron, al igual que muchos otros buenos guerreros. Aquel día perdimos la guerra, Ser.

«Este hombre está derrotado.» Davos recordó lo que había dicho Melisandre acerca de las brasas en las cenizas que podían prender incendios. «No me extraña que haya terminado aquí.»

—Su Alteza no se rendirá jamás, mi señor.

—Es una locura, una locura. —Lord Alester se volvió a sentar en el suelo, como si el esfuerzo de permanecer un momento de pie hubiera sido demasiado para él—. Stannis Baratheon no ocupará nunca el Trono de Hierro, ¿es traición decir la verdad? Una verdad amarga, sí, pero no por ello menos cierta. Ha perdido toda la flota excepto los barcos del lyseno, y Salladhor Saan huirá en cuanto vea una vela Lannister. La mayoría de los señores que apoyaban a

Stannis se han unido a Joffrey o están muertos...

—¿También los señores del mar Angosto? ¿Los señores vasallos de Rocadragón?

—Lord Celtigar fue capturado y dobló la rodilla. Monford Velaryon murió en su barco; la mujer roja hizo quemar a Sunglass, y Lord Bar Emmon tiene quince años, está gordo y es un pusilánime. —Lord Alester hizo un gesto débil con la mano—. Ésos son los señores del mar Angosto. A Stannis sólo le queda la fuerza de la Casa Florent para enfrentarse al poder de Altojardín, Lanza de Sol y Roca Casterly, y ahora, también al de muchos señores de la tormenta. Lo único que se puede hacer es buscar la paz y tratar de salvar algo. Eso era lo único que pretendía. Por los dioses, ¿cómo pueden decir que es traición?

—¿Qué hicisteis exactamente, mi señor? —Davos frunció el ceño.

—No cometí ninguna traición. Eso jamás. Quiero a Su Alteza tanto como cualquiera; mi propia sobrina es su reina, y permanecí leal a él cuando hombres más sabios que yo lo abandonaron. Soy su Mano, la Mano del Rey, ¿cómo voy a ser un traidor? Lo único que quería era salvar nuestras vidas y... y nuestro honor... Sí. —Se humedeció los labios con la lengua—. Escribí una carta. Salladhor Saan juró que tenía a un hombre que la podía llevar a Desembarco del Rey y hacerla llegar a manos de Lord Tywin. Su señoría es... es un hombre razonable, y mis condiciones... las condiciones eran justas, más que justas.

—¿Qué condiciones eran, mi señor?

—Esto está muy sucio —dijo Lord Alester de repente—. Y ese olor... ¿a qué huele?

—Es el cubo —señaló Davos—. Aquí no hay excusado. ¿Cuáles eran las condiciones?

Su señoría contempló el cubo con espanto.

—Que Lord Stannis dejaría de aspirar al Trono de Hierro y se retractaría de todo lo dicho acerca de la ilegitimidad de Joffrey, con la condición de que lo aceptaran de nuevo en la paz del rey y lo confirmaran como Señor de Rocadragón y de Bastión de Tormentas. Yo juraba hacer lo mismo a cambio de que se me devolviera la fortaleza de Aguasclaras y todas nuestras tierras. Pensé... que Lord Tywin encontraría muy razonable mi propuesta. Todavía tiene que enfrentarse a los Stark, y también a los hombres del hierro. Yo ofrecía sellar el trato casando a Shireen con Tommen, el hermano de Joffrey. —Sacudió la cabeza—. Las condiciones eran las mejores a las que podíamos aspirar. Sin duda, hasta vos os dais cuenta.

—Sí —dijo Davos—, hasta yo. —A menos que Stannis tuviera un hijo varón, aquel matrimonio implicaba que Tommen heredaría algún día Rocadragón y Bastión de Tormentas, cosa que sin duda sería del agrado de Lord Tywin. Entretanto, los Lannister tendrían a Shireen como rehén para garantizar que Stannis no volvía a rebelarse—. ¿Y qué dijo Su Alteza cuando le propusisteis estas condiciones?

—Es que siempre está con la mujer roja, y... mucho me temo que no es

dueño de sus actos. Tanto hablar de un dragón de piedra... Es una locura, os lo digo yo, una locura. ¿Acaso no aprendimos nada de Aerion Fuegobrillante, de los nueve magos, de los alquimistas...? ¿Acaso no aprendimos nada de Refugio Estival? Esos sueños de dragones nunca han traído nada bueno; así se lo dije a Axell. Mi idea era mejor. Más segura. Además, Stannis me había dado su sello, me había dado su venia para gobernar. La Mano habla con la voz del rey.

—En esto, no. —Davos no era ningún cortesano obsequioso, y ni siquiera se molestó en suavizar sus palabras—. No está en la naturaleza de Stannis rendirse sabiendo que su causa es justa. Igual que no podría retractarse en lo que dijo sobre Joffrey cuando cree que es la verdad. En cuanto al matrimonio, Tommen nació del mismo incesto que Joffrey, y Su Alteza antes vería a Shireen muerta que casada así.

—No tiene elección. —Una vena palpitaba en la frente de Florent.

—Os equivocáis, mi señor. Puede elegir morir como un rey.

—¿Y nosotros con él? ¿Es eso lo que deseáis, Caballero de la Cebolla?

—No. Pero soy leal al Rey y no pactaré la paz sin su permiso.

Durante un largo instante, Lord Alester lo miró con impotencia. Luego se echó a llorar.

JON

La última noche fue oscura y sin luna, pero al menos, en aquella ocasión, el cielo estaba despejado.

—Voy a subir a la colina a buscar a *Fantasma* —les dijo a los thenitas en la entrada de la cueva; ellos gruñeron asintiendo y lo dejaron pasar.

«Cuántas estrellas», pensó mientras ascendía por la ladera entre pinos, abetos y fresnos. Cuando era niño, en Invernalia, el maestre Luwin le había enseñado las estrellas. Se había aprendido los nombres de las doce casas celestes y los de sus respectivos regentes, y era capaz de localizar a los siete errantes que la Fe consideraba sagrados. También sabía encontrar sin problemas al Gatosombra, la Doncella Luna, la Espada del Amanecer y el Dragón de Hielo; esas constelaciones las tenía en común con Ygritte, pero otras no. «Miramos las mismas estrellas y vemos cosas tan distintas...» Para ella, la Corona del Rey era la Cuna; el Corcel era el Señor Astado; el Vagabundo Rojo que, según los septones, era símbolo sagrado del Herrero, era allí el Ladrón. Y cuando el Ladrón estaba en la Doncella Luna era un momento propicio para que los hombres secuestraran a las mujeres, según le decía Ygritte una y otra vez.

—Como la noche en que me secuestraste. El Ladrón brillaba mucho.

—Yo no tenía intención de secuestrarte —le replicó—. Ni siquiera sabía que eras una chica hasta que te puse el cuchillo en la garganta.

—Si matas a un hombre sin querer, da igual; sigue estando muerto —insistió Ygritte con testarudez.

Jon no había conocido nunca a nadie tan testarudo, con la posible excepción de Arya, su hermana pequeña.

«¿Seguirá siendo mi hermana pequeña? —se preguntó—. ¿Fue mi hermana alguna vez?» No había sido nunca un verdadero Stark; sólo el bastardo sin madre de Lord Eddard, tan fuera de lugar en Invernalia como Theon Greyjoy. Y hasta eso lo había perdido. Cuando un hombre de la Guardia de la Noche pronunciaba el juramento dejaba a un lado a su antigua familia y se unía a una nueva, pero Jon Nieve también había perdido a esos hermanos.

Como se había imaginado, *Fantasma* estaba en la cima de la colina. El lobo blanco no aullaba nunca, pero de todos modos había algo que lo atraía hacia las alturas; luego se quedaba allí sentado sobre los cuartos traseros y, mientras su aliento caliente formaba nubes blancas, él se bebía las estrellas con aquellos ojos rojos.

—¿Cómo las llamas tú? —preguntó Jon al tiempo que se arrodillaba junto al huargo y le rascaba el grueso pelaje blanco del cuello—. ¿La Liebre? ¿El

Cervatillo? ¿La Loba?

Fantasma le lamió la cara; la lengua áspera y húmeda le raspó las cicatrices que las garras del águila le habían dejado en la mejilla.

«El pájaro nos dejó marcas a los dos», pensó.

—*Fantasma* —dijo en voz baja—, mañana por la mañana vamos a saltar. Allí no hay escaleras, ni una jaula con una grúa; no tengo manera de llevarte al otro lado. Nos tenemos que separar. ¿Lo entiendes?

En la oscuridad, los ojos rojos del lobo huargo tenían un brillo negro. Silencioso como siempre, pegó el hocico al cuello de Jon; su aliento era una nube blanca de vaho. Los salvajes decían que Jon Nieve era un warg, pero si estaban en lo cierto, era un warg pésimo. No sabía cómo vestir la piel de un lobo, tal como Orell había vestido la de su águila antes de morir. En cierta ocasión había soñado que él era *Fantasma* y que observaba desde las alturas el valle del Agualechosa donde Mance Rayder había reunido a los suyos, y ese sueño había resultado ser verdad. Pero en aquel momento no estaba soñando, así que sólo le quedaban las palabras.

—No puedes venir conmigo. —Jon cogió la cabeza del lobo entre las manos y le miró a los ojos con intensidad—. Tienes que ir al Castillo Negro. ¿Me entiendes? ¡Al Castillo Negro! ¿Encontrarás el camino? ¿Sabrás volver a casa? Sólo tienes que seguir el hielo hacia el este, siempre hacia el este, hacia donde sale el sol, y llegarás. En el Castillo Negro te conocen; tal vez tu llegada sirva para alertarlos. —Había pensado escribir un mensaje para que lo llevara *Fantasma*, pero no tenía tinta ni pergamino, ni siquiera pluma, y el riesgo de que lo descubrieran era excesivo—. Volveremos a vernos en el Castillo Negro, pero tienes que llegar allí tú solo. Durante un tiempo tendremos que cazar por separado. Por separado.

El huargo se sacudió las manos de Jon con las orejas erguidas. De repente emprendió una carrera. Saltó a través de unos arbustos, sorteó un montón de hojarasca y corrió colina abajo, apenas una estela blanca entre los árboles.

«¿Hacia el Castillo Negro? —se preguntó Jon—. ¿O detrás de alguna liebre?» Habría dado cualquier cosa por saberlo. Tenía miedo de ser tan mal warg como hermano juramentado y como espía.

El viento que susurraba entre los árboles, con un intenso olor a pinocha, le sacudía las desvaídas ropas negras. Jon veía al sur el Muro, alto, imponente, una gigantesca sombra que ocultaba la luz de las estrellas. Suponía, por aquellas colinas escabrosas, que debían de estar entre la Torre Sombría y el Castillo Negro, probablemente más cerca de la primera que del segundo. Llevaban días avanzando hacia el sur entre lagos profundos que se extendían como dedos largos y flacos por las cuencas de valles angostos, flanqueados por riscos de pedernal y colinas pobladas de pinos. Semejante terreno los obligaba a desplazarse despacio, pero también ofrecía una buena manera de protegerse para quien quisiera aproximarse al Muro sin ser visto.

«Para los salvajes —pensó—. Como ellos. Como yo.»

Más allá del Muro estaban los Siete Reinos y todo aquello que había jurado proteger. Había pronunciado los votos, había empeñado la vida y el honor, tendría que estar allí arriba, montando guardia. Tendría que estar llevándose un cuerno a los labios para llamar a las armas a la Guardia de la Noche. Pero no tenía ningún cuerno. Tal vez no le costaría mucho robar alguno a los salvajes, aunque ¿qué conseguiría con ello? Aunque lo hiciera sonar, ¿quién lo iba a oír? El Muro medía cien leguas de largo, y la Guardia estaba muy menguada. Todas las fortalezas menos tres estaban abandonadas; tal vez, aparte de Jon, no hubiera un hermano en diez leguas a la redonda. En caso de que aún se lo pudiera considerar un hermano...

«Tendría que haber intentado matar a Mance Rayder en el Puño, aunque me hubiera costado la vida.» Eso es lo que habría hecho Qhorin Mediamano. Pero Jon había titubeado, y al titubear perdió la oportunidad. Al día siguiente había partido a caballo con Styr el Magnar, Jarl y más de un centenar de thenitas y jinetes escogidos. Jon se decía que sólo estaba esperando el momento oportuno; entonces se escabulliría y volvería al Castillo Negro. Pero el momento no llegaba nunca. La mayor parte de las noche dormían en aldeas desiertas de salvajes, y Styr siempre hacía que una docena de sus thenitas montara guardia. Jarl lo vigilaba con desconfianza. Y ya fuera día o noche Ygritte no se apartaba de él.

«Dos corazones que laten como uno.» Las palabras burlonas de Mance Rayder le resonaban amargas en la cabeza. Jon jamás se había sentido tan confuso. «No tengo otra elección —se había dicho la primera vez, cuando la muchacha se metió bajo las pieles con las que él se abrigaba por la noche—. Si la rechazo, sabrá que no soy un cambiacapas. Estoy haciendo lo que me dijo el Mediamano.»

Y su cuerpo lo hizo con entusiasmo. Sus labios contra los de ella, su mano se deslizó bajo la camisa de piel de cervatillo para buscar un pecho; su miembro viril se endureció cuando Ygritte se lo apretó contra la entrepierna a través de la ropa.

«Mis votos», había pensado, no dejaba de recordar el bosquecillo de arcianos donde los había pronunciado, los nueve grandes árboles en círculo, los rostros rojos que lo miraban, que lo escuchaban... Pero Ygritte le había desatado las lazadas, le había metido la lengua en la boca, había buscado dentro de sus calzones para sacarle el miembro... y ya no pudo ver los arcianos, sólo a ella. La chica le mordió el cuello y él se lo besó, enterrando la nariz en la espesa cabellera rojiza. «Buena suerte —pensó—. Tiene buena suerte, la ha besado el fuego.»

—¿Te gusta? —susurró mientras lo guiaba hacia su interior. Estaba muy húmeda y, evidentemente, no era doncella, pero a Jon no le importaba. Los votos, la virginidad... Nada importaba, sólo el calor de Ygritte, sus bocas unidas, el dedo con el que le acariciaba un pezón—. ¿Te gusta? —volvió a preguntar—. No tan deprisa, ah, así, sí, despacio. Así, así, sí, despacio, suave.

No sabes nada, Jon Nieve, pero yo te voy a enseñar. Ahora más deprisa. Siiiiiiií.

«He hecho lo que me dijo —trató de convencerse después—. Estoy haciendo lo que me dijo el Mediamano. Lo he tenido que hacer una vez para demostrar que había renegado de mis votos. Para que Ygritte confiara en mí.» Pero no volvería a hacerlo jamás. Seguía siendo un hombre de la Guardia de la Noche y el hijo de Eddard Stark. Había hecho lo que debía; había demostrado lo que tenía que demostrar.

Pero la demostración había sido muy dulce, y la muchacha se había quedado dormida junto a él con la cabeza sobre su pecho, y eso también era dulce, peligrosamente dulce. Volvió a pensar en los arcianos y en los votos que había pronunciado ante ellos. «Ha sido sólo una vez, era imprescindible. Hasta mi padre se desvió del camino una vez, cuando olvidó sus votos matrimoniales y engendró un bastardo. —Jon se juró que también sería su caso—. No volverá a suceder jamás.»

Sucedió dos veces más aquella noche y otra por la mañana, cuando ella despertó y lo encontró dispuesto. Los salvajes ya se habían levantado, y muchos se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo bajo el montón de pieles. Jarl les dijo que se dieran prisa si no querían que les echara encima un cubo de agua.

«Como si fuéramos un par de perros en celo», había pensado Jon más tarde. ¿En eso se había convertido? «Soy un hombre de la Guardia de la Noche», insistía una vocecita en su interior, pero cada noche le sonaba más lejana, y cuando Ygritte le besaba las orejas o le mordía el cuello, no la oía en absoluto. «¿Fue esto mismo lo que le pasó a mi padre? —se preguntó—. ¿Fue tan débil como lo soy yo ahora cuando se deshonró en el lecho de mi madre?»

De repente se dio cuenta de que algo ascendía por la colina en pos de él. Por un instante pensó que era *Fantasma*, que regresaba, pero el huargo jamás hacía tanto ruido. Jon desenvainó a *Garra* con un movimiento ágil, pero no era más que uno de los thenitas, un hombre corpulento con yelmo de bronce.

—Nieve —dijo el intruso—. Vienes. Magnar quiere.

Los hombres de Thenn aún hablaban en la antigua lengua; la mayor parte apenas sabían unas pocas palabras de la común. A Jon le importaba bien poco lo que quisiera el Magnar, pero no tenía sentido discutir con alguien que apenas lo entendería, de manera que lo siguió colina abajo.

La entrada de la cueva era una grieta en la roca por la que apenas si podía pasar un caballo; además, estaba medio oculta tras un pino soldado. Daba al norte, de manera que la luz de los fuegos no se veía desde el Muro. Aunque tuvieran la mala suerte de que una patrulla pasara por la cima del Muro aquella noche, no verían más que colinas, pinos y el reflejo gélido de las estrellas sobre un lago casi congelado. Mance Rayder lo había planeado muy bien.

Una vez en el interior de la roca, el pasadizo descendía diez varas antes de abrirse a un espacio tan amplio como el del salón principal de Invernalia. Entre las columnas ardían fogatas, y su humo ennegrecía el techo de piedra. Los caballos estaban maneados a lo largo de una pared, junto a un estanque poco

profundo. En el centro del suelo había un agujero a modo de sumidero, que daba a lo que tal vez fuera una caverna aún más grande, aunque era imposible saberlo en aquella oscuridad. Jon alcanzó a oír el sonido lejano del agua corriente de un arroyo subterráneo.

Jarl estaba con el Magnar; Mance los había dejado a los dos al mando. A Styr no le había hecho la menor gracia; Jon se dio cuenta enseguida. Mance Rayder decía que el joven moreno era la «mascota» de Val, quien a su vez era hermana de Dalla, su reina, lo que convertía a Jarl en una especie de cuñado en segundo grado del Rey-más-allá-del-Muro. Era evidente que al Magnar no le gustaba compartir su autoridad. Aportaba un centenar de thenitas, cinco veces más hombres que Jarl, y a menudo se comportaba como si estuviera al mando en solitario. Pero Jon sabía que el que los guiaría para saltar el hielo sería el más joven. Jarl no tendría más allá de veinte años, y llevaba ocho haciendo expediciones; había saltado el Muro una docena de veces con gente como Alfyn *Matacuervos* o el Llorón, y más recientemente con su propia banda.

El Magnar fue directo al grano.

—Jarl me ha alertado de que hay cuervos patrullando. Dime todo lo que sepas de esas patrullas.

«Dime, no dinos», advirtió Jon, y eso pese a que Jarl estaba a su lado. Nada le habría gustado más que negarse a tan brusca petición, pero sabía que Styr lo mataría ante el menor síntoma de deslealtad, y también a Ygritte, por el crimen de estar con él.

—En cada patrulla hay cuatro hombres: dos exploradores y dos constructores —dijo—. La misión de los constructores es fijarse en si hay grietas, hielo fundido u otros problemas estructurales, mientras que los exploradores intentan detectar la presencia de enemigos. Todos van a lomos de mulas.

—¿Mulas? —El hombre sin orejas frunció el ceño—. Las mulas son lentas.

—Sí, pero tienen menos tendencia a resbalar en el hielo. Las patrullas van casi siempre por la parte superior del Muro, y aparte de la zona que corresponde al Castillo Negro, hace muchos años que el camino no se cubre de gravilla. Las mulas las crían en Guardiaoriente, y están entrenadas para este cometido.

—¿Van casi siempre por la parte superior del Muro? ¿No siempre?

—No. Una de cada cuatro patrulla va por la base, por si hay grietas en los cimientos o algún indicio de excavación de túneles.

El Magnar asintió.

—Hasta en el lejano Thenn conocemos la historia de Arson Hacha de Hielo y su túnel.

Jon también conocía la historia. Arson Hacha de Hielo había cavado un túnel que llegaba ya a la mitad del Muro cuando lo descubrieron los exploradores del Fuerte de la Noche. No se molestaron en interrumpirlo, sino que sellaron la salida tras él con hielo, piedras y nieve. Edd *el Penas* decía

siempre que si se apoyaba la oreja contra el Muro, aún se oía a Arson cavar con el hacha.

—¿De dónde salen esas patrullas? ¿Cada cuánto tiempo?

—Eso depende. —Jon se encogió de hombros—. Tengo entendido que el Lord Comandante Qorgyle las mandaba cada tres días del Castillo Negro a Guardiaoriente del Mar, y cada dos días, del Castillo Negro a la Torre Sombría. Pero en sus tiempos había más hombres en la guardia. El Lord Comandante Mormont prefiere variar el número de patrullas y los días en que salen, para ponérselo difícil a quien quiera saber de sus idas y venidas. A veces, el Viejo Oso hasta enviaba un contingente más grande a alguno de los castillos abandonados durante quince días o una luna entera. —Jon sabía que la idea de aquella táctica había sido de su tío. Cualquier cosa con tal de confundir al enemigo.

—¿Hay guardias en Puertapiedra en el presente? —preguntó Jarl—. ¿Y en Guardiagrís?

«Así que estamos entre esos dos castillos, ¿eh?» Jon consiguió que su rostro permaneciera imperturbable.

—Cuando salí del Muro, las únicas fortalezas habitadas eran Guardiaoriente, el Castillo Negro y la Torre Sombría. No sé qué habrán hecho Bowen Marsh o Ser Denys desde entonces.

—¿Cuántos cuervos hay en los castillos? —preguntó Styr.

—En el Castillo Negro, unos quinientos. En la Torre Sombría serán doscientos, y en Guardiaoriente, alrededor de trescientos.

Jon estaba exagerando al menos en trescientos el número de hermanos.

«Ojalá todo fuera tan sencillo...»

—Está mintiendo —dijo Jarl, que no se había dejado engañar, a Styr—. O eso o mete en la cuenta los que murieron en el Puño.

—Cuervo, no te confundas —le advirtió el Magnar—, yo no soy Mance Rayder. Si me mientes, haré que te corten la lengua.

—No soy ningún cuervo y no consiento que me llamen mentiroso.

Jon flexionó los dedos de la mano de la espada. El Magnar de Thenn lo escudriñó con aquellos ojos grises, gélidos.

—No tardaremos en averiguar cuántos son —dijo tras unos instantes—. Vete. Si quiero hacerte más preguntas, te mandaré a buscar.

Jon inclinó la cabeza con gesto rígido y se marchó.

«Si todos los salvajes fueran como Styr, sería más fácil traicionarlos.» Pero los thenitas no se parecían en nada al resto del pueblo libre. El Magnar decía ser el último de los primeros hombres, y gobernaba con mano de hierro. Su reducida tierra de Thenn se encontraba en un alto valle de la montaña, oculto entre los picos más lejanos de los Colmillos Helados, rodeado de cavernícolas, hombres Pies de Cuerno, gigantes y los clanes caníbales de los ríos de hielo. Ygritte le había contado que los thenitas luchaban con valor y que, para ellos, su Magnar era una especie de dios. Jon se lo creía. A diferencia de Jarl, Harma y

Casaca de Matraca, Styr exigía de sus hombres obediencia ciega, y sin duda, su disciplina era el motivo por el que Mance lo había elegido para saltar el Muro.

Se alejó del campamento de los thenitas, que estaban cocinando sentados en sus redondos yelmos de bronce.

«¿Dónde se ha metido Ygritte?» Encontró sus cosas y las de ella donde las había dejado, pero ni rastro de la chica.

—Ha cogido una antorcha y se ha ido por allí —le dijo Grigg *el Cabra* señalando en dirección al fondo de la cueva.

Jon fue hacia donde le indicaba y se encontró en una sala en penumbra, en medio de un laberinto de columnas y estalactitas.

«No puede estar aquí», empezaba a pensar, cuando oyó su risa. Se volvió en dirección al sonido, pero no había caminado ni diez pasos cuando se dio de bruces contra una pared de calcita rosa y blanca. Volvió sobre sus pasos, desconcertado, y sólo entonces lo vio: un agujero oscuro bajo un saliente de piedra húmeda. Se arrodilló, prestó atención y oyó el sonido tenue del agua.

—¿Ygritte?

—Estoy aquí. —Su voz era como un débil eco.

Jon tuvo que arrastrarse una docena de pasos antes de que la cueva se abriera a su alrededor. Cuando volvió a ponerse de pie se tomó un momento para que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad. Ygritte había llevado una antorcha, pero no había ninguna otra luz. Estaba de pie junto a una pequeña cascada que caía de una grieta en la roca para formar un amplio estanque. Las llamas amarillas y anaranjadas se reflejaban en las aguas verde claro.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Oí el sonido del agua. Quería ver hasta dónde llegaba la cueva. —Hizo una señal con la antorcha—. Hay un pasadizo que sigue hacia abajo. Lo seguí como cien pasos antes de dar la vuelta.

—¿Era un túnel sin salida?

—No sabes nada, Jon Nieve. Parecía que no tenía fin. En estas colinas hay cientos de cuevas, y todas están conectadas por túneles. Hasta hay uno que pasa bajo vuestro Muro. El Camino de Gorne.

—Gorne —dijo Jon—. Gorne fue Rey-más-allá-del-Muro.

—Sí —asintió Ygritte—. Junto con su hermano Gendel, hace ya tres mil años. Encabezaron un ejército del pueblo libre que pasó por las cuevas, y la Guardia ni se enteró. Pero cuando salieron, los lobos de Invernalia cayeron sobre ellos.

—Hubo una batalla —recordó Jon—. Gorne mató al Rey en el Norte, pero su hijo recogió su estandarte, le quitó la corona de la cabeza y mató al asesino de su padre.

—El sonido de las espadas despertó a los cuervos en sus castillos, y cabalgaron con sus capas negras para atacar la retaguardia del pueblo libre.

—Sí. Gendel se encontró con que tenía al Rey al sur, a los Umber al este y a la Guardia al norte. También él murió.

—No sabes nada, Jon Nieve. Gendel no murió. Se abrió camino entre los cuervos y guió a su pueblo de vuelta al norte, mientras los lobos aullaban y le pisaban los talones. Pero Gendel no conocía las cuevas tan bien como su hermano Gorne, y se equivocó en una encrucijada. —Movió la antorcha adelante y atrás, de manera que las sombras saltaron y se agitaron—. Se adentraba en las colinas cada vez más, cada vez más, y cuando intentó retroceder, los caminos que le parecían familiares terminaban en piedra en vez de en cielo. Pronto, las antorchas se empezaron a apagar una tras otra, hasta que al final sólo les quedó la oscuridad. Nadie volvió a ver al pueblo de Gendel, pero en las noches silenciosas se oyen a los hijos de los hijos de sus hijos, que sollozan bajo las colinas, todavía buscando la salida. Escucha. ¿No los oyes?

Lo único que oía Jon era el sonido del agua al caer y el tenue crepitar de las llamas.

—¿También se perdió ese camino bajo el Muro?

—Muchos lo han buscado. Los que se adentran demasiado en los túneles se encuentran con los hijos de Gendel, y los hijos de Gendel siempre están hambrientos. —Sonrió, depositó la antorcha con cuidado en una hendidura de la roca y se acercó a él—. En la oscuridad no hay nada para comer, sólo carne —susurró al tiempo que le mordisqueaba el cuello.

Jon le apoyó la nariz en el pelo y se llenó de su olor.

—Hablas como la Vieja Tata cuando le contaba a Bran un cuento de monstruos.

—¿Me estás llamando vieja? —preguntó Ygritte, dándole un puñetazo en el hombro.

—Eres más vieja que yo.

—Sí, y también más lista. No sabes nada, Jon Nieve. —Se apartó de él y se quitó el chaleco de piel de conejo.

—¿Qué haces?

—Te voy a enseñar lo vieja que soy. —Se desató las lazadas de la camisa de cervatillo, la tiró a un lado y se quitó de una vez las tres camisetas de lana—. Quiero que me veas.

—No deberíamos...

—Deberíamos. —Se le agitaron los pechos cuando saltó sobre una pierna para quitarse una bota y luego sobre la otra para repetir la operación. Sus pezones eran amplios círculos rosados—. Tú también —dijo mientras se bajaba los calzones de piel de oveja—. A ver qué tenemos. No sabes nada, Jon Nieve.

—Sé que te quiero —se oyó decir, olvidados ya los votos, olvidado ya el honor. Se erguía ante él desnuda como en el día de su nombre, y él estaba tan duro como la roca que los rodeaba. Para entonces ya había estado dentro de ella medio centenar de veces, pero siempre bajo las pieles, rodeados de gente. No había visto nunca lo hermosa que era. Tenía las piernas delgadas pero musculosas y, allí donde se juntaban los muslos, el pelo era de un rojo aún más vivo que el de su cabeza. «¿Eso significa más suerte todavía?» La atrajo hacia

él—. Adoro tu olor —dijo—. Adoro tu pelo rojo. Adoro tu boca y tu manera de besarme. Adoro tu sonrisa. Adoro tus tetas. —Le besó primero una y luego la otra—. Adoro tus piernas delgadas y lo que hay entre ellas. —Se arrodilló para besarla también allí, primero con suavidad en el pubis, pero Ygritte separó las piernas y vio el interior rosado, y también la besó allí, y la saboreó. Ella dejó escapar un gemido.

—Si tanto me adoras, ¿qué haces todavía vestido? —jadeó—. No sabes nada, Jon Nieve. Na... ah... Ah. Aaah.

Después, mientras yacían juntos sobre el montón que eran sus ropas, se mostró casi tímida, o tan tímida como podía ser Ygritte.

—Eso que me has hecho... —dijo —. Lo de... la boca... —Titubeó—. ¿Eso es... es lo que los señores hacen a sus damas en el sur?

—No sé, no creo. —Nadie le había contado jamás lo que hacían los señores a sus damas—. Sólo quería... quería besarte, nada más. Me ha parecido que te gustaba.

—Sí. No... No estaba mal. ¿No te lo ha enseñado nadie?

—No ha habido nadie antes —confesó—. Sólo tú.

—Eras virgen —le tomó el pelo—. Virgen, virgen, virgen.

Jon le dio un pellizquito en un pezón.

—Era un hombre de la Guardia de la Noche. —«Era», se oyó decir. ¿Qué era ahora? No quería pensarlo—. ¿Y tú eras virgen?

—Tengo diecinueve —dijo Ygritte, incorporándose sobre un codo—, soy una mujer del acero, besada por el fuego. ¿Cómo voy a ser virgen?

—¿Con quién fue la primera vez?

—Con un chico, durante un banquete, hace cinco años. Había venido con sus hermanos para comerciar, y tenía el pelo como yo, besado por el fuego, así que pensé que nos traería suerte. Pero era débil. Cuando regresó e intentó secuestrarme, Lanzalarga le rompió un brazo y lo puso en fuga, y no lo volvió a intentar ni una vez.

—Entonces, ¿no fue con Lanzalarga? —Jon sentía cierto alivio. Le caía bien Lanzalarga, con su rostro feúcho y sus modales amistosos.

—No seas asqueroso. —Ella le dio un puñetazo—. ¿Tú te acostarías con tu hermana?

—Lanzalarga no es tu hermano.

—Es de mi aldea. No sabes nada, Jon Nieve. Un hombre de verdad secuestra a una mujer de lejos para fortalecer el clan. Las mujeres que se acuestan con sus hermanos, sus padres o los miembros de su clan ofenden a los dioses y ellos las maldicen con hijos débiles y enfermizos, a veces hasta con monstruos.

—Craster se casa con sus hijas —señaló Jon.

—Craster —dijo Ygritte, recalcando el nombre con otro puñetazo— se parece más a los tuyos que a nosotros. Su padre era un cuervo que secuestró a una mujer del pueblo de Arbolblanco, pero después de tomarla huyó a su

Muro. Volvió una vez al Castillo Negro para mostrar a su hijo a los cuervos, pero los hermanos hicieron sonar los cuernos y lo pusieron en fuga. Craster tiene la sangre negra y sobre él pesa una maldición. —Le acarició el estómago con los dedos—. Antes tenía miedo de que hicieras lo mismo. De que volvieras al Muro. Después de secuestrarme no sabías qué hacer.

—Yo no te secuestré, Ygritte. —Jon se sentó.

—Claro que sí. Te echaste encima de mí en la montaña, mataste a Orell y antes de que me diera tiempo a coger el hacha, ya me habías puesto un cuchillo en el cuello. Pensé que me ibas a tomar entonces, o que me ibas a matar, o las dos cosas, pero no. Y cuanto te conté la historia de Bael *el Bardo* y la rosa de Invernalia pensé que te echarías encima de mí, pero tampoco. No sabes nada, Jon Nieve. —Le dirigió una sonrisa tímida—. Aunque parece que vas aprendiendo.

De repente, Jon se dio cuenta de que la luz oscilaba en torno a ellos. Miró a su alrededor.

—Más vale que volvamos arriba. La antorcha casi se ha consumido.

—¿Qué pasa, el cuervo tiene miedo de los hijos de Gendel? —rió—. Es una subida de nada, y todavía no he acabado contigo, Jon Nieve. —Lo empujó contra las ropas y montó sobre él a horcajadas—. ¿Querrías...? —titubeó.

—¿El qué? —preguntó mientras la antorcha empezaba a extinguirse.

—¿Querrías hacerlo otra vez? —Soltó de sopetón Ygritte—. Lo de la boca, el beso de los señores. Y yo... veré si te gusta a ti...

Jon Nieve ni siquiera se dio cuenta de cuándo se consumió la antorcha.

Más tarde volvió a sentirse culpable, pero no tanto como al principio.

«Si esto está tan mal, ¿por qué los dioses hicieron que nos sintiéramos tan bien?», se preguntó.

Cuando terminaron, la oscuridad en la gruta era absoluta. La única luz era la penumbra del pasadizo que llevaba arriba, a la caverna grande, donde ardían una veintena de hogueras. No tardaron en tambalearse y tropezar el uno contra el otro mientras intentaban vestirse en la oscuridad. Ygritte se cayó al estanque y chilló ante el contacto con el agua fría. Cuando Jon se echó a reír, tiró de él, y también cayó al agua. Lucharon y chapotearon en la oscuridad, y cuando la volvió a tener entre sus brazos resultó que aún no habían terminado.

—Jon Nieve —le dijo después de que derramara su semilla dentro de ella—, no te muevas, mi amor. Me gusta sentirte dentro, me gusta mucho. No volvamos con Styr ni con Jarl. Sigamos por los túneles, vayamos con los hijos de Gendel. No quiero salir de esta cueva nunca, Jon Nieve. Nunca.

DAENERYS

—¿Todos? —La niña esclava parecía recelar—. ¿Os han entendido mal las orejas indignas de una, Alteza?

Una fresca luz verdosa se filtraba por los cristales coloreados de las gruesas ventanas en forma de rombo que había en las paredes triangulares descendentes, y una brisa suave entraba por las puertas abiertas de las terrazas, y les llevaba los aromas a frutas y a flores de los jardines que había al otro lado.

—Me has entendido bien —dijo Dany—. Quiero comprarlos todos. Por favor, díselo a los Bondadosos Amos.

Aquel día había elegido una túnica de Qarth. La seda violeta oscuro hacía juego con el color de sus ojos y se los resaltaba. El diseño le dejaba el pecho izquierdo al descubierto. Mientras los Bondadosos Amos de Astapor hablaban entre ellos en voz baja, Dany bebía sorbos de un vino ácido de palo santo en una copa alta de plata. No alcanzaba a entender todo lo que decían, pero en sus voces vibraba la codicia.

Cada uno de los ocho mercaderes contaba con la asistencia de dos o tres esclavos, aunque un tal Grazdan, el más viejo, tenía seis. Para no parecer una mendiga, Dany se había hecho acompañar por sus ayudantes: Irri y Jhiqui, vestidas con pantalones de seda y chalecos pintados; el anciano Barbablanca y el poderoso Belwas, y sus jinetes de sangre. Ser Jorah estaba de pie tras ella, sudando a chorros en su sobrevesta verde con el bordado del oso negro de los Mormont. El olor de su sudor era una réplica vulgar a los perfumes dulzones con que se empapaban los astaporis.

—Todos —gruñó Kraznys mo Nakloz, que aquel día olía a melocotones. La niña repitió la palabra en la lengua común de Poniente—. Millares, hay ocho. ¿Se refiere a eso cuando dice todos? También hay seis centurias, que cuando se completen serán parte de un noveno millar. ¿Los quiere también?

—Sí —dijo Dany después de oír la traducción—. Los ocho mil, los seiscientos... y los que todavía se estén entrenando. Los que aún no se hayan ganado el casco con la púa.

Kraznys se volvió hacia sus compañeros. De nuevo hablaron entre ellos. La traductora había dicho sus nombres a Dany, pero no eran fáciles de distinguir. Por lo visto, cuatro de ellos se llamaban Grazdan, era de suponer que en homenaje a Grazdan *el Grande*, que había fundado el Antiguo Ghis en el principio de los tiempos. Todos tenían un aspecto muy semejante: eran achaparrados y gruesos, de piel ambarina, narices anchas y ojos oscuros. Tenían el cabello negro, rojo oscuro o de aquella extraña mezcla tan característica de Astapor.

Lo que marcaba el estatus de cada hombre eran los flecos del ribete del *tokar*, según había explicado a Dany el capitán Groleo. En aquella fresca estancia verde de la cúspide de la pirámide, dos de los vendedores de esclavos vestían *tokars* con flecos de plata; cinco, con flecos de oro, y uno, el Grazdan más viejo, lucía unos flecos de gruesas perlas blancas que entrechocaban con suavidad cada vez que se acomodaba en el asiento o movía un brazo.

—No podemos vender chicos a medio entrenar —decía uno de los Grazdans de flecos de plata a los otros.

—Claro que podemos, si tiene oro con que pagarlos —replicó un hombre más gordo que llevaba flecos de oro.

—No son Inmaculados. No han matado a los bebés. Si luego fracasan en la batalla, serán nuestra vergüenza. Y además, aunque mañana mismo castráramos a otros cinco mil chicos, tendrían que pasar diez años antes de que estuvieran preparados para venderlos. ¿Qué vamos a decirle al próximo cliente que venga a comprar Inmaculados?

—Le diremos que tendrá que esperar —insistió el gordo—. El oro en el bolsillo es mejor que el oro en el futuro.

Dany dejó que discutieran mientras bebía el ácido vino de fruta y trataba de mantenerse inexpresiva, como si no entendiera nada.

«Me haré con todos, no me importa el precio», se dijo. En la ciudad había un centenar de mercaderes de esclavos, pero los ocho que tenía ante ella eran los más importantes. Cuando se trataba de vender esclavos de cama, peones para el campo, escribanos, artesanos o tutores, aquellos hombres eran rivales, pero sus antepasados se habían aliado entre ellos para crear y vender a los Inmaculados.

«Con adoquines y sangre se construyó Astapor, y con adoquines y sangre, su gente.»

Al final, fue Kraznys quien anunció la decisión.

—Dile que los ocho mil tendrá, si trae oro suficiente. Y las seis centurias, si las quiere. Dile que vuelva dentro de un año; entonces le venderemos dos mil más.

—Dentro de un año estaré en Poniente —dijo Dany tras escuchar la traducción—. Los necesito de inmediato. Los Inmaculados han recibido un entrenamiento excelente, pero aun así, muchos caerán en la batalla. Necesitaré a los niños para sustituirlos, para que cojan las espadas que caigan. —Dejó la copa de vino y se inclinó hacia la pequeña esclava—. Di a los Bondadosos Amos que quiero incluso a los más pequeños, a los que aún tienen a sus cachorros. Diles que pagaré lo mismo por el niño al que castraron ayer que por el Inmaculado con púa en el casco.

La niña tradujo. La respuesta siguió siendo negativa.

—Muy bien. —Dany frunció el ceño, molesta—. Diles que pagaré el doble, pero que los quiero a todos.

—¿El doble? —Al gordo de los flecos de oro únicamente le faltaba babear.

—Esta putilla es idiota —dijo Kraznys mo Nakloz—. Propongo que le pidamos el triple. Está tan desesperada que pagará. Sí, pidámosle diez veces el precio de cada esclavo.

El Grazdan alto de la barbita puntiaguda hablaba la lengua común, aunque no tan bien como la esclava.

—Alteza —gruñó—, Poniente siendo rico, sí, pero vos no siendo reina ahora. Quizá nunca siendo reina. Hasta los Inmaculados pueden perdiendo batallas contra salvajes caballeros de acero de Siete Reinos. Yo os recordando: los Bondadosos Amos de Astapor no vendiendo carne a cambio de prometidos. ¿Teniendo vos oro y mercancías suficiente para pagar tantos eunucos como queriendo?

—Conocéis la respuesta mejor que yo, Bondadoso Amo —replicó Dany—. Vuestros hombres han recorrido mis barcos y han contabilizado hasta la última cuenta de ámbar, hasta el último tarro de azafrán. ¿Cuánto tengo?

—Suficiente para comprando uno mil —dijo el Bondadoso Amo con una sonrisa despectiva—. Pero como pagando el doble decís, por tanto, cinco centurias pudiendo comprar.

—Con la bonita corona que lleváis podríais comprar otra centuria —dijo el gordo en Valyrio—. La corona de los tres dragones.

Dany aguardó la traducción.

—Mi corona no está en venta. —Cuando Viserys vendió la corona de su madre, perdió el último vestigio de alegría, y sólo le quedó la rabia—. Tampoco venderé a los míos, ni sus posesiones, ni sus caballos. En cambio, sí pueden quedarse con los barcos. La gran coca *Balerion* y las galeras *Vhagar* y *Meraxes*. —Ya había advertido a Groleo y a los otros capitanes que tal vez se viera obligada a hacer aquello, aunque habían protestado con energía—. Tres buenos barcos tienen que valer más que unos cuantos eunucos despreciables.

El Grazdan gordo se volvió hacia los demás. Una vez más, conferenciaron en voz baja.

—Dos de los miles —dijo el de la barbita puntiaguda al final—. Es demasiado, pero los Bondadosos Amos siendo generosos, y vos muy necesitada.

Dos mil no eran suficientes para lo que pretendía. «Los necesito a todos.» Dany sabía qué tenía que hacer, pero el sabor que le dejaba en la boca era tan amargo que ni el vino ácido se lo disipaba. Lo había meditado mucho la noche previa, y no había encontrado otra solución.

«Es lo único que puedo hacer.»

—Dádmelos a todos —dijo—, y tendréis un dragón.

Oyó cómo Jhiqui se atragantaba a su lado. Kraznys sonrió a sus compañeros.

—Lo que os había dicho: nos daría cualquier cosa.

Barbablanca la miraba conmocionado, incrédulo. La mano fina y manchada con que sujetaba el cayado le temblaba.

—No. —Hincó una rodilla en el suelo ante ella—. Alteza, os lo suplico, ganad vuestro trono con dragones, no con esclavos. No podéis hacer esto...

—No tengáis la osadía de darme instrucciones. Ser Jorah, llevaos a Barbablanca de mi presencia.

Mormont agarró al anciano por un codo con brusquedad, lo obligó a ponerse en pie y salió con él a la terraza.

—Di a los Bondadosos Amos que lamento esta interrupción —dijo Dany a la esclava—. Diles que estoy esperando su respuesta.

Pero ya conocía la respuesta. La veía en el brillo de sus ojos y en las sonrisas que tanto intentaban ocultar. En Astapor había miles de eunucos, y muchos más niños esclavos a punto para ser castrados, pero en todo el ancho mundo no había más que tres dragones vivos. Y los ghiscarios anhelaban tener dragones. ¿Cómo podía ser de otra manera? Cinco veces se había enfrentado el Antiguo Ghis a Valyria cuando el mundo aún era joven, y cinco veces había caído derrotado. Porque el Feudo Franco tenía dragones, y el Imperio, no.

El Grazdan más viejo se agitó en el asiento, y sus perlas entrechocaron con suavidad.

—Un dragón que elijamos —dijo con un hilo de voz temblorosa—. El negro es el más grande y sano.

Ella asintió.

—Se llama *Drogon*.

—Todos vuestros bienes, salvo la corona y las ropas regias, que permitiendo conservar. Los tres barcos. Y *Drogon*.

—Hecho —dijo ella en la lengua común.

—Hecho —respondió el Grazdan viejo en su ronco valyrio.

Los otros se hicieron eco del anciano de los flecos de perlas.

—Hecho —tradujo la esclava—. Y hecho, y hecho, ocho veces hecho.

—Los Inmaculados aprenderán pronto vuestra salvaje lengua —añadió Kraznys mo Nakloz una vez ultimados todos los acuerdos—. Hasta entonces, necesitaréis un esclavo para hablar con ellos. Llevaos a ésta de regalo, como recuerdo del trato que acabamos de cerrar.

—Así haré —dijo Dany.

La niña esclava tradujo las palabras del hombre para Dany, y luego, las de Dany para él. Si el hecho de ser entregada como recuerdo provocaba algún sentimiento en ella, se guardó muy bien de dejarlo entrever.

Tampoco dijo nada Arstan Barbablanca cuando Dany salió a la terraza a reunirse con él. El anciano la siguió escaleras abajo en silencio, pero la joven oía el golpeteo del cayado de madera dura contra los adoquines rojos. Comprendía que estuviera furioso. Lo que había hecho era horrible. La Madre de Dragones había vendido a su hijo más fuerte. La idea le provocaba náuseas.

Pero cuando estuvieron en la Plaza del Orgullo, de pie en los calientes adoquines rojos que separaban la pirámide de los traficantes de los barracones de los eunucos, se volvió hacia el anciano.

—Barbablanca —dijo—. Quiero vuestro consejo, y jamás debéis tener miedo de hablarme con toda libertad... cuando estemos a solas. Pero no cuestionéis nunca mi autoridad delante de desconocidos. ¿Entendido?

—Sí, Alteza —respondió con voz triste.

—No soy ninguna niña. Soy una reina.

—Pero hasta las reinas pueden errar. Los astaporis os han engañado, Alteza. Un dragón vale muchísimo más que cualquier ejército. Aegon lo demostró hace trescientos años, en el Campo de Fuego.

—Sé muy bien qué demostró Aegon. Tengo intención de demostrar yo también unas cuantas cosas. —Dany se apartó de él y se volvió hacia la pequeña esclava, que estaba dócilmente de pie junto a la litera—. ¿Tienes nombre o cada día sacas uno nuevo de un barril?

—Eso es sólo para los Inmaculados —dijo la niña. De repente se dio cuenta de que la pregunta había sido formulada en alto valyrio—. Oh...

—¿Te llamas Oh?

—No. Perdonad el exabrupto de una, Alteza. El nombre de vuestra esclava es Missandei, pero...

—Missandei ya no es esclava de nadie. Desde este momento, te libero. Ven, sube conmigo a la litera: quiero conversar. —Rakharo las ayudó a subir, y Dany echó las cortinas para protegerse del polvo y el calor—. Si te quedas conmigo, me servirás como cualquiera de mis doncellas —dijo cuando se pusieron en marcha—. Querré que estés a mi lado para hablar por mí, como hablabas por Kraznys. Pero cuando quieras, puedes dejar de estar a mi servicio, si tienes madre o padre con los que quieras volver.

—Una se quedará —dijo la niña—. Una... Yo... no tengo a dónde ir. Una... Yo... os serviré de buena gana.

—Te puedo dar libertad, pero no seguridad —advirtió Dany—. Tengo que cruzar un mundo y librar guerras. Puede que pases hambre. Puede que enfermes. Puede que mueras.

—*Valar morghulis* —dijo Missandei en alto valyrio.

—Todos los hombres mueren —asintió Dany—, pero recemos para que no sea pronto. —Se recostó entre los cojines y cogió la mano de la niña—. ¿Es cierto que los Inmaculados no tienen miedo de nada?

—Sí, Alteza.

—Ahora me sirves a mí. ¿Es verdad que no sienten dolor?

—El vino del valor acaba con esa sensación. Cuando matan a los bebes ya llevan años bebiéndolo.

—¿Y son obedientes?

—No conocen otra cosa que la obediencia. Si les ordenáis que no respiren, les resultará más fácil que dejar de obedecer.

Dany asintió.

—¿Qué pasará cuando ya no los necesite?

—¿Perdonad, Alteza?

—Cuando haya ganado la guerra y recuperado el trono que perteneció a mi padre, mis caballeros envainarán las espadas y volverán a sus fortalezas, a sus madres, a sus esposas... a sus vidas. Pero estos eunucos no tienen vidas. ¿Qué haré con ocho mil eunucos cuando ya no queden batallas que librar?

—Los Inmaculados son buenos guardias y excelentes vigilantes, Alteza —dijo Missandei—. Además, no os costará encontrar un comprador para soldados de tanta valía.

—Me han dicho que en Poniente no se compran ni venden hombres.

—Con todos los respetos, Alteza, los Inmaculados no son hombres.

—Si los revendiera, ¿cómo sabría que no los iban a utilizar contra mí? —preguntó Dany—. ¿Obedecerían? ¿Lucharían contra mí, llegarían a hacerme daño?

—Sí, si su amo se lo ordenara. No cuestionan nada, Alteza. Les han extirpado esa posibilidad. Sólo obedecen. —Se detuvo un instante. Cuando volvió a hablar, parecía afligida—. Cuando ya no... los necesitéis... Su Alteza puede ordenarles que se dejen caer sobre sus espadas.

—¿Hasta eso llegarían a hacer?

—Sí. —La voz de Missandei era apenas un hilo—. Alteza.

—Pero preferirías que no se lo ordenara. —Dany le apretó la mano—. ¿Por qué? ¿Qué te une a ellos?

—Una no... yo... Alteza...

—Puedes decírmelo.

—Tres de ellos fueron antes mis hermanos, Alteza —dijo la niña, bajando la vista.

«En ese caso, espero que tus hermanos sean tan listos y tan valientes como tú. —Dany se acomodó entre los cojines y se dejó llevar de vuelta a la *Balerion* por última vez, para poner orden en su mundo—. Y de vuelta a *Drogon*.» Apretó los labios con gesto torvo.

La noche que siguió fue larga, oscura y barrida por el viento. Dany alimentó a sus dragones, como hacía siempre, pero en cambio ella estaba sin apetito. Se pasó un rato llorando a solas en su camarote, y después se secó las lágrimas para mantener una discusión más con Groleo.

—El magíster Illyrio no está aquí —le tuvo que decir al final—, y aunque estuviera, tampoco él me haría cambiar de opinión. Necesito a los Inmaculados más de lo que necesito estos barcos, así que no quiero seguir con esta conversación.

La rabia quemó el dolor y el miedo que sentía, al menos durante unas horas. Después, hizo acudir a su camarote a los jinetes de sangre, junto con Ser Jorah. Ellos eran los únicos en los que confiaba de verdad.

Más tarde intentó dormir; necesitaría estar descansada al día siguiente, pero una hora de dar vueltas en los confines mal ventilados de su camarote la convenció de que sería imposible. Al otro lado de la puerta encontró a Aggo, que estaba poniendo una cuerda nueva en el arco a la luz de una lámpara de

aceite que se mecía con las olas. Junto a él estaba Rakharo, sentado en la cubierta con las piernas cruzadas, concentrado en afilar su *arakh* con una amoladera. Dany les dijo a los dos que siguieran con lo que estaban haciendo y subió a la cubierta para disfrutar del aire fresco de la noche. La tripulación la dejó en paz y siguieron dedicados a sus tareas, pero Ser Jorah no tardó en reunirse con ella junto a la baranda.

«Siempre está cerca —pensó Dany—. Conoce demasiado bien mis estados de ánimo.»

—Tendríais que estar durmiendo, *khaleesi*. Mañana va a ser un día caluroso y muy duro, os lo garantizo. Necesitaréis todas vuestras fuerzas.

—¿Recordáis a Eroeh? —le preguntó.

—¿La chica lhazareena?

—La estaban violando, pero yo los detuve y la tomé bajo mi protección. Pero, cuando murió mi sol y estrellas, Mago la volvió a coger, la usó de nuevo y luego la mató. Aggo dijo que era su destino.

—Lo recuerdo —dijo Ser Jorah.

—Estuve sola mucho tiempo, Jorah. Sólo tenía a mi hermano. Era una niñita pequeña y asustada. Viserys tendría que haberme protegido, pero en vez de eso me hacía daño y me asustaba aún más. No debió hacerlo. No era sólo mi hermano; era mi rey. ¿Para qué hacen los dioses a los reyes y a las reinas, si no es para proteger a los que no pueden protegerse solos?

—Hay reyes que se hacen a ellos mismos. Como Robert.

—No era un verdadero rey —replicó Dany despectiva—. No hizo justicia. Justicia. Para eso son los reyes.

Ser Jorah no tenía respuesta. Se limitó a sonreír y le tocó el pelo; apenas un roce. Fue suficiente.

Aquella noche soñó que era Rhaegar y que cabalgaba hacia el Tridente. Pero no montaba a lomos de un caballo, sino de un dragón. Vio el ejército rebelde del Usurpador al otro lado del río. Sus armaduras eran de hielo, pero ella los bañó en fuego de dragón, de manera que se derritieron como el rocío y convirtieron el Tridente en un cauce torrencial. Una parte diminuta de ella sabía que estaba soñando, pero otra se regocijaba.

«Así debería haber sido. Lo otro fue una pesadilla, y me acabo de despertar.»

Se despertó de repente en la oscuridad de su camarote, aún ebria de triunfo. La *Balerion* pareció despertar con ella, y oyó el suave crujido de la madera, el agua que lamía el casco, una pisada en la cubierta, sobre ella... Y algo más.

Había alguien en el camarote.

—¿Irri? ¿Jhiqui? ¿Dónde estáis? —Sus doncellas no respondieron. Estaba demasiado oscuro para ver nada, pero alcanzó a oír sus respiraciones—. ¿Jorah? ¿Sois vos?

—Duermen —dijo una voz de mujer—. Todos duermen. —La voz estaba

muy cerca de ella—. Hasta los dragones tienen que dormir.

«Está justo a mi lado.»

—¿Quién sois? —Dany escudriñó la oscuridad. Le pareció ver una sombra, el perfil apenas intuido de una forma—. ¿Qué queréis de mí?

—Recordad. Para ir al norte, tenéis que viajar hacia el sur. Para llegar al oeste, debéis ir al este. Para avanzar, debéis retroceder, y para tocar la luz, debéis pasar bajo la sombra.

—¿Quaithe? —Dany saltó de la cama y abrió la puerta de golpe. La escasa luz amarilla de la lámpara inundó el camarote, y tanto Irri como Jhiqui se incorporaron, somnolientas.

—*¿Khaleesi?* —murmuró Jhiqui al tiempo que se frotaba los ojos.

Viserion despertó, abrió las fauces, y una bocanada de llamas iluminó hasta los rincones más oscuros. No había ni rastro de la mujer de la máscara de laca roja.

—¿Estáis bien, *khaleesi*? —preguntó Jhiqui.

—Ha sido un sueño. —Dany sacudió la cabeza—. He tenido una pesadilla, no pasa nada. Volved a dormir. Tenemos que dormir todos.

Pero, por mucho que lo intentó, no pudo conciliar el sueño de nuevo.

«Si miro atrás, estaré perdida», se dijo Dany a la mañana siguiente, cuando entró por las puertas de Astapor. Trató de no pensar en lo pequeña e insignificante que era su escolta; de lo contrario, perdería todo el valor. Aquel día iba a lomos de su plata, vestía pantalones de pelo de caballo, un chaleco pintado, un cinturón de medallones de bronce en torno a la cintura y dos más cruzados entre los pechos. Irri y Jhiqui le habían trenzado el pelo antes de ponerle una campanita de plata cuyo tintineo hablaba de los Eternos de Qarth, quemados en su Palacio de Polvo.

Las calles de adoquines rojos de Astapor casi estaban llenas aquella mañana. A ambos lados se alineaban esclavos y sirvientes, mientras que los traficantes y sus mujeres se habían puesto sus *tokars* para salir a mirar desde sus pirámides escalonadas.

«Al fin y al cabo no son tan diferentes de los de Qarth —pensó—. Quieren ver a los dragones para contárselo a los hijos y a los hijos de sus hijos.» Aquello le hizo preguntarse cuántos de ellos llegarían a tener hijos.

Aggo iba ante ella con su gran arco dothraki. Belwas *el Fuerte* caminaba a la derecha de su yegua, y la pequeña Missandei, a su izquierda. Ser Jorah Mormont iba detrás, vestido con armadura, y miraba con el ceño fruncido a cualquiera que se atreviera a acercarse. Rakharo y Jhogo protegían la litera. Dany había ordenado que quitasen el toldo superior, de manera que los tres dragones pudieran ir encadenados a la plataforma. Irri y Jhiqui caminaban junto a ellos para tratar de calmarlos. Pero la cola de *Viserion* daba latigazos a diestro y siniestro, y de sus fosas nasales brotaba un humo furioso. *Rhaegal* también presentía que algo iba mal. Tres veces trató de emprender el vuelo, sólo para verse retenido por la pesada cadena que Jhiqui llevaba en la mano. *Drogon*

se hizo una bola y apretó las alas y la cola contra el cuerpo. Sólo sus ojos delataban que no estaba dormido.

El resto de los suyos iba detrás: Groleo y los otros capitanes junto con sus tripulaciones, y los ochenta y tres dothrakis que le quedaban de los cien mil que en el pasado habían cabalgado en el *khalasar* de Drogo. Había situado a los más viejos y débiles en el centro de la columna, junto a las mujeres con bebés, las embarazadas, las niñas y los niños que aún eran demasiado jóvenes para trenzarse el pelo. El resto, sus guerreros, cabalgaban en los flancos y azuzaban a los escuálidos caballos, los ciento y pocos que habían sobrevivido tanto al desierto rojo como al mar de sal negra.

«Tendría que haber ordenado que me bordaran un estandarte», pensó mientras guiaba a su andrajoso grupo a lo largo de los meandros del río de Astapor. Cerró los ojos un instante para imaginar cómo sería: seda negra ondeando al viento, y en ella el dragón de tres cabezas de los Targaryen, expulsando llamas doradas. «Un estandarte como habría podido llevar el propio Rhaegar.» Las orillas del río tenían un aspecto de extraña tranquilidad. El Gusano, como llamaban los astaporis a la corriente, era ancho y lento, y estaba lleno de curvas y salpicado de diminutas islas de madera. En una de ellas vio a unos niños que jugaban, correteando entre elegantes estatuas de mármol. En otra isla, dos amantes se besaban a la sombra de altos árboles verdes, sin más pudor que los dothrakis en una boda. No llevaban ropa, así que no pudo saber si eran libres o esclavos.

La Plaza del Orgullo, con su gran arpía de bronce, era demasiado pequeña para albergar a todos los Inmaculados que había comprado. En lugar de eso, los habían reunido en la Plaza del Castigo, enfrentados a las puertas principales de Astapor, para que pudieran salir directamente de la ciudad en cuanto le fueran entregados a Dany. Allí no había estatuas de bronce; sólo una gran plataforma de madera donde se torturaba, se azotaba y se ahorcaba a los esclavos rebeldes.

—Los Bondadosos Amos los ponen de manera que sean lo primero que ve un esclavo nuevo nada más entrar en la ciudad —le dijo Missandei cuando llegaron a la plaza.

A primera vista, Dany pensó que tenían la piel a rayas, como los caballos de Jogos Nhai. Luego, cuando su plata estuvo más cerca, vio el rojo de la carne viva bajo las tiras negras que se movían.

«Moscas. Moscas y gusanos.» A los esclavos rebeldes los habían pelado como si fueran manzanas, en una larga tira espiral. Un hombre tenía un brazo negro, cubierto de moscas de los dedos al codo, todo rojo y blanco bajo ellas. Dany tiró de las riendas junto a él.

—¿Qué hizo éste? —le preguntó a Missandei.

—Alzó la mano contra su dueño.

El estómago se le retorció mientras hacía que su plata se diera la vuelta y trotara hacia el centro de la plaza, hacia el ejército por el que tan alto precio había pagado. Hileras, hileras, hileras de ellos, sus medio hombres de corazón

de adoquín; ocho mil seiscientos, con sus yelmos de bronce rematados en púa, Inmaculados con el entrenamiento completo, y detrás de ellos, alrededor de cinco mil, sin casco, aunque armados con lanzas y espadas cortas. Los que había al final no eran más que niños, pero estaban tan erguidos e inmóviles como los demás.

Kraznys mo Nakloz y sus compañeros estaban presentes para recibirla. Tras ellos había otros astaporis de noble cuna. Todos bebían vino en copas altas de plata mientras a su alrededor circulaban esclavos con bandejas de aceitunas, higos y cerezas. El Grazdan más viejo estaba sentado en una silla de manos que transportaban cuatro esclavos corpulentos de piel como el bronce. Media docena de lanceros a caballo patrullaban en la periferia de la plaza para contener a las multitudes que habían acudido a observar. El sol arrancaba destellos cegadores de los discos de cobre pulido que llevaban cosidos a las capas, pero aun así, Dany se dio cuenta de que los caballos parecían muy nerviosos.

«Tienen miedo de los dragones. Y con razón.»

Kraznys ordenó a un esclavo que la ayudara a desmontar. Él tenía las manos ocupadas: con una se sujetaba el *tokar* y en la otra tenía una fusta muy ornamentada.

—Aquí están. —Miró a Missandei—. Dile que son suyos... si puede pagarlos.

—Puede —dijo la niña.

Ser Jorah gritó una orden, y fueron llevando hacia el frente todas las mercancías para el intercambio. Seis balas de pieles de tigre, trescientas piezas de la mejor seda. Tarros de azafrán, tarros de mirra, tarros de pimienta, de curry y de cardamomo, una máscara de ónice, doce monos de jade, barriles de tinta roja, negra y verde, una caja de raras amatistas negras, una caja de perlas, un barril de aceitunas deshuesadas y rellenas de gusanos, una docena de barriles de pescado en salmuera, un enorme gong de bronce con su correspondiente mazo, diecisiete ojos de marfil, y un gran baúl lleno de libros escritos en idiomas que Dany no sabía leer. Y más, y más, y más. Su gente lo fue amontonando todo delante de los traficantes.

Mientras se realizaba el pago, Kraznys mo Nakloz obsequió a Dany con unos cuantos consejos sobre cómo manejar sus tropas.

—Todavía están sin curtir —le dijo a través de Missandei—. Dile a la puta de Poniente que lo mejor que puede hacer es que prueben sangre cuanto antes. En su camino encontrará muchas ciudades pequeñas, frutas maduras para el saqueo. Todo el botín que obtenga será sólo suyo. Los Inmaculados no tienen el menor interés en el oro ni en las gemas. Y si se decide a tomar prisioneros, sólo tiene que enviárnoslos a Astapor con unos pocos guardias. Le compraremos los que estén sanos y le pagaremos bien. ¿Y quién sabe? Tal vez dentro de diez años algunos de los chicos que nos mande se conviertan a su vez en Inmaculados. Así prosperaremos todos.

Por fin no quedaron más mercancías que añadir a la pila. Los dothrakis volvieron a montar en sus caballos.

—Esto es todo lo que hemos podido traer —dijo Dany—. El resto os espera en los barcos, una gran cantidad de ámbar, de vino y de arroz silvestre. También están los propios barcos. De modo que lo único que queda es...

—El dragón —terminó el Grazdan de la barba puntiaguda, el que hablaba la lengua común con tanto acento.

—Ahí aguarda.

Ser Jorah y Belwas se acercaron con ella a la litera, donde *Drogon* y sus hermanos disfrutaban del calor del sol. Jhiqui soltó un extremo de la cadena y se lo tendió. Cuando Dany tiró de ella, el dragón negro alzó la cabeza, siseó, y desplegó aquellas alas de noche y escarlata. Al sentir su sombra sobre él, Kraznys mo Nakloz sonrió.

Dany entregó al traficante el extremo de la cadena de *Drogon*. A cambio, él le dio la fusta. El mango era de huesodragón, con tallas muy elaboradas e incrustaciones de oro. De él colgaban nueve tiras de cuero largas y finas, cada una rematada en una garra dorada. El pomo de oro era una cabeza de mujer con puntiagudos dientes de marfil.

—Los dedos de la arpía —dijo Kraznys.

Dany hizo girar la fusta en su mano.

«Un objeto tan ligero, y qué gran peso carga.»

—¿Ya está hecho, pues? ¿Ya me pertenecen?

—Ya está hecho —asintió él, al tiempo que daba un tirón brusco de la cadena para sacar a *Drogon* de la litera.

Dany montó a lomos de su plata. Sentía que el corazón le galopaba en el pecho. Tenía un miedo desesperado. «¿Mi hermano habría hecho esto?» Se preguntó si el príncipe Rhaegar estaría igual de nervioso cuando vio el ejército del Usurpador formado al otro lado del Tridente, con todos sus estandartes al viento.

Se puso de pie en los estribos y alzó los dedos de la arpía por encima de la cabeza, para que todos los Inmaculados los vieran.

—¡Está hecho! —gritó a pleno pulmón—. ¡Sois míos! —Espoleó a la plata con los talones y galopó a lo largo de la primera hilera, siempre con los dedos en alto—. ¡Ahora pertenecéis a la estirpe del dragón! ¡Os he comprado y os he pagado! ¡Está hecho! ¡Está hecho!

Por el rabillo del ojo, vio que Grazdan el viejo había girado bruscamente la cabeza. «Me está oyendo hablar valyrio.» Los otros traficantes no prestaban atención. Se habían reunido en torno a Kraznys y al dragón, y le gritaban consejos todos a la vez. Aunque los astaporis empujaban y tironeaban, no conseguían arrancar a *Drogon* de la litera. El humo gris brotaba de sus fauces abiertas, y el largo cuello se curvaba y estiraba mientras lanzaba dentelladas al rostro del esclavista.

«Es hora de cruzar el Tridente», pensó Dany. Dio la vuelta y regresó a

lomos de su plata. Sus jinetes de sangre cerraron filas en torno a ella.

—Tenéis problemas —observó.

—No quiere venir —dijo Kraznys.

—Hay un motivo. Los dragones no son esclavos.

Y, con todas sus fuerzas, le cruzó la cara con la fusta al traficante. Kraznys gritó y se tambaleó, la sangre le corrió roja por las mejillas y le empapó la barba perfumada. Un golpe de los dedos de la arpía le había destrozado los rasgos, pero Dany no se entretuvo a contemplar la ruina de aquel rostro.

—*Drogon* —cantó en voz alta con dulzura, todos los temores ya olvidados—. *Dracarys*.

El dragón negro extendió las alas y remontó el vuelo.

Un remolino de llamas oscuras alcanzó a Kraznys en pleno rostro. Los ojos se le fundieron y le corrieron por las mejillas, el aceite del pelo y la barba se incendió con tanta violencia que, durante un instante, el traficante tuvo una corona de fuego dos veces más alta que su cabeza. El repentino hedor a carne quemada se impuso hasta al perfume, y su aullido pareció ahogar todos los demás sonidos.

La Plaza del Castigo estalló en sangre y caos. Los Bondadosos Amos gritaban, tropezaban, se empujaban entre sí y se enredaban con los flecos de sus *tokars*. *Drogon* voló casi perezoso hacia Kraznys, batiendo las alas negras. Mientras hacía que el traficante de esclavos probara el fuego de nuevo, Irri y Jhiqui desencadenaron a *Viserion* y a *Rhaegal*, y pronto hubo tres dragones en el aire. Cuando Dany se volvió para mirar, un tercio de los orgullosos guerreros de Astapor, con sus cuernos de demonios, luchaban por no caerse de sus aterradas monturas, mientras otro tercio huía en un relámpago brillante de cobre. Uno consiguió mantenerse en la silla el tiempo suficiente para desenvainar una espada, pero el látigo de Jhogo se enroscó en torno a su cuello y cortó un grito antes de que naciera. Otro perdió una mano ante el *arakh* de Rakharo y cayó rodando y escupiendo sangre. Aggo estaba a lomos del caballo, tranquilo; no hacía más que poner una flecha tras otra en la cuerda de su arco antes de dispararlas contra los *tokars*. De oro, de plata o sencillos; no le importaban los flecos. El poderoso Belwas también había desenfundado el *arakh* y lo hacía girar en el aire mientras atacaba.

—¡Lanzas! —oyó Dany gritar a un astapori. Era Grazdan, el viejo Grazdan, con su *tokar* cargado de perlas—. ¡Inmaculados! ¡Defendednos, detenedlos, defended a vuestros amos! ¡Espadas! ¡Lanzas!

Cuando Rakharo le atravesó la boca con una flecha, los esclavos que transportaban su silla de mano echaron a correr y lo tiraron al suelo sin ceremonias. El anciano se arrastró hasta la primera hilera de eunucos; su sangre dejaba charcos en los adoquines. Los Inmaculados ni siquiera bajaron la vista para ver cómo moría. Se mantuvieron firmes hilera tras hilera tras hilera.

Y no se movieron.

«Los dioses han escuchado mis oraciones.»

—¡Inmaculados! —Dany galopó ante ellos, con la trenza plata y oro volando a su espalda y la campanilla tintineando con cada paso de la yegua—. Matad a los Bondadosos Amos, matad a los soldados, matad a todo hombre que vista un *tokar* o tenga una fusta, pero no hagáis daño a ningún niño menor de doce años, y liberad de las cadenas a todo esclavo que encontréis. —Alzó los dedos de la arpía por encima de la cabeza... y tiró al suelo la fusta—. ¡Libertad! —gritó—. *¡Dracarys! ¡Dracarys!*

—*¡Dracarys!* —gritaron ellos, y Dany no había oído jamás sonido más dulce—. *¡Dracarys! ¡Dracarys!*

Y por doquier los traficantes de esclavos corrieron, y sollozaron, y suplicaron, y murieron, y el aire polvoriento se pobló de fuego y lanzas.

SANSA

La mañana en la que iba a estar listo su vestido nuevo, las criadas de Sansa le llenaron la bañera con agua humeante y la frotaron a conciencia de los pies a la cabeza. Fue la doncella de la propia Cersei la que le arregló las uñas, y le cepilló y le onduló la melena color castaño rojizo de manera que le cayera por la espalda en suaves bucles. También le llevó una docena de los perfumes favoritos de la Reina, de los que Sansa eligió una fragancia dulce y sutil con un toque de limón bajo el aroma floral. La doncella se puso unas gotas en el dedo y luego tocó a Sansa detrás de las orejas, bajo la barbilla y en los pezones.

Cersei llegó con la costurera y se quedó mirando mientras le ponían a Sansa la ropa nueva. La interior era de seda; el vestido, en cambio, era de brocado color marfil con hilo de plata y forro de seda plateada. Las puntas de las largas y amplísimas mangas casi tocaban el suelo cuando bajaba los brazos. Era sin duda un vestido de mujer, no de niñita. El escote del corpiño le llegaba casi hasta el vientre y estaba recubierto con un ornamentado encaje myriense color gris paloma. La falda era larga y amplia, con la cintura tan apretada que Sansa tuvo que contener la respiración mientras le hacían las lazadas. También le llevaron calzado nuevo: unas zapatillas de suave piel de gamo gris que le abrazaban los pies como amantes.

—Estáis muy hermosa, mi señora —dijo la costurera una cuando terminaron de vestirla.

—Sí, ¿verdad? —Sansa dejó escapar una risita y se giró para ver cómo se movía la falda—. Estoy hermosa. —Se moría por que Willas la viera con aquel atavío. «Me querrá, tendrá que quererme... En cuanto me vea se olvidará de Invernalia, de eso me encargaré yo.»

—Le falta alguna joya —dijo la reina Cersei examinándola con gesto crítico—. Las adularias que le regaló Joffrey.

—Como ordenéis, Alteza —respondió la sirvienta.

Cuando las adularias adornaron el cuello y las orejas de Sansa, la Reina asintió con aprobación.

—Muy bien. Los dioses han sido generosos contigo, Sansa. Eres una muchachita preciosa. Casi me repugna desperdiciar una inocencia tan dulce con esa gárgola.

—¿Qué gárgola? —Sansa no entendía nada. ¿Se refería a Willas? «¿Cómo es posible que lo sepa?» No lo sabía nadie excepto ella, Margaery y la Reina de Espinas... y Dontos, claro, pero él no contaba.

—La capa —ordenó Cersei Lannister sin hacer caso de la pregunta. Y las mujeres se la llevaron; era una capa larga de terciopelo blanco y abundantes

adornos de perlas. Llevaba bordado en hilo de plata un fiero huargo. Sansa la miró, aterrada de pronto—. Son los colores de tu padre —dijo Cersei mientras se la abrochaban en torno al cuello con una fina cadena de plata.

«¡Una capa de doncella!» Sansa se llevó la mano a la garganta. Si hubiera tenido valor, se habría arrancado la capa allí mismo.

—Estás más guapa con la boca cerrada, Sansa —le dijo Cersei—. Vamos. Está esperando el septon. Y también los invitados de la boda.

—No —farfulló Sansa—. No.

—Sí. Eres pupila de la corona. Dado que tu hermano es un traidor deshonrado, el Rey ocupa el lugar de tu padre, lo que significa que tiene derecho a disponer de tu mano. Te vas a casar con mi hermano Tyrion.

«Por mis derechos sobre Invernalia», pensó espantada. El bufón Dontos había estado en lo cierto; había sabido ver qué iba a pasar. Sansa dio un paso atrás.

—Me niego.

«Voy a casarme con Willas; voy a ser la señora de Altojardín, por favor...»

—Comprendo tu renuencia. Puedes llorar si quieres. Si yo estuviera en tu lugar me arrancaría el pelo a mechones. Es un enano repugnante, no me cabe duda, pero te vas a casar con él.

—No me podéis obligar.

—Claro que podemos. Puedes venir tranquila y pronunciar los votos como una dama, o puedes resistirte, chillar y dar un espectáculo para que se rían los mozos de cuadras; de cualquiera de las dos maneras, acabarás igual, casada y encamada. —La Reina abrió la puerta. Ser Meryn Trant y Ser Osmund Kettleblack aguardaban al otro lado con las armaduras blancas de la Guardia Real—. Escoltad a Lady Sansa hasta el sept —les dijo—. A la fuerza si es necesario, pero intentad no romperle el vestido; es muy caro.

Sansa trató de escapar, pero la sirvienta de Cersei la atrapó antes de que se hubiera alejado un metro. Ser Meryn Trant le lanzó una mirada que la hizo estremecer, pero Kettleblack la cogió del brazo casi con afecto.

—Haced lo que os dicen, pequeña. No va a ser tan terrible. Además, se supone que los lobos son valientes, ¿no?

«Valientes. —Sansa respiró hondo—. Sí, soy una Stark, tengo que ser valiente.» Todos la estaban mirando igual que la habían mirado en el patio cuando Ser Boros Blount le había arrancado la ropa. Aquel día había sido el Gnomo quien la había salvado de la paliza, el mismo hombre que la estaba esperando en aquel momento. «No es tan malo como los demás», se dijo.

—Iré.

—Sabía que atenderías a razones —dijo Cersei con una sonrisa.

Más adelante no recordaría haber salido de la habitación, ni haber bajado por las escaleras, ni haber cruzado el patio. El simple hecho de dar un paso detrás de otro parecía requerir de toda su atención. Ser Meryn y Ser Osmund caminaban a su lado, con capas tan blancas como la que llevaba ella; sólo les

faltaban las perlas y el lobo huargo de su padre. El propio Joffrey la esperaba en la escalera del sept del castillo. El Rey estaba resplandeciente con su atavío escarlata y dorado, y llevaba la corona puesta.

—Hoy soy tu padre —le anunció.

—No es verdad —replicó ella.

—Sí que es verdad. —El rostro del muchacho se tensó—. Soy tu padre y te puedo casar con quien quiera. ¡Con quien quiera! Si me da la gana, puedo hacer que te cases con el porquerizo y encamarte con él en la pocilga. —Los ojos verdes le brillaron con diversión—. O tal vez debería entregarte a Ilyn Payne, ¿lo prefieres?

—Por favor, Alteza —suplicó Sansa; tenía el corazón desbocado—. Si alguna vez me quisisteis, aunque sólo fuera un poquito, no me obliguéis a casarme con vuestro...

—¿Tío? —Tyrion Lannister salió por la puerta del sept—. Alteza —le dijo a Joffrey—, ¿tendrías la bondad de dejarme un momento a solas con Lady Sansa?

El Rey estuvo a punto de negarse, pero su madre le lanzó una mirada imperiosa y todos retrocedieron unos pocos pasos.

Tyrion vestía un jubón de terciopelo negro con filigranas doradas, botas altas hasta el muslo, que le hacían cinco dedos más alto, y una cadena de rubíes y cabezas de león. Pero la cicatriz que le cruzaba la cara era reciente y roja, y los restos de la nariz eran una costra repugnante.

—Estás muy hermosa, Sansa —le dijo.

—Sois muy amable, mi señor.

No supo qué añadir. «¿Debería decirle que él es muy apuesto? Pensará que soy idiota o una mentirosa.» Bajó la vista y se mordió la lengua.

—Ya sé que ésta no es manera de traerte a tu boda, mi señora. Lo lamento mucho, y también haberlo hecho de manera tan repentina y secreta. Mi señor padre lo ha creído necesario por razones de Estado. De lo contrario, habría hablado antes contigo; me habría gustado de verdad. —Se acercó a ella con sus pasos anadeantes—. Sé que no has pedido este matrimonio. Tampoco yo. Pero si me hubiera negado te habrían casado con mi primo Lancel. Puede que lo prefieras; es más o menos de tu edad y de aspecto más atractivo que yo. Si es tu deseo, dímelo y pondré fin a esta farsa.

«No quiero a ningún Lannister —se moría por decirle—. Quiero a Willas, quiero Altojardín, los cachorros, la barcaza y unos hijos llamados Eddard, Bran y Rickon. —Pero entonces recordó lo que le había dicho Dontos en el bosque de dioses—. Tyrell o Lannister, tanto da, no me quieren a mí, sólo mis derechos sobre Invernalia.»

—Sois muy bondadoso, mi señor —dijo, derrotada—. Soy pupila del trono y mi deber es casarme con quien ordene el rey.

Tyrion la examinó con sus ojos dispares.

—Sé que no soy el marido con el que soñaría una jovencita, Sansa —dijo con voz amable—, pero tampoco soy Joffrey.

—No —dijo ella—. Fuisteis bueno conmigo. Lo recuerdo.

—En ese caso, entremos —propuso Tyrion ofreciéndole una mano gruesa de dedos cortos—. Cumplamos con nuestro deber.

De modo que Sansa le dio la mano y avanzaron juntos hacia el altar, donde el septon aguardaba entre la Madre y el Padre para unir sus vidas para siempre. Vio a Dontos, con sus ropas de bufón, que la miraba con ojos como platos. Ser Balon Swann y Ser Boros Blount estaban allí con sus armaduras blancas de la Guardia Real; pero en cambio, no vio a Ser Loras.

«No hay ningún Tyrell presente», advirtió de repente. En cambio, sí había muchos testigos: el eunuco Varys, Ser Addam Marbrand, Lord Philip Foote, Ser Bronn, Jalabhar Xho y otra docena de personas. Lord Gyles tosía; Lady Ermesande mamaba, y la hija embarazada de Lady Tanda no paraba de sollozar sin motivo aparente. «Que la dejen llorar —pensó Sansa—. Puede que yo haga lo mismo antes de que acabe el día.»

La ceremonia transcurrió como en sueños. Sansa hizo todo lo que se le pidió. Hubo oraciones, votos y cánticos; las velas ardieron con un centenar de lucecillas danzarinas que las lágrimas de sus ojos transformaron en un millar. Por suerte nadie pareció darse cuenta de que estaba llorando allí de pie, envuelta en los colores de su padre; o, si se dieron cuenta, disimularon. Le pareció que el momento del cambio de capas había llegado muy pronto.

Como padre del reino, Joffrey ocupaba el lugar de Lord Eddard Stark. Sansa se quedó rígida como una lanza mientras el muchacho le rodeaba los hombros con las manos para abrir el broche de la capa. Una de ellas le rozó un pecho, y se demoró allí un instante para darle un pellizco. Por fin, el broche se abrió, y Joff le quitó la capa de doncella con un regio movimiento florido y una sonrisa.

La parte que le correspondía a su tío no fue tan bien. La capa de desposada que llevaba en las manos era grande y pesada, de terciopelo escarlata con un bordado de leones y un ribete de seda dorada y rubíes, pero nadie había pensado en llevar un taburete, y Tyrion era un codo más bajo que su novia. Cuando se situó detrás de ella, Sansa sintió un tirón brusco en la falda.

«Quiere que me arrodille», comprendió con sonrojo. Aquello era humillante; nada era como debía ser. Había soñado mil veces con el día de su boda, siempre había imaginado a su prometido alto y fuerte tras ella cuando le pusiera sobre los hombros la capa de su protección, y luego se inclinaba y le daba un tierno beso en cada mejilla antes de cerrar el broche.

Sintió otro tirón en la falda, éste ya más insistente.

«Me niego. ¿Por qué voy a preocuparme por sus sentimientos? Los míos no le importan a nadie.»

El enano le tiró de la falda por tercera vez. Ella apretó los labios con obstinación y fingió que no se daba cuenta. A sus espaldas alguien reía entre dientes. «La Reina», pensó, pero no tenía importancia. Para entonces, todos se estaban riendo ya; las carcajadas de Joffrey eran las más sonoras.

—Dontos, ponte a cuatro patas —ordenó el Rey—. Mi tío necesita una ayudita para trepar hasta su esposa.

Así fue cómo su señor esposo le puso la capa con los colores de la Casa Lannister: de pie sobre la espalda de un bufón.

Cuando Sansa se volvió, el hombrecillo la miraba desde abajo, con los labios tensos y el rostro tan rojo como la capa. De pronto se avergonzó por su testarudez. Se alisó las faldas y se arrodilló delante de él para que sus cabezas quedaran al mismo nivel.

—Con este beso te entrego en prenda mi amor y te acepto como señor y como esposo.

—Con este beso te entrego en prenda mi amor —replicó el enano con voz ronca—, y te acepto como mi señora y esposa.

Se inclinó hacia delante y sus labios se rozaron.

«¡Es tan feo...! —pensó Sansa cuando acercó el rostro al suyo—. Es aún más feo que el Perro.»

El septon levantó en alto su cristal, de modo que la luz con todos los colores del arco iris los bañó a ambos.

—Aquí, ante los ojos de los dioses y los hombres —dijo—, proclamo solemnemente a Tyrion de la Casa Lannister y a Sansa de la Casa Stark marido y mujer, una sola carne, un solo corazón, una sola alma, ahora y por siempre, y maldito sea quien se interponga entre ellos.

Sansa tuvo que morderse un labio para ahogar un sollozo.

El banquete nupcial se celebró en la sala menor. Habría unos cincuenta invitados, en su mayor parte vasallos y aliados de los Lannister, a los que se unieron los que habían asistido a la ceremonia. Allí vio Sansa a los Tyrell. Margaery la miró con ojos llenos de tristeza, y la Reina de las Espinas, que llegó escoltada entre Izquierdo y Derecho, ni siquiera alzó la vista hacia ella. Elinor, Alla y Megga hacían como si no existiera.

«Mis amigas», pensó Sansa con amargura.

Su esposo bebía mucho y apenas comía. Escuchaba a todos los que se levantaban para hacer brindis, y de cuando en cuando los agradecía con un asentimiento seco, pero por lo demás, su rostro podría haber estado esculpido en piedra. El banquete pareció durar siglos, aunque Sansa no probó la comida. Quería que todo terminara cuanto antes y, pese a eso, temía el final. Porque después del banquete llegaría el encamamiento. Los hombres la llevarían al lecho nupcial y la desnudarían por el camino entre chistes groseros sobre el destino que la aguardaba bajo las sábanas, mientras que las mujeres hacían lo mismo con Tyrion. Sólo cuando los hubieran metido desnudos en el lecho los dejarían a solas, aunque los invitados se quedarían ante la puerta del dormitorio matrimonial y les gritarían sugerencias obscenas desde allí. Cuando Sansa era niña, la perspectiva del encamamiento le parecía algo maravilloso, emocionante y un poco perverso, pero entonces, cuando se acercaba el momento sólo sentía terror.

No soportaría que le arrancaran la ropa, y sin duda, a la primera broma soez se echaría a llorar.

Cuando los músicos empezaron a tocar puso una mano sobre la de Tyrion con gesto tímido.

—¿No deberíamos abrir el baile, mi señor?

—Creo que ya les hemos proporcionado bastantes motivos para reírse por hoy, ¿no te parece? —le preguntó su esposo con una mueca.

—Como diga mi señor. —Sansa retiró la mano.

Joffrey y Margaery abrieron el baile en su lugar.

«¿Cómo es posible que un monstruo baile tan bien?», se preguntó Sansa. A menudo había soñado despierta acerca de cómo sería el baile de su boda, con todos los ojos clavados en ella y en su apuesto señor. En sus fantasías, todos los presentes sonreían. «Ni siquiera mi esposo está sonriendo.»

Otros invitados se unieron enseguida al Rey y a su prometida. Elinor danzaba con su joven escudero, y Megga, con el príncipe Tommen. Lady Merryweather, la belleza myriense de pelo negro y grandes ojos oscuros, giraba de una manera tan provocadora que no hubo hombre en la sala que no la mirase. Lord y Lady Tyrell se movían de manera más tranquila. Ser Kevan Lannister rogó a Lady Janna Fossoway, la hermana de Lord Tyrell, que le concediera el honor de bailar con ella. Meredyth Crane, a quien todos llamaban Sonrisas, danzaba con el príncipe exiliado Jalabhar Xho, que estaba muy atractivo con sus galas emplumadas. Cersei Lannister bailó primero con Lord Redwyne, luego con Lord Rowan y por último con su padre, que se movía con seria elegancia.

Sansa, con las manos cruzadas sobre el regazo, observó cómo se movía la Reina, cómo se reía y agitaba los bucles dorados.

«Los hechiza a todos —pensó, derrotada—. Cuánto la odio.» Apartó la vista para mirar al Chico Luna, que bailaba con Dontos.

—Lady Sansa. —Ser Garlan Tyrell estaba de pie junto al estrado—. ¿Me concedéis el honor de este baile, si vuestro señor esposo da su permiso?

—Mi señora puede danzar con quien le plazca —dijo el Gnomo entrecerrando los ojos dispares.

Tal vez habría debido quedarse al lado de su esposo, pero tenía tantas ganas de bailar... Además, Ser Garlan era hermano de Margaery, de Willas, de su Caballero de las Flores.

—Ahora entiendo por qué os llaman Garlan *el Galante*, Ser —dijo al tiempo que le tomaba de la mano.

—Mi señora es muy gentil. Resulta que ese apodo me lo puso mi hermano Willas para protegerme.

—¿Para protegeros? —Sansa lo miró asombrada.

Ser Garlan se echó a reír.

—Me temo que era yo un muchachito bajo y regordete, y tenemos un tío al que todos llaman Garth *el Grosero*. De manera que Willas se adelantó a los

acontecimientos, aunque no antes de amenazarme con Garlan *el Gallina*, Garlan *el Guarro* y Garlan *el Gárgola*.

Era una tontería tan encantadora que, pese a las circunstancias, Sansa no pudo contener la risa. La invadió una absurda sensación de gratitud. Sin saber por qué, la risa hacía que volviera a albergar esperanzas, aunque fuera sólo por un momento. Sonrió y se dejó llevar por la música; se perdió en los pasos, en el sonido de las flautas, los caramillos y el arpa, en el ritmo del tambor... y en ocasiones, cuando el baile los juntaba, en los brazos de Ser Garlan.

—Mi señora esposa está muy preocupada por vos —le dijo en voz baja en una de esas ocasiones.

—Lady Leonette es muy amable. Por favor, decidle que estoy bien.

—Una novia no debería estar simplemente bien el día de su boda. —La voz con la que se dirigía a ella era afectuosa—. Parecíais al borde de las lágrimas.

—Lágrimas de alegría, Ser.

—Vuestros ojos dicen que vuestra lengua miente. —Ser Garlan la hizo girar y la atrajo hacia su costado—. Mi señora, he visto cómo miráis a mi hermano. Loras es valiente y atractivo; todos lo queremos de corazón... Pero vuestro Gnomo será mejor esposo. Creo que es un hombre mucho más grande de lo que aparenta.

La música los separó antes de que Sansa supiera qué responderle. Se encontró enfrente de Mace Tyrell, congestionado y sudoroso; luego, enfrente de Lord Merryweather, y luego, enfrente del príncipe Tommen.

—Yo también me quiero casar —dijo el principito regordete, que acababa de cumplir nueve años—. ¡Soy más alto que mi tío!

—Ya lo veo —dijo Sansa antes de que volvieran a cambiar las parejas.

Ser Kevan le dijo que estaba muy hermosa, Jalabhar Xho le dijo algo que no comprendió en el idioma de las Islas del Verano, y Lord Redwyne le deseó muchos hijos gorditos e incontables años de felicidad. Y entonces, el baile la situó cara a cara con Joffrey.

Sansa se puso rígida cuando la rozó con la mano, pero el Rey la agarró con más fuerza y la atrajo hacia él.

—No estés tan triste. Mi tío es un enano repulsivo, pero todavía me tienes a mí.

—¡Te vas a casar con Margaery!

—Un rey puede tener otras mujeres, y muchas putas. Mi padre las tenía, y también uno de los Aegons. El tercero o el cuarto, no sé. Tuvo montones de putas y bastardos. —Mientras giraban al ritmo de la música, Joff le dio un beso húmedo—. Mi tío te traerá a mi cama cuando yo se lo ordene.

—Se negará —dijo Sansa sacudiendo la cabeza.

—Hará lo que le diga o le cortaré la cabeza. Ese rey Aegon tenía todas las mujeres que quería, estuvieran casadas o no.

Por suerte llegó de nuevo el momento del cambio de parejas, pero Sansa sentía las piernas como si fueran de madera, y Lord Rowan, Ser Tallad y el

escudero de Elinor debieron de pensar que era una bailarina de lo más torpe. Luego se volvió a encontrar frente a Ser Garlan y, afortunadamente, el baile terminó.

Pero su alivio no duró mucho. En cuanto la música cesó, oyó el grito de Joffrey.

—¡Es hora de encamarlos! ¡Vamos a quitarle la ropa a la loba, a ver qué le puede ofrecer a mi tío!

Otros hombres se unieron al grito. Su señor esposo alzó la vista de la copa de vino con un movimiento lento, deliberado.

—No va a haber encamamiento.

—Si yo lo ordeno, lo habrá. —Joffrey agarró a Sansa por el brazo.

—Entonces complacerás a tu prometida con una polla de madera. —El Gnomo clavó la daga en la mesa—. Porque te juro que te capo.

Se hizo un silencio tenso. Sansa se apartó de Joffrey, pero la tenía sujeta con fuerza y se le desgarró la manga del vestido. Nadie pareció darse cuenta. La reina Cersei se volvió hacia su padre.

—¿Has oído lo que ha dicho?

—Podemos prescindir del encamamiento —dijo Lord Tywin poniéndose en pie—. Estoy seguro de que no pretendías proferir amenazas contra la regia persona del Rey, Tyrion.

Sansa vio una nube de cólera pasar por el rostro de su esposo.

—Me he expresado mal —dijo—. Sólo ha sido una broma pesada.

—¡Me has amenazado con caparme! —chilló Joffrey.

—Es verdad, Alteza —dijo Tyrion—, pero sólo porque envidio tu regio miembro viril. El mío es tan pequeño y retorcido... —Le dedicó una mueca burlona—. Y si me cortáis la lengua, no me quedará ninguna manera de complacer a la bella esposa que me habéis dado.

A Ser Osmund Kettleblack se le escapó una carcajada, y otros rieron entre dientes. Pero Joff no sonrió, y Lord Tywin, tampoco.

—Alteza, es evidente que mi hijo está enfermo —dijo.

—Cierto —confesó el Gnomo—, pero no tanto que no me pueda encargar de encamarme yo solito. —Saltó del estrado y agarró a Sansa sin miramientos—. Vamos, esposa; es hora de abrirte la poterna. Quiero jugar a «entra en el castillo».

Sansa se puso roja y lo siguió hacia la puerta de la sala menor. «¿Qué otra cosa puedo hacer?» Tyrion anadeaba al caminar, sobre todo cuando iba tan deprisa como en aquel momento. Los dioses se apiadaron de ellos, y ni Joffrey ni nadie hicieron ademán de seguirlos.

Para la noche de bodas les habían cedido un dormitorio lleno de ventanales en lo más alto de la Torre de la Mano. Cuando entraron, Tyrion cerró la puerta de una patada.

—En el aparador hay una jarra de vino del Rejo, Sansa. ¿Tendrías la bondad de servirme una copa?

—¿Creéis que es buena idea, mi señor?

—La mejor que he tenido nunca. No estoy borracho del todo, ¿sabes? Pero lo pienso estar.

Sansa llenó una copa para su esposo y otra para ella.

«Si yo también estoy borracha será más fácil.» Se sentó al borde de la cama adoselada y se bebió la mitad del contenido de tres largos tragos. Sin lugar a dudas, el vino era exquisito, pero estaba demasiado nerviosa para paladearlo. Enseguida, la cabeza le empezó a dar vueltas.

—¿Queréis que me desvista, mi señor?

—Tyrion. —Inclinó la cabeza a un lado—. Me llamo Tyrion, Sansa.

—Tyrion. Mi señor. ¿Queréis que me quite el vestido o preferís desnudarme vos? —Bebió otro trago de vino.

—La primera vez que me casé —dijo el Gnomo, apartándose de ella— únicamente estábamos nosotros, un septon borracho y unos cuantos cerdos como testigos. En el banquete de bodas nos comimos a uno de los testigos. Tysha me daba trocitos crujientes de piel y yo le lamía la grasa de los dedos, y cuando caímos en la cama no parábamos de reír.

—¿Habíais estado casado? Lo había... Lo había olvidado.

—No lo habías olvidado, es que no lo sabías.

—¿Quién era ella, mi señor? —preguntó Sansa, que muy a su pesar sentía curiosidad.

—Lady Tysha. —Apretó los labios—. De la Casa Puñadoplata. Su escudo de armas muestra una moneda de oro y ciento de plata sobre una sábana ensangrentada. Fue un matrimonio muy breve... como corresponde a un hombre de mi brevedad, claro. —Sansa se miró las manos y no dijo nada—. ¿Cuántos años tienes, Sansa? —preguntó Tyrion tras un momento.

—Trece —respondió—. Los cumpliré la próxima luna.

—Dioses misericordiosos. —El enano bebió otro trago de vino—. En fin, aunque hablemos toda la noche no vas a ser mayor. Sigamos, mi señora, si te parece bien.

—Me parecerá bien lo que diga mi señor.

Aquello lo enfureció.

—Te escondes detrás de la cortesía como si fuera la muralla de un castillo.

—La cortesía es la armadura de una dama —dijo Sansa, como le había enseñado siempre su septa.

—Ahora estás con tu esposo, te puedes quitar la armadura.

—¿Y la ropa?

—También. —Le hizo un gesto con la mano en la que tenía la copa—. Mi señor padre me ha ordenado que consume este matrimonio.

A Sansa le temblaban las manos cuando empezó a desanudarse las lazadas. Le parecía que tenía los dedos de madera reseca, pero aun así consiguió desatarse las cintas y desabrocharse los botones; la capa, el vestido, el corsé y la enagua cayeron al suelo, y por fin se quitó la ropa interior. Se le erizó el vello de

los brazos y las piernas. Mantuvo los ojos clavados en el suelo, demasiado tímida para mirarlo, pero cuando terminó, alzó la vista y vio cómo la contemplaba él. Le pareció que en el ojo verde había hambre, y en el negro, furia. Sansa no habría sabido decir cuál la atemorizaba más.

—Eres una niña.

—Ya he florecido —dijo ella, tapándose los pechos con las manos.

—Eres una niña —repitió—, pero te deseo. ¿Eso te da miedo, Sansa?

—Sí.

—A mí también. Sé que soy feo...

—No, mi se...

—No mientas, Sansa. —Tyrion se puso de pie—. Soy deforme y estoy lleno de cicatrices; soy pequeño, pero... —Sansa vio que no daba con las palabras—. Pero en la cama, una vez apagadas las velas, no soy peor que los demás hombres. En la oscuridad soy el Caballero de las Flores. —Bebió un trago de vino—. Soy generoso; soy leal con quienes me son leales. He demostrado que no soy ningún cobarde. Y soy más inteligente que la mayoría de los hombres; el cerebro tiene que contar. También puedo ser bueno. Mucho me temo que la bondad no es muy común entre los Lannister, pero sé que yo tengo mi ración. Podría... podría ser bueno contigo.

«Está tan asustado como yo», se dio cuenta Sansa. Tal vez aquello debería haber hecho que se sintiera más predispuesta hacia él, pero tuvo el efecto contrario. Lo único que sintió fue pena, y la pena supone la muerte del deseo. Él la estaba mirando; esperaba que dijera algo, pero las palabras no le llegaban a los labios. No pudo hacer más que apartar la mirada temblorosa.

Cuando por fin comprendió que no le iba a responder, Tyrion Lannister apuró el resto del vino.

—Entiendo —dijo con amargura—. Métete en la cama, Sansa. Tenemos que cumplir con nuestro deber.

Ella se subió al colchón de plumas, consciente de su mirada. Una vela de cera perfumada ardía en la mesita de noche, y había pétalos de rosa entre las sábanas. Empezó a subir la manta para taparse.

—No —le oyó decir.

El frío la hizo estremecer, pero obedeció. Cerró los ojos y aguardó. Al cabo de unos instantes oyó a su marido quitándose las botas, y el crujido de la ropa mientras se desvestía. Cuando se subió a la cama y le puso una mano sobre un pecho, Sansa no pudo reprimir un escalofrío. Se quedó tendida, con los ojos cerrados y los músculos tensos, aterrada ante la idea de lo que iba a suceder. ¿Volvería a tocarla? ¿La besaría? ¿Debía abrir las piernas ya? No sabía qué se esperaba de ella.

—Sansa. —Había apartado la mano—. Abre los ojos.

Había prometido obedecer, de modo que abrió los ojos. Tyrion estaba sentado a sus pies, desnudo. Allí donde se le unían las piernas sobresalía su cayado viril, rígido y duro en un lecho de grueso vello rubio. Era lo único recto

que tenía.

—Mi señora —dijo Tyrion—, eres muy hermosa, no me interpretes mal, pero... No puedo seguir adelante con esto. Que se vaya a la mierda mi padre. Esperaremos. A que cambie la luna, un año, una estación... lo que haga falta. Hasta que me conozcas mejor y tal vez incluso confíes un poco en mí.

Su sonrisa tal vez pretendía tranquilizarla, pero al no tener nariz, sólo conseguía parecer más grotesco y siniestro.

«Míralo —se ordenó Sansa—, mira a tu esposo, míralo bien; la septa Mordane decía que todos los hombres son hermosos, busca su hermosura, búscala. —Contempló las piernas torcidas, la frente abultada y brutal, el ojo verde y el ojo negro, los restos de la nariz, la retorcida cicatriz rosa, la maraña de pelo negro y dorado que era su barba... Hasta su miembro viril era feo, grueso, venoso, con la cabeza bulbosa y violácea—. Esto no es justo, no es justo, ¿en qué he ofendido a los dioses para que me traten así?»

—Te juro por mi honor de Lannister que no te tocaré hasta que tú quieras —dijo el Gnomo.

Tuvo que reunir todo el valor que le quedaba para mirar aquellos ojos dispares.

—¿Y si no quiero nunca, mi señor?

—¿Nunca? —Tyrion hizo una mueca como si lo acabara de abofetear. Sansa tenía el cuello tan rígido que apenas pudo asentir—. Bueno —añadió él—, para eso hicieron los dioses a las putas: para los gnomos como yo.

Cerró los dedos cortos y gruesos en un puño, y se bajó de la cama.

ARYA

Sept de Piedra era la ciudad más grande que Arya había visto, aparte de Desembarco del Rey, y Harwin le contó que allí era donde su padre había obtenido la victoria en su famosa batalla.

—Los hombres del Rey Loco perseguían a Robert para alcanzarlo antes de que pudiera reunirse con vuestro padre —le dijo mientras cabalgaban hacia las puertas de la muralla—. Lo hirieron, y unos amigos estaban cuidado de él cuando Lord Connington, la Mano, tomó la ciudad con un gran ejército y empezó a registrarla casa por casa. Pero antes de que lo encontraran, Lord Eddard y vuestro abuelo cayeron sobre la ciudad y la asaltaron. Lord Connington se defendió con bravura. Lucharon en las calles, en los callejones, hasta en los tejados, y todos los septones hicieron sonar las campanas, para que los ciudadanos supieran que tenían que cerrar las puertas. Cuando oyó las campanas, Robert salió de su escondrijo para tomar parte en los combates. Se dice que aquel día mató a seis hombres. Uno de ellos era Myles Mooton, un famoso caballero que había sido escudero del príncipe Rhaegar. Seguro que también habría matado a la Mano, pero quiso la suerte que no se enfrentaran. En cambio, Connington hirió de gravedad a vuestro abuelo Tully, y también mató a Ser Denys Arryn, el niño mimado del Valle. Pero al ver que la derrota era inminente salió huyendo, más veloz, que los grifos de su escudo. La llamaron la batalla de las Campanas. Robert decía siempre que el que la ganó fue vuestro padre, no él.

Por el aspecto de aquel lugar, Arya pensó que allí se habían librado batallas más recientes. Las puertas de la ciudad estaban recién puestas; ni siquiera habían pulido la madera. Junto a las murallas había un montón de tablones quemados que indicaban sin lugar a dudas lo que había pasado con las antiguas.

Sept de Piedra estaba cerrado a cal y canto, pero cuando el capitán de la guardia vio quiénes eran, les abrió un postigo.

—¿Cómo andáis de comida? —preguntó Tom mientras entraban.

—No tan mal como hasta hace poco. El Cazador trajo un rebaño de ovejas, y ha habido algo de comercio por el Aguasnegras. La cosecha del sur del río no se quemó. Pero claro, lo que tenemos está muy solicitado. Un día vienen lobos, al otro Titiriteros... Los que no quieren comida buscan saquear o violar mujeres, y los que no buscan oro ni mozas, andan detrás del maldito Matarreyes. Se dice que se le escapó a Lord Edmure ante sus narices.

—¿Lord Edmure? —Lim frunció el ceño—. ¿Qué pasa, ha muerto Lord Hoster?

—Si no ha muerto, está a punto. ¿Creéis que el Lannister se dirigirá al Aguasnegras? El Cazador dice que es el camino más rápido para llegar a Desembarco del Rey. —El capitán no se detuvo a esperar la respuesta—. Se ha llevado a los perros por si encuentran el rastro. Si Ser Jaime anda por aquí, darán con él. He visto a esos animales hacer pedazos a osos. ¿Creéis que les gustará la sangre de león?

—Un cadáver mordido no sirve de nada a nadie —replicó Lim—. Y el Cazador lo sabe de sobra.

—Cuando vinieron los occidentales, violaron a la mujer y a la hermana del Cazador, prendieron fuego a sus cosechas, se comieron la mitad de sus ovejas y a la otra mitad la mataron sólo para causar daño. También le mataron seis perros y tiraron los cuerpos dentro del pozo. En mi opinión, un cadáver mordido le serviría de mucho. Y a mí también.

—Pues más vale que no haga tonterías —dijo Lim—. Así de simple: más vale que no haga ninguna tontería, que para tonto ya os tenemos a vos.

Arya cabalgó entre Harwin y Anguy cuando los bandidos avanzaron por las calles donde otrora había luchado su padre. Divisó el sept, en la colina, y un poco más abajo, un torreón achaparrado de piedra gris, que parecía demasiado pequeño para una ciudad tan grande. Pero un tercio de las casas junto a las que pasó eran ruinas ennegrecidas, y no vieron a nadie.

—¿Es que han matado a todos los habitantes?

—No, lo que pasa es que son tímidos.

Anguy le señaló a dos arqueros situados en un tejado, y luego a unos niños de rostros manchados de hollín acuclillados entre los escombros de una taberna. Más adelante, un panadero abrió los postigos de una ventana y llamó a gritos a Lim. El sonido de su voz hizo que más personas se atrevieran a salir de los escondrijos y, poco a poco, Sept de Piedra empezó a cobrar vida a su alrededor.

En el centro de la ciudad, en la plaza del mercado, había una fuente con forma de trucha saltarina que escupía el agua a un estanque poco profundo. Allí las mujeres llenaban cubos y jarras. A pocos metros había una docena de jaulas de hierro, colgadas de postes de madera que crujían bajo su peso. Arya las reconoció al instante. «Jaulas para cuervos.» Los cuervos revoloteaban fuera de las jaulas, chapoteaban en el agua o se posaban sobre los barrotes; dentro, lo que había eran hombres. Lim frunció el ceño y tiró de las riendas.

—¿Y esto? ¿Qué pasa aquí?

—Es justicia —le respondió una de las mujeres de la fuente.

—¿Es que se os ha terminado la cuerda de cáñamo?

—¿Ha sido por orden de Ser Wilbert? —preguntó Tom.

Un hombre soltó una carcajada amarga.

—Los leones mataron a Ser Wilbert hace más de un año. Sus hijos están todos lejos, con el Joven Lobo, engordando en el oeste. ¿Qué les importamos nosotros? Fue el Cazador Loco el que atrapó a estos lobos.

«Lobos. —Arya se quedó helada—. Los hombres de Robb, los de mi padre.» Sin poder evitarlo, se dirigió hacia las jaulas. Los barrotes tenían a los prisioneros tan constreñidos que no podían sentarse ni girar; estaban de pie, desnudos, expuestos al sol, al viento y a la lluvia. En las tres primeras jaulas sólo había cadáveres. Las aves carroñeras se les habían comido los ojos, pero las órbitas vacías parecían seguirla con la mirada. El cuarto hombre de la hilera se movió a su paso. Tenía la desastrada barba cubierta de sangre y moscas, que saltaron cuando la abrió y empezaron a zumbar en torno a su cabeza.

—Agua. —La palabra era como un graznido—. Por favor... agua...

Al oírlo, el hombre de la siguiente jaula abrió los ojos.

—Aquí —dijo—. Aquí, a mí. —Era un anciano; tenía la barba gris, y sobre la calva se le veían las manchas marrones de la edad.

Tras el viejo había otro cadáver, un hombretón de barba roja con un vendaje grisáceo putrefacto que le cubría la oreja izquierda y parte de la sien. Pero lo peor era su entrepierna, donde no quedaba nada más que un agujero marrón costroso en el que pululaban los gusanos. Más adelante había un hombre gordo. Estaba tan cruelmente constreñido en la jaula de cuervos, que costaba imaginar cómo lo habían metido dentro. El hierro se le clavaba en la barriga, y las mollas sobresalían pellizcadas entre los barrotes. Los largos días al sol le habían causado dolorosas quemaduras de los pies a la cabeza. Cuando se movió, la jaula crujió y se meció, y Arya vio tiras de piel blanca allí donde los barrotes le habían escudado la piel del sol.

—¿A quién servíais? —les preguntó.

Al oír su voz, el hombre gordo abrió los ojos. La piel que los rodeaba estaba tan roja que parecían dos huevos hervidos flotando en un plato de sangre.

—Agua... beber...

—¿A quién? —insistió.

—Tú no les hagas caso, chico —le dijo un ciudadano—. No son cosa tuya. Sigue adelante.

—¿Qué han hecho? —le preguntó.

—Pasaron por la espada a ocho personas en la Cascada del Volatinero —le dijo—. Buscaban al Matarreyes, pero como no lo encontraron, se dedicaron a violar y a asesinar. —Señaló con el pulgar el cadáver que tenía gusanos allí donde había estado su miembro viril—. Ése era el de las violaciones. Ahora, sigue adelante.

—Un trago —la llamó el gordo—. Ten compasión, chico, un trago.

El viejo alzó un brazo para agarrar los barrotes. El movimiento hizo que la jaula se meciera con violencia.

—Agua —jadeó el que tenía moscas en la barba.

Arya miró las cabelleras sucias, las barbas crecidas y los ojos enrojecidos, y sobre todo los labios, secos, agrietados y sangrantes.

«Lobos —volvió a pensar—. Como yo. —¿Acaso era aquélla su manada?—. ¿Es posible que sean hombres de Robb?» Sentía deseos de golpearlos. Sentía

deseos de hacerles daño. Sentía deseos de llorar. Todos parecían mirarla, tanto los vivos como los muertos. El viejo había sacado tres dedos entre los barrotes.

—Agua —suplicó—, agua.

Arya se bajó del caballo.

«No me pueden hacer daño; se están muriendo.» Sacó el tazón que llevaba en las alforjas y se dirigió hacia la fuente.

—¿Qué haces, chico? —le espetó el ciudadano—. No son cosa tuya.

Arya alzó el tazón hacia la boca del pez. El agua le salpicó los dedos y le corrió por la manga, pero ella no se movió hasta que lo tuvo bien lleno. Luego se volvió hacia las jaulas, y el ciudadano hizo ademán de detenerla.

—Aléjate de ellos, chico...

—Es una niña —dijo Harwin—. Dejadla en paz.

—Eso —dijo Lim—. A Lord Beric no le gusta que se enjaule a hombres y se los deje morir de sed. ¿Por qué no los ahorcáis decentemente?

—Lo que hicieron en la Cascada del Volatinero no tenía nada de decente —les espetó el ciudadano.

Los barrotes estaban demasiado juntos para pasar el tazón, así que Harwin y Gendry la ayudaron a auparse. Arya puso un pie sobre las manos entrelazadas de Harwin, se subió a los hombros de Gendry y se agarró a los barrotes de la parte superior de la jaula. El hombre gordo alzó el rostro hacia arriba y apretó las mejillas contra el hierro, y Arya vertió el agua sobre él. El prisionero la sorbió con ansia y dejó que le corriera por la cabeza, por las mejillas y por las manos; luego lamió las gotas de los barrotes. Habría lamido también los dedos de Arya si no los hubiera apartado. Cuando hubo hecho lo mismo con los otros dos, ya se había congregado una multitud a su alrededor.

—El Cazador Loco se va a enterar de esto —amenazó un hombre—. Y no le va a gustar ni un pelo.

—Esto le gustará menos aún.

Anguy sacó una flecha del carcaj, tensó el arco y disparó. El hombre gordo se estremeció cuando la saeta se le clavó entre las papadas, aunque la jaula impidió que cayera. Dos flechas más acabaron con los otros dos norteños. En la plaza del mercado no se oía más sonido que el del agua y el zumbido de las moscas.

«*Valar morghulis*», pensó Arya.

En el lado este de la plaza del mercado se alzaba una modesta posada de paredes encaladas y ventanas rotas. Hacía poco que había ardido la mitad del tejado, pero el agujero ya estaba parcheado. Sobre la puerta pendía un cartelón de madera pintada en forma de melocotón al que le faltaba un buen mordisco. Desmontaron junto al rincón del poyo de los establos, y Barbaverde llamó a gritos a los mozos de cuadra.

Una tabernera regordeta y pelirroja gritó de alegría al verlos, y al momento procedió a tomarles el pelo.

—Barbaverde, ¿no? ¿O era Barbagrís? La Madre tenga piedad, ¿cuándo has

envejecido tanto? ¿Eres tú, Lim? ¡Y todavía llevas la misma capa harapienta! Oye, ya sé por qué no la lavas nunca. ¡Tienes miedo de que se le quiten los meados y todos veamos que en realidad eres un caballero de la Guardia Real! ¡Tom, Tom Siete, pedazo de canalla! ¿Has venido a ver a tu hijo? Pues llegas tarde; ha salido con ese Cazador de las narices. ¡Y no te atrevas a decirme que no es tu hijo!

—No ha sacado mi voz —protestó Tom sin mucha energía.

—Pero ha sacado tu nariz. Y también otras partes, por lo que dicen las muchachas. —Entonces se fijó en Gendry y le dio un pellizco en la mejilla—. ¡Pero mirad qué fiera! Ya verás cuando Alyce le eche el ojo a esos brazos. Vaya, y encima se sonroja como una doncella. Bueno, chico, Alyce también te arreglará eso, ya lo verás.

Arya nunca había visto a Gendry tan colorado.

—Atanasia, deja en paz al Toro; es un buen chico —dijo Tom de Sietecauces—. Lo único que necesitamos de ti es dormir a salvo una noche en buenas camas.

—No hables por todos, bardo. —Anguy rodeó con el brazo a una fornida criada, tan pecosa como él.

—Camas tenemos —dijo la pelirroja Atanasia—. No han faltado nunca en el Melocotón. Pero antes, todos a la bañera. La última vez que os quedasteis bajo mi techo me dejasteis pulgas de recuerdo. —Clavó el dedo en el pecho de Barbaverde—. Y encima las tuyas eran verdes. ¿Queréis algo de comer?

—Si tenéis provisiones, no diremos que no —concedió Tom.

—Venga, Tom, ¿cuándo fue la última vez que dijiste que no a algo? —La mujer se rió—. Asaré unos trozos de carnero para tus amigos y una rata vieja para ti. Es más de lo que te mereces, pero si me haces un par de gorgoritos, tal vez me ablande. Yo es que siempre me apiado de los afligidos. Vamos, vamos. Cass, Lanna, poned agua a calentar. Jyzene, ayúdame a quitarles la ropa; habrá que hervirla.

Cumplió todas sus amenazas una por una. Arya trató de explicarle que ya la habían bañado dos veces en Torreón Bellota, hacía menos de quince días, pero no hubo manera de convencer a la pelirroja. Dos criadas la llevaron casi en volandas al piso de arriba mientras discutían entre ellas sobre si era una niña o un niño. Ganó la llamada Helly, de manera que la otra tuvo que subir el agua caliente y restregar la espalda de Arya con un cepillo de cerdas tan duras que casi la despellejaron. Luego se quedaron con toda la ropa que le había dado Lady Smallwood, y la vistieron de lino y encajes, como una de las muñecas de Sansa. Pero al menos, cuando terminaron, pudo bajar a comer.

Una vez sentada en la sala común con su ropa de niña idiota, Arya recordó lo que le había dicho Syrio Forel, el truco de mirar y ver qué había allí. Miró y vio más criadas de las que harían falta en ninguna posada, la mayoría de ellas jóvenes y bonitas. A medida que anochecía iban llegando más y más hombres al Melocotón. No se quedaban mucho tiempo en la sala común, ni siquiera cuando

Tom sacó la lira y empezó a cantar «Seis doncellas en un estanque». Los escalones de madera eran viejos y empinados, y crujían cada vez que uno de los hombres se llevaba a una chica al piso superior.

—Seguro que esto es un burdel —le susurró a Gendry.

—Y tú qué sabes qué es un burdel.

—Lo sé —se empeñó ella—. Es como una taberna, pero con chicas.

—Entonces, ¿qué haces tú aquí? —El muchacho se estaba poniendo colorado otra vez—. Un burdel no es lugar para una niñata de noble cuna, eso lo sabe cualquiera.

Una de las chicas se sentó junto a ella en el banco.

—¿Quién es una dama? ¿La flaquita? —Miró a Arya y se echó a reír—. Yo también soy hija de un rey.

—Mentira. —Arya sabía que se estaba burlando de ella.

—Bueno, puede que sí y puede que no. —Cuando la chica se encogió de hombros, el tirante del vestido se le deslizó por el hombro—. En el Melocotón se cuenta que el rey Robert se folló a mi madre mientras estaba escondido aquí, antes de la batalla. Igual que a todas las otras chicas, claro, pero dice Leslyn que mi madre era la que más le gustaba.

Lo cierto era que la muchacha tenía el pelo como el antiguo rey, se dijo Arya. Una cabellera espesa y negra como el carbón.

«Pero eso no quiere decir nada. Por ejemplo, Gendry tiene el pelo igual. Hay mucha gente con el pelo negro.»

—Me llamo Campy —dijo la chica a Gendry—. Me llamaron así por la batalla de las Campanas. Seguro que podría hacer sonar tu campana. ¿Quieres que pruebe?

—No —le replicó en voz demasiado alta.

—Seguro que sí. —Le acarició un brazo con la mano—. Los amigos de Thoros y del señor del relámpago no tienen que pagar nada.

—¡He dicho que no! —Gendry se levantó sin miramientos, se alejó de la mesa y salió a la noche.

—¿No le gustan las mujeres? —le preguntó Campy a Arya.

—Lo que pasa es que es idiota —contestó Arya, encogiéndose de hombros—. Le gusta pulir yelmos y golpear espadas con el martillo.

—Ah.

Campy volvió a colocarse el tirante en el hombro y se fue a hablar con Jack-con-Suerte. Poco después estaba sentada en su regazo, se reía y bebía vino de su copa. Barbaverde tenía a dos chicas, una en cada rodilla. Anguy había desaparecido con su moza de cara pecosa, y a Lim tampoco se lo veía por ninguna parte. Tom Sietecuerdas estaba sentado junto al fuego y cantaba «Las doncellas que florecen en primavera». Arya lo escuchó mientras bebía sorbos de la copa de vino aguado que la mujer pelirroja le había permitido tomar. Al otro lado de la plaza, los cadáveres se pudrían en las jaulas para cuervos; en cambio, en el Melocotón, todo el mundo parecía alegre. Pero a ella, sin saber por qué, le

parecía que algunos se reían con demasiado entusiasmo.

Tal vez habría sido un buen momento para escabullirse y robar un caballo, pero Arya sabía que no le serviría de nada. Sólo podría llegar a las puertas de la ciudad.

«Ese capitán no me dejaría pasar y, aunque me dejara, Harwin iría a por mí, o si no, ese tal Cazador con sus perros.» Habría dado cualquier cosa por un mapa, sólo para ver si Sept de Piedra estaba muy lejos de Aguasdulces.

Antes de terminarse la copa, Arya ya era todo bostezos. Gendry aún no había regresado. Tom Sietecuerdas cantaba «Dos corazones que laten como uno» y besaba a una chica diferente al final de cada verso. En un rincón, junto a la ventana, Lim y Harwin charlaban en voz baja, sentados con la pelirroja Atanasia.

—Por la noche en la celda de Jaime —oyó que decía la mujer—. Ella y la otra, la moza que mató a Renly. Los tres juntitos, y por la mañana, Lady Catelyn lo liberó por amor. —Dejó escapar una carcajada gutural.

«No es cierto —pensó Arya—. Eso, mi madre no lo haría jamás.» La invadieron sentimientos de tristeza, de ira y de soledad, todos a la vez.

Un viejo se sentó junto a ella.

—Mira, mira, pero qué melocotón tan bonito. —Tenía un aliento casi tan hediondo como el olor de los cadáveres de las jaulas, y sus ojillos porcinos la recorrían de arriba abajo—. ¿Cómo se llama mi dulce melocotoncito?

Durante un instante se olvidó de quién debía ser en aquel momento. No era un melocotón, pero tampoco podía ser Arya Stark, y menos allí, con un borracho maloliente al que no conocía.

—Soy...

—Es mi hermana. —Gendry puso una manaza en el hombro del viejo y se lo apretó—. Dejadla en paz.

El viejo se dio media vuelta con ganas de pelea, pero al ver la estatura de Gendry se lo pensó mejor.

—¿Vuestra hermana? ¿Es vuestra hermana? ¿Qué clase de hermano sois? A una hermana mía no la traería al Melocotón ni muerto. —Se levantó del banco y se alejó refunfuñante en busca de una nueva amiga.

—¿Por qué le has dicho eso? —Arya se levantó de un salto—. Tú no eres mi hermano.

—No —le replicó con rabia—. Soy demasiado plebeyo para estar emparentado con mi señora.

—Yo no he dicho eso. —Lo airado de la respuesta había dejado paralizada a Arya.

—Sí que lo has dicho. —Se sentó en el banco y acunó una copa de vino entre las manos—. Vete. Quiero beber tranquilo. Luego igual me voy a buscar a la chica del pelo negro para tocarle la campana.

—Pero...

—He dicho que te vayas. ¡Mi señora!

Arya le volvió la espalda.

«Es un idiota bastardo testarudo, eso, un idiota.» Que tocara tantas campanas como le diera la gana, a ella qué.

La habitación donde iban a dormir estaba en el piso superior, bajo el alero del tejado. Seguro que en el Melocotón sobraban camas, pero para gente como ellos sólo tenían una libre. Por suerte era enorme. Llenaba la habitación casi por completo, y el mohoso colchón de paja bastaría para que durmieran todos. Y por el momento lo tenía todo para ella. Su verdadera ropa estaba colgada de un clavo de la pared, entre las cosas de Gendry y las de Lim. Arya se quitó el lino y los encajes, se puso la túnica, se subió a la cama y se arrebujó bajo las mantas.

—La reina Cersei —susurró a la almohada—. El rey Joffrey, Ser Ilyn, Ser Meryn. Dunsen, Raff y Polliver. El Cosquillas, el Perro y Ser Gregor la Montaña. —A veces le gustaba alterar el orden de los nombres. Así recordaba mejor quiénes eran y qué habían hecho.

«A lo mejor, algunos ya están muertos —pensó—. A lo mejor están en jaulas de hierro, y los cuervos se les están comiendo los ojos.»

El sueño le llegó en cuanto cerró los ojos. Aquella noche soñó con lobos, lobos que acechaban en un bosque mojado. El aire estaba impregnado del olor de la lluvia, la putrefacción y la sangre. Pero en el sueño eran olores buenos, y Arya sabía que no tenía nada que temer. Era fuerte, rápida y fiera, y estaba rodeada por su manada, sus hermanos y sus hermanas. Juntos dieron caza a un caballo asustado, le desgarraron la garganta y lo devoraron. Y cuando la luna asomó entre los árboles, echó la cabeza hacia atrás y aulló.

Pero cuando llegó el día, lo que la despertó fueron los ladridos de los perros.

Arya se incorporó con un bostezo. A su izquierda, Gendry se agitaba, y Lim Capa de Limón lanzaba sonoros ronquidos a su derecha, pero los gruñidos del exterior casi ahogaban aquel ruido.

«Ahí debe de haber medio centenar de perros.» Salió de las mantas y saltó sobre Lim, Tom y Jack-con-Suerte para acercarse a la ventana. Abrió los postigos y, al momento, entraron el viento, la humedad y el frío. Era un día nublado y gris. Abajo, en la plaza, los perros ladraban y corrían en círculos entre gruñidos y aullidos. Era toda una manada: había grandes mastines negros y perros lobo flacos, ovejeros con pelaje blanco y negro, y otros cuyas razas Arya no conocía, como unos animales pintos desgreñados con largos colmillos amarillentos. Entre la posada y la fuente había una docena de jinetes a caballo, que observaban mientras los ciudadanos abrían la jaula del hombre gordo y le tiraban del brazo hasta que el cadáver hinchado se desparramaba por el suelo. Al instante, los perros saltaron sobre él y le arrancaron la carne de los huesos a mordiscos.

Arya oyó la carcajada de uno de los jinetes.

—Aquí tienes tu nuevo castillo, Lannister de mierda —dijo—. Demasiado cómodo para la gentuza como tú, pero ahí te meteremos, no tengas miedo.

Junto a él había un prisionero sentado, con una expresión lúgubre en el rostro y las muñecas atadas con cuerda de cáñamo. Algunos ciudadanos le tiraban estiércol, pero ni siquiera parpadeaba.

—¡Te pudrirás en las jaulas! —le gritaba el que lo había capturado—. ¡Los cuervos te sacarán los ojos mientras nos gastamos el oro Lannister que llevabas! Y cuando los cuervos terminen, le mandaremos lo que quede de ti a tu maldito hermano. Aunque dudo mucho que te reconozca.

El jaleo había despertado a la mitad del Melocotón. Gendry se situó ante la ventana junto a Arya, y Tom se puso detrás de ellos desnudo como el día de su nombre.

—¿A qué viene tanto grito? —se quejó Lim desde la cama—. Joder, ¿es que no se puede dormir?

—¿Dónde está Barbaverde? —le preguntó Tom.

—En la cama con Atanasia —replicó Lim—. ¿Por qué?

—Más vale que vayas a buscarlo. Y tráete también al Arquero. Ha vuelto el Cazador Loco y ha traído a otro hombre para las jaulas.

—Un Lannister —dijo Arya—. Les he oído decir que es un Lannister.

—¿Han cogido al Matarreyes? —quiso saber Gendry.

Abajo, en la plaza, una pedrada acertó al prisionero en la mejilla y lo obligó a girar la cabeza.

«No es el Matarreyes», pensó Arya al ver el rostro. Sonrió. Por fin los dioses habían escuchado sus plegarias.

JON

Cuando los salvajes sacaron sus caballos de la cueva por las riendas, *Fantasma* ya había desaparecido.

«¿Entendió lo del Castillo Negro?» Jon se llenó los pulmones del vivificante aire de la mañana y se permitió albergar esperanzas. Hacia el este, el cielo estaba rosado a la altura del horizonte, y color gris claro más arriba. La Espada del Amanecer aún se veía en el sur; la brillante estrella blanca de la empuñadura todavía resplandecía como un diamante en la madrugada, pero los negros y grises del bosque nocturno se estaban convirtiendo una vez más en verdes, dorados, rojos y bermellones. Y por encima de los pinos soldado, los robles y los fresnos se alzaba el Muro, con el hielo claro y centelleante bajo la capa de polvo y tierra que horadaba su superficie.

El Magnar envió a una docena de jinetes hacia el oeste y a otros tantos hacia el este, para que subieran a las colinas más altas que encontraran y montaran guardia por si aparecían exploradores en el bosque o patrulleros sobre el muro. Los thenitas llevaban cuernos de guerra con abrazaderas de bronce, para dar la alarma si divisaban a algún miembro de la Guardia. Los otros salvajes se situaron detrás de Jarl; Ygritte y Jon se pusieron con los demás. Iba a ser el momento de gloria del joven explorador.

Se decía que el Muro tenía trescientas varas de altura, pero Jarl había localizado un punto donde era a la vez más alto y más bajo. Ante ellos, el hielo se alzaba abruptamente entre los árboles como un acantilado inmenso, coronado de almenas talladas por el viento hasta una altura, hasta una altura superior a trescientas varas; en algunos puntos llegaría a trescientas cincuenta. Pero al acercarse más, Jon se dio cuenta de que no era así en realidad. Siempre que le fue posible, Brandon *el Constructor* puso los enormes bloques de los cimientos en puntos altos, y en aquella zona, las colinas se alzaban escarpadas e indómitas.

En cierta ocasión le había oído decir a su tío Benjen que, al este del Castillo Negro, el Muro era una espada, pero al oeste era una serpiente. Y tenía razón. El hielo se extendía hasta cubrir una gran colina empinada; después bajaba hasta un valle, subía al borde cortante de una larga serie de crestas de granito de una legua o más, corría a lo largo de una cima irregular, volvía a zambullirse en un valle aún más profundo, ascendía más y más, saltando de colina en colina, y se perdía en el occidente montañoso hasta donde abarcaba la vista.

Jarl había optado por escalar la zona de hielo a lo largo del risco. Allí, aunque la cima del Muro se alzaba a más de trescientas varas sobre el suelo, más de un tercio de su altura era de tierra y piedra, en vez de hielo. La ladera

era demasiado empinada para los caballos, casi tan difícil como el Puño de los Primeros Hombres, pero el ascenso sería infinitamente más sencillo que por la cara vertical del Muro en sí. Además, el espeso bosque del risco les ofrecía un escondite perfecto. En otros tiempos, los hermanos negros salían todos los días con hachas para talar los árboles demasiado cercanos, pero de aquello hacía ya mucho, y allí, el bosque llegaba hasta el hielo.

El día iba a ser húmedo y frío, y más húmedo y frío aún junto al Muro, a la sombra de todas aquellas toneladas de hielo. Cuanto más se acercaban, más remoloneaban los thenitas.

«No habían visto el Muro nunca, ni siquiera el Magnar —comprendió Jon—. Les da miedo. —En los Siete Reinos se decía que el Muro marcaba el fin del mundo—. Ellos también piensan lo mismo.» Todo dependía de en qué lado estuviera cada uno.

«¿Y dónde estoy yo?» Jon no lo sabía. Para seguir con Ygritte tendría que convertirse en salvaje en cuerpo y alma; si la abandonaba y cumplía con su deber, el Magnar podría vengarse en ella y arrancarle el corazón. Y si se la llevaba consigo... suponiendo que accediera, que no era ni mucho menos seguro... En fin, desde luego no la podría llevar al Castillo Negro y vivir juntos entre los hermanos, y un desertor con una salvaje no serían bienvenidos en ningún lugar de los Siete Reinos. «Siempre podríamos ir a buscar a los hijos de Gendel. Aunque más que aceptarnos, es posible que nos devoren.»

Jon advirtió que el Muro no impresionaba a los exploradores de Jarl. «No es la primera vez que hacen esto; todos lo han saltado ya.» Jarl fue gritando algunos nombres a medida que desmontaban bajo el risco, y once de ellos se reunieron a su alrededor. Todos eran jóvenes. El mayor no tendría más allá de veinticinco años, y al menos dos no eran ni de la edad de Jon. Pero todos eran delgados, aunque fuertes; con una constitución que a Jon le recordaba a Serpiente de Piedra, el hermano al que el Mediamano había enviado a pie por delante de ellos cuando Casaca de Matraca los empezó a perseguir.

Los salvajes se prepararon a la sombra del propio Muro; se enrollaron en torno a un hombro y al pecho gruesos rollos de soga de cáñamo, y se anudaron unas extrañas botas de napa fina y flexible. Las botas tenían púas que sobresalían de la puntera; las de Jarl y las de otros dos eran de hierro; las de unos cuantos, de bronce; y la mayoría, de hueso puntiagudo. Cada uno se colgó de un costado un martillo con cabeza de piedra, y del otro, una bolsa con estacas. Sus picoletas eran astas con las puntas afiladas, atadas con tiras de cuero a mangos de madera. Los once escaladores se dividieron en tres grupos de cuatro; el propio Jarl sería el duodécimo hombre.

—Mance ha prometido espadas para todos los del primer equipo que llegue a la cima —les dijo; el aliento se le condensaba en nubes de vapor en el aire gélido—. Espadas sureñas, de acero forjado en castillo. Además se mencionarán sus nombres en una canción que va a componer. ¿Qué más puede pedir un hombre libre? ¡Arriba, y que los Otros se lleven al último!

«Los Otros se los lleven a todos», pensó Jon mientras los veía subir por la ladera empinada del risco y perderse entre los árboles. No sería la primera vez que los salvajes escalaban el Muro, ni siquiera la centésima. Dos o tres veces al año, las patrullas encontraban a los escaladores, y a veces, los exploradores regresaban con los cadáveres destrozados de los que se habían caído. A lo largo de la costa este, los invasores eran más dados a construir botes para intentar cruzar la bahía de las Focas. En el oeste descendían hacia las oscuras profundidades de la Garganta, para rodear la Torre Sombría. Pero en medio, la única manera de vencer al Muro era pasar por encima, y muchos lo habían conseguido. «En cambio, muy pocos han regresado», pensó con cierto orgullo sombrío. Para escalar el Muro por fuerza tenían que dejar atrás las monturas, y los invasores más jóvenes e inexpertos empezaban por robar los primeros caballos que encontraban al otro lado. Enseguida se daba la alarma, los cuervos volaban y, la mayor parte de las veces, la Guardia de la Noche les daba caza y los ahorcaba antes de que pudieran volver a casa con el botín y las mujeres secuestradas. Jon sabía que Jarl no cometería semejante error, pero no estaba tan seguro con respecto a Styr. «El Magnar es un gobernante, no un hombre de acción. Puede que no conozca las reglas del juego.»

—Allí están —dijo Ygritte.

Jon alzó la vista y vio al primero de los escaladores que salía por encima de las copas de los árboles. Era Jarl. Había encontrado un árbol centinela inclinado contra el Muro, e indicó a sus hombres que aprovecharan el tronco para adelantarse a los demás.

«No se tendría que haber permitido que el bosque se acercara tanto. Ya han subido cuarenta varas y ni siquiera han tocado el hielo.»

Observó cómo el salvaje pasaba con cuidado del árbol al Muro, cómo hacía asideros en el hielo con golpes secos de la piqueta antes de aferrarse a la pared. La cuerda que llevaba en torno a la cintura lo unía al segundo hombre, que aún estaba trepando por el árbol. Paso a paso, muy despacio, Jarl fue ascendiendo; abría puntos de apoyo con las púas de las botas siempre que no encontraba alguno natural. Cuando estaba ya a cinco varas por encima del centinela se detuvo en una angosta cornisa helada, se colgó el hacha del cinturón, sacó el martillo y clavó una estaca de hierro en una grieta. El segundo hombre saltó al Muro tras él mientras el tercero subía a lo más alto del árbol.

Los otros dos equipos no habían encontrado árboles tan convenientes, y los thenitas pronto empezaron a preguntarse si no se habrían perdido mientras escalaban por el risco. El grupo de Jarl ya estaba al completo en el Muro, y a treinta varas de altura, cuando aparecieron los primeros escaladores de los otros grupos. Entre cada equipo había al menos veinte pasos de distancia. Los cuatro de Jarl iban en el centro. A su derecha estaba el equipo encabezado por Grigg *el Cabra*, al que se distinguía fácilmente desde abajo por su larga trenza rubia. A su izquierda, el jefe de los escaladores era un hombre muy flaco llamado Errok.

—Qué lentos van —se quejó en voz alta el Magnar mientras los veía

ascender—. ¿Es que se han olvidado de los cuervos? Tendrían que subir más deprisa, antes de que nos descubran.

Jon tuvo que morderse la lengua. Se acordaba demasiado bien del Paso Aullante y de la escalada que había hecho con Serpiente de Piedra a la luz de la luna. Aquella noche casi se le había parado el corazón media docena de veces, y al terminar le dolían a más no poder los brazos y las piernas, y tenía los dedos casi congelados.

«Y aquello era piedra, no hielo.» La piedra era sólida. El hielo era traicionero siempre, hasta en el mejor momento, y en días como aquél, cuando el Muro lloraba, el calor de la mano de un escalador podía ser suficiente para derretirlo. Por dentro, los gigantescos bloques estaban helados y sólidos como rocas, pero la superficie estaría resbaladiza, caerían regueros de agua y habría zonas de hielo podrido con burbujas de aire. «Otra cosa no tendrán estos salvajes, pero son valientes.»

Pese a todo, Jon habría dado lo que fuera por que los temores de Styr se hicieran realidad.

«Si los dioses son bondadosos, pasará por casualidad una patrulla y esto se acabará.»

—No hay muro que pueda darte seguridad —le había dicho en cierta ocasión su padre mientras recorrían las murallas de Invernalia—. Cualquier muro es sólo tan fuerte como los hombres que lo defienden.

Aunque los salvajes hubieran sido ciento veinte, habría bastado con cuatro defensores para repelerlos con unas cuantas flechas bien dirigidas y tal vez un cubo de piedras.

Pero los defensores no aparecieron; ni cuatro, ni tres, ni dos, ni uno. El sol ascendió por el cielo, y los salvajes ascendieron por el Muro. Los cuatro de Jarl fueron por delante hasta el mediodía, cuando llegaron a una zona de hielo en malas condiciones. Jarl había enrollado la cuerda en torno a un saliente tallado por el viento y había descargado todo su peso sobre él cuando, de repente, se rompió, se desmoronó y cayó, y él también. Pedazos de hielo grandes como la cabeza de un hombre cayeron sobre los tres que lo seguían, pero se agarraron a sus asideros; las estacas aguantaron, y la caída de Jarl se detuvo bruscamente al final de la cuerda.

Cuando su equipo consiguió recuperarse del mal trance, Grigg *el Cabra* estaba ya casi a su altura. Los cuatro de Errok iban muy por detrás. La pared por la que escalaban parecía suave y lisa, cubierta por una película de hielo derretido que brillaba húmeda allí donde recibía la caricia del sol. A primera vista, la zona de Grigg parecía más oscura, con desniveles más evidentes: largas cornisas horizontales allí donde se había colocado mal un bloque con respecto al de abajo, grietas y surcos, y hasta huecos a lo largo de las uniones verticales donde el viento y el agua habían excavado agujeros tan grandes como para que un hombre se pudiera esconder en ellos.

Jarl no tardó en tener en marcha de nuevo a sus hombres. Sus cuatro y los

de Grigg avanzaban casi a la misma altura, seguidos por los de Errok a diez varas de distancia. Las piquetas de asta de ciervo tallaban asideros y excavaban puntos de apoyo para los pies, mientras descargaban sobre los árboles cascadas de esquirlas brillantes. Los martillos de piedra clavaban en el hielo las estacas que servían de anclaje para las sogas; el hierro se acabó antes de llegar a la mitad del Muro, y a partir de allí, los escaladores utilizaron otras de cuerno o de hueso afilado. Y los hombres daban patadas e incrustaban las púas de las botas en el hielo inquebrantable una vez, y otra, y otra, y otra, todo con tal de preparar un punto de apoyo.

«Deben de tener las piernas entumecidas —pensó Jon cuando llevaban ya cuatro horas—. ¿Cuánto tiempo más van a poder seguir?» Continuó observando tan inquieto como el Magnar, siempre a la espera de la llamada distante de un cuerno de guerra thenita. Pero los cuernos no aullaron, y no se vio ni rastro de la Guardia de la Noche.

Cuando ya llevaban seis horas, Jarl iba otra vez por delante del grupo de Grigg *el Cabra*, y la ventaja se iba incrementando.

—La mascota de Mance tiene muchas ganas de conseguir una espada —dijo el Magnar, con la mano sobre los ojos para protegerse de la luz.

El sol estaba en lo más alto del cielo y, visto desde abajo, el tercio superior del Muro era de un azul cristalino, con reflejos tan brillantes que los ojos dolían al mirarlo. Los cuatro de Jarl y los de Grigg casi no se veían en medio del resplandor, aunque el equipo de Errok seguía aún en las sombras. En vez de ascender estaban desplazándose de lado, a más de ciento cincuenta varas de altura, hacia un saliente vertical. Jon los estaba observando moverse palmo a palmo cuando oyó el ruido: un crujido repentino que pareció retumbar a lo largo del hielo, seguido de un grito de alarma. Y al instante, el aire se llenó de trozos de hielo, gritos y hombres que caían, cuando una plancha de hielo, de un codo de grosor y veinte varas de lado, se desprendió del Muro y cayó dando tumbos, arrastrándolo todo a su paso. Algunos trozos llegaron rodando entre los árboles incluso adonde estaban ellos, al pie del risco. Jon tiró a Ygritte al suelo y se puso sobre ella para escudarla, y uno de los thenitas recibió un golpe en la cara que le rompió la nariz.

Cuando volvieron a alzar la vista, el equipo de Jarl había desaparecido. Ni rastro de los hombres, las sogas ni las estacas; por encima de los doscientas varas no quedaba nada. En el Muro, allí donde los escaladores habían estado aferrados hacía un instante, había una herida; el hielo de debajo era tan liso como el mármol pulido, y resplandecía a la luz del sol. Mucho, mucho más abajo se veía una tenue mancha roja, en el lugar donde alguien había chocado contra un saliente de hielo.

«El Muro se defiende», pensó Jon al tiempo que ayudaba a Ygritte a ponerse en pie.

Cuando encontraron a Jarl, estaba en un árbol, empalado en una rama rota, todavía atado con la cuerda a los tres hombres que yacían bajo él. Uno aún

estaba vivo, pero tenía las piernas y la columna destrozadas, así como la mayor parte de las costillas.

—Misericordia —pidió cuando se acercaron a él.

Uno de los thenitas le aplastó la cabeza con una maza de piedra. El Magnar dio unas cuantas órdenes, y sus hombres empezaron a juntar leña para hacer una pira.

Los muertos ya estaban ardiendo cuando Grigg *el Cabra* llegó a la cima del Muro. Cuando se les unieron los cuatro de Errok, del equipo de Jarl sólo quedaban huesos y cenizas.

Para entonces, el sol ya empezaba a descender, de manera que los escaladores no tenían tiempo que perder. Se quitaron los largos rollos de cuerda de cáñamo que habían llevado alrededor del pecho, los ataron bien y tiraron un extremo. A Jon, la sola idea de trepar casi doscientas varas por aquella cuerda le ponía los pelos de punta, pero el plan de Mance era mucho mejor. Los hombres que Jarl había dejado en la base sacaron una gran escala de cáñamo trenzado, con peldaños tan gruesos como brazos, y la ataron a la soga de los escaladores. Errok, Grigg y sus hombres la izaron entre gruñidos y jadeos, la aseguraron en la cima con estacas, y volvieron a tirar la cuerda para subir una segunda escala. Había cinco.

Cuando todas estuvieron colocadas, el Magnar gritó una orden brusca en la antigua lengua, y cinco de sus thenitas empezaron a subir. Aun con las escalas, el ascenso no era fácil. Ygritte observó los esfuerzos de los hombres.

—Cómo odio este Muro —dijo en voz baja, airada—. ¿Te has fijado en lo frío que es?

—Está hecho de hielo —señaló Jon.

—No sabes nada, Jon Nieve. Este Muro está hecho de sangre.

Y por lo visto aún no había bebido suficiente. Cuando anocheció, dos de los thenitas se habían precipitado desde las escalas, pero fueron los últimos. Cuando Jon llegó a la cima era casi medianoche. Las estrellas brillaban en el cielo. Ygritte estaba temblando por el esfuerzo del ascenso.

—He estado a punto de caerme —le dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Dos veces. Tres veces. El Muro intentaba sacudírseme; lo he notado. —Una lágrima le empezó a correr por la mejilla.

—Lo peor ya ha pasado. —Jon trataba de parecer seguro—. No tengas miedo.

La rodeó con un brazo. Ygritte le dio un palmetazo en el pecho con tanta fuerza que le escoció a pesar de las capas de lana, mallas y cuero grueso.

—No tenía miedo. No sabes nada, Jon Nieve.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—¡No es por miedo! —Dio una patada salvaje al hielo que tenía bajo los pies y arrancó un pedazo—. Lloro porque no encontramos el Cuerno del Invierno. ¡Abrimos medio centenar de tumbas, dejamos todas esas sombras sueltas por el mundo y no encontramos el Cuerno de Joramun para derribar

este maldito muro!

JAIME

La mano le ardía.

Le seguía ardiendo mucho tiempo después de que se apagara la antorcha con la que le habían quemado el muñón sanguinolento, días y días después; todavía sentía la lanzada del fuego en el brazo, y sus dedos, los dedos que ya no tenía, se retorcían en las llamas.

Ya lo habían herido antes, pero nunca de aquella manera. Jamás había imaginado que se pudiera sentir tanto dolor. A veces, sin que supiera por qué, se le escapaban de los labios antiguas oraciones, plegarias que había aprendido de niño y que no había vuelto a recordar en años, las mismas que había rezado, arrodillado junto a Cersei, en el sept de Roca Casterly. En ocasiones llegaba incluso a llorar, hasta que oyó cómo se reían los Titiriteros. Aquello hizo que se le secaran los ojos y se le muriera el corazón, y en sus oraciones pidió que la fiebre le quemara las lágrimas.

«Ahora entiendo cómo se ha sentido Tyrion cada vez que se reían de él.»

Cuando se cayó de la silla por segunda vez, lo ataron a Brienne de Tarth y los obligaron a compartir caballo de nuevo. Una jornada, en vez de ponerlos espalda contra espalda, los ataron cara a cara.

—Mirad a los amantes —suspiró Shagwell—. ¿No son un bonito espectáculo? Sería muy cruel separar al buen caballero de su dama. —Soltó una carcajada, su carcajada aguda tan característica—. Aunque no se sabe bien cuál es el caballero y cuál la dama.

«Yo te explicaría la diferencia, si tuviera las dos manos», pensó Jaime. Le dolían los brazos, y las cuerdas le habían dejado entumecidas las piernas, pero al cabo de un tiempo, todo eso dejó de importar. Su mundo se redujo al palpitar agónico de su mano fantasma y a la presión de Brienne contra él. «Por lo menos es cálida», se consoló, aunque el aliento de la moza era tan hediondo como el suyo propio.

Su mano siempre se interponía entre ellos. Urswyck se la había colgado del cuello con una cuerda, de manera que le golpeteaba el pecho a él y las tetas a Brienne, mientras Jaime perdía el conocimiento y lo volvía a recuperar. La hinchazón le había cerrado el ojo derecho; la herida que le había hecho Brienne durante la pelea estaba infectada, pero lo que más le dolía era la mano. Del muñón le salía sangre y pus, y sentía una punzada en la extremidad inexistente con cada paso del caballo.

Tenía la garganta tan en carne viva que era incapaz de comer, pero bebía vino cuando se lo daban, y agua si no le ofrecían otra cosa. En cierta ocasión le dieron una taza; bebió el contenido con ansia, tembloroso, y los Compañeros

Audaces estallaron en carcajadas tan violentas que le dolieron los oídos.

—Lo que estás bebiendo son meados de caballo —le dijo Rorge.

Jaime tenía tanta sed que terminó de beber de todos modos, pero inmediatamente lo vomitó todo. Obligaron a Brienne a limpiarle la barba, igual que la habían hecho limpiarlo cuando se hizo de vientre en la silla.

Una mañana fría y húmeda en la que se sentía un poco más fuerte, la locura se apoderó de él, cogió la espada del dorniense con la mano izquierda y, con torpeza, la sacó de la vaina.

«Que me maten —pensó—, me da igual, con tal de morir peleando, con una espada en la mano.» Pero no sirvió de nada. Shagwell se le acercó a saltitos, y esquivó con facilidad la estocada de Jaime, que perdió el equilibrio y se tambaleó hacia delante mientras lanzaba golpes contra el bufón. Pero Shagwell giró, se agachó y se apartó, hasta que todos los Titiriteros se estuvieron riendo de los esfuerzos fútiles de Jaime. Cuando tropezó contra una roca y cayó de rodillas, el bufón le saltó encima y le plantó un beso húmedo en la cabeza.

Por último, Rorge lo tiró a un lado y, de una patada, apartó la espada de los dedos débiles de Jaime cuando trató de esgrimirla de nuevo.

—Ha zido muy divertido, Matarreyez —dijo Vargo Hoat—. Pero, como vuelvaz a intentarlo, te cortaré la otra mano, o zi lo prefierez, un pie.

Después de aquello, Jaime se quedó tendido de espaldas, contemplando el cielo nocturno y tratando de no sentir el dolor que le subía por el brazo cada vez que lo movía. La noche era de una extraña belleza. La luna estaba en cuarto creciente, y le parecía que jamás había visto tantas estrellas. La Corona del Rey estaba en el cenit, divisó el Corcel sobre las patas traseras, y allí estaba también el Cisne. La Doncella Luna, tímida como siempre, quedaba medio oculta detrás de un pino.

«¿Cómo es posible que una noche sea tan bella? —se preguntó—. ¿Por qué salen todas esas estrellas a mirar a alguien como yo?»

—Jaime —susurró Brienne, con voz tan queda que pensó que estaba soñando—. Jaime, ¿qué hacéis?

—Morirme —susurró a su vez.

—No —dijo ella—. No, tenéis que vivir.

Le hubiera gustado echarse a reír.

—Dejad de decirme lo que tengo que hacer, moza. Me moriré si me place.

—¿Tan cobarde sois?

El mero sonido de la palabra lo conmocionó. Él era Jaime Lannister, caballero de la Guardia Real, el Matarreyes. Jamás nadie lo había llamado cobarde. Otras cosas, sí: renegado, mentiroso, asesino... Decían que era cruel, traicionero y despiadado. Pero cobarde, jamás.

—¿Qué puedo hacer, aparte de morir?

—Vivir —replicó—. Vivir, pelear y vengaros.

Pero lo dijo en voz demasiado alta. Rorge la oyó, aunque no distinguiera las palabras, se acercó, la pateó y le dijo que tuviera quieta la lengua si no quería

que se la cortaran.

«Cobarde —pensó Jaime mientras Brienne trataba de contener los sollozos—. ¿Será posible? Me han cortado la mano de la espada. ¿Qué pasa, que yo sólo era eso, una mano que esgrimía una espada? Por los dioses, ¿será verdad?»

La moza estaba en lo cierto. No podía morir. Cersei lo esperaba. Lo iba a necesitar. Y también Tyrion, su hermano pequeño, que lo quería por una mentira. Y también lo esperaban sus enemigos: el Joven Lobo, que lo había derrotado en el Bosque Susurrante y había matado a sus hombres; Edmure Tully, que lo había encerrado y encadenado en la oscuridad; aquellos Compañeros Audaces...

Cuando llegó la mañana se forzó a comer. Le dieron un potaje de avena, alimento para caballos, pero se obligó a tragar hasta la última cucharada. Aquella noche volvió a comer, y también al día siguiente.

«Vive —se dijo con dureza cuando el potaje estuvo a punto de hacerlo vomitar—, vive por Cersei, vive por Tyrion. Vive por la venganza. Un Lannister siempre paga sus deudas. —La mano amputada latía, ardía y apestaba—. Cuando llegue a Desembarco del Rey me haré forjar una mano nueva, una mano de oro, y algún día le arrancaré la garganta con ella a Vargo Hoat.»

Los días y las noches se fundían en una neblina de dolor. Durante el día dormitaba en la silla, apretado contra Brienne y con el hedor de la mano podrida en la nariz, y por las noches yacía despierto sobre el duro suelo, atrapado en una vigilia de pesadilla. Aunque estaba muy débil, siempre lo ataban a un árbol. En cierto modo lo consolaba saber que, incluso en sus circunstancias, le seguían teniendo miedo.

Brienne siempre estaba atada junto a él. Yacía allí con las cuerdas, como una enorme vaca muerta, sin decir palabra.

«La moza se ha construido una fortaleza por dentro. No tardarán en violarla, pero detrás de sus murallas no la pueden tocar.» En cambio, las murallas de Jaime habían desaparecido. Le habían quitado la mano, le habían quitado la mano de la espada, y sin ella no era nada. La otra no le servía para gran cosa. Desde que aprendió a caminar, el brazo izquierdo había sido para el escudo, sólo para el escudo. Era la mano derecha la que hacía de él un caballero; era la mano derecha la que hacía de él un hombre.

Un día oyó a Urswyck comentar algo sobre Harrenhal, y recordó que era allí a donde se dirigían. Aquello hizo que soltara una carcajada sonora, y Timeon le azotó el rostro con una fusta larga y fina. El corte sangró, pero aparte de la mano apenas si notaba nada.

—¿Por qué os reísteis? —le preguntó aquella noche la moza en un susurro.

—En Harrenhal fue donde me pusieron la capa blanca —respondió, también en susurros—. En el gran torneo de Whent. Él quería presumir de su gran castillo y de sus valientes hijos. Yo también quería presumir. Sólo tenía quince años, pero aquel día, nadie me habría podido derrotar. Aerys no me

dejaba participar en las justas, y me echó de allí. —Se rió de nuevo—. Pero ahora voy a volver.

Oyeron la carcajada. Aquella noche le tocó a Jaime recibir las patadas y los puñetazos. Tampoco los sintió, hasta que Rorge le pisoteó el muñón con una bota, y se desmayó.

Fue a la noche siguiente cuando por fin acudieron, y fueron los tres peores: Shagwell, el desnarigado Rorge y el obeso dothraki Zollo, el que le había cortado la mano. Mientras se acercaban, Zollo y Rorge discutían sobre quién sería el primero; no cabía duda de que el bufón iba a ser el último. Shagwell sugirió que ambos fueran los primeros y la tomaran por delante y por detrás. Por lo visto, a Zollo y a Rorge les gustó la idea, aunque entonces empezaron a discutir quién la tomaría por delante y quién por detrás.

«También la dejarán tullida, pero por dentro, donde no se nota.»

—Moza —susurró mientras Zollo y Rorge se insultaban—, que se queden con la carne; vos marchaos bien lejos. Todo acabará antes, y así obtendrán menos placer.

—No obtendrán placer alguno de lo que les voy a dar —susurró ella a su vez, desafiante.

«Mujer estúpida, testaruda y valiente. —Iba a hacer que la mataran, y lo sabía—. Bueno, ¿y a mí qué me importa? Si no hubiera sido tan terca, yo no habría perdido la mano.» Pero, casi sin querer, volvió a hablar en susurros.

—Dejadlos hacer y escapad a vuestro interior. —Eso era lo que había hecho él cuando mataron a los Stark en su presencia; Lord Rickard se coció en su armadura, mientras su hijo Brandon se estrangulaba intentando salvarlo—. Pensad en Renly, si lo amabais. Pensad en Tarth, en las montañas, los mares, los estanques, las cascadas, en todo lo que teníais en vuestra Isla Zafiro...

Pero para entonces, Rorge ya había ganado la discusión.

—Eres la mujer más fea que he visto jamás —le dijo a Brienne—, pero te puedo dejar más fea todavía. ¿Quieres una nariz como la mía? Intenta resistirte y la tendrás. Y dos ojos son demasiados. Sólo un grito y te sacaré uno, y luego te lo haré comer. Y también te arrancaré los dientes, uno a uno.

—Ay, sí, Rorge —suplicó Shagwell—. Sin dientes quedará igualita que mi anciana madre. —Soltó una risita—. Y siempre he deseado metérsela por el culo a mi anciana madre.

—Qué bufón tan gracioso. —Jaime soltó una risita—. Me sé un acertijo, Shagwell. ¿Qué tienen las viejas de Tarth en vez de dientes? Espera, te lo digo yo... ¡Zafiros! —gritó tan alto como pudo.

Rorge soltó una maldición y volvió a patearle el muñón. Jaime lanzó un aullido. «No sabía que pudiera haber tanto dolor en el mundo», fue lo último que le pasó por la cabeza. No había manera de saber cuánto tiempo estuvo inconsciente, pero cuando el dolor le devolvió el conocimiento, allí estaban Urswyck y el propio Vargo Hoat.

—¡Nada de tocarle loz dientez! —gritó la Cabra, cubriendo a Zollo de

salivillas—. ¡Y tiene que zeguir doncella, idiotaz! ¡Noz darán un zaco de zafiroz por ella!

Y desde entonces, todas las noches, Hoat les puso un guardia para protegerlos de los suyos.

Pasaron dos noches en silencio hasta que, por último, la moza reunió valor para volverse hacia él.

—¿Jaime? —le preguntó en susurros—. ¿Por qué gritasteis?

—¿Queréis decir que por qué grité «zafiros»? Pensad un poco, moza. ¿Creéis que esa gentuza hubiera reaccionado si llego a gritar «¡Que la violan!»?

—No teníais por qué gritar nada.

—Ya es demasiado difícil miraros teniendo nariz. Además, quería oír cómo la Cabra decía «zafiroz». —Soltó una risita—. Tenéis suerte de que sea tan mentiroso. Un hombre de honor les habría contado la verdad acerca de la Isla Zafiro.

—De todos modos, os lo agradezco, Ser —dijo ella.

—Un Lannister siempre paga sus deudas —dijo—. Eso fue por lo del río y por las piedras que le tirasteis a Robin Ryger. —La mano le ardía de nuevo. Jaime apretó los dientes.

La Cabra quería montar un espectáculo con su llegada, de manera que hicieron desmontar a Jaime cuando aún estaban a casi media legua de las puertas de Harrenhal y le ataron una cuerda a la cintura, y a Brienne, otra en torno a las muñecas. Los extremos de ambas cuerdas iban a parar al pomo de la silla de Vargo Hoat. Ambos caminaron a tropezones, codo con codo, tras el caballo rayado del qohoriense.

A Jaime lo mantenía en pie la rabia. El vendaje del muñón estaba gris y apestaba a pus. Los dedos fantasmales le dolían con cada paso.

«Soy más fuerte de lo que imaginan —se dijo—. Sigo siendo un Lannister. Sigo siendo un caballero de la Guardia Real. —Llegaría a Harrenhal y luego a Desembarco del Rey. Viviría—. Y pagaré esta deuda con intereses.»

Cuando se aproximaron a las imponentes murallas del monstruoso castillo de Harren *el Negro*, Brienne le apretó el brazo.

—Lord Bolton es ahora el señor de este castillo. Los Bolton son vasallos de los Stark.

—Los Bolton despellejan a sus enemigos.

Era lo único que Jaime recordaba acerca del norteño. Seguro que Tyrion habría sabido todo lo relativo al señor de Fuerte Terror, pero Tyrion estaba a miles de leguas de distancia, con Cersei.

«No puedo morir mientras Cersei viva —se dijo—. Nacimos juntos y moriremos juntos.»

El grupo de casas que se habían alzado junto a los muros estaban quemadas, reducidas a cenizas y a piedras ennegrecidas, y muchos hombres con sus monturas habían acampado recientemente a orillas del lago, donde Lord Whent había celebrado su gran torneo en el año de la falsa primavera. Una

sonrisa de amargura aleteó en los labios de Jaime al cruzar el terreno desolado. Habían excavado una letrina en el mismísimo lugar donde él se había arrodillado ante el Rey para prestarle juramento.

«Nunca llegué a imaginarme cuán deprisa lo dulce se tornaría amargo. Aerys no me dejó disfrutar ni una noche. Me honró y luego me escupió.»

—Mirad los estandartes —señaló Brienne—. El hombre desollado y los torreones gemelos, ¿veis? Los caballeros juramentados del rey Robb. Allí, sobre la caseta de la guardia, gris sobre blanco. El huargo.

—Pues sí —asintió Jaime mirando hacia arriba—, es la mierda del lobo ése. Y lo que hay a ambos lados son cabezas.

Los soldados, los criados y los seguidores del campamento iban detrás de ellos y los abucheaban. Una perra con manchas les pisó los talones entre ladridos y gruñidos hasta que uno de los lysenos la atravesó con una lanza y se puso al galope para encabezar la columna.

—¡Llevo el estandarte del Matarreyes! —gritó al tiempo que agitaba el cadáver del animal sobre la cabeza de Jaime.

Las murallas de Harrenhal eran tan gruesas que pasar bajo ellas era como atravesar un túnel de piedra. Vargo Hoat había enviado por delante a dos de sus dothrakis, para informar a Lord Bolton de que se aproximaban, de manera que el patio de armas estaba abarrotado de curiosos. Abrieron paso al tambaleante Jaime. La cuerda que llevaba a la cintura se tensaba y lo tironeaba cada vez que aflojaba el paso.

—¡Oz traigo al Matarreyez! —anunció Vargo Hoat con su voz ceceante.

Una lanza golpeó a Jaime en la rabadilla y lo hizo caer. El instinto le hizo echar las manos al frente para frenar la caída. Cuando el muñón golpeó contra el suelo, el dolor fue cegador, pero aun así se las arregló para incorporarse sobre una rodilla. Ante él, una amplia escalinata de piedra llevaba a la entrada de una de las colosales torres redondas de Harrenhal. Cinco caballeros y un norteño lo miraban desde arriba, el norteño con sus ojos claros, vestido con lana y pieles, y los caballeros imponentes con sus armaduras y corazas, con el emblema de los torreones gemelos bordado en las sobrevestas.

—Vaya, los Frey —dijo Jaime—. Ser Danwell, Ser Aenys, Ser Hosteen. —Conocía de vista a los hijos de Lord Walder; al fin y al cabo, su tía estaba casada con uno de ellos—. Recibid mi más sentido pésame.

—¿Por qué, Ser? —quiso saber Ser Danwell Frey.

—Por la muerte del hijo de vuestro hermano, Ser Cleos —dijo Jaime—. Iba con nosotros hasta que unos forajidos nos dieron alcance y lo llenaron de flechas. Urswyck y su gentuza desvalijaron el cadáver y lo abandonaron a los lobos.

—¡Mis señores! —Brienne se liberó como pudo y dio un paso adelante—. He visto vuestros estandartes. ¡Por vuestros juramentos, escuchadme!

—¿Quién habla? —quiso saber Ser Aenys Frey.

—Ez la niñera del Lannizter.

—Soy Brienne de Tarth, hija de Lord Selwyn, el Lucero de la Tarde, e igual que vosotros, vasallo juramentado de la Casa Stark.

Ser Aenys le escupió a los pies.

—Eso es lo que valen vuestros juramentos. Nosotros confiamos en la palabra de Robb Stark, y él pagó nuestra fidelidad con traición.

«Esto se pone interesante.» Jaime se volvió para ver cómo encajaba Brienne la acusación, pero la moza era terca como una mula.

—No sé nada de ninguna traición. —Sacudió las cuerdas que le ataban las muñecas—. Lady Catelyn me envió a entregar a Lannister a su hermano, en Desembarco del Rey...

—Cuando los encontramos, ella estaba intentando ahogarlo —dijo Urswyck *el Fiel*.

—Fue un ataque de ira —se disculpó la moza, sonrojándose—, perdí el control, pero jamás lo habría matado. Si llega a morir, los Lannister pasarán por la espada a las hijas de mi señora.

—¿Y a nosotros qué nos importa? —Ser Aenys se había quedado igual.

—Devolvámoslo a Aguasdulces a cambio de un rescate —pidió Ser Danwell.

—Roca Casterly tiene más oro —se opuso otro hermano.

—¡Matémoslo! —pidió otro—. ¡Su cabeza por la de Ned Stark!

El bufón Shagwell, con su disfraz gris y rosa, dio una voltereta que acabó al pie de las escaleras y empezó a cantar.

—«Un día el león bailó con el oso, fue maravilloso...»

—Zilencio, eztúpido. —Vargo Hoat le dio una bofetada—. El Matarreyez no ez para el ozo. Ez mío.

—Si muere no será de nadie. —Roose Bolton hablaba tan bajo que los hombres se callaron para escucharlo—. Y por favor, mi señor, recordad que no tendréis el mando de Harrenhal hasta que no emprenda la marcha hacia el norte.

—¿Será posible que seáis el Señor de Fuerte Terror? —La fiebre hacía que Jaime se sintiera tan valeroso como mareado—. La última vez que supe algo de vos, mi padre os había puesto en fuga con el rabo entre las piernas. ¿Qué hizo que dejarais de correr, mi señor?

El silencio de Bolton era cien veces más amenazador que la malevolencia ceceante de Vargo Hoat. Pálido como la niebla de la mañana, sus ojos escondían más de lo que revelaban. A Jaime no le gustaban aquellos ojos. Le recordaban el día en que Ned Stark lo había encontrado sentado en el Trono de Hierro, en Desembarco del Rey. Por fin, el señor de Fuerte Terror frunció los labios.

—Habéis perdido una mano —dijo.

—No —replicó Jaime—, la tengo aquí, colgada del cuello.

Roose Bolton extendió el brazo, se la arrancó de un tirón y se la tiró a la Cabra.

—Llevaos esto de mi vista. Me ofende.

—Ze la enviaré a zu zeñor padre. Le diré que tiene que pagarnoz cien mil dragonez zi no quiere que le devolvamoz al Matarreyez pedazo por pedazo. Y cuando ya tengamoz zu oro, ezo ez lo que haremoz: ¡Entregaremoz a Zer Jaime a Karztark, y a cambio, él noz dará una doncella!

Los Compañeros Audaces rompieron en carcajadas.

—Excelente plan —dijo Roose Bolton, en el mismo tono que habría podido decir «excelente vino» a un compañero de mesa—, aunque Lord Karstark no os entregará a su hija. El rey Robb le recortó la altura en una cabeza, por traición y asesinato. En cuanto a Lord Tywin, sigue en Desembarco del Rey. y allí permanecerá hasta el año nuevo, cuando su nieto tome por esposa a una hija de Altojardín.

—De Invernalia —dijo Brienne—. Querréis decir de Invernalia. El rey Joffrey está prometido a Sansa Stark.

—Ya no. La batalla del Aguasnegras lo cambió todo. La rosa y el león se unieron para acabar con las huestes de Stannis Baratheon y reducir su flota a cenizas.

«Te lo advertí, Urswyck —pensó Jaime—. Y a ti, Cabra. Si apuestas contra los leones, pierdes algo más que la bolsa.»

—¿Hay alguna noticia de mi hermana? —preguntó.

—Está bien. Al igual que vuestro... sobrino. —Bolton hizo una pausa antes de «sobrino», una pausa que quería decir «lo sé»—. Vuestro hermano vive también, aunque resultó herido en la batalla. —Hizo un gesto con la mano para llamar a un norteño de aspecto severo, con cota de mallas tachonada de clavos—. Escoltad a Ser Jaime hasta Qyburn. Y soltadle las manos a esta mujer. —Mientras cortaban la cuerda que ataba las muñecas de Brienne, se volvió hacia ella—. Mi señora, os ruego que nos perdonéis. Corren tiempos aciagos; es difícil distinguir al amigo del enemigo.

Brienne se frotó la cara interior de la muñeca; la soga de cáñamo se la había dejado en carne viva.

—Mi señor, estos hombres trataron de violarme.

—¿De veras? —Lord Bolton clavó los ojos claros en Vargo Hoat—. Eso no me complace. Lo de la mano de Ser Jaime, tampoco.

Por cada Compañero Audaz, en el patio había cinco norteños y otros tantos Freys. La Cabra no era ningún prodigio de inteligencia, pero sabía contar. No dijo nada.

—Me quitaron la espada —dijo Brienne—, la armadura...

—Aquí no tendréis necesidad de armadura alguna, mi señora —le dijo Lord Bolton—. En Harrenhal os encontráis bajo mi protección. Amabel, buscad habitaciones adecuadas para Lady Brienne. Walton, ocupaos de Ser Jaime de inmediato.

No esperó respuesta, sino que se dio la vuelta y subió por las escaleras con la capa ribeteada en piel ondeando a la espalda. Jaime sólo tuvo tiempo de intercambiar una mirada rápida con Brienne antes de que los escoltaran en

direcciones opuestas.

En las estancias del maestre, debajo de la pajarera, un hombre de cabello gris y aspecto paternal llamado Qyburn tragó saliva cuando vio qué había bajo las vendas del muñón de Jaime.

—¿Tan mal está? ¿Voy a morir?

Qyburn presionó la herida con un dedo y arrugó la nariz ante el borbotón de pus.

—No. Aunque, si hubieran pasado unos días más... —Cortó la manga del jubón de Jaime—. La podredumbre se ha extendido. ¿Veis lo blanda que está la carne? Tengo que cortarla toda. Para estar seguros habría que cortaros el brazo.

—Hacedlo y os mataré —le prometió Jaime—. Limpiad el muñón y cosedlo. Prefiero correr el riesgo.

—Podría respetaros la parte superior del brazo —dijo Qyburn con el ceño fruncido— y cortar por el codo, pero...

—Si me cortáis algo del brazo, más os vale cortarme también el otro, o si no, después lo utilizaré para estrangularos.

Qyburn lo miró a los ojos. Viera lo que viera en ellos, lo hizo meditar un instante.

—Muy bien. Cortaré la carne podrida y nada más. Trataré de quemar la podredumbre con vino hirviendo y una cataplasma de ortigas, mostaza en grano y moho del pan. Tal vez baste con eso, ya que estáis tan determinado. Os daré la leche de la amapola...

—No. —Jaime no se atrevía a permitir que lo durmieran. Pese a las promesas del hombre, al despertar podía encontrarse sin brazo.

—Os dolerá. —Qyburn se quedó boquiabierto.

—Gritaré.

—Os dolerá mucho.

—Gritaré muy fuerte.

—¿Aceptaréis al menos beber un poco de vino?

—¿Reza alguna vez el Septon Supremo?

—No sabría qué deciros. Traeré el vino. Recostaos; tengo que ataros el brazo.

Con un cuenco y una hoja bien afilada, Qyburn limpió el muñón mientras Jaime tragaba el vino fuerte, aunque buena parte se le derramaba encima. Su mano izquierda no parecía conocer el camino hacia la boca, pero eso, al menos, tenía una ventaja: el olor del vino en la barba sucia ayudaba a disfrazar el hedor del pus.

Pero no le sirvió de nada cuando llegó el momento de recortar la carne podrida. Entonces, Jaime gritó y golpeó la mesa con el puño, una vez, otra y otra. Gritó de nuevo cuando Qyburn le vertió el vino hirviendo sobre lo que le quedaba del muñón. Pese a todas las promesas y todos los temores, durante un rato perdió el conocimiento. Cuando despertó, el maestre le estaba cosiendo el brazo con una aguja y cuerda de tripa.

—He dejado una tira de piel para doblarla en la muñeca, por encima del hueso.

—No es la primera vez que hacéis esto —murmuró Jaime con debilidad. Notaba sabor a sangre en la boca; se había mordido la lengua.

—Todo el que sirve a Vargo Hoat ha visto muchos muñones. Los va dejando a su paso.

Jaime pensó que Qyburn no tenía aspecto de monstruo. Era reservado, de voz suave y cálidos ojos castaños.

—¿Cómo es que un maestre cabalga con los Compañeros Audaces?

—La Ciudadela me quitó la cadena. —Qyburn dejó a un lado la aguja—. Tengo que cuidaros también ese corte que tenéis sobre el ojo. La carne está muy inflamada.

—Habladme de la batalla. —Jaime cerró los ojos, y permitió que Qyburn y el vino hicieran su trabajo.

Como encargado de los cuervos de Harrenhal, Qyburn habría sido el primero en enterarse de las noticias.

—Lord Stannis quedó atrapado entre vuestro padre y el fuego. Se dice que el Gnomo prendió fuego al mismísimo río.

Jaime vio llamas verdes que se alzaban hacia el cielo, más altas que las más altas torres, mientras hombres con las ropas incendiadas gritaban por las calles.

«Esto lo he soñado antes.» Resultaba casi divertido, pero no tenía a nadie con quien compartir el chiste.

—Abrid el ojo. —Qyburn empapó en agua caliente un paño y le limpió la costra de sangre seca. El párpado estaba hinchado, pero Jaime consiguió abrirlo un poco. Vio sobre él el rostro del maestre—. ¿Cómo os habéis hecho esto? —preguntó.

—Fue regalo de una moza.

—¿Un cortejo difícil, mi señor?

—Esa moza es más grande que yo y más fea que vos. Más vale que la atendáis a ella también. Todavía cojea de la pierna que le pinché durante la pelea.

—Preguntaré por ella. ¿Qué es esa mujer para vos?

—Mi protectora. —Por mucho que doliera, Jaime no tuvo más remedio que echarse a reír.

—Machacaré unas hierbas para que las mezcléis con el vino; os bajarán la fiebre. Mañana por la mañana volveré y os pondré una sanguijuela en el ojo para sacar la sangre sucia.

—Una sanguijuela. Qué encanto.

—Lord Bolton es muy aficionado a las sanguijuelas —dijo Qyburn con toda ceremonia.

—Sí —dijo Jaime—. Ya me lo imagino.

TYRION

Más allá de la Puerta del Rey no quedaba nada más que lodo, cenizas y restos de huesos quemados, pero ya había gente viviendo a la sombra de las murallas de la ciudad, y algunos vendían pescado que llevaban en toneles y carretillas. Tyrion sintió todos los ojos clavados en él cuando pasó a caballo: miradas gélidas, de odio, de rencor... Nadie se atrevió a hablarle ni trató de cerrarle el paso; por algo llevaba al lado a Bronn, con su engrasada cota de mallas negra.

«Pero si fuera solo, me derribarían del caballo y me machacarían la cara con un adoquín, como le hicieron a Preston Greenfield.»

—Vuelven más deprisa que las ratas —se quejó—. Ya los echamos con fuego una vez; ¿es que no aprenden la lección?

—Déjame una docena de capas doradas y los mataré a todos —dijo Bronn—. Los muertos no vuelven.

—No, pero vienen otros en su lugar. Déjalos en paz, aunque si empiezan a construir chozas junto a la muralla quiero que las derribes enseguida. Piensen lo que piensen estos imbéciles, la guerra no ha terminado. —Divisó ante ellos la Puerta del Lodazal—. Por el momento ya he visto suficiente. Volveremos mañana con los maestres de los gremios, para repasar sus planes.

«Bueno —pensó con un suspiro—, lo cierto es que la mayor parte de esto lo quemé yo, así que es justo que lo reconstruya.»

La tarea le había correspondido a su tío, el firme, constante e incansable Ser Kevan Lannister, pero no había vuelto a ser el mismo desde que llegó el cuervo de Aguasdulces con la noticia de la muerte de su hijo. El hermano gemelo de Willem, Martyn, también era prisionero de Robb Stark, y el hermano mayor de ambos, Lancel, seguía postrado en cama atormentado por una herida ulcerada que no se terminaba de curar. Con un hijo muerto y otros dos en peligro de muerte, el dolor y el miedo consumían a Ser Kevan. Lord Tywin tenía por costumbre recurrir a su hermano, pero no le había quedado más remedio que confiar en su hijo enano.

El coste de la reconstrucción iba a ser ruinoso, pero no había manera de evitarlo. Desembarco del Rey era el principal puerto del reino; sólo el de Antigua rivalizaba con él. Era imprescindible volver a abrir la ruta del río, cuanto antes mejor.

«¿Y de dónde mierda voy a sacar el dinero? —Casi echaba de menos a Meñique, que se había hecho a la mar hacía ya quince días—. Mientras él se acuesta con Lysa Arryn y gobierna el Valle, a mí me toca arreglar el desastre que ha dejado aquí. —Al menos, su padre le estaba encomendando un trabajo

importante, pensó Tyrion mientras el capitán de los capas doradas les abría paso a través de la Puerta del Lodazal—. No me nombrará heredero de Roca Casterly, pero me utilizará siempre que pueda.»

Las Tres Putas todavía dominaban la plaza del mercado, pero ociosas ya; hacía días que se habían llevado rodando las rocas y los barriles de brea. Los chiquillos trepaban por las imponentes estructuras como un grupo de monos vestidos con túnicas de lana basta, montaban a horcajadas en los aguilones y se gritaban unos a otros.

—Recuérdame que le diga a Ser Addam que aposte aquí a unos cuantos capas doradas —dijo Tyrion a Bronn mientras cabalgaban entre dos de los trabuquetes—. Seguro que algún crío idiota se cae y se rompe la cabeza. —Se oyó un grito sobre ellos, y un montón de estiércol se estrelló en el suelo a menos de un codo por delante de sus monturas. La yegua de Tyrion se alzó sobre las patas traseras y estuvo a punto de derribarlo—. Bien pensado —añadió cuando consiguió controlarla—, que esos críos de mierda se estampen contra el suelo como melones maduros.

Estaba de pésimo humor, y no sólo porque unos cuantos granujas callejeros quisieran apedrearlo con excrementos. Su matrimonio era una tortura diaria. Sansa Stark seguía siendo doncella y, por lo visto, la mitad del castillo lo sabía. Aquella mañana, mientras se subía al caballo, oyó las risitas burlonas de dos mozos de cuadras a sus espaldas. Casi tenía la sensación de que los caballos también se reían de él. Había arriesgado el pellejo para evitar el ritual del encamamiento con la esperanza de preservar la intimidad de su dormitorio, pero la esperanza no tardó en esfumarse. O Sansa había sido tan idiota como para confiarse a una de sus doncellas, que eran todas espías de Cersei, o Varys y sus pajaritos tenían la culpa de todo.

De una manera u otra, ¿qué importaba? Se estaban riendo de él. De toda la Fortaleza Roja, la única persona que no se divertía con su matrimonio era su señora esposa.

La tristeza de Sansa se agudizaba día tras día. Tyrion habría dado cualquier cosa por romper su barrera de cortesía y ofrecerle el consuelo que pudiera, pero no conseguía nada. No había palabras que lo hicieran más hermoso a ojos de Sansa.

«Ni menos Lannister.» Aquélla era la esposa que le habían dado, para toda la vida, y ella lo detestaba.

Y las noches que pasaban juntos en la gran cama eran otro tormento constante. Ya no podía dormir desnudo, como había tenido siempre por costumbre. Su esposa había recibido una educación demasiado esmerada como para decir ni una palabra, pero la repugnancia que le afloraba a los ojos cada vez que miraba su cuerpo era más de lo que Tyrion podía soportar. Tyrion había ordenado a Sansa que ella también durmiera con camisón.

«La deseo —comprendió—. Quiero Invernalia, sí, pero también la quiero a ella, niña, mujer o lo que sea. Quiero consolarla. Quiero oírla reír. Quiero que

venga a mí por su voluntad, que me traiga sus alegrías, sus penas y su deseo. —La boca se le retorció en una sonrisa amarga—. Sí, y ya de paso quiero ser tan alto como Jaime y tan fuerte como Ser Gregor, la Montaña; de lo que me va a servir...»

Sus pensamientos desbocados volaron hacia Shae. Tyrion no había querido que se enterase de la noticia por otros labios, de manera que la noche previa a su boda le ordenó a Varys que se la llevara al castillo. Volvieron a reunirse en las habitaciones del eunuco y, cuando Shae empezó a desatarle los cordones del jubón, la agarró por la muñeca y se retiró un paso.

—Espera —dijo—, he de contarte algo. Mañana me voy a casar...

—Con Sansa Stark. Ya lo sé.

Se quedó sin habla durante un instante. Ni siquiera la propia Sansa lo sabía aún.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho Varys?

—Un paje se lo estaba contando a Ser Tallad cuando llevé a Lollys al sept. Se lo había oído a una criada que se lo había oído a Ser Kevan mientras hablaba con vuestro padre. —Se liberó de su mano y se sacó el vestido por la cabeza. Como de costumbre, no llevaba ropa interior—. No me importa. No es más que una niña. Le haréis una barriga y volveréis conmigo.

En cierto modo habría preferido que se mostrara menos indiferente. «Claro que lo habría preferido —se mofó con amargura—. A ver si aprendes, enano. El de Shae es todo el amor que vas a recibir en tu vida.»

La calle del Lodazal estaba atestada de gente, pero tanto los soldados como los ciudadanos abrieron camino al Gnomo y su escolta. Multitud de críos de mirada vacía pululaban entre las patas de los caballos. Algunos alzaban la vista en súplica silenciosa; otros mendigaban a gritos. Tyrion se sacó de la bolsa un buen puñado de monedas de cobre y las lanzó al aire; los niños corrieron a por ellas entre chillidos y empujones. Los más afortunados podrían comprarse un trozo de pan duro aquella noche. Tyrion no había visto nunca los mercados tan abarrotados, y pese a toda la comida que estaban llevando los Tyrell, los precios seguían siendo desmesurados. Seis cobres por un melón, un venado de plata por un celemín de maíz, un dragón por un flanco de buey o por seis cochinillos flacos. Pero no faltaban compradores. Hombres descarnados y mujeres macilentas se amontonaban alrededor de todos los tenderetes y carromatos, mientras otros aún más harapientos observaban con gesto hosco desde la entrada de los callejones.

—Por aquí —dijo Bronn cuando llegaron al pie del Garfio—. ¿Aún quieres...?

—Sí.

La visita a la orilla del río le había servido como excusa, pero el objetivo de Tyrion aquel día era otro muy diferente. No era una misión que le gustara, pero tenía que llevarla a cabo. Se alejaron de la Colina Alta de Aegon para adentrarse en el laberinto de calles más pequeñas que había al pie de la colina de Visenya.

Bronn iba por delante. En un par de ocasiones, Tyrion giró la cabeza para asegurarse de que no los seguían, pero no vio nada, aparte del gentío habitual: un carretero que daba golpes a su caballo, una vieja que vaciaba el orinal por la ventana, dos niños que jugaban a las espadas con palos, tres capas doradas que escoltaban a un prisionero... Todos parecían inocentes, pero cualquiera de ellos podía ser su perdición. Varys tenía informadores en todas partes.

Doblaron una esquina, luego la siguiente, y cabalgaron muy despacio en medio de una multitud de mujeres. Bronn lo guió por un callejón tortuoso, luego por otro, y pasaron bajo un arco semiderruido. Atajaron entre los cascotes que marcaban el lugar donde había ardido una casa y guiaron a los caballos por las riendas para que subieran un tramo de peldaños de piedra. Allí, los edificios eran pobres y se alzaban muy juntos. Bronn se detuvo ante la entrada de un callejón tan estrecho que no les permitiría cabalgar codo con codo.

—Hay dos entradas y luego un callejón sin salida. El antro está en el sótano del último edificio.

—Encárgate de que no entre ni salga nadie hasta que vuelva —dijo Tyrion mientras desmontaba—. No voy a tardar mucho. —Se palpó la capa para asegurarse de que el oro seguía allí, en el bolsillo secreto. Treinta dragones. «Menuda fortuna para un hombre como él.» Anadeó rápidamente por el callejón, deseoso de terminar con aquello cuanto antes.

La bodega era un lugar deprimente, oscuro y húmedo; las paredes estaban manchadas de salitre, y el techo era tan bajo que Bronn se habría tenido que agachar para no darse contra las vigas. Para Tyrion Lannister no era un problema. A aquella hora, la estancia principal estaba desierta, sólo se veía a una mujer de ojos sin vida sentada en un taburete, tras la basta barra de madera. Le entregó una copa de vino agrio.

—Detrás —le dijo.

La habitación trasera era aún más oscura. En una mesa baja ardía una vela junto a una jarra de vino. El hombre sentado ante ella no parecía peligroso; era bajo, aunque para Tyrion todos los hombres eran altos, con una calvicie incipiente, mejillas sonrosadas y una barriga que tensaba los botones de su jubón de piel de ciervo. En las manos suaves sostenía una lira de doce cuerdas, más mortífera que cualquier espada.

Tyrion se sentó frente a él.

—Symon *Pico de Oro*.

—Mi señor Mano —dijo el hombre inclinando la cabeza. Tenía la coronilla calva.

—Me confundís con otro. Mi padre es la Mano del Rey. Me temo que yo ya no soy ni un dedo.

—Estoy seguro de que volveréis a estar en lo más alto. Un hombre como vos... Mi dulce dama Shae me ha dicho que estáis recién casado. Ojalá me hubierais hecho llamar antes. Habría sido un honor cantar en vuestro banquete nupcial.

—Lo que menos falta le hace a mi esposa es oír más canciones —replicó Tyrion—. En cuanto a Shae, los dos sabemos que no es ninguna dama, y mucho os agradecería que no volvierais a pronunciar su nombre.

—Como la Mano ordene —dijo Symon.

La última vez que Tyrion había visto al bardo, unas cuantas palabras bruscas bastaban para hacerlo sudar; pero por lo visto había hecho acopio de valor. «Lo debe de haber encontrado en esa jarra. —O tal vez el propio Tyrion tuviera la culpa de aquella novedosa osadía—. Lo amenacé, pero luego no hice nada, así que ahora cree que no tengo dientes.» Dejó escapar un suspiro.

—Tengo entendido que sois un bardo de mucho talento.

—Qué amable por vuestra parte decir tal cosa, mi señor.

—Ya va siendo hora de que llevéis el regalo de vuestra música a las Ciudades Libres. —Tyrion le dedicó una amplia sonrisa—. En Braavos, en Pentos y en Lys hay muchos a los que les gustan las canciones, y son generosos con los que los satisfacen. —Bebió un sorbo de vino. Estaba adulterado, pero era fuerte—. Lo mejor sería una gira por las nueve ciudades. No queremos privar a nadie del placer de oíros cantar. Bastaría con que estuvierais un año en cada una. —Se palpó el interior de la capa, donde llevaba escondido el oro—. El puerto está cerrado, así que tendréis que ir hasta el Valle Oscuro para embarcar, pero Bronn os conseguirá un caballo, y para mí sería un honor que me permitierais pagaros el pasaje...

—Pero mi señor —protestó el bardo—, si no me habéis oído cantar nunca. Por favor, escuchad un momento.

Rasgueó las cuerdas de la lira con dedos hábiles, y una música suave pareció llenar el sótano. Symon empezó a cantar.

Recorrió las calles de la urbe
desde lo alto de su colina,
por callejones y escalones,
a la llamada de una mujer acude.
Porque ella era su secreto tesoro,
era su alegría y su deshonra.
Nada son una torre ni una cadena
si a un beso de mujer se las compara.

—Es más larga —dijo el bardo, interrumpiendo la canción—. Mucho, mucho más larga. El estribillo me gusta mucho, escuchad. «Las manos de oro siempre están frías, pero las de mujer siempre están tibias...»

—¡Basta ya! —Tyrion sacó la mano de la capa sin coger el oro—. No quiero volver a oír esa canción. Jamás.

—¿No? —Symon Pico de Oro dejó a un lado la lira y bebió un trago de vino—. Vaya, qué lástima. Pero hay una canción para cada persona, como me decía mi viejo maestre cuando me enseñaba a tocar. Puede que a otros les guste más. Tal vez a la Reina. O a vuestro señor padre.

—Mi padre no tiene tiempo para perderlo con bardos, y mi hermana no es

tan generosa como se suele creer. —Tyrion se frotó la cicatriz de la nariz—. Un hombre listo podría ganar más con el silencio que con las canciones. —No había manera de dejarlo más claro.

—Mi precio os parecerá muy modesto, mi señor. —Symon había captado la idea al vuelo.

—Me alegra saberlo. —Tyrion se temía que aquello no se resolvería con treinta dragones de oro—. Decidme.

—En el banquete nupcial del rey Joffrey va a haber un torneo de bardos.

—Y malabaristas, bufones y osos bailarines...

—Sólo un oso bailarín, mi señor —dijo Symon, que evidentemente había prestado más atención que Tyrion a los preparativos de Cersei—, pero siete bardos. Galyeon de Cuy, Bethany *Dedosdiestros*, Aemon Costayne, Alaric de Eysen, Hamish *el Arpista*, Collio Quaynis y Orland de Antigua competirán por un laúd de oro con cuerdas de plata... pero inexplicablemente no se ha invitado a participar al que podría darles lecciones a todos ellos.

—Dejad que adivine. ¿Symon *Pico de Oro*?

—Estoy dispuesto a demostrar ante el Rey y ante la corte que lo que digo no son meras baladronadas. —Symon sonreía con modestia—. Hamish está viejo, y muchas veces se olvida de lo que canta. ¡Y Collio, con ese absurdo acento tyroshi...! Tenéis suerte si se le entiende una palabra de cada tres.

—Mi querida hermana ha hecho todos los preparativos del banquete. Y aunque pudiera conseguiros una invitación, ¿no resultaría extraño? Siete reinos, siete juramentos, siete desafíos, setenta y siete platos... ¿y ocho bardos? ¿Qué pensará el Septon Supremo?

—No os tenía por un hombre tan piadoso, mi señor.

—No se trata de piedad. Hay que observar ciertas formas.

—Bueno... Sabed que la vida de un bardo no está exenta de riesgos. Trabajamos en tabernas y bodegas, ante borrachos alborotados. —Symon bebió un trago de vino—. Si a alguno de los siete bardos de vuestra hermana le aconteciera una desgracia, espero que penséis en mí para ocupar su lugar. —Su sonrisa taimada mostraba una desmesurada satisfacción consigo mismo.

—Desde luego, tener seis bardos sería tan desafortunado como tener ocho. Me interesaré por la salud de los siete de Cersei. Si alguno de ellos sufriera una indisposición, Bronn os buscará.

—Muy bien, mi señor. —Symon podría haber dejado así las cosas, pero estaba ebrio de triunfo—. Cantaré la noche de bodas del rey Joffrey. Si me convocan a la corte, desde luego querré ofrecer a Su Alteza mis mejores composiciones, canciones que he cantado ya un millar de veces y que siempre gustan. Pero, si por casualidad me encontrara tocando en cualquier bodega lúgubre... Bueno, sería una ocasión inmejorable de ensayar mi nueva canción. «Las manos de oro siempre son frías, pero las de mujer siempre son tibias...»

—No será necesario —replicó Tyrion—. Os doy mi palabra de Lannister; Bronn no tardará en buscaros.

—Muy bien, mi señor. —El bardo barrigón con su calvicie incipiente volvió a coger la lira.

Bronn lo esperaba con los hombres a la entrada del callejón. Ayudó a Tyrion a montar.

—¿Cuándo tengo que llevarlo al Valle Oscuro?

—Nunca. —Tyrion hizo dar la vuelta al caballo—. Deja pasar tres días, y luego dile que Hamish *el Arpista* se ha roto un brazo y que la ropa que tiene no es adecuada para la corte, que hay que conseguirle un nuevo atuendo enseguida. Irá contigo sin dudar. —Hizo una mueca—. Si quieres, quédate con su pico; tengo entendido que es de oro. El resto de él, que desaparezca para siempre.

—Hay un tenderete de calderos en el Lecho de Pulgas donde preparan un estofado muy sabroso. —Bronn sonrió—. Dicen que lleva todo tipo de carnes.

—Asegúrate de que no coma allí nunca. —Tyrion puso el caballo al trote. Quería un baño, cuanto más caliente mejor.

Pero hasta ese modesto placer le fue negado; nada más llegar a sus habitaciones, Podrick Payne le informó de que lo habían convocado a la Torre de la Mano.

—Su señoría quiere veros. La Mano. Lord Tywin.

—Ya sé quién es la Mano, Pod —dijo Tyrion—. He perdido la nariz, no los sesos.

—Ahora no la pagues con el chico —dijo Bronn riéndose—; tampoco es como para cortarle la cabeza.

—¿Por qué no? Para lo que la usa...

«¿Qué habré hecho ahora? —se preguntó Tyrion—. O mejor dicho, ¿qué no he hecho?» Cuando Lord Tywin lo llamaba, siempre había segundas intenciones; desde luego su padre no requeriría nunca su presencia para compartir una comida o una copa de vino.

Un poco más tarde, cuando entró en las estancias de su padre, oyó una voz.

—Cerezo para las fundas, forradas en cuero rojo y adornadas con una hilera de tachonaduras en forma de cabeza de león, de oro puro. Los ojos pueden ser de granates...

—De rubíes —replicó Lord Tywin—. Los granates tienen menos fuego.

Tyrion carraspeó para aclararse la garganta.

—Mi señor, ¿me has mandado llamar?

—Sí —dijo su padre alzando la vista—. Ven a ver esto. —En la mesa, ante ellos, había un bulto envuelto en tejido encerado, y Lord Tywin tenía una espada larga en la mano—. Es un regalo de bodas para Joffrey.

La luz que entraba a raudales por los cristales en forma de rombo arrancaba destellos negros y rojos de la hoja, a medida que Lord Tywin la giraba para examinar el filo, mientras que el pomo y los gavilanes centelleaban dorados.

—He pensado que, con tantas tonterías como se están diciendo sobre Stannis y su espada mágica, sería buena idea regalarle a Joffrey algo también

extraordinario. Un arma digna de un rey.

—Es mucha espada para Joff —dijo Tyrion.

—Ya crecerá. Mira, sopésala. —Le tendió el arma con el puño por delante.

La espada era mucho más ligera de lo que parecía a simple vista. Al girarla comprendió por qué. Sólo había un material que se pudiera batir tan fino y aun así resultar suficientemente fuerte como para combatir con él, y aquellas ondulaciones, señal de que el acero había sido replegado muchos millares de veces, eran inconfundibles.

—¿Acero valyrio?

—Sí —respondió Lord Tywin con tono de profunda satisfacción.

«Por fin, ¿eh, Padre?» Las espadas de acero valyrio escaseaban y eran muy caras; aun así, quedaban varios miles en el mundo; sólo en los Siete Reinos, tal vez más de doscientas. Ninguna de ellas pertenecía a la Casa Lannister, y eso siempre había irritado a su padre. Los antiguos Reyes de la Roca poseyeron una de aquellas armas, pero el espadón *Rugido* se perdió cuando el segundo rey Tommen se lo llevó a Valyria en su alocada búsqueda. No volvió, como tampoco regresó su tío Gery, el segundo hermano de su padre, el más temerario, que se había ido hacía ya ocho años en busca de la espada perdida.

En al menos tres ocasiones, Lord Tywin había tratado de comprar espadas valyrias a Casas menores venidas a menos, pero todos sus intentos fueron rechazados con firmeza. Los señores entregarían de buena gana a sus hijas a cualquier Lannister que se las pidiera, pero conservaban las espadas familiares como tesoros.

Tyrion se preguntó de dónde habría salido el metal con que se había forjado aquélla. Quedaban unos pocos maestros armeros capaces de trabajar el acero valyrio, pero el secreto de su fabricación se había perdido cuando la Maldición cayó sobre la antigua Valyria.

—Los colores son extraños —comentó mientras inspeccionaba la espada a la luz del sol. Casi todo el acero valyrio era de un gris tan oscuro que casi parecía negro, y aquella espada también. Pero en los dobleces había un rojo tan oscuro como el gris. Los dos colores se besaban sin siquiera tocarse; cada ondulación era diferente, como oleadas de noche y sangre que lamieran una orilla acerada—. ¿Cómo lo habéis hecho? No había visto nunca nada igual.

—Yo tampoco, mi señor —dijo el armero—. He de confesar que esos colores no son los que buscaba, y no sé si podría volver a producir el mismo efecto. Vuestro señor padre me pidió el escarlata de vuestra Casa, y ése era el color que preparé para infundir en el metal. Pero el acero valyrio es testarudo. Se dice que estas viejas espadas tienen memoria y no cambian con facilidad. Lo trabajé con medio centenar de hechizos y aclaré el rojo una y otra vez, pero el color siempre se oscurecía, como si la hoja le estuviera bebiendo el sol. Y algunos pliegues no admitían el rojo en absoluto, como podéis ver. Si mis señores de Lannister no están satisfechos lo seguiré intentando, por supuesto, tantas veces como queráis, pero...

—No será necesario —dijo Lord Tywin—. Así está bien.

—Una espada carmesí tendría un brillo muy hermoso bajo el sol, pero si he de ser sincero, estos colores me gustan más —asintió Tyrion—. Tienen una belleza ominosa... y hacen que esta hoja sea única. Seguro que no hay una espada igual en todo el mundo.

—Sí la hay. —El armero se inclinó sobre la mesa, abrió los pliegues de la tela encerada y dejó al descubierto una segunda espada.

Tyrion puso la espada de Joffrey en la mesa y cogió la otra. Si no eran gemelas, se trataba al menos de primas hermanas. La segunda era más gruesa y pesada, casi un dedo más ancha y cuatro dedos más larga, pero las líneas limpias y esbeltas eran las mismas, así como aquel color tan característico, las ondulaciones de sangre y noche. La segunda hoja tenía tres estrías profundas que iban del puño a la punta, mientras que en la espada del Rey sólo había dos. La empuñadura de Joff era mucho más ornamentada, con gavilanes en forma de zarpas de león con garras hechas de rubíes; pero ambas tenían el puño protegido con fino cuero rojo y el pomo en forma de cabeza de león.

—Magnífica. —Hasta en unas manos tan poco diestras como las de Tyrion, la hoja parecía cobrar vida—. No había visto nunca un equilibrio tan excelente.

—Será para mi hijo.

«No hace falta preguntar para cuál. —Tyrion depositó la espada de Jaime sobre la mesa, junto a la de Joffrey, y se preguntó si Robb Stark dejaría vivir a su hermano para que pudiera empuñarla—. Nuestro padre, sin duda cree que sí; de lo contrario, ¿para qué la habría hecho forjar?»

—Habéis hecho un gran trabajo, maestre Mott —dijo Lord Tywin al armero—. Mi mayordomo se encargará de que recibáis vuestro pago. Y acordaos: rubíes para las vainas.

—No lo olvidaré, mi señor. Sois muy generoso. —Envolvió las espadas en la tela encerada, se puso el fardo bajo un brazo y se dejó caer sobre una rodilla—. Es un honor servir a la Mano del Rey. Entregaré las espadas el día anterior a la boda.

—Sin falta.

Los guardias escoltaron al armero fuera de la estancia, y Tyrion se subió a una silla.

—Vaya, una espada para Joff, una espada para Jaime y para el enano ni una daga. ¿Te parece bonito, Padre?

—Había acero suficiente para dos armas, no para tres. Si te hace falta una daga, ve a la armería y coge una cualquiera. Robert dejó más de cien antes de morir. Gerion le dio una daga dorada con el puño de marfil y un zafiro en el pomo como regalo de bodas, y la mitad de los enviados que acudieron a la corte trataron de ganarse su favor obsequiando a Su Alteza con cuchillos con incrustaciones de piedras preciosas y espadas con adornos de plata.

—Le habrían complacido más entregándole a sus hijas —dijo Tyrion, que no pudo evitar una sonrisa.

—Sin duda. La única hoja que utilizó toda su vida fue el cuchillo de caza que Jon Arryn le había regalado cuando era niño. —Lord Tywin hizo un gesto con la mano, como para apartar a un lado al rey Robert y a sus dagas—. ¿Con qué te encontraste junto al río?

—Con lodo —dijo Tyrion—. Y con unos cuantos cadáveres que nadie se ha molestado en enterrar. Antes de volver a abrir el puerto habrá que dragar el Aguasnegras y sacar a flote los barcos hundidos o destruirlos. Hacen falta reparaciones en tres cuartas partes de los amarraderos; algunos habrá que reconstruirlos por completo. El mercado del pescado ha desaparecido. También hay que cambiar la Puerta del Río y la Puerta del Rey; quedaron astilladas después de que Stannis intentara derribarlas. No quiero ni pensar en el precio.

«Si es verdad que cagas oro, Padre, ve al retrete y empieza a trabajar», habría querido añadir. Pero se contuvo.

—Consigue el oro que haga falta.

—¿Cómo? ¿Dónde lo busco? Las arcas del tesoro están vacías, ya te lo he dicho. Aún no hemos terminado de pagar el fuego valyrio de los alquimistas ni la cadena de los herreros, y Cersei ha pedido que la corona pague la mitad de los gastos de la boda de Joff: setenta y siete platos de mierda, un millar de invitados, una empanada llena de palomas, bardos, malabaristas...

—Las extravagancias a veces son útiles. Tenemos que mostrar a todo el reino el poder y la riqueza de Roca Casterly.

—Entonces que pague Roca Casterly.

—¿Por qué? He visto los libros de cuentas de Meñique. Los ingresos de la corona se han multiplicado por diez desde los tiempos de Aerys.

—Los gastos de la corona también. Robert era tan pródigo con sus monedas como con su polla. Meñique tuvo que pedir prestado mucho dinero, a ti entre otros. Sí, los ingresos son considerables, pero apenas si bastan para cubrir la usura. ¿O le vas a perdonar al trono la deuda que tiene con la Casa Lannister?

—No digas tonterías.

—En ese caso deberíamos conformarnos con siete platos. Trescientos invitados en vez de mil. Y según tengo entendido, un matrimonio es igual de legítimo aunque no haya oso bailarín.

—Los Tyrell nos considerarían unos tacaños. Quiero la boda y el puerto. Si no puedes pagar ambas cosas, dímelo para que busque un consejero de la moneda que sí pueda.

—Conseguiré el dinero. —Tyrion no quería ni pensar en la vergüenza que supondría que lo despidieran tan pronto.

—Sí —le aseguró su padre—. Y ya que estás, a ver si consigues también encontrar la cama de tu esposa.

«Así que le han llegado los rumores.»

—Ya sé dónde está, muchas gracias. Es ese mueble que hay entre la ventana y la chimenea, el del dosel de terciopelo y el colchón de plumas de ganso.

—Me alegra que sepas dónde está. ¿Qué tal si ahora tratas de conocer a la

mujer que la comparte contigo?

«¿Qué mujer? Querrás decir la niña.»

—¿Te ha estado susurrando al oído una araña o tengo que dar las gracias a mi querida hermana? —Considerando las cosas que pasaban entre las sábanas de Cersei, cualquiera habría dicho que tendría la decencia de no meter las narices en las suyas—. Dime, ¿cómo es que todas las doncellas de Sansa están al servicio de Cersei? Estoy harto de que me espíen en mis habitaciones.

—Si no te gustan las criadas de tu mujer, despídelas y contrata a otras que te convengan más. Estás en tu derecho. A mí no me preocupan las doncellas de tu esposa, sino que ella siga siendo doncella. Tanta... delicadeza me asombra. Nunca habías tenido problemas para meterte en la cama con una puta. ¿Qué le pasa a la Stark, no lo tiene todo en el mismo sitio?

—¿Por qué te interesa tanto dónde meto la polla? —replicó Tyrion—. Sansa es demasiado joven.

—Tiene edad suficiente para convertirse en la señora de Invernalia una vez muera su hermano. Si la desvirgas, estarás un paso más cerca de poder dominar el norte. Déjala preñada y lo tendrás en la mano. ¿O tengo que recordarte que si un matrimonio no se consuma es posible anularlo?

—Sólo puede hacerlo el Septon Supremo o un Consejo de la Fe. El Septon Supremo que hay ahora no es más que una foca bien amaestrada, que aplaude cuando se lo ordenamos. El Chico Luna tiene más probabilidades de anular mi matrimonio que él.

—Tal vez debería haber casado a Sansa Stark con el Chico Luna. Al menos, habría sabido qué hacer con ella.

—No quiero seguir hablando de la virginidad de mi esposa. —Tyrion apretó las manos contra los brazos de la silla—. Pero ya que estamos con el tema de los matrimonios, ¿cómo es que no hay novedades sobre las inminentes nupcias de mi hermana? Creo recordar...

—Mace Tyrell ha rechazado mi oferta de casar a Cersei con Willas, su heredero —lo interrumpió Lord Tywin.

—¿Que ha rechazado a nuestra querida Cersei? —Aquello puso a Tyrion de un humor mucho mejor.

—Cuando le planteé el tema de esta unión, Lord Tyrell parecía muy bien dispuesto —siguió su padre—. Y al día siguiente, todo lo contrario. Ha sido cosa de la vieja. Tiene dominado a su hijo. Según Varys, le dijo que tu hermana era demasiado entrada en años y usada para casarse con su adorado nieto cojo.

—Seguro que a Cersei le encantó —rió.

—No sabe nada. —Lord Tywin le lanzó una mirada gélida—. Ni lo sabrá. Será mejor para todo el mundo que nunca se haya hecho la propuesta. Métetelo bien en la cabeza, Tyrion. No se ha hecho nunca la propuesta.

—¿Qué propuesta? —Tyrion tenía la sospecha de que Lord Tyrell lamentaría amargamente su negativa.

—Tu hermana se casará. Lo único que no sé aún es con quién. Tengo varias

ideas...

Antes de que se las pudiera exponer, llamaron a la puerta, y un guardia metió la cabeza para anunciar al Gran Maestre Pycelle.

—Que pase —dijo Lord Tywin.

Pycelle entró con paso titubeante apoyándose en un bastón y se detuvo el tiempo justo para lanzar a Tyrion una mirada capaz de cortar la leche. La otrora frondosa barba blanca que, incomprensiblemente, le habían afeitado, le estaba saliendo rala y fina, con lo que se le veían manchas rosadas muy poco atractivas bajo el cuello.

—Mi señor Mano —dijo el anciano con una reverencia tan marcada como pudo hacer sin llegar a caerse—, ha llegado otro pájaro del Castillo Negro. ¿Puedo hablar con vos en privado?

—No será necesario. —Lord Tywin indicó con un gesto al Gran Maestre Pycelle que se sentara—. Tyrion se puede quedar.

«Oooh, ¿de verdad?» Se frotó la nariz y aguardó.

Pycelle se aclaró la garganta, para lo que tuvo que carraspear y toser durante un rato.

—La carta la envía un tal Bowen Marsh, el mismo que mandó la anterior. Es el castellano. Nos escribe que Lord Mormont mandó un mensaje diciendo que los salvajes avanzan hacia el sur en gran número.

—Las tierras que hay más allá del Muro no pueden sustentar a un gran número —replicó Lord Tywin con firmeza—. Esta advertencia no es nueva.

—En cierto modo sí, mi señor. Mormont mandó un pájaro desde el Bosque Encantado para informar de que los estaban atacando. Después volvieron más cuervos, pero sin cartas. El tal Bowen Marsh teme que Lord Mormont y todos sus hombres hayan muerto.

—¿Estáis seguro? —preguntó Tyrion; le había caído bien el viejo Jeor Mormont, con sus modales rudos y su pájaro parlanchín.

—No —reconoció Pycelle—, pero por ahora no ha regresado ninguno de los hombres de Mormont. Marsh teme que los salvajes los hayan asesinado y se estén preparando para atacar el Muro. —Se palpó la túnica hasta dar con el papel—. Aquí está la carta, mi señor; es una súplica dirigida a los cinco reyes. Quiere hombres, tantos como le podamos enviar.

—¿A los cinco reyes? —Era evidente que su padre estaba molesto—. En Poniente sólo hay un rey. Si esos imbéciles de negro quieren que Su Alteza los escuche, más les vale recordarlo. Cuando contestéis, decidle que Renly está muerto y los otros no son más que traidores y usurpadores.

—Seguro que se alegrará de saberlo. El Muro está a un mundo de distancia; las noticias a menudo les llegan tarde. —Pycelle movía la cabeza de arriba a abajo—. ¿Qué le digo a Marsh acerca de los hombres que solicita? ¿Hay que convocar al Consejo...?

—No será necesario. La Guardia de la Noche es una banda de ladrones, asesinos y patanes bastardos, pero también podría ser otra cosa si tuvieran la

disciplina adecuada. Si es verdad que Mormont ha muerto, los hermanos negros tendrán que elegir un nuevo Lord Comandante.

—Excelente idea, mi señor. —Pycelle lanzó una mirada ladina en dirección a Tyrion—. Ya sé quién sería el candidato ideal: Janos Slynt.

—Los hermanos negros eligen a su comandante —les recordó Tyrion; la idea no le había hecho la menor gracia—. Lord Slynt es un recién llegado en el Muro. Lo sé; yo mismo lo mandé allí. ¿Por qué iban a elegirlo a él en vez de a cualquiera de una docena de hombres con experiencia?

—Porque si no votan lo que les digamos —respondió su padre en un tono que indicaba que Tyrion era corto de entendederas—, su Muro se derretirá antes de que les llegue un hombre de refuerzo.

«Sí, seguro que cogen la indirecta.» Tyrion se inclinó hacia adelante.

—Janos Slynt es una pésima elección, Padre. Sería mucho mejor el comandante de la Torre Sombría. O el de Guardiaoriente del Mar.

—El comandante de la Torre Sombría es un Mallister de Varamar, y el de Guardiaoriente un hombre del hierro. —Ninguno de los dos era adecuado para sus propósitos; el tono de Lord Tywin lo dejaba bien claro.

—Janos Slynt es hijo de un carnicero —le recordó Tyrion con energía—. Tú mismo me lo dijiste...

—Recuerdo perfectamente qué te dije. Pero el Castillo Negro no es Harrenhal, y la Guardia de la Noche no es el Consejo del Rey. Hay una herramienta para cada tarea, y una tarea para cada herramienta.

—Lord Janos no es más que una armadura vacía que se venderá al mejor postor —le espetó Tyrion, incapaz de contener la ira.

—Lo considero un punto a su favor. ¿Qué mejor postor que nosotros? —Se volvió hacia Pycelle—. Enviad un cuervo. Escribid que el rey Joffrey se ha entristecido sobremanera al enterarse de la muerte del Lord Comandante Mormont, pero lamenta no poder prescindir de ningún hombre ahora mismo, habiendo tantos rebeldes y usurpadores alzados en armas. Sugerid que la cosa podría cambiar una vez el trono esté a salvo... siempre y cuando el Rey tenga plena confianza en el más alto mando de la Guardia. Para terminar, pedid a Marsh que transmita un saludo muy afectuoso de Su Alteza a su fiel amigo y servidor, Lord Janos Slynt.

—Sí, mi señor. —Pycelle agitó una vez más la mustia cabeza—. Escribiré lo que la Mano ordena. Será un placer.

«Tendría que haberle cortado la cabeza en vez de la barba —reflexionó Tyrion—. Y Slynt debería haberse ido a nadar con su querido amigo Allar Deem. —Al menos no había cometido el mismo error con Symon *Pico de Oro*—. ¿Lo ves, Padre? —habría querido gritar—. ¿Ves lo deprisa que aprendo?»

SAMWELL

En la parte de arriba, una mujer estaba pariendo entre gritos, y abajo, un hombre agonizaba junto a la hoguera. Samwell Tarly no había sabido decir qué le daba más miedo.

Habían tapado al pobre Bannen con un montón de pieles, y avivaban la hoguera cada poco tiempo, pero no hacía más que quejarse.

—Tengo frío. Por favor. Tengo mucho frío.

Sam estaba intentando darle un poco de sopa de cebolla, pero era incapaz de tragar. El caldo le chorreaba por los labios y barbilla abajo nada más metérselo en la boca.

—Ése ya está muerto. —Craster lo miró con indiferencia mientras se comía una salchicha—. Sería más misericordioso meterle un cuchillo en el pecho que esa cuchara en la boca, si quieres que te diga la verdad.

—No queremos. —Gigante, cuyo verdadero nombre era Bedwyck, no medía más de tres codos y medio, pero era un hombrecillo de temperamento fiero—. Mortífero, ¿tú quieres que Craster te diga la verdad?

Sam se encogió al oír el apodo, pero contestó con un gesto de negación. Cogió otra cucharada de sopa, la acercó a la boca de Bannen y trató de metérsela entre los labios.

—Comida y fuego —siguió Gigante—. Es lo único que queríamos de ti. Y la comida nos la das a regañadientes.

—Da gracias de que no hago lo mismo con el fuego. —Craster era de complexión recia, y las malolientes pieles de oveja que llevaba día y noche lo hacían parecer más recio aún. Tenía la nariz ancha y aplastada, la boca torcida hacia un lado, y le faltaba una oreja. La cabellera enmarañada y la barba enredada empezaban a pasar del gris al blanco, pero las manos duras de grandes nudillos aún parecían fuertes y capaces de hacer daño—. Os doy de comer lo que puedo, pero los cuervos siempre tenéis hambre. Soy un hombre piadoso; si no, ya os habría echado de aquí. ¿Qué falta me hacen a mí moribundos por el suelo? ¿Qué falta me hacen a mí todas vuestras bocas, hombrecito? —El salvaje escupió—. ¡Cuervos! ¿Cuándo se ha visto que un cuervo traiga buenas noticias, eh? Nunca. Nunca.

El caldo volvió a correr por la comisura de la boca de Bannen. Sam se lo limpió con el extremo de la manga. El explorador tenía los ojos abiertos, pero no veía nada.

—Tengo frío —repitió, con un hilo de voz. Tal vez un maestre habría sabido cómo salvarlo, pero no contaban con ninguno. Kedge Ojoblanco había cortado el pie aplastado de Bannen hacía nueve días, entre tanta sangre y pus que Sam

estuvo a punto de vomitar, pero era demasiado tarde—. Tengo mucho frío —repitieron los labios blancuzcos.

En la estancia había una harapienta docena de hermanos negros, sentados en el suelo o en toscos bancos de madera, que tomaban la misma sopa insípida de cebolla y mordisqueaban trozos de pan duro. Por su aspecto, un par de ellos estaban en peores condiciones que Bannen. Fornio llevaba varios días delirando, y del hombro de Ser Byam brotaba un hediondo pus amarillento. Cuando salieron del Castillo Negro, Bernarr *el Moreno* llevaba bolsas de fuego myriense, ungüento de mostaza, ajo molido, atanasia, leche de la amapola, cobre real y otras hierbas curativas. Hasta sueñodulce, que otorgaba el don de una muerte indolora. Pero Bernarr *el Moreno* había muerto en el Puño, y a nadie se le había ocurrido buscar las medicinas del maestre Aemon. Hake también sabía algo de hierbas, así como de cocina, pero también él había desaparecido. De modo que los mayordomos sobrevivientes tenían que cuidar a los heridos lo mejor que podían, que no era gran cosa.

«Al menos aquí están secos, y tienen fuego para calentarse. Pero les hace falta más comida.» A todos les hacía falta más comida. Los hombres llevaban varios días refunfuñando. Karl *el Patizambo* no paraba de decir que Craster debía de tener una despensa secreta, y Garth de Antigua lo apoyaba últimamente, siempre que estuviera fuera del alcance del oído del Lord Comandante. Sam había sopesado la posibilidad de suplicar algo más nutritivo, al menos para los heridos, pero no conseguía reunir el valor necesario. Craster tenía unos ojos fríos y malévolos, y siempre que lo miraba, al salvaje se le crispaban un poco las manos, como si fuera a cerrar los puños. «¿Sabrá que hablé con Elí la última vez que estuvimos aquí? —se preguntó—. ¿Le diría ella que nos la íbamos a llevar? ¿Le daría una paliza para hacerla confesar?»

—Tengo frío —dijo Bannen—. Por favor. Tengo frío.

Pese al calor y al humo del torreón de Craster, también Sam sentía frío. «Y cansancio, un cansancio espantoso.» Necesitaba dormir, pero siempre que cerraba los ojos soñaba con ráfagas de nieve y muertos que se tambaleaban hacia él con las manos negras y brillantes ojos azules.

En la parte de arriba, Elí dejó escapar un sollozo estremecedor, que retumbó en la alargada estancia sin ventanas.

—Empuja —oyó decir a una de las mujeres más viejas de Craster—. Más fuerte, ¡más fuerte! Grita si así puedes empujar más.

Gritó tan alto que Sam apretó los ojos con fuerza. Craster alzó la vista.

—¡Ya estoy harto de tanto chillido! —gritó—. Que muerda un trapo o algo así; ¡si no, subo y le doy un guantazo!

Sam sabía que lo haría. Craster tenía diecinueve esposas, pero ninguna que se atreviera a interferir si empezaba a subir por la escalerilla de madera. Igual que no se habían atrevido a intervenir los hermanos negros dos noches atrás, cuando dio una paliza a una de las chicas más jóvenes. Desde luego, habían hablado de ello.

—La está matando —fue el comentario de Garth de Greenaway.

—Si no quiere a ese caramelito —dijo Karl *el Patizambo* riéndose—, que me lo dé a mí.

Bernarr *el Negro* maldijo en voz baja, y Alan de Rosby se levantó y salió al exterior para no tener que oír aquello.

—Es su casa; son sus normas —les tuvo que recordar el explorador Ronnel Harclay—. Craster es amigo de la Guardia.

«Amigo», pensó Sam mientras escuchaba los gritos ahogados de Elí. Craster era un hombre brutal que controlaba a sus esposas e hijas con mano de hierro, pero su Torreón seguía siendo un refugio.

—Cuervos helados —se burló Craster al ver llegar agotados a los pocos que habían sobrevivido a la nieve, los espectros y el frío glacial—. Y la bandada no es tan numerosa como la que voló hacia el norte.

Pero les había dejado espacio en su suelo, un techo que los protegía de la nieve y fuego para secarse, y sus esposas les habían dado tazas de vino caliente para que entraran en calor. «Malditos cuervos», les decía, pero también los alimentaba, por escasa que fuera la comida.

«Somos invitados —se recordó Sam—. Elí es suya. Es su hija, es su esposa. Su casa, sus normas.»

La primera vez que había estado en el Torreón de Craster, Elí había acudido a él para suplicarle ayuda, y Sam le había prestado la capa negra para que se tapara el vientre al ir en busca de Jon Nieve. «Se supone que los caballeros tienen que defender a las mujeres y a los niños. —Sólo unos pocos de los hermanos negros eran caballeros; aun así...—. Todos pronunciamos el juramento —pensó Sam—. Soy el escudo que protege los reinos de los hombres. —Una mujer era una mujer, aunque fuera salvaje—. Tendríamos que haberla ayudado. Deberíamos haberla ayudado. —Elí tenía miedo por su bebé; temía que fuera un niño. Craster criaba a sus hijas para que luego fueran sus esposas, pero allí no había hombres ni niños. Elí le había dicho a Jon que Craster entregaba a sus hijos varones a los dioses—. Si los dioses son misericordiosos —rezó Sam—, le darán a Elí una hija.»

Arriba, Elí ahogó un grito.

—Ya casi está —dijo una mujer—. Otro empujón, ¡venga! Sí, ya veo la cabeza del niño.

«De la niña —pensó Sam, entristecido—. De la niña, la cabeza de la niña.»

—Tengo frío —dijo Bannen con voz débil—. Por favor. Tengo mucho frío.

Sam dejó el cuenco a un lado, echó otra piel por encima al moribundo y añadió más leña a la hoguera. Elí lanzó un alarido y empezó a jadear. Craster siguió masticando una dura salchicha negra. Tenía salchichas para él y para sus mujeres, pero les dijo que para la Guardia, no.

—Estas mujeres —se quejó—. Qué manera de chillar. Una vez tuve una cerda que parió una camada de ocho cochinillos casi sin un gruñido. —Siguió mordisqueando mientras giraba la cabeza para lanzar una mirada despectiva en

dirección a Sam—. Era casi tan gorda como tú, chico. Mortífero. —Rió.

Aquello era más de lo que Sam podía soportar. Se alejó de la hoguera y caminó con paso torpe entre los hombres que dormían, que descansaban y que agonizaban en el suelo de tierra dura. El humo, los gritos y los gemidos lo habían puesto al borde del desfallecimiento. Agachó la cabeza para cruzar la cortina de piel de ciervo que hacía las veces de puerta para Craster y salió al frío del atardecer.

Era un día nublado, pero lo bastante luminoso para que se sintiera deslumbrado tras la penumbra del interior. Había montoncitos de nieve que doblaban las ramas de los árboles circundantes y cubrían las colinas doradas y rojizas, pero menos que antes. La tormenta había pasado, y los días transcurridos en el Torreón de Craster habían sido... bueno, cálidos no, pero tampoco de un frío tan glacial. Sam alcanzaba a oír el goteo del agua al derretirse de los carámbanos que pendían del borde del grueso techo de hierba. Respiró hondo y miró a su alrededor.

Hacia el oeste, Ollo *Manomocha* y Tim Piedra estaban con los caballos, alimentando y abrevando a los pocos que les quedaban.

En la zona más azotada por el viento, otros hermanos despellejaban y descuartizaban los animales que estaban demasiado débiles para seguir el camino. Los lanceros y los arqueros montaban guardia tras los diques de piedra que eran la única defensa de Craster contra lo que pudiera acechar en el bosque cercano, mientras que una docena de hogueras enviaba hacia el cielo gruesas columnas de humo azul grisáceo. Sam alcanzaba a oír los ecos lejanos de las hachas en el bosque, donde estaban recogiendo la madera necesaria para mantener las hogueras encendidas toda la noche. Porque lo peor eran las noches. Cuando el mundo se tornaba oscuro. Y frío.

No habían sufrido ningún ataque desde que estaban en el Torreón de Craster, ni habían visto rastro de los espectros ni de los Otros. Ni lo sufrirían, según Craster.

—Un hombre piadoso no tiene nada que temer. Eso mismo le dije una vez a Mance Rayder cuando vino aquí a husmear. Pero no me hizo caso, igual que no me hacéis caso vosotros, los cuervos, con esas espadas y esas hogueras de mierda. No os servirán de nada cuando llegue el frío blanco. Entonces sólo los dioses os podrán ayudar. Y más os vale estar a bien con los dioses.

Elí también le había hablado del frío blanco y le había contado qué ofrendas hacía Craster a sus dioses. Al enterarse, Sam lo habría querido matar.

«Más allá del Muro no hay leyes —se recordó—, y Craster es amigo de la Guardia.»

Oyó un griterío procedente de detrás de la edificación de barro y ramas. Sam fue a echar un vistazo. El suelo que pisaba era un lodazal de nieve derretida y barro que, según Edd *el Penas*, eran los excrementos de Craster. Pero era más espeso que los excrementos, y se agarraba a las botas de Sam de tal manera que una casi se le quedó atrapada.

Tras un huerto y un redil vacío, una docena de hermanos negros lanzaba flechas contra un blanco hecho de heno y paja. El esbelto mayordomo rubio al que llamaban Donnel *el Suave* acababa de hacer diana a cincuenta pasos de distancia.

—A ver si superas eso, anciano —dijo.

—Eso pienso hacer.

Ulmer, encorvado, con su barba canosa y su pellejo flácido, se situó en la marca y sacó una flecha del carcaj que llevaba a la cintura. En su juventud había sido un forajido, miembro de la infame Hermandad del Bosque Real. Aseguraba que en cierta ocasión había clavado una flecha en la mano al Toro Blanco, de la Guardia Real, para robar un beso de los labios de una princesa dorniense. También le había robado las joyas, así como un cofre de dragones de oro, pero cuando bebía, de lo que alardeaba era del beso.

Colocó la flecha y tensó el arco, todo con la suavidad de la seda del verano, y por último la soltó. Fue a clavarse en el blanco un poco más al centro que la de Donnel Hill.

—¿Qué te ha parecido, muchacho? —preguntó al tiempo que se apartaba.

—No ha estado mal —respondió el joven de mala gana—. El viento de costado te ha ayudado. Cuando disparé yo soplaba más fuerte.

—Entonces tendrías que haberlo compensado. Tienes buen ojo y mano firme, pero te hará falta mucho más para superar al mejor del Bosque Real. *Flecha* Dick fue el que me enseñó a tensar el arco, y no ha habido jamás mejor arquero. Eh, ¿os he hablado del viejo Dick?

—Sólo unas trescientas veces.

No había hombre del Castillo Negro que no hubiera oído los relatos de Ulmer sobre la gran banda de forajidos de antaño. Todos conocían a Simon Toyne, al Caballero Sonriente, a Oswyn *Cuellolargo*, el tres veces ahorcado, a Wenda *la Cierva Blanca*, a *Flecha* Dick, a Ben *Barrigas* y a todos los demás. Donnel *el Suave* buscó una escapatoria a la desesperada, y divisó a Sam de pie en el barrizal.

—¡Mortífero! —lo llamó—. Ven a demostrarnos cómo acabaste con el Otro.

Le tendió el largo arco de madera de tejo. Sam se puso rojo.

—No fue con una flecha; fue con una daga, de vidriagón...

Sabía qué sucedería si cogía el arco. Fallaría, no daría en el blanco, la flecha se perdería por encima del dique, entre los árboles. Y luego oiría las risas.

—No importa —dijo Alan de Rosby, otro buen arquero—. Todos nos morimos por ver disparar al Mortífero. ¿Verdad, muchachos?

No podía enfrentarse a ellos, a las sonrisas burlonas, a las bromitas crueles, al desprecio que reflejaban sus ojos... Sam dio media vuelta para marcharse, pero el pie derecho se le hundió en el lodo y, al tratar de sacarlo, perdió la bota. Tuvo que arrodillarse para sacarla, mientras las carcajadas le resonaban en los oídos. Pese a que llevaba varios calcetines, cuando consiguió escapar de allí, la nieve derretida ya le había empapado hasta la piel.

«Soy un inútil —pensó con tristeza—. Mi padre me caló bien. No tengo derecho a estar vivo, después de que hayan muerto tantos hombres valientes.»

Grenn se estaba encargando de la hoguera al sur de la entrada del campamento, y partía leños desnudo de cintura para arriba. Tenía el rostro congestionado por el esfuerzo, y el sudor era vapor que le salía de la piel. Pero al ver acercarse al jadeante Sam, sonrió.

—¿Qué pasa, Mortífero, los Otros te han quitado la bota?

«¿Él también?»

—Ha sido por el barro. Por favor, no me llames así.

—¿Por qué no? —El desconcierto de Grenn parecía sincero—. Es un buen nombre, y te lo has ganado.

Pyp siempre bromeaba con Grenn y le decía que tenía la mollera más dura que el muro de un castillo, de manera que Sam se lo explicó con paciencia.

—No es más que otra manera de llamarme cobarde —dijo al tiempo que trataba de ponerse la bota embarrada mientras se sostenía sobre la pierna izquierda—. Se burlan de mí, igual que se burlan de Bedwyck cuando lo llaman Gigante.

—Pero no es un gigante —dijo Grenn—, y Paul nunca fue pequeño. Bueno, a lo mejor sí, cuando era un niño de teta, pero luego ya no. En cambio, tú sí que mataste al Otro, así que no es lo mismo.

—Sólo... no... ¡Tenía mucho miedo!

—No más que yo. El único que dice que soy demasiado tonto para tener miedo es Pyp. Tengo tanto miedo como cualquiera. —Grenn se agachó para recoger un leño cortado y lo echó al fuego—. Antes me daba miedo Jon cada vez que tenía que pelear con él. Era muy rápido y luchaba como si quisiera matarme. —La madera húmeda y verde humeó entre las llamas antes de prenderse—. Pero no se lo dije a nadie. A veces creo que todos nos hacemos los valientes y ninguno lo somos de verdad. A lo mejor, si finges que eres valiente, te haces valiente, no sé. Deja que te llamen Mortífero, ¿qué más da?

—No te gustaba que Ser Alliser te llamara Uro.

—Me decía que era grandullón y estúpido. —Grenn se rascó la barba—. Bueno, si Pyp me quisiera llamar Uro, le dejaría. O tú, o Jon. Un uro es un animal fiero y fuerte, así que no está mal, porque yo soy grande y sigo creciendo. ¿No prefieres ser Sam *el Mortífero* en vez de Ser Cerdi?

—¿Y por qué no puedo ser Samwell Tarly y ya está? —Se dejó caer sentado en un tronco húmedo que Grenn no había cortado aún—. Lo que lo mató fue el vidriagón. El vidriagón, no yo.

Se lo había contado a todos. Se lo había contado todo, a todos. Sabía que algunos no le habían creído. El Daga le había enseñado su daga. «Tengo hierro, ¿para qué quiero cristal?», le dijo. Bernarr *el Negro* y los tres Garths le dejaron bien claro que ponían en duda toda la historia, y Rolley de Villahermana fue el más directo. «Seguro que le clavaste el puñal a unos arbustos que se movían y resultó que era Paul *el Pequeño*, que estaba cagando, así que te inventaste una

mentira.»

Pero Dywin sí le prestó atención, y también Edd *el Penas*, y ambos hicieron que Sam y Grenn se lo contaran todo al Lord Comandante. Mormont tuvo el ceño fruncido durante todo el relato e hizo preguntas mordaces, pero era demasiado cauto para despreciar una posible ventaja. Le pidió a Sam todo el vidriagón que tenía, aunque era muy poco. Cada vez que Sam pensaba en la reserva que había encontrado Jon enterrada bajo el Puño le entraban ganas de llorar. Allí había habido hojas de puñal, puntas de lanza y, al menos, doscientas o trescientas puntas de flecha. Jon se hizo dagas para sí, para Sam y para el Lord Comandante; también regaló a Sam una punta de lanza, un viejo cuerno roto y unas cuantas puntas de flecha. El propio Grenn se había quedado con unas cuantas puntas de flecha, pero nada más.

De modo que lo único que tenían era la daga de Mormont y la que Sam le había dado a Grenn, además de diecinueve flechas y una lanza larga con punta de vidriagón negro. Los centinelas se iban pasando la lanza cada vez que cambiaba la guardia, y Mormont había repartido las flechas entre los mejores arqueros. Bill *el Refunfuñón*, Garth Plumagrís, Ronnel Harclay, Donnel Hill *el Suave* y Alan de Rosby tenían tres cada uno, y Ulmer, cuatro. Pero, aunque hicieran blanco con todas las saetas, pronto tendrían que utilizar flechas de fuego, igual que todos los demás. En el Puño habían disparado centenares de flechas de fuego, pero eso no detuvo a los espectros.

«No va a ser suficiente», pensó Sam. Las empalizadas de barro y nieve semiderretida de Craster no servirían ni siquiera para frenar a los espectros, que habían subido por las laderas mucho más empinadas del Puño para cruzar el muro circular como un enjambre. Y allí, en vez de enfrentarse a trescientos hermanos organizados en filas disciplinadas, los espectros se encontrarían con cuarenta y un supervivientes desastrados, nueve de los cuales estaban tan malheridos que no podrían luchar. Habían sido cuarenta y cuatro los que llegaron al Torreón de Craster en medio de la tormenta, de los sesenta y tantos que habían conseguido escapar del Puño, pero tres habían muerto como resultado de las heridas, y Bannen no tardaría en convertirse en el cuarto.

—¿Crees que los espectros se han ido? —preguntó Sam a Grenn—. ¿Por qué no vienen a terminar con nosotros?

—Sólo vienen cuando hace frío.

—Sí —dijo Sam—, pero ¿es el frío el que trae a los espectros, o los espectros traen el frío?

—¿Qué más da? —El hacha de Grenn lanzó astillas de madera por los aires—. Lo que importa es que llegan juntos. Oye, ahora que sabemos que el vidriagón los mata, a lo mejor ya no vienen ni nada. ¡A lo mejor tienen miedo de nosotros!

Sam habría querido creerlo, pero tenía la impresión de que, cuando uno estaba muerto, el miedo significaba tan poco como el dolor, el amor o el deber. Se rodeó las piernas con los brazos, sudoroso bajo las capas de lana, cuero y

pieles. El vidriagón había derretido a aquel ser blancuzco de los bosques, sí... Pero Grenn hablaba como si a los espectros les fuera a pasar lo mismo.

«Eso no lo sabemos —pensó—. La verdad es que no sabemos nada. Ojalá estuviera Jon aquí. —Grenn le caía bien, pero con él no podía hablar como lo haría con Jon—. Jon no me llamaría "Mortífero". Y a él podría contarle lo del bebé de Elí. —Pero su amigo se había ido con Qhorin *Mediamano*, y no habían vuelto a tener noticias de él—. También llevaba una daga de vidriagón, pero quizá no se le ocurrió utilizarla. ¿Estará muerto y congelado en algún precipicio... o peor, muerto y caminando?»

No comprendía por qué los dioses se llevaban a Jon Nieve y a Bannen, y lo dejaban vivo a él, al cobarde, al torpe. Debería haber muerto en el Puño, donde se había meado encima tres veces, y además había perdido la espada. Y habría muerto en el bosque, si Paul *el Pequeño* no lo hubiera llevado en brazos.

«Ojalá no fuera más que un sueño. Así me podría despertar.» Sería maravilloso despertarse de nuevo en el Puño de los Primeros Hombres, rodeado de todos sus hermanos, incluso de Jon y *Fantasma*. O mejor aún, despertar en el Castillo Negro, detrás del Muro, ir a la sala común a por un cuenco de las gachas espesas de Hobb *Tresdedos*, con una cucharada de mantequilla derritiéndose en el centro y un poco de miel. Sólo de pensarlo le empezó a rugir el estómago.

—*¡Nieve!*

Al oír aquello, Sam alzó la vista. El cuervo del Lord Comandante Mormont volaba en círculos sobre la hoguera, batiendo el aire con las amplias alas negras.

—*¡Nieve!* —graznó el pájaro—. *¡Nieve, nieve!*

Allá donde iba el cuervo iba también Mormont. El Lord Comandante salió de los árboles a lomos de su caballo, entre el viejo Dywen y Ronnel Harclay, un explorador con la cara picada de viruelas al que habían ascendido para que ocupara el lugar de Thoren Smallwood. Los lanceros de la puerta pidieron que se identificaran, y el Viejo Oso replicó con un gruñido.

—Por los Siete Infiernos, ¿quién creéis que podemos ser? ¿Es que los Otros os han sacado los ojos?

Pasó a caballo entre los pilares de la entrada, uno coronado por un cráneo de carnero y otro por un cráneo de oso, tiró de las riendas, alzó un puño y silbó. El cuervo acudió revoloteando a su llamada.

—Mi señor —oyó Sam decir a Ronnel Harclay—, sólo tenemos veintidós monturas, y dudo mucho que la mitad de ellas puedan llegar al Muro.

—Ya lo sé —gruñó Mormont—. Pero de todos modos tenemos que partir. Craster lo ha dejado bien claro. —Miró hacia el oeste, donde un banco de nubes oscuras ocultaba el sol—. Los dioses nos han dado un respiro, pero ¿cuánto durará? —Mormont se bajó de la silla y sacudió el brazo, para que el cuervo echara a volar de nuevo. En aquel momento vio a Sam. —¡Tarly! —llamó.

—¿Yo? —Sam se puso en pie con torpeza.

—*¿Yo?* —El cuervo se posó sobre la cabeza del anciano—. *¿Yo?*

—¿Te apellidas Tarly? ¿Tienes algún hermano por aquí? Sí, tú. Cierra la boca y ven conmigo.

—¿Con vos? —Las palabras le salieron como un graznido.

—Eres un hombre de la Guardia de la Noche. —El Lord Comandante Mormont le lanzó una mirada desdeñosa—. Intenta no hacértelo encima cada vez que te miro. He dicho que vengas. —Las botas arrancaban sonidos húmedos del barro, y Sam tuvo que apresurarse para ponerse a su altura—. He estado pensando en tu vidriagón.

—No es mío —dijo Sam.

—Bueno, en el vidriagón de Jon Nieve. Si lo que necesitamos son dagas de vidriagón, ¿por qué no tenemos más que dos? A todo hombre del Muro habría que entregarle una el día de su juramento.

—Pero no lo sabíamos...

—¡No lo sabíamos! Pero sin duda lo supimos en el pasado. La Guardia de la Noche ha olvidado su verdadero propósito, Tarly. No se construye un muro de más de trescientas varas de altura para impedir que unos salvajes vestidos con pieles secuestren mujeres. El Muro se erigió para proteger los reinos de los hombres... pero no de otros hombres, que es lo que son los salvajes, si lo piensas bien. Demasiados años, Tarly, demasiados cientos y miles de años. Hemos perdido de vista al verdadero enemigo. Y ahora está aquí, pero no sabemos cómo combatirlo. ¿El vidriagón lo hacían los dragones, como dice la gente?

—Los m-maestres creen que no —tartamudeó Sam—. Los maestres dicen que viene de los fuegos de la tierra. Lo llaman «obsidiana».

—Por mí como si lo llaman tarta de limón. —Mormont soltó un bufido—. Si mata como dices, quiero tener más.

Sam dio un traspié.

—Jon encontró más, en el Puño. Cientos de puntas de flechas y también de lanzas...

—Ya me lo dijiste. Pero de mucho nos sirve si están allí. Para llegar de nuevo al Puño necesitaríamos las armas que no tendremos hasta que no lleguemos al Puño de mierda. Y encima tenemos que encargarnos de los salvajes. Necesitamos encontrar vidriagón en otro sitio.

Habían sucedido tantas cosas que Sam casi se había olvidado de los salvajes.

—Los hijos del bosque utilizaban hojas de vidriagón —dijo—, así que sabían dónde había obsidiana.

—Los hijos del bosque están todos muertos —replicó Mormont—. Los primeros hombres mataron a la mitad con espadas de bronce, y los ándalos terminaron la faena con hierro. ¿Cómo es que una daga de cristal...?

El Viejo Oso se interrumpió al ver que Craster salía por las cortinas de piel de ciervo. El salvaje sonreía, mostrando los dientes sucios y careados.

—Tengo un hijo.

—*Hijo* —graznó el cuervo de Mormont—. *Hijo, hijo, hijo.*

—Me alegro por ti. —El rostro del Lord Comandante era impenetrable.

—¿De verdad? Yo me alegraré cuando tú y los tuyos os hayáis marchado. Ya va siendo hora.

—En cuanto nuestros heridos recuperen las fuerzas...

—Ya tienen todas las fuerzas que van a tener, cuervo; los dos lo sabemos. Se están muriendo, eso también lo sabes, córtales el cuello de una puta vez. O déjalos aquí si no tienes agallas, ya me encargo yo.

El Lord Comandante apretó los dientes.

—Thoren Smallwood decía que eras amigo de la Guardia...

—Sí —replicó Craster—. Os he dado todo lo que he podido, pero se acerca el invierno, y ahora la chica me ha dado otra boca berreante que alimentar.

—Nos lo podríamos llevar —dijo una voz chillona.

Craster volvió la cabeza. Entrecerró los ojos. Escupió a los pies de Sam.

—¿Qué has dicho, Mortífero?

Sam abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir.

—Es que... Decía... que si no lo queréis... es una boca que alimentar... y eso, que viene el invierno... Nos lo podríamos llevar, y...

—Mi hijo. Mi propia sangre. ¿Crees que os lo voy a entregar a los cuervos?

—Yo sólo digo...

«Tú no tienes hijos, los abandonas, me lo ha dicho Elí, los dejas en los bosques, por eso sólo tienes esposas, y también hijas que cuando crecen son tus esposas.»

—Cállate, Sam —intervino el Lord Comandante Mormont—. Ya has dicho suficiente. Demasiado. Adentro.

—M-mi señor...

—¡Adentro!

Sam, con el rostro enrojecido, apartó las pieles de ciervo para entrar en la penumbra de la estancia. Mormont lo siguió.

—Eres un completo imbécil —le dijo el anciano con la voz ahogada de rabia—. Aunque Craster nos entregara al bebé, estaría muerto antes de que llegáramos al Muro. Necesitamos un bebé del que cuidar tanto como otra nevada. ¿Tienes leche en esas tetas enormes? ¿O pensabas llevarte también a la madre?

—Ella quiere venir —dijo Sam—. Me suplicó...

—No quiero oír ni una palabra más, Tarly —lo interrumpió Mormont alzando una mano—. Te he dicho y te he repetido que no te acerques a las esposas de Craster.

—Es su hija —fue la débil protesta de Sam.

—Ve a cuidar de Bannen. Ahora mismo. Antes de que me hagas enfadar más.

—Sí, mi señor.

Sam se escabulló, tembloroso. Pero cuando llegó junto a la hoguera, se encontró con Gigante, que estaba cubriendo la cabeza de Bannen con una capa.

—Decía que tenía frío —dijo el hombrecillo—. Espero que ahora esté en un lugar cálido, de verdad.

—La herida... —empezó Sam.

—A la mierda la herida. —El Daga rozó el cadáver con la bota—. Tenía la herida en un pie. A un hombre de mi pueblo tuvieron que cortarle un pie, y vivió hasta los noventa y cuatro años.

—El frío —dijo Sam—. No entraba en calor.

—No le entraba comida —replicó el Daga—. Poca y mala. El bastardo de Craster lo ha matado de hambre.

Sam miró a su alrededor con ansiedad, pero Craster no había regresado a la estancia. De haber oído el comentario, las cosas se habrían puesto feas. El salvaje detestaba a los bastardos, aunque según los exploradores él mismo era hijo natural de una salvaje y un cuervo muerto hacía ya mucho tiempo.

—Craster tiene que dar de comer a los suyos —dijo Gigante—. A todas estas mujeres. Nos ha dado lo que ha podido.

—Y una mierda, no me lo creo. El día que nos marchemos abrirá un barril de hidromiel y se pegará un banquete de jamón y miel. Y se reirá de nosotros, que nos estaremos muriendo de hambre por la nieve. Es un salvaje de mierda, ya está. Ningún salvaje es amigo de la Guardia. —Dio una patadita al cadáver de Bannen—. Si no me crees, pregúntale a él.

Quemaron el cuerpo del explorador al anochecer, en la hoguera que Grenn había estado alimentando aquel mismo día. Tim Piedra y Garth de Antigua sacaron el cuerpo desnudo y tomaron impulso para lanzarlo a las llamas. Los hermanos supervivientes se repartieron su ropa, armas, armadura y propiedades. En el Castillo Negro, la Guardia de la Noche enterraba a sus muertos con la debida ceremonia. Pero no estaban en el Castillo Negro.

«Y los huesos no regresan convertidos en espectros.»

—Se llamaba Bannen —dijo el Lord Comandante Mormont mientras las llamas lo engullían—. Era un hombre valiente, un buen explorador. Llegó a nosotros procedente de... ¿de dónde vino?

—De la zona de Puerto Blanco —le dijo alguien. Mormont asintió.

—Llegó a nosotros procedente de Puerto Blanco y nunca dejó de cumplir con su deber. Mantuvo sus juramentos lo mejor que pudo, cabalgó muy lejos y luchó con valentía. No veremos a otro como él.

—¡Y ahora su guardia ha terminado! —entonaron, solemnes, los hermanos negros.

—Y ahora su guardia ha terminado —repitió Mormont.

—*¡Terminado!* —graznó el cuervo—. *¡Terminado!*

Sam tenía los ojos enrojecidos y náuseas por el humo. Cuando miró la hoguera le pareció ver a Bannen sentado, con los puños cerrados como si tratara de pelear contra las llamas que lo consumían, pero fue sólo un instante, antes de que las espirales de humo lo ocultaran todo. Lo peor, desde luego, era el olor. Si hubiera sido un olor desagradable, lo habría podido soportar, pero al arder, su

hermano olía tanto a cerdo asado que a Sam se le empezó a hacer la boca agua, y fue tan espantoso que tuvo que salir corriendo a vomitar en la zanja.

—*¡Terminado!* —graznaba el pájaro.

Estaba allí de rodillas, en el barro, cuando se acercó Edd *el Penas*.

—¿Qué, Sam, buscando gusanos? ¿O vomitando?

—Vomitando —respondió Sam con voz débil al tiempo que se limpiaba la boca con el dorso de la mano—. El olor...

—No me imaginaba que Bannen pudiera oler tan bien. —El tono de Edd era tan sombrío como de costumbre—. Casi me dieron ganas de cortarle una tajada. Si hubiera tenido compota de manzana, a lo mejor lo habría hecho. El cerdo, como mejor está es con compota de manzana, en mi opinión. —Se desató los calzones y se sacó la polla—. Más vale que no te mueras, Sam, porque caeré en la tentación. Seguro que tienes más piel crujiente que Bannen, y la piel crujiente es mi perdición. —Suspiró cuando la orina empezó a describir un arco amarillo y humeante—. ¿Te has enterado?, partiremos a caballo al amanecer. Con sol o con nieve, lo ha dicho el Viejo Oso.

«Con sol o con nieve.» Sam contempló el cielo con ansiedad.

—¿Con nieve? —La voz le salió chillona—. ¿A... caballo? ¿Todos?

—Bueno, no, algunos tendrán que caminar. —Se sacudió—. Dywen dice que tendríamos que aprender a montar caballos muertos, como hacen los Otros. Así nos ahorraríamos el forraje. No creo que un caballo muerto coma mucho. —Edd se volvió a anudar los calzones—. La verdad es que no me parece una idea tentadora. En cuanto aprendan a poner a trabajar a un caballo muerto, luego iremos nosotros. Y seguro que yo el primero.

»—Edd —me dirán— lo de estar muerto no es excusa para quedarse ahí tumbado sin hacer nada, así que levántate y coge la lanza, que esta noche te toca guardia.

»Bueno, no hay por qué ser tan pesimista. Puede que muera antes de que sepan cómo hacerlo.

«Puede que todos vayamos a morir, y antes de lo que nos gustaría», pensó Sam al tiempo que se ponía en pie con torpeza.

Cuando Craster se enteró de que sus indeseables invitados partirían al día siguiente, el salvaje se mostró casi amistoso, o tan amistoso como se podía esperar de él.

—Ya era hora —dijo—. Éste no es vuestro lugar, ya os lo he dicho. Da lo mismo, os despediré con un banquete. Bueno, con comida. Mis mujeres pueden asar esos caballos que habéis matado; yo buscaré algo de pan y cerveza. —Sonrió mostrando los dientes negros—. No hay nada mejor que cerveza con caballo. Si no puedes montarlos, cómetelos, como digo yo siempre.

Sus esposas e hijas sacaron a rastras los bancos y las mesas largas, y también cocinaron y sirvieron la comida. Quitando a Elí, a Sam le costaba diferenciar a las mujeres. Unas eran viejas; otras, jóvenes, y algunas, sólo niñas, pero casi todas eran hijas de Craster además de esposas suyas, y se parecían

mucho. Mientras hacían las labores hablaban entre ellas en voz baja, pero nunca con los hombres de negro.

Craster sólo tenía una silla. Se sentó en ella, vestido con un jubón sin mangas de piel de oveja. Tenía los gruesos brazos cubiertos de vello blanco, y en una muñeca lucía un aro retorcido de oro. El Lord Comandante Mormont ocupó el puesto a su derecha, al principio del banco, mientras que el resto de los hermanos se sentaron muy apretados, rodilla con rodilla. Una docena se quedaron en el exterior para montar guardia y encargarse de las hogueras.

Sam, con el estómago rugiendo, ocupó un lugar entre Grenn y Oss *el Huérfano*. La carne de caballo requemada chorreaba grasa mientras las esposas de Craster hacían girar los espetones encima del fuego, y el olor provocó que la boca se le hiciera agua de nuevo, pero eso le recordó a Bannen. Por mucha hambre que tuviera, Sam sabía que, si comía, aunque fuera un bocado, lo vomitaría de inmediato. ¿Cómo se podían comer a los pobres caballitos, los fieles animales que los habían llevado tan lejos? Cuando las esposas de Craster sirvieron cebollas, cogió una con ansia. Tenía un lado negro de puro podrido, pero lo cortó con la daga y se comió cruda la mitad que estaba bien. También había pan, aunque sólo dos hogazas. Ulmer pidió más, y la mujer le respondió sacudiendo la cabeza en gesto negativo. Entonces fue cuando empezaron los problemas.

—¿Dos hogazas? —se quejó Karl *el Patizambo* desde el banco—. ¿Es que sois idiotas, mujeres? ¡Necesitamos mucho más pan!

El Lord Comandante Mormont lo miró con severidad.

—Coge lo que te ofrecen y da las gracias. ¿O preferirías estar afuera, en la tormenta, comiendo nieve?

—Pronto estaré ahí. —Karl *el Patizambo* ni pestañeó ante la ira del Viejo Oso—. Ahora preferiría comer lo que Craster esconde, mi señor.

—Ya os he dado suficiente, cuervos —dijo Craster, entrecerrando los ojos—. Tengo que alimentar a mis mujeres.

El Daga pinchó un trozo de carne de caballo.

—De manera que reconoces que tienes una despensa secreta. Si no, ¿cómo vas a pasar el invierno?

—Soy un hombre piadoso... —empezó Craster.

—Eres un hombre miserable y tacaño —replicó Karl—, y mentiroso.

—Jamones —dijo Garth de Antigua con voz reverente—. La última vez que pasamos por aquí había cerdos. Seguro que tiene jamones escondidos, no sé dónde. Jamones ahumados, en salazón, y también panceta.

—Salchichas —dijo *el Daga*—. De esas largas, negras, son como piedras, duran años. Seguro que tiene un centenar en alguna bodega.

—Avena —sugirió Ollo *Manomocha*—. Maíz. Avena...

—*Maíz* —dijo el cuervo de Mormont—. *¡Maíz, maíz, maíz, maíz, maíz!*

—¡Basta! —gritó el Lord Comandante Mormont, para hacerse oír por encima de los graznidos del pájaro—. ¡Callaos todos! ¡Esto es una locura!

—Manzanas —dijo Garth de Greenaway—. Barriles y barriles de crujientes manzanas de otoño. Ahí afuera hay manzanos; los he visto.

—Bayas secas. Coles. Piñones.

—*¡Maíz! ¡Maíz! ¡Maíz!*

—Cordero en salazón. Aquí hay un redil. Tendrá barriles de cordero, seguro.

Para entonces, Craster parecía a punto de ensartarlos a todos. El Lord Comandante Mormont se puso en pie.

—Silencio. No quiero oír ni una palabra más.

—Pues métete miga de pan en las orejas, viejo. —Karl *el Patizambo* se levantó a su vez—. ¿O es que ya te has comido tu ración de mierda?

Sam vio que el rostro del Viejo Oso empezaba a congestionarse.

—¿Te has olvidado de quién soy? Siéntate en silencio y come. Es una orden.

Nadie habló. Nadie se movió. Todos los ojos estaban clavados en el Lord Comandante y en el corpulento explorador patizambo, que se miraban desde extremos opuestos de la mesa. A Sam le pareció que Karl fue el primero en apartar la vista y estaba a punto de sentarse, aunque de mala gana... cuando Craster se levantó con el hacha en la mano. El hacha grande de acero negro que Mormont le había entregado como obsequio para su anfitrión.

—No —rugió—. No te sentarás. Nadie que me llame tacaño duerme bajo mi techo ni come de mi mesa. Fuera de aquí, tullido. Y tú, y tú, y tú. —Señaló con el hacha al *Daga*, a Garth y al otro Garth—. Fuera todos a dormir al frío, con las barrigas vacías, o si no...

—¡Bastardo de mierda! —oyó Sam maldecir a uno de los Garth; nunca llegó a saber cuál.

Craster barrió platos, carne y copas de vino de la mesa con el brazo izquierdo, mientras alzaba el hacha con el derecho.

—¿Quién se ha atrevido a llamarme bastardo? —rugió.

—Es lo que todo el mundo dice —respondió Karl.

Craster se movió más deprisa de lo que Sam habría creído posible y saltó por encima de la mesa hacha en mano. Una mujer gritó, Garth Greenaway y Oss *el Huérfano* sacaron los cuchillos; Karl tropezó y cayó sobre Ser Byam, que yacía herido en el suelo. En un momento dado, Craster se abalanzaba hacia él escupiendo maldiciones. Al momento siguiente, lo que escupía era sangre. *El Daga* lo había agarrado por el pelo, le había tirado de la cabeza hacia atrás y le había abierto la garganta de oreja a oreja de un tajo. Luego le dio un empujón, y el salvaje cayó hacia delante, de bruces sobre Ser Byam. Byam gritó de dolor mientras Craster se ahogaba en su propia sangre y el hacha se le caía de la mano. Dos de las esposas de Craster aullaban, una tercera gritaba maldiciones, una cuarta se lanzó sobre Donnel *el Suave* e intentó sacarle los ojos... Él la derribó de un golpe. El Lord Comandante se irguió junto al cadáver de Craster, con el rostro contraído por la ira.

—¡Los dioses nos maldecirán! —rugió—. No hay crimen tan reprobable

como el de un invitado que lleva la muerte al hogar de su anfitrión. Según todas las leyes de la hospitalidad, somos...

—Más allá del Muro no hay leyes, viejo, ¿recuerdas? —*El Daga* agarró a una de las esposas de Craster por el brazo y le puso la punta del puñal ensangrentado bajo la barbilla—. Enséñanos dónde guarda la comida o te haré lo mismo que a él.

—¡Suéltala! —Mormont dio un paso adelante—. Pagarás esto con tu cabeza, malnacido...

Garth de Greenaway le bloqueó el paso, y Ollo *Manomocha* tiró de él hacia atrás. Ambos tenían los puñales en la mano.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió Ollo.

En vez de hacerle caso, el Lord Comandante fue a sacar su daga. Ollo sólo tenía una mano, pero era rápida. Se liberó de la presa del anciano, clavó el cuchillo en el vientre de Mormont y lo volvió a sacar manchado de rojo. Y, entonces, el mundo entero enloqueció.

Más tarde, mucho más tarde, Sam se encontró sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y la cabeza de Mormont en el regazo. No recordaba cómo había llegado allí, y apenas nada de lo que había sucedido después de que apuñalaran al Viejo Oso. Sí sabía que Garth de Greenaway había matado a Garth de Antigua, pero no por qué. Rolley de Villahermana se había caído del altillo y se había roto al cuello, después de subir por la escalera para probar a una de las esposas de Craster. Grenn...

Grenn había gritado, le había dado una bofetada y al final había huido con Gigante, Edd *el Penas* y otros pocos más. Craster seguía tendido de bruces sobre Ser Byam, pero el caballero herido ya no gemía. Cuatro hombres de negro ocupaban un banco y comían pedazos de carne de caballo requemada, mientras que Ollo copulaba con una mujer sollozante sobre la mesa.

—Tarly. —Cuando trató de hablar, la sangre manó de la boca del Viejo Oso y le corrió por la barba—. Tarly, vete. Vete.

—¿Adónde, mi señor? —La voz le sonaba átona, sin vida. «No tengo miedo.» Era una sensación muy extraña—. No hay lugar adonde ir.

—El Muro. Vete al Muro. Ya.

—*¡Ya!* —graznó el cuervo—. *¡Ya, ya!* —El pájaro caminó desde el brazo del anciano hasta el pecho y le picoteó un pelo de la barba.

—Tienes que ir. Tienes que decírselo.

—¿Decirles qué, mi señor? —preguntó Sam con educación.

—Todo. El Puño. Los salvajes. Vidriagón. Esto. Todo. —La respiración era ya muy tenue; la voz apenas un susurro—. Díselo a mi hijo. Jorah. Dile que vista el negro. Mi último deseo antes de morir.

—*¿Deseo?* —El cuervo inclinó la cabeza; los ojos como cuentas brillaban—. *¿Maíz?* —pidió el pájaro.

—No hay maíz —dijo Mormont, débil—. Dile a Jorah que lo perdono. Mi hijo. Por favor. Vete.

—Está muy lejos —dijo Sam—. No podré llegar al Muro, mi señor. —Estaba muy cansado. Sólo quería dormir, dormir, dormir y no despertar jamás, y sabía que si se quedaba allí, *el Daga*, o tal vez Ollo *Manomocha*, o quizá Karl *el Patizambo*, se enfadarían con él y cumplirían su deseo, sólo por el gusto de verlo morir—. Prefiero quedarme con vos. ¿Veis? Ya no tengo miedo. Ni de vos... ni de nada.

—Pues deberías —dijo una voz de mujer.

Tres de las esposas de Craster estaban de pie junto a ellos. Dos eran ancianas macilentas a las que no conocía, pero la tercera era Elí, que estaba entre ellas envuelta en pieles, y llevaba en brazos un bulto de piel parda y blanca que debía de ser su bebé.

—No podemos hablar con las esposas de Craster —les dijo Sam—. Tenemos órdenes.

—Eso ya no importa —dijo la anciana de la derecha.

—Los cuervos más negros están en la bodega, devorando provisiones —dijo la de la izquierda—, o arriba, con las más jóvenes. Pero no tardarán en volver. Más vale que para entonces te hayas ido. Los caballos escaparon, pero Dyah cogió dos.

—Dijiste que me ayudarías —le recordó Elí.

—Dije que Jon te ayudaría. Jon es valiente y sabe pelear, pero me parece que está muerto. Yo soy un cobarde. Y estoy gordo. Mira lo gordo que estoy. Además, Lord Mormont está herido, ¿no lo veis? No puedo abandonar al Lord Comandante.

—Niño —intervino la otra anciana—, el cuervo viejo ya se te ha ido. Mira.

La cabeza de Mormont seguía en su regazo, pero tenía los ojos abiertos clavados en el techo, y ya no movía los labios. El cuervo inclinó la cabeza, graznó y miró a Sam.

—*¿Maíz?*

—No. No tiene maíz.

Sam cerró los ojos del Viejo Oso y trató de recordar alguna plegaria.

—Madre, ten piedad —fue lo único que se le ocurrió—. Madre, ten piedad. Madre, ten piedad.

—Tu madre no puede ayudarte —dijo la anciana de la izquierda—. Y ese viejo muerto tampoco. Coge su espada, coge su capa de pieles, coge su caballo si lo encuentras y vete.

—La chica no miente —dijo la anciana de la derecha—. Es mi hija, y le quité la costumbre de mentir a golpes. Dijiste que la ayudarías. Haz lo que te dice Ferny, muchacho. Llévate a la chica, y que sea deprisa.

—*Deprisa* —dijo el cuervo—. *Deprisa, deprisa, deprisa.*

—¿Adónde? —preguntó Sam, desconcertado—. ¿Adónde queréis que la lleve?

—Adonde haga calor —dijeron al unísono las dos ancianas.

—A mí y al bebé —suplicó Elí entre lágrimas—. Por favor. Seré tu esposa,

como lo fui de Craster. Por favor, Ser Cuervo. Es un niño, como dijo Nella. Si no te lo llevas tú, se lo llevarán ellos.

—¿Ellos? —preguntó Sam.

—*Ellos. Ellos. Ellos* —repitió como un eco el cuervo inclinando la cabeza.

—Los hermanos del niño —dijo la anciana de la izquierda—. Los hijos de Craster. El frío blanco empieza a levantarse, cuervo. Lo noto en los huesos. Estos pobres huesos viejos no mienten. Llegarán pronto. Los hijos.

ARYA

Los ojos se le habían acostumbrado a la oscuridad. Cuando Harwin le quitó la capucha, el brillo rojizo que iluminaba la colina hueca hizo que Arya parpadeara como una lechuza idiota.

En medio del suelo de tierra había un gran agujero para la hoguera, y las llamas se alzaban chisporroteantes hacia el techo manchado de humo. Las paredes eran de piedra y tierra a partes iguales, y de ellas sobresalían grandes raíces blancas y retorcidas, como un millar de serpientes petrificadas. Ante sus ojos empezó a salir gente de entre aquellas raíces; se asomaban de las sombras para echar un vistazo a los prisioneros, llegaban de las bocas de túneles negros como la noche o brotaban de las grietas y hendiduras que había por doquier. Al otro lado del fuego las raíces formaban una especie de escalera hacia una hondonada en la roca donde había un hombre sentado, casi perdido entre la maraña de raíces del arciano.

Lim le quitó la capucha a Gendry.

—¿Qué sitio es éste? —quiso saber el muchacho.

—Un lugar antiguo, profundo y secreto. Un refugio por donde no rondan nunca los lobos ni los leones.

«Ni los lobos ni los leones.» A Arya se le erizó el vello. Recordaba bien el sueño que había tenido, y el sabor de la sangre cuando le arrancó el brazo al hombre.

La hoguera era grande, pero la cueva era más grande aún; no había manera de saber dónde comenzaba y dónde terminaba. Las bocas de los túneles podían tener una vara de profundidad o adentrarse leguas tierra adentro. Arya vio hombres, mujeres y niños, y todos la miraban con cautela.

—Aquí tienes al mago, ardillita —dijo Barbaverde—. Ahora obtendrás las respuestas que buscas. —Señaló en dirección a la hoguera, donde Tom Sietecuerdas estaba de pie, hablando con un hombre alto y delgado que lucía restos dispares de armaduras viejas sobre una harapienta túnica rosada.

«Ése no puede ser Thoros de Myr.» Arya recordaba al sacerdote rojo: era gordo, iba bien afeitado y tenía la calva muy brillante. Aquel hombre tenía el rostro flácido y una mata de descuidado pelo gris. Tom le dijo algo que hizo que mirase en dirección a ella, y Arya pensó que de un momento a otro se le acercaría. Pero, en aquel momento, hizo su entrada el Cazador Loco, que empujó a su prisionero hacia la luz, y Gendry y ella quedaron relegados al olvido.

El Cazador había resultado ser un hombre regordete y achaparrado, con prendas de cuero remendadas, calvicie incipiente, mentón casi inexistente y

temperamento beligerante. En Sept de Piedra, Arya llegó a pensar que Lim y Barbaverde acabarían despedazados cuando se enfrentaron a él, ante las jaulas de los cuervos, para exigirle que entregara su prisionero al señor del relámpago. Los perros daban vueltas en torno a ellos olfateando y gruñendo. Pero Tom Siete los calmó con un poco de música, Atanasia atravesó la plaza con el delantal lleno de huesos y restos de carnero, y Lim le señaló a Anguy, que estaba en una ventana del prostíbulo con una flecha preparada. El Cazador Loco los maldijo por blandos y lameculos, pero al final accedió a llevar su trofeo ante Lord Beric para que lo juzgara.

Le ataron las muñecas con cuerda de cáñamo, le pusieron una soga en torno al cuello y le echaron un saco sobre la cabeza; aun así, seguía siendo peligroso. Arya lo percibía incluso desde el otro lado de la cueva. Thoros, si es que de Thoros se trataba, fue al encuentro del prisionero y de quien lo había capturado.

—¿Cómo lograsteis atraparlo? —preguntó el sacerdote.

—Los perros encontraron su rastro. Aunque parezca increíble, estaba durmiendo borracho bajo un sauce.

—Traicionado por los de su propia especie. —Thoros se volvió hacia el prisionero y le arrancó la capucha—. Bienvenido a nuestros humildes salones, Perro. No son tan majestuosos como la sala del trono de Robert, pero aquí estamos en mejor compañía.

Las llamas trémulas trazaban de sombras anaranjadas el rostro quemado de Sandor Clegane, de manera que su aspecto era todavía más aterrador que a plena luz del día. Cuando dio un tirón de la cuerda que le ataba las muñecas, cayeron al suelo costras de sangre seca. El Perro hizo una mueca.

—Os conozco —le dijo a Thoros.

—Así es. En los combates maldecíais mi espada llameante, aunque tres veces os derroté con ella.

—Thoros de Myr. Antes os afeitabais la cabeza.

—Como muestra de un corazón humilde, pero en realidad, mi corazón era soberbio. Además, perdí la navaja en el bosque. —El sacerdote se dio unas palmaditas en el vientre—. Soy menos de lo que era, pero también más. Un año en los bosques basta para fundir la grasa. Ojalá encontrara un sastre que me arreglara el pellejo. Así volvería a parecer joven, y las doncellas hermosas me cubrirían de besos.

—Sólo las ciegas, sacerdote.

Los bandidos se echaron a reír, y las carcajadas más fuertes fueron las de Thoros.

—Es posible. Pero el caso es que ya no soy el sacerdote falso que conocisteis. El Señor de la Luz ha despertado en mi corazón. Están agitándose poderes que llevaban mucho tiempo dormidos, y ciertas fuerzas se mueven por la tierra. Las he visto en mis llamas.

—Que les den por culo a vuestras llamas. Y a vos también. —El Perro no

estaba nada impresionado. Miró a los demás que los rodeaban—. Para ser un hombre santo, tenéis compañeros muy extraños.

—Son mis hermanos —se limitó a decir Thoros.

Lim *Capa de Limón* se adelantó. Barbaverde y él eran los únicos lo suficientemente altos para mirar al Perro a los ojos.

—Cuidado con lo que ladráis, perro. Vuestra vida está en nuestras manos.

—Entonces limpiaos la mierda de los dedos. —El Perro se echó a reír—. ¿Cuánto hace que os escondéis en este agujero?

—Preguntad a la Cabra si hemos estado escondidos, Perro —replicó Anguy *el Arquero*, encrespado ante aquella acusación de cobardía—. Preguntad a vuestro hermano. Preguntadle al señor de las sanguijuelas. Los hemos sangrado a todos.

—¿Vosotros? No me hagáis reír. Tenéis más pinta de porqueros que de soldados.

—Es que algunos éramos porqueros —dijo un hombre de baja estatura al que Arya no conocía—. Y otros curtidores, bardos o albañiles. Pero eso fue antes de que empezara la guerra.

—Cuando salimos de Desembarco del Rey éramos hombres de Invernalia, hombres de Darry, hombres de Refugionegro, hombres de Mallery y hombres de Wylde. Éramos caballeros, escuderos y soldados, señores y plebeyos; sólo nos unía un propósito. —El que hablaba era el hombre sentado entre las raíces del arciano, en la oquedad de la pared—. Ciento veinte hombres encargados de llevar a vuestro hermano ante la justicia del rey. —El hombre estaba bajando hacia el suelo de la cueva por la maraña de peldaños—. Ciento veinte hombres valientes y leales, dirigidos por un idiota con la capa llena de estrellas. —Era como un espantapájaros: llevaba una capa negra harapienta salpicada de estrellas y una coraza de hierro mellada en cien batallas. Una mata de pelambre dorada rojiza le ocultaba casi todo el rostro, a excepción de una calva sobre la oreja derecha, allí donde le habían hundido el cráneo—. Más de ochenta de nuestros compañeros han muerto ya, pero otros han cogido las espadas que cayeron de sus manos. —Cuando llegó al suelo, los bandidos se apartaron para abrirle paso. Arya vio que le faltaba un ojo, que la carne que rodeaba la órbita estaba arrugada y llena de cicatrices, y que tenía una marca oscura en torno al cuello—. Con su ayuda seguimos luchando lo mejor que podemos por Robert y por el reino.

—¿Por Robert? —replicó Sandor Clegane con incredulidad.

—Ned Stark fue quien nos envió —intervino Jack-con-Suerte—, pero cuando nos dio las órdenes estaba sentado en el Trono de Hierro, de manera que no éramos sus hombres, sino los de Robert.

—Ahora Robert es el rey de los gusanos. ¿Por eso os metéis bajo tierra, porque sois su corte?

—El Rey ha muerto —reconoció el caballero espantapájaros—, pero seguimos siendo hombres del Rey, aunque perdimos nuestro estandarte real en

el Vado del Titiritero, cuando los asesinos de vuestro hermano cayeron sobre nosotros. —Se tocó el pecho con un puño—. Robert fue asesinado, pero su tierra aún existe. Y nosotros la defendemos.

—¿La defendéis? —El Perro se echó a reír—. ¿De quién crees que se trata, Dondarrion? ¿De tu madre? ¿O de tu puta?

«¿Dondarrion?» Beric Dondarrion había sido atractivo; Jeyne, la amiga de Sansa, se había enamorado de él. Y ni siquiera Jeyne Poole estaba tan ciega como para considerar guapo a aquel hombre. Pero, al mirarlo de nuevo, Arya advirtió los restos de un relámpago púrpura en el esmalte agrietado de la coraza.

—Las rocas, los árboles y los ríos —seguía diciendo el Perro—. ¿Acaso las rocas necesitan que las defiendan? Robert no pensaba así. Lo que no se podía follar, combatir o beber lo aburría, igual que lo aburriríais vosotros... Compañía Audaz.

Un grito de rabia recorrió la colina hueca.

—Volved a llamarnos así y os tragaréis la lengua, perro —le espetó Lim desenfundando la espada larga.

—Mira qué valiente —dijo el Perro contemplando la hoja con desprecio—, le muestra el acero a un prisionero atado. ¿Por qué no me desatáis? Ya veríamos entonces lo valeroso que sois. —Echó una mirada hacia atrás, en dirección al Cazador Loco—. Y vos ¿qué? ¿Es que os habéis dejado todo el valor en las perreras?

—No, pero tendría que haberos dejado en una jaula de cuervos. —El cazador sacó un cuchillo—. Puede que aún no sea tarde.

El Perro se le rió en la cara.

—Aquí todos somos hermanos —declaró Thoros de Myr—. Hermanos santos leales al reino, a nuestro dios y entre nosotros.

—La hermandad sin estandartes. —Tom Sietecuerdas rasgueó la lira—. Los caballeros de la colina hueca.

—¿Caballeros? —En labios de Clegane, la palabra sonaba a burla—. Dondarrion es un caballero, pero los demás sois el grupo de bandidos y tullidos más despreciable que he visto jamás. Cuando cago me salen del cuerpo hombres mejores que vosotros.

—Todo caballero puede armar caballeros —dijo el espantapájaros que era Beric Dondarrion—, y todos los hombres que veis aquí han sentido la espada en el hombro. Somos la hermandad olvidada.

—Dejad que me marche y yo también me olvidaré de vosotros —le espetó Clegane—. Pero, si tenéis intención de matarme, hacedlo de una puta vez. Me habéis quitado la espada, el caballo y el oro, así que quitadme la vida y acabemos cuanto antes. Todo menos aguantar tanta cháchara religiosa.

—Moriréis pronto, Perro —le prometió Thoros—, pero no será un asesinato; será justicia.

—Eso —dijo el Cazador Loco—, y os espera un destino mejor del que

merecéis por lo que habéis hecho. ¡Decís que sois leones! En Sherrer y en el Vado del Titiritero violaron a niñas de seis y siete años; cortaron por la mitad a los bebés delante de sus madres. Jamás ha habido un león así de cruel.

—Yo no estuve en Sherrer ni en el Vado del Titiritero —le replicó el Perro—. Id a poner vuestros niños muertos ante la puerta de otro.

—¿Negáis que la Casa Clegane se erigió sobre los cadáveres de niños? —le replicó Thoros—. Vi depositar al príncipe Aegon y a la princesa Rhaenys ante el Trono de Hierro. En justicia, vuestro blasón deberían ser dos niños ensangrentados, en lugar de esos perros tan feos.

—¿Acaso me confundís con mi hermano? —El Perro hizo una mueca—. ¿Es un crimen nacer con el apellido Clegane?

—El asesinato es un crimen.

—¿A quién he asesinado yo?

—A Lord Lothar Mallery y a Ser Gladden Wylde —dijo Harwin.

—A mis hermanos Lister y Lennocks —declaró Jack-con-Suerte.

—Al amo Beck y a Mudge, el hijo del molinero, en Donnelwood —gritó una anciana entre las sombras.

—A la viuda de Merriman, que tan dulce era en el lecho —añadió Barbaverde.

—A los septones de Charca Cenagosa.

—A Ser Andrey Charlton. A su escudero, Lucas Roote. A todos los hombres, mujeres y niños de Pedregal y de Molino Nidorratón.

—A Lord y Lady Deddings, que eran ricos.

—A Alyn de Invernalia —siguió con el recuento Tom Sietecuerdas—, a Joth Arcoligero, al pequeño Matt y a su hermana Randa, a Anvil Ryn. A Ser Ormond. A Ser Dudley. Al Calvo de Mory, al Calvo de Lancewood, al Abuelo Calvo y al Calvo de la Arboleda de Shermer. A Wyl, el Tallador Ciego. A la ama Maerie. A Maerie la Puta. A Becca la Panadera. A Ser Raymun Darry, a Lord Darry y al joven Lord Darry. Al bastardo de Bracken. A Fletcher Will. A Harsley. A la ama Nolla...

—¡Basta ya! —El rostro del Perro estaba contraído de rabia—. No hacéis más que ruido. Esos nombres no me dicen nada. ¿Quiénes son?

—Personas —dijo Lord Beric—. Personas grandes y pequeñas, jóvenes y viejas. Personas buenas y personas malas que murieron ensartadas por lanzas de los Lannister o se encontraron con la barriga abierta por espadas de los Lannister.

—Yo no le he abierto la barriga a nadie. Y si alguien dice lo contrario, es un mentiroso.

—Servís a los Lannister de Roca Casterly —dijo Thoros.

—Los serví en el pasado. Igual que miles de hombres. ¿Qué pasa, cada uno de nosotros es culpable de los crímenes de los otros? —Clegane escupió al suelo—. Puede que sea verdad que sois caballeros. Mentís como caballeros; tal vez también asesinéis como caballeros.

Lim y Jack-con-Suerte empezaron a gritarle a la vez, pero Dondarrion alzó la mano para pedir silencio.

—Seguid hablando, Clegane.

—Un caballero es una espada con un caballo. Lo demás, los juramentos, los ungüentos sagrados y las prendas de las damas no son más que cintas de seda en torno a la espada. Puede que la espada quede más bonita con los colgajos, pero mata exactamente igual. Pues por mí os podéis meter por el culo las cintas y las espadas. Soy igual que vosotros. La única diferencia es que yo no miento acerca de lo que soy. Así que matadme si queréis, pero no me llaméis asesino mientras os quedáis ahí y os decís unos a otros que vuestra mierda no huele. ¿Entendido?

Arya pasó junto a Barbaverde tan deprisa que ni la vio.

—¡Sois un asesino! —gritó—. ¡Matasteis a Mycah, no digáis que no! ¡Lo matasteis!

—¿Quién es el tal Mycah, chico? —El Perro la miraba sin reconocerla.

—¡No soy un chico! Pero Mycah, sí. Era el hijo de un carnicero, y vos lo matasteis. Jory dijo que casi lo cortasteis en dos, y eso que ni siquiera tenía espada.

Sentía que todos la estaban mirando: las mujeres, los niños y los hombres que decían ser los caballeros de la colina hueca.

—¿Quién es? —preguntó alguien.

—Por los siete infiernos. —El Perro sabía la respuesta—. La hermana pequeña. La mocosa que tiró al río la bonita espada de Joff. —Dejó escapar una carcajada gutural—. ¿No sabes que estás muerta?

—No, vos estáis muerto —le espetó.

Harwin la cogió por el brazo y la hizo retroceder.

—La chiquilla os acusa de asesinato —dijo Lord Beric—. ¿Negáis haber matado a ese tal Mycah, el hijo del carnicero?

—Yo era el escudo juramentado de Joffrey. —El hombretón se encogió de hombros—. El hijo del carnicero atacó al príncipe heredero.

—¡Eso es mentira! —Arya se debatió para zafarse de la presa de Harwin—. Fui yo. Yo golpeé a Joffrey y tiré su *Colmillo de León* al río. Mycah no hizo más que escapar, como le dije.

—¿Visteis al muchacho atacar al príncipe Joffrey? —preguntó Lord Beric Dondarrion al Perro.

—Lo oí de sus regios labios. No me corresponde a mí cuestionar lo que dicen los príncipes. —Clegane hizo un gesto con las manos en dirección a Arya—. Su propia hermana contó la misma historia que el príncipe cuando declaró ante vuestro querido Robert.

—Sansa es igual de mentirosa —dijo Arya, otra vez furiosa con su hermana—. No fue como lo contó ella. ¡No fue así!

Thoros se apartó a un lado con Lord Beric. Los dos hombres hablaron en susurros mientras Arya hervía de rabia.

«Lo tienen que matar. He rezado cientos de veces por que muera, cientos, cientos de veces.»

—Se os acusa de asesinato —dijo Beric Dondarrion volviéndose hacia el Perro—, pero nadie aquí sabe si los cargos son ciertos o falsos, de modo que no nos corresponde a nosotros juzgaros. Sólo lo puede hacer el Señor de la Luz. Os sentencio a un juicio por combate.

El Perro frunció el ceño, desconfiado, como si no se creyera lo que oía.

—¿Sois estúpido o es que estáis loco?

—Ni una cosa ni otra. Sólo soy un señor. Demostrad vuestra inocencia con la espada y podréis marcharos.

—¡No! —gritó Arya antes de que Harwin le tapara la boca.

«No, no pueden hacer eso, saldrá libre. —El Perro era mortífero con una espada; eso lo sabía todo el mundo—. Se va a reír de ellos.»

Y eso hizo: fue una carcajada larga, gutural, que retumbó en las paredes de la cueva, una carcajada cargada de desprecio.

—¿Y con quién lucho? —Miró a Lim *Capa de Limón*—. ¿Con el valiente de la capa color meados? ¿No? ¿Qué tal contigo, Cazador? No es la primera vez que das patadas a un perro: prueba conmigo. —Vio a Barbaverde—. Tú eres corpulento, tyroshi, da un paso adelante. ¿O vais a dejar que sea la cría la que pelee conmigo? —Se rió de nuevo—. Vamos, ¿quién quiere morir?

—Vais a enfrentaros a mí —dijo Lord Beric Dondarrion.

Arya recordó las cosas que había oído. «No puede morir», pensó, atreviéndose a albergar esperanzas. El Cazador Loco cortó las cuerdas que ataban las manos de Sandor Clegane.

—Necesitaré espada y armadura —dijo el Perro al tiempo que se frotaba una muñeca lacerada.

—Espada tendréis —declaró Lord Beric—, pero vuestra inocencia será vuestra armadura.

—¿Mi inocencia contra vuestra coraza? ¿Es eso? —Clegane hizo una mueca.

—Ned, ayúdame a quitarme la coraza.

A Arya se le erizó el vello al oír el nombre de su padre en labios de Lord Beric, pero aquel Ned no era más que un niño, un escudero de pelo rubio no mayor de diez o doce. Se adelantó a toda prisa para abrir los cierres que sujetaban el golpeado peto de acero del señor marqueño. El acolchado de debajo estaba tan podrido por el tiempo y el sudor que cayó al suelo en cuanto quitaron el metal. Gendry ahogó una exclamación.

—Madre misericordiosa.

Las costillas de Lord Beric destacaban una a una debajo de la piel. Tenía un cráter en el pecho, justo encima del pezón izquierdo, y cuando se dio la vuelta para pedir espada y escudo, Arya vio que había una cicatriz a juego en su espalda. «La lanza lo atravesó. El Perro también lo ha visto. ¿Tendrá miedo?» Arya quería que tuviera miedo antes de morir, tanto como debió de tener Mycah.

Ned acercó a Lord Beric el cinturón de la espada y una sobrevesta larga y negra. Estaba cortada para usarla sobre una armadura, de manera que le caía muy suelta en torno al cuerpo, pero la recorría el relámpago púrpura de su Casa. Desenvainó la espada y le devolvió el cinturón a su escudero.

Thoros entregó al Perro su cinto de la espada.

—¿Tienen honor los perros? —preguntó el sacerdote—. Para que no se os ocurra tratar de escapar a estocadas, o coger como rehén a algún niño... Anguy, Dennet, Kyle: a la primera señal de traición lo matáis.

Thoros esperó a que los tres arqueros tuvieran las flechas preparadas antes de entregar el cinto a Clegane.

El Perro sacó la espada de un tirón y arrojó la vaina a un lado. El Cazador Loco le dio su escudo de roble tachonado en hierro y pintado de amarillo con el blasón de los Clegane, tres perros negros. El muchacho llamado Ned ayudó a Lord Beric a ceñirse su escudo, tan golpeado y maltratado que casi no se veían el rayo púrpura y las estrellas.

El Perro dio un paso hacia su enemigo, pero Thoros de Myr lo detuvo.

—Antes hay que rezar. —Se volvió hacia el fuego y elevó los brazos—. Señor de la Luz, vela por nosotros.

Por toda la caverna, los hombres de la hermandad sin estandartes alzaron las voces para responder.

—Señor de la Luz, defiéndenos.

—Señor de la Luz, protégenos en la oscuridad.

—Señor de la Luz, que tu rostro brille sobre nosotros.

—Enciende tu llama entre nosotros, R'hllor —dijo el sacerdote rojo—. Muéstranos si este hombre dice la verdad o miente. Humíllalo si es culpable; dale fuerza a su brazo si es sincero. Señor de la Luz, danos sabiduría.

—Porque la noche es oscura —entonaron los demás—, y alberga cosas aterradoras.

—Esta cueva también es oscura —dijo el Perro—, pero aquí, lo único aterrador soy yo. Espero que vuestro dios sea amable, Dondarrion, porque dentro de poco vais a ir a conocerlo.

Lord Beric, con el rostro serio, apoyó el filo de su espada larga contra la palma de la mano izquierda y lo deslizó muy despacio. Del corte que se hizo manó sangre oscura, que corrió por el acero.

Y, entonces, la espada empezó a arder.

Arya oyó a Gendry musitar una plegaria.

—Allá os queméis en los siete infiernos —maldijo el Perro—. Y Thoros también. —Lanzó una mirada en dirección al sacerdote rojo—. Cuando acabe con él, vos seréis el siguiente, Myr.

—Cada palabra que decís proclama vuestra culpabilidad, Perro —respondió Thoros, mientras Lim, Barbaverde y Jack-con-Suerte gritaban amenazas y maldiciones. Lord Beric, en cambio, estaba en silencio, tranquilo como las aguas en calma, con el escudo en el brazo izquierdo y la espada

llameante en la mano derecha.

«Mátalo —pensó Arya—. Por favor, lo tienes que matar.» Su rostro, iluminado desde abajo, era como una máscara de muerte; el ojo que le faltaba parecía una herida roja y furiosa. La espada ardía desde la punta hasta la cruz, pero Dondarrion no parecía sentir el calor. Estaba tan inmóvil que parecía esculpido en piedra.

Pero cuando el Perro cargó contra él, se apartó como una centella.

La espada llameante subió al encuentro de la fría, dejando a su paso largas estelas de fuego, como las cintas de las que había hablado el Perro. El acero cantó contra el acero. Apenas Dondarrion le paró el primer golpe, Clegane lanzó otro, y en aquella ocasión fue el escudo de Lord Beric lo que se interpuso en su camino. La fuerza del impacto hizo que saltaran por los aires astillas de madera. Los golpes siguieron cayendo, duros, rápidos, desde abajo, desde arriba, por la derecha, por la izquierda, pero Dondarrion los detuvo todos. Las llamas giraban en torno a su espada, y a su paso dejaban un rastro de fantasmas rojos y amarillos. Cada movimiento de Lord Beric les daba nuevas fuerzas y hacía que ardieran con más brillo, hasta que pareció como si el señor del relámpago estuviera en el centro de una jaula de fuego.

—¿Es fuego valyrio? —preguntó Arya a Gendry.

—No. Esto es diferente. Esto es...

—¿Magia? —sugirió ella mientras el Perro retrocedía.

En aquel momento era Lord Beric quien atacaba. El aire se llenó de estelas de fuego, y su rival, más corpulento, tuvo que retroceder más y más. Clegane detuvo un golpe con el escudo en alto, y uno de los perros pintados perdió la cabeza. Contraatacó, con lo que Dondarrion tuvo que interponer el escudo a su vez antes de lanzar un terrible tajo. La hermandad de los bandidos lanzaba gritos de ánimo para su jefe.

—¡Ya es tuyo! —oyó decir Arya—. ¡A por él! ¡A por él! ¡A por él!

El Perro esquivó un tajo que le iba directo a la cabeza. Hizo una mueca al sentir el calor de las llamas cerca del rostro. Gruñó, maldijo y se tambaleó.

Lord Beric no le dio respiro. Siguió acosando al hombretón; su brazo no se detenía nunca. Las espadas chocaban, se apartaban y volvían a chocar; del escudo del relámpago saltaban astillas, mientras que las llamas vibrantes lamieron a los perros una vez, y dos, y tres. El Perro se desplazó hacia la derecha, pero Dondarrion le cortó el paso con una rápida zancada lateral y lo obligó a moverse hacia el otro lado... hacia el resplandor rojizo de la hoguera. Clegane siguió cediendo terreno hasta que sintió el calor en la espalda. Una mirada rápida le mostró qué tenía detrás, y estuvo a punto de costarle la cabeza cuando Lord Beric atacó de nuevo.

Arya alcanzó a verle el blanco de los ojos a Sandor Clegane cuando lanzó un nuevo ataque. Tres pasos adelante y dos atrás; un movimiento hacia la izquierda, que Lord Beric bloqueó; otros dos pasos al frente y uno de retroceso, *clang*, *clang*. Los enormes escudos de roble recibían un golpe detrás de otro. El

pelo lacio del Perro se le había pegado a la frente con una película de sudor.

«Sudor de vino», pensó Arya al recordar que lo habían aprisionado cuando estaba borracho. Le pareció ver en sus ojos algo parecido a un atisbo de miedo. «Va a perder», se dijo exultante, al tiempo que la espada llameante de Lord Beric giraba y golpeaba. El señor del relámpago, un torbellino de furia, recuperó todo el terreno que había ganado el Perro, y de nuevo hizo que Clegane se tambaleara hasta el borde mismo del agujero de la hoguera. «Sí, sí, va a morir.» Arya se puso de puntillas para ver mejor.

—¡Maldito bastardo! —gritó el Perro al sentir cómo el fuego le lamía la parte trasera de los muslos. Se lanzó al ataque, blandiendo la espada cada vez con más fuerza; trataba de destruir a su rival, más menudo, a base de fuerza bruta; intentaba romperle el arma, el escudo o el brazo. Pero las llamas de las paradas de Dondarrion le saltaban a los ojos, y cuando el Perro se intentó apartar de ellas perdió pie y cayó sobre una rodilla. Lord Beric cayó sobre él al instante; el golpe descendente aulló y dejó en el aire un rastro de pendones llameantes. Jadeante y agotado, Clegane alzó el escudo sobre la cabeza justo a tiempo, y el crujido del roble al romperse resonó en toda la cueva.

—Se le ha incendiado el escudo —dijo Gendry en voz baja.

Arya también se había dado cuenta. Las llamas se extendieron por la descascarillada pintura amarilla y devoraron a los tres perros negros.

Sandor Clegane había conseguido ponerse en pie de nuevo, en un contraataque salvaje. Hasta que Lord Beric no retrocedió un paso, el Perro no pareció darse cuenta de que el fuego que le rugía tan cerca del rostro era el de su escudo en llamas. Con un grito de aversión, lanzó un tajo contra la madera ya rota y terminó de destrozarla. El escudo se hizo pedazos y uno de los trozos salió despedido por los aires, todavía en llamas, pero otro se le aferraba, testarudo, al antebrazo. Los esfuerzos que hacía para liberarse sólo servían para avivar el fuego. La manga se le prendió, y de repente tuvo el brazo izquierdo envuelto en llamas.

—¡Acaba con él! —gritó Barbaverde a Lord Beric.

—¡Culpable! —La palabra se elevó como un cántico al que se iban uniendo las voces.

—¡Culpable! —gritó Arya con los demás—. ¡Culpable! ¡Mátalo!

Suave como la seda de verano, Lord Beric se acercó para poner fin a la vida del hombre que tenía delante. El Perro lanzó un grito ronco, alzó la espada con ambas manos y asestó un golpe con todas sus fuerzas. Lord Beric lo detuvo con facilidad...

—¡Nooooooooo! —gritó Arya.

Pero la espada llameante se partió en dos, y el acero frío del Perro se hundió en la carne de Lord Beric allí donde el hombro se unía al cuello, abriéndolo hasta el esternón. La sangre caliente brotó como un torrente oscuro.

Sandor Clegane, todavía en llamas, se tambaleó hacia atrás. Se quitó de encima los restos del escudo y los lanzó a un lado con una maldición, antes de

tirarse al suelo y rodar por la tierra para apagar las llamas que le devoraban el brazo.

Las rodillas de Lord Beric se doblaron muy despacio, como si se dispusiera a rezar. Abrió la boca, pero lo único que salió de ella fue sangre. Aún tenía clavada la espada del Perro cuando se derrumbó de bruces. La tierra del suelo se bebió su sangre. Bajo la colina hueca no se oía más sonido que el crepitar suave de las llamas y los gemidos del Perro, que trataba de levantarse. Arya sólo podía pensar en Mycah y en todas las plegarias idiotas que había rezado para que muriera el Perro.

«Si hubiera dioses, Lord Beric habría ganado.» Ella sabía muy bien que el Perro era culpable.

—Por favor —chilló Sandor Clegane, que se sujetaba el brazo—. Me he quemado. Ayuda. Ayudadme. Ayudadme. —Estaba llorando—. Por favor.

«Pero si llora como un niño», pensó Arya, mirándolo atónita.

—Melly, cúrale las quemaduras —dijo Thoros—. Lim, Jack, ayudadme con Lord Beric. Más vale que vengas tú también, Ned.

El sacerdote rojo arrancó la espada del Perro del cadáver de su señor caído y clavó la punta en la tierra empapada de sangre. Lim deslizó las enormes manos bajo los brazos de Dondarrion, mientras Jack-con-Suerte lo agarraba por los pies. Rodearon el foso de la hoguera y se perdieron en la oscuridad de uno de los túneles, seguidos por Thoros y por el chico llamado Ned.

El Cazador Loco escupió al suelo.

—Voto por llevarlo de vuelta al Sept de Piedra y meterlo en una jaula para cuervos.

—Sí —apoyó Arya—. Porque mató a Mycah. Lo mató, de verdad.

—Que ardillita tan furiosa —murmuró Barbaverde.

—R'hllor lo ha juzgado y lo ha encontrado inocente. —Harwin dejó escapar un suspiro.

—¿Quién es Rollor? —Arya ni siquiera era capaz de pronunciar el nombre.

—El Señor de la Luz. Thoros nos ha enseñado...

A ella no le importaba lo que Thoros les hubiera enseñado. Arrancó la daga de Barbaverde de su vaina y se apartó de él antes de que pudiera agarrarla. Gendry también trató de detenerla, pero para él siempre había sido demasiado rápida.

Tom Sietecuerdas y una mujer estaban ayudando al Perro a ponerse en pie. Al verle el brazo, la conmoción la dejó sin palabras. Tenía una franja rosada allí donde la correa de cuero lo había protegido, pero por encima y por debajo de ella, la carne estaba agrietada, enrojecida, sanguinolenta, desde el codo a la muñeca. Cuando la mirada del Perro se cruzó con la suya, el hombre hizo una mueca.

—¿Tantas ganas tienes de verme muerto? Pues venga, niña lobo. Clávamela. Es más limpia que el fuego.

Clegane trató de levantarse, pero cuando se movió un trozo de carne

quemada se le cayó del brazo, y las rodillas se le doblaron. Tom lo cogió por el brazo sano y lo sostuvo en pie.

«Tiene el brazo como la cara», pensó Arya. Pero era el Perro. Se merecía arder en un infierno de fuego. El cuchillo le pesaba cada vez más. Lo empuñó con más fuerza.

—Vos matasteis a Mycah —dijo una vez más, como si lo retara a negarlo—. Decídselo. Lo matasteis. Lo matasteis.

—Lo maté. —Se le retorció todo el rostro—. Lo arrollé con el caballo, lo corté en dos y me reí. También los vi dar palizas a tu hermana y los vi cortarle la cabeza a tu padre.

Lim le agarró la muñeca y se la retorció para quitarle la daga. Arya se revolvió a patadas, pero no se la devolvió.

—¡Al infierno, Perro! —gritó a Sandor Clegane con rabia desarmada, impotente—. ¡Ojalá vayáis al infierno!

—Ya ha ido —dijo una voz casi inaudible.

Cuando Arya se volvió, Lord Beric Dondarrion estaba detrás de ella, apoyado en el hombro de Thoros con una mano ensangrentada.

CATELYN

«Que los reyes del Invierno se queden con su cripta gélida bajo la tierra», pensó Catelyn. Los Tully sacaban las fuerzas del río, y al río regresaban cuando sus vidas llegaban a su fin.

Tendieron a Lord Hoster en un ligero bote de madera, vestido con una brillante armadura completa de plata. Yacía de espaldas sobre la capa azul y roja. El jubón también era bicolor, azul y rojo, y una trucha con escamas de plata y bronce coronaba la cresta del gran yelmo que le pusieron junto a la cabeza. Sobre el pecho le colocaron una espada de madera pintada, y le cerraron los dedos en torno a la empuñadura. Unos guanteletes de malla le ocultaban las manos enjutas y hacían que casi volviera a parecer fuerte. El enorme escudo de hierro y roble estaba a su izquierda, y el cuerno de caza que había utilizado toda la vida, a su derecha. El resto del bote estaba lleno de astillas, de trozos de pergamino y también de piedras, para darle peso en el agua. Su estandarte, la trucha saltarina de Aguasdulces, ondeaba en la proa.

Siete eran los elegidos para empujar la barca funeraria al agua. Simbolizaban los siete rostros de dios. Robb era uno, como rey de Lord Hoster. Lo acompañaban Lord Bracken, Lord Blackwood, Lord Vance y Lord Mallister; también Marq Piper... y Lothar Frey *el Cojo*, que había llegado de Los Gemelos con la respuesta que estaban aguardando. Acudía con una escolta de cuarenta hombres bajo el mando de Walder Ríos, el mayor de los bastardos de Lord Walder, un hombre de aspecto severo y cabello gris, con excelente reputación como guerrero. Su llegada, a las pocas horas de la muerte de Lord Hoster, había enfurecido a Edmure.

—¡Tendríamos que desollar a Walder Frey; tendríamos que descuartizarlo! —había gritado—. Para tratar con nosotros, envía a un tullido y a un bastardo. ¡Sabe muy bien que nos está insultando!

—No me cabe duda de que Lord Walder elige con mucha intención a sus enviados —le respondió Catelyn—. Ha sido una especie de pataleta, una venganza infantil, pero no olvides con quién tratamos. Nuestro padre lo llamaba «el Finado Lord Frey». Es un hombre de muy mal genio, muy envidioso y, sobre todo, muy orgulloso.

Por suerte, su hijo había mostrado más sentido común que su hermano. Robb había recibido a los Frey con toda la cortesía posible; había buscado sitio en los barracones para sus escoltas, y en privado le había pedido a Ser Desmond Grell que se retirara discretamente, de manera que Lothar tuviera el honor de participar en la ceremonia que enviaba a Lord Hoster a su último viaje.

«Mi hijo ha adquirido una especie de sabiduría impropia de sus años, mi

hijo, mi hijo.» La Casa Frey había abandonado al Rey en el Norte, pero el Señor del Cruce seguía siendo el más poderoso de los vasallos de Aguasdulces, y Lothar no hacía más que ocupar el lugar que le correspondía.

Los siete bajaron a Lord Hoster por la escalera del agua, chapoteando en los escalones a medida que subía el rastrillo. Cuando depositaron el bote en la corriente, Lothar Frey, un hombre corpulento y de carnes blandas, respiraba jadeante. Jason Mallister y Tytos Blackwood, que se ocupaban de la proa, se metieron hasta el pecho en el río para guiar la barca.

Catelyn lo contemplaba todo desde las almenas; esperaba y miraba, como había esperado y mirado tantas veces en el pasado. Abajo, la corriente rápida del Piedra Caída se clavaba como una lanza en el costado del ancho Forca Roja, y sus aguas azules y blancas agitaban el curso rojizo y marrón del río principal. La neblina de la mañana pendía sobre las aguas, tan tenue y sutil como los jirones del recuerdo.

«Bran y Rickon lo estarán esperando —pensó Catelyn con tristeza—, igual que antes lo esperaba yo.»

El ligero bote pasó bajo el arco de piedra roja que era la Puerta del Agua y fue cogiendo velocidad a medida que entraba en la corriente apresurada del Piedra Caída. El bote emergió por debajo de las altas murallas defensivas del castillo, y la vela cuadrada se hinchó con el viento; Catelyn vio un rayo de sol que arrancaba destellos del yelmo de su padre. El timón de Lord Hoster Tully se mantuvo firme, y navegó tranquilo hacia el centro del canal, bajo la luz del sol naciente.

—Ahora —indicó su tío.

Junto a él, su hermano Edmure... No, ya era Lord Edmure, ¿cuándo se haría a la idea? Puso una flecha en el arco. Su escudero le acercó una tea a la punta. Edmure aguardó hasta que se inflamó, y luego alzó el gran arco, se llevó la cuerda hasta la oreja y la soltó. La flecha se elevó con un zumbido vibrante. Catelyn siguió el vuelo con los ojos y con el corazón, hasta que fue a hundirse en el agua con un siseo, a buena distancia de la popa del bote de Lord Hoster.

Edmure masculló una maldición entre dientes.

—Ha sido el viento —dijo al tiempo que sacaba una segunda flecha—. Otra vez.

La tea besó el trapo empapado en aceite que estaba atado tras la punta de la flecha, y las llamas lamieron el asta; Edmure alzó el arco, tensó la cuerda y la soltó. La flecha voló alta, con fuerza. Con demasiada fuerza. Se perdió en el río, a diez varas por delante del bote; su fuego se extinguió al instante. El rubor le subió a Edmure por el cuello, rojo como su barba.

—Una vez más —ordenó al tiempo que sacaba una tercera flecha del carcaj.

«Está tan tenso como la cuerda del arco», pensó Catelyn.

—Permitidme, mi señor —se ofreció Ser Brynden, que también se había dado cuenta.

—Ya puedo yo —insistió Edmure. Acercó la flecha para que se la

prendieran, alzó el arco, respiró hondo y tensó la cuerda. Pareció titubear un instante eterno mientras el fuego crepitante ascendía por el asta. Por último, la soltó. La flecha ascendió y ascendió, trazó una curva y cayó, cayó, cayó... y siseó al pasar de largo de la vela hinchada.

Había fallado por poco, apenas un palmo, pero había fallado.

—¡Los Otros se la lleven! —maldijo su hermano.

El bote estaba casi fuera del alcance; entraba y salía de los jirones de bruma del río. Sin decir palabra, Edmure le tendió el arco a su tío.

—Deprisa —ordenó Ser Brynden.

Puso una flecha, la acercó a la tea, tensó la cuerda y la soltó antes de que Catelyn pudiera decir a ciencia cierta si se había prendido o no... Pero mientras se elevaba, vio las llamas que trazaban un surco en el aire, un largo pendón anaranjado. El bote había desaparecido entre la bruma, que también se tragó a la flecha descendente... pero sólo un instante. Después, tan repentina como la esperanza, vieron la flor roja. Las velas se prendieron y la neblina se tiñó de rosa y naranja. Durante un momento, Catelyn divisó con claridad la silueta del bote envuelto en llamas.

«Espérame, mi pequeña Cat», oyó susurrar a su padre.

Catelyn extendió el brazo a ciegas en busca de la mano de su hermano, pero Edmure se había alejado de ella para irse en solitario al punto más alto de las almenas. Fue su tío Brynden quien le tomó la mano y entrelazó con los suyos los dedos fuertes. Juntos contemplaron el fuego que se empequeñecía con la distancia, a medida que el bote en llamas se alejaba.

Y al final desapareció... tal vez arrastrado por las aguas río abajo, tal vez hundido en ellas. El peso de la armadura depositaría a Lord Hoster en el fondo, y descansaría en el lodo suave del lecho del río, en las húmedas estancias donde los Tully tenían su corte eterna, con bancos de peces como su último séquito.

Apenas el bote en llamas se perdió a lo lejos, Edmure se alejó a zancadas. Catelyn habría querido abrazarlo aunque sólo fuera un instante y sentarse con él una hora, una noche o un mes para hablar de los muertos y llorarlos. Pero sabía tan bien como él que no era el momento oportuno; se había convertido en el Señor de Aguasdulces; sus caballeros lo rodeaban, le susurraban condolencias y promesas de lealtad, formaban un muro entre él y algo tan insignificante como el dolor de una hermana. Y Edmure los escuchaba sin oírlos.

—No es ninguna deshonra fallar el tiro —le dijo su tío en voz baja—. Alguien tendría que decírselo a Edmure. Cuando mi señor padre emprendió su viaje río abajo, Hoster también falló.

—Con la primera flecha. —Catelyn había sido demasiado pequeña para recordarlo, pero Lord Hoster le contaba la anécdota a menudo—. La segunda acertó en la vela.

Dejó escapar un suspiro. Edmure no era tan fuerte como parecía. La muerte de su padre, cuando por fin tuvo lugar, había sido un descanso, pero aun así, su

hermano se lo había tomado mal.

La noche anterior bebió demasiado, se derrumbó y se echó a llorar entre lamentos por las cosas que no había hecho y las palabras que no había dicho. No debería haber partido para luchar en la batalla de los Vados, le dijo entre lágrimas; tendría que haber permanecido junto al lecho de su padre.

—Tendría que haber estado con él, como estuviste tú —sollozó—. ¿Dijo algo de mí antes de morir? Dime la verdad, Cat. ¿Preguntó por mí?

La última palabra de Lord Hoster había sido «Atanasia», pero Catelyn no tuvo valor para decírselo.

—Susurró tu nombre —mintió.

Su hermano había asentido con gratitud antes de besarle la mano.

«Si no hubiera intentado tragarse el dolor y el sentimiento de culpa, tal vez no habría errado con el arco», pensó para sus adentros con un suspiro. Pero era otra cosa que tampoco tenía valor para decir.

El Pez Negro la acompañó al bajar de las almenas hasta donde estaban Robb y sus vasallos. Junto a él se encontraba la joven reina. Al verla, su hijo la abrazó en silencio.

—Lord Hoster tenía un aspecto noble como el de un rey, mi señora —murmuró Jeyne—. Me habría gustado tener ocasión de conocerlo.

—Y a mí de conocerlo mejor —añadió Robb.

—Es lo mismo que él habría querido —dijo Catelyn—. Había demasiadas leguas entre Aguasdulces e Invernalia.

«Y por lo visto, hay demasiadas montañas, demasiados ríos y demasiados ejércitos entre Aguasdulces y el Nido de Águilas.» Lysa no había respondido a su carta.

De Desembarco del Rey tampoco obtenía más que silencio. Había albergado la esperanza de que Brienne y Ser Cleos hubieran llegado ya a la ciudad con su prisionero. Incluso era posible que Brienne estuviera ya de vuelta, y con las niñas.

«Ser Cleos juró que pediría al Gnomo que enviara un cuervo en cuanto aceptara el trato. ¡Lo juró!» Los cuervos no siempre llegaban a su destino. Tal vez algún arquero había abatido al pájaro y lo había asado para cenar. La carta que la habría tranquilizado tal vez se encontrara en aquel momento entre las cenizas de una hoguera, junto a un montoncito de huesos de cuervo.

Otros esperaban para dar el pésame a Robb, de manera que Catelyn se apartó a un lado y aguardó con paciencia mientras Lord Jason Mallister, el Gran Jon y Ser Rolph Spicer hablaban con él de uno en uno. Pero cuando Lothar Frey se acercó, le dio un tirón de la manga. Robb se dio la vuelta y aguardó a que Lothar hablara.

—Alteza. —Lothar Frey era un hombre regordete de treinta y tantos años; tenía los ojos muy juntos, la barbita puntiaguda y una melena de pelo oscuro que le caía en bucles sobre los hombros. Una lesión durante el parto le había dejado una pierna retorcida, lo que le ganó el sobrenombre de el Cojo. Llevaba

doce años sirviendo a su padre como mayordomo—. Lamentamos mucho esta intromisión en un momento tan doloroso, pero ¿podríais concedernos audiencia esta noche?

—Será un honor —dijo Robb—. Nunca quise que hubiera enemistad entre nosotros.

—Ni yo quise ser la causa —intervino la reina Jeyne.

—Lo comprendo —dijo Lothar Frey con una sonrisa—, y también lo comprende mi padre. Me ordenó que os dijera que él también fue joven, y recuerda bien lo que es perder la cabeza ante una mujer bella.

Catelyn dudaba mucho de que Lord Walder hubiera dicho semejante cosa, o de que alguna vez hubiera perdido la cabeza ante una mujer bella. El Señor del Cruce había sobrevivido a siete esposas y estaba casado con la octava, pero cuando hablaba de ellas era para llamarlas calientacamas y yeguas de cría. Aun así, la formulación era impecable, y no sería ella quien pusiera objeciones al cumplido. Tampoco Robb.

—Vuestro padre es muy generoso —dijo—. Aguardaré con impaciencia el momento de nuestra conversación.

Lothar se inclinó, besó la mano de la reina y se retiró. Para entonces ya se habían reunido doce hombres más, a la espera de su turno. Robb habló con cada uno de ellos, y repartió frases de gratitud y sonrisas según convenía. Sólo cuando hubo terminado con el último, se volvió de nuevo hacia Catelyn.

—Tengo que hablar contigo de algo. ¿Me acompañas mientras caminamos?

—Como Su Alteza ordene.

—No ha sido una orden, Madre.

—En ese caso, será un placer.

Su hijo la había tratado con gentileza desde que regresó a Aguasdulces, pero rara vez buscaba su compañía. Se encontraba más cómodo con su joven reina, cosa que ella comprendía bien.

«Jeyne lo hace sonreír, y yo no puedo compartir con él nada, aparte de mi dolor. —Robb parecía disfrutar también con la compañía de los hermanos de su esposa: el joven Rollam, su escudero, y Ser Raynald, su portaestandarte—. Ocupan el lugar de los hermanos que perdió —comprendió Catelyn al verlos juntos—. Rollam es como si fuera Bran, y Raynald es en parte Theon y en parte Jon Nieve.» Sólo cuando estaba con los Westerling veía sonreír a Robb o lo oía reír como el muchacho que era en realidad. Para todos los demás era siempre el Rey en el Norte, con la cabeza inclinada bajo el peso de la corona hasta cuando no la llevaba ceñida.

Robb dio un tierno beso a su esposa, le prometió que la vería en sus habitaciones y echó a andar con su señora madre. Sus pasos los llevaron hacia el bosque de dioses.

—Lothar se ha mostrado amable; es una buena señal. Necesitamos a los Frey.

—Eso no quiere decir que podamos contar con ellos.

Robb asintió; la tristeza le invadió el rostro, y pareció como si los hombros se le cargaran. Catelyn habría dado cualquier cosa por abrazarlo.

«El peso de la corona lo está aplastando —pensó—. Desea con todas sus fuerzas ser un buen rey, valeroso, noble y astuto, pero la carga es excesiva para un muchacho.»

Robb estaba haciendo todo lo que podía, pero le seguían lloviendo los golpes, uno tras otro, implacables. Cuando le informaron sobre la batalla del Valle Oscuro, donde Lord Randyll Tarly había derrotado a Robett Glover y a Ser Helman Tallhart, todos pensaron que se enfurecería; sin embargo, se quedó boquiabierto, incrédulo.

—¿El Valle Oscuro, en el mar Angosto? ¿Por qué fueron al Valle Oscuro? —Sacudió la cabeza, perplejo—. ¿He perdido un tercio de mi infantería por el Valle Oscuro?

—Los hombres del hierro tienen mi castillo, y ahora, los Lannister tienen a mi hermano —dijo Galbart Glover con la voz ronca de desesperación. Robett Glover había sobrevivido a la batalla, pero poco más tarde fue capturado cerca del camino Real.

—Por poco tiempo —había prometido Robb—. Les ofreceremos a Martyn Lannister a cambio. Lord Tywin tendrá que aceptar; lo hará por su hermano.

Martyn era hijo de Ser Kevan y hermano gemelo de Willem, el muchacho asesinado por Lord Karstark. Catelyn sabía que aquellas muertes aún pesaban sobre su hijo. Había triplicado la guardia en torno a Martyn, pero seguía temiendo por su seguridad.

—Tendría que haber cambiado al Matarreyes por Sansa la primera vez que me lo pediste —dijo Robb mientras recorrían la galería—. Si se la hubiera ofrecido en matrimonio al Caballero de las Flores, tal vez los Tyrell estarían con nosotros, en vez de con Joffrey. Ojalá lo hubiera pensado.

—Estabas concentrado en las batallas, y hacías bien. Ni siquiera un rey puede pensar en todo.

—Batallas —dijo Robb casi con un murmullo al tiempo que salían al exterior, entre los árboles—. He ganado todas las batallas, todas, y aun así estoy perdiendo la guerra. —Alzó la vista, como si la respuesta pudiera estar escrita en el cielo—. Los hombres del hierro tienen Invernalia y Foso Cailin. Mi padre ha muerto, igual que Bran y Rickon, y puede que también Arya. Y ahora también ha muerto vuestro padre.

Catelyn no podía permitir que cayera en la desesperación. Era un trago cuyo sabor conocía demasiado bien.

—Mi padre llevaba mucho tiempo agonizando, Robb. No había nada que pudieras hacer. Has cometido errores, claro, ¿y qué rey no los comete? Ned estaría orgulloso de ti.

—Madre, tengo que decirte una cosa.

Por un instante a Catelyn se le detuvo el corazón.

«Es algo que le duele. Algo que teme contarme.» Lo único que le venía a la

mente eran Brienne y su misión.

—¿Se trata del Matarreyes?

—No. Es Sansa.

«Está muerta —pensó Catelyn al instante. Brienne ha fracasado; Jaime ha muerto, y Cersei se ha vengado matando a mi hijita.» Apenas si pudo pronunciar las palabras.

—¿La... la hemos perdido, Robb?

—¿Qué? —Su hijo la miró sobresaltado—. ¿Que si ha muerto? No, no, Madre, no es eso, no le han hecho daño. Bueno, no en ese sentido... Anoche llegó un pájaro, pero no tuve valor para decírtelo hasta que tu padre descansara en paz. —Robb le cogió la mano—. La han casado con Tyrion Lannister.

—Con el Gnomo. —Catelyn apretó los dedos contra los suyos.

—Sí.

—Me juró que la entregaría a cambio de su hermano —dijo, paralizada por el golpe—. Y también a Arya: a las dos. Nos las devolvería si le entregábamos a su querido Jaime; lo juró ante toda la corte. ¿Cómo ha podido casarse con ella, después de lo que dijo ante los ojos de los hombres y los dioses?

—Es el hermano del Matarreyes. Llevan el perjurio en la sangre. —Robb acarició con los dedos el pomo de la espada—. Si pudiera, le cortaría la cabeza. Entonces Sansa sería viuda y quedaría libre. No se me ocurre otra manera. La obligaron a hacer los votos delante de un septon y a ponerse una capa roja.

Catelyn rememoró al hombrecillo contrahecho al que había tomado prisionero en la posada de la encrucijada para luego llevarlo en el largo viaje hasta el Nido de Águilas.

—Tendría que haber permitido que Lysa lo tirase por la Puerta de la Luna. Mi pobre Sansa, mi pequeña... ¿Por qué le habrán hecho una cosa así?

—Por Invernalia —respondió Robb sin dudar un instante—. Tras la muerte de Bran y Rickon, Sansa es mi heredera. Si me sucediera algo...

—No te va a suceder nada. —Catelyn le apretó la mano con fuerza—. ¡Nada! No lo podría soportar. Me han quitado a Ned y a tus hermanos. Sansa está casada, Arya ha desaparecido, mi padre ha muerto... Si te pasara algo, me volvería loca, Robb. Eres lo único que me queda. Eres lo único que le queda al norte.

—Todavía no estoy muerto, Madre.

De pronto el miedo se había apoderado de Catelyn.

—No es imprescindible combatir en las guerras hasta la última gota de sangre. —Hasta ella se daba cuenta de lo desesperada que le sonaba la voz—. No serías el primer rey en doblar la rodilla, ni siquiera el primer Stark.

—No. —Robb apretó los labios—. Jamás.

—No sería ninguna deshonra. Balon Greyjoy dobló la rodilla ante Robert cuando fracasó su rebelión. Torrhen Stark dobló la rodilla ante Aegon *el Conquistador* para que su ejército no tuviera que enfrentarse al fuego.

—¿Acaso Aegon había matado al padre del rey Torrhen? —Se sacudió la

mano de su madre—. He dicho que jamás.

«Ahora se comporta como el niño que es, no como un rey.»

—Los Lannister no tienen necesidad del norte. Exigirán tributos y rehenes, nada más... y el Gnomo se quedará con Sansa hagamos lo que hagamos, de manera que rehén ya tienen. Te aseguro que los hombres del hierro serán un enemigo mucho más implacable. Si quieren conservar el norte en su poder, los Greyjoy no deben dejar vivo ni a un retoño de la Casa Stark; siempre les podría disputar sus derechos. Theon ha asesinado a Bran y a Rickon, ahora sólo tiene que matarte a ti... y a Jeyne, claro. ¿O crees que Lord Balon se puede permitir el lujo de dejarla con vida para que dé a luz a tus herederos?

—¿Por eso dejaste libre al Matarreyes? ¿Para conseguir la paz con los Lannister? —El rostro de Robb era una máscara gélida.

—Liberé a Jaime por Sansa y por Arya, si es que aún está viva. Lo sabes de sobra. Pero si en algún momento albergué la esperanza de comprar la paz, ¿qué tiene de malo?

—Mucho —replicó—. Los Lannister mataron a mi padre.

—¿Acaso crees que lo he olvidado?

—No lo sé. ¿Lo has olvidado?

Catelyn no había abofeteado nunca a ninguno de sus hijos en un acceso de ira, pero en aquel momento estuvo a punto de golpear a Robb. Le costó un gran esfuerzo obligarse a recordar lo asustado y solo que se debía de sentir.

—El Rey en el Norte eres tú; a ti te corresponde decidir. Sólo te pido que pienses en lo que te he dicho. Los bardos exaltan a los reyes que mueren como valientes en combate, pero tu vida vale algo más que una canción. Al menos para mí, que te la di. —Bajó la cabeza—. ¿Puedo retirarme?

—Sí.

Robb se dio la vuelta y desenvainó la espada. Catelyn no habría sabido decir qué pretendía hacer con ella. Allí no había ningún enemigo, nadie contra quien luchar. Sólo estaban ellos dos, entre los altos árboles y las hojas caídas.

«Hay peleas que no se pueden ganar con la espada», habría querido decirle. Pero mucho temía que el Rey haría oídos sordos a palabras como aquéllas.

Horas más tarde, mientras bordaba en sus habitaciones, el joven Rollam Westerling llegó corriendo para convocarla a la cena. «Menos mal», pensó Catelyn con alivio. Después de la discusión, no estaba segura de que su hijo quisiera compartir mesa con ella.

—Eres un buen escudero —le dijo a Rollam con gesto serio.

«Bran también lo habría sido.»

Durante la cena, Robb se mostró frío, y Edmure, hosco, pero Lothar el Cojo compensó la actitud de los dos. Fue un ejemplo de cortesía: habló con calidez de Lord Hoster, le dio un cariñoso pésame a Catelyn por las muertes de Bran y Rickon, alabó la victoria de Edmure en el Molino de Piedra y agradeció a Robb la «justicia rápida y certera» con que había tratado a Rickard Karstark. El hermano bastardo de Lothar, Walder Ríos, no se parecía en nada a él; era un

hombre de rostro adusto y amargado, con la misma expresión desconfiada que Lord Walder. Apenas hablaba y dedicó toda su atención a la carne y el hidromiel que le sirvieron.

Cuando se acabaron las conversaciones banales, la Reina y los demás Westerling pidieron permiso para retirarse. Los criados retiraron los restos de la comida, y Lothar Frey carraspeó para aclararse la garganta.

—Antes de entrar en el tema que nos ha traído aquí —dijo con solemnidad—, hay que tratar otro asunto. Mucho me temo que es un tema serio. Tenía la esperanza de que no me correspondiera daros estas noticias, pero no hay otro remedio. Mi señor padre ha recibido una carta de sus nietos.

Catelyn había estado tan inmersa en su dolor que casi se había olvidado de los dos Frey a los que había aceptado como pupilos.

«Ya no más —pensó—. Madre misericordiosa, ¿cuántos golpes más podemos soportar?» Sabía que las siguientes palabras que oyera le clavarían otra daga en el corazón.

—¿Los nietos que están en Invernalia? —consiguió preguntar—. ¿Mis pupilos?

—Sí, Walder y Walder. Pero ahora mismo están en Fuerte Terror, mi señora. Me duele en el alma tener que decíroslo, pero ha habido una batalla. Invernalia ha ardido hasta los cimientos.

—¿Qué? —La voz de Robb estaba teñida de incredulidad.

—Vuestros señores norteños trataron de reconquistar el castillo de manos de los hombres del hierro. Cuando Theon Greyjoy vio que iba a perder su conquista, le prendió fuego.

—No nos ha llegado noticia de ninguna batalla —apuntó Ser Brynden.

—Reconozco que mis sobrinos son jóvenes, pero estuvieron presentes. Walder *el Mayor* escribió la carta, y su primo la firmó con él. Por lo que cuentan fue una batalla sangrienta. Vuestro castellano murió en ella. Se llamaba Ser Rodrik, ¿verdad?

—Ser Rodrik Cassel —dijo Catelyn, entumecida por el dolor. «Mi querido amigo, mi viejo y valiente amigo.» Casi lo podía ver tironearse de los bigotes blancos—. ¿Y el resto de los nuestros?

—Mucho me temo que los hombres del hierro los pasaron por la espada a casi todos.

Robb, mudo de rabia, dio un puñetazo en la mesa y volvió el rostro para que los Frey no vieran sus lágrimas.

Pero su madre las vio.

«Cada día que pasa, el mundo se oscurece un poco más.» Catelyn recordó a Beth, la hijita de Ser Rodrik; al incansable maestre Luwin y al alegre septon Chayle; a Mikken, en su fragua, a Farlen y Palla, en las perreras, a la Vieja Tata y a Hodor el simple. Se le hizo un nudo en el corazón.

—¿Todos? No, por favor.

—No —dijo Lothar *el Cojo*—. Las mujeres y los niños se escondieron, entre

ellos mis sobrinos Walder y Walder. Invernalia estaba en ruinas, de manera que el hijo de Lord Bolton llevó a los supervivientes a Fuerte Terror.

—¿El hijo de Bolton? —preguntó Robb con la voz muy tensa.

—Tengo entendido que es un hijo bastardo —intervino Walder Ríos.

—¿Ramsay Nieve? ¿O tiene Lord Roose otro bastardo? —Robb frunció el ceño—. El tal Ramsay era un monstruo y un asesino, y murió como un cobarde. Es lo que me contaron.

—No os lo puedo confirmar. En toda guerra hay mucha confusión. Muchos informes falsos. Lo único que os puedo decir es que según mis sobrinos fue un hijo bastardo de Bolton quien salvó a las mujeres y a los niños de Invernalia. Ahora, todos los que sobrevivieron están a salvo en Fuerte Terror.

—¿Y Theon? —intervino Robb de repente—. ¿Qué le pasó a Theon Greyjoy? ¿Lo mataron?

—No os podría decir, Alteza. —Lothar *el Cojo* extendió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba—. Walder y Walder no mencionaban nada sobre él. Puede que Lord Bolton sepa algo, si es que su hijo le ha enviado noticias.

—Se lo preguntaremos, no lo dudéis —dijo Ser Brynden.

—Veo que estáis consternados. Siento haberos causado más dolor. Tal vez deberíamos aplazar la conversación hasta mañana. El asunto que nos trae puede aguardar hasta que os recuperéis...

—No —replicó Robb—, quiero arreglarlo cuanto antes.

—Yo también —asintió su hermano Edmure—. ¿Tenéis respuesta a nuestra oferta, mi señor?

—Así es. —Lothar sonrió—. Mi señor padre me ordena decir a Su Alteza que accede a esta nueva alianza matrimonial entre nuestras casas y renueva su lealtad hacia el Rey en el Norte, con la única condición de que Su Alteza se disculpe en persona, cara a cara, por el agravio cometido contra la Casa Frey.

Una disculpa era un precio muy pequeño, pero al instante, Catelyn se sintió alertada por la mezquina petición de Lord Walder.

—Me complace —dijo Robb con cautela—. Nunca fue mi deseo que se abriera este abismo entre nosotros, Lothar. Los Frey han luchado con valor por mi causa. Será un placer volver a tenerlos a mi lado.

—Sois muy generoso, Alteza. Ya que aceptáis los términos, se me ha pedido que ofrezca a Lord Tully la mano de mi hermana, Lady Roslin, doncella de dieciséis años. Roslin es la hija menor de mi señor padre con Lady Bethany de la Casa Rosby, su sexta esposa. Es de natural dulce y tiene talento para la música.

—¿No sería mejor si antes nos conociéramos...? —Edmure se movió incómodo en el asiento.

—Ya os conoceréis cuando estéis casados —replicó Walder Ríos con tono brusco—. A menos que Lord Tully quiera antes contarle los dientes a Lady Roslin.

—Aceptaré vuestra palabra en lo que respecta a sus dientes —dijo Edmure

haciendo un esfuerzo por controlar la ira—, pero antes de desposarme con ella me gustaría verle el rostro.

—Tendréis que aceptarla de inmediato, mi señor —dijo Walder Ríos—. De lo contrario, la oferta de mi padre no seguirá en pie.

—Mi hermano es un soldado, y por tanto, brusco, pero dice la verdad. —Lothar *el Cojo* abrió las manos—. Mi señor padre desea que este matrimonio tenga lugar de inmediato.

—¿De inmediato? —La voz de Edmure reflejaba tal grado de frustración que a Catelyn se le pasó por la cabeza que tal vez había pensado en romper el compromiso después de las batallas.

—¿Acaso ha olvidado Lord Walder que estamos en mitad de una guerra? —preguntó en tono imperioso Brynden *el Pez Negro*.

—Desde luego que no —respondió Lothar—. Precisamente por eso insiste en que el matrimonio se celebre ya, Ser. En las guerras mueren hombres, incluso aquellos jóvenes y fuertes. ¿Qué sería de nuestra alianza si Lord Edmure perdiera la vida antes de tomar como esposa a Roslin? Además, hay que tener en cuenta la edad de mi padre. Ya pasa de los noventa años; es poco probable que vaya a ver el final de esta contienda. Su noble corazón descansaría más tranquilo si viera a su querida Roslin felizmente casada antes de que los dioses se lo lleven. Así moriría sabiendo que la chiquilla tiene un marido fuerte que la amará y la protegerá.

«Todos queremos que Lord Walder muera feliz.» Catelyn se sentía cada vez más incómoda con aquel acuerdo.

—Mi hermano acaba de perder a su padre. Necesita algo de tiempo para llorarlo.

—Roslin es una muchachita muy alegre —apuntó Lothar—. Puede que sea lo que Lord Edmure necesita para superar su dolor.

—Además, a mi abuelo ya no le gustan los noviazgos largos —añadió Walder Ríos—. Quién sabe por qué.

—He entendido la alusión, Ríos. —Robb le lanzó una mirada gélida—. Os rogamos que nos dejéis a solas.

—Como Su Alteza ordene. —Lothar *el Cojo* se levantó, y su hermano bastardo lo ayudó a salir de la estancia, caminando con dificultad.

—Han venido a decir que mi palabra no tiene ningún valor. —Edmure estaba echando humo—. ¿Por qué voy a permitir que ese viejo me elija esposa? Lord Walder tiene otras hijas, aparte de la tal Roslin. Y también muchas nietas. Tendría que haberme dado a elegir, como a ti. Soy su señor; debería estar exultante y agradecido de que esté dispuesto a casarme con cualquiera de ellas.

—Tiene mucho orgullo, y ahí es donde lo hemos herido —apuntó Catelyn.

—¡Los Otros se lleven su orgullo! No permitiré que me humillen en mi propio castillo. Me niego a este matrimonio.

—No te daré órdenes en un asunto así. —Robb lo miraba, fatigado—. Pero si te niegas, Lord Frey lo tomará como otra afrenta, y perderemos cualquier

esperanza de conseguir su apoyo.

—Eso no lo sabes —se empecinó Edmure—. Desde el día en que nací, Frey ha estado empeñado en casarme con una de sus hijas. No va a permitir que esta oportunidad se le escape de las manos. Cuando Lothar le lleve nuestra respuesta, volverá con sus zalamerías y aceptará un compromiso más largo... con la hija que decida yo.

—Puede que sí, con el tiempo —intervino Brynden *el Pez Negro*—. La cuestión es: ¿podemos esperar mientras Lothar va y viene con ofertas y contraofertas?

—He de volver al norte. —Robb tenía los puños apretados—. Han matado a mis hermanos; han quemado Invernalia, han pasado por la espada a mis sirvientes... Sólo los dioses saben qué pretende ese bastardo de Bolton, o si Theon sigue vivo para causar más daño. No me puedo quedar aquí sentado a la espera de una boda que no se sabe si tendrá lugar.

—Debe tener lugar —dijo Catelyn de mala gana—. Me apetece tan poco como a ti soportar los insultos y las quejas de Walder Frey, hermano, pero no veo muchas más opciones. Sin ese matrimonio, la causa de Robb está perdida. Tenemos que aceptar, Edmure.

—¿Tenemos? —repitió él en imitación burlona—. No te he visto ofrecerte como novena Lady Frey, Cat.

—Que yo sepa, la octava Lady Frey sigue viva y goza de buena salud —replicó.

«Por suerte.» De lo contrario, conociendo a Lord Walder, la situación podría haber llevado a algo semejante.

—Sobrino —intervino el Pez Negro—, soy el último hombre de los Siete Reinos con derecho a decirle a nadie con quién se tiene que casar. De todos modos, te recuerdo que dijiste que querrías hacer algo en reparación por tu batalla de los Vados.

—Estaba pensando en otro tipo de reparación. Batirme en combate singular con el Matarreyes. Una penitencia de siete años como hermano mendicante. Cruzar a nado el mar del Ocaso con las piernas atadas. —Al ver que ninguno de los presentes sonreía, Edmure levantó las manos—. ¡Los otros se os lleven a todos! Vale, vale, me casaré con esa moza. A modo de reparación. Vaya reparación.

DAVOS

Lord Alester alzó la vista de repente.

—Voces —dijo—. ¿Oyes, Davos? Alguien viene a por nosotros.

—Es Lamprea —dijo Davos—. Ya es la hora de la cena, o casi.

La noche anterior, Lamprea les había llevado media empanada de carne y panceta, junto con una jarra de hidromiel. Sólo con recordarlo le volvían a rugir las tripas.

—No, es más de una persona.

«Tiene razón.» Davos oía al menos dos voces y varias pisadas, que se acercaban cada vez más. Se puso en pie y se acercó a los barrotes. Lord Alester se sacudió la paja de la ropa.

—El Rey envía a buscarme. O puede que haya sido la Reina. Sí; Selyse no permitiría que me pudriera aquí; soy de su misma sangre.

Lamprea apareció al otro lado de los barrotes con un aro de llaves en la mano. Ser Axell Florent y cuatro guardias lo seguían de cerca. Aguardaron bajo la antorcha mientras Lamprea buscaba la llave de la puerta.

—Axell —llamó Lord Alester—. Loados sean los dioses, ¿quién envía a buscarme, el Rey o la Reina?

—A ti nadie te viene a buscar, traidor —dijo Ser Axell.

Lord Alester retrocedió como si le hubieran dado una bofetada.

—No, te lo juro, no he cometido ninguna traición. ¿Por qué nadie me escucha? Si Su Alteza me permitiera explicarle...

Lamprea metió en la cerradura una gran llave de hierro, la giró y abrió la celda. Las bisagras oxidadas protestaron con un chirrido.

—Vamos —le dijo a Davos.

—¿Adónde? —Davos miró a Ser Axell—. Decidme la verdad, Ser, ¿pensáis quemarme?

—Me han enviado a buscaros. ¿Podéis caminar?

—Puedo caminar.

Davos salió de la celda. Lord Alester dejó escapar un grito de consternación cuando Lamprea volvió a cerrar la puerta.

—Coge la antorcha —le ordenó Ser Axell al carcelero—. Deja a oscuras al traidor.

—¡No! —gritó su hermano—. No, por favor, Axell, no te lleves la luz... Que los dioses se apiaden de mí...

—¿Los dioses? Sólo existen R'hllor y el Otro. —Ser Axell hizo un gesto brusco, y uno de los guardias cogió la antorcha de la argolla y abrió el camino hacia la escalera.

—¿Me lleváis ante Melisandre? —preguntó Davos.

—Estará presente —replicó Ser Axell—. No se aleja nunca del Rey. Pero es Su Alteza quien quiere veros.

Davos se llevó la mano al pecho, a donde había llevado colgado de un cordel un saquito de cuero con su suerte. Ya no la tenía, recordó, y tampoco las falanges de cuatro dedos. Pero sus manos aún eran suficientemente largas como para rodear el cuello de una mujer, sobre todo un cuello tan esbelto como el de la mujer roja.

Ascendieron en fila por la escalera de caracol. Los muros eran de piedra basta y estaban fríos. La luz de las antorchas los precedía, y sus sombras los escoltaban por las paredes. En el tercer giro pasaron junto a una puerta de hierro que daba a la oscuridad, y junto a otra al quinto giro. Davos imaginó que ya estarían cerca del nivel del mar, quizá incluso por encima. La siguiente puerta que vieron era de madera, pero siguieron subiendo. Allí, en las paredes había aspilleras para disparar flechas, pero ningún haz de luz penetraba a través de la gruesa piedra. En el exterior era de noche.

A Davos le dolían ya las piernas cuando Ser Axell abrió una gruesa puerta y le hizo un gesto para que pasara. Al otro lado, un puente de piedra elevado surcaba el vacío como un arco hasta la gigantesca torre central que todos llamaban el Tambor de Piedra. Un viento marino soplaba inquieto entre los arbotantes sobre los que descansaba el tejado; mientras cruzaban, a Davos le llegó el olor a mar. Respiró hondo para llenarse los pulmones de aire fresco y limpio.

«Viento y agua, dadme fuerzas», rezó. Abajo, en el patio, ardía una gran hoguera para mantener a raya a los terrores que poblaban la noche, y los hombres de la Reina se habían reunido en torno a ella para cantar alabanzas a su nuevo dios rojo.

Estaban en el centro del puente cuando Ser Axell se detuvo de repente. Hizo un gesto brusco con la mano, y sus hombres retrocedieron hasta que ya no pudieron oírle.

—Si por mí fuera, os quemaría con mi hermano Alester —le dijo a Davos—. Los dos sois unos traidores.

—Podéis pensar lo que queráis. Jamás traicionaría al rey Stannis.

—Lo haríais. Lo haréis. Lo veo en vuestra cara, y también lo he visto en las llamas. R'hllor me ha bendecido con ese don. Me muestra el futuro en el fuego, al igual que a Lady Melisandre. Stannis Baratheon ocupará el Trono de Hierro, lo he visto. Y sé qué hay que hacer. Su Alteza debe nombrarme Mano en lugar de mi hermano traidor. Eso es lo que le diréis.

«¿De verdad?» Davos no respondió.

—La Reina pide mi nombramiento, y que sea cuanto antes —siguió Ser Axell—. Hasta vuestro viejo amigo de Lys, el pirata Saan, está de acuerdo. Hemos hecho planes juntos, pero Su Alteza no se decide. La derrota lo devora por dentro; es como si tuviera un gusano negro en el alma. De nosotros, de los

que lo queremos, depende mostrarle qué debe hacer. Si sois tan fiel a su causa como decís, uniréis vuestra voz a la nuestra, contrabandista. Le diréis que soy la Mano que necesita. Eso le diréis, y cuando embarquemos, me encargaré de que estéis al mando de un nuevo barco.

«Un barco.» Davos le escudriñó el rostro. Ser Axell tenía las orejas grandes de los Florent, parecidas a las de la Reina. De ellas nacían gruesos pelos, igual que de las fosas nasales, así como le asomaban mechones de vello debajo de la papada. La nariz era ancha; el ceño, prominente, y la mirada de aquellos ojos juntos era hostil. «Antes me arrojaría a la pira que darme un barco, eso está claro, pero si le hago este favor...»

—Por si se os pasa por la cabeza traicionarme —le avisó Ser Axell—, recordad que he sido castellano de Rocadragón durante mucho tiempo. La guarnición me es leal. Quizá no pueda quemaros sin permiso del Rey, pero podríais sufrir una caída. —Puso una mano carnosa en la nuca de Davos y le dio un empujón contra la baranda del puente, que sólo llegaba hasta la cintura, para obligarlo a mirar hacia abajo, al patio—. ¿Me habéis oído?

—Os he oído —respondió. «¿Y te atreves a decir que yo soy un traidor?»

—Muy bien. —Ser Axell lo soltó y sonrió—. Su Alteza está esperando. Será mejor que no lo impacientemos.

En lo más alto del Tambor de Piedra, en la gran estancia redonda que todos llamaban Cámara de la Mesa Pintada, encontraron a Stannis Baratheon de pie tras el mueble que daba su nombre a la estancia: una gigantesca tabla de madera pintada y tallada con la forma de Poniente, tal como había sido en tiempos de Aegon *el Conquistador*. Junto al rey había un brasero de hierro con carbones que brillaban entre rojos y anaranjados. Cuatro ventanas altas y puntiagudas daban al norte, al sur, al este y al oeste. Al otro lado se veía el cielo estrellado de la noche. A oídos de Davos llegó el sonido del viento y, más distante, el del mar.

—Alteza —saludó Ser Axell—, os he traído al Caballero de la Cebolla, como habéis ordenado.

—Ya lo veo.

Stannis llevaba una túnica de lana gris, un manto color rojo oscuro y un sencillo cinturón de cuero negro del que le colgaban la espada y la daga. Se ceñía la frente con una corona de oro rojo con puntas en forma de llamas. Verlo fue toda una conmoción. Parecía diez años más viejo que el hombre que Davos había dejado en Bastión de Tormentas, cuando puso rumbo hacia el Aguasnegras y hacia la batalla que sería su perdición. La barba recortada del Rey era una telaraña blanca y negra, y había perdido al menos una arroba. No había sido nunca corpulento, pero en aquel momento, los huesos se le movían bajo la piel como lanzas que lucharan por liberarse. Hasta la corona parecía demasiado grande. Sus ojos eran pozos azules perdidos en profundas hondonadas, y bajo la piel del rostro se adivinaba la forma del cráneo.

Aun así, una tenue sonrisa le pasó por los labios al ver a Davos.

—De modo que el mar me devuelve a mi caballero de los peces y las cebollas.

—Así es, Alteza.

«¿Sabrá que me tenía encerrado en la mazmorra?» Davos se dejó caer sobre una rodilla.

—Levantaos, Ser Davos —ordenó Stannis—. Os he echado de menos. Necesito buenos consejos, y vos siempre me los habéis dado. Decidme, pues, ¿con qué se castiga la traición?

La palabra quedó flotando en el aire. «Una palabra aterradora —pensó Davos. ¿Le estaba pidiendo que condenara a su compañero de celda? ¿O tal vez a sí mismo?—. Los reyes saben mejor que nadie con qué se castiga la traición.»

—¿Traición? —consiguió decir al final con voz débil.

—¿De qué otra manera llamaríais a renegar del Rey y tratar de robarle el trono que le corresponde por derecho? Os lo pregunto de nuevo. Según la ley, ¿con qué se castiga la traición?

—Con la muerte. —No tuvo más remedio que responder Davos—. Se castiga con la muerte, Alteza.

—Siempre ha sido así. No soy... no soy un hombre cruel, Ser Davos. Vos me conocéis. Me conocéis desde hace mucho. No es un decreto mío, siempre ha sido así, desde antes de los tiempos de Aegon. Daemon Fuegoscuro, los hermanos Toyne, el Rey Buitre, el Gran Maestre Hareth... los traidores siempre han pagado el crimen con sus vidas... Incluso Rhaenyra Targaryen. Era hija de un rey y madre de otros dos, pero murió por traidora cuando trató de usurpar la corona de su hermano. Es la ley. La ley, Davos. No es crueldad.

—Sí, Alteza. —«No está hablando de mí.» Durante un momento, Davos sintió pena por su compañero de celda, envuelto ya en la oscuridad. Sabía que debería callar, pero estaba cansado y harto de todo—. Señor, Lord Florent no pretendía traicionaros —se oyó decir.

—¿Es que los contrabandistas llamáis a la traición de otra manera? Lo nombré Mano, y él habría vendido mis derechos por un cuenco de guisantes. Hasta pensaba entregarles a Shireen. ¡Quería casar a mi única hija con un bastardo fruto de un incesto! —La cólera hacía enronquecer al Rey—. Mi hermano tenía el don de inspirar lealtad. Sí, hasta en sus enemigos. En Refugio Estival ganó tres batallas en un día, y se trajo a Bastión de Tormentas a los señores Grandison y Cafferen como prisioneros. Colgó sus estandartes como trofeos en la sala principal; los cervatillos blancos de Cafferen estaban salpicados de sangre, y el león dormido de Grandison estaba desgarrado y casi partido en dos. Pero se sentaron bajo esos estandartes toda una noche para beber y comer con Robert. ¡Hasta se los llevó a cazar! «Estos hombres pretendían entregarte a Aerys para que te quemara vivo», le dije cuando los vi lanzando hachas en el patio. «No deberías ponerles armas en las manos.» Robert se me rió en la cara. Yo habría encerrado a Grandison y a Cafferen en una mazmorra; él, en cambio, los convirtió en amigos. Lord Cafferen murió en

el castillo de Vado Ceniza luchando por Robert; lo mató Randyll Tarly. Lord Grandison recibió tales heridas en el Tridente que murió un año después. Mi hermano consiguió que lo quisieran, pero al parecer, yo sólo inspiro traición. Hasta en los de mi sangre, hasta en mi familia. Hermano, abuelo, primos, tío político...

—Alteza —interrumpió Ser Axell—, os lo suplico, dadme ocasión de demostraros que no todos los Florent somos así de débiles.

—Ser Axell quiere que reanude la guerra —dijo el rey Stannis a Davos—. Los Lannister creen que estoy derrotado y acabado; casi todos mis señores vasallos me han abandonado. El propio Lord Estermont, el padre de mi esposa, ha doblado la rodilla ante Joffrey. Los pocos hombres leales que me quedan se están desalentando. Pasan los días bebiendo y jugando, lamiéndose las heridas como cachorros apaleados.

—La batalla volverá a encender el fuego en sus corazones, Alteza —dijo Ser Axell—. La derrota es una enfermedad que se cura con una victoria.

—Una victoria. —El Rey frunció los labios—. Hay victorias y victorias, Ser. Contad vuestro plan a Ser Davos. Quiero saber qué opina de vuestra propuesta.

Ser Axell se volvió hacia Davos con una expresión en el rostro que debía de ser muy semejante a la que puso el orgulloso Lord Belgrave el día que el rey Baelor *el Santo* le ordenó lavar los pies llagados a un mendigo. Aun así, obedeció.

El plan que Ser Axell había trazado con Salladhor Saan era sencillo. A pocas horas de navegación de Rocadragón se encontraba Isla Zarpa, antiguo asentamiento marino de la Casa Celtigar. Lord Ardrian Celtigar había luchado en el Aguasnegras bajo el estandarte del Corazón Llameante, pero cayó prisionero y no tardó en pasarse al bando de Joffrey. Desde entonces había permanecido en Desembarco del Rey.

—Sin duda teme la ira de Su Alteza y no se atreve a estar cerca de Rocadragón —declaró Ser Axell—. Y hace bien. Ha traicionado a su legítimo rey.

Ser Axell proponía utilizar la flota de Salladhor Saan y a los hombres que habían escapado del Aguasnegras. Stannis todavía tenía unos mil quinientos en Rocadragón, más de la mitad de ellos soldados de los Florent, para castigar la deserción de Lord Celtigar. Isla Zarpa contaba con una guarnición ligera y se decía que su castillo estaba abarrotado de alfombras myrienses, cristalerías volantinas, vajillas de oro y plata, copas enjoyadas, magníficos halcones, un hacha de acero valyrio, un cuerno capaz de invocar monstruos marinos de las profundidades, cofres de rubíes y más vinos de los que nadie podría beber en cien años. Aunque Celtigar se mostraba tacaño ante el resto del mundo, para su comodidad no reparaba en gastos.

—Propongo que quememos su castillo y pasemos a su gente por la espada —concluyó Ser Axell—. Convirtamos Isla Zarpa en una desolación de cenizas y huesos donde sólo vivan las aves carroñeras; así todo el reino verá qué destino

aguarda a los que se acuestan con los Lannister.

Stannis escuchó la explicación en silencio mientras movía la mandíbula de un lado a otro.

—Creo que es factible —dijo cuando Ser Axell terminó su exposición—. Hay pocos riesgos. Joffrey no tendrá ningún poder en el mar hasta que Lord Redwyne zarpe del Rejo. El saqueo serviría para garantizar durante un tiempo la lealtad de ese pirata lyseno, Salladhor Saan. Por sí sola, Isla Zarpa no vale nada, pero su caída serviría para decirle a Lord Tywin que mi causa no está perdida. —El Rey se volvió hacia Davos—. Decid la verdad, Ser, ¿qué pensáis de la propuesta de Ser Axell?

«Decid la verdad, Ser.» Davos recordó la celda oscura que había compartido con Lord Alester; recordó a Lamprea y a Gachas. Pensó en lo que le había prometido Ser Axell en el puente que cruzaba sobre el patio. «¿Qué quiero, un barco o un empujón?» Pero era Stannis quien se lo preguntaba.

—Alteza —empezó—, me parece una locura. Sí, y una cobardía.

—¿Cobardía? —casi gritó Ser Axell—. ¡Nadie me llama cobarde delante de mi rey!

—Silencio —ordenó Stannis—. Seguid, Ser Davos, quiero oír vuestras razones.

—Decís que tenemos que mostrar al reino que no estamos acabados —dijo Davos, dándose la vuelta para quedar cara a cara con Ser Axell—. Que tenemos que atacar, hacer la guerra, sí... pero ¿contra qué enemigo? En Isla Zarpa no encontraréis a ningún Lannister.

—Pero encontraremos a muchos traidores —replicó Ser Axell—. Aunque a lo mejor hay alguno más cerca. En esta misma habitación.

—No dudo —siguió Davos sin hacer caso de la pulla— de que Lord Celtigar doblara la rodilla ante el joven Joffrey. Es un viejo sin esperanzas; no quiere más que acabar sus días en su castillo, bebiéndose sus buenos vinos en sus copas de piedras preciosas. —Se volvió hacia Stannis—. Pero acudió cuando lo llamasteis, señor. Vino con sus barcos y sus espadas. Estuvo a vuestro lado en Bastión de Tormentas cuando Lord Renly cayó sobre nosotros, y sus barcos subieron por el Aguasnegras. Sus hombres lucharon por vos, mataron por vos y ardieron por vos. Isla Zarpa está mal defendida, sí. La defienden mujeres, niños y ancianos. Y eso, ¿por qué? Porque sus esposos, padres e hijos murieron en el Aguasnegras, por eso. Murieron en los remos o empuñando las espadas mientras luchaban bajo nuestros estandartes. Y Ser Axell propone que arrasemos los hogares que dejaron atrás, que violemos a sus viudas y pasemos a sus hijos por la espada. Esos súbditos no son traidores...

—Son traidores —insistió Ser Axell—. No todos los hombres de Celtigar murieron en el Aguasnegras. Cientos de ellos cayeron prisioneros junto con su señor y doblaron la rodilla cuando él lo hizo.

—Cuando él lo hizo —repitió Davos—. Eran sus hombres; le fueron leales. No tenían elección.

—Siempre se puede elegir. Pudieron negarse a arrodillarse. Fue lo que hicieron algunos, y murieron. Pero murieron leales y con dignidad.

—Algunos hombres son más fuertes que otros.

Era una respuesta poco convincente; Davos lo sabía bien. Stannis Baratheon tenía una voluntad de hierro. No comprendía ni perdonaba la debilidad en los demás.

«Estoy perdiendo», pensó desesperado.

—Todo hombre tiene el deber de permanecer leal a su legítimo rey, aunque el señor al que sirve lo traicione —declaró Stannis en un tono que no admitía discusión.

Una insensatez desesperada se apoderó de Davos, una imprudencia cercana a la locura.

—¿Cómo vos permanecisteis leal al rey Aerys cuando vuestro hermano alzó sus estandartes? —soltó con brusquedad.

Se hizo un silencio tenso.

—¡Traición! —gritó Ser Axell al tiempo que desenvainaba la daga—. ¡Alteza, se atreve a deciros semejantes infamias a la cara!

Davos oyó cómo Stannis rechinaba los dientes. En la frente del Rey palpitaba una vena azul, hinchada. Sus ojos se encontraron.

—Guardad el cuchillo, Ser Axell. Dejadnos a solas.

—Si Su Alteza desea...

—Deseo que nos dejéis a solas —repitió Stannis—. Salid de mi presencia y decidle a Melisandre que venga.

—Como ordenéis. —Ser Axell guardó el cuchillo, hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta. Sus pisadas resonaban furiosas contra el suelo.

—Siempre os habéis aprovechado de mi templanza —advirtió Stannis a Davos cuando estuvieron a solas—. Os puedo cortar la lengua con la misma facilidad con la que os corté los dedos, contrabandista.

—Mi vida es vuestra, Alteza. Mi lengua también; podéis hacer con ella lo que queráis.

—Así es —dijo, ya más tranquilo—, y lo que quiero es que me sigáis diciendo la verdad. Aunque a veces sea un trago amargo. ¿Aerys, decís? Ojalá supierais... Fue una decisión muy difícil. Mi sangre o mi señor. Mi hermano o mi rey. —Hizo una mueca—. ¿Habéis visto alguna vez el Trono de Hierro? Hay púas en el respaldo y, por todos lados, fragmentos de acero retorcido y puntas serradas de espadas y cuchillos, todo mezclado y fundido. No es una silla cómoda, Ser. Aerys se cortó tantas veces que empezaron a llamarlo el Rey Costra. Allí mismo fue donde asesinaron a Maegor *el Cruel*. A decir de algunos, nadie que se siente en ese trono descansa tranquilo. A veces me pregunto por qué lo desearon tanto mis hermanos.

—Entonces, ¿por qué lo queréis vos? —le preguntó Davos.

—No se trata de que lo quiera o no. El trono me corresponde como heredero de Robert. Es la ley. Después de mí deberá pasar a mi hija, a menos

que Selyse me dé por fin un hijo varón. —Pasó tres dedos por la superficie de la mesa, por las capas de barniz suave y duro oscurecido por los años—. Soy el Rey. No tiene nada que ver con lo que quiera. Tengo un deber para con mi hija. Para con el reino. Hasta para con Robert. No me tenía ningún cariño, lo sé, pero era mi hermano. La Lannister le puso los cuernos y lo convirtió en un bufón. Puede que hasta lo matara, igual que mató a Jon Arryn y a Ned Stark. Esos crímenes claman justicia, empezando por Cersei y sus abominaciones. Pero eso es sólo el principio. Estoy decidido a limpiar esa corte, como debió hacer Robert después del Tridente. En cierta ocasión, Ser Barristan me dijo que toda la podredumbre del reinado de Aerys empezó con Varys. No se debería haber perdonado nunca a ese eunuco. Igual que al Matarreyes. Como mínimo, Robert tendría que haberle quitado la capa blanca y enviado al Muro, como le aconsejaba con insistencia Lord Stark. Pero le hizo caso a Jon Arryn. Yo estaba en Bastión de Tormentas, sometido a asedio; nadie me consultó. —Se volvió bruscamente y clavó en Davos una mirada dura—. Decidme la verdad: ¿por qué queríais matar a Lady Melisandre?

«Así que lo sabe.» Davos no le podía mentir.

—Cuatro de mis hijos ardieron en el Aguasnegras. Ella los entregó a las llamas.

—La juzgáis mal. Aquel fuego no fue obra suya. Maldecid al Gnomo, a los piromantes, a ese imbécil de Florent, que llevó mi flota a las fauces de la trampa... O maldecidme a mí por mi orgullo y mi obstinación, por apartarla de mi lado cuando más la necesitaba. Pero no a Melisandre. Sigue siendo mi más fiel servidora.

—El maestre Cressen era vuestro fiel servidor, y ella lo mató, igual que mató a Ser Cortnay Penrose y a vuestro hermano Renly.

—Ahora el que habla como un bufón sois vos —protestó el Rey—. Melisandre vio el final de Renly en las llamas, sí, pero tuvo tan poco que ver con aquello como yo. La sacerdotisa estaba conmigo; vuestro hijo Devan os lo puede confirmar. Si dudáis de mi palabra, preguntadle a él. Si hubiera dependido de ella, Renly aún estaría con vida. Fue Melisandre quien me aconsejó con insistencia que me reuniera con él y le diera una última oportunidad de retractarse de su traición. También fue ella quien me dijo que mandara a buscaros, cuando lo que quería Ser Axell era entregaros a R'hllor. —Esbozó una sonrisa—. ¿No os sorprende?

—Sí. Sabe muy bien que no soy amigo suyo ni de su dios rojo.

—Pero sois amigo mío; eso también lo sabe. —Hizo un gesto a Davos para que se acercara más—. El chico está enfermo; el maestre Pylos lo ha estado sangrando.

—¿El chico? —Sus pensamientos volaron hacia Devan, el escudero del Rey—. ¿Habláis de mi hijo, señor?

—¿De Devan? Buen muchacho, se os parece mucho. No, el que está enfermo es el bastardo de Robert, el muchacho que nos llevamos de Bastión de

Tormentas.

«Edric Tormenta.»

—Hablé con él en el Jardín de Aegon.

—Como ella quería. Como ella previó. —Stannis dejó escapar un suspiro—. ¿Os conquistó el muchacho? Es un don que tiene. Lo heredó de su padre y lo lleva en la sangre. Sabe que es hijo de un rey, pero prefiere olvidar que es bastardo. Y adora a Robert, igual que lo adoraba Renly cuando era pequeño. Mi regio hermano jugaba a hacer de padre amantísimo en sus visitas a Bastión de Tormentas; además estaban los regalos: espadas, ponis, capas ribeteadas en piel... Todo era cosa del eunuco. El chiquillo escribía mensajes de agradecimiento a la Fortaleza Roja, y Robert se reía y preguntaba a Varys qué le había enviado ese año. Renly era igual. Dejó la educación del crío en manos de castellanos y maestres, y él los conquistó a todos. Penrose prefirió morir a entregarlo. —El Rey rechinó los dientes—. Aún me pongo furioso cuando me acuerdo. ¿Cómo se le pudo ocurrir que haría daño a ese niño? Elegí a Robert, ¿o no? Cuando llegó el momento duro de la decisión, elegí la sangre por encima del honor.

«Ya no llama al chico por su nombre.» Eso intranquilizaba a Davos.

—Espero que el joven Edric se recupere pronto.

—No es más que un resfriado. —Stannis hizo un gesto con la mano, como para disipar su preocupación—. Tiene tos, escalofríos y fiebre. El maestre Pylos lo curará enseguida. El chico en sí no es nada, como podéis entender, pero por sus venas fluye la sangre de mi hermano. Y ella dice que la sangre de un rey tiene poder.

Davos no tuvo que preguntar quién era «ella». Stannis puso una mano sobre la Mesa Pintada.

—Mirad esto, Caballero de la Cebolla. Mi reino, mi herencia. Mi Poniente. —La barrió con una mano—. Todo esto de los Siete Reinos es absurdo. Ya lo dijo Aegon hace trescientos años, cuando estaba donde estamos nosotros ahora mismo. Por orden suya pintaron esta mesa. Aquí reflejaron ríos y bahías, colinas y montañas, castillos, ciudades, aldeas, lagos, pantanos y bosques... pero ninguna frontera. Es todo una sola cosa. Un solo reino, sobre el que debe reinar un solo rey.

—Un solo rey —asintió Davos—. Un solo rey es la paz.

—Yo llevaré la justicia a Poniente. De la justicia, Ser Axell entiende tan poco como de la guerra. Con Isla Zarpa no ganaría nada... y, como vos habéis dicho, sería una canallada. Celtigar tiene que pagar el precio de la traición en su persona, y así será cuando yo reine. Todo hombre cosechará lo que haya sembrado, desde el más alto señor a la más ínfima rata de cloaca. Os garantizo que algunos perderán mucho más que las puntas de los dedos. Han hecho sangrar a mi reino; eso no lo voy a olvidar. —El rey Stannis se apartó de la mesa—. Arrodillaos, Caballero de la Cebolla.

—¿Alteza?

—Hace tiempo, por vuestras cebollas y vuestros peces os nombré caballero. Por esto os voy a elevar al rango de señor.

«¿Por esto?» Davos no entendía nada.

—Estoy más que satisfecho con ser caballero a vuestras órdenes, Alteza. No sabría comportarme como un señor.

—Mejor. El comportamiento de los señores es falso. Lo he aprendido por las malas. Arrodillaos de una vez; vuestro rey lo ordena.

Davos se arrodilló y Stannis desenvainó la espada larga. Era *Portadora de Luz*, ese nombre le había puesto Melisandre; la *Espada Roja de los Héroes*, forjada en los fuegos en los que se habían consumido los siete dioses. La estancia pareció iluminarse cuando la hoja salió de su funda. El acero tenía un brillo propio y cambiante, ora anaranjado, ora amarillo, ora rojo. El aire tremolaba a su alrededor, y jamás una piedra preciosa había tenido tanto brillo. Pero cuando Stannis tocó con ella el hombro de Davos, el tacto fue igual que el de otra espada cualquiera.

—Ser Davos de la Casa Seaworth —dijo el Rey—, ¿seréis mi vasallo leal ahora y por siempre?

—Lo seré, mi señor.

—¿Juráis servirme con lealtad hasta el fin de vuestros días, aconsejarme sinceramente, obedecerme con presteza, defender mis derechos y mi reino contra todos los enemigos en batallas grandes y pequeñas, proteger a mi pueblo y castigar a mis enemigos?

—Lo juro, Alteza.

—Si así es levantaos, Davos Seaworth, y levantaos como señor de La Selva, Almirante del mar Angosto y Mano del Rey.

Durante un momento, Davos se quedó tan conmocionado que no pudo ni moverse. «Esta mañana me he despertado en sus mazmorras.»

—Alteza, no es posible... No estoy preparado para ser Mano de un rey.

—No hay nadie más preparado. —Stannis envainó la *Portadora de Luz*, tendió la mano a Davos y lo ayudó a ponerse en pie.

—Soy un plebeyo —le recordó Davos—. Soy un contrabandista que ha subido demasiado alto. Vuestros señores no me obedecerán nunca.

—En ese caso, nombraremos nuevos señores.

—Pero... no sé leer... ni escribir...

—El maestre Pylos os leerá lo que os haga falta. En cuanto a lo de escribir, mi anterior Mano escribió la carta que le va a costar la cabeza. Lo único que os pido es lo que me habéis dado siempre. Sinceridad. Lealtad. Servicio.

—Tiene que haber alguien más adecuado... algún gran señor.

—¿Bar Emmon, ese crío, por ejemplo? —Stannis soltó un bufido—. ¿Mi desleal abuelo? Celtigar me ha abandonado, el nuevo Velaryon tiene seis años y el nuevo Sunglass embarcó rumbo a Volantis cuando quemé a su hermano. —Hizo un gesto airado—. Aún me quedan algunos hombres decentes, sí. Ser Gilbert Farring defiende para mí Bastión de Tormentas con doscientos leales.

Lord Morrigen, el Bastardo de Canto Nocturno, el joven Chyttering, mi primo Andrew... Pero no confío en ninguno de ellos tanto como en vos, mi señor de La Selva. Seréis mi Mano. Es a vos a quien quiero tener al lado en la batalla.

«Otra batalla será nuestro fin —pensó Davos—. En eso, Lord Alester estaba en lo cierto.»

—Me habéis pedido un consejo sincero. Entonces, con toda sinceridad os diré... que no tenemos fuerzas suficientes para emprender otra batalla contra los Lannister.

—Su Alteza se refiere a la gran batalla —dijo una voz de mujer con marcado acento oriental. Melisandre estaba en la puerta, con sus sedas rojas y sus satenes brillantes. Llevaba en la mano una bandeja de plata tapada—. Estas guerras sin importancia no son más que riñas de críos antes de lo que se avecina. Las fuerzas de aquel cuyo nombre no debe pronunciarse están tomando posiciones, Davos Seaworth, y son malévolas y poderosas hasta límites inimaginables. Pronto llegará el frío y la noche que no acaba jamás. —Puso la bandeja de plata sobre la Mesa Pintada—. A menos que los hombres buenos tengan el valor de combatirlas. Hombres cuyos corazones sean de fuego.

—Melisandre me lo ha mostrado, Lord Davos —dijo Stannis, contemplando la bandeja de plata—. En las llamas.

—¿Lo visteis vos, señor? —No habría sido propio de Stannis Baratheon mentir en un asunto semejante.

—Con mis propios ojos. Después de la batalla, cuando me había dejado llevar por la desesperación, Lady Melisandre me pidió que mirara el fuego. La chimenea tenía buen tiro, y de las llamas se elevaban cenizas. Me quedé mirándolas, aunque me sentía como un idiota, pero ella me pidió que mirara más al fondo y... las cenizas eran blancas, el aire caliente las levantaba, pero de repente pareció como si estuvieran cayendo. Pensé que era como la nieve. Luego las chispas del aire parecieron formar un círculo y convertirse en un cerco de antorchas, y me encontré viendo a través del fuego, como si mirara desde arriba, una colina en medio de un bosque. Las pavesas se habían convertido en hombres de negro, detrás de las antorchas, y en medio de la nieve había sombras que se movían. Pese al calor del fuego sentí un frío tan espantoso que me estremecí. Entonces, la visión desapareció y el fuego volvió a ser un simple fuego. Pero lo que vi era real; me jugaría mi reino.

—Ya lo habéis hecho —dijo Melisandre.

La seguridad con que hablaba el Rey resultaba aterradora para Davos.

—Una colina en un bosque... Sombras en la nieve... No sé...

—Significa que la batalla ya ha empezado —dijo Melisandre—. La arena del reloj cae ahora más deprisa; casi ha llegado la hora final del hombre sobre la tierra. Debemos actuar con osadía o no habrá esperanza. Poniente debe unirse bajo el mando de su verdadero rey, el príncipe que nos fue prometido, el Señor de Rocadragón y elegido de R'hllor.

—Las elecciones de R'hllor son extrañas. —El Rey hizo una mueca, como si hubiera probado algo desagradable—. ¿Por qué yo y no mis hermanos? Renly y su melocotón... En mis sueños veo cómo le corre el jugo por la boca y la sangre por la garganta. Si hubiera cumplido con su deber como hermano, habríamos aplastado a Lord Tywin. Una victoria de la que hasta Robert habría estado orgulloso. Robert... —Rechinó los dientes de un lado al otro—. También sueño con él. Lo veo riendo, bebiendo y fanfarroneando. Eran las cosas que mejor se le daban. Bueno, también pelear. Nunca lo pude superar en nada. El Señor de la Luz tendría que haber elegido como campeón a Robert. ¿Por qué a mí?

—Porque sois un hombre justo —dijo Melisandre.

—Un hombre justo. —Stannis tocó con un dedo la bandeja de plata tapada—. Con sanguijuelas.

—Sí —dijo Melisandre—, pero tengo que deciros una vez más que no es así como debe hacerse.

—Me jurasteis que funcionaría. —El Rey se enfureció.

—Funcionará... y no funcionará.

—¿Cuál de las dos cosas?

—Las dos.

—Decidme algo que tenga sentido, mujer.

—Cuando las llamas hablen con más claridad, también lo haré yo. En el fuego hay verdad, pero no siempre es fácil de ver. —El gran rubí de su garganta parecía absorber el fuego del brasero—. Entregadme al muchacho, Alteza. Es la manera más segura. La mejor. Entregadme al muchacho, y yo despertaré al dragón de piedra.

—Os he dicho que no.

—No es más que un bastardo; ¿qué vale su vida comparada con la de todos los niños de Poniente? ¿Con la de todos los niños que podrían nacer en todos los reinos del mundo?

—El chico es inocente.

—El chico profanó vuestro lecho nupcial; de lo contrario, tendríais hijos varones. Os humilló.

—Eso lo hizo Robert, no el chico. Mi hija se ha encariñado con él; además, es de mi sangre.

—Es de la sangre de vuestro hermano —dijo Melisandre—. La sangre de un rey. Sólo la sangre de un rey puede despertar al dragón de piedra.

Stannis rechinó los dientes.

—No quiero oír una palabra más. No hay dragones. Los Targaryen trataron de devolverles la vida media docena de veces, y en todas las ocasiones hicieron el ridículo o acabaron muertos. Para ridículo, ya tenemos a Caramanchada en esta roca dejada de la mano de los dioses. Tenéis las sanguijuelas; empezad de una vez.

—Como ordene mi rey. —Melisandre inclinó la cabeza con gesto rígido.

Se metió la mano derecha en la manga izquierda y arrojó un puñado de

polvo al brasero. Los carbones rugieron. Mientras las llamas claras se retorcían sobre ellos, la mujer roja cogió la bandeja de plata y la puso ante el Rey. Davos la observó mientras levantaba la tapa. Debajo había tres sanguijuelas negras, grandes, hinchadas de sangre.

«Sangre del muchacho —supo al momento—. Sangre de rey.»

Stannis extendió una mano y cerró los dedos en torno a una de las sanguijuelas.

—Decid el nombre —ordenó Melisandre.

La sanguijuela se retorcía en la mano del Rey y trataba de pegarse a uno de los dedos.

—El usurpador —dijo—. Joffrey Baratheon.

Cuando tiró la sanguijuela al fuego, el animal se retorció como una hoja de otoño entre los carbones antes de arder. Stannis cogió la segunda.

—El usurpador —dijo, esta vez más alto—. Balon Greyjoy.

La tiró al brasero, donde la carne se abrió y chisporroteó. La sangre salió siseando humeante.

La última estaba en la mano del Rey. A aquélla la examinó un momento mientras se retorcía en sus dedos.

—El usurpador —dijo por fin—. Robb Stark.

También la tiró a las llamas.

JAIME

La sala de baños de Harrenhal estaba en penumbra y llena de vapor; era una estancia de techo bajo con grandes bañeras de piedra. Cuando llevaron allí a Jaime, se encontró a Brienne en una de ellas. Se estaba frotando el brazo casi con rabia.

—No tan fuerte, moza —le gritó—. Os vais a arrancar la piel a tiras.

Brienne soltó el cepillo y se tapó las tetas con unas manos tan grandes como las de Gregor Clegane. Los pequeños capullos puntiagudos que tanto trataba de ocultar habrían resultado más naturales en una niña de diez años que en su pecho fuerte y musculoso.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó con brusquedad.

—Lord Bolton se ha empeñado en que cenara con él, pero por desgracia no ha tenido la consideración de invitar a mis pulgas. —Jaime dio un tirón al guardia con la mano izquierda—. Ayúdame a quitarme estos harapos apestosos. —Con una mano ni siquiera podía desatarse los calzones. El hombre obedeció; de mala gana, pero obedeció—. Déjanos a solas —dijo Jaime cuando sus ropas estuvieron amontonadas en el húmedo suelo de piedra—. A mi señora de Tarth no le gusta que la gentuza como tú le mire las tetas. —Señaló con el muñón a la mujer de cara chupada que se ocupaba de Brienne—. Tú también. Esperad afuera. Sólo hay una puerta, y la moza abulta demasiado para escaparse por la chimenea.

Tenían el hábito de la obediencia muy arraigado. La mujer siguió al guardia a la salida, con lo que quedaron solos en la sala de baños. Las bañeras tenían capacidad suficiente para seis o siete personas, como correspondía a la costumbre de las Ciudades Libres, de manera que Jaime se metió en la de la moza, despacio y con torpeza. Tenía ambos ojos abiertos, aunque el derecho seguía algo hinchado a pesar de las sanguijuelas de Qyburn. Jaime se sentía como si tuviera cien años, es decir, mucho mejor que cuando había llegado a Harrenhal.

—Hay más bañeras —dijo Brienne, encogiéndose para apartarse de él.

—Me vale con ésta. —Se sumergió con cautela hasta la barbilla en el agua, que despedía vapor—. No temáis, moza. Os veo los muslos morados y verdosos, y lo que tenéis entre ellos no me interesa lo más mínimo. —Tuvo que apoyar el brazo derecho en el borde, ya que Qyburn le había dicho que no debía mojar los vendajes. Sintió cómo se le empezaba a aflojar la tensión de las piernas, pero la cabeza le daba vueltas—. Si me desmayo, sacadme de aquí. Ningún Lannister se ha ahogado jamás en la bañera, y no quiero ser el primero.

—¿Por qué me tendría que importar que murierais?

—Hicisteis un juramento solemne. —Sonrió al ver cómo se le ponía roja la gruesa columna blanca que era su cuello. La mujer le dio la espalda—. ¿Todavía en plan tímida doncella? ¿Creéis que tenéis algo que todavía no he visto?

Tanteó en busca del cepillo que ella había soltado, lo cogió con los dedos y empezó a frotarse con torpeza. Hasta aquello le resultaba difícil. «La mano izquierda no me sirve de nada.»

Aun así, el agua se fue enturbiando a medida que las costras de polvo se disolvían. La moza siguió de espaldas a él, con los músculos de los anchos hombros tensos y duros.

—¿Os molesta ver el muñón? —preguntó Jaime—. Deberíais estar contenta. He perdido la mano con la que maté al Rey. La mano que tiró de la torre al crío de los Stark. La mano que metía entre los muslos de mi hermana para que se le humedeciera la entrepierna. —Le agitó el muñón ante la cara—. Con vos guardándolo, no es de extrañar que Renly muriera.

La moza se puso en pie tan bruscamente como si la hubiera golpeado, e hizo que el agua salpicara fuera de la bañera. Jaime captó un atisbo del espeso vello rubio que crecía entre sus muslos mientras salía. Era mucho más peluda que su hermana. Por absurdo que fuera, sintió cómo se le levantaba la polla debajo del agua.

«Ahora sí que es evidente que llevo demasiado tiempo lejos de Cersei.» Preocupado por la respuesta de su cuerpo, apartó los ojos.

—Eso ha sido indigno de mí —murmuró—. Estoy tullido y amargado. Perdonad, moza. Me protegisteis tan bien como lo hubiera hecho cualquier hombre, mejor que muchos.

—¿Os burláis de mí? —Brienne se envolvió en una toalla.

—¿Acaso tenéis los sesos tan duros como la muralla de un castillo? —Jaime se había vuelto a enfadar—. Os estaba pidiendo disculpas. Estoy harto de pelear con vos. ¿Qué tal si firmamos una tregua?

—Para firmar una tregua es preciso tener confianza. ¿Queréis que confíe en...?

—En el Matarreyes, sí. En el perjuro que mató al pobrecito Aerys Targaryen. —Jaime soltó un bufido—. No me arrepiento de lo de Aerys, sino de lo de Robert. «He oído que te llaman Matarreyes. Que no se convierta en costumbre, ¿eh?», me dijo durante el banquete de su coronación. Y se reía. ¿Por qué a Robert nadie lo llamaba perjuro? Hizo sangrar el reino, pero el único que tiene un honor de mierda soy yo.

El agua corría por las piernas de Brienne y le formaba un charco bajo los pies.

—Todo lo que hizo Robert fue por amor.

—Todo lo que hizo Robert fue por orgullo, por un coño y por una cara bonita.

Cerró el puño... o lo habría cerrado, de haber tenido mano. El dolor lacerante le recorrió el brazo, cruel como una carcajada.

—Se alzó para salvar el reino —insistió la moza.

«Para salvar el reino.»

—¿Sabíais que mi hermano prendió fuego al Aguasnegras? El fuego valyrio puede arder en el agua. Aerys se podría haber bañado en él si hubiera querido. Los Targaryen se volvían locos por el fuego. —Le daba vueltas la cabeza. «Es por el calor que hace aquí, por el veneno que tengo en la sangre, por la fiebre. No soy yo mismo.» Se acomodó en el agua hasta que le llegó a la barbilla—. Manché mi capa blanca. Aquel día llevaba la armadura dorada... pero...

—¿La armadura dorada? —La voz de la mujer sonaba tenue, lejana. Jaime flotaba en sus recuerdos.

—Cuando los grifos danzarines perdieron la batalla de las Campanas, Aerys lo exilió. —«¿Por qué se lo estoy contando todo a esa cría fea?»—. Por fin había comprendido que Robert no era un simple señor rebelde al que podría aplastar cuando quisiera, sino la peor amenaza a la que se había enfrentado la Casa Targaryen desde Daemon Fuegoscuro. Sin ninguna elegancia, el Rey recordó a Lewyn Martell que tenía a Elia, y lo envió para que se pusiera al mando de diez mil dornienses que se acercaban por el camino Real. Jon Darry y Barristan Selmy cabalgaron a Sept de Piedra para tratar de concentrar a los grifos que quedaran, y el príncipe Rhaegar volvió del sur para convencer a su padre de que se tragara el orgullo y convocara al mío. Pero ningún cuervo regresó de Roca Casterly, y aquello aún inspiró más miedo al Rey. Veía traidores por todas partes, y Varys estaba siempre allí para señalarle a alguno que se le hubiera escapado. De manera que Su Alteza ordenó a los alquimistas que escondieran fuego valyrio por todo Desembarco del Rey. Bajo el sept de Baelor y las chozas del Lecho de Pulgas, en establos y almacenes, en las siete puertas, hasta en las bodegas de la propia Fortaleza Roja.

»Todo se hizo en el mayor de los secretos; se encargaron un puñado de maestros piromantes. Ni siquiera confiaron en sus acólitos para que los ayudaran. Los ojos de la Reina llevaban años cerrados, y Rhaegar estaba muy ocupado reuniendo un ejército. Pero la nueva Mano de Aerys, la maza y la daga, no era idiota del todo, y al ver las idas y venidas constantes de Rossart, Belis y Garigus, empezó a sospechar. Chelsted, se llamaba Chelsted. Lord Chelsted. —Lo había recordado de repente, mientras narraba la historia—. Hasta entonces me había parecido un cobarde, pero el día en que se enfrentó a Aerys tuvo que reunir mucho valor. Hizo todo lo que pudo para disuadirlo. Razonó, bromeó, amenazó y, por último, suplicó. Al no lograr nada, se arrancó la cadena del cargo y la tiró al suelo. Aerys lo quemó vivo como castigo, y colgó la cadena del cuello de Rossart, su piromante favorito. El hombre que había cocido a Lord Rickard Stark dentro de su armadura. Y yo lo vi todo, siempre al pie del Trono de Hierro, con mi armadura blanca, quieto como un cadáver, guardando a mi señor y sus bonitos secretos.

»Mis Hermanos Juramentados estaban todos ausentes, ¿sabéis?, pero a mí, Aerys prefería mantenerme siempre cerca de él. Yo era como mi padre, de

modo que no confiaba en mí. Quería tenerme allí donde Varys pudiera vigilarme, día y noche. De manera que lo oí todo. —Recordaba cómo brillaban los ojos de Rossart cuando desplegaba los mapas para señalar dónde había que poner la sustancia. Garigus y Belis eran iguales—. Rhaegar se enfrentó a Robert en el Tridente, y ya sabéis qué pasó. Cuando la noticia llegó a la Corte, Aerys envió a la Reina a Rocadragón con el príncipe Viserys. La princesa Elia tendría que haber partido también, pero él lo prohibió. Se le había metido en la cabeza que el príncipe Lewyn había traicionado a Rhaegar en el Tridente, pero creía que sólo conservaría la lealtad de Dorne mientras retuviera a su lado a Elia y a Aegon.

»—Esos traidores quieren mi ciudad —le oí decirle a Rossart—, pero sólo encontrarán cenizas. Que Robert reine sobre un montón de huesos chamuscados y carne calcinada.

»Los Targaryen no entierran nunca a sus muertos; los queman. La intención de Aerys era tener la pira funeraria más grande que jamás hubiera existido. Aunque, para ser sinceros, no creo que pensara que iba a morir. Al igual que Aerion Llamabrillante, Aerys creía que el fuego lo transformaría... Que se alzaría de nuevo, renacido en forma de dragón, y que reduciría a cenizas a sus enemigos.

»Ned Stark avanzaba hacia el sur con la vanguardia de Robert, pero las fuerzas de mi padre llegaron antes a la ciudad. Pycelle convenció al rey de que su Guardián del Occidente acudía para defenderlo, de modo que le abrió las puertas. La única vez que tendría que haber hecho caso a Varys, y no se lo hizo. Hasta entonces, mi padre se había mantenido al margen de la guerra, cavilando sobre todos los agravios que Aerys había cometido contra él y decidido a que la Casa Lannister estuviera en el bando ganador. El Tridente lo acabó de decidir.

»A mí me correspondía defender la Fortaleza Roja, pero sabía que estábamos perdidos. Solicité a Aerys permiso para llegar a un acuerdo. Mi mensajero regresó con una orden regia: "Si no sois un traidor, traedme la cabeza de vuestro padre". Aerys no quería ni oír hablar de rendición. Según mi mensajero, Lord Rossart estaba con él. Y yo sabía qué significaba aquello.

»Cuando encontré a Rossart, estaba disfrazado de soldado de a pie y corría hacia una poterna. Fue el primero al que maté. Luego maté a Aerys antes de que encontrara a otro que llevara su mensaje a los piromantes. Días después localicé a los otros, y también los maté. Belis me ofreció oro, y Garigus lloró y suplicó piedad. Bueno, la espada es más piadosa que el fuego, pero no creo que Garigus me agradeciera mi consideración.

El agua se había enfriado. Cuando Jaime abrió los ojos, se encontró mirándose el muñón de la mano de la espada.

«La mano que me convirtió en el Matarreyes. —La Cabra le había arrebatado a la vez su gloria y su vergüenza—. ¿Y qué me ha dejado? ¿Quién soy ahora?»

Allí de pie, con la toalla apretada contra las flacas tetas y las gruesas

piernas blancas sobresaliendo por debajo, la moza tenía un aspecto ridículo.

—¿Qué pasa, mi relato os ha dejado sin palabras? Venga, maldecidme, besadme o llamadme mentiroso. Lo que sea.

—Si lo que decís es verdad, ¿por qué no lo sabe nadie?

—Los caballeros de la Guardia Real juran guardar los secretos del Rey. ¿Qué queríais, que violara el juramento? —Se echó a reír—. ¿Acaso pensáis que el noble Señor de Invernalia habría dado crédito a mis endebles explicaciones? Él, un hombre tan honorable... Con una mirada le bastó para considerarme culpable. —Jaime se puso en pie con un esfuerzo; el agua fría le corrió por el pecho—. ¿Con qué derecho juzga el lobo al león? ¿Con qué derecho?

Un escalofrío lo recorrió y, al intentar salir de la bañera, se golpeó el muñón contra el borde.

El dolor lo recorrió como un latigazo... y, de repente, la sala de baños giraba. Brienne lo agarró antes de que cayera. Tenía el brazo de carne de gallina, frío y húmedo, pero era fuerte, y su tacto, más delicado de lo que Jaime habría imaginado. «Más delicada que Cersei», pensó mientras lo ayudaba a salir de la bañera, con unas piernas tan blandas como una polla inerte.

—¡Guardias! —oyó gritar a la moza—. ¡El Matarreyes!

«Jaime —pensó—. Me llamo Jaime.»

Lo siguiente que supo fue que estaba tendido en el suelo mojado, rodeado por los guardias, la moza y Qyburn, que lo miraban preocupados desde arriba. Brienne seguía desnuda, pero por el momento se le había olvidado.

—El calor de las bañeras lo ha debilitado —les estaba diciendo el maestre Qyburn. «No, no es un maestre, le quitaron la cadena»—. Además, aún le queda veneno en la sangre y está desnutrido. ¿Qué le dabais de comer?

—Gusanos, meados y vómitos —contribuyó Jaime.

—Pan duro, agua y puré de avena —insistió el guardia—. Pero casi no comía. ¿Qué hacemos con él?

—Frotadlo bien, vestidlo y, si hace falta, llevadlo a la Torre de la Pira Real —dijo Qyburn—. Lord Bolton insiste en que cene con él esta noche. Se está acabando el tiempo.

—Traedme ropas limpias para él —dijo Brienne—. Yo me encargaré de lavarlo y de vestirlo.

Los demás estuvieron encantados de dejar la tarea en sus manos. Lo alzaron y lo sentaron en un banco de piedra adosado al muro. Brienne fue a recoger la toalla y volvió con un cepillo de cerdas para acabar de frotarlo. Uno de los guardias le dio una navaja, para que le arreglara la barba. Qyburn regresó con ropa interior de algodón basto, unos calzones limpios de lana negra, una túnica verde muy suelta y un jubón de cuero que se ataba por delante. Para entonces, Jaime se sentía menos mareado, aunque igual de torpe. Con la ayuda de la moza consiguió vestirse.

—Ahora sólo me hace falta un espejo de plata.

El maestre Sanguijela también había llevado ropas limpias para Brienne: un

vestido de seda rosa con una mancha desvaída y ropa interior de lino.

—Lo siento, mi señora, son los únicos atavíos femeninos de vuestra talla que hemos encontrado en todo Harrenhal.

Era evidente que el vestido estaba cortado para una mujer con los brazos más esbeltos, las piernas más cortas y mucho más pecho que Brienne. El fino encaje myriense apenas le ocultaba los moratones de la piel. El atuendo le daba un aspecto ridículo.

«Tiene los hombros más anchos que yo, y también el cuello —pensó Jaime—. No me extraña que prefiera llevar una armadura.» El rosa tampoco le sentaba bien. Una docena de bromas crueles le pasaron por la cabeza, pero por una vez, se las calló. Más valía no provocarla; con una mano, no era rival para ella.

Qyburn había llevado también una jarra.

—¿Qué es? —quiso saber Jaime cuando el maestre sin cadena le dijo que bebiera.

—Regaliz macerado en vinagre con miel y clavos. Os dará fuerzas y os despejará la cabeza.

—Traedme la pócima que hace crecer manos —dijo Jaime—. Ésa es la que me interesa.

—Bebed —dijo Brienne sin sonreír.

Y él obedeció.

Pasó media hora antes de que se sintiera con fuerzas para incorporarse. Tras la penumbra húmeda y cálida de la sala de baños, el aire del exterior fue como una bofetada en el rostro.

—Mi señor ya lo debe de estar esperando —dijo un guardia a Qyburn—. Y a ella también. ¿Hace falta que lo lleve?

—Todavía puedo caminar. Dadme el brazo, Brienne.

Aferrado a ella, Jaime se dejó guiar para atravesar el patio hasta una estancia vasta y llena de corrientes de aire, aún más grande que la sala del trono de Desembarco del Rey. En las paredes se alineaban enormes chimeneas, una cada cinco pasos; no fue capaz de contarlas. Pero ninguna tenía el fuego encendido, de manera que la humedad retenida entre los muros se calaba hasta los huesos. Una docena de lanceros con capas de pieles guardaban las puertas y las escaleras que llevaban a las dos galerías del piso superior. Y, en el centro de aquel vacío inmenso, junto a una mesa rodeada por lo que parecían acres de liso suelo de pizarra, aguardaba el Señor de Fuerte Terror, asistido sólo por un copero.

—Mi señor —saludó Brienne cuando estuvieron ante él.

Los ojos de Roose Bolton eran más claros que la piedra y más oscuros que la leche, y su voz era un susurro de araña.

—Me satisface ver que habéis recuperado las fuerzas suficientes para aceptar mi invitación, Ser. Sentaos, mi señora. —Hizo una señal hacia las bandejas de quesos, pan, carnes frías y fruta que cubrían la mesa—. ¿Bebéis

tinto o blanco? Me temo que la cosecha es poco interesante. Ser Amory dejó secas las bodegas de Lady Whent.

Jaime aceptó con presteza el asiento ofrecido, para que Bolton no viera lo débil que estaba.

—El blanco es para los Stark. Yo beberé tinto, que es rojo, como conviene a un buen Lannister.

—Por mi parte prefiero agua —dijo Brienne.

—Elmar, tinto para Ser Jaime, agua para Lady Brienne y para mí, hidromiel especiada.

Bolton despidió a sus guardias con un gesto de la mano, y los hombres se retiraron en silencio.

La costumbre hizo que Jaime tendiera la mano derecha hacia la copa. El muñón la golpeó; los vendajes limpios se llenaron de salpicaduras rojas, y tuvo que agarrarla con la mano izquierda antes de que cayera, pero Bolton fingió que no se había dado cuenta de su torpeza. El norteño cogió una ciruela pasa y empezó a comérsela a mordiscos.

—Probadlas, Ser Jaime. Son muy dulces; además, ayudan a que se muevan las tripas. Lord Vargo las cogió en una posada antes de prenderle fuego.

—Mis tripas se mueven muy bien; la Cabra no es ningún lord, y vuestras ciruelas pasas no me interesan ni la mitad que vuestras intenciones.

—¿En lo que respecta a vos? —Una sonrisa aleteó en los labios de Roose Bolton—. Sois un trofeo peligroso, Ser. Allí por donde pasáis, sembráis la discordia. Incluso aquí, en mi feliz hogar de Harrenhal. —Su voz era apenas una brizna más audible que un susurro—. Y también en Aguasdulces, por lo que parece. ¿Sabíais que Edmure Tully ha ofrecido un millar de dragones de oro para quien os vuelva a capturar?

«¿Nada más?»

—Mi hermana pagará diez veces esa cantidad.

—¿De verdad? —Otra vez la misma sonrisa, sólo un instante; luego, nada—. Diez mil dragones es una suma muy cuantiosa. Pero claro, también hay que considerar la oferta de Lord Karstark. Ha prometido la mano de su hija al hombre que le lleve vuestra cabeza.

—Si ofrecen una mano —dijo Jaime—, vuestra Cabra no podrá resistirse.

Bolton dejó escapar una risita.

—Harrion Karstark estaba prisionero aquí cuando tomamos el castillo, ¿lo sabíais? Lo puse al mando de todos los hombres de Bastión Kar que aún me seguían y lo envié con Glover. Espero que no le sucediera nada malo en el Valle Oscuro... De lo contrario, Alys Karstark sería todo lo que queda de la progenie de Lord Rickard. —Cogió otra ciruela—. Por suerte para vos, no necesito esposa. Mientras estaba en Los Gemelos me casé con Lady Walda Frey.

—¿Walda *la Bella*? —Jaime trató de sujetar el pan con el muñón mientras arrancaba un trozo con la mano izquierda.

—Walda *la Gorda*. Mi señor de Frey me ofreció como dote el peso de mi

prometida en plata, de manera que elegí en consecuencia. Elmar, parte un poco de pan para Ser Jaime.

El chico arrancó de la hogaza un trozo del tamaño de un puño y se lo tendió a Jaime. Brienne se sirvió ella misma el pan.

—Lord Bolton —dijo—, se comenta que tenéis intención de entregar Harrenhal a Vargo Hoat.

—Fue su precio —asintió Lord Bolton—. Los Lannister no son los únicos que pagan sus deudas. De todos modos, pronto tendré que partir. Edmure Tully va a casarse con Lady Roslyn Frey en Los Gemelos, y mi rey me ordena que asista.

—¿Edmure se va a casar? —preguntó Jaime—. ¿No era Robb Stark?

—Su Alteza el rey Robb ya está casado. —Bolton se escupió un hueso de ciruela en la mano y lo dejó a un lado—. Con una Westerling del Risco. Según me han dicho, se llama Jeyne. Sin duda la conoceréis, Ser. Su padre es vasallo del vuestro.

—Mi padre tiene muchos vasallos y la mayor parte de ellos tienen hijas. —Jaime buscó la copa con su única mano al tiempo que trataba de recordar a la tal Jeyne. Los Westerling eran una Casa antigua, con más orgullo que poder.

—No puede ser verdad —dijo Brienne, testaruda—. El rey Robb ha jurado contraer matrimonio con una Frey. Él jamás rompería un juramento, no...

—Su Alteza es un niño de dieciséis años —dijo Roose Bolton con tono suave—. Y os agradecería que no pusierais en duda mi palabra, señora.

Jaime casi sentía lástima por Robb Stark. «Pobre idiota. Ganó la guerra en los campos de batalla y la perdió en un lecho.»

—¿Qué tal le ha sentado a Lord Walder cenar trucha, en vez de lobo? —preguntó.

—La trucha también es una cena sabrosa. —Bolton hizo un gesto en dirección al copero con un dedo blanquecino—. Aunque mi pobre Elmar se ha visto decepcionado. Iba a casarse con Arya Stark, pero mi bondadoso suegro Frey no tuvo más remedio que romper el compromiso cuando el rey Robb lo traicionó.

—¿Hay noticias de Arya Stark? —Brienne se inclinó hacia delante—. Lady Catelyn temía que... ¿Vive aún la niña?

—Desde luego —dijo el señor de Fuerte Terror.

—¿Estáis seguro de lo que decís, mi señor?

—Arya Stark estuvo un tiempo desaparecida, sí —contestó Roose Bolton encogiéndose de hombros—, pero ya la hemos encontrado. Tengo intención de devolverla sana y salva al norte.

—A ella y a su hermana —dijo Brienne—. Tyrion Lannister nos prometió a las dos niñas a cambio de su hermano.

Por lo visto, aquello le pareció muy divertido al señor de Fuerte Terror.

—¿No os lo ha dicho nadie, mi señora? Los Lannister mienten.

—¿Estáis menospreciando el honor de mi Casa? —Jaime cogió el cuchillo

del queso con la mano buena—. Es de punta redonda, y romo —dijo al tiempo que pasaba el dedo por el filo—, pero igual se os clavará en un ojo.

El sudor le perlaba la frente. Deseaba con todas sus fuerzas no aparentar la debilidad que sentía.

La sonrisa fugaz de Lord Bolton le volvió a aletear en los labios.

—Para ser un hombre que necesita ayuda para partir el pan, habláis con mucha valentía. Os recuerdo que mis guardias están a nuestro alrededor.

—A nuestro alrededor y a media legua de distancia. —Jaime hizo un gesto con la cabeza en dirección a la inmensidad de la estancia—. Cuando llegaran aquí estaríais tan muerto como Aerys.

—No me parece caballeroso amenazar a vuestro anfitrión por encima de sus propios platos de queso y aceitunas —le recriminó el señor de Fuerte Terror—. En el norte todavía consideramos sagradas las leyes de la hospitalidad.

—Soy vuestro prisionero, no un invitado. Vuestra Cabra me cortó la mano. Si pensabais que se me iba a olvidar con unas ciruelas pasas, estabais muy equivocado.

Aquello pareció desconcertar a Roose Bolton.

—Puede que tengáis razón. Puede que deba entregaros como regalo de bodas a Edmure Tully... o cortaros la cabeza, como hizo vuestra hermana con Eddard Stark.

—No os lo recomiendo. Roca Casterly tiene buena memoria.

—Entre mis murallas y vuestra roca hay mil leguas de montañas, mares y bosques. La enemistad de los Lannister no significa nada para los Bolton.

—En cambio, la amistad de los Lannister podría significar mucho.

Jaime creía conocer las reglas del juego al que jugaban en aquel momento. «Pero ¿las conocerá también la moza?» No se atrevía a volverse para mirarla.

—No estoy convencido de que seáis el tipo de amigo que le conviene a un hombre cauto. —Roose Bolton llamó al chico—. Elmar, corta tajadas de asado para nuestros invitados.

Sirvió a Brienne en primer lugar, pero ella no hizo ademán alguno de empezar a comer.

—Mi señor —dijo—, tengo que intercambiar a Ser Jaime por las hijas de Lady Catelyn. Tenéis que liberarnos para que sigamos nuestro camino.

—El cuervo que llegó de Aguasdulces hablaba de una fuga, no de un intercambio. Y si vos ayudasteis a este prisionero a liberarse, sois culpable de traición, mi señora.

—Yo sirvo a Lady Stark —dijo la corpulenta moza poniéndose en pie de un salto.

—Y yo, al Rey en el Norte. O al Rey Que Perdió el Norte, como lo llaman algunos. Que en ningún momento quiso negociar con los Lannister ni devolver a Ser Jaime.

—Sentaos y comed, Brienne —la acució Jaime al tiempo que Elmar le ponía

una tajada de asado sangrante en el plato ante él—. Si Bolton quisiera matarnos, no desperdiciaría con nosotros sus valiosas ciruelas, con el consiguiente peligro para sus tripas.

Miró la carne y comprendió que, con una mano, no tenía manera de cortarla.

«Ahora valgo menos que una niña —pensó—. La Cabra ha equilibrado el intercambio, aunque dudo mucho que Lady Catelyn se lo agradezca cuando Cersei le devuelva a sus mocosas en este mismo estado. —La sola idea le hizo hacer una mueca—. Y seguro que también me culparán a mí de eso.»

Roose Bolton cortaba la carne con movimientos metódicos mientras la sangre corría por el plato.

—Lady Brienne, ¿os sentaréis si os digo que tengo intención de enviar a Ser Jaime a Desembarco, tal como deseáis Lady Stark y vos?

—¿De... verdad? —La moza parecía desconfiada, pero se sentó—. Me parece muy bien, mi señor.

—Así es. Pero el caso es que Lord Vargo me ha creado una pequeña... dificultad. —Clavó los ojos claros en Jaime—. ¿Sabéis por qué Hoat os cortó la mano?

—Le gusta cortar manos. —Las vendas que cubrían el muñón de Jaime estaban manchadas de sangre y vino—. También le gusta cortar pies. No parece que necesite un motivo concreto.

—Pero el caso es que lo tenía. Hoat es más astuto de lo que parece. No hay hombre capaz de estar al mando de un grupo como los Compañeros Audaces durante tanto tiempo a no ser que tenga un poco de cerebro. —Bolton pinchó un trozo de carne con la punta de la daga, se lo llevó a la boca, masticó pensativo y tragó—. Lord Vargo abandonó a la Casa Lannister porque le ofrecí Harrenhal, una recompensa mil veces superior a cualquiera que hubiera podido esperar de Lord Tywin. Al no conocer bien Poniente, no sabía que era un regalo envenenado.

—¿La maldición de Harren *el Negro*? —se burló Jaime.

—La maldición de Tywin Lannister. —Bolton extendió la copa, y Elmar se la volvió a llenar en silencio—. Nuestra Cabra debería haber consultado con los Tarbeck o los Reyne. Le habrían dicho cómo trata vuestro padre a los traidores.

—No queda ningún Tarbeck ni ningún Reyne —dijo Jaime.

—A eso me refiero. Sin duda, Lord Vargo tenía la esperanza de que Lord Stannis venciera en Desembarco del Rey, y acto seguido lo confirmara como dueño de este castillo en su gratitud por el pequeño papel desempeñado en la caída de la Casa Lannister. —Dejó escapar una risita seca—. Me temo que tampoco conoce muy bien a Stannis Baratheon. Sí, le pagaría sus servicios con Harrenhal... pero también le pagaría sus crímenes con la horca.

—La horca es más misericordiosa que lo que le espera con mi padre.

—Creo que ya lo va entendiendo. Con la derrota de Stannis y la muerte de Renly, sólo una victoria de Stark lo puede salvar de la venganza de Lord Tywin,

pero sus posibilidades son cada vez más remotas.

—El rey Robb ha ganado todas las batallas —dijo Brienne con convicción, tan testarudamente leal en sus palabras como en sus obras.

—Ha ganado todas las batallas, y por el camino, ha perdido a los Frey, a los Karstark, Invernalia y el norte. Lástima que el lobo sea tan joven. Los muchachos de dieciséis años siempre se creen inmortales e invencibles. Creo que un hombre más maduro doblaría la rodilla. Después de una guerra siempre llega la paz, y con la paz llegan los perdones... Al menos para los Robb Stark de este mundo. No para gente como Vargo Hoat. —Bolton le dirigió una breve sonrisa—. Ambos bandos lo han utilizado, pero ninguno derramará una lágrima cuando muera. Los Compañeros Audaces no lucharon en la batalla del Aguasnegras, pero, de todos modos, murieron allí.

—Tendréis que perdonarme si no me echo a llorar.

—¿No os compadecéis de nuestra pobre Cabra condenada? En cambio, los dioses sí se compadecen... ¿Por qué, si no, os entregaron a él? —Bolton masticó otro trozo de carne—. Bastión Kar es más pequeño y desagradable que Harrenhal, pero se alza lejos del alcance de las garras del león. Una vez contraiga matrimonio con Alys Karstark, Hoat será un auténtico señor. Si puede sacarle algo de oro a vuestro padre, mejor que mejor, pero por mucho que le pagara Lord Tywin, os habría entregado a Lord Rickard. Su recompensa sería la doncella, y un refugio seguro.

»Pero para venderos tenía que conservaros en su poder, y las tierras de los ríos están llenas de hombres que darían cualquier cosa por apoderarse de vos. Glover y Tallhart cayeron derrotados en Valle Oscuro, pero los restos de su ejército siguen por allí, mientras la Montaña se dedica a masacrar a los rezagados. Un millar de Karstarks os buscan por las tierras al sur y al este de Aguasdulces. Por doquier hay hombres de Darry, sin señor y sin ley, manadas de lobos de dos patas y forajidos del señor del relámpago. Dondarrion estaría encantado de colgaros a vos y a la Cabra del mismo árbol. —El Señor de Fuerte Terror mojó un trozo de pan en la sangre—. Harrenhal era el único lugar donde Lord Vargo podía reteneros a salvo, pero aquí, sus Compañeros Audaces son muy inferiores en número a mis hombres y a los de Ser Aenys y sus Frey. Sin duda temía que os devolviera a Ser Edmure en Aguasdulces... o peor aún, que os enviara con vuestro padre.

»Al dejaros tullido, su intención era librarse de la amenaza de vuestra espada, conseguir un trofeo macabro para enviarlo a vuestro padre y rebajar el valor que tenéis para mí. Porque me sirve a mí, igual que yo sirvo al rey Robb, de modo que sus crímenes son mis crímenes, o así podría parecerle a vuestro padre. Y ahí estriba mi... pequeña dificultad.

Miró a Jaime sin parpadear, expectante, gélido.

«Ya entiendo.»

—Queréis que os absuelva de toda culpa. Que le diga a mi padre que este muñón no es cosa vuestra. —Jaime se echó a reír—. Mi señor, enviadme con

Cersei y cantaré la canción más dulce que podáis imaginar acerca de lo bien que me habéis tratado. —Sabía que era la única respuesta posible; si daba otra, Bolton lo entregaría a la Cabra—. Si tuviera mano, os lo dejaría por escrito. Diría cómo me mutiló el mercenario que mi padre trajo a Poniente y cómo me salvó el noble Lord Bolton.

—Confiaré en vuestra palabra, Ser.

«Eso sí que no me lo dicen a menudo.»

—¿Cuándo se nos permitirá partir? ¿Y cómo pensáis hacerme pasar entre tantos lobos, forajidos y Karstarks?

—Os pondréis en marcha cuando Qyburn diga que habéis recuperado las fuerzas y llevaréis una escolta de hombres selectos bajo el mando de mi capitán, Walton. Lo llaman Patas de Acero. Es un soldado de lealtad férrea. Walton se asegurará de que lleguéis sano y salvo a Desembarco del Rey.

—Siempre y cuando las hijas de Lady Catelyn sean entregadas sanas y salvas a su vez —intervino la moza—. Mi señor, agradezco la protección de vuestro hombre, Walton, pero mi misión son las niñas.

—No hay necesidad de que os sigáis preocupando por las niñas, mi señora —dijo el Señor de Fuerte Terror, lanzándole una mirada desinteresada—. Lady Sansa es ahora la esposa del enano; sólo los dioses los pueden separar.

—¿Esposa del enano? —se asombró Brienne—. ¿Del Gnomo? Pero... Si juró ante toda la corte, ante los ojos de los hombres y los dioses...

«Qué inocente es. —Cierto era que Jaime también se había sorprendido, pero lo ocultó mucho mejor—. Sansa Stark; seguro que Tyrion tiene una sonrisa de oreja a oreja.» Recordaba lo feliz que había sido su hermano con la hija del campesino... durante quince días.

—Lo que jurase o dejase de jurar el Gnomo ya no tiene importancia —dijo Lord Bolton—. Y para vos menos que para nadie. —La moza parecía casi ofendida. Tal vez empezó a notar las fauces de acero de la trampa cuando Lord Bolton llamó a sus guardias—. Ser Jaime proseguirá su camino hacia Desembarco del Rey. En cambio, de vos no he dicho nada. No sería escrupuloso por mi parte arrebatar a Lord Vargo sus dos trofeos. —El señor de Fuerte Terror cogió otra ciruela pasa—. Si yo estuviera en vuestro lugar, mi señora, me preocuparía menos por los Stark y más por los zafiros.

TYRION

Un caballo relinchó impaciente a su espalda, entre las filas de los capas doradas que recorrían el camino. Tyrion oía también las toses de Lord Gyles. Él no había solicitado la compañía de Gyles, igual que no había solicitado la de Ser Addam ni la de Jalabhar Xho ni los demás, pero su señor padre pensaba que Doran Martell se ofendería si el único que acudía a escoltarlo para cruzar el Aguasnegras era un enano.

«Debería haber sido Joffrey en persona el que recibiera a los dornienses —pensó mientras aguardaban—, pero claro, se habría manchado de barro. —Últimamente, el Rey había estado repitiendo los chistecitos de dornienses que oía a la soldadesca de Mace Tyrell—. ¿Cuántos dornienses hacen falta para herrar un caballo? Nueve: uno para herrarlo y ocho para darle la vuelta al caballo.» Tyrion pensaba que Doran Martell no lo consideraría gracioso.

Divisaba sus estandartes, que ondeaban al viento a medida que los jinetes salían del follaje del bosque en una larga columna polvorienta. Desde allí hacia el río sólo quedaban árboles ennegrecidos, la herencia de su batalla. «Demasiados estandartes —pensó con amargura al ver cómo los cascos de los caballos que se acercaban levantaban cenizas del suelo, igual que había sucedido con los caballos de la vanguardia de los Tyrell cuando atacaron el flanco de Stannis—. Por lo visto, Martell se ha traído a la mitad de los señores de Dorne.» Trató de deducir alguna consecuencia buena de aquello, pero no lo consiguió.

—¿Cuántos estandartes ves? —preguntó a Bronn.

—Ocho... —contestó el caballero mercenario con una mano sobre los ojos a modo de visera—. No, nueve.

—Acércate aquí, Pod —ordenó girándose en la silla—. Describe las armas que ves y dime a qué Casas representan.

Podrick Payne se aproximó a lomos de su caballo. Portaba el estandarte real de Joffrey, el venado y el león, y le costaba mantener alzado su peso. Bronn llevaba el estandarte de Tyrion, el león de los Lannister dorado sobre escarlata.

«Cada vez es más alto —advirtió Tyrion cuando Pod se puso en pie sobre los estribos para ver mejor—. Pronto me mirará desde arriba, como todos los demás.» Por orden de Tyrion, el muchacho se había aplicado en el estudio de la heráldica dorniense, pero estaba tan nervioso como de costumbre.

—No se ven bien; el viento las hace ondear.

—Bronn, dile al chico qué ves tú.

Aquel día, Bronn parecía todo un caballero, con el jubón y la capa nuevos, y la cadena llameante cruzada sobre el pecho.

—Un sol rojo sobre naranja con una lanza por detrás —dijo.

—Martell —replicó Podrick Payne al instante; su alivio resultaba evidente—. La Casa Martell de Lanza del Sol, mi señor. El príncipe de Dorne.

—Hasta mi caballo se sabría ésa —dijo Tyrion con tono seco—. Otra, Bronn.

—Hay una bandera morada con pelotas amarillas.

—¿Limones? —sugirió Pod, esperanzado—. ¿Un campo púrpura lleno de limones? ¿La Casa Dalt? De... de... de Limonar.

—Es posible. Luego viene un pájaro grande negro sobre amarillo. Tiene algo rosado o blanco entre las garras; con el estandarte ondeando no se ve bien.

—El buitre de los Blackmont tiene un bebé en las garras —dijo Pod—. La Casa Blackmont, Ser.

—Así que has estado leyendo libros otra vez, ¿eh? —lo interrumpió Bronn echándose a reír—. Los libros estropean la vista, chico; luego no podrás manejar la espada. También veo un cráneo. Un estandarte negro.

—El cráneo coronado de la Casa Manwoody, hueso y oro sobre negro. —Con cada respuesta acertada, Pod parecía más seguro de sí mismo—. Los Manwoody de Sepulcro del Rey.

—¿Tres arañas negras?

—Son escorpiones, Ser. La Casa Qorgyle de Asperón: tres escorpiones negros sobre rojo.

—Rojo y amarillo separados por una línea quebrada.

—Las llamas de Sotoinfierno. La Casa Uller.

«El chico no tiene un pelo de tonto; basta con hacer que se le suelte la lengua.» Tyrion estaba impresionado de verdad.

—Sigue, Pod —lo animó—. Si los aciertas todos, te haré un regalo.

—Una empanada con tajadas rojas y negras —dijo Bronn—. En medio tiene una mano de oro.

—La Casa Allyrion, de Bondadivina.

—Un pollo rojo que parece que se está comiendo una serpiente.

—Los Gargalen de Costa Salada. Es un basilisco, Ser. Perdón. No un pollo. Rojo, con una serpiente negra en el pico.

—¡Muy bien! —exclamó Tyrion—. Sólo te queda uno más, muchacho.

Bronn escudriñó las filas de los dornienses que se acercaban.

—El último es una pluma dorada sobre cuadros verdes.

—Una plumilla dorada, Ser. Jordayne de Tor.

Tyrion soltó una carcajada.

—Los nueve; perfecto. Yo no los habría identificado todos.

Era mentira, pero así imbuía al chico un poco del orgullo que tanta falta le hacía.

«Parece que Martell trae unos compañeros formidables.» Ninguna de las Casas que Pod había nombrado era pequeña o insignificante. Nueve de los señores más importantes de Dorne, o tal vez sus herederos, se aproximaban por el camino Real, y Tyrion tenía la sospecha de que no habían hecho un viaje tan

largo sólo para ver al oso bailarín. Les estaban transmitiendo un mensaje. «Un mensaje que no me gusta.» Una vez más, se preguntó si no habría cometido un error al enviar a Myrcella a Lanza del Sol.

—Mi señor —dijo Pod con cierta timidez—, no hay ninguna litera.

Tyrion giró la cabeza bruscamente. El chico tenía razón.

—Doran Martell siembre viaja en una litera —siguió Pod—. Un palanquín con cortinajes de seda adornados con soles.

También Tyrion había oído aquello mismo. El príncipe Doran tenía más de cincuenta años y sufría de gota.

«Puede que haya querido viajar más deprisa —se dijo—. Tal vez tuviera miedo de que su litera fuera un objetivo demasiado tentador para los bandoleros o de que resultara demasiado aparatosa en los pasos altos de la Sendahueso. O quizá esté mejor de la gota.»

Entonces, ¿por qué aquello le daba tan mala espina? La espera se le hacía insoportable.

—Arriba los estandartes —decidió—. Iremos a su encuentro.

Picó espuelas. Bronn y Pod lo siguieron, cada uno a un lado. Cuando los dornienses los vieron acercarse, también ellos espolearon sus monturas e hicieron ondear los estandartes al cabalgar. De las ornamentadas sillas de los caballos colgaban los escudos redondos de metal que usaban por tradición; muchos llevaban haces de lanzas cortas, y otros, los arcos recurvos con los que eran tan diestros incluso montando al galope.

Como había observado el primer rey Daeron, había tres tipos de dornienses. Estaban los dornienses de la sal, que vivían a lo largo de la costa; los dornienses de la arena, que habitaban en los desiertos y en los valles de los ríos, y los dornienses de la piedra, que tenían sus moradas en los pasos y las cumbres de las Montañas Rojas. Los dornienses de la sal eran los que tenían más sangre de los rhoynar, y los de la piedra, los que menos.

En el séquito de Doran había una nutrida representación de todos ellos. Los dornienses de la sal era morenos y esbeltos, con la piel olivácea y largas cabelleras negras ondeando al viento. Los dornienses de la arena eran más morenos todavía, con los rostros bronceados por el ardiente sol de sus tierras. Se envolvían los yelmos con largas pañoletas de colores vivos, para evitar las insolaciones. Los dornienses de la piedra eran los más corpulentos y de piel más clara, hijos de los ándalos y de los primeros hombres, con cabelleras castañas o rubias y rostros que el sol llenaba de pecas o quemaba en vez de broncear.

Los señores llevaban túnicas de seda y satén, con cinturones enjoyados y mangas amplias. Sus armaduras tenían esmaltes e incrustaciones de cobre bruñido, plata reluciente y oro rojizo. Sus caballos eran unos castaños y otros dorados, aunque también había algunos blancos como la nieve, todos rápidos y de estampa fina, con el cuello largo y hermosas cabezas afiladas. Los legendarios corceles de la arena de Dorne eran más pequeños que los caballos de guerra y no podrían cargar con armaduras muy pesadas, pero de ellos se

decía que podían galopar un día, una noche y un día más sin llegar a cansarse.

El líder de los dornienses cabalgaba a lomos de un garañón negro como la noche, con las crines y la cola del color del fuego. Se erguía en la silla como si hubiera nacido allí, alto, esbelto y grácil. Una capa de seda color rojo claro le ondeaba a la espalda, y llevaba una camisa reforzada con hileras superpuestas de discos de cobre que, al cabalgar, centelleaban como un millar de monedas recién acuñadas. Se adornaba el yelmo alto y dorado con un sol de cobre, que le quedaba sobre la frente, y el escudo redondo que llevaba colgado lucía en la pulida superficie de metal el sol y la lanza de la Casa Martell.

«Un sol Martell, pero le faltan diez años como poco —pensó Tyrion al tiempo que tiraba de las riendas—. Por no mencionar que está demasiado en forma y parece demasiado aguerrido. —Para entonces ya sabía a quién se enfrentaba—. ¿Cuántos dornienses hacen falta para empezar una guerra? —se preguntó—. Sólo uno.» Pero no le quedaba más remedio que sonreír.

—Sed bienvenidos, mis señores. Nos llegó noticia de que estabais próximos, y Su Alteza el rey Joffrey me ordenó acudir a vuestro encuentro en su nombre. Mi señor padre, la Mano del rey, también os envía sus saludos. —Se fingió un poco confuso—. ¿Quién de vosotros es el príncipe Doran?

—La salud de mi hermano lo ha obligado a quedarse en Lanza del Sol. —El príncipe se quitó el yelmo. El rostro que había debajo era taciturno y estaba surcado de finas arrugas; tenía unas cejas estrechas y arqueadas sobre unos ojos grandes y brillantes, tan negros como el carbón. Apenas unas cuantas hebras plateadas surcaban la lustrosa melena negra, que formaba sobre la frente un pico afilado en dirección a la nariz. «Dorniense de la sal de los pies a la cabeza»—. El príncipe Doran me ha enviado para ocupar su lugar en el Consejo del rey Joffrey, si a Su Alteza le place.

—Para Su Alteza será un honor tener entre sus consejeros a un guerrero tan reputado como el príncipe Oberyn de Dorne —dijo Tyrion. «Esto va a hacer que corra sangre»—. Y vuestros nobles compañeros también son bienvenidos.

—Permitidme que os los presente, mi señor de Lannister. Ser Deziel Dalt, de Limonar. Lord Tremond Gargalen. Lord Harmen Uller y su hermano, Ser Ulwyck. Ser Ryon Allyrion y su hijo natural, Ser Daemon Arena, el Bastardo de Bondadivina. Lord Dagos Manwoody, su hermano Ser Myles, y sus hijos Mors y Dickon. Ser Arron Qorgyle. Y por supuesto, no me olvido de las damas. Myria Jordayne, heredera de Tor. Lady Larra Blackmont, su hija Jynessa, su hijo Perhos. —Extendió una mano esbelta hacia una mujer de pelo negro que cabalgaba más atrás y le hizo gestos para que se acercara—. Y ésta es Ellaria Arena, mi amante.

Tyrion tuvo que contenerse para no gemir.

«Su amante, y encima bastarda. A Cersei le dará un ataque si pretende ir con ella a la boda. —Si su hermana relegaba a aquella mujer a cualquier rincón oscuro, entre los invitados de menor rango, incurriría en las iras de la Víbora Roja. Pero si la sentaba a su lado en la mesa principal, el resto de las damas del

estrado lo tomaría como una ofensa—. ¿Es que el príncipe Doran pretende provocar una pelea?»

El príncipe Oberyn hizo dar la vuelta a su caballo para dirigirse a sus acompañantes dornienses.

—Ellaria, damas, caballeros, señores, mirad cuánto nos aprecia el rey Joffrey. Su Alteza ha tenido la generosidad de enviarnos a su tío el Gnomo para que nos acompañe a la corte.

Bronn soltó una carcajada, y Tyrion también se vio obligado a forzar una sonrisa.

—No sólo a mí, mis señores. Sería una tarea demasiado grande para un hombre tan pequeño como yo. —Su grupo ya les había dado alcance, de manera que le correspondió el turno de hacer las presentaciones—. Permitid que os presente a Ser Flement Brax, heredero de Valdelcuerno. Lord Gyles de Rosby. Ser Addam Marbrand, Lord Comandante de la Guardia de la Ciudad. Jalabhar Xho, príncipe del Valle de la Flor Roja. Ser Harys Swyft, suegro de mi tío Kevan. Ser Merlon Crakehall. Ser Philip Foote y Ser Bronn del Aguasnegras, dos héroes de nuestra reciente batalla contra el rebelde Stannis Baratheon. Y por último, mi escudero, el joven Podrick de la Casa Payne.

A medida que Tyrion los recitaba, los nombres sonaban bien, pero sus dueños no eran ni la mitad de distinguidos y grandiosos que los de los que acompañaban al príncipe Oberyn, como ambos sabían de sobra.

—Mi señor de Lannister —dijo Lady Blackmont—, hemos recorrido un largo camino lleno de polvo; nos agradaría mucho descansar y asearnos. ¿Sería posible que siguiéramos hacia la ciudad?

—De inmediato, mi señora.

Tyrion hizo dar la vuelta a su caballo y dio una orden a Ser Addam Marbrand. Los capas doradas que conformaban la mayor parte de su guardia de honor hicieron girar también a sus monturas con movimiento solemne, por instrucción de Ser Addam, y la columna emprendió la marcha hacia el río y hacia Desembarco del Rey.

«Oberyn Nymeros Martell —masculló Tyrion entre dientes al tiempo que ponía el caballo a la altura del suyo—. La Víbora Roja de Dorne. Por los siete infiernos, ¿qué voy a hacer con él?»

La verdad era que sólo conocía a aquel hombre por su reputación... pero era una reputación aterradora. Cuando apenas tenía dieciséis años, encontraron al príncipe Oberyn en la cama con la amante del viejo Lord Yronwood, un hombre corpulento de fama cruel y genio pronto. Se acordó un duelo, aunque en consideración a la juventud y la noble cuna del príncipe, sólo sería a primera sangre. Ambos hombres recibieron heridas, y el honor quedó satisfecho. Pero el príncipe Oberyn no tardó en recuperarse, mientras que las heridas de Lord Yronwood se infectaron y acabaron por matarlo. Después de aquello se rumoreó que Oberyn había luchado con una espada envenenada, y tanto amigos como enemigos empezaron a llamarlo Víbora Roja.

Por supuesto, aquello había sucedido hacía ya muchos años. El muchacho de dieciséis años tenía ya más de cuarenta, y su leyenda se había hecho mucho más sombría. Había viajado a las Ciudades Libres para aprender la profesión de envenenador y, si se podía dar crédito a los rumores, artes aún más oscuras. Estudió en la Ciudadela, y llegó a forjar seis eslabones de la cadena de maestre antes de aburrirse. Sirvió como soldado en las Tierras de la Discordia, al otro lado del mar Angosto, y cabalgó durante un tiempo con los Segundos Hijos antes de formar una compañía propia. Se hablaba mucho de sus torneos, sus batallas, sus duelos, sus caballos, su sensualidad... Corría el rumor de que se acostaba tanto con hombres como con mujeres, y había engendrado hijas bastardas por todo Dorne. Los dornienses las llamaban «serpientes de arena». Que Tyrion supiera, el príncipe Oberyn no había engendrado nunca un hijo varón.

Y, por supuesto, había dejado tullido al heredero de Altojardín.

«No hay en los Siete Reinos un hombre que vaya a ser peor recibido en una boda de la Casa Tyrell», pensó Tyrion. Enviar al príncipe Oberyn a Desembarco del Rey mientras estaban en la ciudad Lord Mace Tyrell, dos de sus hijos y miles de sus soldados era una provocación tan osada como el propio príncipe Oberyn. «Una palabra inconveniente, una broma en mal momento, una simple mirada... No hará falta más para que nuestros nobles aliados se saquen los ojos entre ellos.»

—No es la primera vez que nos vemos —comentó el príncipe dorniense a Tyrion en tono superficial mientras cabalgaban uno al lado del otro por el camino Real, junto a prados amarillentos y árboles quemados—. Aunque no esperaba que me recordarais, claro. Entonces erais aún más pequeño que ahora.

Su voz tenía un tono burlón que a Tyrion no le gustaba nada, pero no iba a permitir que el dorniense lo provocara.

—¿Cuándo nos conocimos, mi señor? —preguntó mostrando un educado interés.

—Hace muchos, muchos años, cuando mi madre gobernaba en Dorne y vuestro padre era la Mano de un rey distinto.

«No tan distinto como podría parecer», reflexionó Tyrion.

—Fue entonces cuando visité Roca Casterly con mi madre, su consorte y mi hermana Elia. Yo tendría unos catorce o quince años, y Elia, uno más. Creo recordar que vuestros hermanos tenían ocho o nueve, y vos acababais de nacer.

«Extraño momento para ir de visita.» Su madre había muerto al darlo a luz, de manera que los Martell se habrían encontrado la Roca en pleno luto. Sobre todo a su padre. Lord Tywin rara vez hablaba de su esposa, pero Tyrion había oído comentar a sus tíos el profundo amor que se profesaban. En aquellos tiempos, su padre era la Mano de Aerys, y se decía que Lord Tywin Lannister gobernaba los Siete Reinos, pero Lady Joanna gobernaba a Lord Tywin.

—Después de su muerte, tu padre no volvió a ser el mismo, Gnomo —le había dicho en cierta ocasión su tío Gery—. Lo mejor de él murió con tu madre.

Gerion había sido el más joven de los cuatro hijos de Lord Tytos Lannister, y también el tío favorito de Tyrion. Pero ya no estaba entre ellos; había desaparecido al otro lado del mar, y había sido el propio Tyrion quien llevó a Lady Joanna a la tumba.

—¿Fue agradable vuestra estancia en Roca Casterly, mi señor?

—Muy poco. Vuestro señor padre ni nos miró en todo el tiempo que pasamos allí; encargó a Ser Kevan que se ocupara de recibirnos. La celda donde me alojaron tenía un colchón de plumas para dormir, y alfombras myrienses en el suelo, pero era oscura y sin ventanas; en realidad, más bien parecía una mazmorra, como le comenté a Elia. Vuestros cielos eran demasiado grises; vuestros vinos, demasiado dulces; vuestras mujeres, demasiado castas; vuestra comida, demasiado insípida... y vos fuisteis la peor decepción de todas.

—Acababa de nacer, ¿qué esperabais de mí?

—Una atrocidad —replicó el príncipe de pelo negro—. Erais pequeño, pero de gran fama. Estábamos en Antigua en el momento de vuestro nacimiento, y toda la ciudad hablaba del monstruo que había engendrado la Mano del Rey, y de qué significaba un presagio así para el reino entero.

—Hambre, peste y guerra, seguro. —Tyrion esbozó una sonrisa amarga—. Siempre es lo mismo: hambre, peste y guerra. Ah, sí, y el invierno y la larga noche que no termina jamás.

—Todo eso —asintió el príncipe Oberyn—. Y también la caída de vuestro padre. Lord Tywin se había alzado por encima del rey Aerys; se lo oí a un hermano mendicante que predicaba en la calle, pero sólo un dios puede estar en una posición más elevada que un rey. Vos erais su maldición, un castigo enviado por los dioses para enseñarle que no era mejor que el resto de los hombres.

—Buen intento, pero se niega a aprender —suspiró Tyrion—. Seguid, por favor. Me encanta esa clase de historias.

—Mejor que la historia sobre vos debe de haber pocas. Se decía que teníais una cola en forma de tirabuzón, como la de los cerdos. Que teníais una cabeza monstruosa, casi de la mitad del tamaño que el cuerpo, y que habíais nacido con una espesa mata de pelo negro y ya con barba. Que teníais un ojo maléfico, garras de león, los colmillos tan largos que no podíais cerrar la boca, y que entre vuestras piernas había un sexo de niña además del de niño.

—La vida sería mucho más sencilla si los hombres pudieran follar con ellos mismos, ¿no os parece? Y ha habido unas cuantas ocasiones en las que me habría venido bien tener colmillos y garras. De todos modos, empiezo a comprender vuestra decepción.

Bronn soltó una risita, pero Oberyn se limitó a sonreír.

—Tal vez no os habríamos podido ver de no ser por vuestra querida hermana. No se os veía nunca en los salones, ni siquiera durante las comidas, aunque a veces por la noche oíamos un berrido de bebé que venía de lo más profundo de la Roca. Eso hay que reconocerlo, teníais una voz monstruosa.

Aullabais horas y horas, y lo único que os calmaba era una teta de mujer.

—En eso no he cambiado nada.

—Compartimos ciertos gustos —dijo el príncipe Oberyn, que no puedo evitar echarse a reír esta vez—. En cierta ocasión, Lord Gargalen me dijo que esperaba morir con una espada en la mano, a lo que yo le respondí que preferiría tener una teta en la mano cuando me llegara la hora.

Tyrion no pudo contener una sonrisa.

—¿Qué ibais a decir de mi hermana?

—Cersei prometió a Elia que nos enseñaría a su hermanito. El día anterior a nuestra partida, mientras mi madre y vuestro padre estaban reunidos, Jaime y ella nos llevaron a vuestra habitación. El ama de cría que teníais trató de echarnos, pero vuestra hermana no se lo consintió.

»—Es mío, y tú no eres más que una vaca lechera —le dijo—, no me puedes dar órdenes. Cállate o le diré a mi padre que te haga cortar la lengua. Las vacas no necesitan lengua, sólo ubres.

—Su Alteza ha sido encantadora desde niña —dijo Tyrion. La sola idea que de su hermana lo considerase «suyo» le parecía de lo más divertida. «Los dioses saben que desde entonces no me ha mostrado mucho apego.»

—Cersei llegó incluso a quitaros los pañales para que os viéramos mejor —siguió el príncipe dorniense—. Era verdad que teníais un ojo raro y algo de pelusa negra en la cabeza. Tal vez tuvierais la cabeza un poco grande, sí... pero nada de cola, barba, colmillos ni zarpas, y entre vuestras piernas sólo había una diminuta polla rosada. Después de todos los comentarios maravillosos que habíamos oído, resultó que la maldición de Lord Tywin no era más que un bebé feúcho con las piernas torcidas. Elia incluso hizo ese ruidito que hacen las chicas cuando ven un bebé; seguro que sabéis a qué me refiero. Es el mismo que cuando ven un gatito mono o un cachorrito juguetón. Creo que hasta os habría cogido en brazos, pese a vuestra fealdad. Cuando comenté que como monstruo no erais gran cosa, vuestra hermana dijo: «Pues mató a mi madre», y os retorció la polla tan fuerte que pensé que os la iba a arrancar. Vos chillasteis, pero Cersei no os soltó hasta que vuestro hermano Jaime dijo: «Déjalo en paz, le estás haciendo daño». Y ella le contestó: «Qué más da. Todo el mundo dice que morirá pronto. Ni siquiera tendría que haber vivido tanto».

El sol brillaba en el cielo y el día era cálido y agradable para estar en otoño, pero Tyrion sentía frío después de oír aquello.

«Mi querida hermana. —Se rascó la cicatriz de la nariz y lanzó una mirada al dorniense para que se fijara bien en su ojo maligno—. ¿Por qué me habrá querido contar semejante cosa? ¿Me está poniendo a prueba o me está retorciendo la polla como hizo Cersei, para oírme gritar?»

—No dejéis de contarle esta historia a mi padre. Seguro que le hace tanta gracia como a mí. Sobre todo lo de mi cola. Tenía cola, pero me la hizo cortar.

El príncipe Oberyn soltó una risita.

—Desde la última vez que nos vimos, vuestro ingenio ha crecido.

—Sí, aunque tenía la esperanza de que el resto de mí creciera también.

—Hablando de cosas divertidas, el mayordomo de Lord Buckler nos contó algo muy curioso. Asegura que habéis creado un impuesto sobre los coños.

—Es un impuesto a la prostitución —dijo Tyrion, otra vez molesto. «Y fue idea de mi maldito padre»—. Sólo un penique por cada... servicio. La Mano del Rey cree que así mejorará la moralidad en la ciudad.

«Y servirá para pagar la boda de Joffrey.» No hacía falta decir que, como consejero de la moneda, Tyrion había cargado con todas las culpas. Según Bronn, en las calles llamaban al impuesto «el penique del enano». Si se daba crédito al mercenario, en los burdeles y otros antros, el grito era «Ahora ábrete de piernas para el Mediohombre».

—En ese caso tendré que llevar la bolsa llena de peniques. Hasta los príncipes deben pagar impuestos.

—¿Para qué queréis ir de putas? —Miró hacia atrás, hacia Ellaria Arena, que cabalgaba con las otras mujeres—. ¿Os habéis cansado de vuestra amante por el camino?

—Jamás. Compartimos demasiadas cosas. —El príncipe Oberyn se encogió de hombros—. Pero nunca hemos compartido a una hermosa mujer rubia, y Ellaria siente curiosidad. ¿Sabéis de alguna?

—Soy un hombre casado. —«Aunque mi matrimonio esté sin consumar»—. Ya no frecuento la compañía de prostitutas... —«A menos que quiera que las ahorquen.»

—Se dice —lo interrumpió Oberyn cambiando de tema con brusquedad— que en el banquete de bodas del Rey se servirán setenta y siete platos.

—¿Tenéis hambre, mi príncipe?

—Hace mucho tiempo que tengo hambre. Pero no de comida. Decid, por favor, ¿cuándo se servirá la justicia?

—La justicia. —«Sí, claro, por eso ha venido, tendría que habérmelo imaginado»—. ¿Estabais muy unido a vuestra hermana?

—De niños, Elia y yo éramos inseparables, como vuestra hermana y vuestro hermano.

«Dioses, espero que no.»

—Las guerras y los matrimonios nos han tenido muy ocupados a todos, príncipe Oberyn. Mucho me temo que nadie ha tenido tiempo para ocuparse de asesinatos cometidos hace dieciséis años, por horribles que fueran. Pero nos ocuparemos de ello tan pronto como nos sea posible, desde luego. Cualquier ayuda que nos proporcione Dorne para restaurar la paz del rey contribuirá a acelerar el inicio de la investigación de mi padre...

—Enano —lo interrumpió la Víbora Roja con un tono mucho menos cordial—, no me vengáis con mentiras de Lannister. ¿Nos tomáis por corderos o por idiotas? Mi hermano no es un hombre vengativo, pero no se ha pasado los dieciséis últimos años durmiendo. Jon Arryn fue a Lanza del Sol un año después de que Robert subiera al trono y, como os podéis imaginar, lo

interrogamos a fondo. Igual que hicimos con otro centenar de personas. No he venido a presenciar una farsa de investigación. He venido a por justicia para Elia y sus hijos, y la voy a obtener. Empezando por ese retrasado de Gregor Clegane... pero no me detendré ahí. Antes de morir, la Enormidad que Cabalga me dirá quién le dio las órdenes; os ruego que no dejéis de contárselo a vuestro señor padre. —Sonrió—. En cierta ocasión, un anciano septon me dijo que yo era la prueba viviente de la bondad de los dioses. ¿Sabéis por qué, Gnomo?

—No —reconoció Tyrion con cautela.

—Porque si los dioses fueran crueles, yo habría sido el primogénito, y Doran, el tercer hijo de mi madre. Soy un hombre vengativo. Y ahora os tenéis que enfrentar a mí, no a mi hermano, tan paciente, tan prudente, tan gotoso.

Tyrion divisó el sol que se reflejaba en el Aguasnegras, a ochocientos pasos por delante de ellos; el mismo sol que iluminaba las torres y las colinas de Desembarco del Rey, poco más allá. Giró la cabeza para observar la columna que los seguía por el camino Real.

—Habláis como si os siguiera un gran ejército —dijo—, pero yo sólo veo a trescientos jinetes. ¿Veis aquella ciudad, al norte del río?

—¿Ese montón de estiércol que llamáis Desembarco del Rey?

—Ese mismo.

—No sólo lo veo; es que hasta me llega el olor.

—Pues oledlo bien, mi señor. Llenaos los pulmones. Medio millón de personas apestan más que trescientas, ya lo veréis. ¿Oléis a los capas doradas? Son casi cinco mil. Las espadas juramentadas de mi padre deben de ser otras veinte mil. Y también están las rosas, claro. Las rosas tienen un olor delicioso, ¿verdad? Sobre todo cuando hay tantas. Cincuenta, sesenta, setenta mil rosas, en la ciudad o acampadas en los alrededores. La verdad es que no sabría deciros cuántas son, pero el caso es que son muchas.

—En el viejo Dorne —dijo Martell encogiéndose de hombros—, antes de que los Martell enlazáramos mediante el matrimonio nuestra Casa con la de Daeron, se decía que todas las flores se inclinan ante el sol. Si las rosas se interponen en mi camino, las pisotearé de buena gana.

—¿Igual que pisoteasteis a Willas Tyrell?

La respuesta del dorniense no fue la que esperaba.

—Recibí una carta de Willas hace menos de medio año. Tenemos un interés común en los buenos caballos. Nunca me ha guardado rencor por lo que sucedió en las justas. Le di un golpe limpio en la coraza, pero el pie se le quedó atrapado en el estribo y el caballo cayó sobre él. Le envié a mi maestre, pero lo único que pudo hacer fue salvarle la pierna; tenía la rodilla destrozada. Si había que culpar a alguien, era al imbécil de su padre. Willas Tyrell estaba más verde que su jubón; no tenía sentido que compitiera. La Flor Gorda lo metió en los torneos siendo demasiado joven, igual que hizo con los otros dos. Quería otro Leo Espinalarga, y lo que consiguió fue un hijo tullido.

—Hay quien dice que Ser Loras es mejor de lo que nunca fue Leo

Espinalarga —comentó Tyrion.

—¿La rosita de Renly? Lo dudo mucho.

—Dudadlo cuanto queráis —dijo Tyrion—, pero Ser Loras ha derrotado a muchos buenos caballeros. Mi hermano entre ellos.

—No los ha derrotado; los ha descabalgado en un torneo. Si queréis meterme miedo, decidme a quién ha matado en combate.

—A Ser Robar Royce y a Ser Emmon Cuy, para empezar. Y se dice que demostró sobradamente su valor con proezas extraordinarias en el Aguasnegras mientras luchaba al lado del fantasma de Lord Renly.

—¿Así que esos mismos que presenciaron las hazañas prodigiosas vieron también al fantasma? —El dorniense se echó a reír.

—Chataya, en la calle de la Seda —dijo Tyrion, mirándolo fijamente—, tiene varias chicas adecuadas para vuestras necesidades. El pelo de Dancy es del color de la miel, y el de Marei, de un dorado casi blanco. Os recomendaría que tuvierais a vuestro lado en todo momento a la una o a la otra, mi señor.

—¿En todo momento? —El príncipe Oberyn arqueó una fina ceja negra—. Y eso ¿por qué, mi querido Gnomo?

—Porque habéis dicho que queréis morir con una teta en la mano.

Tyrion hizo que el caballo se adelantara al trote hacia donde les aguardaban las barcazas, en la orilla sur del Aguasnegras. No tenía intención de seguir aguantando el ingenio dorniense.

«Mi padre tendría que haber enviado a Joffrey. Seguro que le habría preguntado al príncipe Oberyn si sabía cómo se distinguía a un dorniense de una plasta de vaca.» La sola idea le hizo sonreír. Se aseguraría de estar presente cuando la Víbora Roja se presentara ante el Rey.

ARYA

El hombre del tejado fue el primero en morir. Estaba acuclillado junto a la chimenea a doscientos pasos; apenas si era una sombra vaga en la penumbra que precedía al amanecer, pero cuando el cielo empezó a aclararse, se movió, se desperezó y se puso en pie. La flecha de Anguy le atravesó el pecho. Cayó inerte por la pendiente de tejas y fue a aterrizar delante de la puerta del septrio.

Los Titiriteros habían apostado allí dos guardias, pero la luz de su propia antorcha les impedía ver en la noche, y los bandidos se habían conseguido acercar. Kyle y Notch dispararon a la vez. Uno de los hombres se derrumbó, con una flecha en la garganta; el otro, con una en el vientre. Al caer, el segundo derribó la antorcha, y las llamas lo lamieron. Cuando su ropa se prendió, lanzó un aullido, y allí terminó toda esperanza de sigilo. Thoros gritó una orden, y los bandidos iniciaron el ataque.

Arya lo contempló todo montada a caballo desde la cima de un risco boscoso que dominaba el septrio, el molino, la destilería, los establos y la desolación de hierba marchita, árboles quemados y lodazales que rodeaban los edificios. Los árboles estaban casi desprovistos de hojas, y el escaso follaje dorado que aún colgaba de las ramas no le impedía la visión. Lord Beric había dejado a Dick Lampiño y a Mudge para vigilarlos. Arya no soportaba que la obligaran a quedarse atrás como a una niñita idiota, pero al menos tampoco permitían participar a Gendry. También sabía que no valía la pena discutir. Aquello era una batalla, y en las batallas había que obedecer.

Hacia el este, el horizonte brillaba dorado y rojo, y sobre ellos, la luna creciente se asomaba entre bancos de nubes bajas. Soplaba un viento fresco, y Arya alcanzaba a oír el ruido del agua del río y el chirrido de la gran hélice de palas de madera del molino. El aire del amanecer olía a lluvia, pero aún no había caído ni una gota. Las flechas en llamas surcaron las nieblas matutinas, dejando a su paso estelas de fuego, y fueron a clavarse en las paredes de madera del septrio. Unas cuantas se colaron a través de las contraventanas, y pronto se alzaron finas columnas de humo entre los tablones rotos.

Dos Titiriteros con hachas en las manos salieron corriendo del septrio, hombro con hombro. Anguy y el resto de los arqueros los aguardaban. Uno de los hombres murió al instante; el otro consiguió agacharse a tiempo, de manera que la flecha se le clavó en un hombro. Siguió adelante tambaleándose hasta que recibió dos nuevos flechazos, tan rápidos que no se sabía cuál le había acertado primero. Las largas saetas le perforaron el peto como si fuera de seda en lugar de acero. Se desplomó como un fardo. Anguy tenía unas flechas de punta fina y otras de cabeza ancha. Con una buena flecha de punta fina se

podía atravesar hasta la armadura más gruesa.

«Voy a aprender a disparar con arco», pensó Arya. Le encantaba luchar con la espada, pero se daba cuenta de que las flechas también eran muy útiles.

Las llamas crepitaban y subían por la pared más occidental del septrio, y un humo espeso salía por una ventana rota. Un ballestero myriense sacó la cabeza por otra ventana, disparó un dardo y se agachó rápidamente para volver a cargar el arma. También le llegaba el sonido de combates en los establos, gritos entremezclados con relinchos de caballos y con el estruendo metálico del acero.

«Matadlos a todos —pensó con gesto torvo. Se mordió el labio con tanta fuerza que notó sabor a sangre—. Matadlos a todos, hasta el último.»

El ballestero volvió a aparecer, pero apenas le dio tiempo a disparar antes de que tres flechas se acercaran silbando a su cabeza; una le acertó en el yelmo, y desapareció junto con su arma. Arya divisó llamas en varias ventanas del segundo piso. Entre el humo y la niebla matutina, el aire era una bruma blanca y negra. Anguy y el resto de los arqueros se estaban acercando más para localizar mejor los blancos.

En aquel momento, el septrio hizo erupción: los Titiriteros salieron en tropel como hormigas furiosas. Dos ibbeneses cruzaron la puerta, protegiéndose con escudos de piel marrón que sostenían ante ellos; los siguió un dothraki con un gran *arakh* curvo y campanillas en la trenza, y tras él, tres mercenarios volantinos con los cuerpos cubiertos de temibles tatuajes. Otros muchos salían por las ventanas y saltaban al suelo. Arya vio cómo uno recibía un flechazo en el pecho cuando ya había pasado una pierna por encima del alféizar, y oyó su grito al caer. El humo era cada vez más denso. Los dardos y las flechas iban y venían. Watty cayó emitiendo un gruñido, y el arco se le deslizó de la mano. Kyle intentaba poner otra flecha en el arco cuando un hombre vestido con armadura negra le atravesó el vientre de una lanzada. Oyó el grito de Lord Beric. El resto de su banda salió de las zanjas y de entre los árboles; todos con los aceros en la mano. Arya divisó la capa amarilla de Lim, que le ondeaba a la espalda mientras arrollaba con el caballo al hombre que había matado a Kyle. Thoros y Lord Beric estaban en todas partes a la vez con sus espadas llameantes. El sacerdote rojo golpeó un escudo de piel hasta que lo hizo pedazos, mientras su caballo pateaba el rostro del portador. Un dothraki lanzó un aullido y cargó contra el señor del relámpago; la espada llameante acudió al encuentro de su *arakh*. Las espadas se besaron, giraron en el aire y se volvieron a besar. En aquel momento, el cabello del dothraki estalló en llamas, y un instante más tarde, murió. También vio a Ned, que luchaba al lado del señor del relámpago.

«No es justo, sólo es un poco mayor que yo, a mí también me tendrían que dejar pelear.»

La batalla no fue larga. Los Compañeros Audaces que aún se mantenían en pie no tardaron en morir o en tirar las espadas. Dos de los dothrakis se las arreglaron para recuperar sus caballos y salir huyendo, pero sólo porque Lord

Beric se lo permitió.

—Dejad que vuelvan a Harrenhal con la noticia —dijo, con la espada llameante todavía en la mano—. Eso proporcionará unas cuantas noches de insomnio al Señor de las Sanguijuelas y a su Cabra.

Jack-con-Suerte, Harwin y Merrit de Aldealuna se enfrentaron a las llamas del septrio incendiado para buscar posibles prisioneros. Sólo tardaron unos momentos en salir del humo con ocho hermanos pardos, uno de los cuales estaba tan débil que Merrit lo tuvo que sacar cargado a hombros. También había con ellos un septon corpulento y casi calvo, pero sobre las túnicas grises llevaba una cota de mallas negra.

—Lo he encontrado en el hueco de las escaleras del sótano —dijo Jack entre toses.

—Tú eres Utt —dijo Thoros, sonriendo al verlo.

—El septon Utt, si no os importa. Un hombre dedicado a los dioses.

—¿Qué dios querría a gentuza como tú? —gruñó Lim.

—Es verdad que he pecado —gimoteó el septon—. Lo sé, lo sé. Perdóname, Padre. Sí, graves han sido mis pecados.

Arya se acordaba bien del septon Utt, al que había visto en Harrenhal. El bufón Shagwell decía que siempre lloraba y rezaba pidiendo perdón después de matar a un muchachito. En ocasiones llegaba incluso a pedir a los Titiriteros que lo flagelaran. A todos les parecía de lo más divertido.

Lord Beric envainó la espada, con lo que las llamas se extinguieron.

—Rematad a los moribundos para que no sigan sufriendo —ordenó—. A los otros, atadlos de pies y manos; vamos a juzgarlos.

Los juicios fueron rápidos. Diferentes bandidos relataron cosas que habían hecho los Compañeros Audaces: los saqueos en ciudades y aldeas, las cosechas quemadas, las mujeres violadas y asesinadas, los hombres mutilados y torturados... Unos cuantos hablaron también de los muchachitos que había matado el septon Utt. Mientras tanto, el septon no paraba de sollozar y de rezar.

—Soy un junco débil —le dijo a Lord Beric—. Rezo al Guerrero para que me dé fuerza, pero los dioses me hicieron débil. Apiadaros de mí. Esos niños, esos niños tan dulces... Yo no quería hacerles daño...

El septon Utt no tardó en estar colgado por el cuello de un alto olmo, meciéndose tan desnudo como en su día del nombre. Uno a uno lo siguieron los demás Compañeros Audaces. Algunos se resistieron, patalearon y se debatieron cuando les pusieron el nudo corredizo en torno a la garganta.

—¡Yo soldado, yo soldado! —gritaba sin cesar uno de los ballesteros con acento myriense muy cerrado.

Otro ofreció a sus captores llevarlos a donde tenían oro; un tercero los intentó convencer de que sería un bandido excelente. A todos y cada uno los desnudaron, los ataron y los ahorcaron. Tom Sietecuerdas tocó para ellos un cántico fúnebre con su lira, y Thoros imploró al Señor de la Luz que sus almas se asaran hasta el final de los tiempos.

«Un árbol con titiriteros como frutos», pensó Arya al verlos mecerse con las pieles blanquecinas teñidas de rojo por el reflejo de las llamas del septrio incendiado. Los cuervos ya empezaban a acercarse; parecían surgir de la nada. Los oyó graznar y lanzarse picotazos unos a otros, y se preguntó qué se estarían diciendo. Arya no había temido al septon Utt tanto como a Rorge, a Mordedor y a otros que todavía estaban en Harrenhal, pero se alegraba de que estuviera muerto. «También tendrían que haber colgado al Perro, o haberle cortado la cabeza.» En vez de eso, para su disgusto, los bandidos habían curado el brazo quemado de Sandor Clegane, le habían devuelto la espada, el caballo y la armadura, y lo habían puesto en libertad no muy lejos de la colina hueca. Lo único que le quitaron fue el oro.

El septrio no tardó en derrumbarse con estrépito entre el humo y las llamas; las paredes ya no podían seguir soportando el peso del tejado de pizarra. Los ocho hermanos pardos lo miraban con resignación. El más viejo, que llevaba al cuello una tira de cuero de la que pendía un martillito de hierro como símbolo de su devoción al Herrero, les explicó que eran los últimos que quedaban.

—Antes de que empezara la guerra éramos cuarenta y cuatro, y este lugar era próspero. Teníamos una docena de vacas lecheras y un toro, un centenar de panales, un viñedo y un pomar. Cuando vinieron los leones, se llevaron todo el vino, la leche y la miel; mataron a las vacas y prendieron fuego al viñedo. Después... He perdido la cuenta de todos los que nos visitaron. Este falso septon sólo ha sido el último. Había uno que era un monstruo... Le entregamos toda la plata que teníamos, pero no dejaba de decir que le escondíamos el oro, así que sus hombres nos fueron matando uno a uno para obligar a hablar al superior.

—¿Cómo sobrevivisteis vosotros ocho? —preguntó Anguy el Arquero.

—Me avergüenza reconocerlo, pero fui yo quien habló —dijo el anciano—. Cuando me llegó el turno de morir, les dije dónde escondíamos el oro.

—Hermano —le dijo Thoros de Myr—, la única vergüenza es no habérselo dicho antes.

Aquella noche, los bandidos se refugiaron en la destilería que se alzaba junto al riachuelo. Sus anfitriones tenían un escondrijo con comida bajo el suelo de los establos, de manera que compartieron una cena sencilla a base de pan de avena, cebollas y una aguada sopa de coles con un tenue sabor a ajo. Arya se dio por afortunada al encontrarse flotando en el cuenco una rodaja de zanahoria. Los hermanos no preguntaron los nombres de los bandidos en ningún momento.

«Lo saben», pensó Arya. Era imposible que no lo supieran. Lord Beric lucía un relámpago en la coraza, el escudo y la capa, y Thoros llevaba una túnica roja, o más bien lo que le quedaba de ella. Uno de los hermanos, un novicio joven, reunió valor para pedir al sacerdote rojo que no rezara a su falso dios mientras se encontrara bajo su techo.

—Y una mierda —dijo Lim *Capa de Limón*—. También es nuestro dios, y nos debéis la vida, joder. Además, ¿qué tiene de falso? Vale, vuestro herrero puede

arreglar una espada rota, pero ¿puede curar a un hombre roto?

—Ya basta, Lim —ordenó Lord Beric—. Estamos bajo su techo y cumpliremos sus normas.

—El sol no dejará de brillar porque nos saltemos una oración o dos —asintió Thoros—. Quién lo va a saber mejor que yo.

Lord Beric no comió nada. Arya no lo había visto ingerir alimentos, aunque de vez en cuando tomaba una copa de vino. Tampoco parecía dormir. Cerraba el ojo sano como si estuviera fatigado, pero cuando alguien le hablaba lo abría al instante. El señor marqueño seguía vistiendo la desastrada capa negra y la mellada coraza con el desportillado esmalte del relámpago. No se la quitaba ni para dormir. El acero negro ocultaba la espantosa herida que le había infligido el Perro, al igual que el grueso pañuelo de lana escondía el círculo oscuro que le rodeaba la garganta. Pero no había nada que ocultara a la vista la cabeza rota, con la sien hundida, ni el agujero carmesí del ojo que había perdido, ni la forma del cráneo bajo el rostro.

Arya lo miró con cautela mientras recordaba lo que había oído en Harrenhal sobre él. Lord Beric percibió su temor. Volvió la cabeza hacia ella y le hizo gestos para que se acercara.

—¿Te doy miedo, pequeña?

—No. —Se mordió el labio—. Sólo que... Pensaba que el Perro os había matado, pero...

—Lo hirió —dijo Lim *Capa de Limón*—. Fue una herida espantosa, desde luego, pero Thoros se la curó. Jamás ha habido mejor sanador.

Lord Beric lanzó a Lim una mirada extraña con el ojo sano; el otro no era más que un amasijo de cicatrices y sangre seca.

—El mejor sanador —asintió con cansancio—. Ya es hora del cambio de guardia, Lim. Por favor, encárgate tú.

—Sí, mi señor. —La larga capa amarilla de Lim se le arremolinó a la espalda cuando se volvió y salió a zancadas a la noche azotada por el viento.

—A veces, hasta los hombres más valientes se ciegan cuando les da miedo ver algo —comentó Lord Beric una vez Lim se hubo marchado—. ¿Cuántas veces me has traído ya de vuelta, Thoros?

—Quien te trae de vuelta es R'hllor, el Señor de la Luz —dijo el sacerdote rojo inclinando la cabeza—. Yo sólo soy su instrumento.

—¿Cuántas veces? —insistió Lord Beric.

—Seis —respondió Thoros de mala gana—. Y cada vez me cuesta más. Mi señor se ha vuelto imprudente. ¿Tan dulce es la muerte?

—¿Dulce? No, amigo mío. No tiene nada de dulce.

—Entonces no la cortejes tanto. Lord Tywin dirige a sus hombres desde la retaguardia, al igual que Lord Stannis. Lo más sensato sería que hicieras lo mismo. Una séptima muerte podría ser el fin para los dos.

—Aquí es donde Ser Burton Crakehall me rompió el yelmo y la cabeza de un golpe de mangual —dijo Lord Beric tocándose la cabeza, sobre la oreja

izquierda, donde le habían hundido la sien. Se quitó el pañuelo y dejó a la vista la magulladura negra que le rodeaba el cuello—. Ésta es la marca que me dejó la manticora en Aguasbravas. Hizo prisioneros a un pobre apicultor y a su esposa pensando que eran seguidores míos, y proclamó a los cuatro vientos que los ahorcaría a menos que me entregara. Me entregué, pero aun así los colgó, y a mí entre los dos. —Se llevó un dedo al agujero rojo que había sido su ojo—. Aquí es donde la Montaña me clavó la daga a través del visor. —La sombra de una sonrisa cansada le aleteó en los labios—. Ya van tres veces que muero a manos de la Casa Clegane. A estas alturas, debería haber aprendido la lección.

Arya sabía que era una broma, pero Thoros no se rió. Puso una mano en el hombro de Lord Beric.

—No pienses en eso.

—¿Cómo voy a pensar en algo que apenas recuerdo? Hubo un tiempo en que tenía un castillo en las Marcas y estaba comprometido para casarme con una mujer, pero hoy no sabría encontrar aquel castillo ni te podría decir de qué color tenía la mujer el pelo. ¿Quién me armó caballero, viejo amigo? ¿Cuáles eran mis comidas favoritas? Todo se va desvaneciendo. A veces creo que nací sobre la hierba ensangrentada de aquel bosquecillo de fresnos, con el sabor de la sangre en la boca y un agujero en el pecho. ¿Eres tú mi madre, Thoros?

Arya contempló al sacerdote myriense, con su cabellera desastrada, los harapos rosados y los restos de armadura vieja. Una incipiente barba gris le cubría las mejillas y la piel flácida debajo de la barbilla. No se parecía en nada a los magos de las historias de la Vieja Tata, pero tal vez...

—¿Podríais devolver la vida a un hombre que no tuviera cabeza? —le preguntó—. Sólo una vez, no seis. ¿Podríais?

—No hago magia, pequeña. Yo sólo rezo. Aquella primera vez, su señoría tenía un agujero que lo atravesaba y la boca llena de sangre, y supe que no había ninguna esperanza. De modo que, cuando su pecho herido dejó de moverse, le di el beso del buen Dios para enviarlo hacia él. Me llené la boca de fuego y le insuflé las llamas; le llené con ellas la garganta, los pulmones, el corazón y el alma. Es lo que llaman «el último beso», más de una vez vi a los viejos sacerdotes dárselo a los siervos del Señor cuando morían. Yo mismo lo había dado un par de veces, como corresponde a todo sacerdote. Pero jamás hasta entonces había sentido a un hombre muerto estremecerse cuando el fuego lo llenaba ni abrir los ojos de nuevo. No fui yo quien lo trajo de vuelta, mi señora. Fue el Señor. R'hllor aún tiene planes para él. La vida es calor, y el calor es fuego, y el fuego es de Dios, sólo de Dios.

A Arya se le llenaron los ojos de lágrimas. Thoros había empleado muchas palabras, pero todas significaban «no»; le había quedado muy claro.

—Tu padre era un buen hombre —dijo Lord Beric—. Harwin me ha hablado mucho de él. De buena gana perdonaría tu rescate en su memoria, pero necesitamos el oro con desesperación.

«Parece que dice la verdad», pensó Arya mordiéndose el labio. Sabía que

Lord Beric había entregado el oro del Perro a Barbaverde y al Cazador para que compraran provisiones al sur del Mander.

—La última cosecha se quemó; ésta se está ahogando, y pronto se nos echará encima el invierno —le había oído decir cuando los envió con el encargo—. El pueblo necesita grano y semillas, y nosotros, espadas y caballos. Demasiados de mis hombres van montados sobre jacos, caballos de tiro y mulas al encuentro de enemigos que cabalgan sobre corceles y caballos de batalla.

Lo que Arya no sabía era cuánto podría pagar Robb por ella. Era todo un rey, no el niño al que había dejado en Invernalia jugando con la nieve. Y si se enteraba de las cosas que había hecho, de lo del mozo de cuadras, el guardia en Harrenhal y todo lo demás...

—¿Qué pasa si mi hermano no quiere pagar el rescate?

—¿Por qué dices eso? —preguntó Lord Beric.

—Bueno... —titubeó Arya—, tengo el pelo revuelto y las uñas sucias y los pies llenos de callos.

Lo más probable era que a Robb eso no le importara, pero a su madre, sí. Lady Catelyn siempre había querido que fuera como Sansa, que cantara, bailara, cosiera y fuera cortés. Sólo con pensarlo, Arya sintió el impulso irrefrenable de peinarse el cabello con los dedos, pero lo tenía todo enmarañado y apelmazado, y lo único que consiguió fue arrancarse un mechón.

—Estropeé el vestido que me regaló Lady Smallwood, y no coso muy bien. —Se mordió el labio—. Quiero decir que no coso nada bien. La septa Mordane siempre me decía que tenía manos de herrero.

—¿Con esos deditos tan blandos? —le dijo Gendry soltando una carcajada—. No podrías ni coger un martillo.

—¡Sí que podría si me diera la gana! —le espetó.

Thoros rió entre dientes.

—Tu hermano pagará, pequeña. Por eso no tengas miedo.

—Ya, pero ¿y si no quiere? —insistió.

—En ese caso te enviaría una temporada con Lady Smallwood, o tal vez a mi castillo de Refugionegro. —Lord Beric dejó escapar un suspiro—. Pero estoy seguro de que no hará falta. No está en mi poder devolverte a tu padre, igual que tampoco puede hacerlo Thoros, pero al menos me puedo encargar de que vuelvas sana y salva a los brazos de tu madre.

—¿Me lo juráis? —le preguntó. Yoren también le había prometido llevarla a casa, y en vez de eso lo habían matado.

—Por mi honor de caballero —le aseguró con solemnidad el señor del relámpago.

Llovía cuando Lim volvió a la taberna mascullando maldiciones; el agua que le chorreaba de la capa amarilla formó un charco en el suelo. Anguy y Jack-con-Suerte estaban haciendo rodar los dados, pero jugaran a lo que jugaran, el tuerto Jack no tenía suerte nunca. Tom Sietecuerdas sustituyó una cuerda rota de su lira y les cantó «Las lágrimas de la Madre», «Cuando la mujer de Willum

se mojó», «Lord Harte salió a cabalgar en un día lluvioso» y, por último, «Las lluvias de Castamere».

Y quién sois vos, preguntó el orgulloso señor,
para haceros tales reverencias?
Sólo soy un gato con diferente pelaje,
y ésa es toda la esencia;
con pelaje dorado o pelaje carmesí,
el león garras sigue teniendo,
y las mías son tan largas y afiladas, mi señor,
como las que vais exhibiendo.
De esa manera habló, eso fue lo que dijo
el señor de Castamere,
pero ahora las lluvias lloran en sus salones,
y nadie oírlas puede.
Sí, ahora las lluvias lloran en sus salones,
y ni un alma oírlas puede.

Por fin a Tom se le acabaron las canciones que hablaban de lluvias y dejó la lira a un lado. Entonces sólo les quedó el sonido de la propia lluvia, que repiqueteaba contra el tejado de pizarra de la destilería. La partida de dados terminó, y Arya se dedicó a sostenerse primero sobre una pierna y luego sobre otra mientras escuchaba cómo Merrit se quejaba de que a su caballo se le había caído una herradura.

—Si queréis se la pongo yo —intervino Gendry de repente—. Sólo era aprendiz, pero mi maestro decía que tenía buena mano para el martillo. Sé herrar caballos, arreglar rotos en las cotas de mallas y quitar las mellas de las armaduras. Seguro que también podría hacer espadas.

—¿Qué quieres decir, muchacho? —preguntó Harwin.

—Trabajaré como herrero para vosotros. —Gendry se dejó caer sobre una rodilla ante Lord Beric—. Si me aceptáis puedo seros útil, mi señor. Antes hacía herramientas y cuchillos, y también hice un casco que no estaba nada mal. Uno de los hombres de la Montaña me lo robó cuando me cogieron prisionero.

«Él también quiere abandonarme», pensó Arya mordiéndose el labio.

—Harías mejor en ir a servir a Lord Tully en Aguasdulces —dijo Lord Beric—. Yo no puedo pagar tus servicios.

—No me han pagado nunca. Sólo quiero una fragua, comida a la hora de comer y un lugar donde dormir. Eso es todo, mi señor.

—En cualquier lugar darían la bienvenida a un herrero. Todavía más si es un armero hábil. ¿Por qué ibas a preferir quedarte con nosotros?

Arya vio como Gendry hacía una mueca con su cara de idiota, en un esfuerzo por pensar.

—En la colina hueca... No sé, me gustó lo que dijisteis de que erais hombres del rey Robert y también hermanos. Me gustó que juzgarais al Perro. Lord Bolton lo que hacía era cortar cabezas y ahorcar a la gente, y Lord Tywin y Ser

Amory igual. Prefiero trabajar como herrero para vosotros.

—Tenemos muchas armaduras que necesitan arreglos, mi señor —le recordó Jack a Lord Beric—. La mayor parte se las cogemos a los muertos, y tienen los agujeros por los que les entró la muerte.

—Tú debes de ser corto de entendederas, chico —dijo Lim—. Somos bandidos. La mayoría somos escoria de baja estofa, menos su señoría, claro. No te creas que esto es como en las canciones del bobo de Tom. No le arrancarás un beso a ninguna princesa ni participarás en un torneo con una armadura robada. Si te unes a nosotros, acabarás colgado de un árbol o con la cabeza en una pica sobre las puertas de cualquier castillo.

—Es lo mismo que os harían a vosotros —dijo Gendry.

—Es verdad —replicó alegremente Jack-con-Suerte—. Los cuervos nos esperan a todos. Mi señor, este chaval parece valiente, y necesitamos lo que nos podría aportar. Por mi parte voto que lo aceptemos.

—Y deprisa —sugirió Harwin con una risita—, antes de que se le pase la fiebre y recupere el sentido común.

—Thoros, tráeme la espada. —Una sonrisa débil rozaba los labios de Lord Beric. En aquella ocasión, el señor del relámpago no prendió fuego a la espada, sino que se limitó a rozar con ella el hombro de Gendry—. Gendry, ¿juras ante los ojos de los hombres y los dioses defender a los indefensos, proteger a las mujeres y a los niños, obedecer a tus capitanes, a tu señor y a tu rey, luchar con valentía cuando sea necesario y cumplir las tareas que se te encomienden, por duras, humildes o peligrosas que sean?

—Sí, mi señor.

El señor marqueño pasó la espada del hombro derecho al izquierdo.

—Levantaos, Ser Gendry, caballero de la colina hueca, y sed bienvenido a nuestra hermandad.

Desde la puerta les llegó una carcajada brusca, gutural.

Estaba empapado por la lluvia. Llevaba el brazo quemado envuelto en hojas y tiras de lino, sujeto contra el pecho con un tosco cabestrillo de cuerdas. Pero las quemaduras antiguas que le marcaban el rostro brillaban negras a la luz de la pequeña hoguera.

—¿Qué, Dondarrion, armando más caballeros? —gruñó el intruso—. Sólo por eso tendría que volver a matarte.

—Tenía la esperanza de no volver a verte, Clegane. —Lord Beric se enfrentaba a él con gesto frío—. ¿Cómo nos has encontrado?

—No me ha costado gran cosa. La mierda de humareda que habéis montado se ve hasta en Antigua.

—¿Qué ha pasado con los centinelas que dejé apostados?

—¿Esos dos ciegos? —Clegane hizo una mueca—. Los podría haber matado y ni se habrían enterado. ¿Qué habríais hecho en ese caso?

Anguy echó mano del arco. Notch lo imitó.

—¿Tantas ganas tienes de morir, Sandor? —preguntó Thoros—. Debes de

estar loco o borracho para habernos seguido.

—¿Borracho de qué, de lluvia? No me dejasteis oro suficiente ni para una copa de vino, retoños de ramera.

—Somos bandidos. —Anguy sacó una flecha—. Los bandidos roban. Lo dice en todas las canciones; seguro que Tom te canta alguna si se lo pides por favor. Da gracias de que no te matamos.

—Inténtalo si te atreves, arquero. Te apuesto lo que quieras a que te quito el carcaj y te meto las flechas por el culo.

Anguy levantó el arco, pero antes de que pudiera disparar, Lord Beric lo detuvo con un gesto de la mano.

—¿A qué has venido, Clegane?

—A recuperar lo que me pertenece.

—¿El oro?

—Pues claro. Te garantizo que no ha sido por el placer de volver a verte la cara, Dondarrion. Ahora eres más feo que yo. Y encima te has convertido en un caballero ladrón.

—Te di una nota a cambio de tu oro —dijo Lord Beric con calma—. Una promesa de pago cuando termine la guerra.

—Con tu papel me limpié el culo. Devuélveme el oro.

—Ya no lo tenemos. Se lo di a Barbaverde y al Cazador para que fueran al sur a comprar grano y semillas al otro lado del Mander.

—Para alimentar a la gente cuyas cosechas quemaste —intervino Gendry.

—Ah, ¿ésas tenemos? —Sandor Clegane se rió de nuevo—. Pues resulta que es lo mismo que pretendía hacer con él. Dar de comer a un montón de campesinos sucios y a sus cachorros picados de viruelas.

—Es mentira —dijo Gendry.

—Vaya, así que el chico tiene lengua. ¿Por qué los crees a ellos y no a mí? No será por mi cara, ¿verdad? —Clegane miró a Arya—. ¿También la vas a armar caballero, Dondarrion? ¿La primera niña de ocho años en la historia de la caballería?

—Tengo doce —mintió Arya en voz alta—. Y si quisiera podría ser caballero. También te podría haber matado, pero Lim me quitó el cuchillo. —Sólo de recordarlo se ponía furiosa otra vez.

—Pues ve con las quejas a Lim, no a mí. Y luego, mete el rabo entre las piernas y huye. ¿No sabes qué les hacen los perros a los lobos?

—La próxima vez te mataré. ¡Y también a tu hermano!

—No. —Entrecerró los ojos oscuros—. Eso te aseguro que no. —Se volvió de nuevo hacia Lord Beric—. Oye, ¿por qué no armas caballero a mi caballo? No caga nunca cuando está en un salón y no cocea demasiado; se lo merece. A menos que también pretendas robármelo.

—Más te vale montar en ese caballo y largarte —le advirtió Lim.

—Me iré con mi oro. Vuestro dios me declaró inocente.

—El Señor de la Luz te perdonó la vida —declaró Thoros de Myr—. No dijo

que fueras Baelor *el Santo*.

El sacerdote rojo desenvainó la espada, y Arya vio que Jack y Merrit también tenían las armas en las manos. Lord Beric aún sostenía la hoja con la que había armado caballero a Gendry.

«A lo mejor esta vez lo matan.»

—Sois unos vulgares ladrones. —El Perro volvió a fruncir los labios.

—Tus amigos leones entran en los pueblos, se llevan todos los alimentos y todo el dinero que encuentran, y dicen que eso es «forrajear». —Lim estaba furioso—. Los lobos hacen lo mismo; ¿por qué no lo vamos a hacer nosotros? No te hemos robado, perro. Estábamos «forrajeando».

Sandor Clegane les miró los rostros uno por uno, como si quisiera memorizarlos. Luego, sin añadir palabra, se dio la vuelta y salió de nuevo a la oscuridad y a la lluvia de donde había llegado. Los bandidos aguardaron, titubeantes...

—Más vale que vaya a ver qué les ha hecho a los centinelas. —Harwin se asomó con cautela antes de salir, para asegurarse de que el Perro no aguardaba al acecho junto a la puerta.

—Además, ¿cómo se las había apañado ese cabrón de mierda para juntar tanto oro? —preguntó Lim Capa de Limón para aliviar un poco el ambiente.

—Ganó el torneo de la Mano en Desembarco del Rey —dijo Anguy encogiéndose de hombros; luego sonrió—. Yo también gané una fortuna, pero después conocí a Dancy, a Jayde y a Alayaya. Me enseñaron cómo sabe el cisne asado y qué se siente al bañarse en vino del Rejo.

—Así que te measte todo el oro, ¿eh? —rió Harwin.

—Todo no. También compré estas botas y esta daga tan buena.

—Lo que tendrías que haber comprado es una parcela de tierra —dijo Jack-con-Suerte—, y haber hecho una mujer honrada de una de esas chicas que asaban cisnes. Y sembrar una cosecha de nabos y otra de hijos.

—¡El Guerrero me libre! Habría sido un desperdicio convertir mi oro en nabos.

—A mí me encantan los nabos —se ofendió Jack—. Mira, ahora mismo me gustaría tener delante un buen puré de nabos.

Thoros de Myr hizo caso omiso de las chanzas.

—El Perro no ha perdido sólo unas bolsas de monedas —meditó—. También ha perdido a su amo y su perrera. No puede volver con los Lannister; el Joven Lobo no lo aceptaría jamás en sus filas, y no creo que su hermano quiera volver a verlo. Me parece que ese oro era todo lo que le quedaba.

—Mierda —dijo Watty *el Molinero*—. Entonces seguro que vuelve para matarnos cuando estemos dormidos.

—No. —Lord Beric había envainado la espada—. Sandor Clegane nos mataría a todos de buena gana, pero no mientras dormimos. Anguy, mañana por la mañana quiero que vayas en la retaguardia con Dick Lampiño. Si Clegane nos sigue todavía, mata a su caballo.

—Es un caballo estupendo —protestó Anguy.

—Eso —dijo Lim—. A quien tendríamos que matar es al jinete. El caballo nos sería muy útil.

—Opino lo mismo que Lim —dijo Notch—. Deja que le clave unas cuantas flechas al Perro; ya verás cómo cambia de idea.

—Bajo la colina hueca, Clegane se ganó el derecho a vivir —dijo Lord Beric sacudiendo la cabeza—. No se lo voy a arrebatar.

—Mi señor habla con sabiduría —dijo Thoros a los demás—. Un juicio por combate es sagrado, hermanos. Todos me oísteis pedir a R'hllor su intervención; visteis cómo su mano quebró la espada de Lord Beric justo cuando iba a matarlo. Parece que el Señor de la Luz aún tiene planes para el Perro de Joffrey.

Harwin no tardó en volver a la destilería.

—Pies de Flan estaba dormido como un tronco, pero ileso.

—Ya verás cuando lo coja yo —dijo Lim—. Le voy a hacer otro agujero en el culo. Por su culpa nos podrían haber matado a todos.

Aquella noche, nadie durmió bien sabiendo que Sandor Clegane estaba cerca, en la oscuridad, al acecho. Arya se acurrucó cerca del fuego cómoda y abrigada, pero no conseguía conciliar el sueño. Sacó la moneda que le había dado Jaqen H'ghar y la apretó en la mano mientras se arrebujaba bajo la capa. Siempre que la sostenía se sentía más fuerte al recordar que ella había sido el fantasma de Harrenhal, que en aquellos días podía matar con un susurro.

Pero Jaqen se había ido, la había abandonado.

«Pastel Caliente también me abandonó, y ahora, Gendry.» Lommy había muerto, Yoren había muerto, Syrio Forel había muerto, hasta su padre había muerto, y Jaqen le había dado una maldita moneda de hierro antes de desaparecer.

—*Valar morghulis* —susurró en voz baja. Apretó el puño con fuerza, tanto que los bordes duros de la moneda se le clavaron en la palma de la mano—. Ser Gregor, Dunsen, Polliver, Raff *el Dulce*. El Cosquillas y el Perro. Ser Ilyn, Ser Meryn, el rey Joffrey, la reina Cersei.

Arya trató de imaginarse qué aspecto tendrían muertos, pero le costaba recordar sus rostros. Al Perro sí lo podía visualizar, y a su hermano, la Montaña, y desde luego, jamás olvidaría la cara de Joffrey ni la de su madre... pero las de Raff, Dunsen y Polliver empezaban a desvanecerse, incluso la del Cosquillas, que tenía un aspecto tan común.

Al final, el sueño se apoderó de ella, pero en mitad de la noche, Arya se volvió a despertar con un hormigueo. Del fuego apenas quedaban unas brasas. Mudge estaba de pie junto a la puerta, y otro guardia paseaba en el exterior. La lluvia había cesado; a oídos de Arya llegaron los aullidos de los lobos.

«Están muy cerca y son muchos —pensó. Parecía que estuvieran en torno a los establos, que eran docenas, o tal vez cientos—. Ojalá se coman al Perro.» Se acordó de lo que había dicho sobre los lobos y los perros.

Cuando llegó la mañana, el septon Utt seguía balanceándose colgado del

árbol, pero los hermanos pardos estaban bajo la lluvia con palas y excavaban tumbas poco profundas para los otros muertos. Lord Beric les agradeció que les hubieran proporcionado techo y comida, y les dio una bolsa de venados de plata para contribuir a la reconstrucción. Harwin, Luke *el Lúcido* y Watty *el Molinero* salieron a explorar, pero no encontraron lobos ni perros.

Mientras Arya ajustaba la cincha de la silla de montar, Gendry se le acercó para decirle que lo sentía. Ella puso el pie en el estribo y montó para poder mirarlo desde arriba, en vez de desde abajo.

«Podrías haber hecho espadas para mi hermano en Aguasdulces», pensó. Pero no fue eso lo que dijo.

—Así que quieres ser un idiota caballero bandido y que te ahorquen —le espetó—. ¿Y a mí qué? Yo estaré en Aguasdulces con mi hermano en cuanto paguen el rescate.

Por suerte, aquel día no llovió, y consiguieron avanzar bastante, para variar.

BRAN

La torre se alzaba sobre una isla; su gemela se reflejaba en las tranquilas aguas azules. Cuando soplaba el viento, las ondas del agua recorrían la superficie del lago y se perseguían como chiquillos juguetones. A lo largo de la orilla, los robles crecían gruesos, muy juntos, con un lecho de bellotas debajo. Más allá estaba la aldea, o más bien lo que quedaba de ella.

Era la primera aldea que veían desde que habían dejado atrás la base de las colinas. Meera se había adelantado para asegurarse de que no acechaba nadie en las ruinas. Se deslizó entre los robles y los manzanos, con la red y la lanza en la mano, y asustó a tres ciervos de pelaje rojizo, que escaparon a saltos entre la maleza. *Verano* vio el relámpago de movimiento y al instante se abalanzó hacia ellos. Bran observó cómo se lanzaba a la caza el lobo huargo y, por un momento, lo que más deseó en el mundo fue meterse en su piel y correr con él, pero Meera les estaba haciendo señales para que se acercaran. Se apartó de *Verano* de mala gana y ordenó a Hodor que echara a andar hacia la aldea; Jojen los siguió de cerca.

Bran sabía que desde allí hasta el Muro sólo encontrarían pastizales, campos sin cultivar, colinas de pendientes suaves y poca altura, con prados en la parte superior y zonas encharcadas en la inferior. El camino sería mucho más sencillo que el que habían recorrido por las montañas, pero a Meera la intranquilizaba tanto espacio abierto.

—Me siento como desnuda —confesó—. No hay lugar donde esconderse.

—¿A quién pertenecen estas tierras? —preguntó Jojen a Bran.

—A la Guardia de la Noche —le respondió—. Esto es el Agasajo. El Nuevo Agasajo, y al norte está el Agasajo de Brandon. —El maestre Luwin le había enseñado la historia—. Brandon *el Constructor* entregó a los hermanos negros todas las tierras al sur del Muro hasta una distancia de veinticinco leguas. Para su... para su sustento y subsistencia. —Se sintió orgulloso de acordarse de una frase tan difícil—. Algunos maestres creen que fue otro Brandon, no el Constructor, pero sigue llamándose el Agasajo de Brandon. Miles de años después, la Bondadosa Reina Alysanne visitó el Muro a lomos de su dragón *Ala de Plata* y le pareció que los hombres de la Guardia de la Noche eran tan valientes que hizo que el Viejo Rey duplicara la extensión de sus tierras hasta cincuenta leguas. Así que eso fue el Nuevo Agasajo. —Señaló a su alrededor—. Esto. Todo esto.

A Bran le resultaba evidente que en aquella aldea no vivía nadie desde hacía años. Todas las casas se estaban derrumbando, hasta la posada. Por su aspecto, como posada nunca había sido gran cosa, pero en aquellos momentos

lo único que quedaba en pie era una chimenea de piedra y dos paredes llenas de grietas que se alzaban entre una docena de manzanos. Uno crecía en el suelo de la sala común, rodeado de una alfombra de hojas marrones húmedas y manzanas podridas. Su olor denso, de un aroma dulzón y empalagoso, resultaba casi insoportable. Meera pinchó unas cuantas manzanas con la fisga en busca de alguna que todavía fuera comestible, pero todas estaban demasiado podridas y agusanadas.

Era un lugar tranquilo, silencioso, pacífico y de una belleza innegable, pero a Bran le pareció que una posada abandonada tenía un aire triste y, por lo visto, Hodor también sentía lo mismo.

—¿Hodor? —dijo con tono confuso—. ¿Hodor? ¿Hodor?

—Esta tierra es buena. —Jojen cogió un puñado y la frotó entre los dedos—. Una aldea, una posada, un torreón resistente junto al lago, todos estos manzanos... pero ¿dónde está la gente, Bran? ¿Por qué abandonarían un sitio así?

—Seguro que tenían miedo de los salvajes —dijo Bran—. Los salvajes vienen por el Muro o por las montañas para saquear, robar y llevarse a las mujeres. Si te cogen, te convierten el cráneo en una copa para beber sangre. Eso nos decía la Vieja Tata. La Guardia de la Noche no es tan fuerte como en tiempos de Brandon ni de la reina Alysanne, así que cada vez vienen más. Los lugares más cercanos al Muro sufrían saqueos tan frecuentes que la gente se trasladó más al sur, a las montañas o a las tierras de los Umber, al este del camino Real. A los vasallos del Gran Jon también los saqueaban, pero no tanto como a los que vivían antes en el Agasajo.

Jojen Reed giró la cabeza muy despacio, escuchando una música que sólo él oía.

—Tenemos que refugiarnos aquí. Se acerca una tormenta. Muy fuerte.

Bran alzó la vista hacia el cielo. Había sido un día otoñal claro y luminoso, soleado, casi cálido, pero era cierto que se empezaban a acumular nubes oscuras en el cielo del oeste, y el viento soplaba cada vez más fuerte.

—La posada no tiene tejado y sólo le quedan dos paredes —señaló—. Deberíamos ir al torreón.

—Hodor —dijo Hodor.

Tal vez estuviera de acuerdo.

—No tenemos bote, Bran. —Meera pinchaba las hojas con la fisga, distraída.

—Hay un camino, un sendero de piedra oculto bajo el agua. Podríamos llegar andando. —Bueno, ellos podrían llegar andando; él tendría que ir cargado a la espalda de Hodor, pero al menos así no se mojaría.

Los Reed se miraron.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jojen—. ¿Habías estado antes aquí, mi príncipe?

—No, me lo contó la Vieja Tata. La parte de arriba del torreón es una

corona dorada, ¿veis? —Señaló hacia el otro lado del lago. Entre las almenas se veían restos de pintura color oro descascarillada—. La reina Alysanne durmió allí, de manera que en su honor pintaron las almenas de dorado.

—¿Un camino? —Jojen escudriñó el lago—. ¿Estás seguro?

—Segurísimo —dijo Bran.

Sabiendo dónde buscar, Meera lo encontró enseguida: era un camino de piedras de una vara de anchura que se adentraba en el lago. Los guió paso a paso, tanteando frente a sí con la fisga. Alcanzaban a ver el punto donde el sendero emergía de nuevo al llegar a la isla y se transformaba en un corto tramo de peldaños que llevaban a la puerta del torreón.

Sendero, peldaños y puerta estaban en línea recta, lo que podía hacer pensar que el camino no tenía curvas, pero no era así. Zigzagueaba bajo el lago y rodeaba un tercio de la isla antes de regresar al que parecía su curso inicial. Los giros eran traicioneros, y la longitud del camino hacía que cualquiera que se acercara a la torre estuviera expuesto a las flechas que le dispararan desde allí durante mucho rato. Las piedras escondidas, además, eran resbaladizas y estaban cubiertas de lodo; Hodor casi perdió pie en dos ocasiones.

—Hodor —gritó alarmado antes de recuperar el equilibrio.

La segunda vez, Bran se asustó mucho. Si Hodor se caía al lago mientras lo llevaba a él en la cesta, era muy posible que se ahogara, sobre todo si el corpulento mozo de cuadras se ponía nervioso y se olvidaba de dónde estaba Bran, cosa que pasaba de vez en cuando.

«Tendríamos que habernos quedado en la posada, bajo aquel manzano», pensó, pero ya era demasiado tarde.

Por suerte no hubo una tercera vez, y a Hodor el agua no le pasó de la cintura en ningún momento, aunque los Reed estaban empapados casi hasta el cuello.

No tardaron mucho más en llegar a la isla y en subir por los peldaños que llevaban al torreón. La puerta seguía siendo recia, aunque los gruesos tablones de roble se habían combado con los años y ya no cerraba bien. Meera la abrió del todo; las bisagras de hierro oxidadas gimieron. El dintel era muy bajo.

—Agáchate, Hodor —dijo Bran. El gigante obedeció, pero no lo suficiente para evitar que Bran se golpeara la cabeza—. Qué daño —se quejó.

—Hodor —dijo Hodor al tiempo que se erguía.

Se encontraron en una cámara aislada en penumbra, tan pequeña que apenas cabían los cuatro juntos. Los peldaños excavados en la pared interior de la torre subían describiendo una curva a su izquierda, y bajaban a su derecha detrás de verjas de hierro. Bran alzó la vista y divisó otra verja justo encima de él. «Un matacán.» Se alegró de que arriba no hubiera nadie dispuesto a arrojar aceite hirviendo sobre ellos.

Las verjas estaban cerradas, pero los barrotes de hierro estaban rojos de óxido. Hodor agarró la de la izquierda y le dio un tirón tan fuerte que gruñó por el esfuerzo. No consiguió nada. Trató de empujar, pero tampoco tuvo éxito.

Sacudió los barrotes, les dio patadas, los embistió con el hombro, los sacudió y aporreó las bisagras con aquellas manos enormes hasta que el aire se llenó de fragmentos oxidados, pero la puerta de hierro no cedió. La que estaba bajo la bóveda tampoco cedió.

—No hay manera de entrar —dijo Meera, encogiéndose de hombros.

Bran, sentado en su cesta a la espalda de Hodor, tenía el matacán justo encima de la cabeza. Alzó los brazos y agarró los barrotes para darles un tirón. La reja se vino abajo en medio de una cascada de óxido y piedra desmenuzada.

—¡Hodor! —gritó Hodor.

La pesada verja de hierro golpeó a Bran en la cabeza y fue a estrellarse cerca de los pies de Jojen, que la apartó de una patada. Meera se echó a reír.

—Vaya, vaya, mi príncipe —dijo—. Si eres más fuerte que Hodor.

Bran se sonrojó.

Ya con el paso abierto, Hodor no tuvo dificultades en aupar a Meera y a Jojen por el matacán. Luego, los lacustres cogieron a Bran por los brazos y lo izaron. Lo difícil fue subir a Hodor, que pesaba demasiado para que los Reed lo levantaran como habían hecho con Bran. Al final, el chico le dijo que saliera a buscar unas cuantas piedras grandes. En la isla las había en abundancia, así que Hodor no tuvo dificultad en hacer un montón lo suficientemente alto para subirse en él y auparse hasta el agujero.

—Hodor —jadeó feliz al tiempo que les sonreía.

Se encontraban en un laberinto de celdas pequeñas, oscuras y vacías, pero Meera siguió explorando hasta que encontró el camino que llevaba a las escaleras. Cuanto más subían, más luz había. En el tercer piso el grueso muro que daba al exterior estaba lleno de troneras; en el cuarto había ventanas de verdad, y el quinto, el más alto, era una gran estancia de forma redonda con tres puertas rematadas en arco que daban a balcones de piedra. También había una recámara con un excusado sobre un conducto de desagüe que iba a dar directamente al lago.

Cuando llegaron al tejado, el cielo estaba encapotado por completo, y las nubes que se divisaban hacia el oeste eran negras. El viento soplaba con tanta fuerza que hacía restallar la capa de Bran.

—Hodor —dijo Hodor al oír tanto ruido.

—Me siento casi como un gigante en lo más alto del mundo —dijo Meera, describiendo un círculo.

—En el Cuello hay árboles el doble de altos que esta torre —le recordó su hermano.

—Sí, pero tienen a su alrededor otros árboles igual de altos —dijo Meera—. En el Cuello, el mundo está más apretado y el cielo es mucho más pequeño. En cambio aquí... ¿No notas ese viento, hermano? Y mira lo grande que se ha vuelto el mundo.

Era verdad, desde allí se divisaba una vasta extensión de tierra. Hacia el sur se alzaban las colinas y, detrás de ellas, las montañas grises y verdes. Las

llanuras ondulantes del Nuevo Agasajo se extendían en el resto de las direcciones hasta donde alcanzaba la vista.

—Pensaba que desde aquí ya podríamos ver el Muro —dijo Bran, decepcionado—. Qué tontería, si debemos de estar aún a cincuenta leguas o más. —Sólo con pensarlo se sentía cansado y muerto de frío—. ¿Qué haremos cuando lleguemos al Muro, Jojen? Mi tío siempre decía que era muy grande. Tiene trescientas varas de altura y es tan grueso que las puertas que hay en la base más bien parecen túneles de hielo. ¿Cómo lo vamos a cruzar para buscar al cuervo de tres ojos?

—Tengo entendido que a lo largo del Muro hay castillos abandonados —respondió Jojen—. Son fuertes que construyó la Guardia de la Noche, y que ahora están desiertos. Puede que lo más fácil sea cruzar por uno de ellos.

La Vieja Tata solía llamarlos «castillos fantasma». En cierta ocasión, el maestre Luwin había hecho que Bran se aprendiera los nombres de todos y cada uno de los fuertes del Muro. Le había costado bastante porque había diecinueve, aunque no habían estado habitados a la vez más allá de diecisiete. Durante el banquete celebrado en honor de la visita del rey Robert a Invernalia, Bran le había recitado los nombres a su tío Benjen, primero de este a oeste y luego de oeste a este. Benjen Stark se había echado a reír.

—Te lo sabes mejor que yo, Bran —le había dicho—. Deberías ser tú el capitán de los exploradores. Si te parece bien, yo me quedaré aquí y tú irás a sustituirme.

Eso había sido antes de que Bran se cayera, claro. Antes de que se rompiera. Cuando despertó convertido en un tullido, su tío ya había regresado al Castillo Negro.

—Mi tío me contó que, cuando había que abandonar un castillo, las puertas del Muro se sellaban con hielo y piedras —dijo.

—Pues tendremos que abrirlas —respondió Meera.

—No deberíamos abrirlas. —Aquello no le terminaba de gustar—. Pueden entrar cosas malas del otro lado. Tendríamos que ir al Castillo Negro y decirle al Lord Comandante que nos deje pasar.

—Alteza —objetó Jojen—, tenemos que evitar el Castillo Negro, igual que evitamos el camino Real. Allí hay cientos de hombres.

—Hombres de la Guardia de la Noche —dijo Bran—. Entre sus juramentos está el de no tomar parte en guerras y cosas de ésas.

—Sí —reconoció Jojen—, pero bastaría con un hombre que deseara dejar de vestir el negro para que se desvelara vuestro secreto; podría venderlo a los hombres del hierro o al Bastardo de Bolton. Además, no tenemos ninguna certeza de que la Guardia nos dejara pasar. Puede que nos retuvieran o que nos obligaran a retroceder.

—Pero mi padre era amigo de la Guardia de la Noche, y mi tío es el capitán de los exploradores. Quizá sepa dónde vive el cuervo de tres ojos. Además, en el Castillo Negro está Jon. —Bran albergaba la esperanza de volver a ver a Jon y

a su tío. Los últimos hermanos negros que visitaron Invernalia contaron que Benjen Stark había desaparecido durante una exploración, pero a aquellas alturas seguro que ya había regresado—. Y apuesto a que la Guardia nos da caballos si se los pedimos —insistió.

—Silencio. —Jojen se puso una mano sobre los ojos a modo de visera y escudriñó el horizonte en dirección al sol poniente—. Mirad. Allí hay algo... Creo que es un jinete. ¿Lo veis?

Bran se protegió los ojos también, y hasta los tuvo que entrecerrar. Al principio no vio nada, hasta que un movimiento lo hizo volverse. Primero pensó que podía tratarse de *Verano*, pero no. «Un hombre a caballo.» Estaba demasiado lejos para distinguir más detalles.

—¿Hodor? —Hodor también se había puesto la mano sobre los ojos, sólo que miraba hacia donde no era—. ¿Hodor?

—No tiene prisa —dijo Meera—, pero a mí me parece que viene hacia esta aldea.

—Será mejor que entremos antes de que nos vea —dijo Jojen.

—*Verano* está cerca del pueblo —objetó Bran.

—No le pasará nada —prometió Meera—. No son más que un hombre y un caballo cansado.

Unas cuantas gotas empezaron a repiquetear contra la piedra mientras volvían al piso superior de la torre. Habían elegido bien el momento, la lluvia no tardó en caer con fuerza. A través de los gruesos muros la oían azotar la superficie del lago. Se sentaron en el suelo de la habitación redonda, en la creciente oscuridad. El balcón que daba hacia el norte les permitía divisar la aldea abandonada. Meera se arrastró sobre el vientre para echar un vistazo hacia el otro lado del lago y ver qué había sido del jinete.

—Se ha refugiado en las ruinas de la posada —les dijo al volver—. Me parece que ha encendido fuego en la chimenea.

—Ojalá tuviéramos fuego nosotros —dijo Bran—. Estoy helado. Antes he visto muebles rotos en el piso de abajo; le podríamos decir a Hodor que los subiera, para entrar en calor.

—Hodor —dijo Hodor esperanzado; al parecer le había encantado la idea.

—Si hay fuego, hay humo —dijo Jojen sacudiendo la cabeza—. El humo que saliera de esta torre se vería desde muy lejos.

—Si hubiera alguien para verlo —objetó su hermana.

—Está el hombre de la aldea.

—Sólo es uno.

—Basta con uno para entregar a Bran a sus enemigos. Aún nos queda medio pato de ayer. Vamos a comer y a descansar. Mañana por la mañana, ese hombre seguirá su camino, y nosotros también.

Jojen se salió con la suya; siempre se salía con la suya. Meera repartió el pato entre los cuatro. Lo había atrapado el día anterior con la red, cuando intentó levantar el vuelo del pantano donde lo había encontrado. Frío no sabía

tan bien como recién asado, crujiente y calentito, pero al menos no se quedarían con hambre. Bran y Meera se repartieron la pechuga, y Jojen se comió el contramuslo. Hodor devoró el muslo y un ala, susurrando «Hodor» y lamiéndose la grasa de los dedos después de cada bocado. Le tocaba a Bran el turno de contar una historia, así que les habló de otro Brandon Stark, el llamado Brandon *el Armador*, que había navegado más allá del mar del Ocaso.

Cuando terminaron tanto la historia como el pato, la lluvia seguía cayendo. Bran se preguntó cuánto se habría alejado *Verano* y si habría atrapado a alguno de los ciervos.

La torre estaba sumida en una penumbra gris que, poco a poco, se convirtió en oscuridad. Hodor empezó a inquietarse; no paraba de caminar y de dar vueltas por la habitación, siempre deteniéndose para echar un vistazo al excusado como si se hubiera olvidado qué había allí. Jojen estaba de pie en el balcón que daba al norte, oculto entre sombras, escudriñando la noche y la lluvia. Al norte, un relámpago hendió el cielo, y el interior de la torre se iluminó unos instantes. Hodor pegó un salto y dejó escapar un gemido de pánico. Bran contó hasta ocho, a la espera del trueno.

—¡Hodor! —chilló Hodor cuando lo oyó retumbar.

«Espero que *Verano* no tenga tanto miedo —pensó Bran. Los perros de Invernalia siempre se aterrorizaban cuando había tormenta, igual que Hodor—. Tendría que ir a verlo para calmarlo...»

El relámpago rasgó el cielo de nuevo y en esa ocasión el trueno sonó antes de que contara hasta seis.

—¡Hodor! —chilló Hodor de nuevo—. ¡Hodor! ¡Hodor! —Desenvainó la espada como si quisiera luchar contra la tormenta.

—Silencio, Hodor —dijo Jojen—. Bran, dile que no grite. ¿Le puedes quitar la espada, Meera?

—Lo puedo intentar.

—Tranquilo, Hodor —dijo Bran—. Tienes que callarte. No sigas con lo de Hodor, ¿de acuerdo? Siéntate.

—¿Hodor? —Entregó la espada larga a Meera con docilidad, pero su rostro seguía reflejando un mundo de confusión.

Jojen se volvió de nuevo hacia la oscuridad y, de repente, le oyeron contener una exclamación.

—¿Qué pasa? —preguntó Meera.

—Hay hombres en la aldea.

—¿El que vimos antes?

—No, otros. Están armados. He visto un hacha y lanzas. —La voz de Jojen nunca había sonado tan infantil, tan propia de su edad—. Los he visto moverse entre los árboles a la luz del relámpago.

—¿Cuántos?

—Muchos, no sé. Demasiados para contarlos.

—¿A caballo?

—No.

—Hodor. —Hodor parecía muy asustado—. Hodor. Hodor.

—¿Y si vienen aquí? —Bran también tenía un poco de miedo, pero no quería reconocerlo delante de Meera.

—Qué va. —La jovencita se sentó a su lado—. ¿Para qué?

—Para refugiarse de la lluvia. —dijo Jojen con voz lúgubre—. Como no cese la tormenta... Meera, ¿por qué no bajas a atrancar la puerta?

—No se puede ni cerrar. La madera está muy combada. Pero no lograrán traspasar las verjas de hierro.

—Sí que podrían. A lo mejor rompen la cerradura o las bisagras. O suben por el matacán, como nosotros.

Otro relámpago hendió el cielo, y Hodor empezó a gimotear. Enseguida, el trueno retumbó sobre el lago.

—¡Hodor! —rugió con las manos en las orejas mientras corría en círculos en medio de la oscuridad—. ¡Hodor! ¡Hodor! ¡Hodor!

—¡No! —le gritó Bran—. ¡Ya vale de Hodor!

No sirvió de nada.

—¡Hooodor! —gimió Hodor.

Meera trató de sujetarlo para tranquilizarlo, pero era demasiado fuerte, y la tiró a un lado con un simple empujón.

—¡Hoooodoooor! —aulló el mozo de cuadras cuando el relámpago volvió a rasgar el cielo, y hasta Jojen gritaba ya; gritaba a Bran y Meera para que lo hicieran callar.

—¡Silencio! —chilló Bran con voz aguda, asustada.

Buscó la pierna de Hodor con la mano cuando pasó junto a él, lo buscó, lo buscó, lo buscó, lo buscó...

Hodor se tambaleó y cerró la boca. Sacudió la cabeza muy despacio, de un lado a otro, se dejó caer sentado en el suelo y cruzó las piernas. Cuando el trueno retumbó fue casi como si no lo oyera. Los cuatro se quedaron en silencio en la oscura torre; apenas se atrevían a respirar.

—¿Qué has hecho, Bran? —susurró Meera.

—Nada. —Bran sacudió la cabeza—. No lo sé.

Pero no era verdad, sí lo sabía.

«Lo he buscado, me he metido en él como me meto en *Verano*.» Durante un instante, él había sido Hodor. Aquello le daba mucho miedo.

—Al otro lado del lago pasa algo —dijo Jojen—. Me parece que he visto a un hombre señalando hacia aquí.

«No voy a tener miedo. —Era el príncipe de Invernalia, el hijo de Eddard Stark, casi un hombre, y además era un warg, no un bebé como Rickon—. *Verano* no tendría miedo.»

—Seguro que son hombres de los Umber —dijo—. O también pueden ser de los Knott, de los Norrey, o de los Flint que hayan bajado de las montañas, o hasta hermanos de la Guardia de la Noche. ¿Llevaban capas negras, Jojen?

—De noche todas las capas son negras, Alteza. El relámpago no ha durado tanto como para que me fijara en sus ropas.

—Si fueran hermanos negros irían a caballo, ¿no? —señaló Meera, cautelosa.

—No importa —dijo Bran con seguridad; se le había ocurrido algo de repente—. No podrían llegar aquí aunque quisieran. No tienen barca, ni creo que sepan lo del sendero.

—¡El sendero! —Meera le revolvió el pelo y le dio un beso en la frente—. ¡Mi querido príncipe! Tiene razón, Jojen; seguro que no saben lo del sendero. Y aunque supieran que existe, no lo encontrarían en medio de la lluvia, y menos de noche.

—Pero la noche terminará. Si no se van por la mañana... —Jojen no concluyó la frase. Hubo un momento de silencio—. Están echando leña al fuego que encendió el primer hombre —dijo al final. Un relámpago restalló en el cielo, la luz inundó la torre y proyectó sus sombras en las paredes. Hodor se mecía de adelante atrás todo el tiempo, canturreando entre dientes.

Bran percibió el miedo de *Verano* en aquel momento de brillo. Cerró los dos ojos, abrió un tercero y se desprendió de su piel de niño como si fuera una capa mientras dejaba atrás la torre...

Y se encontró fuera, bajo la lluvia, con la barriga llena de ciervo, acobardado entre los arbustos mientras el cielo se rompía y rugía sobre él. El olor de las manzanas podridas y las hojas húmedas casi ocultaba el del hombre, pero allí estaba. Oyó el tintineo y el roce de la pieldura; vio a los hombres moverse entre los árboles. Uno que portaba un palo se movía con torpeza, llevaba una piel en la cabeza que lo dejaba ciego y sordo. El lobo dio un rodeo para esquivarlo; se metió entre las ramas chorreantes de un espino y bajo las ramas desnudas de un manzano. Los oía hablar, y allí, por debajo de los olores de lluvia, hojas y caballo, le llegó el hedor agudo, rojo, del miedo...

JON

El suelo estaba cubierto de agujas de pino y hojas secas, una alfombra verde y castaña aún húmeda tras las recientes lluvias. Los rodeaban enormes robles desnudos, centinelas altos y todo un ejército de pinos soldado. En la cima de una colina se divisaba una torre redonda, antigua y vacía, con una gruesa capa de musgo verde que llegaba casi hasta las almenas.

—¿Quién ha construido eso, todo de piedra? —le preguntó Ygritte—. ¿Un rey?

—No, la gente que vivía antes aquí.

—¿Qué les pasó?

—Pues algunos murieron y otros se marcharon.

Las tierras del Agasajo de Brandon se habían cultivado durante miles de años, pero a medida que decrecía el número de miembros de la Guardia, se podían dedicar menos manos a arar los campos, cuidar de las abejas y plantar los huertos, de manera que la espesura había engullido más de un campo y más de una aldea. En el Nuevo Agasajo había habido pueblos y aldeas cuyos impuestos, pagados en mercancía o en mano de obra, ayudaban a alimentar y a vestir a los hermanos negros. También habían desaparecido largo tiempo atrás.

—Qué idiotas, mira que abandonar un castillo tan bueno... —comentó Ygritte.

—No es más que un torreón. Aquí viviría hace mucho algún señor menor, con su familia y unos pocos sirvientes. Cuando se acercaban invasores, encendía un faro en el tejado. En Invernalia hay torres tres veces más altas que ésa.

—¿Cómo es posible que los hombres construyan cosas tan grandes sin gigantes que levanten las piedras? —Ella lo miraba como si pensara que se lo estaba inventando.

Según las leyendas, Brandon *el Constructor* había contado con la ayuda de gigantes para edificar Invernalia, pero Jon no quería cambiar de tema.

—Los hombres pueden construir cosas mucho más altas. En Antigua hay una torre más alta que el Muro.

Era evidente que no le creía.

«Si pudiera mostrarle Invernalia... Regalarle una flor de los jardines de cristal, llevarla a un banquete en el salón principal, enseñarle los reyes de piedra en sus tronos... Podríamos bañarnos juntos en los estanques calientes y amarnos al pie del árbol corazón, ante los ojos de los antiguos dioses.»

El sueño era hermoso... pero Invernalia no sería suya; nunca se la podría mostrar. Pertenecía a su hermano, el Rey en el Norte. Él era un Nieve, no un

Stark.

«Bastardo, perjuro y cambiacapas...»

—A lo mejor, después podemos venir aquí y vivir en esa torre —le dijo—. ¿Qué te parecería, Jon Nieve? ¿Después?

«Después. —La palabra era como una puñalada—. Después de la guerra. Después de la conquista. Después de que los salvajes derribaran el Muro...»

En cierta ocasión, su señor padre le había hablado de la posibilidad de nombrar nuevos señores e instalarlos en los torreones abandonados, como escudo contra los salvajes. Para llevar a cabo el plan haría falta que la Guardia cediera una buena parte del Agasajo, pero su tío Benjen creía que sería posible convencer al Lord Comandante, siempre y cuando los nuevos señores pagaran impuestos al Castillo Negro y no a Invernalia.

—Pero es un sueño para la primavera —había suspirado Lord Eddard—. Cuando se acerca el invierno, ni la promesa de tierras atrae a nadie hacia el norte.

«Si el invierno hubiera llegado y pasado más deprisa, si hubiera empezado la primavera, tal vez habría elegido defender una de estas torres en nombre de mi padre.» Pero Lord Eddard estaba muerto y su hermano Benjen había desaparecido; el escudo que habían soñado juntos no se forjaría jamás.

—Estas tierras pertenecen a la Guardia —le dijo Jon.

—Aquí no vive nadie. —La ira que sentía Ygritte hacía que se le movieran las aletas de la nariz.

—Porque vuestros invasores los echaron.

—Pues entonces es que eran unos cobardes. Si querían las tierras, tendrían que haberse quedado para luchar por ellas.

—Puede que estuvieran cansados de luchar. Cansados de atrancar las puertas todas las noches, sin saber si Casaca de Matraca o alguien como él las iba a derribar para secuestrar a sus esposas. Cansados de que les robaran las cosechas y cualquier objeto de valor. Era más fácil irse adonde no hubiera invasores.

«Pero si el Muro cayera, todo el norte estaría al alcance de los invasores.»

—No sabes nada, Jon Nieve. Se secuestra a las hijas, no a las esposas. Vosotros sois los que robáis. Os quedasteis con el mundo entero y construisteis el Muro para dejar fuera al pueblo libre.

—¿Nosotros? —A veces Jon se olvidaba de lo salvaje que era; en aquellas ocasiones, ella se encargaba de recordárselo—. ¿Y cómo fue?

—Los dioses hicieron la tierra para que todos los hombres la compartieran. Pero luego vienen los reyes, con sus coronas y sus espadas de acero, y dicen que todo es suyo. Los árboles son míos, dicen, no os podéis comer las manzanas. El arroyo es mío, aquí no podéis pescar. El bosque es mío, nada de cazar. Mi tierra, mi agua, mi castillo, mi hija... No les pongas las manos encima o te las corto, pero a lo mejor si te arrodillas delante de mí te dejo que lo olisquees. Decís que somos ladrones, pero al menos un ladrón tiene que ser valiente, astuto y rápido.

Para arrodillarse sólo hacen falta rodillas.

—Harma y Saco de Huesos no vinieron aquí a buscar peces y manzanas. Roban espadas y hachas. Especias, sedas y pieles. Echan mano de toda moneda, anillo y copa enjoyada que encuentran, de los toneles de vino en verano y los de buey en invierno, y sea cual sea la estación cogen a las mujeres y se las llevan al otro lado del Muro.

—¿Y qué? Yo prefiero mil veces que me secuestre un hombre fuerte a que mi padre me entregue a cualquier debilucho.

—Eso dices tú, pero ¿cómo lo sabes? ¿Y si te secuestrara un hombre que no te gusta nada?

—Para secuestrarme a mí tendría que ser rápido, astuto y valiente. Así que sus hijos también serían fuertes y listos. ¿Por qué no me iba a gustar un hombre así?

—A lo mejor no se lavaba nunca y olía peor que un oso.

—Entonces lo empujaría al río o le echaría un cubo de agua por encima. Además, los hombres no deberían oler a flores.

—¿Qué tienen de malo las flores?

—Si eres una abeja, nada. Pero para la cama yo quiero una de éstas.

Ygritte hizo ademán de palparle la parte delantera de los calzones, pero Jon la agarró por la muñeca.

—¿Y si ese hombre bebiera demasiado? —insistió—. ¿Y si fuera brutal, o cruel? —La apretó con más fuerza para que le entendiera bien—. ¿Y si fuera más fuerte que tú y le gustara darte palizas hasta hacerte sangrar?

—Le cortaría la garganta cuando estuviera dormido. No sabes nada, Jon Nieve. —Ygritte se retorció como una anguila y se apartó de él.

«Hay una cosa que sé muy bien. Sé que eres salvaje hasta la médula.» A veces era fácil olvidarlo, cuando estaban besándose o riéndose juntos. Pero entonces uno de los dos decía algo, o hacía algo, y de pronto recordaban el muro que separaba sus mundos.

—Un hombre puede poseer una mujer o puede poseer un cuchillo —le dijo Ygritte—. Pero nunca a la vez. Todas las madres se lo enseñan a sus hijas desde pequeñas. —Alzó la barbilla en gesto desafiante y sacudió la espesa cabellera roja—. Y los hombres no pueden poseer la tierra igual que no pueden poseer el cielo o el mar. Los arrodillados pensáis que sí, pero Mance os va a dar una buena lección.

Como bravata no estaba nada mal, pero era una amenaza vana. Jon echó un vistazo hacia atrás para asegurarse de que el Magnar no los estaba escuchando. Errok, Forúnculo y Dan *el Cañameño* caminaban a unos pasos por detrás de ellos, pero no les estaban prestando atención. Forúnculo se quejaba del dolor en el culo.

—Ygritte —le dijo en voz baja—, Mance no puede ganar esta guerra.

—¡Claro que puede! —se empecinó—. No sabes nada, Jon Nieve. ¡No has visto luchar al pueblo libre!

Los salvajes peleaban como héroes o como demonios, según el punto de vista del que lo dijera, pero al final todo se reducía a lo mismo. «Luchan con valor temerario, cada uno buscando su gloria personal.»

—No me cabe la menor duda de que sois todos muy valientes, pero cuando se trata de una batalla, la disciplina siempre puede más que el valor. Al final, Mance fracasará, como han fracasado antes todos los Reyes-más-allá-del-Muro. Y cuando llegue ese momento, moriréis. Todos.

Ygritte le había lanzado una mirada tan furiosa que pensó que lo iba a abofetear.

—Moriremos todos —dijo—. Tú también. Ya no eres un cuervo, Jon Nieve. He jurado que no lo eres, así que no me dejes por mentirosa.

Lo empujó contra el tronco de un árbol y le dio un beso en la boca allí mismo, en medio de la desordenada columna. Jon oyó que Grigg *el Cabra* les decía que siguieran caminando. Alguien se echó a reír. Pese a todo, le devolvió el beso. Cuando por fin se separaron, Ygritte tenía las mejillas ruborizadas.

—Eres mío —susurró—. Eres mío, igual que yo soy tuya. Si tenemos que morir, moriremos. Todos los hombres mueren, Jon Nieve. Pero antes vamos a vivir.

—Sí. —Tenía la voz entrecortada—. Antes vamos a vivir.

Al oírlo, sonrió y mostró a Jon aquellos dientes torcidos que, sin saber cómo, había llegado a amar.

«Salvaje hasta la médula», volvió a pensar con un nudo en la boca del estómago. Flexionó los dedos de la mano de la espada y se preguntó qué haría Ygritte si supiera qué sentía de verdad. Si se sentaba con ella y le decía que seguía siendo el hijo de Ned Stark y un hombre de la Guardia de la Noche, ¿lo traicionaría? Quería pensar que no, pero no se atrevía a correr semejante riesgo. Demasiadas vidas dependían de que consiguiera llegar al Castillo Negro antes que el Magnar... y eso contando con que tuviera ocasión de escapar de los salvajes.

Habían descendido por la cara sur del Muro en Guardiagrís, que estaba abandonado desde hacía más de doscientos años. Un siglo atrás se había derrumbado un tramo de peldaños de piedra, pero aun así, la bajada les resultó mucho más fácil que la subida. Una vez allí, con Styr al frente, se adentraron en el Agasajo para esquivar las habituales patrullas de la Guardia. Grigg *el Cabra* iba al frente del grupo cuando pasaron cerca de las pocas aldeas habitadas que quedaban en aquellas tierras. Aparte de unos cuantos torreones dispersos que hurgaban el cielo como dedos de piedra, no vieron ni rastro de presencia humana. Atravesaron colinas frías y húmedas, y llanuras azotadas por los vientos, sin que los vieran.

«Te exijan lo que te exijan, no puedes negarte —le había dicho Mediamano—. Cabalga con ellos, come con ellos y combate con ellos todo el tiempo que sea preciso.» Había cabalgado muchas leguas y caminado muchas más; había compartido el pan y la sal, y también las mantas de Ygritte, pero

seguían sin confiar en él. Los thenitas lo vigilaban día y noche, siempre alerta ante el menor indicio de traición. No tenía manera de escabullirse, y pronto sería demasiado tarde.

«Combate con ellos», le había dicho Qhorin antes de entregar su vida a *Garra*... Pero hasta aquel momento, las cosas no habían llegado tan lejos. «Una vez derrame la sangre de un hermano, estaré perdido. Habré cruzado el Muro definitivamente y no habrá vuelta atrás.»

Al final de cada día de marcha, el Magnar lo hacía llamar y lo cosía a preguntas acerca del Castillo Negro, su guarnición y sus defensas. Jon mentía siempre que se atrevía, y unas cuantas veces había fingido desconocer las respuestas, pero Grigg *el Cabra* y Errok también lo estaban escuchando y sabían lo suficiente para que tuviera que ir con cuidado. Una mentira demasiado evidente lo traicionaría.

Pero la verdad era espantosa. El Castillo Negro no contaba con más defensas que el propio Muro. No había ni siquiera empalizadas de madera ni diques de tierra. El llamado «castillo» no era más que un montón de torres y torreones, dos tercios de los cuales se estaban desmoronando. En cuanto a la guarnición, el Viejo Oso se había llevado a doscientos hombres en su expedición. ¿Habrían regresado? Jon no tenía manera de saberlo. En el castillo podían quedar unos cuatrocientos, pero eran sobre todo constructores o mayordomos, en ningún caso exploradores.

Los thenitas eran guerreros curtidos y mucho más disciplinados que el resto de los salvajes; sin duda por eso los había elegido Mance. Entre los defensores del Castillo Negro se encontraba el maestre Aemon, ciego; su mayordomo también medio ciego, Clydas; el manco Donal Noye; el septon Cellador, siempre borracho; Dick Follard *el Sordo*; el cocinero Hobb Tresdedos; el anciano Ser Wynton Stout, así como Halder, Sapo, Pyp y Albett y el resto de los muchachos que se habían entrenado con Jon. Al mando de todos estaría Bowen Marsh, el Lord Mayordomo, regordete y con el rostro congestionado, nombrado castellano en ausencia de Lord Mormont. Edd *el Penas* a veces llamaba a Marsh el Viejo Granada, apodo que lo definía tan bien como el de Viejo Oso a Mormont.

—Es el hombre al que queremos al mando cuando el enemigo ataque —solía decir Edd con su habitual voz austera—. Los contaría en un momento. Es un hacha contando; no se le escapa uno.

«Si el Magnar llega al Castillo Negro por sorpresa, será una carnicería. Matarán a los chicos mientras duermen; ni siquiera sabrán que los atacan.» Jon tenía que avisarlos, pero ¿cómo? No lo enviaban nunca a forrajear ni a cazar, ni le dejaban montar guardia a solas. También tenía miedo por Ygritte. No se la podía llevar con él, pero si la dejaba allí, el Magnar tal vez la hiciera pagar por su traición. «Dos corazones que laten como uno...»

Todas las noches compartían las pieles, y se quedaba dormido con la cabeza de la muchacha sobre el pecho y su melena roja haciéndole cosquillas en la

barbilla. Su olor era ya parte de él. Sus dientes torcidos, el tacto de sus pechos cuando los cogía con la mano, el sabor de su boca... Todo aquello era su alegría y su desesperación a la vez. Más de una noche se había tumbado con la calidez de Ygritte a su lado, sin dejar de preguntarse si su señor padre se habría sentido así de confuso con su madre, fuera quien fuera.

«Ygritte me tendió la trampa y Mance Rayder me empujó adentro.»

Cada día que pasaba entre los salvajes hacía que le resultara más difícil lo que debía hacer. Tenía que buscar la manera de traicionar a aquellos hombres, y cuando lo consiguiera, morirían. No quería su amistad, igual que no había querido el amor de Ygritte. Pero, aun así... Los thenitas hablaban la antigua lengua y rara vez se dirigían a Jon, pero con los hombres de Jarl, los que habían escalado el muro, la cosa era diferente. Jon estaba empezando a conocerlos muy a su pesar: Errok, flaco y silencioso, Grigg *el Cabra*, siempre sociable, los niños Quort y Bodger, Dan *el Cañameño*, el fabricante de cuerdas... El peor de todos era Del, un muchacho de rostro caballuno que no dejaba de hablar con voz soñadora de la chica salvaje a la que quería secuestrar.

—Tiene suerte, como tu Ygritte. Nació besada por el fuego.

Jon tuvo que morderse la lengua. No quería saber nada de la chica de Del, ni de la madre de Bodger, ni de la aldea junto al mar donde había nacido Henk *el Timón*, ni de las ganas que tenía Grigg de visitar a los hombres verdes en la Isla de los Rostros, ni de aquella vez en la que un alce había perseguido a Dedodelpié hasta obligarlo a subirse a un árbol. No quería más detalles del forúnculo que tenía Forúnculo en el culo, ni de cuánta cerveza era capaz de beber Pulgares de Piedra, ni de cómo el hermanito de Quort le había suplicado que no fuera con Jarl. Quort no tenía más allá de catorce años, aunque ya había secuestrado una esposa y estaba esperando un hijo de ella.

—Puede que nazca en algún castillo —alardeaba el chico—. ¡En un castillo, como los señores!

Estaba muy emocionado con los castillos que habían visto, que en realidad no eran más que torres de vigilancia.

Jon se preguntó dónde estaría *Fantasma*. ¿Habría vuelto al Castillo Negro o estaría corriendo por los bosques con alguna manada de lobos? No percibía la presencia del huargo ni siquiera en sueños. Se sentía como si le hubieran arrebatado algo que era parte de él. Hasta con Ygritte dormida a su lado se encontraba solo. No quería morir solo.

Aquella tarde, los árboles habían empezado a escasear más mientras avanzaban hacia el este por suaves llanuras onduladas. La hierba que los rodeaba les llegaba a la cintura, y las espigas de trigo silvestre se mecían con cada ráfaga de viento, pero el día en general era cálido y luminoso. En cambio, al anochecer, las nubes empezaron a acumularse amenazadoras hacia el oeste. No tardaron en cubrir la bola anaranjada que era el sol, y Lenn auguró que se acercaba una tormenta de las malas. Su madre era una bruja de los bosques, así que todos estaban de acuerdo en que tenía el don de predecir el tiempo.

—Cerca de aquí hay una aldea —dijo Grigg *el Cabra* al Magnar—. A menos de una legua. Podemos buscar refugio allí.

Styr asintió sin dudar.

Cuando llegaron ya había anochecido hacía rato, y la tormenta se había desencadenado. La aldea estaba junto a un lago. Llevaba abandonada tanto tiempo que la mayor parte de las casas se habían derrumbado. Incluso la posada de madera que en otros tiempos debió de dar cobijo a los viajeros estaba medio derruida y sin techo.

«Poco refugio vamos a encontrar ahí», pensó Jon con tristeza. Cuando los relámpagos iluminaban el cielo se veía una torre redonda en medio de una isla situada en el lago, pero no tenían botes ni manera de llegar a ella.

Errok y Del se habían adelantado para explorar las ruinas; Del regresó casi al momento. Styr dio orden de detenerse a la columna y envió a una docena de thenitas como avanzadilla, todos con las lanzas dispuestas. Para entonces, Jon también lo había visto: un fuego ardía en la chimenea y la teñía de luz roja. «No estamos solos.» El miedo se retorció en sus entrañas como una serpiente. Oyó el relincho de un caballo; luego, gritos. «Cabalga con ellos, come con ellos y combate con ellos», le había dicho Qhorin.

Pero la lucha había terminado.

—Sólo es un hombre —dijo Errok en cuanto volvió—. Un viejo con un caballo.

El Magnar gritó órdenes en la antigua lengua, y una veintena de thenitas se dispersaron para explorar el área en torno a la aldea, mientras que otros registraban las casas para asegurarse de que nadie se escondería entre la vegetación y las piedras. Los demás se apretujaron en la posada sin techo y se dieron codazos para buscar un lugar más cercano a la chimenea. Las ramas rotas que el viejo había estado quemando generaban más humo que calor, pero en una noche de tormenta, hasta la llama más pequeña era bien recibida. Dos de los thenitas habían tirado al viejo al suelo y estaban registrando sus cosas. Otro sujetaba al caballo por las riendas, mientras tres más saqueaban el contenido de las alforjas.

Jon se alejó de la posada. Una manzana podrida estalló bajo su bota.

«Styr lo va a matar. —El Magnar lo había dicho en Guardiagrís: había que matar al momento a cualquier arrodillado que se encontraran para asegurarse de que no daba la alarma—. Cabalga con ellos, come con ellos y combate con ellos.» ¿Significaba eso que tenía que permanecer mudo e inmóvil mientras le cortaban el cuello a un anciano?

Cerca del linde de la aldea, Jon se tropezó de bruces con uno de los guardias que Styr había apostado. El thenita le gruñó algo en la antigua lengua y apuntó hacia la posada con el asta de la lanza.

«Vuelve a tu lugar —supuso Jon—. Pero ¿cuál es mi lugar?»

Se dirigió hacia el agua y encontró un lugar casi seco bajo los restos de pared de paja de las ruinas de una casa. Allí fue donde lo encontró Ygritte,

contemplando el lago azotado por la lluvia.

—Conozco este lugar —le dijo cuando se sentó junto a él—. Esa torre... La próxima vez que haya un relámpago, mira la parte de arriba y dime qué ves.

—Como quieras —dijo—. Por cierto, algunos thenitas dicen que han oído ruidos que venían de allí. Dicen que eran gritos.

—Serían truenos.

—Dicen que eran gritos. Puede que haya fantasmas.

El torreón tenía un aspecto tétrico allí, en medio de la tormenta en su isla rocosa, azotado por la lluvia y rodeado por el lago.

—Podríamos ir a echar un vistazo —sugirió Jon—. Más mojados de lo que estamos no vamos a estar...

—¿Nadando? ¿En medio de la tormenta? —La sola idea la hizo reír—. ¿Es un truco para que me quite la ropa, Jon Nieve?

—¿Ahora me hacen falta trucos para eso? —bromeó—. ¿O es que no sabes nadar?

Él era un excelente nadador, había aprendido ese arte de niño en el gran foso de Invernalia.

—No sabes nada, Jon Nieve. —Ygritte le dio un puñetazo en el hombro—. Soy mitad pez, te lo voy a demostrar.

—Mitad pez, mitad cabra, mitad caballo... Tienes demasiadas mitades, Ygritte. —Sacudió la cabeza—. Si este lugar es el que creo, no nos haría falta nadar. Podríamos ir andando.

—¿Andando sobre el agua? —Ella se lo quedó mirando—. ¿Eso qué es, brujería sureña?

—No es... —empezó, pero un relámpago cayó del cielo como una puñalada para hender la superficie del lago. Durante un instante hubo tanta luz como si fuera mediodía. El retumbar del trueno fue tan estrepitoso que Ygritte contuvo una exclamación y se tapó las orejas—. ¿Has mirado? —preguntó Jon a medida que el ruido se esfumaba y la noche volvía a ser negra—. ¿Lo has visto?

—Son de color amarillo —respondió ella—. ¿Te refieres a eso? Algunas de las piedras de arriba son amarillas.

—Se llaman almenas. Hace mucho tiempo las pintaron de color dorado. Esto es Corona de la Reina.

En medio del lago, la torre volvía a ser negra, una sombra oscura apenas visible.

—¿Aquí vivía una reina? —preguntó Ygritte.

—Aquí pasó la noche una reina. —La historia se la había contado la Vieja Tata, pero el maestre Luwin había confirmado la mayor parte—. Alysanne, la esposa del rey Jaehaerys *el Conciliador*. Lo llaman el Viejo Rey porque reinó muchísimo tiempo, pero cuando llegó al Trono de Hierro era joven. En aquellos tiempos tenía por costumbre viajar por todo el reino. Cuando llegó a Invernalia lo acompañaban su reina, seis dragones y la mitad de su corte. El Rey tenía asuntos importantes que discutir con el Guardián del Norte, y Alysanne se

aburría, de manera que montó a lomos de su dragón *Ala de Plata* y voló hacia el norte para ver el Muro. Esta aldea fue uno de los lugares donde se detuvo. Después, los habitantes pintaron la parte superior del torreón para que pareciera la corona dorada que había lucido la noche que pasó entre ellos.

—No he visto nunca un dragón.

—Ni tú ni nadie. Los últimos dragones murieron hace cien años o más. Pero esto fue antes.

—¿Te refieres a lo de la reina Alysanne?

—Más adelante la empezaron a llamar la Bondadosa Reina Alysanne. Uno de los castillos del Muro se bautizó también en su memoria. Puerta de la Reina. Antes de su visita se llamaba Puerta de la Nieve.

—Si tan buena era tendría que haber mandado derribar ese Muro.

«No —pensó él—. El Muro protege el reino. De los Otros... y también de ti y de los tuyos, cariño.»

—Tuve otro amigo que soñaba con dragones. Era un enano. En cierta ocasión me dijo...

—¡Jon Nieve! —Uno de los thenitas se alzaba a su lado con el ceño fruncido—. Magnar llamar.

Jon pensó que tal vez se tratara del mismo hombre que había ido a buscarlo fuera de la cueva la noche antes de que escalaran el Muro, pero no estaba seguro. Se puso de pie. Ygritte fue con él, cosa que siempre hacía fruncir el ceño a Styr, pero cuando trataba de echarla, ella le recordaba que era una mujer libre, no una arrodillada, y que iba y venía cuando le daba la gana.

El Magnar se encontraba bajo el árbol que crecía en el suelo de la sala común. Su prisionero estaba arrodillado ante la chimenea, rodeado de lanzas de madera y espadas de bronce. Vio acercarse a Jon, pero no dijo nada. La lluvia corría por las paredes y repiqueteaba contra las escasas hojas que aún le quedaban al árbol, mientras del fuego se elevaba una espesa humareda.

—Tiene que morir —dijo Styr el Magnar—. Encárgate tú, cuervo.

El anciano no dijo nada. Se limitó a mirar a Jon, de pie entre los salvajes. Entre la lluvia y el humo, con la única luz del fuego, no podía ver que Jon vestía todo de negro a excepción de la capa de piel de oveja.

«¿O tal vez sí?»

Jon desenvainó a *Garra*. La lluvia bañó el acero y las llamas dibujaron una lúgubre línea naranja a lo largo del filo. «Que una hoguera tan pequeña le vaya a costar a un hombre la vida...» Recordó lo que había comentado Qhorin Mediamano cuando divisaron el fuego en el Paso Aullante.

—Aquí arriba, el fuego es la vida —les dijo en aquella ocasión—, pero también puede ser la muerte.

Pero aquello había sido en los Colmillos Helados, en las tierras sin ley, más allá del Muro. Esto era el Agasajo; estaba bajo la protección de la Guardia de la Noche y el poder de Invernalia. Allí un hombre tendría que ser libre de encender una hoguera sin morir por ello.

—¿Por qué dudas? —dijo Styr—. Mátalo y acabemos de una vez.

Ni siquiera entonces dijo nada el prisionero. «Piedad», podría haber dicho, o tal vez «Me habéis quitado el caballo, las monedas, la comida; dejadme al menos la vida», o «No, por compasión, no os he hecho ningún daño». Podría haber dicho mil cosas, o haber llorado, o haber pedido ayuda a sus dioses. Aunque nada que dijera podría salvarlo. Tal vez lo supiera. Tal vez por eso cerraba la boca y miraba a Jon con un gesto mezcla de súplica y acusación.

«Te exijan lo que te exijan, no puedes negarte. Cabalga con ellos, come con ellos y combate con ellos...» Pero aquel anciano no ofrecía resistencia. Había tenido mala suerte y nada más. Quién era, de dónde venía, a dónde se dirigía a lomos de aquel jamelgo patético... nada de aquello importaba.

«Es un anciano —se dijo Jon—. Debe de tener cincuenta años, puede que sesenta. Ha vivido más que muchos hombres. Los thenitas lo van a matar de todos modos; nada de lo que diga o haga yo puede salvarlo. —*Garra* le pesaba más que el plomo en la mano, apenas podía levantarla. El hombre no dejaba de mirarlo con unos ojos tan grandes y negros como pozos—. Me caeré en esos ojos y me ahogaré. —El Magnar también lo estaba mirando; casi le llegaba el olor de su desconfianza—. Este hombre ya está muerto. ¿Qué importa si es mi mano la que lo asesina? —Bastaría con un golpe, rápido, limpio. *Garra* estaba forjada con acero valyrio—. Igual que *Hielo*.» Jon recordó otra ejecución; el desertor arrodillado, su cabeza rodando, el color de la sangre sobre la nieve... La espada de su padre, las palabras de su padre, el rostro de su padre...

—Hazlo de una vez, Jon Nieve —lo apremió Ygritte—. Tienes que hacerlo. Demuestra que no eres un cuervo, que eres del pueblo libre.

—¿Matando a un viejo junto al fuego?

—Orell también estaba sentado junto al fuego y bien que lo mataste. —La mirada que clavó en él era implacable—. Ibas a matarme a mí hasta que viste que era una mujer. Y estaba dormida.

—Aquello era diferente. Erais soldados... centinelas...

—Sí, y los cuervos no queríais que os descubrieran. Igual que nosotros ahora. Es lo mismo. Mátalo.

—No —negó dándole la espalda al hombre.

—Mátalo. —El Magnar se acercó a él, alto, frío y peligroso—. Aquí mando yo.

—Mandas sobre los thenitas —le dijo Jon—, no sobre el pueblo libre.

—Aquí no hay nadie del pueblo libre. Aquí hay un cuervo y su esposa cuervo.

—¡No soy ninguna esposa cuervo!

Ygritte desenvainó el cuchillo. Con tres zancadas rápidas se puso junto al viejo, lo agarró del pelo, le echó la cabeza hacia atrás y le abrió la garganta de oreja a oreja. El hombre no gritó ni en el momento de morir.

—¡No sabes nada, Jon Nieve! —le gritó, y le tiró a los pies la hoja ensangrentada.

El Magnar gritó una orden en la antigua lengua. Tal vez estuviera diciendo a los thenitas que mataran a Jon allí mismo, pero eso jamás lo sabría. Un relámpago cayó desde el cielo, un rayo desgarrador de un blanco azulado que tocó la cúspide de la torre del lago. Se sintió el olor de su furia, y el trueno, cuando llegó, pareció estremecer la noche.

Y la muerte se abalanzó sobre ellos.

La luz del rayo había deslumbrado a Jon, pero llegó a vislumbrar la sombra que se lanzaba contra ellos un instante antes de oír el chillido. El primer thenita murió igual que el viejo, con la garganta destrozada. Luego, la luz desapareció y la sombra se convirtió en un remolino que gruñía, y otro hombre cayó en la oscuridad. Se oyeron maldiciones, gritos, aullidos de dolor... Jon vio caer a Forúnculo hacia atrás, derribando a tres hombres que tenía a la espalda.

«*Fantasma* —pensó durante un instante demencial—. *Fantasma* ha saltado el Muro. —Luego, el relámpago transformó la noche en día y vio al lobo con las patas sobre el pecho de Del; las fauces chorreaban sangre—. Gris. Es gris.»

Con el trueno llegó la oscuridad. Los thenitas tanteaban a su alrededor con las lanzas mientras el lobo se movía entre ellos como una centella. La yegua del anciano se alzó sobre las patas traseras, enloquecida por el olor de la sangre, y coceó fuera de sí. Jon Nieve seguía teniendo a *Garra* en la mano. Supo al instante que no iba a tener una ocasión mejor.

Lanzó un tajo al primer hombre mientras se volvía hacia el lobo, apartó al segundo de un empujón y dio una estocada al tercero. En medio de la locura oyó que alguien gritaba su nombre, pero no habría sabido decir si era Ygritte o el Magnar. El thenita que trataba de dominar al caballo no llegó a verlo. *Garra* era ligera como una pluma. La blandió contra la pantorrilla del salvaje y sintió cómo el acero mordía hasta el hueso. Cuando cayó, la yegua se encabritó, pero Jon consiguió agarrarla por las crines con la mano izquierda y montar sobre ella. Una mano se le cerró en torno al tobillo; lanzó un tajo y vio cómo el rostro de Bodger desaparecía en una confusión de sangre. El caballo se alzó sobre las patas traseras, otra vez coceando. Uno de los cascos acertó a un thenita en la sien, y se oyó un crujido aterrador.

Y de repente iban al galope. Jon no intentó guiar al caballo; todo lo que podía hacer era aferrarse a él con todas sus fuerzas entre el fango, la lluvia y los truenos. Ramas húmedas le azotaban el rostro, y una lanza le pasó silbando junto a la oreja.

«Si el caballo tropieza y se rompe una pata me caerán encima y me matarán», pensó, pero los antiguos dioses estaban con él y el caballo no tropezó. El relámpago desgarró la cúpula negra del cielo, y el trueno retumbó sobre la llanura. Los gritos fueron quedando atrás hasta morir.

Muchas horas después, la lluvia cesó. Jon se encontró a solas en un mar de alta hierba negra. Sentía un dolor palpitante en el muslo derecho. Cuando bajó la vista se sorprendió al ver que tenía allí clavada una flecha. «¿Desde cuándo?» Agarró el asta y le dio un tirón, pero la punta estaba clavada muy

profundamente en la pierna y el dolor fue insoportable. Trató de recordar la situación demencial de la posada, pero lo único que le venía a la cabeza era la imagen de la bestia, delgada, gris, terrible...

«Era demasiado grande para ser un lobo común. Tenía que ser un huargo. Un huargo, sin duda. —No había visto antes un animal que se moviera tan deprisa—. Como un viento gris...» ¿Sería posible que Robb hubiera vuelto al norte?

Jon sacudió la cabeza. No tenía respuestas. Pensar le costaba demasiado... Pensar en el lobo, en el anciano, en Ygritte, en todo...

Se bajó de la yegua como pudo. La pierna herida no aguantaba su peso; tuvo que morderse los labios para no gritar. «Esto va a doler mucho.» Pero había que sacar la flecha, y no ganaría nada esperando. Jon agarró el asta de la flecha, respiró hondo y tiró. Gimió y maldijo. Le dolió tanto que tuvo que parar. «Estoy sangrando como un cerdo degollado», pensó, pero no podía hacer nada hasta que sacara la flecha. Apretó los dientes y lo intentó de nuevo... y de nuevo se tuvo que detener entre temblores. «Una vez más.» En aquella ocasión gritó sin contenerse, y cuando terminó, la punta de la flecha se le veía ya en el muslo. Jon apartó los calzones ensangrentados para agarrar mejor el asta, apretó los dientes otra vez y, poco a poco, se arrancó la flecha de la pierna. Jamás sabría cómo lo había conseguido sin desmayarse.

Después se quedó tumbado en el suelo, sin soltar el trofeo, sangrando, en silencio, demasiado débil para moverse. Al cabo de un rato comprendió que si no se forzaba a hacer algo, moriría desangrado. Jon se arrastró hasta el arroyo del que estaba bebiendo la yegua, se lavó el muslo con agua fría y se lo vendó con una tira de tejido que arrancó de la capa. También lavó la flecha y le dio muchas vueltas entre las manos. ¿Era la emplumadura gris o blanca? Ygritte ponía a sus flechas plumas de ganso color gris claro.

«¿Me disparó cuando escapaba?» Jon no habría podido culparla. Se preguntó si habría estado apuntando al caballo o a él. Si la yegua hubiera caído, él estaría ya muerto. «Menos mal que mi pierna se interpuso.»

Se quedó un rato descansando mientras la yegua pastaba. No se alejó demasiado, por suerte. Con la pierna tal como la tenía no la habría podido alcanzar. Tuvo que hacer acopio de todas sus energías para volver a montar. «¿Cómo pude cabalgarla antes, sin silla ni riendas, y con la espada en la mano?» Otra pregunta a la que no podría responder jamás.

Un trueno retumbó a lo lejos, pero donde estaba ya había claros en el cielo. Jon escudriñó el firmamento hasta dar con el Dragón de Hielo. Luego guió a la yegua hacia el norte, en dirección al Muro y al Castillo Negro. El latigazo de dolor en el muslo le hizo apretar los dientes cuando guió a la yegua del anciano.

«Vuelvo a casa», se dijo. Si era así, ¿por qué se sentía tan vacío?

Cabalgó hasta el amanecer, mientras las estrellas lo vigilaban como ojos.

APÉNDICE

LOS REYES Y SUS CORTES



EL REY EN EL TRONO DE HIERRO

JOFFREY BARATHEON, el primero de su nombre, un niño de trece años, hijo mayor del rey Robert I Baratheon y la reina Cersei de la Casa Lannister,

—su madre, LA REINA CERSEI, de la Casa Lannister, reina regente y Protectora del Reino,

—espadas juramentadas de Cersei:

—SER OSFRYD KETTLEBLACK, hermano menor de Ser Osmund Kettleblack, de la Guardia Real,

—SER OSNEY KETTLEBLACK, hermano menor de Ser Osmund y Ser Osfryd,

—su hermana, LA PRINCESA MYRCELLA, una niña de nueve años, pupila del príncipe Doran Martell en Lanza del Sol,

—su hermano, EL PRÍNCIPE TOMMEN, un niño de ocho años, el siguiente en la línea de sucesión al Trono de Hierro,

—su abuelo, TYWIN LANNISTER, señor de Roca Casterly, Guardián del Occidente y Mano del Rey,

—sus tíos y primos por parte de padre:

—el hermano de su padre, STANNIS BARATHEON, señor rebelde de Rocadragón, que se hace llamar rey Stannis I,

—la hija de Stannis, SHIREEN, una niña de once años,

—el hermano de su padre, [RENLY BARATHEON], señor rebelde de Bastión de Tormentas, asesinado en medio de su ejército,

—el hermano de su abuela, SER ELDON ESTERMONT,

—el hijo de Ser Eldon, SER AEMON ESTERMONT,

—el hijo de Ser Aemon, SER ALYN ESTERMONT,

—sus tíos y primos, por parte de madre:

—el hermano de su madre, SER JAIME LANNISTER, llamado EL MATARREYES, prisionero en Aguasdulces,

—el hermano de su madre, TYRION LANNISTER, llamado EL GNOMO, un enano, herido en la Batalla del Aguasnegras,

—el escudero de Tyrion, PODRICK PAYNE,

—el capitán de la guardia de Tyrion, SER BRONN DEL AGUASNEGRAS, antiguo mercenario,

—la concubina de Tyrion, SHAE, una prostituta que ahora trabaja como doncella de Lollys Stokeworth,

—el hermano de su abuelo, SER KEVAN LANNISTER,

—el hijo de Ser Kevan, SER LANCEL LANNISTER, antiguo escudero del rey Robert, herido en la batalla del Aguasnegras, agonizante,

—el hermano de su abuelo, [TYGETT LANNISTER], muerto de viruela,

—el hijo de Tygett, TYREK LANNISTER, escudero, desaparecido desde la gran revuelta,

—la esposa niña de Tyrek, LADY ERMESANDE HAYFORD,

—sus hermanos ilegítimos, hijos bastardos del rey Robert:

—MYA PIEDRA, una doncella de diecinueve años al servicio de Lord Nestor Royce, de las Puertas de la Luna,

—GENDRY, aprendiz de herrero, fugitivo en las tierras de los ríos y que desconoce su origen,

—EDRIC TORMENTA, el único hijo bastardo reconocido del rey Robert, pupilo de su tío Stannis en Rocadragón,

—sus Guardias reales:

—SER JAIME LANNISTER, Lord Comandante,

—SER MERYN TRANT,

—SER BALON SWANN,

—SER OSMUND KETTLEBLACK,

—SER LORAS TYRELL, llamado EL CABALLERO DE LAS FLORES,

—SER ARYS OAKHEART,

—su Consejo Privado:

—LORD TYWIN LANNISTER, Mano del Rey,

—SER KEVAN LANNISTER, consejero de los edictos,

—LORD PETYR BAELISH, llamado MEÑIQUE, consejero de la moneda,

—VARYS, un eunuco, llamado LA ARAÑA, consejero de los rumores,

—LORD MACE TYRELL, consejero naval,

—GRAN MAESTRE PYCELLE,

—su corte y servidores:

—SER ILYN PAYNE, la Justicia del Rey, verdugo,

—LORD HALLYNE EL PIROMANTE, sapiencia del Gremio de Alquimistas,

—CHICO LUNA, bufón,

—ORMOND DE ANTIGUA, arpista y bardo real,

—DONTOS HOLLARD, bufón y borracho, antes un caballero de nombre SER DONTOS EL TINTO,

—JALABHAR XHO, príncipe del Valle de la Flor Roja, un exiliado de las Islas del Verano,

—LADY TANDA STOKEWORTH,

—su hija, FALYSE, casada con Ser Balman Byrch,

—su hija, LOLLYS, de treinta y cuatro años, soltera y corta de inteligencia, embarazada tras una violación,

—su sanador y consejero, MAESTRE FRENKEN,

—LORD GYLES ROSBY, un anciano enfermo,

—SER TALLAD, un joven caballero prometedor,

—LORD MORROS SLYNT, escudero, hijo mayor del antiguo Comandante de la Guardia de la Ciudad,

—JOTHOS SLYNT, su hermano menor, escudero

—DANOS SLYNT, su hermano más joven aún, paje,

—SER BOROS BLOUNT, antiguo caballero de la Guardia Real, destituido por cobardía por la reina Cersei,

—JOSMYN PECKLEDON, escudero y héroe de la batalla del Aguasnegras,

—SER PHILIP FOOTE, nombrado Señor de las Marcas por su valor durante la batalla del Aguasnegras,

—SER LOTHOR BRUNE, llamado LOTHOR *DEVORAMANZANAS* por sus hazañas durante la batalla del Aguasnegras, antiguo jinete libre al servicio de Lord Baelish,

—otros señores y caballeros en Desembarco del Rey:

—MATHIS ROWAN, señor de Sotodeoro,

—PAXTER REDWYNE, señor del Rejo,

—los hijos gemelos de Lord Paxter, SER HORAS y SER HOBBER, apodados HORROR y BABOSO,

—el sanador de Lord Redwyne, MAESTRE BALLABAR,

—ARDRIAN CELTIGAR, el señor de Isla Zarpa,

—LORD ALESANDER STAEDMON, llamado EL CODICIOSO,

—SER BONIFER HASTY, llamado EL BUENO, un caballero famoso,

—SER DONNEL SWANN, heredero de Timón de Piedra,

—SER RONNET CONNINGTON, llamado RONNET *EL ROJO*, el Caballero de Nido del Grifo,

—AURANE MARES, el bastardo de Marcaderiva,

—SER DERMOT DE LA SELVA, un caballero famoso,

—SER TIMON *RASCAESPADAS*, un caballero famoso,

—habitantes de Desembarco del Rey:

—la Guardia de la Ciudad (los «capas doradas»),

—[SER JACELYN BYWATER, llamado MANO DE HIERRO], Comandante de la Guardia de la Ciudad, asesinado por sus hombres durante la batalla del Aguasnegras,

—SER ADDAM MARBRAND, Comandante de la Guardia de la Ciudad, sucesor de Ser Jacelyn,

—CHATAYA, dueña de un burdel de lujo,

—ALAYAYA, su hija,

—DANCY, MAREI, JAYDE, chicas de Chataya,

—TOBHO MOTT, maestro armero,

—PANZA DE HIERRO, herrero,

—HAMISH *EL ARPISTA*, un bardo famoso,

—COLLIO QUAYNIS, un bardo tyroshi,

—BETHANY *DEDOSDIESTROS*, una mujer bardo,

—ALARIC DE EYSEN, un bardo que ha viajado mucho,

—GALYEON DE CUY, un bardo conocido por la extensión de sus canciones,

—SYMON *PICO DE ORO*, un bardo.

El estandarte del rey Joffrey muestra, en postura combativa, el venado coronado de Baratheon, de sable sobre oro, y el león de los Lannister, de oro sobre gules.



EL REY EN EL NORTE
EL REY DEL TRIDENTE

ROBB STARK, señor de Invernalia, Rey en el Norte y Rey del Tridente, hijo mayor de Eddard Stark, señor de Invernalia, y Lady Catelyn, de la Casa Tully,

—su lobo huargo, *VIENTO GRIS*,

—su madre, LADY CATELYN, de la Casa Tully, viuda de Lord Eddard Stark,

—sus hermanos:

—su hermana, LA PRINCESA SANSA, una doncella de doce años, prisionera en Desembarco del Rey,

—la loba huargo de Sansa, [*DAMA*], muerta en Castillo Darry,

—su hermana, LA PRINCESA ARYA, una niña de diez años, desaparecida y dada por muerta,

—la loba huargo de Arya, *NYMERIA*, desaparecida cerca del Tridente,

—su hermano, EL PRÍNCIPE BRANDON, llamado BRAN, heredero del Norte, un niño de nueve años, dado por muerto,

—el lobo huargo de Bran, *VERANO*,

—compañeros y protectores de Bran:

—MEERA REED, una doncella de dieciséis años, hija de Lord Howland Reed de Atalaya de Aguasgrises,

—JOJEN REED, su hermano, de trece años,

—HODOR, un mozo de cuadra retrasado mental, de dos varas y media de altura,

—su hermano, EL PRÍNCIPE RICKON, un niño de cuatro años, dado por muerto,

—el lobo huargo de Rickon, *PELUDO*,

—compañera y protectora de Rickon:

—OSHA, una salvaje cautiva, que sirvió como pinche de cocina en Invernalia,

—su hermanastro, JON NIEVE, hermano juramentado de la Guardia de la Noche,

—el lobo huargo de Jon, *FANTASMA*,

—sus tíos y tías, por parte de padre:

—el hermano mayor de su padre, [BRANDON STARK], asesinado por orden del rey Aerys II Targaryen,

—la hermana de su padre, [LYANNA STARK], muerta en las montañas de Dorne durante la rebelión de Robert,

—el hermano menor de su padre, BENJEN STARK, miembro de la Guardia de la Noche, desaparecido más allá del Muro,

—sus tíos, tías y primos, por parte de madre:

—la hermana menor de su madre, LYSA ARRYN, señora del Nido de Águilas y viuda de Lord Jon Arryn,

—el hijo de ambos, ROBERT ARRYN, señor del Nido de Águilas,

—el hermano menor de su madre, SER EDMURE TULLY, heredero de Aguasdulces,

—el hermano de su abuelo, SER BRYNDEN TULLY, llamado EL PEZ NEGRO,

—sus espadas juramentadas y compañeros:

—su escudero, OLYVAR FREY,

—SER WENDEL MANDERLY, segundo hijo del señor de Puerto Blanco,

—PATREK MALLISTER, heredero de Varamar,

—DACEY MORMONT, hija mayor de Lady Maege Mormont y heredera de la Isla del Oso,

—JON UMBER, llamado EL PEQUEÑO JON, heredero de Último Hogar,

—DONNEL LOCKE, OWEN NORREY, ROBIN FLINT, norteños,

—sus señores abanderados, capitanes y comandantes:

—(con el ejército de Robb en las tierras del oeste):

—SER BRYNDEN TULLY, *EL PEZ NEGRO*, al mando de los exploradores y los escoltas,

—JON UMBER, llamado EL GRAN JON, comandante de la vanguardia,

—RICHARD KARSTARK, señor de Bastión Kar,

—GALBART GLOVER, señor de Bosquespeso,

—MAEGE MORMONT, señora de la Isla del Oso,

—[SER STEVRON FREY], hijo mayor de Lord Walder Frey y heredero de Los Gemelos, muerto en Cruce de Bueyes,

—el hijo mayor de Ser Stevron, SER RYMAN FREY,

—el hijo de Ser Ryman, WALDER FREY *EL NEGRO*,

—MARTYN RÍOS, hijo bastardo de Lord Walder Frey,

—(con las huestes de Roose Bolton en Harrenhal):

—ROOSE BOLTON, señor de Fuerte Terror,

—SER AENYS FREY, SER JARED FREY, SER HOSTEEN FREY, SER DANWELL FREY,

—su hermanastro bastardo, RONEL RÍOS,

—SER WYLIS MANDERLY, heredero de Puerto Blanco,

—SER KYLE CONDON, caballero a su servicio,

—RONNEL STOUT,

—VARGO HOAT, de la Ciudad Libre de Qohor, capitán de un grupo de mercenarios, la Compañía Audaz,

—su teniente, URSWYCK llamado EL FIEL,

—su teniente, SEPTON UTT,

—TIMEON DE DORNE, RORGE, IGGO, ZOLLO *EL GORDO*, MORDEDOR, TOGG JOTH DE IBBEN, PYG, TRESDEDOS, sus hombres,

—QYBURN, un maestre sin cadena y en ocasiones nigromante, su sanador,

—(con el ejército norteño, atacando Valle Oscuro):

—ROBETT GLOVER, de Bosquespeso,

—SER HELMAN TALLHART, de la Ciudadela de Torrhen,

—HARRION KARSTARK, único hijo sobreviviente de Lord Rickard Karstark y heredero de Bastión Kar,

—(viajando hacia el norte con los huesos de Lord Eddard):

—HALLIS MOLLEN, capitán de la guardia en Invernalia,

—JACKS, QUENT, SHADD, guardias,

—sus señores abanderados y castellanos en el norte:

—WYMAN MANDERLY, señor de Puerto Blanco,

—HOWLAND REED, señor de Atalaya de Aguasgrises, un lacustre,

—MORS UMBER, llamado CARROÑA, y HOTHER UMBER, llamado MATAPUTAS, tíos del Gran Jon Umber, ambos castellanos en Último Hogar,

—LYESSA FLINT, señora de Atalaya de la Viuda,

—ONDREW LOCKE, señor de Castillo Viejo, un anciano,

—[CLEY CERWYN], señor de Cerwyn, un niño de catorce años, caído en combate en Invernalia,

—su hermana, JONELLE CERWYN, una doncella de veintidós años, ahora señora de Cerwyn,

—[LEOBALD TALLHART], hermano menor de Ser Helman, castellano en la Ciudadela de Torrhen, caído en combate en Invernalia,

—la esposa de Leobald, BERENA de la Casa Hornwood,

—el hijo de Leobald, BRANDON, un niño de catorce años,

—el hijo de Leobald, BEREN, un niño de diez años,

—el hijo de Ser Helman, [BENFRED], muerto a manos de los hombres del hierro en Costa Pedregosa,

—la hija de Ser Helman, EDDARA, una niña de nueve años, heredera de la Ciudadela de Torrhen,

—LADY SYBELLE, esposa de Robett Glover, prisionera de Asha Greyjoy en Bosquespeso,

—el hijo de Robett, GAWEN, de tres años, legítimo heredero de Bosquespeso, prisionero de Asha Greyjoy,

—la hija de Robett, ERENA, un bebé de un año, prisionera de Asha Greyjoy en Bosquespeso,

—LARENCE NIEVE, un hijo bastardo de Lord Hornwood, y pupilo de Galbart Glover, de trece años, prisionero de Asha Greyjoy en Bosquespeso.

El estandarte del Rey en el Norte sigue siendo el mismo desde hace miles de años: el lobo huargo gris de los Stark de Invernalia que corre sobre un campo

de plata helada.



EL REY EN EL MAR ANGOSTO

STANNIS BARATHEON, el primero de su nombre, segundo hijo de Lord Steffon Baratheon y Lady Cassana de la Casa Estermont, anteriormente señor de Rocadragón,

—su esposa, la REINA SELYSE de la Casa Florent,

—la PRINCESA SHIREEN, la hija de ambos, una niña de once años,

—CARAMANCHADA, su bufón retrasado mental,

—su sobrino ilegítimo, EDRIC TORMENTA, un niño de doce años, hijo bastardo del rey Robert con Delena Florent,

—sus escuderos, DEVAN SEAWORTH y BRYEN FARRING,

—su corte y servidores:

—LORD ALESTER FLORENT, señor de la Fortaleza de Aguasclaras y Mano del Rey, tío de la Reina,

—SER AXELL FLORENT, castellano de Rocadragón y capitán de los hombres de la Reina, tío de la Reina,

—LADY MELISANDRE DE ASHAI, llamada LA MUJER ROJA, sacerdotisa de R'hllor, Señor de la Luz y Dios de la Llama y la Sombra,

—MAESTRE PYLOS, sanador, tutor y consejero,

—SER DAVOS SEAWORTH, llamado EL CABALLERO DE LA CEBOLLA y en ocasiones MANICORTO, antes contrabandista,

—la mujer de Davos, LADY MARYA, hija de un carpintero,

—los siete hijos de ambos:

—[DALE], desaparecido en el Aguasnegras,

—[ALLARD], desaparecido en el Aguasnegras,

—[MATTHOS], desaparecido en el Aguasnegras,

—[MARIC], desaparecido en el Aguasnegras,

—DEVAN, escudero del rey Stannis,

—STANNIS, un niño de nueve años,

—STEFFON, un niño de seis años,

—SALLADHOR SAAN, de la Ciudad Libre de Lys, que se hace llamar príncipe del mar Angosto y señor de la bahía Aguasnegras, dueño de la *Valyria* y de una flota de galeras,

—MEIZO MAHR, un eunuco a su servicio,

—KHORANE SATHMANTES, capitán de su galera *Baile de Shayala*,

—«GACHAS» y «LAMPREA», dos carceleros,

—sus señores banderizos,

—MONTERYS VELARYON, señor de las Mareas y dueño de Marcaderiva, un niño de seis años,

—DURAM BAR EMMON, señor de Punta Aguda, un niño de quince años,

—SER GILBERT FARRING, castellano de Bastión de Tormentas,

—LORD ELWOOD MEADOWS, segundo de Ser Gilbert,

—MAESTRE JURNE, consejero y sanador de Ser Gilbert,

—LORD LUCOS CHYTTERING, llamado PEQUEÑO LUCOS, un joven de dieciséis años,

—LESTER MORRIGEN, señor de Nido de Cuervos,

—sus caballeros y espadas juramentadas,

—SER LOMAS ESTERMONT, tío de la Reina por parte de madre,

—su hijo, SER ANDREW ESTERMONT,

—SER ROLLAND TORMENTA, llamado EL BASTARDO DE CANTO NOCTURNO, un hijo ilegítimo del difunto Lord Bryen Caron,

—SER PARMEN CRANE, llamado PARMEN *EL PÚRPURA*, prisionero en Altojardín,

—SER ERREN FLORENT, hermano menor de la reina Selyse, prisionero en Altojardín,

—SER GERALD GOWER,

—SER TRISTON DE COLINA CUENTA, antiguamente al servicio de Lord Guncer Sunglass,

—LEWYS, llamado PESCADERO,

—OMER BLACKBERRY.

El rey Stannis ha elegido para su estandarte el corazón ardiente del Señor de la Luz: un corazón de gules entre llamas naranja en campo de oro brillante. Dentro del corazón aparece el venado coronado de la Casa Baratheon, en sable.



LA REINA AL OTRO LADO DEL AGUA

DAENERYS TARGARYEN, la primera de su nombre, *khaleesi* de los dothrakis, llamada DAENERYS DE LA TORMENTA, LA QUE NO ARDE, MADRE DE DRAGONES, única heredera sobreviviente de Aerys II Targaryen, viuda de Khal Drogo, de los dothrakis,

—sus jóvenes dragones, *DROGON*, *VISERION*, *RHAEGAL*,

—su Guardia de la Reina:

—SER JORAH MORMONT, antiguo señor de Isla del Oso, exiliado por tráfico de esclavos,

—JHOGO, *ko* y jinete de sangre, el látigo,

—AGGO, *ko* y jinete de sangre, el arco,

—RAKHARO, *ko* y jinete de sangre, el *arakh*,

—BELWAS *EL FUERTE*, antiguo esclavo eunuco de los reñideros de Meereen,

—su viejo escudero, ARSTAN, llamado BARBABLANCA, un hombre de Poniente,

—sus doncellas:

—IRRI, una niña dothraki de quince años,

—JHIQUI, una niña dothraki de catorce años,

—GROLEO, capitán de la gran coca *Balerion*, marino pentoshi a sueldo de Illyrio Mopatis,

—sus difuntos parientes:

—[RHAEGAR], su hermano, príncipe de Rocadragón y heredero del Trono de Hierro, muerto a manos de Robert Baratheon en el Tridente,

—[RHAENYS], hija de Rhaegar con Elia de Dorne, asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey,

—[AEGON], hijo de Rhaegar con Elia de Dorne, asesinado durante el saqueo de Desembarco del Rey,

—[VISERYS], su hermano, autoproclamado rey Viserys, el tercero de su nombre, llamado EL REY MENDIGO, muerto en Vaes Dothrak por orden de Khal Drogo,

—[DROGO], su marido, un gran *khal* de los dothrakis, imbatido en combate, muerto a causa de una herida,

—[RHAEGO], su hijo con Khal Drogo, nacido muerto, asesinado en el útero por Mirri Maz Duur,

—sus enemigos conocidos:

—KHAL PONO, otrora *ko* de Drogo,

—KHAL JHAQO, otrora *ko* de Drogo,

—MAGGO, su jinete de sangre,

—LOS ETERNOS DE QARTH, un grupo de brujos,

—PYAT PREE, un brujo de Qarth,

—LOS HOMBRES PESAROSOS, un gremio de asesinos de Qarth,

—sus aliados inciertos, pasados y presentes:

—XARO XHOAN DAXOS, un príncipe mercader de Qarth,

—QUAITHE, una portadora de sombras enmascarada de Asshai,

—ILLYRIO MOPATIS, magíster de la Ciudad Libre de Pentos, que concertó el matrimonio de Daenerys con Khal Drogo,

—en Astapor:

—KRAZNYS MO NAKLOZ, un rico mercader de esclavos,

—su esclava, MISSANDEI, una niña de diez años, del pueblo pacífico de Naath,

—GRAZDAN MO ULLHOR, un anciano mercader de esclavos, muy rico,

—su esclavo, CLEON, carnicero y cocinero,

—GUSANO GRIS, un eunuco de los Inmaculados,

—en Yunkai:

—GRAZDAN MO ERAZ, emisario y aristócrata,

—MERO DE BRAAVOS, llamado EL BASTARDO DEL TITÁN, capitán de los Segundos Hijos, una compañía de mercenarios,

—BEN PLUMM *EL MORENO*, un sargento de los Segundos Hijos, mercenario de linaje dudoso,

—PRENDAHL NA GHEZN, un mercenario ghiscario, capitán de los Cuervos de Tormenta, una compañía de mercenarios,

—SALLOR *EL CALVO*, un mercenario de Qarth, capitán de los Cuervos de Tormenta,

—DAARIO NAHARIS, un llamativo mercenario tyroshi, capitán de los Cuervos de Tormenta,

—en Meereen:

—OZNAK ZO PAHL, un héroe de la ciudad.

El estandarte de Daenerys Targaryen es el de Aegon *el Conquistador* y la dinastía establecida por él: un dragón de tres cabezas, de gules sobre campo de sable.



EL REY DE LAS ISLAS Y DEL NORTE

BALON GREYJOY, el noveno de su nombre. Desde el Rey Gris, se ha proclamado Rey de las Islas del Hierro y del Norte, Rey de Sal y Roca, Hijo del Viento Marino y Lord Segador de Pyke,

—su esposa, la REINA ALANNYS, de la Casa Harlaw,

—sus hijos:

—[RODRIK], su hijo mayor, muerto en Varamar durante la Rebelión de Greyjoy,

—[MARON], su segundo hijo, muerto en Pyke durante la Rebelión de Greyjoy,

—ASHA, su hija, capitana del *Viento Negro*, que ha tomado Bosquespeso,

—THEON, su hijo menor, capitán del *Zorra Marina* y por poco tiempo príncipe de Invernalia,

—el escudero de Theon, WEX PYKE, hijo bastardo del hermanastro de Lord Botley, un chico mudo de doce años,

—la tripulación de Theon, los hombres del *Zorra Marina*:

—URZEN, MARON BOTLEY llamado BIGOTES DE PEZ, STYGG, GEVIN HARLAW, CADWYLE,

—sus hermanos:

—EURON, llamado OJO DE CUERVO, capitán del *Silencio*, famoso proscrito, pirata y bandolero,

—VICTARION, Lord Capitán de la Flota de Hierro, dueño del *Victoria de Hierro*,

—AERON, llamado PELOMOJADO, un sacerdote del Dios Ahogado,

—su casa en Pyke:

—MAESTRE WENDAMYR, sanador y consejero,

—HELYA, cuidador del castillo,

—sus guerreros y espadas juramentadas:

—DAGMER llamado BARBARROTA, capitán del *Bebespuma*,

—DIENTEAZUL, capitán de un barcoluengo,

—ULLER, SKYTE, remeros y guerreros,

—ANDRIK *EL TACITURNO*, un hombre gigantesco,

—QARL, llamado QARL *LA DONCELLA*, lampiño pero mortífero,
—habitantes de Puerto Noble:
—OTTER GIMPKNEE, posadero y proxeneta,
—SIGRIN, carpintero de ribera,
—sus señores abanderados:
—SAWANE BOTLEY, señor de Puerto Noble, en Pyke,
—LORD WYNCH, de Bosque de Hierro, en Pyke,
—STONEHOUSE, DRUMM y GOODBROTHER, de Viejo Wyk,
—LORD GOODBROTHER, SPARR, LORD MERLYN y LORD FARWYND de Gran Wyk,
—LORD HARLAW, de Harlaw,
—VOLMARK, MYRE, STONETREE y KENNING, de Harlaw,
—ORKWOOD y TAWNEY, de Orkmont,
—LORD BLACKTYDE, de Marea Negra,
—LORD SALTCLIFFE y LORD SUNDERLY, de Acantilado de Sal.

OTRAS CASAS MAYORES Y MENORES



CASA ARRYN

Los Arryn descienden de los Reyes de la Montaña y el Valle, una de las líneas más antiguas y puras de la nobleza de los ándalos. La Casa Arryn no tomó parte en la Guerra de los Cinco Reyes, preservando sus fuerzas para proteger el Valle de Arryn. Su estandarte es una luna y un halcón, de plata sobre campo de azur. El lema de los Arryn es: Tan Alto como el Honor.

ROBERT ARRYN, señor del Nido de Águilas, Defensor del Valle, Guardián del Oriente, un niño enfermizo de ocho años,

—su madre, LADY LYSA, de la Casa Tully, tercera esposa y viuda de Lord Jon Arryn, y hermana de Catelyn Stark,

—sus criados y sirvientes:

—MARILLION, un bardo joven y apuesto, protegido de Lady Lysa,

—MAESTRE COLEMON, consejero, sanador y tutor,

—SER MARWYN BELMORE, capitán de la guardia,

—MORD, un carcelero brutal,

—sus señores banderizos, caballeros y criados:

—LORD NESTOR ROYCE, Mayordomo Jefe del Valle y castellano de las Puertas de la Luna, de la rama menor de la Casa Royce,

—el hijo de Lord Nestor, SER ALBAR,

—la hija de Lord Nestor, MYRANDA,

—MYA PIEDRA, una niña bastarda a su servicio, hija natural del rey Robert I Baratheon,

—LORD YOHN ROYCE, llamado BRONCE YOHN, señor de Piedra de las Runas, de la rama principal de la Casa Royce, primo de Lord Nestor,

—el hijo mayor de Lord Yohn, SER ANDAR,

—el segundo hijo de Lord Yohn, [SER ROBAR], caballero de la Guardia Arco iris de Renly Baratheon, muerto en Bastión de Tormentas a manos de Ser Loras Tyrell,

—el hijo menor de Lord Yohn, [SER WAYMAR], un hombre de la Guardia de

la Noche, desaparecido más allá del Muro,

—SER LYN CORBRAY, un pretendiente de Lady Lysa,

—MYCHEL REDFORT, su escudero,

—LADY ANYA WAYNWOOD,

—el hijo mayor y heredero de Lady Anya, SER MORTON, un pretendiente de Lady Lysa,

—el segundo hijo de Lady Anya, SER DONNEL, el Caballero de la Puerta,

—EON HUNTER, señor de Arcolargo, un anciano y pretendiente de Lady Lysa,

—HORTON REDFORT, señor de Redfort.



CASA FLORENT

Los Florent de la Fortaleza de Aguasclaras son abanderados de los Tyrell, a pesar de su derecho preferente a Altojardín por lazos de sangre con la Casa Gardener, los antiguos Reyes del Dominio. Al estallar la Guerra de los Cinco Reyes, Lord Alester Florent siguió a los Tyrell y se alineó con el rey Renly, pero su hermano Ser Axell se decantó por el rey Stannis, a quien había servido durante años como castellano de Rocadragón. Su sobrina Selyse era y es la reina del rey Stannis. Cuando Renly murió en Bastión de Tormentas, los Florent se pasaron al bando de Stannis con todas sus fuerzas, y fueron los primeros abanderados de Renly en hacerlo. El blasón de la Casa Florent muestra la cabeza de un zorro en un círculo floral.

ALESTER FLORENT, señor de Aguasclaras,

—su esposa, LADY MELARA, de la Casa Crane,

—sus hijos:

—ALEKYNE, heredero de Aguasclaras,

—MELESSA, casada con Lord Randyll Tarly,

—RHEA, casada con Lord Leyton Hightower,

—sus hermanos:

—SER AXELL, castellano de Rocadragón,

—[SER RYAM], muerto al caerse del caballo,

—la hija de Ser Ryam, LA REINA SELYSE, casada con el rey Stannis Baratheon,

—el hijo de Ser Ryam, [SER IMRY], comandante de la flota de Stannis Baratheon en Aguasnegras, desaparecido con la *Furia*,

—el segundo hijo de Ser Ryam, SER ERREN, prisionero en Altojardín,

—SER COLIN,

—la hija de Ser Colin, DELENA, casada con SER HOSMAN NORCROSS,

—el hijo de Delena, EDRIC TORMENTA, un bastardo del rey Robert Baratheon, de doce años de edad,

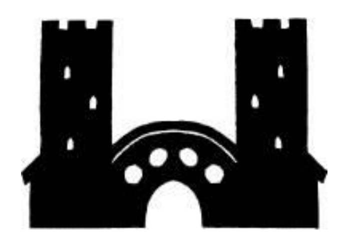
—el hijo de Delena, ALESTER NORCROSS, de ocho años,

—el hijo de Delena, RENLY NORCROSS, un niño de dos años,

—el hijo de Ser Colin, MAESTRE OMER, de servicio en Roble Viejo,

—el hijo de Ser Colin, MERRELL, escudero en el Rejo,

—su hermana, RYLENE, casada con Ser Rycherd Crane.



CASA FREY

Poderosos, ricos y numerosos, los Frey son abanderados de la Casa Tully, pero no siempre se han mostrado diligentes a la hora de cumplir con su deber. Cuando Robert Baratheon luchó con Rhaegar Targaryen en el Tridente, los Frey no llegaron hasta después de terminada la batalla, y de ahí en adelante, Lord Hoster Tully siempre llamó a Lord Walder «el finado Lord Frey». También se dice de Walder Frey que es el único señor de los Siete Reinos que se ha sacado un ejército entero de los calzones.

Al comenzar la Guerra de los Cinco Reyes, Robb Stark obtuvo la fidelidad de Lord Walder al prometer que se casaría con una de sus hijas o nietas. Dos de los nietos de Lord Walder fueron enviados a Invernalia para vivir allí en condición de pupilos.

WALDER FREY, señor del Cruce,

—los herederos de su primera esposa, [LADY PERHA, de la Casa Royce]:

—[SER STEVRON], el hijo mayor, muerto tras la batalla de Cruce de Bueyes,

—su esposa [Corenna Swann, muerta de una enfermedad que la consumió],

—el hijo mayor de Stevron, SER RYMAN, heredero de Los Gemelos,

—el hijo de Ryman, EDWYN, casado con Janyce Hunter,

—la hija de Edwyn, WALDA, una niña de ocho años,

—el hijo de Ryman, WALDER, llamado WALDER *EL NEGRO*,

—el hijo de Ryman, PETYR, llamado PETYR *ESPINILLA*,

—su esposa MYLENDA CARON,

—la hija de Petyr, PERHA, una niña de cinco años,

—su esposa [Jeyne Lydden, muerta al caer de un caballo],

—el hijo de Stevron, AEGON, un retrasado mental al que llaman CASCABEL,

—la hija de Stevron, [MAEGELLE, muerta en un parto], casada con Ser Dafyn Vance,

—la hija de Maegelle, MARIANNE, una doncella,

—el hijo de Maegelle, WALDER VANCE, escudero,

—el hijo de Maegelle, PATREK VANCE,

—su esposa [Marsella Waynwood, muerta en un parto],

—el hijo de Stevron, WALTON, casado con Deana Hardyng,

—el hijo de Walton, STEFFON, llamado EL DULCE,

—la hija de Walton, WALDA, llamada WALDA *LA BELLA*,

—el hijo de Walton, BRYAN, escudero,

—SER EMMON, casado con Genna de la Casa Lannister,

—el hijo de Emmon, SER CLEOS, casado con Jeyne Darry,

—el hijo de Cleos, TYWIN, escudero de once años,

—el hijo de Cleos, WILLEM, paje en Marcaceniza, de nueve años,

—el hijo de Emmon, SER LYONEL, casado con Melesa Crakehall,

—el hijo de Emmon, TION, prisionero en Aguasdulces,

—el hijo de Emmon, WALDER, llamado WALDER *EL ROJO*, de catorce años, escudero en Roca Casterly,

—SER AENYS, casado con [Tyana Wylde, muerta en un parto],

—el hijo de Aenys, AEGON *EL SANGRIENTO*, bandolero,

—el hijo de Aenys, RHAEGAR, casado con Jeyne Beesbury,

—el hijo de Rhaegar, ROBERT, un niño de trece años,

—la hija de Rhaegar, WALDA, una niña de diez años, llamada WALDA *LA BLANCA*,

—el hijo de Rhaegar, JONOS, un niño de ocho años,

—PERRIANE, casada con Ser Leslyn Haigh,

—el hijo de Perriane, SER HARYS HAIGH,

—el hijo de Harys, WALDER HAIGH, un niño de cuatro años,

—el hijo de Perriane, SER DONNEL HAIGH,

—el hijo de Perriane, ALYN HAIGH, escudero,

—de su segunda esposa, [LADY CYRENNA, de la Casa Swann]:

—SER JARED, su hijo mayor, casado con [Alys Frey],

—el hijo de Jared, SER TYTOS, casado con Zhoe Blanetree,

—la hija de Tytos, ZIA, una doncella de catorce años,

—el hijo de Tytos, ZACHERY, un niño de doce años, que estudia en el sept de Antigua,

—la hija de Jared, KYRA, casada con Ser Garse Goodbrook,

—el hijo de Kyra, WALDER GOODBROOK, un niño de nueve años,

—la hija de Kyra, JEYNE GOODBROOK, una niña de seis años,

—SEPTON LUCEON, de servicio en el Gran Sept de Baelor en Desembarco del Rey,

—de su tercera esposa, [LADY AMARE, de la Casa Crakehall]:

—SER HOSTEEN, su hijo mayor, casado con Bellena Hawick,

—el hijo de Hosteen, SER ARWOOD, casado con Ryella Royce,

—la hija de Arwood, RYELLA, una niña de cinco años,

—los hijos gemelos de Arwood, ANDROW y ALYN, de tres años,

—LADY LYTHENE, casada con Lord Lucias Vypren,

—la hija de Lythene, ELYANA, casada con Ser Jon Wylde,

—el hijo de Elyana, RICKARD WYLDE, de cuatro años,

—el hijo de Lythene, SER DAMON VYPREN,

—SYMOND, casado con Betharios de Braavos,

—el hijo de Symond, ALESANDER, bardo,

—la hija de Symond, ALYX, una doncella de diecisiete años,

—el hijo de Symond, BRADAMAR, un niño de diez años, acogido en Braavos como pupilo de Oro Tendyris, un mercader de esa ciudad,

—SER DANWELL, casado con Wynafrei Whent,

—[muchos abortos y niños nacidos muertos],

—MERRETT, casado con Mariya Darry,

—la hija de Merrett, AMEREI, llamada AMI, una viuda de dieciséis años, casada con [Ser Pate del Forca Azul],

—la hija de Merrett, WALDA, llamada WALDA *LA GORDA*, de quince años, casada con Lord Roose Bolton,

—la hija de Merrett, MARISSA, una doncella de trece años,

—el hijo de Merrett, WALDER, llamado WALDER *EL PEQUEÑO*, un niño de siete años, hecho cautivo en Invernalia cuando era pupilo de Lady Catelyn Stark,

—[SER GEREMY, ahogado], casado con Carolei Waynwood,

—el hijo de Geremy, SANDOR, un chico de doce años, escudero de Ser Donnel Waynwood,

—la hija de Geremy, CYNTHEA, una niña de nueve años, pupila de Lady Anya Waynwood,

—SER RAYMUND, casado con Beony Beesbury,

—el hijo de Raymund, ROBERT, de dieciséis años, estudiante en la Ciudadela de Antigua,

—el hijo de Raymund, MALWYN, de quince años, aprendiz de alquimista en Lys,

—las hijas gemelas de Raymund, SERRA y SARRA, doncellas de catorce años,

—la hija de Raymund, CERSEI, seis años, llamada ABEJITA,

—de su cuarta esposa, [LADY ALYSSA, de la Casa Blackwood]:

—LOTHAR, su hijo mayor, llamado LOTHAR *EL COJO*, casado con Leonella Lefford,

—la hija de Lothar, TYSANE, una niña de siete años,

—la hija de Lothar, WALDA, una niña de cuatro años,

—la hija de Lothar, EMBERLEI, una niña de dos años,

—SER JAMMOS, casado con Sallei Paege,

—el hijo de Jammos, WALDER, llamado WALDER *EL MAYOR*, un niño de ocho años, hecho cautivo en Invernalia cuando era pupilo de Lady Catelyn Stark,

—los hijos gemelos de Jammos, DICKON y MATHIS, cinco años,

—SER WHALEN, casado con Sylwa Paege,

—el hijo de Whalen, HOSTER, un niño de doce años, escudero de Ser Damon Paege,

—la hija de Whalen, MERIANNE, llamada MERRY, una niña de once años,

—LADY MORYA, casada con Ser Flement Brax,

—el hijo de Morya, ROBERT BRAX, de nueve años, acogido en Roca Casterly

como paje,

—el hijo de Morya, WALDER BRAX, un niño de seis años,

—el hijo de Morya, JON BRAX, un bebé de tres años,

—TYTA, llamada TYTA *LA DONCELLA*, una doncella de veintinueve años,

—de su quinta esposa, [LADY SARYA de la Casa Whent]:

—sin descendientes,

—de su sexta esposa, [LADY BETHANY de la Casa Rosby]:

—SER PERWYN, su hijo mayor,

—SER BENFREY, casado con Jyanna Frey, una prima,

—la hija de Benfrey, DELLA, llamada DELLA *LA SORDA*, una niña de tres años,

—el hijo de Benfrey, OSMUND, un niño de dos años,

—MAESTRE WILLAMEN, de servicio en Arcolargo,

—OLYVAR, escudero de Robb Stark,

—ROSLIN, una doncella de dieciséis años,

—de su séptima esposa, [LADY ANNARA de la Casa Farring]:

—ARWYN, una doncella de catorce años,

—WENDEL, su hijo mayor, un niño de trece años, acogido como paje en Varamar,

—COLMAR, prometido a la Fe, de once años,

—WALTYR, llamado TYR, un niño de diez años,

—ELMAR, anteriormente prometido con Arya Stark, un niño de nueve años,

—SHIREI, una niña de seis años,

—de su octava esposa, LADY JOYEUSE de la Casa Erenford:

—sin descendencia hasta ahora,

—hijos naturales de Lord Walder con diferentes madres:

—WALDER RÍOS, llamado WALDER *EL BASTARDO*,

—el hijo de Walder *el Bastardo*, SER AEMON RÍOS,

—la hija de Walder *el Bastardo*, WALDA RÍOS,

—MAESTRE MELWYS, de servicio en Rosby,

—JEYNE RÍOS, MARTYN RÍOS, RYGER RÍOS, RONEL RÍOS, MELLARA RÍOS, otros.



CASA LANNISTER

Los Lannister de Roca Casterly siguen siendo el apoyo principal de las aspiraciones del rey Joffrey al Trono de Hierro. Se jactan de que descienden de Lann *el Astuto*, el legendario embaucador de la Edad de los Héroes. El oro de Roca Casterly y el Colmillo Dorado los han convertido en los más ricos entre las Grandes Casas. El blasón de los Lannister es un león de oro en campo carmesí. Su lema es: ¡Oye mi Rugido!

TYWIN LANNISTER, señor de Roca Casterly, Guardián del Occidente, Escudo de Lannisport y Mano del Rey,

—su hijo, SER JAIME, llamado EL MATARREYES, hermano gemelo de la reina Cersei, Lord Comandante de la Guardia Real y Guardián del Oriente, prisionero en Aguasdulces,

—su hija, la REINA CERSEI, hermana gemela de Jaime, viuda del rey Robert I Baratheon, reina regente en nombre de su hijo Joffrey,

—su hijo, el REY JOFFREY BARATHEON, un niño de trece años,

—su hija, la PRINCESA MYRCELLA BARATHEON, una niña de nueve años, pupila del príncipe Doran Martell en Dorne,

—su hijo, el PRÍNCIPE TOMMEN BARATHEON, un niño de ocho años, heredero del Trono de Hierro,

—su hijo enano, TYRION, llamado EL GNOMO O MEDIOHOMBRE, malherido en la batalla del Aguasnegras,

—sus hermanos:

—SER KEVAN, el hermano mayor de Lord Tywin,

—la esposa de Ser Kevan, DORNA, de la Casa Swyft,

—su hijo, SER LANCEL, antes escudero del rey Robert, herido y agonizante,

—su hijo, WILLEM, hermano gemelo de Martyn, escudero, cautivo en Aguasdulces,

—su hijo, MARTYN, hermano gemelo de Willem, escudero, cautivo de Robb Stark,

—su hija, JANEI, una niña de dos años,

—GENNA, su hermana, casada con Ser Emmon Frey,

—su hijo, SER CLEOS FREY, cautivo en Aguasdulces,

—su hijo, SER LYONEL,

—su hijo, TION FREY, escudero, cautivo en Aguasdulces,

—su hijo, WALDER, llamado WALDER *EL ROJO*, escudero en Roca Casterly,

—[SER TYGETT], su segundo hermano, muerto de viruelas,

—la viuda de Tygett, DARLESSA, de la Casa Marbrand,

—su hijo, TYREK, escudero del rey, desaparecido,

—[GERION], su hermano menor, desaparecido en el mar,

—la hija bastarda de Gerion, JOY, once años,

—su primo, [SER STAFFORD LANNISTER], hermano de la difunta Lady Joanna, muerto en Cruce de Bueyes,

—las hijas de Ser Stafford, CERENNA y MYRIELLE,

—el hijo de Ser Stafford, SER DAVEN,

—sus primos:

—SER DAMION LANNISTER, casado con Lady Shiera Crakehall,

—su hijo, SER LUCION,

—su hija, LANNA, casada con Lord Antario Jast,

—MARGOT, casada con Lord Titus Peake,

—sus criados y sirvientes:

—MAESTRE CREYLEN, sanador, tutor y consejero,

—VYLARR, capitán de la guardia,

—LUM y LESTER *EL ROJO*, guardias,

—WAT SONRISABLANCA, bardo,

—SER BENEDICT BROOM, maestro de armas,

—sus señores banderizos:

—DAMON MARBRAND, señor de Marcaceniza,

—SER ADDAM MARBRAND, su hijo y heredero,

—ROLAND CRAKEHALL, señor de Crakehall,

—su hermano, [SER BURTON CRAKEHALL], asesinado por Lord Beric Dondarrion y sus bandidos,

—su hijo y heredero, SER TYBOLT CRAKEHALL,

—su segundo hijo, SER LYLE CRAKEHALL, llamado JABALÍ, cautivo en el Castillo de la Princesa Rosada,

—su hijo menor, SER MERLON CRAKEHALL,

—[ANDROS BRAX], señor de Valdelcuerno, ahogado durante la batalla de los Campamentos,

—su hermano, [SER RUPERT BRAX], muerto en Cruce de Bueyes,

—su hijo mayor, SER TYTOS BRAX, ahora señor de Valdelcuerno, prisionero en Los Gemelos,

—su segundo hijo, [SER ROBERT BRAX], muerto en la batalla de los Vados,

—su tercer hijo, SER FLEMENT BRAX, ahora heredero,

—[LORD LEO LEFFORD], ahogado en el Molino de Piedra,

—REGENARD ESTREN, señor de Wyndhall, prisionero en Los Gemelos,

—GAWEN WESTERLING, señor del Risco, prisionero en Varamar,

—su esposa, LADY SYBELL, de la Casa Spicer,

—su hermano, SER ROLPH SPICER,

—su primo, SER SAMWELL SPICER,

—sus hijos:

—SER RAYNALD WESTERLING,

—JEYNE, una doncella de dieciséis años,

—ELEYNA, una niña de doce años,

—ROLLAM, un niño de nueve años,

—LEWYS LYDDEN, señor de la Cueva Honda,

—LORD ANTARIO JAST, prisionero en el Castillo de la Princesa Rosada,

—LORD PHILIP PLUMM,

—sus hijos, SER DENNIS PLUMM, SER PETER PLUMM, y SER HARWYN PLUMM, llamado PIEDRADURA,

—QUENTEN BANEFORT, señor de Banefort, prisionero de Lord Jonos Bracken,

—sus caballeros y capitanes:

—SER HARYS SWYFT, suegro de Ser Kevan Lannister,

—el hijo de Ser Harys, SER STEFFON SWYFT,

—la hija de Ser Steffon, JOANNA,

—la hija de Ser Harys, SHIERLE, casada con Ser Melwyn Sarsfield,

—SER FORLEY PRESTER,

—SER GARTH GREENFIELD, prisionero en Torreón del Árbol de los Cuervos,

—SER LYMOND VIKARY, prisionero en Descanso del Caminante,

—LORD SELMON STACKSPEAR,

—su hijo, SER STEFFON STACKSPEAR,

—su hijo menor, SER ALYN STACKSPEAR,

—TERRENCE KENNING, señor de Kayce,

—SER KENNOS DE KAYCE, un caballero a su servicio,

—SER GREGOR CLEGANE, LA MONTAÑA QUE CABALGA,

—POLLIVER, CHISWYCK, RAFF EL DULCE, DUNSEN Y EL COSQUILLAS, soldados a su servicio,

—[SER AMORY LORCH], dado de comida a un oso por Vargo Hoat tras la caída de Harrenhal.



CASA MARTELL

Dorne fue el último de los Siete Reinos en jurar lealtad al Trono de Hierro. La sangre, las costumbres y la historia colocan a los dornienses a cierta distancia de los otros reinos. Cuando comenzó la Guerra de los Cinco Reyes, Dorne no tomó partido. Con el compromiso entre Myrcella Baratheon y el príncipe Trystan, Lanza del Sol proclamó su apoyo al rey Joffrey y convocó a sus señores vasallos. El blasón de los Martell es un sol de gules atravesado por una lanza dorada. Su lema es: Nunca Doblegado, Nunca Roto.

DORAN NYMEROS MARTELL, señor de Lanza del Sol, príncipe de Dorne,

—su esposa, MELLARIO, de la Ciudad Libre de Norvos,

—sus hijos:

—LA PRINCESA ARIANNE, su hija mayor, heredera de Lanza del Sol,

—EL PRÍNCIPE QUENTYN, su hijo mayor,

—EL PRÍNCIPE TRYSTANE, su hijo menor, prometido a Myrcella Baratheon,

—sus hermanos:

—su hermana, [LA PRINCESA ELIA], esposa del príncipe Rhaegar Targaryen, muerta durante el saqueo de Desembarco del Rey,

—sus hijos:

—[LA PRINCESA RHAENYS], niña de corta edad, asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey,

—[EL PRÍNCIPE AEGON], un bebé, asesinado durante el saqueo de Desembarco del Rey,

—su hermano, el PRÍNCIPE OBERYN, llamado LA VÍBORA ROJA,

—la concubina del príncipe Oberyn, ELLARIA ARENA,

—las hijas bastardas del príncipe Oberyn, OBARA, NYMERIA, TYENE, SARELLA, ELIA, OBELLA, DOREA, LOREZA, llamadas LAS SERPIENTES DE ARENA,

—los compañeros del príncipe Oberyn:

—HARMEN ULLER, señor de Sotoinfierno,

—el hermano de Harmen, SER ULWYCK ULLER,

—SER RYON ALLYRION,

—el hijo natural de Ser Ryon, SER DAEMON ARENA, EL BASTARDO DE

BONDADIVINA,

—DAGOS MANWOODY, señor de Sepulcro del Rey,

—hijos de Dagos, MORS y DICKON,

—hermano de Dagos, SER MYLES MANWOODY,

—SER ARRON QORGYLE,

—SER DEZIEL DALT, EL CABALLERO DE LIMONAR,

—MYRIA JORDAYNE, heredera de Tor,

—LARRA BLACKMONT, señora de Blackmont,

—su hija, JYNESSA BLACKMONT,

—su hijo, PERHOS BLACKMONT, escudero,

—sus sirvientes:

—AREO HOTAH, mercenario norvoshi, capitán de la guardia,

—MAESTRE CALEOTTE, consejero, sanador y tutor,

—sus señores abanderados:

—HARMEN ULLER, señor de Sotoinfierno,

—EDRIC DAYNE, señor de Campoestrella,

—DELONNE ALLYRION, señora de Bondadivina,

—DAGOS MANWOODY, señor de Sepulcro del Rey,

—LARRA BLACKMONT, señora de Blackmont,

—TREMOND GARGALEN, señor de Costa Salada,

—ANDERS YRONWOOD, señor de Yronwood,

—NYMELLA TOLAND.



CASA TULLY

Lord Edmyn Tully de Aguasdulces fue uno de los primeros señores del río que juró lealtad a Aegon *el Conquistador*. El victorioso Aegon lo recompensó alzando la Casa Tully hasta ponerla por encima de todas las casas del Tridente. El emblema de los Tully es una trucha saltarina en plata sobre campo ondulado de azur y rojo. Su lema es: Familia, Deber, Honor.

HOSTER TULLY, señor de Aguasdulces,

—su esposa, [LADY MINISA, de la Casa Whent], muerta en un parto,

—sus hijos:

—CATELYN, viuda de Lord Eddard Stark de Invernalia,

—su hijo mayor, ROBB STARK, señor de Invernalia, Rey en el Norte y Rey del Tridente,

—su hija, SANSA STARK, una doncella de doce años, prisionera en Desembarco del Rey,

—su hija, ARYA STARK, diez años, desaparecida desde hace un año,

—su hijo, BRANDON STARK, ocho años, dado por muerto,

—su hijo, RICKON STARK, cuatro años, dado por muerto,

—LYSA, viuda de Lord Jon Arryn del Nido de Águilas,

—su hijo, ROBERT, señor del Nido de Águilas y Defensor del Valle, un niño enfermizo de siete años,

—SER EDMURE, su único hijo, heredero de Aguasdulces,

—amigos y compañeros de Ser Edmure:

—SER MARQ PIPER, heredero del Castillo de la Princesa Rosada,

—LORD LYMOND GOODBROOK,

—SER RONALD VANCE, llamado EL MALO, y sus hermanos, SER HUGO, SER ELLERY y KIRTH,

—PATREK MALLISTER, LUCAS BLACKWOOD, SER PERWYN FREY, TRISTAN RYGER, SER ROBERT PAEGE,

—su hermano, SER BRYNDEN, llamado EL PEZ NEGRO,

—sus criados y sirvientes:

—MAESTRE VYMAN, consejero, sanador y tutor,

—SER DESMOND GRELL, maestro de armas,

—SER ROBIN RYGER, capitán de la guardia,

—LEW *EL LARGO*, ELWOOD, DELP, guardias,
—UTHERYDES WAYN, mayordomo de Aguasdulces,
—RYMUND DE LAS RIMAS, bardo,
—sus señores abanderados:
—JONOS BRACKEN, señor del Seto de Piedra,
—JASON MALLISTER, señor de Varamar,
—WALDER FREY, señor del Cruce,
—CLEMENT PIPER, señor del Castillo de la Princesa Rosada,
—KARYL VANCE, señor de Descanso del Caminante,
—NORBERT VANCE, señor de Atranta,
—THEOMAR SMALLWOOD, señor de Torreón Bellota,
—su esposa, LADY RAVELLA, de la Casa Swann,
—su hija, CARELLEN,
—WILLIAM MOOTON, señor de Poza de la Doncella,
—SHELLA WHENT, despojada señora de Harrenhal,
—SER HALMON PAEGE,
—TYTOS BLACKWOOD, señor del Árbol de los Cuervos.



CASA TYRELL

Los Tyrell subieron al poder como mayordomos de los Reyes del Dominio, cuyas posesiones incluían las fértiles llanuras del suroeste, que se extienden de las Marcas de Dorne al río Aguasnegras hasta las orillas del mar del Ocaso. Alegan descender, por línea materna, de Garth *Manoverde*, el rey jardinero de los primeros hombres, que llevaba una corona de vides y flores, y hacía florecer la tierra. Cuando Mern IX, el último rey de la Casa Gardener, perdió la vida en el Campo de Fuego, su mayordomo Harlen Tyrell rindió Altojardín a Aegon *el Conquistador*. Aegon le concedió el castillo y el poder sobre el Dominio. El blasón de los Tyrell muestra una rosa de oro sobre sinople. Su lema es: Crecer Fuerte.

Lord Mace Tyrell declaró su apoyo a Renly Baratheon al comienzo de la Guerra de los Cinco Reyes y le otorgó la mano de su hija Margaery. Tras la muerte de Renly, Altojardín formó una alianza con la Casa Lannister, y Margaery quedó prometida con el rey Joffrey.

MACE TYRELL, señor de Altojardín, Guardián del sur, Defensor de las Marcas y Alto Mariscal del Dominio,

—su esposa, LADY ALERIE, de la Casa Hightower de Antigua,

—sus hijos:

—WILLAS, su hijo mayor, heredero de Altojardín,

—SER GARLAN, llamado EL GALANTE, su segundo hijo,

—su esposa, LADY LEONETTE de la Casa Fossoway,

—SER LORAS, el Caballero de las Flores, su hijo menor, un Hermano Juramentado de la Guardia Real,

—MARGAERY, su hija, una viuda de quince años, prometida del rey Joffrey Baratheon,

—compañeras y damas de Margaery:

—sus primas, MEGGA, ALLA y ELINOR TYRELL,

—el prometido de Elinor, ALYN AMBROSE, escudero,

—LADY ALYSANNE BULWER, una niña de ocho años,

—MEREDYTH CRANE, llamada MERRY,

—TAENA DE MYR, esposa de Lord Orton Merryweather,

—LADY ALYCE GRACEFORD,

—SEPTA NYSTERICA, una hermana de la Fe,

—su madre viuda, LADY OLENNA de la Casa Redwyne, llamada LA REINA DE LAS ESPINAS,

—los guardias de Lady Olenna, ARRYK y ERRYK, llamados IZQUIERDO y DERECHO,

—sus hermanas:

—LADY MINA, casada con Paxter Redwyne, señor del Rejo,

—sus hijos:

—SER HORAS REDWYNE, hermano gemelo de Hobber, apodado HORROR,

—SER HOBBER REDWYNE, hermano gemelo de Horas, apodado BABOSO,

—DESMERA REDWYNE, una doncella de dieciséis años,

—LADY JANNA, casada con Ser Jon Fossoway,

—sus tíos y primos:

—el hermano de su padre, GARTH, llamado EL GROSERO, Lord Senescal de Altojardín,

—los hijos bastardos de Garth, GARSE y GARRETT FLORES,

—el hermano de su padre, SER MORYN, Lord Comandante de la Guardia de la Ciudad de Antigua,

—el hijo de Moryn, [SER LUTHOR], casado con Lady Elyn Norridge,

—el hijo de Luthor, SER THEODORE, casado con Lady Lia Serry,

—la hija de Theodore, ELINOR,

—el hijo de Theodore, LUTHOR, escudero,

—el hijo de Luthor, MAESTRE MEDWICK,

—la hija de Luthor, OLENE, casada con Ser Leo Blackbar,

—el hijo de Moryn, LEO, llamado LEO EL PEREZOSO,

—el hermano de su padre, MAESTRE GORMON, un erudito de la Ciudadela,

—su primo, [SER QUENTIN], muerto en Vado Ceniza,

—el hijo de Quentin, SER OLYMER, casado con Lady Lysa Meadows,

—los hijos de Olymer, RAYMUND y RICKARD,

—la hija de Olymer, MEGGA,

—su primo, el MAESTRE NORMUND, de servicio en Corona Negra,

—su primo, [SER VICTOR], muerto a manos del Caballero Sonriente de la Hermandad del Bosque Real,

—la hija de Victor, VICTARIA, casada con [Lord Jon Bulwer], fallecido a causa de una fiebre estival,

—la hija de ambos, LADY ALYSANNE BULWER, de ocho años,

—el hijo de Victor, SER LEO, casado con Lady Alys Beesbury,

—hijas de Leo, ALLA y LEONA,

—hijos de Leo, LYONEL, LUCAS y LORENT,

—sus sirvientes y criados en Altojardín:

—MAESTRE LOMYS, consejero, sanador y tutor,

—IGON VYRWEL, capitán de la guardia,

—SER VORTIMER CRANE, maestro de armas,

—MANTECAS, bufón, gordísimo,

—sus señores abanderados:

—RANDYLL TARLY, señor de Colina Cuerno,

—PAXTER REDWYNE, señor del Rejo,

—ARWYN OAKHEART, señora de Viejo Roble,

—MATHIS ROWAN, señor de Sotodeoro,

—ALESTER FLORENT, señor de la Fortaleza de Aguasclaras, un rebelde que apoya a Stannis Baratheon,

—LEYTON HIGHTOWER, Voz de Antigua, Señor del Puerto,

—ORTON MERRYWEATHER, señor de Granmesa,

—LORD ARTHUR AMBROSE,

—sus caballeros y espadas juramentadas:

—SER MARK MULLENDORE, lisiado durante la batalla del Aguasnegras,

—SER JON FOSSOWAY, de los Fossoway de la manzana verde,

—SER TANTON FOSSOWAY, de los Fossoway de la manzana roja.

REBELDES, BANDIDOS
Y HERMANOS JURAMENTADOS

LOS HERMANOS JURAMENTADOS DE LA GUARDIA DE LA NOCHE

(Exploradores más allá del Muro):

JEOR MORMONT, llamado EL VIEJO OSO, Lord Comandante de la Guardia de la Noche,

—JON NIEVE, el bastardo de Invernalia, su mayordomo y escudero, desaparecido mientras exploraba el Paso Aullante,

—*FANTASMA*, su lobo huargo, blanco y silencioso,

—EDDISON TOLLETT, llamado EDD *EL PENAS*, su escudero,

—THOREN SMALLWOOD, al mando de los exploradores,

—DYWEN, DAGA, PIESLIGEROS, GRENN, BEDWYCK llamado GIGANTE, OLLO *MANOMOCHA*, GRUBBS, BERNARR llamado BERNARR *EL MORENO*, otro BERNARR llamado BERNARR *EL NEGRO*, TIM PIEDRA, ULMER DEL BOSQUE REAL, GARTH llamado PLUMAGRÍS, GARTH DE GREENAWAY, GARTH DE ANTIGUA, ALAN DE ROSBY, RONNEL HARCLAY, AETHAN, RYLES, MAWNEY, exploradores,

—JARMEN BUCKWELL, al mando de los oteadores,

—BANNEN, KEDGE *OJOBLANCO*, TUMBERJON, FORNIO, GOADY, exploradores y oteadores,

—SER OTTYN WYTHERS, al mando de la retaguardia,

—SER MALADOR LOCKE, al mando de la impedimenta,

—DONNEL HILL, llamado DONNEL *EL SUAVE*, su escudero y mayordomo,

—HAKE, intendente y cocinero,

—CHETT, un mayordomo feo, encargado de los perros,

—SAMWELL TARLY un mayordomo gordo, encargado de los cuervos, apodado SER CERDI,

—LARK llamado DE LAS HERMANAS, su primo ROLLEY DE VLLLAHERMANA, KARL *EL PATIZAMBO*, MASLYN, PAUL *EL PEQUEÑO*, SERRUCHO, LEW *EL ZURDO*, OSS *EL HUÉRFANO*, BILL *EL REFUNFUÑÓN*, mayordomos,

—[QHORIN MEDIAMANO], al mando de los exploradores de la Torre Sombría, muerto en el Paso Aullante,

—[ESCUDERO DALBRIDGE, EOGEN], exploradores, muertos en el Paso Aullante,

—SERPIENTE DE PIEDRA, explorador y montañero, perdido en el Paso

Aullante,

—BLANE, segundo de Qhorin Mediamano, al mando de los hombres de la Torre Sombría en el Puño de los Primeros Hombres,

—SER BYAM FLINT,

(en el Castillo Negro):

BOWEN MARSH, Lord Mayordomo y castellano,

—MAESTRE AEMON (TARGARYEN), sanador y consejero, un ciego de cien años de edad,

—su mayordomo, CLYDAS,

—BENJEN STARK, capitán de exploradores, desaparecido, se teme que haya muerto,

—SER WYNTON STOUT, explorador durante ochenta años,

—SER ALADALE WYNCH, PYPAR, DICK FOLLARD *EL SORDO*, HAL *EL PELUDO*, JACK BULWER *EL NEGRO*, ELRON, MATTHAR, exploradores,

—OTHELL YARWYCK, Capitán de los Constructores,

—BOTA DE SOBRA, HENLY *EL JOVEN*, HALDER, ALBETT, TONELETE, CALVASUCIA DE POZA DE LA DONCELLA, constructores,

—DONAL NOYE, armero, herrero y mayordomo, manco,

—HOBB *TRESDEDOS*, mayordomo y cocinero,

—TIM *LENGUATRABADA*, SIMPLE, MULLY, HENLY *EL VIEJO*, CUGEN, ALYN *EL ROJO DE PALISANDRO*, JEREN, mayordomos,

—SEPTON CELLADOR, un religioso borracho,

—SER ENDREW TARTH, maestro de armas,

—RAST, ARRON, EMRICK, SEDA, PETIRROJO SALTARÍN, reclutas que todavía se están entrenando,

—CONWY, GUEREN, reclutadores y recolectores,

(en Guardiaoriente del Mar):

COTTER PYKE, Comandante de Guardiaoriente,

—MAESTRE HARMUNE, sanador y consejero,

—SER ALLISER THORNE, maestro de armas,

—JANOS SLYNT, ex comandante de la Guardia de la Ciudad de Desembarco del Rey, señor de Harrenhal durante poco tiempo,

—SER GLENDON HEWETT,

—DAREON, mayordomo y juglar,

—FÉRREO EMMETT, explorador famoso por su fuerza,

(en la Torre Sombría):

SER DENYS MALLISTER, Comandante de la Torre Sombría,

—su mayordomo y escudero, WALLACE MASSEY,

—MAESTRE MULLIN, sanador y consejero.



LA HERMANDAD SIN ESTANDARTES
UNA COFRADÍA DE BANDIDOS

BERIC DONDARRION, señor de Refugionegro, llamado EL SEÑOR DEL RELÁMPAGO, dado por muerto con frecuencia,

—su mano derecha, THOROS DE MYR, un sacerdote rojo,

—su escudero, EDRIC DAYNE, señor de Campoestrella, doce años,

—sus seguidores:

—LIM, llamado LIM *CAPA DE LIMÓN*, antes soldado,

—HARWIN, hijo de Hullen, antes al servicio de Lord Eddard Stark en Invernalia,

—BARBAVERDE, un mercenario tyroshi,

—TOM DE SIETECAUCES, un bardo de fama dudosa llamado TOM *SIETECUERDAS* y TOM *SIETES*,

—ANGUY *EL ARQUERO*, arquero de las Marcas de Dorne,

—JACK-CON-SUERTE, un hombre perseguido, tuerto,

—EL CAZADOR LOCO, del Sept de Piedra,

—KYLE, NOTCH, DENNETT, arqueros,

—MERRIT DE ALDEALUNA, WATTY *EL MOLINERO*, LUKE *EL LÚCIDO*, MUDGE, DICK LAMPIÑO, bandidos de su grupo,

—en la Posada del Hombre Arrodillado:

—SHARNA, la encargada, cocinera y partera,

—su marido, llamado MARIDO,

—CHICO, un huérfano de la guerra,

—en el Melocotón, un burdel en Sept de Piedra:

—ATANASIA, la propietaria, pelirroja,

—ALYCE, CASS, LANNA, JYZENE, HELLY, CAMPY, algunos de sus melocotones,

—en Torreón Bellota, la residencia de la Casa Smallwood:

—LADY RAVELLA, antes de la Casa Swann, esposa de Lord Theomar Smallwood,

—aquí y allá y en cualquier parte:

—LORD LYMOND LYCHESTER, un anciano que desvaría y que una vez contuvo a Ser Maynard en el puente,

—su joven cuidador, EL MAESTRE ROONE,
—el fantasma de Alto Corazón,
—la Dama de las Hojas,
—el septon en Danza de Sally.

LOS SALVAJES O PUEBLO LIBRE

MANCE RAYDER, Rey-más-allá-del-Muro,

—DALLA, su mujer embarazada,

—VAL, su hermana menor,

—sus cabecillas y capitanes:

—HARMA, llamada CABEZA DE PERRO, al mando de la vanguardia,

—EL SEÑOR DE LOS HUESOS, apodado CASACA DE MATRACA, cabecilla de una partida de guerra,

—YGRITTE, una mujer del acero joven, miembro de su banda,

—RYK, llamado LANZALARGA, miembro de su banda,

—RAGWYLE, LENYL, miembros de su banda,

—su cautivo JON NIEVE, el cuervo desertor,

—*FANTASMA*, su lobo huargo, blanco y silencioso,

—STYR, Magnar de Thenn,

—JARL, un explorador joven, amante de Val,

—GRIGG *LA CABRA*, ERROR, QUORT, BODGER, DEL, FORÚNCULO, DAN *EL CAÑAMEÑO*, HENK *EL TIMÓN*, DEDODELPIÉ, PULGARES DE PIEDRA, exploradores,

—TORMUND, Rey del Hidromiel en el Salón Rojo, llamado MATAGIGANTES, GRAN HABLADOR, SOPLADOR DEL CUERNO y ROMPEDOR DEL HIELO; también PUÑO DE TRUENO, MARIDO DE OSAS, PORTAVOZ ANTE LOS DIOSES y PADRE DE EJÉRCITOS, cabecilla de una partida de guerra,

—sus hijos TOREGG *EL ALTO*, TORWYRD *EL MANSO*, DORMUND y DRYN; su hija MUNDA,

—[ORELL, llamado ORELL *EL ÁGUILA*], un cambiapiel muerto a manos de Jon Nieve en el Paso Aullante,

—MAG MAR TUN DOH WEG, llamado MAG *EL PODEROSO*, de los gigantes,

—VARAMYR llamado SEISPIELES, un cambiapiel, dueño de tres lobos, un gatosombra y un oso de las nieves,

—EL LLORÓN, explorador y cabecilla de una partida de guerra,

—[ALFYN MATACUERVOS], explorador, muerto a manos de Qhorin Mediamano de la Guardia de la Noche,

CRASTER, del Torreón de Craster, que no se arrodilla ante nadie,

—ELÍ, su hija y esposa, con un niño en el vientre,

—DYAH, FERNY, NELLA, tres de sus diecinueve esposas.

NOTA ACERCA DEL AUTOR

George R. R. Martin nació en 1948 en Bayonne (Nueva Jersey), y en la actualidad reside en Santa Fe (Nuevo México). Hijo de un estibador de familia humilde, su anhelo por conocer los destinos exóticos de los navíos que veía zarpar de Nueva York fue uno de los motivos que lo impulsaron a escribir fantasía y ciencia ficción.

Licenciado en Periodismo en 1970, en 1977 publicó su primera novela, *Muerte de la luz,* novela de culto dentro del género y obra cumbre de la ciencia ficción romántica. Desde 1979 se dedica completamente a la escritura, y de su pluma han surgido títulos como *Una canción para Lya* o *El Sueño del Fevre,* donde su prosa sugerente y poética aborda temas tan poco usuales en el género como la amistad, la lealtad, el amor o la traición, desde una perspectiva despojada de manierismos pero cargada de sensibilidad. Como antologista cabe destacar su trabajo a cargo de Wild Cards, antología de mundos compartidos con temática de superhéroes de gran prestigio.

A partir de 1986 colabora escribiendo guiones y como asistente para series de televisión como *The Twilight Zone* o *Beauty and the Beast,* así como en la producción de diversas series y telefilmes. En 1996 inicia la publicación de la serie de fantasía épica Canción de Hielo y Fuego, éxito de ventas en Estados Unidos y auténtico revulsivo del género fantástico.

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO:

1996 — *A Game of Thrones*
—*Juego de tronos,* Ed. Gigamesh, Barcelona, 2002
1998 — *A Clash of Kings*
—Choque de reyes, Ed. Gigamesh, Barcelona, 2003
2000 — *A Storm of Swords*
—Tormenta de espadas (dos tomos), Ed. Gigamesh, Barcelona, 2005
2005 — *A Feast for Crows,* en preparación

NOVELAS:

1977 — *Dying of the Light*
—Muerte de la luz, Ed. Edhasa, col. Nebulae núm. 33, Barcelona, 1979
—id., Ed. Gigamesh, Barcelona, 2002
1981 — *Windhaven,* con Lisa Tuttle
—Refugio del viento, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción,

Barcelona, 1988
1982 — *Fevre Dream*
—Sueño del Fevre (cartoné), Ed. Acervo, col. Terror, Barcelona, 1983
—id., (rústica), Ed. Acervo, col. Terror, Barcelona, 1983
—id., Ed. Gigamesh, en preparación
1983 — *The Armageddon Rag*
—El rag del Armagedón, Ed. Gigamesh, en preparación
1986 — *Tuf Voyaging*
—Los viajes de Tuf, Ed. B, col. Nova CF núm. 6, Barcelona, 1988
1990 — *Wild Cards VII: Dead Man's Hand,* con John J. Miller

RECOPILACIONES:

1976 — *A Song for Lya and Other Stories*
—Una canción para Lya, Luis de Caralt Ed., col. Ciencia Ficción núm. 35, Barcelona, 1974
—id., Luis de Caralt Ed., col. BUC núm. 190, Barcelona, 1982
1977 — *Songs of Stars and Shadows*
1981 — *Sandkings*
1983 — *Songs the Dead Men Sing*
—Canciones que cantan los muertos, Ed. Martínez Roca, col. Super Terror núm. 17, Barcelona, 1986
1985 — *Nightflyers*
1987 — *Portraits of His Children*
2001 — *Quartet*
2003 — *GRRM: A RRetrospective*

ANTOLOGÍAS:

1977 — *New Voices in Science Fiction*
1979 — *New Voices II*
1980 — *New Voices III*
1981 — *New Voices IV*
1983 — *The Science Fiction Weight-Loss Book,* con Isaac Asimov y Martin H. Greenberg
1984 — *The John W. Campbell Awards, Volume 5*
1986 — *Night Visions 3*
1987 — *Wild Cards*
—Wild Cards II: Aces High
—Wild Cards III: Jokers Wild
1988 — *Wild Cards IV: Aces Abroad*
—Wild Cards V: Down and Dirty
1990 — *Wild Cards VI: Ace in the Hole*

—Wild Cards VII: Dead Man's Hand, con John J. Miller
1991 — *Wild Cards VIII: One-Eyed Jacks*
—Wild Cards IX: Jokertown Shuffle
1992 — *Wild Cards X: Double Solitaire*
—Wild Cards XI: Dealer's Choice
1993 — *Wild Cards XII: Turn of the Cards*
—Wild Cards XIII: Card Sharks
1994 — *Wild Cards XIV: Marked Cards*
—Wild Cards XV: Black Trump
2002 — *Wild Cards XVI: Deuces Down*
2005 — *Wild Cards XVII: Five Card Draw* (en preparación)

PREMIOS:

1975 — Hugo por "Una canción para Lya" (en *Los Premios Hugo 1973-1975,* Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1988)
1976 — Locus por "The Storms of Windhaven" (fragmento de *Refugio del viento*)
1977 — Locus por *Una canción para Lya*
1979 — Nebula por "Los reyes de la arena" (en *Lo mejor de los premios Nebula,* Ed. B, col. Nova CF, Barcelona, 1994)
1980 — Hugo y Locus por "Los reyes de la arena" (id.)
—Hugo y Locus por "El camino de la cruz y el dragón" (en Los Premios Hugo 1980-1982, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1991)
1981 — Locus por "Nightflyers"
1982 — Locus por "Guardianes" (en *Los viajes de Tuf*)
—Locus por Sandkings
1983 — Seiun (Japón) por "Nightflyers"
1984 — Locus por "El tratamiento del mono" (en *Canciones que cantan los muertos*)
1984 — Gigamesh de terror por *Sueño del Fevre*
1985 — Nebula por "Retrato de sus hijos" (en *Premios Nebula 1985*, Ed. B, col. Libro amigo núm. 39, Barcelona, 1987)
1987 — Gigamesh de terror por *Canciones que cantan los muertos*
1988 — Bram Stoker por "The Pear-Shaped Man"
1989 — World Fantasy por "Cambiando de piel" (en *Visiones nocturnas*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Terror, Barcelona, 1991)
—Gigamesh de ciencia ficción por Los viajes de Tuf
1997 — Locus de fantasía por *Juego de tronos*
—Hugo por "Blood of the Dragon" (Sangre de dragón, fragmento de Juego de tronos, Ed. Gigamesh, Barcelona, 2003)
1999 — Locus de fantasía por *Choque de reyes*
2001 — Science Fiction Weekly por *Tormenta de espadas*

—Locus de fantasía por Tormenta de espadas

2002 — Geffen (Israel) de fantasía por *Tormenta de espadas*

2003 — Ignotus (España) por *Juego de tronos*

2004 — Skylark (NESFA) por *Quartet*

—Ignotus (España) por Choque de reyes

—Ignotus (España) por "El dragón de hielo" (en Gigamesh 34, Ed. Gigamesh, Barcelona, 2003)